
TRILOGÍA LAS CONTRATADAS 2
CONTRATO DE
Rendición
autora best seller de amazon
LOLA BELLUCI

TRILOGÍA LAS **CONTRATADAS** 2

CONTRATO DE Rendición

autora best seller de amazon

LOLA BELLUCI

Copyright © 2025 Lola Belluci

CONTRATO DE RENDICIÓN

1ª Edición

Publicado anteriormente bajo el título de Contrato de rendição.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Revisión y Traducción: Matías San Miguel

Maquetación: Lola Belluci

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal. ¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora!

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

RESUMEN

RESUMEN
SINOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.

23.
24.
25.
26.
27.
28.
29.
30.
31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.
41.
42.
43.
44.
45.
46.
47.
48.
49.
50.
51.

52.
53.
54.
55.
56.
57.
58.
59.
60.
61.
62.
63.
64.
65.
66.
67.
68.
69.
70.
71.
EPÍLOGO
EPÍLOGO II
MUESTRA DEL TERCER LIBRO DE LA SERIE
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Marcos Valente necesita casarse.

Soltero empedernido, sinvergüenza declarado y abogado en sus ratos libres, después de una buena cantidad de escándalos, el heredero del bufete más poderoso de São Paulo recibe un ultimátum: *o se convierte en un hombre serio… o le entregarán su puesto a otro.*

Pero Marcos no se rinde tan fácilmente. Decidido a demostrar que **nadie más que él manda en su vida**, convierte el ultimátum en una oportunidad para reafirmar su poder.

¿Y cómo lo hace?

Promoviendo a la limpiadora de su casa a esposa.
Después de todo, ella es dulce, sumisa y dejará muy claro al consejo directivo que él **no nació para seguir expectativas.**

Antonella Machado Rodrigues no es dulce ni sumisa.

Un error de juventud le robó el confort, el estatus y el dinero de la familia. Porque una *Machado Rodrigues* no queda embarazada a los diecisiete. Y ella lo hizo.

Cinco años después, cuando recibe una propuesta tan absurda como tentadora por parte de su jefe, ve en ese matrimonio por conveniencia —si no una solución— al menos una excelente forma de aplazar sus problemas.

Con su vida sepultada entre limpiezas pesadas, tareas de preescolar, paseos en el parque, clases nocturnas y solo cuatro horas de sueño al día… no necesita pensarlo demasiado.

No cuando ya lo tuvo todo.

Y ahora, la única condición para recuperar lo que perdió es **no dejar que su jefe descubra quién es realmente.**

Una esposa contratada.

Un sinvergüenza que no busca redención.

Deseo irrefrenable en un juego silencioso de seducción.

Un matrimonio por conveniencia que te va a dejar rendida.

DEDICATORIA

A los planes que salen mal.

A las personas que están a nuestro lado para decirnos que no pasa nada, porque la vida es mucho más que planes que se cumplen.

A ustedes, lectores.

PRÓLOGO
ANTONELLA MACHADO

RIO DE JANEIRO - CINCO AÑOS ANTES

Miro, hipnotizada, el pequeño bastón en mi mano. ¿Cómo es posible que un objeto tan diminuto haga que no solo mis escasos diecisiete años de vida pasen frente a mis ojos, sino también los próximos treinta?

Casi puedo sentir el borrador desvaneciendo de mi mente y alma todos los planes que tracé, los sueños que soñé y los deseos que anhelé.

Dos rayitas. Positivo.

Dios, ¿cómo pude ser tan estúpida? No soy una madre, no puedo ser una madre, pero el universo parece no estar de acuerdo, porque esas dos líneas siguen firmes frente a mis ojos, no solo en el bastón que sostengo, sino también en los otros tres que están sobre la mesada de mármol blanco del baño.

Miro a mi alrededor, capturando cada detalle lujoso que el dinero puede comprar, no porque yo los haya elegido o los deseara. Pero, según mi madre, nuestro entorno debe reflejar siempre quiénes somos, y cualquiera que nos visite, los empleados e incluso yo misma, debe tener claro que los Machado Rodrigues representan lo más sofisticado de la élite carioca.

Mi madre. Ni siquiera puedo imaginar el tamaño de su explosión y decepción. Mi padre... Mis padres... ¿Qué serán capaces de hacer cuando lo descubran? Danilo... ¿Qué hará cuando se lo diga? Se suponía que solo sería una noche de sexo, como tantas otras. Dios, ¿cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo no me di cuenta de que el condón se rompió?

¡Maldita sea, Antonella!

Me paso una mano por el rostro, intentando limpiar el desastre en que me he convertido, pero no sirve de nada. El problema está dentro de mi cabeza, no fuera. Sé que la culpa no es solo mía, pero la responsabilidad de mi vida es únicamente mía. ¡Dios! Los padres de Danilo... ¿Qué pensará el ilustre juez Albuquerque de Holanda cuando se entere de que su hijo, de apenas veinte años, embarazó a una chica de diecisiete que ni siquiera es su novia?

¡Mierda, mierda, mierda!

Levanto la mirada y encuentro mi propio reflejo en el espejo. Mi pecho sube y baja como si acabara de correr una maratón, mi rostro y cuello están calientes, y el pánico ha teñido mi piel de rojo.

Mis ojos oscuros parecen más intensos, casi negros. Mi cabello, perfectamente teñido de rubio y sujeto con una diadema de perlas, y mis prendas planchadas y alineadas contrastan por completo con el caos que llevo dentro.

¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo se lo voy a contar a mis padres? ¿A Danilo? ¿Cómo? Otra vez, no es que lo haya hecho sola. No lo hice, pero no tengo la menor duda de que es mi vida, más que

la de cualquiera, la que está a punto de cambiar. ¿Qué voy a hacer después de contarlo?

Un bebé. Voy a tener un bebé.

Respiro hondo y cierro los ojos, intentando calmar los frenéticos latidos de mi corazón. Mantengo los ojos cerrados mientras cuento cada uno de los golpes que el órgano da en mi pecho. Siento el sudor acumulándose sobre mi labio superior y mis ojos ardiendo por las ganas de llorar. Dios, solo era sexo. El sexo nunca había sido un problema. ¿Cómo? ¿Cómo pude ser tan estúpida? Solo tengo diecisiete años. No puedo tener un bebé. Soy una niña.

No importa la cantidad de pensamientos que atraviesen mi mente, simplemente no puedo enfocarme en ninguno, ni siquiera en la peor de las preguntas: ¿cómo lo cuento? ¿Cómo se lo digo a mis padres?

Como si la situación no fuera lo suficientemente mala, mi madre entra en mi baño sin anunciarse. Está diciendo algo, pero se detiene de golpe cuando encuentra mi mirada asustada en el espejo.

El siguiente destino de sus ojos es el bastón en mi mano y luego los otros tres alineados sobre la mesada. No hay tiempo para esconderlos y, aunque lo hubiera, honestamente, no sé si sabría cómo hacerlo.

Siento un temblor incontrolable. Es como si mi sangre hubiera hervido y congelado al mismo tiempo. Muy dentro de mí, desde algún lugar profundo que va emergiendo cada vez más, surge la vergüenza.

No por haber tenido sexo, sino por haber sido lo suficientemente estúpida como para quedar embarazada a los diecisiete. Soy más lista que esto, mucho más lista. Años estudiando en las mejores escuelas que el dinero puede pagar deberían haberme enseñado el significado de métodos anticonceptivos eficaces, al menos.

Pero la verdad es que lo hicieron, o ya me habría encontrado en esta situación mucho antes, porque, aunque tengo diecisiete años, el sexo no es precisamente una novedad para mí.

Los años de estudio en escuelas exclusivas me enseñaron mucho más que eso; me hicieron lo bastante inteligente como para entender que debía mantener esa parte de mi vida oculta de mis padres.

Ellos no tienen idea de lo que las paredes del gimnasio o algunos de los baños del prestigioso Educandario Santa Rosa dirían sobre su princesita, si pudieran hablar.

Tampoco saben que soy lo suficientemente lista como para entender que su matrimonio está roto. Pero esta no es la forma de decírselo. Porque aquí, parada, con ojos aterrorizados, sosteniendo una prueba de embarazo positiva y sin palabras, parezco todo menos inteligente.

—¿Quién más lo sabe? —Son las palabras que mi madre elige para romper el silencio.

—Nadie. Aún no he tenido tiempo de contárselo a nadie, ni siqui...

—No me importa, Antonella, ¡ni va a importarme! Porque este es un secreto que morirá aquí —interrumpe mi respuesta antes de que pueda mencionar el nombre del padre.

— Mamá... —Parpadeo, confundida. Sabía que la reacción de mis padres no sería fácil.

No cuando su imagen es tan importante para ellos, capaces de mantener un matrimonio roto aparentando perfección, sin importar si eso les cuesta su felicidad o la salud mental de mi madre. Pero, ¿en qué está pensando? ¿En esconderme para siempre? ¿En enviarme a un convento? Eso sería demasiado, incluso para ellos.

—¿Cómo que va a morir aquí? Mi vientre...

—Tu vientre seguirá perfectamente plano, como siempre lo ha estado. Mañana voy a agendar una cita.

Y, con esas palabras, el significado de su postura imperturbable finalmente me golpea. Abro la boca, horrorizada, completamente en shock por su insinuación.

—Mamá... —Mi voz apenas es un susurro. No puede estar hablando en serio. No soy una madre, no quiero serlo, pero... pero este bebé... Yo no puedo... Dios, no puedo... No puedo siquiera imaginarlo—. Mamá... —Es un ruego, una súplica, estoy implorándole.

—¡Una Machado Rodrigues no queda embarazada a los diecisiete años, Antonella!

—Tal vez ya sea un poco tarde para eso, mamá. Lo que estás sugiriendo...

Un sonido burlón escapa de su boca.

—¿De verdad crees que eres la primera heredera irresponsable que abrió las piernas sin pensar? Antonella, no seas más estúpida de lo que ya fuiste.

Me agarro a la mesada frente a mí hasta que los nudillos se me ponen blancos, sintiendo un mareo repentino por sus palabras, que golpean como balas. No puede haber dicho lo que creo que acaba de decir.

—Ya no eres una niña, sabes que las acciones tienen consecuencias, y espero, Antonella, de verdad, que esta sea la última vez que tengamos que lidiar con este tipo de consecuencias. ¡Y deshazte de eso! —ordena, señalando las pruebas de embarazo, antes de girarse para salir del baño.

—¿Y si no quiero? ¿Y si no acepto este tipo de consecuencia? —pregunto, mientras las lágrimas se deslizan por mi rostro. Mi voz tiembla, cargada con una mezcla enorme de sentimientos: decepción, frustración, horror y miedo. Mucho miedo. Pero hay una pequeña chispa, casi invisible, de esperanza, de incredulidad ante la idea de que mi madre realmente me obligue a algo así contra mi voluntad.

Nunca ha sido la mejor madre ni la más cariñosa, pero sigue siendo mi madre. Siempre ha parecido más preocupada por cómo mi imagen afecta la suya que por mi bienestar o felicidad, pero sigue siendo mi madre.

Ha soportado años de infidelidades de mi padre y la desdicha de su matrimonio para que, fuera de los muros de la mansión

Machado Rodrigues, los periódicos y revistas sigan pintando nuestro cuadro perfecto de familia feliz. Pero sigue siendo mi madre, ¿no?

Rosana Machado Rodrigues se detiene, con la mano ya en el picaporte, sin siquiera girarse para presenciar mis lágrimas cuando me responde.

—Una Machado Rodrigues no queda embarazada a los diecisiete años, Antonella. —Dicho esto, sale del cuarto, dejándome completamente sola con una decisión, o al menos con la sombra de ella. Después de todo, una Machado Rodrigues no queda embarazada a los diecisiete años.

1.

MARCOS VALENTE

— Necesito una esposa — digo a la mujer sentada frente a mí en el escritorio de mi apartamento.

Su rostro de mejillas redondeadas y mentón fino me mira con los labios ligeramente entreabiertos. Sus ojos oscuros y profundos se agrandan al mismo tiempo que sus cejas gruesas se juntan.

Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, prácticamente engullido por la ropa holgada y gris, pero el movimiento no me revela absolutamente nada sobre lo que se oculta ahí. Dios, ese uniforme es horrible.

Si alguna vez tuve dudas de cómo era posible que nunca hubiera notado su presencia en mi casa hasta la semana pasada, cuando descubrí que lleva trabajando para mí ocho meses, ya no las tengo. Definitivamente, es culpa de ese uniforme. Sería capaz de volver invisible incluso a la mujer más hermosa.

—¿Me están despidiendo? ¿Su esposa traerá a su propio equipo de limpieza? —pregunta, con las pupilas dilatadas, y casi puedo ver cómo su cerebro traza un millón de planes tras sus párpados. Inclino la cabeza, estudiando su mirada que, aunque está sorprendida, no muestra miedo.

Toda su postura cambia de preocupada -creo que por haber sido convocada a una reunión conmigo- a decidida. Sus hombros se enderezan de repente, su espalda se despega del respaldo del sillón, y su voz grave me dice que este empleo es importante para ella. Tan

importante como imaginé que sería para hacerle una propuesta como esta. Bien, perfecto.

El maldito consejo no sabe lo que le espera. Si quieren tanto que tenga una esposa, la tendré.

—No, Antonella. Estás siendo promovida, si aceptas mi propuesta, claro.

—¿Promovida? —Su frente se arruga formando un pliegue, y de nuevo, su rostro se transforma. Si antes había determinación en él, ahora hay confusión. No puedo evitar sonreír, pero me limito a hacerlo apenas con la comisura de los labios. Tan inocente. Definitivamente, es justo el tipo de mujer que necesito para resolver mi problema.

Una imagen de mi mejor amigo invade mi mente. Tiene una expresión burlona y una ceja arqueada, juzgándome en silencio. Después de haberlo criticado tanto por involucrarse en un matrimonio por contrato, estoy a punto de hacer lo mismo. El Marcos de mi cabeza le muestra el dedo del medio al João Pedro mental sin ceremonia alguna.

No es lo mismo. João Pedro hizo todo ese lío por voluntad propia y, encima, logró enamorarse en el proceso. ¡El hijo de puta está de luna de miel! ¡De luna de miel! Definitivamente, eso no va a pasar aquí.

Sí, sigue practicando, porque en cuanto João Pedro regrese, tendrás que hablar con él. Sabemos que no dejará pasar esta oportunidad para molestarte, no después de la gran cagada que hiciste. Puede que te haya perdonado, pero un hijo de puta es un

hijo de puta. ¡Y todo el mundo sabe que ustedes dos son excelentes hijos de puta!

Mi subconsciente me lo lanza en la cara, y resoplo.

Antonella alza una sola ceja, en un gesto de pregunta silenciosa, y me arrastro fuera de mis pensamientos, obligándome a enfocarme en el presente. Porque, aunque estoy seguro de que aceptará mi propuesta, necesito hacerlo bien. Esto es importante.

Podría buscar a otra persona, pero no quiero. Todo el propósito de pedirle matrimonio a mi empleada es que sea algo sencillo y, además, enviar un mensaje muy claro: ¡quien manda en mi vida soy yo!

Sonrío. No cualquier sonrisa, sino esa que tiene un efecto en las mujeres. El pliegue en la frente de Antonella se profundiza aún más, dejando claro lo lejos que está de comprender lo que le estoy pidiendo aquí.

—Antonella —digo su nombre despacio. Ella inclina la cabeza, y por primera vez realmente noto sus ojos.

Son oscuros, marrones, varios tonos más que su cabello. Las pupilas negras destacan en medio de un color que parece debatirse entre el caramelo y el chocolate. Carraspea, y quiero patearme. ¿Qué diablos? Mi concentración parece haberse tomado el día libre hoy.

La imito y el sonido de mi garganta llena el espacio que nos rodea.

—Quiero casarme contigo, Antonella. Más específicamente, dentro de cuarenta y dos días.

Ella se atraganta con su propia saliva y entra en una crisis de tos. Me levanto de mi silla, rodeo el escritorio y me coloco a su lado. Apoyo una mano en su espalda y la otra en su rostro. Deslizo la mano lentamente mientras elevo su cabeza para que pueda respirar mejor.

—¡Eh, eh, eh! ¿Todo bien? —pregunto, pero ella no hace más que toser una y otra vez. Maldición, ¿debería haber sido menos directo? Así voy a matar a esta mujer antes de tener la oportunidad de ponerle un anillo en el dedo.

Respiro hondo, tratando de calmarme.

Froto su espalda, y la sensación que recorre mi cuerpo me hace fruncir el ceño. ¿Qué demonios, Marcos? ¡Ni siquiera has visto qué hay debajo de todo ese gris!

—¿A-agua? —pide entre la tos, y por segunda vez en pocos minutos, tengo ganas de darme un puntapié.

El premio al más inepto para cuidar de alguien definitivamente es mío. ¿Quién demonios pensó que estaba listo para casarme? Si la necesidad hace al ladrón, el desespero claramente no hace a un marido.

Con pasos largos y apresurados, alcanzo el pequeño bar en la esquina y saco del refrigerador una botella de agua mineral. Solo cuando se la extiendo a Antonella me doy cuenta de que debí haber traído un vaso también. ¡Mierda!

Ella toma la botella y desenrosca la tapa, mostrándome otra cosa que debí haber hecho y no hice: abrirla. Paso la mano por mi cabello, irritado conmigo mismo, con la situación y con la verdad obvia para cualquiera que me conozca. No tengo madera de marido y no deberían obligarme a serlo.

Antonella bebe pequeños sorbos, limpia las comisuras de sus ojos, y recién entonces noto que están húmedos por las lágrimas. Este, probablemente, ha sido el peor pedido de matrimonio de la historia. Combina con la situación, al menos.

—¿Mejor? —pregunto, y ella asiente.

—Perdón… yo… —comienza Antonella, y sonrío, porque no tiene nada de qué disculparse, pero aquí estamos.

En lugar de regresar al otro lado del escritorio, acerco una silla junto a ella, me giro y me siento frente a su costado. Ella también se mueve, gira su asiento y queda frente a frente conmigo, con nuestras rodillas casi tocándose.

—Sé que esto es un pedido inusual.

Antonella inclina la cabeza y alza una ceja, desafiante. Una sonrisa amplia se extiende por mi rostro, y me descubro disfrutando que sea, al mismo tiempo, inocente y audaz.

—Usted no me conoce —declara, como si esa fuera toda la prueba necesaria para hacer su punto. Y tal vez lo sería, si no estuviera tan decidido a conseguir lo que quiero.

—Marcos, Antonella. Estamos discutiendo la posibilidad de casarnos, la formalidad no tiene el menor sentido.

Su rostro se contrae con descontento, gira ligeramente el cuello y tengo ganas de reír otra vez, porque casi puedo escuchar esa vocecita irritante del meme gritando en su mente: "¿Alguna vez miraste a alguien y te preguntaste: qué pasa por su cabeza?". Estoy seguro de que eso es exactamente lo que Antonella se pregunta de mí en este momento.

—No es tan absurdo como parece —me justifico, y sus cejas casi alcanzan la raíz de su cabello—. Llevas meses trabajando para mí.

—Si eso fuera un requisito para casarse, los departamentos de Recursos Humanos estarían siempre en guerra —responde rápido, y ahora soy yo quien alza una ceja. Definitivamente audaz.

Ella niega con la cabeza, suspira profundamente y añade.

—Ni siquiera sabía de mi existencia hasta hace una semana, cua-cuando… —titubea.

Volvemos a la timidez, entonces.

—Cuando me salvaste de dormir sobre mi propio vómito, en la miserable situación de borrachera en la que me encontraba.

—Exactamente —responde, desviando los ojos de los míos.

Me recuesto en el respaldo de la silla y cruzo un tobillo sobre mi rodilla. Apoyo el codo en el brazo de la silla y llevo la mano al mentón, adoptando una posición pensativa. Antonella me observa fijamente y, aunque no la conozco, tengo la impresión de que sus pensamientos gritan a través de sus ojos. Es extraño sentir que entiendo tanto de lo que debería ser privado en su mente.

—Es un acuerdo completamente profesional, Antonella —respondo a una de las muchas preguntas que leo en su mirada.

Ella dobla el labio inferior hacia dentro y lo chupa. La visión, contra todo mi buen juicio, provoca un escalofrío que recorre mi columna. Mis ojos quieren, una vez más, deslizarse por su piel, tratando de imaginar si lo que hay bajo esa tela gruesa y horrenda vale la pena, pero me contengo. Este no es un acuerdo con el que pueda jugar, literalmente.

A menos que ella lo pida... susurra mi subconsciente, y no evito sonreír... porque, bueno..., ¿qué clase de esposo sería si le negara un deseo a mi esposa?

—¿Profesional?

—Totalmente —respondo, aunque las imágenes absolutamente nada profesionales que poblaron mi mente hace unos segundos dicen lo contrario.

—¿Un matrimonio?

—Eso espero...

—Usted no... —empieza a decir, pero mi mirada interrogante la detiene. Respira hondo y corrige—: Marcos.

Hace una pausa, y yo sonrío, asintiendo con la cabeza. Como si hubiera estado esperando mi permiso, continúa.

—No entiendo lo que me estás proponiendo...

—Es simple, un matrimonio de conveniencia...

—Estamos en 2021.

El comentario me arranca una carcajada.

—Si fueras abogada, sabrías que esto no es nada raro, incluso en el siglo veintiuno.

Su rostro muestra una expresión de asombro, que rápidamente se transforma en una de incomodidad. Antonella traga saliva, gira el rostro hacia un lado y, otra vez, parece que sus pensamientos son gritados.

Al menos esto facilitará las cosas cuando estemos casados.

—¿Un matrimonio de conveniencia no debería ser conveniente? —dice, poniendo en palabras lo que ya había leído en sus ojos.

—Y lo es...

—¿Cómo es esto conveniente para mí? —desafía, atrevida, y yo levanto las cejas.

—¿Puedo ser franco?

—¿No lo has sido hasta ahora?

Sonrío. Me gusta. Esto va a funcionar.

—Lo he sido. Pero soy abogado, y las medias palabras no son lo mío, a menos que sea conveniente.

Otra vez, noto que mencionar mi profesión cambia su expresión. *¿Tendrá algo contra los abogados?* Sacudo la cabeza y me concentro en lo que importa ahora.

—Entonces seré directo contigo. No creo que limpies mis baños por deporte, Antonella... —comienzo, y su mandíbula se cae con mis palabras. El shock se dibuja en su rostro, al igual que la vergüenza; sus mejillas ruborizadas lo evidencian. Le doy unos segundos antes de continuar—. Y un matrimonio conmigo sería conveniente para ti porque garantizaría que nunca más tengas que hacerlo, incluso después de que nuestro contrato termine. Tendrías todo el dinero que necesitas, podrías dedicarte a ir de compras, viajar, hacer lo que quisieras. Siempre que mantengas las apariencias.

—¿Vivir de compras? —pregunta, parpadeando varias veces, y me apresuro a explicar.

—No me malinterpretes, realmente no me importa cómo elijas ocupar tu tiempo. De hecho, eso es exactamente lo que necesito: una esposa cuyo único trabajo sea lucir hermosa. Ese es precisamente el tipo de cosa que al maldito consejo le encantaría, o casi.

Ella asiente lentamente, moviendo la cabeza. Pasa la lengua por su labio inferior y lo chupa nuevamente. Entrecierro los ojos, negándome a lidiar con esa imagen otra vez. Cuando los abro, me está mirando con una expresión indescifrable.

—Una mujer que solo necesita lucir bonita —susurra, pero estamos tan cerca que no puedo evitar escucharla.

Parece casi... molesta, pero eso no tiene sentido. ¿Qué más podría querer? Quiero decir, pasar de ser una empleada doméstica a una socialité... no hay nada mejor que eso.

—¿Qué consejo es ese del que tanto hablas?

—Los socios de la firma de abogados de mi familia.

—¿Y por qué les importa con quién te casas?

—No les importa. Para ellos, solo importa que luzca respetable, y una esposa lograría eso.

—¿No luces respetable ahora? ¿Es porque eres soltero? —pregunta, y río porque, en mi opinión, ese es exactamente el problema que tienen conmigo—. ¿Y por qué dijiste que una mujer que solo es apariencia es casi todo lo que ellos quieren? ¿Qué falta en la figura de la esposa perfecta según su imaginación? ¿Cuáles son sus expectativas, Marcos?

Su tono es diferente; no es atrevido, suena... amargo. Pero eso no me impide ser honesto.

—Probablemente, esperan una mujer bien nacida, bien educada, con estudios, independiente. Alguien cuyo único trabajo no sea ser una esposa trofeo. Pero tendrán que lidiar con mi elección.

—¿Y crees que yo sería perfecta para reducirme a eso?

—¿Reducirte?

Un sonido de burla escapa de su garganta antes de que reformule.

—Ya sabes... ser una esposa trofeo.

Hace un gesto con la mano, recordándome esos videos en redes sociales donde las personas saludan y aparecen palabras en la

pantalla.

—Bueno, eres bonita y tendrás mucho tiempo libre.

Ella ríe, pero sin humor.

—Definitivamente sabes cómo ser franco.

—Pensé que preferías eso.

—Lo prefiero —dice, y sus pensamientos gritan la razón. Es mi turno de sonreír.

—Crees que soy un imbécil —afirmo, porque no hay dudas al respecto en sus ojos.

—¿Puedes culparme?

—Oh, no, para nada. Soy un imbécil. De hecho, soy más que eso, ¡soy un buen hijo de puta! Pero, nuevamente, pensé que preferías mi franqueza. Me preguntaste por qué este matrimonio sería conveniente, y solo estoy dándote mis razones. Y si vamos a hacer esto, es mejor que tengas claro quién soy desde el principio.

—¿Si vamos a hacer esto? —reacciona de inmediato a mis palabras, sembrando una duda entre nosotros—. Yo no he aceptado nada...

—Pero aún estás aquí, ¿o no?

Su mirada se aparta de la mía y recorre el lugar, aunque es evidente que no presta atención a nada en particular. Después de ocho meses trabajando aquí, es poco probable que exista algún rincón de esta casa que no conozca mejor que yo.

Sus ojos divagan entre las estanterías llenas de libros y objetos decorativos inútiles, se detienen en las paredes oscuras y en los sillones acolchados de cuero, se fijan en el bar durante varios minutos, y finalmente regresan a mí.

—¿Por qué yo?

—Porque sería fácil.

—Fácil… —repitió en voz baja antes de mover la cabeza de arriba a abajo.

—Escucha, Antonella, no tengo ninguna intención de ofenderte o, como dijiste, reducirte. —Hago un gesto con las manos para señalar las comillas cuando menciono la última palabra, y la frente de la mujer se frunce—. Pero si estuviera en tu lugar, mi elección sería obvia. Por eso pensé que sería fácil. Esto no es sobre ti, es sobre la situación...

—¿Y por qué no te casas de verdad?

—Es complicado. —Mi cabeza se inclina ligeramente hacia un lado, en un gesto silencioso de duda con el que me siento obligado a estar de acuerdo. Bien, si vamos a casarnos, es mejor que ella sepa todo—. No tengo madera de marido, Antonella.

—Tu autoestima es admirable —ironiza, y yo suelto una carcajada.

—Me gusta que seas atrevida.

—Pero no crees que sea inteligente.

—Nunca dije eso.

—No, solo dijiste que podría vivir de compras y que mi única razón de existir mientras estemos casados será parecer bonita.

Sé que debería preocuparme por cómo se siente respecto a lo que dije o cómo lo dije, pero lo que más me llama la atención es que haya usado las palabras "mientras estemos", no "si estamos".

—Nunca dije que no pudieras hacer más que eso, solo dije que eso sería todo lo que te exigiría. Y reconocer que no soy el tipo de hombre para un matrimonio verdadero, no es falta de autoestima, es saber quién soy. No quiero una esposa, Antonella.

—Pero ¿por qué necesitas una?

—Bueno, digamos que mi padre me encontró en situaciones... delicadas... en los últimos meses... por... tres veces... y la última nos costó un cliente muy importante —explico, haciendo pausas más largas de lo necesario mientras busco palabras honestas, pero que no sean tan reveladoras—. El consejo no está feliz con el hecho de que todo esto haya ocurrido dentro de la empresa y bajo la gestión de mi padre, y ahora lo está forzando a retirarse. En teoría, debería asumir el cargo de socio gerente, ya que el despacho tiene mi nombre en la puerta, pero con la situación como está, eso no va a suceder...

—¿Situaciones delicadas?

Levanta una ceja, y extrañamente, me siento incómodo. No soy un hombre que se avergüenza con facilidad, ni que se siente incómodo con sus propias acciones, pero hablar del hecho de que mi padre me haya encontrado dos veces en una semana, cogiendo a mis secretarias sobre la mesa de mi oficina, y que eso nos haya

costado un cliente y los millones que venían con él, por alguna razón, no parece correcto.

—¿Estabas con mujeres? —deduce de mi silencio, y parece tan avergonzada como yo al decirlo. Solo asiento, decidiendo que los detalles no son importantes—. ¿Y ahora quieren que te cases?

—Quieren que me vuelva respetable.

Hago énfasis en lo absurdo que es esa exigencia, y curiosamente, tengo la impresión de que Antonella está de acuerdo conmigo sobre la completa hipocresía de esa visión sobre la familia, aunque no diga nada.

No es que no crea en la institución. Lo creo, mis padres fueron geniales durante toda mi vida, pero hay miles de personas que no tuvieron la misma experiencia, a pesar de su completa estructura familiar. Los tribunales que frecuento están llenos de casos de violencia doméstica, abandono parental y cosas igualmente horribles, aunque yo no trabajo con esos casos.

—Mi padre tiene un plazo para retirarse. Si no me caso y me pruebo como un hombre cambiado antes de eso, la dirección será entregada a un hijo de puta que no soporto.

—Entonces, ¿esto es por la gerencia de la empresa?

—Podría decirse que sí.

—¿Pero tú quieres eso? ¿Ser socio gerente del despacho?

—No tengo muchas opciones en este momento.

—¿Y todo lo que tendría que hacer sería mantener las apariencias? —pregunta, y me controlo para no sonreír. Las cosas finalmente parecen encaminarse hacia donde quiero.

—Exactamente.

—¿Solo eso, cierto? ¿Nada más? ¿Nada de nada? —Frunzo el ceño, confundido por la repetición innecesaria de la pregunta y por la forma en que su cuerpo se encoge al hacerla. Es solo cuando desvía la mirada de la mía que me doy cuenta de lo que se está diciendo entre líneas.

—No necesito una esposa para coger, Antonella. Eso lo puedo hacer con cualquiera... —De nuevo, su rostro se cubre con una máscara de sorpresa. Abre la boca, y su pecho se infla con una profunda inspiración, pero la cierra sin decir palabra. Indignada. Claro como el agua, veo la indignación por todo su rostro—. ¿Recuerdas lo de la franqueza? —le recuerdo, y ella estrecha los ojos hacia mí.

—La franqueza y la rudeza son cosas completamente diferentes —escupe las palabras y cruza los brazos sobre el pecho, cerrándose.

—Eres una cosita delicada, ¿no? —digo más para mí que para ella. Su cuerpo se mueve en la silla, aprisionándose aún más—. Es solo sexo, Antonella. No necesitas hacer todo un drama.

—¿Y cómo funcionará esto? Porque yo tendría que mantener las apariencias, pero ¿tú no? —Me mira fijamente.

—Yo puedo ser discreto —respondo, y ella murmura algo bajo que suena muy parecido a *"Tu padre estaría en desacuerdo".*

—¿Y si yo quiero ser discreta? —pregunta con una ceja levantada y una postura desafiante, lo que me hace sonreír de lado.

Me inclino hacia ella, acercándome un poco más, y el aroma de su piel me golpea. Es cítrico, agradable, y no debería estar pensando en eso.

Carraspeo y apoyo los codos sobre mis rodillas.

—¿Tú?

—Sí, yo.

No puedo evitar la risa que se escapa de mi garganta. Hago un gesto con el labio inferior y sacudo la cabeza, asentando.

—Mientras mantengas las apariencias —digo solo por decir, porque no tengo la menor duda de que eso nunca va a ocurrir.

Sin embargo, aunque la idea de tener a mi esposa durmiendo con otros no sea algo que me entusiasme, la certeza de que eso no ocurrirá tampoco me alienta. Me reincorporo, colocando una distancia necesaria entre nosotros, esperando que el gesto transmita tanto o más que las siguientes palabras.

—Necesito que algo quede muy claro. Este es un matrimonio de conveniencia con fecha de vencimiento y nunca será más que eso. Necesito que lo entiendas bien, nada de lo que pase aquí será más que eso.

Es su turno de leer entre líneas.

—¿Tienes miedo de que me enamore?

—Sería trágico, porque esto —hago un gesto entre los dos— no es ningún cuento de hadas moderno. No soy el puto príncipe que salva a la Cenicienta. Soy un hombre con intereses, y en este momento, tú eres parte de esos intereses. Nada más. ¿Quedó claro?

—Más que el agua.

—¡Perfecto! —Me levanto de la silla y alcanzo un sobre negro sobre la mesa. Se lo extiendo a Antonella, que mira mi mano con el ceño fruncido—. No espero que me respondas ahora. Te daré dos días libres, y cuando regreses, espero que seas mi prometida. Dentro del sobre está el contrato que propongo, si tienes alguna duda, podemos hablar el miércoles por la mañana. Te espero para tomar un café.

—¿Y si no acepto? ¿Me despedirán?

—No. A menos que mi futura esposa quiera traer a su propio equipo de limpieza —bromeo con las palabras que ella me dijo antes y recibo una mirada de desprecio.

Ella extiende la mano, toma el sobre, y luego se levanta, sin calcular lo cerca que quedamos con el movimiento.

De pie, apenas unos centímetros nos separan, y siendo más alto, tengo que mirar hacia abajo para verla. Mis ojos buscan sus labios, como una reacción natural ante la proximidad. Después de todo, ese es el único propósito de estar tan cerca de una mujer, o al menos, hasta ahora lo había sido.

Ella exhala profundamente y sopla aire caliente en mi barbilla.

—Buenas noches, señor... —interrumpe su propia frase y limpia la garganta—. Buenas noches, Marcos.

—Buenas noches, Antonella —digo, pero no doy los pasos atrás que necesita para pasar. Un segundo, tal vez dos, pero frunzo el ceño con la extraña sensación que me invade, apretándome, diciéndome que ella tan cerca no debería hacerme sentir tan bien como lo hace.

2.

MARCOS VALENTE

El olor de ella sigue en la oficina, incluso horas después de que se haya ido, al igual que yo. Dejo que mi cabeza se repose en el respaldo de la silla y cierro los ojos. Situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Incluso yo soy capaz de reconocer que pedirle matrimonio a mi empleada es una medida desesperada.

Hace una semana, se cumplieron tres meses de los seis que me dieron para presentar al consejo un cambio sustancial en mi comportamiento. Fueron cuatro meses sin dirigir una palabra que no fuera esencial a mi nueva secretaria, siendo el primero en llegar a la oficina y el último en irme. Fueron cuatro meses consiguiendo nuevos clientes con la intención de minimizar los efectos en mi imagen por la pérdida de aquella que me sorprendió en el acto.

Fueron cuatro meses siendo lo que le prometí a mi padre que sería, aunque él ya no crea que soy capaz de serlo: el heredero que su legado merece. Y, para ser honesto, no me dolió ni me costó nada. Aunque la forma en que las personas me ven o me tratan, a pesar de ser gradual, no fue mala.

A pesar de haberle dicho a mi padre que me casaría para satisfacer al consejo, realmente esperaba que, después de cuatro meses de una actitud impecable, hubieran cambiado de idea sobre esa propuesta absurda.

Sin embargo, hace siete días, llegué a la oficina y encontré a Murillo, uno de los nombres que mi padre me había mencionado meses atrás como posible reemplazo, sonriendo de manera arrogante, coqueteando con una de las recepcionistas de mi piso y presumiendo de que, pronto, sería el nuevo socio gerente de la oficina.

Eso dejó claro que al consejo ya no le importaba mi comportamiento, querían que yo, y mi preocupación por el legado de mi padre, nos fuéramos a la mierda. Pondrían a otro en mi lugar, no importaba cómo me comportara, cuántos nuevos clientes trajera o cuántas horas trabajara.

¿Qué quise hacer al darme cuenta de esto? Convocar una reunión y darles una charla sobre la hipocresía de esa mesa redonda. Después de todo, de los seis, sabía de secretos y escándalos de al menos cuatro sin nunca haberlos buscado. En cuanto a los otros dos, no tengo dudas de que sería fácil encontrarlos si la persona correcta mirara en los lugares adecuados.

¿Qué hice? Me emborraché en un club de caballeros y regresé a casa a la mañana siguiente, apenas logrando caminar, de lo tambaleante que estaba.

¿El resultado? Vomité por todo el vestíbulo y, como si eso no fuera suficiente humillación, me desmayé sobre mi propio vómito. Fue, sin duda, el momento más miserable de mi vida y, si no hubiera sido por Antonella, podría haber sido el último.

Si ella no hubiera llegado más temprano de lo que debía, encontrado y llamado ayuda, podría haber muerto ahogado con mi

propio vómito a los treinta y dos años. ¿Qué tan jodido es eso? Pasé la mayor parte del tiempo inconsciente mientras me asistían, pero, en los breves momentos en los que pude abrir los ojos, lo único que vi fueron los suyos.

Ni su cabello lacio, ni su piel clara, ni el uniforme espantoso. Lo único que vi fueron esos ojos oscuros que no saben decidir entre miel y chocolate y que, incluso en mi situación miserable, parecían gritarme cosas.

Cuando desperté, traté de averiguar quién me había ayudado. Y cuál fue mi sorpresa al descubrir que la mujer había trabajado en mi casa durante nada menos que ocho meses, y, hasta esa mañana, nunca me había percatado de su existencia. Antonella había transitado por mis salas y habitaciones durante casi doscientos cuarenta y cinco días, y pasó tan desapercibida como un papel tapiz.

Podría tener una esposa si ella se comportara así…, pensé, sentado en mi cama poco después de recibir la explicación, sintiendo la cabeza tan pesada como un yunque.

Hice una broma sobre la situación, pero recuerdo claramente la sensación que hizo que mi cuerpo se pegara a la cabecera de la cama cuando me di cuenta de que realmente podría tener una esposa así. Y, más que eso, una esposa como ella era exactamente lo que necesitaba.

El hecho de que fuera la respuesta perfecta a la hipocresía del consejo era un bono más allá de lo increíble. Después de todo, querían obligarme a casarme por mi relación con las empleadas, algo que esos hijos de puta ya hacían mucho antes de que yo

tuviera la edad para acostarme con alguien. Además, estaban listos para poner a un idiota en mi lugar que hacía lo mismo, solo que no tenía las pelotas para dejar que otros lo supieran y hablaran libremente de ello.

Entonces, casarme con una empleada enviaría el mensaje que había estado tratando de meter a la fuerza por casi dos meses, fallando miserablemente en la misión de tragármelo en seco. ¡Nadie controla a Marcos Valente, carajo!

Puedo ser el maldito heredero y ser promovido a socio gerente con un trabajo impecable, pero nadie tiene nada que ver con mi vida personal.

Los ojos de alguien ajeno podrían ver mi conclusión solo como la percepción de un loco. Pero mis ojos... Ah, mis ojos ven solo perfección. Y, como si fueran invocados por su nombre, los ojos de Antonella llenan mi mente.

Ojos que gritan. Nunca había visto ni escuchado algo así. Y, aunque no tengo idea de dónde estarán los verdaderos ahora, los que veo en mi mente me desafían tan expresivamente que frunzo el ceño al darme cuenta de las palabras que nunca podrían salir de ellos, pero que yo puedo escuchar como si fueran pronunciadas por labios rosados y gruesos.

Me cuestionan, preguntan si estoy seguro de que su dueña es lo que necesito. Después de todo, haber sido invisible no significa necesariamente que sea dulce y sumisa, ¿verdad?

Entrecierro los ojos ante mis propios pensamientos y dejo que se llenen de recuerdos de mi pequeña reunión con mi futura esposa

al inicio de la noche. Miradas desviadas con frecuencia, la cabeza agachándose una y otra vez, y los ojos, una y otra vez, diciéndome cosas a las que ella no les daba voz, ya sea por vergüenza o por cualquier otra razón.

¡Ah, sí! Ella es exactamente lo que necesito. Dulce y sumisa. Un adorno perfecto, le guste o no que la llame así. Frente a mí, sobre mi escritorio, algunas hojas dispersas están de acuerdo conmigo. El contrato de matrimonio.

Sonrío. Nunca pensé que diría esto, pero encontré a la mujer ideal.

3.

ANTONELLA MACHADO

CONTRATO DE UNIÓN ESTABLE

(PARA TODOS LOS EFECTOS, DENOMINADO MATRIMONIO)

Separación Total de Bienes

Por este instrumento particular de Contrato de Unión Estable de convivencia duradera, pública y continua, con fundamento en el art. 226 de la Constitución Federal de 1988, Ley nº 9.278 de 10 de mayo de 1996 y art. 1.723 y siguientes de la Ley 10.406 de 2002, se acuerda entre las partes abajo firmantes:

PARTE 1, Antonella Machado Rodrigues, estado civil soltera, profesión empleada doméstica, RG nº 281859754 y CPF 14270734712, residente en la Rua Doutor Carluxo Sampaio nº 26, apartamento 402, Barrio Casa Verde, Ciudad de São Paulo, CEP 02519-000, y

PARTE 2, Marcos Leal Valente, estado civil soltero, profesión abogado, RG nº 618954528 y CPF 12552863841, residente en la Rua Felizardo Guimarães nº 58, cobertura, Barrio Morumbi, Ciudad de São Paulo, CEP 05606100, quienes acuerdan por mutuo consentimiento lo siguiente:

CLÁUSULA PRIMERA: Los CONTRAYENTES, desde el 10/08/2021, viven bajo el mismo techo en la Rua Felizardo Guimarães nº 58, cobertura, Barrio Morumbi, Ciudad de São Paulo, CEP 05606100, en convivencia con el ánimo de formar una familia,

comprometiéndose mutuamente durante la convivencia al respeto, la consideración, la asistencia, la lealtad, la dedicación mutua y el esfuerzo común para alcanzar la armonía necesaria y el bienestar que el hogar puede ofrecerles.

CLÁUSULA SEGUNDA: Los CONTRAYENTES declaran que el período de relación previo a este contrato fue exclusivamente de noviazgo, donde cada uno vivía en su residencia sin el ánimo de formar una familia, pues estaban en el proceso de conocerse.

CLÁUSULA TERCERA: La duración de este contrato es de dos años y, durante su vigencia, ambos CONTRAYENTES deben observar el más estricto respeto y dignidad el uno hacia el otro, así como cumplir con todas las tareas y cuidados necesarios para una convivencia sólida y perfecta.

CLÁUSULA CUARTA: Durante la vigencia de este contrato, se adopta el régimen de separación absoluta de bienes, previsto en el art. 1.687 de la Ley 10.406/2002, es decir, cualquier bien mueble o inmueble, derechos y rendimientos adquiridos por cualquiera de los CONTRAYENTES antes o durante la vigencia de este contrato pertenecerán exclusivamente a quien los adquirió, sin que se comuniquen con los bienes de la otra parte. Los bienes adquiridos no se comunicarán.

CLÁUSULA QUINTA: Cada CONTRAYENTE declara, para todos los efectos legales, que tiene conocimiento de:

- La situación económica, financiera y patrimonial del otro;

- Que todos los bienes y derechos existentes hoy fueron adquiridos antes del inicio de la convivencia o por causas previas (legítima, donación, subrogación, etc.);
- Que estos bienes no generaron frutos o rendimientos durante el período de la unión;
- Que no habrá ninguna comunicación de frutos, rendimientos o cualquier adquisición, perteneciendo los respectivos bienes y derechos exclusivamente al CONTRAYENTE que los haya adquirido, incluso la participación y las ganancias en las empresas en las que los CONTRAYENTES participen o participarán en el futuro.

También se reconoce que todos los demás detalles relativos a la separación de bienes están debidamente acordados y registrados en el acuerdo prenupcial adjunto a este documento.

CLÁUSULA SEXTA: La parte 2 será responsable de todas los gastos del matrimonio y también de los gastos individuales relacionados al bienestar y felicidad material de la parte 1. Para ello, se acuerda un pago mensual de USD 8.000,00 a la parte 1 para todas y cualesquiera de sus gastos personales durante la vigencia de este contrato, además de la disponibilidad de una tarjeta de crédito sin límite de uso.

CLÁUSULA SÉPTIMA: Los CONTRAYENTES acuerdan de forma irrevocable y sin posibilidad de modificación, la ayuda material a título de alimentos y mantenimiento del nivel de vida establecido durante la vigencia del contrato, en caso de su terminación. Se acuerda una pensión de USD 6.000,00 mensuales de forma vitalicia después de la finalización del contrato. Esta pensión será pagada por la parte 2 a la parte 1 del presente contrato.

CLÁUSULA OCTAVA: Las causas para la extinción de este contrato pueden ser:

- Resolución involuntaria (fuerza mayor o caso fortuito);
- Resiliación unilateral o bilateral (por simple declaración de una o ambas partes); en este caso, se acuerda:
  - Si la resiliación es voluntad de la parte 1, la obligación de pagar pensión vitalicia queda suspendida.
  - Si la resiliación es voluntad de la parte 2, el valor de la pensión vitalicia se duplica.
  - Si la resiliación es voluntad de ambas partes, se mantiene lo establecido en la cláusula undécima de este contrato.
- Rescisión unilateral o bilateral (cuando hay incumplimiento de las cláusulas de convivencia expresadas en la cláusula primera); en este caso, se acuerda:
  - Si la rescisión es realizada por la parte 1, la obligación de pagar pensión vitalicia queda suspendida.
  - Si la rescisión es realizada por la parte 2, el valor de la pensión vitalicia se duplica.
  - Si la rescisión es realizada por ambas partes, se analizará si la ruptura realizada por la parte 1 ocurrió debido a una ruptura realizada por la parte 2; en caso afirmativo, se mantiene lo establecido en la cláusula undécima de este contrato. En caso negativo, la obligación de pensión vitalicia quedará suspendida.
- Cese (en caso de muerte de una de las partes o de ambas). En caso de fallecimiento de uno de los CONTRAYENTES, el otro no ejercerá la administración de los bienes del CONTRAYENTE

fallecido. En caso de fallecimiento de la parte 2, se mantiene lo establecido en la cláusula undécima.

CLÁUSULA NOVENA: La vigencia de este contrato comienza en el momento en que los CONTRAYENTES manifiestan su ánimo de formar una familia, lo cual queda representado por el hecho de que comenzaron a vivir juntos bajo el mismo techo (cláusula primera).

CLÁUSULA DÉCIMA: No existe obligación de consumación sexual del contrato. No obstante, esto podrá ocurrir, siempre que el consentimiento de ambas partes sea expresado verbalmente. En este caso, no se verán afectados ninguno de los acuerdos establecidos en el contrato.

CLÁUSULA DÉCIMA PRIMERA: En caso de nacimiento de hijos durante la vigencia del contrato, estos deberán ser registrados a nombre de ambos CONTRAYENTES, siendo el padre quien se encargará del registro de los mismos.

CLÁUSULA DÉCIMA SEGUNDA: La fidelidad no es un requisito para considerar que este contrato se ha cumplido. Sin embargo, la discreción respecto a cualquier relación extramarital sí lo es. Así, cualquier indiscreción de naturaleza sexual o afectiva con personas no mencionadas en este contrato puede ser considerada como una violación del contrato por la parte que esté involucrada.

CLÁUSULA DÉCIMA TERCERA: Las cláusulas y condiciones, aceptadas mutuamente por los CONTRAYENTES, obligan a su estricto cumplimiento, extendiéndose a sus sucesores y/o herederos.

CLÁUSULA DÉCIMA CUARTA: Este contrato no tiene validez legal, sin embargo, será registrado ante notario para certificar su existencia y el acuerdo entre las partes. Para efectos legales, se considerará el acuerdo prenupcial, anexo 1 a este documento, así como el contrato de matrimonio civil que se firmará 48 días después de la firma de este documento. Se elegirá el foro de la ciudad de São Paulo, SP, para resolver cualquier duda relacionada con este documento, renunciando a cualquier otro foro, incluso privilegiado.

Y, estando de acuerdo con lo expuesto, firman este instrumento particular para que produzca sus efectos legales, ante dos testigos, según la Ley.

São Paulo, 10 de agosto de 2021.

_____

Antonella Machado Rodrigues

_____

Marcos Leal valente

_____

Testigo 1

_____

Testigo 2

Mis ojos están fijos en los papeles alineados sobre la pequeña mesa frente a mí. Qué mierda. Marcos no estaba jugando, y darme cuenta de eso me divide en dos. La primera quiere reír, reírse a

carcajadas del absurdo de la situación. La segunda está bien seria, pensando en cómo reaccionar ante todo esto. Quiere salir de esa sala, hacer el camino contrario al que me trajo hasta aquí y decirle unas cuantas cosas al hijo de puta de mi jefe. O sea, ¿quién se cree que es? "¿Vivir de compras?" ¡Dios! Realmente podría haberlo golpeado en ese momento, si no fuera porque necesito tanto este trabajo.

Sabía que Marcos Valente era el perfecto ejemplo de macho heterosexual, sí, lo sabía. Incontables veces fui testigo de su virilidad y su hijoputez.

Hasta hace una semana, cuando lo salvé de morir ahogado durmiendo sobre su propio vómito, era tan invisible para él que más de una vez hubiera sido capaz de llevar a cabo sus perversiones sexuales delante de mis ojos, ya que ni siquiera me veía.

Entonces, sí, tenía en alta estima su nivel de estupidez, pero ¡Dios! Él realmente me propuso un matrimonio de conveniencia y no solo lo sugirió, sino que dijo, con todas las vocales, consonantes, puntos y comas, que yo sería una bonita decoración. Y, bajo el pretexto de ser sincero, ni siquiera tuvo la decencia de disimularlo.

¡Qué audacia la de ese hombre! Tal vez debería haberlo dejado morir asfixiado. Hubiera liberado a las mujeres de este mundo de un gran problema, aunque también las habría privado de una enorme solución. Dios, esa verga.

Es el protagonista de muchas de mis noches solitarias, y eso no lo puedo ni voy a negar. No pedí verlo, pero después de verlo, no

solo se volvió muy difícil de olvidar, sino que se hizo imposible no imaginarlo mientras me toco a mi misma o juego con mi vibrador.

Además del salario por encima del promedio que me paga por mi trabajo, mostrarme esa visión mientras salía despreocupado y desnudo del baño, sin preguntarse si podría haber alguien más circulando por la casa, fue lo único bueno que Marcos Valente hizo por mí en los ocho meses que trabajo para él.

Pero esa hermosa y gran verga, por muy caliente que me ponga, no hace a un hombre ni lo convierte en decente. Por eso, aunque tengo que reconocer que, en un universo paralelo en el que mi jefe no fuera el ordinario que es, me sentaría sobre él sin pensarlo dos veces. Pero hoy quise abofetearlo.

Quise patearle los huevos, ¡quiso matarlo! Quise decirle que se fuera a la mierda, quise mandarlo a meter su propuesta por el culo, pero no lo hice, porque soy todo, menos idiota.

¡Cristo! ¿A qué punto he llegado?

¿Mi consuelo? Saber que soy exactamente lo opuesto de lo que el imbécil busca, pero su arrogancia no le permite ver eso. Dulce y sumisa... una decoración perfecta... Ni se imagina... Y esa soberbia al decir que no debería enamorarme.

¿Qué piensa que soy? Porque idiota ni pensaría en definirme si me enamorara de alguien como él. Pero si no fue lo suficientemente listo para darse cuenta, no seré yo quien destruya sus ilusiones. Deje que siga con la cabeza metida en su propio culo...

El aire sale de mi cuerpo en un chorro tibio que soplo por mis labios, y, sola, mis ojos buscan los números en el contrato. Ocho mil por dos años, seis mil por el resto de la vida. Mierda... Al menos sabe que se necesita mucho dinero para tolerarlo. Pero, ¿es suficiente?

¿Y la cláusula sobre consumación sexual? ¿Qué tan cretino puede ser un ser humano para incluir eso en un contrato que ya de por sí superaba lo absurdo sin ninguna ayuda? ¡Sigue soñando, Marcos Imbécil! ¡Sigue soñando!

—¿Tierra para Antonella?

Levanto los ojos, regresando a la realidad por una voz ronca. Parpadeo al darme cuenta de que la sala a mi alrededor está vacía.

Genial, perdí toda la clase pensando en diferentes maneras de aplastar los huevos de mi jefe, o mejor dicho, ¿mi prometido? Respiro hondo y cierro los ojos por unos breves segundos.

Al abrirlos, encuentro a Hugo sonriendo con una ceja arqueada. Lleva la mochila colgada en un hombro, una mano sosteniendo la correa y la otra caída a un lado de su cuerpo. Su ropa social barata está arrugada y desordenada después de todo el día.

La camisa azul tiene las mangas dobladas hasta los codos. Mirarlo me distrae de nuevo, ahora de una manera diferente.

—¿Hola? —pregunto.

—¿Oíste algo de lo que dije?

Aprieto los labios.

—En realidad, no. Perdón, yo...

—¿Un mal día?

—Ni te imaginas.

—El Coppola liberó más temprano, parece que hay una reunión de departamento, ¿qué te parece si vamos a tomar una cerveza y te cuento lo que te perdiste mientras viajabas durante la clase? —pregunta, sonriendo de manera sugerente.

Muerdo mi labio, pero no tengo que pensarlo. Definitivamente, hoy no quiero una cerveza, la necesito.

Sobre todo, porque los dos sabemos que, probablemente, no vamos a tomar ni una gota de cerveza. Una cerveza significa un orgasmo bien dado, aunque sea apretada en el pequeño auto de Hugo, estacionado en un rincón apartado de la ciudad.

—Quiero.

La pequeña boca de Hugo se estira en una sonrisa amplia que muestra casi todos sus dientes. Se pasa la mano por los rizos que caen sobre su frente y hace una reverencia con la mano, indicándome que pase adelante. Meto todo mi material en la bolsa de cualquier manera. No tengo ni ganas, y necesito guardar lo poco que tengo para la maratón que me espera cuando llegue a casa.

No hay ceremonias. Hugo conduce al mismo lugar de siempre. Una calle oscura, dos cuadras antes de mi apartamento, y estaciona.

—Ven acá, linda —pide, recostando el asiento del conductor todo lo que puede, y voy, porque ahí está justo lo que necesito para relajarme después de todo lo que pasó.

Levanto las manos al cielo por haber decidido usar un vestido hoy. Todo el malabarismo para quitarme unos pantalones realmente solo sería otro estrés.

El rostro bonito me observa expectante, y bajo las manos por el cuello de Hugo, acercando mis labios a los suyos. Él agarra las raíces de mi cabello y tira de mi boca hacia la suya.

Hugo tiene un beso lento, cuidadoso, bueno, no increíble, pero bueno. Y eso ni importa, porque no es por sus besos que estoy aquí.

Sin ninguna delicadeza ni lentitud, empiezo a desabotonar su camisa, hasta que puedo tocar su piel, él gime en respuesta, disfrutando del contacto y metiendo las manos debajo de mi vestido. No pasa mucho para que su pantalón sea desabotonado, su cinturón deshecho, mi ropa interior apartada y yo me deslice sobre su regazo.

Su cabeza cae hacia atrás, apoyándose en el respaldo del asiento, dejándome libre para moverme, contoneándome y gimiendo, buscando desesperadamente un alivio para mi mente, perturbada por toda la mierda que tuve que aguantar hoy.

No es perfecto, no es fantástico, no me tumba ni me deja en shock. Pero debería ser suficiente, generalmente lo es.

Pero hoy no funciona. No como debería, mientras siento mi cuerpo cada vez más lleno y dominado por el placer, mis

pensamientos no se alejan tanto de la realidad como me gustaría.

Detrás de mis ojos, veo el rostro y el cuerpo de Marcos Valente debajo de mí, imagino que es él quien me está metiendo la verga y oigo su voz diciéndome todo tipo de absurdos, pero me gustan y los disfruto.

4.

ANTONELLA MACHADO

—¿Todo salió bien hoy? —pregunta, mientras tomo la pequeña mochilita rosa y la pongo sobre mis hombros.

—Todo bien, Antonella. Pero tienes un mensaje en la agenda para ti. El Día del Padre se acerca —me avisa la encargada del turno nocturno, y el sabor amargo en mi boca es inevitable.

Extiendo los brazos. Con cuidado, me pasan a la pequeña niña dormida. Al instante, soy invadida por una sensación de paz y plenitud que nunca me había dado nada, no hasta que la tuve abrazada a mi pecho por primera vez.

Hundo la nariz en su cuello, oliendo su piel y sus cabellitos dorados. Cierro los ojos, sintiendo la sensación fluir, y aprieto mi abrazo alrededor de ella. Dios, ser madre es, definitivamente, padecer en el paraíso.

¿A los veintiún años, sola, sin red de apoyo? Definitivamente, padecer. A veces, muchas veces, lloro sola en el baño, pero nada me ha traído tanta paz como tener a Isabella en mis brazos.

La gente dice que cuando nace un hijo, nace una madre. No sé si eso es cierto, pero para mí, definitivamente, lo fue.

—Voy a mirar, gracias —me despido de la mujer con un gesto y me doy la vuelta para alejarme del portón de la guardería. Como siempre, Bella es la última niña en ser recogida. Pero no tengo otra opción, no si quiero estudiar la carrera universitaria.

Es por nosotras que hago esto. Me duele profundamente pensar en todo lo que estoy perdiendo de su vida al dejarla en una guardería desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche.

Pero es por ella, para que tenga un futuro mejor. Sin estudiar, no podría ofrecerle nada más que el pequeño apartamento en el que vivimos el resto de nuestras vidas.

¿Es la facultad de derecho como la imaginé cuando tenía diecisiete años y me embaracé? No, no lo es. Es nocturna, privada, con clases teóricas, sin tiempo para fiestas y la obligación de ser autodidacta. Pero nada es como lo imaginaba hasta que vi las dos rayas en esos tests de farmacia.

En días como hoy, cuando la clase termina más temprano por cualquier motivo, podría adelantarme y recoger a Isabella antes, pero eso no haría ninguna diferencia. Bella se duerme a las ocho de la noche, y recogerla media hora antes no aumentaría nuestro tiempo juntas, así que, en estas raras ocasiones, uso el tiempo extra para una cerveza, literal o figurada, y solo Dios puede juzgarme por eso.

Caminando despacio, atravieso las dos calles oscuras y mal cuidadas que separan la guardería de nuestra casa. El edificio sin portero es pequeño, pintado de un gris sucio y no tiene ascensor, aunque tiene cuatro pisos. Nosotros vivimos en el cuarto.

Subo las escaleras con escalones irregulares con cuidado, sin poder apoyarme en el pasamanos y cargada de pesos desequilibrados. Bella en mis brazos, mi mochila en la espalda y la suya sobre los hombros.

Suspiro al alcanzar, agitada, mi último obstáculo. Con las llaves ya en las manos y la destreza de una experta, abro la cerradura, y el olor de mi pequeño hogar llena el rincón de mi alma que aún no estaba en paz.

Casa. Finalmente. Santo cielo.

A pesar del alivio, después de colocar a Bella en su camita, mi segundo turno comienza, el de madre soltera. Abro su mochila, saco la ropa, los tarritos de galletas y la botellita de jugo sucios, reviso su agenda y empiezo a preparar la mochila para el día siguiente.

Después de adelantar toda la rutina de la mañana siguiente y de barrer y ordenar la casa, me doy el derecho a un baño. El agua tibia resbala por mi piel y todo lo que puedo pensar es que, rudo o no, Marcos tenía toda la razón.

Para quien tiene mi vida, su propuesta parece el cielo. No paso todo el tiempo que quisiera bajo la ducha, porque mis piernas me duelen y apenas puedo mantenerme de pie.

Mientras me seco, la fatiga que muestra el espejo no me sorprende, pero me frustra. Las ojeras marcadas, el cabello descuidado, las manchas del sol en la piel. Todo en mí grita cansancio. No suelo pensar en los años que precedieron a esta etapa de mi vida.

Hace mucho tiempo hice las paces conmigo misma y con mi presente, pero hoy, después de haber tenido todo lo que alguna vez tuve servido en bandeja, es imposible evitar que mis pensamientos viajen hacia ese pasado o hacia la posibilidad de un futuro similar.

La ropa cara, los viajes, las compañías, los lugares lujosos, la casa cómoda, yo. Una yo completamente diferente a la de ahora. El cabello era rubio y claro, la piel limpia y suave. No había ojeras, no había preocupaciones, no había cuentas por pagar, no había agotamiento y no había Bella tampoco.

Si tuviera la oportunidad, ¿elegiría diferente?

La pregunta que me marca como una mala madre asalta mi mente otra vez, siempre llega. No importa cuántas veces la rechace, no importa cuántas veces responda que no, que no lo haría. La pregunta siempre regresa.

¿Me perdonaría si pudiera ser una mejor madre? ¿Si pudiera ofrecerle a mi hija todo el confort que yo tuve durante mi infancia? ¿Durante mi adolescencia? ¿Si pudiera estar presente en su vida como mis padres nunca estuvieron?

Es tan irónico. Siempre me resentí de eso y ahora hago exactamente lo mismo. Ellos eran ausentes para mantener las apariencias y aumentar aún más la riqueza que ya tenían, yo soy ausente para que no nos muramos de hambre y para que Isabella nunca pase por lo que yo pasé.

No importa qué decisiones tome en la vida, siempre estaré a su lado y, tal vez, eso me haga una madre un poco mejor.

Suspiro, despertando de mis propios pensamientos y envolviendo la toalla alrededor de mi cuerpo. Aún envuelta en ella, con el cabello recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza, tomo mi celular y hago mi videollamada diaria.

—Hola, mi persona. —Mi voz sale débil, cansada, mientras me frotó contra el sofá que es duro, pero parece un verdadero paraíso después del día que tuve. Sin mi permiso, las imágenes del mobiliario del apartamento lujoso de Marcos invaden mi cabeza, pateando un perro muerto, en este caso, yo.

—¡Hola, chuchu! ¿Cómo estás? —Piel morena, labios llenos, cabello largo y ojos negros esperan mi respuesta, que no es más que un suspiro débil.

—En la mierda. —Mi amiga se ríe.

—¿Y mi ahijada?

—Perfecta, como siempre. Dormida como el angelito que es.

Miro hacia la puerta entreabierta del cuarto sin realmente buscar nada, solo aprovechando la sensación de saber que mi hija está bien, sana y descansando. Estas certezas hacen que todo valga la pena.

Recargo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos mientras mantengo el brazo estirado, con la cámara apuntando a mi cara.

—Te ves horrible —comenta, inclinando la cabeza hacia un lado, dejándome ver que está dentro de su vestidor. Y otro vestidor, lleno de trajes y corbatas, invade mis pensamientos.

Maldito hombre, ¡fuera!

—Estoy fatal.

—Amiga, ¿por qué no vuelves al Río?

—Sabes muy bien por qué, Grazi.

—Nadie que no importe tendría que saberlo, Antonella. Tendrías a mí y, tal vez, hasta a Danilo.

—¿En algún momento vas a dejar de hablar de Danilo?

—Sabes que no estoy de acuerdo con eso.

—Sería difícil no saberlo, ya que has pasado los últimos cinco años repitiendo lo mismo como un loro, Grazi.

Es su turno de suspirar y cerrar los ojos.

—Odio verlas a las dos solas, odio que tengas que matarte trabajando cuando...

—Fue mi decisión, Grazi.

—Decisión es una forma muy romántica de ver las cosas, Antonella. ¡Ven aquí! Sabes que, si dependiera de mí, todavía estaría ahí contigo. Sabes que...

—¡Lo sé! Y eso solo hace que te quiera más. Todo lo que hiciste por mí y por Bella, Grazi... Si no fuera por ti aquella noche, no sé dónde estaríamos las dos. Durante cinco años, fuiste toda mi red de apoyo. Pero también tienes tu vida, amiga... ¡No sería justo contigo!

—No es justo contigo. No hiciste a Bella sola, Nel.

—No importa, ella es mía... y solo mía. Tal vez, algún día, encuentre a alguien con quien compartirla, pero no voy a buscar fantasmas, Grazi. Cinco años es demasiado tiempo para volver atrás.

Mi amiga suspira, no convencida, pero sí conformada. Cada quince días tenemos esta conversación. Ella trata de convencerme de que regrese al Río, y yo le digo que no.

Ella me dice que no es justo que críe a Bella sola y con tantas dificultades cuando tiene un padre vivo y saludable, y yo le respondo que no importa. Ella dice que estaría aquí, y yo le contesto que no sería justo para ella. Y no lo sería.

Cinco años atrás, cuando tomé la decisión más difícil e importante de mi vida, Graziela me salvó. Pero no puede salvarme para siempre, no de las consecuencias de mis propios actos y decisiones.

—¿Y tú? ¿Cómo van las cosas en la empresa? —pregunto.

—Bien, ya sabes. Soy solo una pasante, así que tengo mucho que hacer y poco en qué pensar.

—Eres la heredera de la empresa, Grazi. Un día, todo eso será tuyo.

—Sí, pero hasta que el señor Martins diga que estoy lista para eso, aún hay mucha agua que debe correr bajo el puente. Y nadie sabe que soy la hija de mi padre, así que solo soy otra más en la estadística de pasantes que odian al jefe.

Me río porque sé muy bien qué tipo de odio siente Graziela por el jefe.

—Grazi, ¿ya te imaginas el día en que ese hombre descubra que, en realidad, tú eres la jefa de él? ¡Dios mío, la historia tendrá una resolución inesperada!

Me contengo para no reírme demasiado fuerte por Bella, pero ¡Dios! Si existiera un libro con una historia así, te juro que lo leería.

—¡Ay, pero no tienes idea de cuántas veces he querido lanzárselo en la cara, amiga! ¡Dios! Todos los días, al menos unas cuarenta veces. ¡Quiero ver la cara de idiota que pondría!

—¿Y qué le dirías, Grazi? ¿Cállate y deja de hacer tu trabajo porque yo soy la hija del dueño de todo esto?

—¡No! Yo... Yo...

—Grazi —la interrumpo—. Creo, sinceramente, que tu problema se resuelve con un buen polvo, tal vez, dos.

Me río otra vez.

—¡Ay, cállate, Antonella! ¡Nunca me sentaría arriba de ese cretino!

—Unhum... ¡ajá! Y dime, ¿por qué exactamente es un cretino, eh?

—Porque... porque... ¡porque es tan irritante! ¡Se cree que siempre tiene la razón, le encanta escuchar su propia voz y, Dios! Es tan atractivo que no puedo odiar todo de él, ¡y esa es, sin duda, la parte más molesta de él! ¡El infeliz ni siquiera sabe cómo ser completamente odiable!

Esta vez, la risa viene antes de que pueda controlarla y lo único que puedo hacer es taparme la boca para tratar de sofocar el sonido.

—¿Y desde cuándo ser guapo es un defecto, Grazi? —le pregunto entre risas, y ella murmura varias cosas incomprensibles.

—Si tanto quieres hablar de jefes cretinos, ¿por qué no hablamos del tuyo, eh? ¡Estoy más que lista para mi momento Marcos Pedante! Cuéntame, ¿qué perla soltó ese mito de la idiotez hoy? —dice animada, no solo porque ha logrado cambiar de tema y alejar la atención de sí misma, sino porque hablar mal de mi jefe es casi como ver una película o una serie para nosotras.

Empecé a trabajar para Marcos una semana antes de que Grazi se mudara de nuevo al Río, después de cinco años aquí en São Paulo conmigo. En teoría, vino para estudiar, pero en la práctica, esa fue la excusa perfecta para salir de Río. Y yo realmente lo necesitaba, antes de que las miradas juzgadoras de la élite carioca hicieran mi vida aún más miserable de lo que mis propios padres ya la habían hecho.

Con el fin de la carrera, su padre exigió que volviera a casa. Después de todo, es su única hija y, como consecuencia, heredera de su imperio de tecnología de la información. Una vez graduada, ya no había excusas para que permaneciera alejada de lo que algún día sería su imperio.

Así fue como me vi, por primera vez en cinco años, sola con Isabella. Durante esos cinco años, Grazi fue mi red de apoyo emocional y financiera.

Bella y yo vivíamos en el apartamento de su padre en São Paulo y, mientras ella estudiaba, yo me encargaba de absolutamente todo en la casa.

Los primeros meses fueron los más difíciles, porque además de lidiar con las náuseas matutinas y todo lo que implica un embarazo a los diecisiete años, tuve que aprender a existir sin que nadie limpiara cada paso que daba.

Dios salve a YouTube, porque sin él estaría perdida. Aprendí a cocinar, limpiar, usar la plancha y poner en marcha la lavadora, entre muchas otras cosas. Grazi podría haber contratado a una empleada, pero yo no quería ser una carga más de lo que ya era. Ella dejó su hogar por mí, su familia, sus amigos. Tenía que devolverle de alguna forma, y en mi situación, cuidar su casa mientras ella estudiaba fue la manera en que pude hacerlo.

Durante casi cinco años, entre los nueve meses de embarazo y los casi cuatro años de Isabella, fuimos una dupla increíble. Pero cuando ese tiempo terminó, ya no podía seguir en el apartamento del padre de Grazi, ya que ni siquiera sabía que yo vivía allí con su hija, y prefería que siguiera sin saberlo.

Necesitaba un trabajo, no tenía formación y tenía una hija de tres años. ¿Y lo que no necesité aprender en YouTube? Que nadie quiere contratar a madres de niños pequeños.

Así fue como terminé en la casa de Marcos Pedante, como llamamos a mi jefe desde mi primera semana de trabajo, después de pillarlo escapando de una mujer que él mismo había traído a casa.

Marcos le pidió a la cocinera que mintiera a la pobre sobre una emergencia de trabajo, cuando, en realidad, él estaba en otro cuarto de la casa durmiendo. ¿En serio? ¿Puede ser más idiota que eso?

Desde entonces, hablar mal de él se convirtió en una especie de pasatiempo para nosotras. El momento Marcos Pedante. Pero hoy, específicamente, su estupidez superó todo lo que había visto antes. Grazi ni se imagina...

—¡Nel, ya casi pasa una semana desde que casi muere ahogado con su propio vómito! ¡Necesito algo, ya estoy entrando en abstinencia!

Me río sin humor. Paso la lengua por mis labios y, levantando las cejas, le respondo.

—¿Estás lista?

—¡Ay, estoy más que lista! —responde, cierra los ojos, llena sus pulmones de aire y, junto con ellos, suelta las palabras.

—Me pidió matrimonio.

Graziela se ríe tan fuerte que tengo que bajar el volumen del celular, preocupada de que Bella se despierte.

—¡Dios mío, amiga! ¿Qué tan borracho se puso este hombre esta vez? —casi grita, y lo entiendo, porque yo también me reiría si no supiera que la situación es seria, muy seria.

—Oh, no, amiga. Estaba completamente sobrio.

La expresión de Grazi cambia gradualmente. Su sonrisa se va apagando hasta que su rostro queda completamente serio y sus cejas se arquean.

—¿Qué?

5.

MARCOS VALENTE

En mi oficina, las paredes a mi alrededor parecen moverse mientras espero que mi amigo entienda lo que estoy a punto de hacer. No hay muchas personas a las que pueda contarles lo que planeo, de hecho, solo hay una, y después de dos semanas fuera, recién se ha puesto al tanto de mis últimas decisiones.

—Entonces, déjame ver si entendí bien. Te descartaron como sucesor del cargo de socio gerente, que ahora ocupa tu padre, por haberte relacionado con las empleadas. Y ahora, ¿tu solución es casarte con una de ellas? ¿Pero no con ninguna de las que estuviste, sino con una completamente diferente?

—Diciéndolo así suena horrible.

Sentado frente a mí, en la misma silla en la que Antonella estuvo sentada ayer por la mañana, João Pedro inclina la cabeza, cruza una pierna sobre la otra, apoyando un tobillo sobre la rodilla, y arquea una sola ceja como cuestionando en silencio.

—Porque es horrible, Marcos. ¡Y realmente no puedo creer que me hayas sacado de mi casa, el día que regresé de mi luna de miel, para hablar de esto, maldito imbécil!

—¿Qué pasó con el "amigos antes que las mujeres", eh? —gruño, y João Pedro resopla.

—Cuando tengas una mujer para llamar tuya, entenderás que elegir a un hombre peludo antes que una mujer hermosa y sexy es

completamente irreal.

—¿Te dolió? —pregunto serio, y su frente se arruga en confusión.

—¿Qué, Marcos?

—¡La cirugía de cambio de sexo, João Pedro! Porque no hay otra explicación para todo esto.

Sus cejas se levantan y yo revuelvo los ojos.

—Sabes que eso fue un comentario muy prejuicioso para las personas que realmente optan por un cambio de sexo, ¿verdad? ¡Y eso es grosero hasta para ti! —me regaña como si fuera un niño, pero mierda, tiene razón. Las decisiones ajenas no deben tomarse como una broma.

—Está bien, fui un imbécil. Más imbécil, quiero decir. Pero estás demasiado sensible.

—¡No me jodas, Marcos! —me desprecia y se lleva el vaso de whisky a la boca.

—Es la única manera de que las cosas funcionen. Sabías que esto tenía que pasar. —Vuelvo a encaminar la conversación hacia lo que debería ser su enfoque.

—Para empezar, si no hubieras jodido todo, literalmente, no necesitarías una solución. Yo tenía esperanza de que ibas a dejar esa idea absurda —argumenta, y el hecho de no poder contradecirlo me hace vaciar de una vez el resto del whisky en mi vaso—. ¿En serio? ¿Qué demonios pasó por tu cabeza, Marcos? Siempre fuiste

inconsciente, pero nunca estúpido, y siempre te dije que cogerte a tus secretarias terminaría en desastre. Aún así, pensé que si tu padre te pillaba una vez sería suficiente para que te pusieras las pilas. Pero no, necesitaste una segunda vez y perder un cliente de millones, ¡carajo, Marcos! ¡Esto es demasiado, incluso para ti!

—¡No tengo ni puta idea! ¡Solo no quería lidiar con el hecho de que estaba a punto de convertirme en un João Pedro 2.0!

Él suelta una carcajada.

—¿Un João Pedro 2.0? ¿Qué se supone que significa eso?

—¿Tengo que recordarte cómo era tu vida hasta que apareció tu preciosa Eliza?

Esta vez su risa se controla, como si supiera algo que yo no sé.

—Siento informarte, Marcos, pero en este caso ya eres un João Pedro 2.0, o tal vez yo sea un Marcos 3.0. Porque incluso siendo tú, soy mejor que tú.

Resoplo, me levanto de la silla y me acerco a la barra. Sirvo otro trago doble de whisky y lo vacío de un solo sorbo.

—¿Qué pasa? ¿Vas a emborracharte ahora? Sabemos que tomas decisiones de mierda cuando estás borracho —me lanza, refiriéndose a la vez que me embriagué en público, en el aniversario de bodas de sus padres, causando un gran alboroto, e incluso haciendo que João Pedro se peleara con un "amigo" de la infancia. Amigo es una palabra fuerte, un lastre de la infancia sería una mejor definición. Me giro hacia él.

—¿Nunca vas a dejarlo pasar, verdad?

—¿Nunca? ¡Eso pasó hace menos de tres meses, Marcos! ¡La cara de Bruno todavía está caliente! Así que no, ¡todavía no lo olvido! Tu suerte es que soy mejor amigo que tú, que Eliza es mejor que nosotros dos juntos, y que todo ese desastre me dio el empujón que necesitaba para tomar la mejor decisión de mi vida, ¡si no, ni estaría mirando tu cara fea!

—Acababa de darme cuenta de que tendría que casarme, dame un respiro, ¿quieres? ¿Y cómo está ella, por cierto?

—Eso no es excusa, carajo. Lo sé, tú lo sabes, todo el mundo lo sabe, pero como te dije, al final todo encajó, y verte arrodillado frente a Eliza fue un momento de la puta madre. Tengo la foto aquí, ¿quieres verla? —me ofrece, extendiendo el celular hacia mí.

—¡Vete a la mierda! —El hijo de puta se ríe.

Reconozco, ese no fue mi mejor momento, pero cuando la resaca pasó y me desperté con un dolor de cabeza de la puta madre, me desesperé al darme cuenta del caos en el que había metido a João Pedro y Eliza esa noche.

A pesar de la cabeza explotando de dolor, traté desesperadamente de comunicarme con mi amigo, pero rechazó todas mis llamadas.

Mi siguiente paso lógico fue conducir hasta su casa y arrodillarme ante su ahora esposa. Sabía que si ella me perdonaba, él también lo haría. Pasó un tiempo, pero finalmente cedió antes de su boda.

—¿Y ahora recuerdas que mi esposa existe? Después de sacármela el día que llegamos de la luna de miel, preguntar por ella debería haber sido lo primero, hijo de puta.

—¿Esposa? —pruebo la palabra, ignorando todo lo demás que dijo, y el sabor es más amargo que el whisky—. ¿Cómo se siente tener una?

—La mejor sensación del mundo. —responde—. Pero no creo que podamos comparar las situaciones, Marcos. Yo elegí a Eliza, tú estás contratando a una muñeca. Es bastante diferente.

—Tu relación también comenzó con un contrato.

Levanta una ceja, no entiendo por qué hasta que escucho lo que dice a continuación.

—Entonces, ¿estás diciendo que estás dispuesto a recorrer el mismo camino que yo recorrí en mi relación? —ironiza, y solo entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—¡Por supuesto que no, mierda! Este matrimonio es solo una forma de cumplir con la estúpida exigencia del consejo, João. Ni siquiera intentaron ser menos absurdos. Es un acuerdo profesional, nada más.

—Tendré que estar de acuerdo, pero eso es solo porque estaban seguros de que esta era una línea que no cruzarías. Nadie en su sano juicio, en realidad.

—Subestimaron mi deseo de honrar el legado de mi padre.

—Creo que cuando decidiste cogerte a tu secretaria, literalmente, cinco minutos después de decirle a tu padre que serías un heredero responsable, y ni siquiera te molestaste en cerrar la puerta de la oficina, les diste razones para pensar exactamente lo que ellos piensan.

—¿Ya te he mandado a la mierda hoy?

—Unhum... dos veces, de hecho. Si fue solo para esto que me sacaste de mi casa, ya puedo irme, ¿verdad?

Resoplo.

—¡No, maldita sea! —suspiro fuertemente y cierro los ojos, controlando mi irritación, porque sé que esa es exactamente la intención del hijo de puta—. Esperaba que fueras mi testigo.

—¿Tu padrino de boda? —sonríe de lado, disfrutando ver mi miseria.

—Como sea.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso.

Gira lo poco que queda de whisky en su vaso y luego me lanza una mirada llena de desafío.

—¿Te recuerdo cómo me invitaste a ser tu padrino de boda?

—No importa, ¡tuviste suerte de haber estado en mi boda!

—¡Hasta hace cinco minutos, yo había sido la razón por la cual tu boda sucedió!

—Y tendrías razón si no tuviera una eternidad de ventaja en cualquier discusión que tengamos —afirma, arrogante como solo nosotros dos sabemos ser.

—¿Y quién fue el que instauró eso?

—¿El código de la amistad masculina?

—El código de la amistad masculina dice "¡amigos antes que mujeres!"

—¡Esa parte no sirve! —Dispersa mi comentario con la mano.

—Ah, claro. Y déjame adivinar. ¿No puedo impugnar eso porque tienes ventaja sobre nuestras discusiones por el resto de nuestras vidas, de acuerdo con el código de la amistad masculina que tú mismo estás cuestionando su validez?

—¡Exactamente!

—¡Eres un hijo de puta! Si tu carrera de administrador no funciona, realmente puedes desempolvar ese título de abogado, ¡serías un abogado del carajo! —acuso, y él se encoge de hombros —. ¡Está bien! ¡Que sea! ¿Tú, João Pedro Govêa, aceptas ser mi padrino de boda? —Hago una reverencia exagerada y afino la voz, en tono de burla. Sus ojos se estrechan y asiente con la cabeza.

—¿Estás seguro de eso, Marcos? O sea, esto puede convertirse en un desastre gigante. ¿Cómo sabes que ella no es un problema disfrazado?

—Solo lo sé.

—Esa no es una respuesta muy buena.

—Es pobre, necesita el dinero, João. ¿Por qué iría a arruinar esto?

—Esa es una respuesta pésima. ¿No te preocupa que ella sea alguien interesada en el dinero y que, literalmente, le estés abriendo la puerta a tu cuenta bancaria?

—¿En serio? —Levanto una ceja y hago una expresión de cansancio.

—¿Qué? ¡Tú me hiciste la misma pregunta cuando estaba en tu lugar! —Asume un tono de reproche.

—¡Es diferente!

—¿Cuál es la diferencia?

—Fui yo quien buscó a Antonella, no al revés. Y, además, ¡ella lleva meses trabajando para mí! Si hubiera tenido alguna intención de seducirme por mi dinero, probablemente ya la habría encontrado desnuda en mi cama. Esa, sin duda, es la forma más eficiente de seducirme —digo la última frase con una sonrisa en el rostro, y João Pedro la despacha con un gesto de la mano y pone los ojos en blanco.

—Deberías ser más cuidadoso, Marcos. Estamos hablando de un matrimonio. Para alguien que tanto se preocupó por mí, estás bastante relajado con tu propia situación. ¿Al menos investigaste a esta mujer?

—Todos mis empleados pasan por un chequeo completo antes de ser contratados, y tú lo sabes porque es procedimiento estándar

en cualquier familia. Aprendemos a desconfiar de las personas incluso antes de aprender a caminar, João Pedro.

—Entonces, ¿por qué exactamente estás confiando tan ciegamente en tus certezas infundadas, idiota? —Deja el vaso sobre la mesa sin ningún cuidado. Todo el tono juguetón ha desaparecido y, en su lugar, hay un ceño fruncido.

—No son infundadas, sé todo lo que hay que saber. Pobre, trabaja porque lo necesita, no es periodista y es dulce y sumisa. Exactamente lo que necesito...

Él niega con la cabeza.

—¡Es diferente, carajo! Una investigación preliminar de un empleado no es lo mismo que lo que deberías hacer con una mujer que quieres que sea tu esposa.

—¿Diferente por qué? Si eso es exactamente lo que ella seguirá siendo, ¿mi empleada? Es un contrato completamente profesional, João. Y si tengo suerte y bajo ese uniforme ridículo hay un cuerpo sexy, tal vez pueda coger a mi esposa. ¿Qué podría salir mal?



Salgo del baño con la toalla alrededor de la cintura y la cabeza llena de las palabras de João Pedro, aunque haya pasado casi un día entero desde nuestra conversación. Pero está equivocado, completamente equivocado.

Si Antonella tuviera algún interés sospechoso en mí, ya lo habría notado después de tanto tiempo, pero no, ella ni siquiera ha dejado que su presencia sea notada.

Por milésima vez, desde que la vi, los ojos de Antonella invaden mi mente y empiezo a preguntarme si estoy imaginando la cantidad de detalles cada vez más claros que veo en ellos, haciendo que parezca que hay un contorno de girasol en sus iris. ¿Pero qué carajos?

Esta situación me está volviendo loco, y sé exactamente lo que necesito para resolverlo, lo que siempre resuelve: música, la compañía de una mujer hermosa, o dos, tal vez tres, y whisky, mucho whisky.

Mi celular suena, distrayéndome de las imágenes que mi mente repasa en silencio, invocadas por los planes para esta noche. Miro la pantalla de mi teléfono en mi mano y la foto de mi padre brilla en ella.

Camino por el vestidor, analizando las estanterías y eligiendo qué ponerme. Respiro profundo, parece que tiene un radar y aparece en esos momentos en que soy todo, menos lo que le gustaría, ya sea físicamente, por una llamada, o en mis pensamientos.

—¡Hola, viejo! —saludo, tan pronto como contesto la llamada.

—¡Viejo es el mundo! Yo soy antiguo. Y no tanto. ¿Cómo estás, hijo?

Me río de su respuesta de siempre.

—Bien, papá. ¿Y tú?

—Bien también, pero sinceramente, cada vez más ansioso por la jubilación.

Su tono es juguetón, no eligió sus palabras, solo respondió con sinceridad, pero el silencio que siguió deja claro que se arrepintió de eso.

—Está bien, papá. Puedes hablar de tu jubilación.

—¡Por Dios, Marcos! ¿Tenías que hacer algo tan grande? No importa lo que diga, esos viejos no se convencen —se queja, haciéndome reír otra vez. Primero, porque los consejeros de Valente son viejos, él no. Después, porque aunque fue él quien me encontró enterrado en mi escritorio, hace seis meses, después de que su enojo pasó, Joaquim Valente intentó, de todas las maneras posibles, convencer al consejo de que eso no era motivo para que me impidieran ser nombrado socio gerente.

Algunos dicen que él está protegiéndome y que esa es la razón de que siga siendo tan irresponsable a mis treinta y dos años. Tal vez, esas personas tienen razón.

Pero, mierda, eso solo hace que admire aún más al hombre que es mi padre. Así como no creo que tenga madera de marido, tampoco creo que sea material para ser padre, y él es todo el motivo de eso.

Nunca podría ser para alguien ni siquiera el diez por ciento de lo que mi padre es para mí. Y, a pesar de mis actitudes imprudentes

pasadas, realmente quiero continuar su legado de la manera en que creo que soy capaz, con trabajo.

Y, mientras me siento en paz solo por escuchar su respiración al otro lado de la línea y saber que, no importa cuán grande sea la cagada que haga, él siempre estará ahí para mí, la certeza de que realmente haría cualquier cosa por eso se asienta en mi pecho.

—No tiene gracia, Marcos.

—No, papá. No la tiene, pero no fue por eso que me llamaste, ¿verdad?

Desvío el tema, no quiero decir lo que estoy planeando hasta que sea demasiado tarde para que intente convencerme de lo contrario. Ojos escandalosos y aparentemente florecidos parpadean en mis pensamientos y casi cambio de idea, repentinamente curioso de qué pensará mi papá de Antonella.

Él resopla, insatisfecho, pero finalmente dice por qué me llamó.

—Aún no confirmaste tu asistencia al evento benéfico de la próxima semana.

—Ah, eso.

—Tienes que estar allí, Marcos. ¡Y por favor, sin sorpresas! —casi implora la última parte, dándome una idea. Este sería un momento increíble para presentar oficialmente a Antonella como mi prometida.

—Está bien, papá, estaré allí.

—¿Tan fácil? Y no escuché que confirmaras que no habrá sorpresas.

—¿Dónde más estaría el futuro socio gerente de Valente & Camil en la noche del mayor evento organizado por la oficina, papá?

—Marcos —dice, lentamente—. Tal vez deberías empezar a acostumbrarte a la idea de que el consejo realmente no cambie de opinión. —Intenta esconderlo, pero el peso en su voz, solo al mencionar esa posibilidad, es más que suficiente para que siga adelante si es que aún necesitaba algún estímulo.

—Está todo bien, papá. Si no nos vemos antes, nos veremos en el evento.

—Marcos.

—Está todo bien, papá —aseguro, y segundos después viene la pregunta que esperaba que el tema pesado lo hubiera hecho olvidar.

—¿Y qué hay de las sorpresas no deseadas?

—¡Ah, papá! Te prometo que mi sorpresa será muy deseada.

—¡Marcos!

6.

ANTONELLA MACHADO

—¡No puedes estar hablando en serio, Antonella, por el amor de Dios! —protesta Grazi, mientras camino de un lado al otro en mi cuarto, poniéndome las prendas de ropa que están esparcidas por el suelo.

Han pasado dos días desde que Marcos me hizo la propuesta, y llegó el momento de responder. Mi amiga no logra aceptar que estoy lista para decir que sí.

Es innecesario explicar lo indignada que se puso cuando le conté lo que sucedió en aquella oficina. Yo también me sentí igual, pero el orgullo y la moral no pagan una escuela de calidad para mi hija, ni llenan su barriga. Sin embargo, el dinero que Marcos Pedante, está dispuesto a pagarme por jugar a ser su muñeca perfecta, sí.

Esa noche, mientras Grazi pataleaba por lo absurda que era la situación y hablaba sin parar de cómo debería demandarlo por acoso, Isabella se despierta. Su cuerpecito pequeño cruza tambaleándose la puerta entreabierta del cuarto, mientras se frota los ojos con una mano cerrada en un puño.

—¿Mamá? —me llama somnolienta, y no dudo en colgarle el teléfono a Grazi para atender a mi hija.

La tomo en brazos y vuelvo a sentarme en el sofá, todavía envuelta en la toalla y agotada, pero lista para conquistar el mundo

si eso hace feliz a mi pequeña.

—¿Qué pasa? —pregunto, con ella acurrucada en mis brazos y ahora con los ojos completamente abiertos.

—Te extraño, mamá —dice. Mi corazón se encoge.

Yo también la extraño. Llevo semanas sin poder prestarle atención, ni siquiera los fines de semana, porque la universidad está consumiendo el poco tiempo libre que me queda. Exámenes, trabajos, seminarios… y apenas estoy en el segundo semestre. No soy tan ingenua como para creer que esto mejorará en los próximos periodos; la tendencia es que empeore.

Suspiro profundamente y la aprieto más fuerte contra mí.

—Yo también, mi amor. Yo también.

—¿Podemos ver la película de la princesa y el dragón? —pregunta, refiriéndose a su nueva obsesión: esa bendita película recién estrenada por Disney.

Generalmente, agradezco al universo y a las estrellas que sea fácil distraerla con las imágenes coloridas en mi notebook, un regalo de Grazi antes de regresar a Río. Pero miro el reloj y veo que, entre deshacer nuestras maletas, organizar mínimamente la casa y hablar con mi amiga, ya han pasado horas, y el reloj marca casi las dos de la mañana.

Si veo una película con Bella, perderé dos de mis preciosas cuatro horas de sueño diarias. Además, seguramente la guardería se quejará al día siguiente sobre su horario desordenado de sueño. Pero frunzo el ceño al recordar algo que he estado ignorando por

completo desde que salí del departamento del idiota de Marcos. Me dio dos días libres para pensar en su propuesta.

Eso significa que no necesito despertarme dentro de cuatro horas ni llevar a Isabella a la guardería. Es lunes y, en los próximos dos días, habrá un evento académico en la universidad cuya participación es incentivada, pero no obligatoria.

No tendré clases y, sin trabajar, mi tiempo con mi hija no solo será mayor, sino que tendrá mucha más calidad. El pensamiento de pasar dos días con mi niña me arranca una sonrisa y me hace respirar aliviada como no lo había hecho en meses.

Por breves segundos, me siento una madre un poco mejor. Aún no una buena madre, pero sí una un poquito mejor. En los minutos siguientes, mientras preparo palomitas de maíz de colores y escucho las carcajadas de Isabella por el ruido de los granos explotando, mientras arreglo la cama para que las dos veamos su película favorita entre las cobijas, y mientras ella se queda dormida abrazada a mí antes de que el filme llegue a la mitad, descubro que no hay nada que no haría para ser una mejor madre. Ni siquiera tomar un atajo llamado Marcos Pedante.

—¡Grazi, ya te dije que voy a hacerlo y ya te expliqué mis motivos!

—¡No necesitas esto, Nel! Si las cosas están tan difíciles, puedo enviarte dinero o pueden regresar a Río. ¡No tienes que pasar por esto!

—Es solo un trabajo, Grazi, no un ritual satánico, ¿ok? Marcos es un idiota, no un demonio. Estaré bien y, lo más importante, Bella

estará muy bien. Este dinero será suficiente para organizar nuestras vidas mientras estudio. Además, puedo negociar un empleo en su oficina cuando termine la universidad.

—¡Nel, no tienes que hacerlo, por favor!

—¡Grazi, no vas a hacerme cambiar de opinión!

—¿Y qué hay del hecho de que él quiere una princesita dulce y sumisa? ¡Estás ignorando ese detalle importantísimo!

—¡Puedo fingir!

—¡Nel! ¡No, no puedes!

—Grazi, si puedo limpiar inodoros, puedo tragarme algunos sapos. Además, es solo hasta el matrimonio. Luego, él puede irse al diablo con lo que espera de mí. Fue lo suficientemente arrogante como para no incluir nada sobre mi supuesto comportamiento en el contrato de trabajo, así que, como me quiera comportar, él será quien tenga que tragárselo.

—Nel.

Suspiro, reuniendo fuerzas para decir mis próximas palabras.

—Graziella, realmente no necesito juicios ahora. Necesito apoyo, y entenderé si no puedes dármelo, pero, por favor, juicios no.

—Nel, no te estoy juzgando, solo estoy preocupada por ti. Ese hombre es un imbécil y no necesitas pasar por esto. —Ahora intenta convencerme con un tono suave, ya que la exigencia no funcionó.

—Lo necesito y lo haré. Todo estará bien, porque te tengo a ti, ¿ok?

—¿Estar en desacuerdo hará alguna diferencia? —se rinde.

—No. ¿Me deseas suerte? —pregunto, permitiendo que algo de la vulnerabilidad que siento se note.

—¿Suerte? ¡Llego el próximo fin de semana! Tenemos una boda que organizar. Antonella Machado Rodrigues hará su gran regreso a la maldita élite brasileña, y no me perdería tu "¡No saben el placer que es estar de vuelta!"[1] por nada del mundo. —Lo declara sin entusiasmo, pero con mucha determinación en la voz.

—¡Te amo!

Mis ojos arden, queriendo derramar lágrimas y arruinar mi pobre maquillaje.

7.

ANTONELLA MACHADO

Todo parece diferente hoy.

Desde los pisos claros hasta las paredes revestidas de madera, pasando por los muebles que probablemente serían suficientes para pagar varios años de alquiler, hasta los hermosos candelabros de cristal colgando del techo.

No sé si es por el hecho de que estoy entrando por la puerta principal, en lugar de la de servicio, la certeza de que no tendré que usar ese horrible uniforme, o por cómo me siento.

No puedo decir que volver a la vida que conocía antes de Bella sea un sacrificio. Sería una hipócrita si lo dijera, no lo es. Aunque no soy tan apegada a las apariencias como mis padres siempre lo fueron, el lujo y la comodidad son cosas de las que no habría renunciado si me hubieran dado la opción. Pero no me la dieron.

No he hablado con Marcos desde que salí de su casa hace dos días. Él no sabe si voy a venir y, mientras camino hacia el conserje, me preocupa que el hombre alto, delgado, con el cabello y los bigotes perfectamente arreglados, que lleva un traje impecablemente alineado, me mande a dar media vuelta y entrar por la puerta de servicio. Eso sería desagradable.

Pero, para mi sorpresa, antes de que tenga la oportunidad de decir quién soy o qué estoy haciendo aquí, él me habla.

—Señora Valente.

Frunzo el ceño, y mi primer pensamiento es mirar hacia atrás solo para confirmar que no está hablando con otra persona. Pero eso solo dura hasta que me doy cuenta del apellido que usó.

Valente, el apellido de Marcos Pedante. El hijo de puta es arrogante, ¿no? Río, sin poder evitarlo.

Marcos no solo estaba seguro de que yo vendría, sino también de que aceptaría. Y, para mi inmensa frustración, tenía razón. Lo odio más que el hecho de que tendré que convivir con él durante los próximos dos años.

Tal vez podamos dividir la casa en ala "A" y "B", y cada uno se queda con una. Muevo la cabeza, aceptando que esa es una buena idea. Otro punto para discutir.

—¿Señora? —me llama el portero, sacándome de mis pensamientos.

—Perdón, me distraje —respondo.

—El señor Valente pidió que le indicara cómo usar el ascensor.

Río otra vez, arrogante al cuadrado. ¿De verdad se olvidó de que pasé los últimos ocho meses usando el maldito ascensor? ¿O piensa que subí veintitrés pisos por las escaleras?

—No es necesario, Benício —leo el nombre en la placa dorada que lleva en su chaqueta como un broche.

Él asiente y me da paso. Cruzo el pequeño espacio que me separa del ascensor y, como el conserje no me acompaña, supongo

que ya tienen mi huella registrada en el sistema.

Pruebo poniendo el dedo en el pequeño lector del panel, y funciona. Las luces indican el avance de la máquina, y en pocos segundos las puertas se abren ante mí.

Entro al ascensor con pasos mucho más seguros de lo que realmente me siento. No es la primera vez que enfrento una situación como esta, y dadas mis nuevas responsabilidades, estoy segura de que no será la última.

Las puertas se cierran y, junto con ellas, mis ojos. Mentalmente, cuento los trece segundos que sé que se necesitan para llegar a la azotea.

Uno. Antonella, respira.

Dos. Es por Bella, todo va a estar bien.

Tres. Tómalo como un negocio y todo va a estar bien.

Cuatro. No mates a tu futuro esposo, eso es crucial para que todo salga bien.

Cinco. Respira.

Seis. Dos años por una vida entera de seguridad para tu hija.

Siete. No más limpiezas pesadas ni pocas horas de sueño.

Ocho. Puedes hacerlo.

Nueve. Dulce y sumisa no va a ser fácil, pero no puede ser tan difícil, viste a tus padres hacerlo durante gran parte de tu vida.

Diez. Son solo apariencias, Antonella.

Once. Nunca más contar monedas para comprar un regalo de cumpleaños para Bella.

Doce. Respira.

Trece. Marcos.

Una mirada azul se cruza con la mía en el momento en que el acero deja de ser todo lo que existe frente a mí. Es más fuerte que yo, no puedo evitar que mis ojos suban y bajen por su cuerpo grande, musculoso y, seamos sinceros, atractivo frente a mí.

Lleva puesta una bermuda simple y una camiseta blanca de tela fina, que marca cada línea que importa en su pecho, abdomen y brazos. Marcos se mantiene, imponente como solo un hombre con esa altura y cuerpo podría ser, esperando por mí.

Me toma dos segundos detenerme, pero él no lo nota, demasiado concentrado en su propia inspección. Yo esperaba una sonrisa burlona, una expresión arrogante, o incluso algo de desdén por su parte.

Pero no esperaba la sorpresa cada vez más evidente en su rostro, a medida que sus ojos recorren mi piel.

Tampoco esperaba el extraño escalofrío que atraviesa mi columna o el intento de mi respiración por descontrolarse. Es extrañamente placentero y, en cuanto me doy cuenta de lo que pensé, quiero abofetearme.

¡Pero ni loca, cuerpo! ¡Conténte! Porque ni aunque necesite acostarme con toda São Paulo para mantenerte alejada de este hombre, ¡no nos acostaremos en su cama! ¡Y punto!

Recuerdo que debo actuar. Y, aunque mi primer instinto es levantar una ceja, poner las manos en las caderas y preguntarle con ironía si le gusta lo que ve, ya que insiste en analizarme milimétricamente con los ojos, lo que hago es algo completamente diferente. Bajo la cabeza, fingiendo vergüenza por su descaro, cuando todo lo que siento es rabia.

Rabia de él por devorarme con la mirada, rabia de mí por haber hecho lo mismo con él. Rabia, mucha rabia por no saber qué me afecta más: desearlo o reconocer en sus ojos el mismo deseo incontrolado que parece estar sintiendo.

Al notar mi reacción y tomarla como genuina, Marcos se aclara la garganta, y yo dirijo mi mirada hacia él. No parece tan avergonzado como debería, más bien desconcertado, como si no entendiera sus propias acciones. Mi rabia se disuelve con la diversión que me causa su sorpresa. Idiota.

Le llevó ocho meses darme cuenta de mi existencia y ocho meses y tres días para darse cuenta de que puedo usar faldas. *Espero que esto no le dé ideas, ¡Marquitos!*, comento para mí misma, mientras paso por las puertas abiertas del ascensor, saliendo directamente al vestíbulo de la azotea.

Es hermoso.

La primera vez que estuve aquí, lloré en el baño durante casi media hora. Lloré por lo que perdí. Lloré porque, después de haber

crecido rodeada de lugares como este, la única forma que tenía de pisar uno ahora era como limpiadora. Lloré porque era muy probable que nunca pudiera darle algo similar a Bella.

Ahora, mientras mis ojos recorren el ambiente de techo alto, pisos brillantes, ventanas de piso a techo que cubren toda la pared izquierda del amplio espacio de planta abierta, revelando una São Paulo viva y gris a veintitrés pisos de distancia, quiero sonreír. La vida no es fácil, y aprendí desde joven que no debemos desperdiciar una oportunidad cuando se nos da.

Entonces, durante los próximos dos años, llamaré a este lugar mi casa y, cuando los veinticuatro meses terminen, podré vivir en otro, no tan lujoso como este, pero mucho más cómodo que el lugar en el que vivo ahora. Suspiro, como si estuviera reconociendo el entorno por primera vez.

—Vamos a necesitar algunas fotos tuyas.

La voz de Marcos suena tan cerca de mí que me doy cuenta de que está parado justo a mi lado.

—¿Qué?

—Para la decoración afectiva, ¿sabes? Para que la gente crea que vives aquí.

—Dos cosas, Marcos —observo—. Si queremos que la gente crea que vivo aquí, vamos a necesitar mucho más que decoración afectiva. Pero eso lo podemos discutir después, empecemos con el contrato. ¿Podemos? —pregunto, levantando el brazo hacia la

cocina, donde imagino que Carmen, la cocinera, habrá servido el desayuno.

Marcos levanta una ceja, y me doy cuenta de lo insumisa que soné.

¡Mierda, Antonella! ¡Ni siquiera han pasado cinco minutos! Esto es difícil. La voz de Grazi resuena en mi cabeza como un tambor, riendo, acusándome y prácticamente gritando un "te lo dije".

Resoplo y bajo la cabeza otra vez. Parece que funcionó antes. Mierda, parece que hasta para la maldita boda, bajar la cabeza será mi regla de oro.

—Lo siento —pido—. Estoy nerviosa.

Sin que lo espere, la mano de Marcos toca mi brazo. Me aparto bruscamente, sin prepararme para la sensación que recorre mi cuerpo desde la punta del dedo pequeño del pie hasta mi cuero cabelludo, y ambos nos asustamos. Lo miro, atónita, y él parece tan sorprendido como yo, como si también hubiera sentido algo. Sus ojos se entrecierran y no entiendo por qué. No es como si tuviera uno de esos botones de choque de juguete.

—Perdón, yo... yo... —digo, esta vez siendo honesta, porque para cualquiera que viera la situación, mi reacción habría parecido exagerada. Simplemente no esperaba que mi cuerpo reaccionara de forma tan antinatural. Su ceño se frunce, pero sacude la cabeza, asintiendo.

—Está bien, también me disculpo. No debería haberte tocado sin tu permiso. Pero sabes que, eventualmente, esto será necesario, ¿cierto?

—¿Esto qué? —Es mi turno de fruncir el ceño.

Él suspira fuerte, se lleva la mano al cuello, acariciando ese pedazo de piel, y los músculos flexionados de su brazo saltan, saludándome. Las imágenes que llenan mis pensamientos son tan absurdas. Dios mío, ¿cuál es mi problema? Quiero decir, ¿aparentemente tengo algún tipo de atracción irreprimible por el maldito Marcos Pedante?

—Tienes razón, Antonella. Si queremos que esto parezca real, necesitaremos mucho más que tus fotos repartidas por el apartamento. Nada explícito, pero la gente necesita creer que este matrimonio es de verdad. Los toques son parte del paquete, ¿no?

—¿Entonces ser tocada por ti va a ser parte de mi trabajo? —cuestiono, y me gustaría que la rabia por la sugerencia me tiñera el rostro de rojo, pero Dios y mis pensamientos locos sabemos que no es así.

Mi abdomen se contrae, tratando de lidiar con todas las expectativas que ha creado. Expectativas completamente infundadas que no hay forma de que mi cuerpo logre convencer a mi mente de hacer realidad.

—Solo lo suficiente para que la gente crea que pertenecemos el uno al otro.

—¿Pertenecemos? —No puedo evitar sorprenderme por su elección de palabras.

—¿No es eso lo que es el matrimonio? ¿Poseer a alguien?

Mi rostro toma una expresión divertida, sin que pueda controlarlo.

—Nunca lo vi de esa manera, creo que el matrimonio es libertad y no prisión. Pertenecer me suena tan... ¿posesivo?

—¿Y no es eso?

—Yo diría que es sobre ser de alguien, no sobre poseer...

—¿Y cuál es la diferencia?

Sonrío.

—La elección.

Él inclina la cabeza hacia un lado, reflexionando sobre mis palabras.

—No puedo decidir si esta es o no una visión romántica —comenta, también con un aire de diversión, y yo río, es un momento extraño.

—No lo es. Es una visión práctica. La vida está hecha de elecciones y consecuencias, Marcos, y el matrimonio es solo una más.

Su cabeza da un ligero movimiento hacia atrás y su forma de mirarme cambia. Es como si me estuviera viendo por primera vez. Y

también es la primera vez, desde que sus ojos reconocieron mi existencia, que me gusta la manera en que parezco ser vista.

—¿Cuántos años tienes, Antonella?

Me sorprende la pregunta.

—¿No lo sabes?

Me siento alarmada. ¡Oh no, mierda! ¿No fue lo suficientemente estúpido como para hacerme esa propuesta sin saber mi edad, verdad?

—Sé que eres mayor de edad, lo cual, hasta ahora, era todo lo que me importaba. Quiero decir, eres mayor de edad, ¿no?

Ahora parece verdaderamente preocupado y, otra vez, me veo dividida sobre lo que quiero hacer con este hombre. ¿Qué tipo de agresión sería más eficaz para causarle dolor? Porque, definitivamente, podría darle un golpe por su estupidez y tirarlo al suelo por su idiotez, pero no hago ninguna de las dos cosas.

Eligiendo con mucho cuidado el tono de voz, respondo como si mis próximas palabras no significaran nada, cuando sé que pueden cambiarlo todo.

—Sí, Marcos. Soy mayor de edad. Tengo veintiún años, pronto veintidós.

—¡La puta madre! —exclama en voz alta—. ¡La puta madre! —Ni siquiera me da tiempo para medir su reacción, ya que es inmediata. ¿La mirada que me gustaba? Desapareció. Ahora la expresión en su rostro me dice que es completamente capaz de,

aquí mismo y en este momento, renunciar a todo lo que me propuso.

Pero ni por casualidad lo hará. ¡No después de que la maleza venenosa de la esperanza de un cambio rápido y sustancial de vida para mí y Bella haya infestado mi corazón como una planta trepadora!

Si la investigación que hice meses atrás en Google está correcta, Marcos tiene treinta y dos años. Son diez años de diferencia, no me sorprende que esté sorprendido, solo me sorprende que haya sido tan imbécil como para preocuparse por eso ahora.

—¿Dónde están tus padres, niña? —¿En serio, Marcos Pedante? ¿Esa es tu pregunta? ¡Ay, Dios!

—Bien lejos, Marcos. No se preocuparían ni si estuviera muerta.

—Antonella...

—¿Podemos continuar esta conversación sentados? Porque mis piernas ya están empezando a doler —pido, ganando tiempo para pensar en una forma de ponerlo exactamente donde quiero.

¡Dulce y sumisa, claro! Este hombre claramente no sabe gobernar su propia vida, ¿qué haría con una mujer dulce y sumisa? Quiero sacudir la cabeza en negación, pero me contengo.

Él abre y cierra la boca, sin decir nada. Coloca las manos en las caderas, gira el cuello de un lado a otro, sin fijar los ojos en ningún punto por unos momentos, y finalmente hace un gesto para

que pase frente a él. Obedezco, pasando junto a él y caminando por ese espacio que ya conozco tan bien.

La cocina amplia, moderna, completamente ocupada por muebles de diseño azul oscuro y electrodomésticos de acero inoxidable, tiene la isla cubierta con una infinidad de alimentos deliciosos, y mis ojos se abren como platos. La mesa de café de Ana María Braga quedaría atrás ante esta, sin lugar a dudas.

Dejo de caminar, ocupada intentando entender el motivo de todo esto. Conozco la rutina de Marcos lo suficiente para saber que él nunca toma más que un café negro por la mañana y, a veces, algunas tostadas.

Carmen, que trabaja en esa casa desde hace años y viene de la casa de sus padres, siempre se queja de lo negligente que es él con el desayuno, la cual considera la comida más importante del día.

—No sabía lo que te gustaba, así que le pedí a Carmen que preparara un poco de todo.

Una vez más, su voz me dice lo cerca que está, mientras yo divago en mis pensamientos. Y ahora, lo que dice me sorprende aún más que su cercanía. Eso fue... cuidadoso... e... inesperado.

—Gracias —digo, sin saber qué decir sobre el gesto sorprendentemente atento. Pero no me doy más de dos segundos para pensar en ello. Eso no es lo que importa.

—Está bien, es solo comida.

Dejo mi bolso sobre uno de los taburetes de la isla, tomo el segundo y me siento en él. Sin esperar a Marcos, empiezo a

servirme del banquete que tengo a mi disposición. Sería un pecado desperdiciar tanta atención. De Carmen, claro. Y al darme cuenta de que la cocina está vacía, pregunto.

—¿Dónde está Carmen? —Esa mujer trata esta cocina como si fuera su hijo, por eso extraño su ausencia.

—Está de descanso. Todos lo están, de hecho. Quería que tuviéramos... privacidad.

A pesar de que esas son las palabras que salen de su boca, entiendo perfectamente lo que realmente está diciendo: quiere que nadie sepa sobre nuestro acuerdo.

—¿Entonces, mi edad es un problema para ti?

Tengo el cuidado de sonar ligeramente molesta, pero no demasiado. Sumisa, me recuerdo a mí misma.

—Tal vez problema no sea la palabra correcta. Pero no puedo decir que me sienta cómodo con esto, Antonella. Son más de diez años de diferencia, mierda —dice, porque necesito fingir dulzura y porque no soy hipócrita. Entiendo su perspectiva, pero también la encuentro un poco dramática.

—No es como si estuviéramos hablando de una relación real, son solo firmas en un papel, Marcos.

Y si su preocupación es sobre cómo esto afectará su imagen, quiero decirle que ya está tan carbonizada que ni siquiera notarán una nueva quemadura.

Guardo esta segunda parte solo para mí. Trago las palabras ácidas que quieren salir de mi garganta, bajo la cabeza, fingiendo una decepción que no siento, y elijo cuidadosamente lo que decir a continuación...

—Lo entiendo. Nunca pensé que sería adecuada para lo que necesitas.

Decir esto requiere un esfuerzo enorme y casi me da un ataque. Pero respiro hondo, manteniendo el personaje, probando el enfoque de la pobre niña indefensa y sin autoestima.

—No es así —me interrumpe, y yo respiro con dificultad, representando. Finjo una pena que no siento ante su rechazo—. No, Antonella, no es eso lo que quiero decir. —Hace una pausa, probablemente buscando palabras que no me lastimen. Ah, pobre Marcos. No tiene idea. Aprovecho su momento de no saber qué hacer o decir para seguir comiendo, estoy llevando el vaso de jugo a la boca cuando él vuelve a hablar—. No eres inapropiada, es solo que... me sorprendió.

—Solo espero que no estés jugando conmigo, Marcos. Como dijiste, no limpio baños por deporte —me quejo, con la cabeza baja —, y aunque fue muy difícil tomar esa decisión, yo... yo... —paro de hablar estratégicamente y cuento hasta diez, dejando que la expectativa crezca —, creo que podría ser buena en este papel, solo necesitas dejarme intentarlo...

Él suspira. Y, como el idiota que es, dice exactamente lo que sabía que diría.

—Está bien. ¿Leíste el contrato?

Antonella 1, Marcos Pedante 0.

8.
MARCOS VALENTE

Puta madre.

Antonella tiene veintiún años.

Una esposa que es casi una niña y, ¿lo peor? Mi verga está dura por ella desde que las puertas de ese maldito ascensor se abrieron. No tenía la menor intención de devorarla con la mirada, pero ¡por favor!

Su imagen con el uniforme gris quedó en el pasado cuando apareció ante mí, mostrando esas curvas perfectas que podría desear. Los jeans ajustados dibujan sus muslos gruesos, tentándome a imaginar cómo se verían apretados contra mi cintura, y la camiseta roja de tela delgada resalta el contorno de sus pechos, que parecen hechos para mis manos. Pero, ¿qué mierda me está pasando?

No soy un descontrolado, entonces, ¿por qué no puedo dejar de imaginar a la mujer frente a mí en todo tipo de posiciones, desnuda, rodeándome? Dios, veintiún años. ¡Puta madre! ¿Cómo dejé que esto sucediera?

La voz de João Pedro suena en mi oído diciendo un "te lo dije" que retumba, aunque el silencio grite en la sala. ¿Tenía que verse tan inocente? ¿Tan frágil? ¿Por qué tiene que bajar la cabeza todo el tiempo, evitando mi mirada? ¿Y por qué carajos me importa? No lo necesito.

No necesito la puta esposa de veintiún años que probablemente no tendrá la cabeza para lidiar con las situaciones que una historia de Caperucita Roja va a traer.

Todos los periodistas, todas esas noticias sensacionalistas, el consejo de Valente negándose a creer que mi matrimonio es serio, el hecho de que todo esto sea solo una fachada. Esto tiene todo para terminar mal...

—¿Quieres rendirte? —susurra, mirando al suelo, interpretando correctamente mi silencio.

—Antonella, es solo que... Tienes veintiún años y realmente no esperaba esto. Quiero decir, apenas alcanzaste la mayoría de edad. El matrimonio debería hacerme lucir más responsable y maduro, y temo que un matrimonio entre nosotros no va a tener la credibilidad que necesito —reflexiono, y guardo para mí la parte en la que, a juzgar por mi reacción hacia ella, sería una verdadera tortura abstenerme de echarle un polvo a mi esposa, lo que sería lo más decente, considerando que es solo una niña. ¡Puta madre!

—Tengo veintiún, no dieciséis, y ya he vivido más que muchas de las mujeres de porcelana con las que sueles salir en portadas de revistas —me desafía, y sonrío, por alguna razón que no entiendo, me gusta mucho más la versión de ella que me enfrenta que la que se esconde de mí.

Pero todo lo que tengo es un vistazo, porque dos segundos después, ella baja la cabeza y se encoge, como si se hubiera acordado de que ese comportamiento no es adecuado. Sumisa, exactamente el tipo con el que podría seguir mi vida de soltero,

aunque casado, sin que me cause problemas. Entonces, ¿por qué me molesta tanto?

—Es diferente, este matrimonio no va a ser fácil, y tu poca edad va a hacer todo aún más difícil para ti.

Levanta la cabeza y me mira a los ojos, parece decidir si contarme algo o no, muerde el labio, parpadea y, al final, lo que sale de su boca, definitivamente, no es lo que esperaba.

—Yo estaba bien, tenía un plan y estaba conforme con él, no puedes simplemente llegar, arruinar todo, hacerme reconsiderar los próximos diez años de mi vida y luego rendirte solo porque descubriste algo que ya deberías haber sabido, para empezar, Marcos. ¡Eso no es justo!

Su voz oscila entre la ira y el control, y ¡mierda!

Me siento mucho más tentado a seguir con toda esta historia ahora que cuando estaba devorando sus curvas e imaginando mi lengua recorriéndolas. Por eso, me obligo a dar una respuesta completamente contraria a la que mi mente grita que debería dar.

—Perdón, la vida no es justa. Si no te has dado cuenta, me estoy casando por presión de terceros, Antonella. ¿Qué tan justo te parece eso? A mí, no me parece nada justo. —Y entonces pasa otra vez. Sus ojos gritan sus pensamientos, y sonrío, porque al menos están fuera de control—. Te dije que soy un hijo de puta, Antonella, eso no debería sorprenderte. Y que estés sorprendida solo confirma que todo esto fue un gran error.

Un sonido de burla sale de su garganta, ella sacude la cabeza, incrédula de que realmente estoy poniendo fin a todo de esta forma tan repentina. Pero no puedo tener una esposa de veintiún años, simplemente no puedo.

Antonella abre la boca y, contra todo mi sentido común, la expresión en su rostro me deja ansioso por escuchar sus próximas palabras, parece estar finalmente lista para mostrarme algo más que su cabeza y sus ojos bajos.

—Tú... —comienza, pero es interrumpida por un rock pesado que jamás asociaría con la mujer frente a mí, lo que me hace fruncir el ceño.

Su rostro se aparta del mío, buscando en su bolso sobre la silla a su lado, y saca de allí la fuente de la música inesperada, un teléfono móvil sencillo. Sus cejas se fruncen al mirar la pantalla y sus dedos atienden la llamada con una velocidad sorprendente.

—¿Sí? —dice, aún con una expresión preocupada en el rostro —. ¿Qué? —casi grita, levantándose de un salto, tomando su bolso y comenzando a caminar en dirección a donde habíamos venido, dejándome tan aturdido que tardo un momento en levantarme también para seguirla.

Cuando la alcanzo, Antonella ya tiene el dedo sobre el sensor de huellas del ascensor, lista para dejarme aquí, solo, como un idiota, sin ni siquiera la cortesía de decirme qué está pasando.

Quiero reclamarle por eso, pero me doy cuenta de que solo la alcancé porque en realidad está parada, congelada. Y cada segundo que la voz al otro lado de la línea habla, Antonella permanece en

silencio y su rostro se va tornando más grave, dejando de ser preocupado y comenzando a parecer desesperado. Contra todas mis expectativas, me encuentro queriendo ayudarla, aunque no sé exactamente qué necesita.

En un instante, me calzo los zapatos que dejé en el vestíbulo y coloco mi mano sobre la suya en el sensor, ya que está tan nerviosa que no logra colocar el dedo correctamente y el ascensor aún no ha sido llamado.

Mi toque la despierta del trance en el que lo que sea que haya escuchado la ha colocado, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo lágrimas a punto de caer. Ah, no, ¡mierda! ¿Lágrimas? No. ¿Qué voy a hacer con una ex-futura esposa llorosa?

—¡Voy! —responde firmemente al teléfono, a pesar de su apariencia destrozada—. Llego en, no sé, cuarenta minutos. Yo... voy a tomar un Uber. ¡Dios mío! —Antonella se da un golpe en la frente al darse cuenta del tiempo que tomará llegar donde sea que necesite estar ahora—. Esto va a tardar una eternidad... ¡Voy! ¡Voy!

No puedo evitar preguntarme qué pasó. Mi primer pensamiento son sus padres, pero me dijo hace unos minutos que no le importan, así que supongo que no tienen una buena relación.

¿Una amiga? ¿Un amigo? ¿Una abuela, tal vez? Una abuela justificaría tanto desespero, un familiar cercano, maldita sea, no tengo ni idea. Y una vez más, la risa burlona de João Pedro resuena en mi cabeza, seguida de su voz diciéndome que no sé nada de la chica. ¡Carajo, odio cuando tiene razón!

Las puertas del ascensor se abren y Antonella entra rápidamente, desconectando el teléfono, pero con la mirada tan perdida que me sorprende que sepa qué hacer, a dónde ir.

La sigo, entrando detrás de ella y deteniéndome a su lado. Aún así, ella apenas se da cuenta de mi presencia. Una vez más, su dedo en el sensor no cumple su función, lo que llama mi atención sobre el temblor intenso en sus manos.

Aparto su mano suavemente, coloco el dedo sobre el lector y programo la bajada hasta el garaje subterráneo. Antonella no dice ni una palabra, pero sus ojos no se apartan del panel luminoso que indica los pisos por los que vamos pasando, y los míos no se apartan de ella ni un segundo.

Quiero preguntarle qué está pasando, pero no tengo la menor duda de que, en este momento, mi presencia debe significar para ella lo mismo que la de una mosca. Dudo mucho que escuche lo que le diga ahora.

Así que me quedo callado mientras la máquina desciende. Las manos de Antonella siguen temblando, y ella se abraza a sí misma, sus pies siguen golpeando el suelo en un reflejo ansioso y sus ojos, aunque están rojos e irritados por las lágrimas, mantienen el rostro tan seco como cuando la encontré esta mañana.

Las puertas del ascensor finalmente se abren en el garaje subterráneo del edificio. Salgo por ellas, pero Antonella sigue en el mismo lugar. Cuando me giro para buscarla, la encuentro ligeramente inclinada, con el dedo sobre el lector de huellas y, por el infierno, esta vez lo consigue.

Las puertas comienzan a cerrarse y, literalmente, me lanzo entre ellas, impidiendo que se cierren. Esto hace que Antonella reconozca mi presencia. Su mirada perdida se fija en mí y me pregunto si recién ahora se dio cuenta de que era conmigo con quien compartía el ascensor, aunque hayamos entrado juntos, saliendo de mi departamento.

—Necesito irme y tú tienes que abrir la puerta —exige, su voz totalmente diferente a su postura quebrada.

—Lo sé. Vamos, te llevo.

Extiendo la mano y, después de la mirada que me lanza, me aseguro de que mi brazo no se haya puesto verde desde la última vez que lo vi.

—¿Qué? ¿Por qué... por qué?

Sí, Marcos, ¿por qué?

Me hago la pregunta a mí mismo y no encuentro respuesta. Entonces me quedo callado y solo extiendo la mano otra vez, en un pedido. Esta vez, Antonella no duda en aceptarla y en cuestión de momentos ya estamos frente a mi coche. Abro la puerta para ella, que entra rápidamente, y estoy seguro de que si pudiera, me apresuraría a entrar también.

—¿A dónde? —pregunto, acomodándome en el asiento del conductor.

—Al hospital Santa Leopoldina.

9.

MARCOS VALENTE

—¡Isabella Rodrigues, por favor! —gritó Antonella, mencionando el nombre en la recepción del hospital después de prácticamente saltar del coche, tan pronto como estacioné.

Yo, literalmente, tuve que correr detrás de ella. Bueno, definitivamente, fue una primera vez interesante.

El apellido me sugiere que se trata de un pariente, probablemente, una abuela. Y mientras ella se ocupa de recibir la información, no puedo evitar que mis ojos recorran el lugar. Sabía que Antonella era pobre, pero saber y ver son dos cosas completamente diferentes.

El hospital no está en ruinas, pero está lejos de ser lo que consideraría adecuado. Las paredes están sucias, los muebles son viejos, no hay ningún tipo de comodidad para los acompañantes o visitantes a la vista y, al mirar a la recepcionista, me doy cuenta de que la amabilidad tampoco es el fuerte de este lugar. Culpa. Ese maldito sentimiento me golpea con fuerza.

Dijo que tenía un plan y que no tenía derecho a voltearlo de cabeza solo para rendirme después. Al ver este lugar, eso tiene mucho más sentido que antes.

Los pasos rápidos y decididos de Antonella -*¡por Dios, qué nombre tan largo! Mejor la llamo Nella…*- nos llevan hasta el elevador al final del pasillo. Nella se detiene frente a la máquina

antigua y presiona el botón. Cuando no aparece al instante, lo vuelve a presionar, dejando el dedo en el panel como si fuera un timbre.

Contrario a lo que esperaba, ahora que hemos llegado, su ansiedad parece haber aumentado en lugar de disminuir, y todo su cuerpo lo deja claro.

Sus pies ansiosos golpean sin parar contra el piso amarillento, la mano que no está presionando el botón del elevador alterna entre dar golpecitos ligeros en su muslo y pasearse por los cabellos sueltos, los ojos no se fijan en ningún lugar y su lengua moja constantemente sus labios, como si la última lamida no hubiera tenido efecto alguno.

El pitido del elevador suena fuerte, anunciando su llegada, Nella entra en el instante en que las puertas se abren y yo la sigo, posicionándome a su lado en el espacio reducido.

Sus manos pasan por su cabello suelto, atrayendo mi atención hacia ellos. Son bonitas, pero por alguna razón que desconozco, aunque parecen encajar con la personalidad que ella proyecta, siento que son como ella, como quien ella es.

Pero qué demonios, Marcos... ¿Desde cuándo eres el mejor lector de personas?

El indicador luminoso enciende el número tres, Antonella sale disparada por la puerta, y yo la sigo hasta que nos detenemos frente a un mostrador vacío. Nella gira el rostro en todas direcciones, probablemente buscando a la persona que debería estar detrás de ese mostrador, encargada de dar información a familiares y

visitantes. Sin embargo, todo lo que vemos es alguna que otra persona uniformada caminando de vez en cuando, pero ninguna parece dispuesta a quedarse en la recepción.

El desesperado estado de Antonella, sumado a la total falta de información y la irritación por la dejadez del hospital, empiezan a irritarme. ¡La mujer está angustiada y nadie más aparte de mí parece importarle!

La dejo allí y me acerco a un médico, juzgando por la bata y el estetoscopio, hasta que me detengo frente a él, interrumpiendo su caminata.

El hombre, delgado, calvo y con pequeños lentes cuadrados, levanta los ojos de la libreta que tiene en las manos solo lo suficiente para reconocer mi presencia, luego vuelve a mirar los papeles. Un sonido de desprecio sale de mi garganta, no puedo creer su indiferencia.

—¡Buenos días! Necesito información sobre una paciente —digo, sin ningún tipo de amabilidad.

—Eso está en el mostrador de información, señor —me responde, sin levantar la mirada.

—Si levantaras la maldita cabeza, verías que está vacío.

Esto llama su atención, y su boca se abre para responder cuando realmente me ve. Sus ojos me examinan por un momento, evaluándome.

—Señor, lo siento, pero no puedo informarle sobre pacientes que no sean los míos. Las encargadas de eso son las enfermeras

que están ahí —señala el mismo mostrador de antes—, pero como estamos con poco personal, ellas tienen que hacer otras funciones.

—Ok, ¿y dónde encuentro a una de esas enfermeras?

—No sabría decirle, señor. Pueden estar en cualquier parte de este piso.

Muevo la cabeza, como si aceptara la información.

—Está bien, gracias.

Me aparto de su lado, regresando hacia donde está Antonella. Casi puedo sentir los ojos del médico en mi espalda. En lugar de regresar a su lado, doy la vuelta al mostrador, identifico la puerta de entrada, encuentro su abertura y paso por ella.

—¡Oye, no puedes hacer eso! —dice el médico, un poco más alto de lo normal, lo cual, considerando que estamos en un hospital, podría llamarse grito. Y lo ignoro, lo que hace que venga hacia mí.

Antonella me observa con los ojos sorprendidos y la boca ligeramente entreabierta, la preocupación sigue evidente en su postura, pero hay un pequeño cambio cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo.

Inesperadamente, como todo lo que he hecho desde que vi su desesperación cuando contestó el teléfono en mi departamento, me gusta la sensación de saber que fui yo quien le dio algo de alivio, aunque sea mínimo, si la expresión en su rostro es un indicio.

Miro alrededor, encuentro una computadora y empiezo a caminar hacia ella. En la pantalla encendida, intento identificar algo

familiar, al fin y al cabo, los sistemas son casi siempre iguales, sin importar cuáles sean. En cuestión de segundos, localizo una lupa. Me inclino sobre la mesa baja y con el ratón, hago clic en el campo de búsqueda.

Estoy a punto de escribir la primera letra cuando siento la presencia de alguien detrás de mí.

—¡Señor, no puede estar aquí! —me grita el maldito médico.

Retribuyendo su cortesía, no me molesto en dirigirle la mirada esta vez.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me va a impedir? —pregunto, tecleando "Isabella Rodrigues" en el campo de búsqueda. Rápidamente aparece una lista con tres "Isabellas" en la pantalla. Leo la información y encuentro lo que necesito. Enfermería pediátrica 3.

Frunzo el ceño. ¿Por qué diablos una anciana estaría en pediatría? Con lo desorganizado que está esto, es probable que sea un error de registro, o que la hayan colocado allí por falta de espacio en geriatría.

¡Qué vida tan de mierda tienes, Antonella!

Expulsando todo el aire de mis pulmones, me levanto y me giro hacia el médico, que no ha dejado de chillar detrás de mí ni un segundo desde que me alcanzó.

—¿Dónde queda la enfermería pediátrica tres?

—¿No me escuchó? ¡Usted no puede hacer eso! —grita, subiendo el tono ahora que tiene mi mirada.

Respiro profundamente, apoyo una mano en la cintura y llevo la otra a la frente, rascándome ligeramente antes de decir lo que sigue.

—Aparentemente, el que no me está escuchando es usted. He estado en este hospital menos de treinta minutos y ya he observado, al menos, seis violaciones a las recomendaciones de la Agencia Nacional de Salud, dos de Vigilancia Sanitaria y unas quince relacionadas con pericias y negligencia médica. ¿Y sabe cómo sé todo esto? —Mi tono es lento, casi calmado. Casi, porque cualquiera que haya visto lo que he hecho en los últimos minutos sabría que si hay algo que no soy, es calmado—. ¡Porque soy un maldito abogado especializado en derecho médico! —miento en algunas afirmaciones, pero no en la indignación que empuja cada una de mis palabras. El hombre da un paso atrás, con los ojos desorbitados y apretando los dedos alrededor de la carpeta que aún sostiene. —Entonces, ¿me va a decir dónde está la maldita enfermería o tengo que mostrarle que entrar en su recepción desierta, usar una computadora y encontrar la información que no debería haber tardado más de diez minutos en ser entregada es solo el comienzo de lo que soy capaz de hacer?

Veo su garganta tragar en seco y sus fosas nasales dilatarse con la exhalación furiosa que emite. Honestamente, me gustaría que me negara la información, pero un vistazo breve a Antonella me dice que ella cambiaría cualquier cosa por esa miserable pieza de información. Hay alguien a quien le importa mucho en esa maldita enfermería y, si lo quiere, lo va a conseguir.

—¡Más rápido! —exijo, y el médico desvía la mirada de la mía.

—Pasillo a la izquierda, tercera puerta a la derecha —responde, aún sin mirarme.

—Buena decisión —comento, antes de dejarlo atrás.

Antonella ya está caminando por el pasillo, siguiendo las indicaciones del médico, y yo la sigo.

Atravesamos puertas y pasillos, sus pasos son cada vez más rápidos, y estoy seguro de que se está controlando para no correr. Finalmente llegamos a nuestro destino. Antonella empuja la puerta de incendios y entra, dejándola cerrarse con fuerza detrás de ella sin siquiera lanzar una mirada de disculpa, totalmente concentrada en encontrar a la tal Isabella.

Sin embargo, al pasar por la puerta, la encuentro enfrentándose a una mujer alta, de piel negra y con el cabello recogido en un moño. Lleva un uniforme azul, y me acerco para escuchar lo que se está diciendo.

—¡No puede entrar aquí sin identificación!

—No tengo identificación porque el mostrador de recepción estaba vacío.

—¿Y cómo sabe que es aquí donde está el paciente que busca si nadie la atendió? —pregunta, y Nella me mira, pensando si debe decir la verdad o no.

—¡Por el amor de Dios! Solo necesito saber si está bien, te juro que después haré todo lo que me pidas, pero solo déjame entrar y verla, saber si mi...

—¡Mamá!

Una voz infantil grita desde el fondo de la enfermería, con seis camas alineadas, todas ocupadas.

Miro hacia atrás, buscando si alguien más entró después de mí, y frunzo el ceño al darme cuenta de que no. La puerta sigue cerrada.

Sin embargo, algo que me llama la atención y me sorprende es que Antonella jadea y sus ojos se fijan inmediatamente en la voz que gritó, que rápidamente identifico como la de una niñita rubia y pequeña. Ella intercambia una mirada que no entiendo con la enfermera que bloqueaba su paso, y la mujer la deja pasar.

Esta vez, mi ex-futura esposa no se controla más y corre literalmente, deteniéndose solo cuando la niña está en sus brazos. No sé quién llora más, si la pequeña cabecita rubia o la mujer con la que minutos antes discutía sobre mi matrimonio.

Y entonces, una vez más, la voz de João Pedro grita un sonoro "te lo dije" en mi cabeza, y esta vez no puedo odiar al hijo de puta. ¡Porque, carajo! ¡Antonella tiene una hija!

10.

ANTONELLA MACHADO

Mi corazón explota en mi pecho entre alivio y dolor. Dios, no hay nada peor en este mundo que ver a mi hija llorar y no poder hacer nada para aliviar su dolor.

Ninguna de las dolorosas experiencias que he vivido en toda mi corta vida ha sido más grande que esta, y si alguna vez hay una, por favor, prefiero la muerte, porque debe ser más suave.

Abrazo su pequeño cuerpo, que se aferra a mí con brazos y piernas, y aprieto a Bella contra mi pecho. Acaricio su cabello fino, y mis dedos tocan una franja de tela. En medio de nuestro llanto, sí, porque lloro tanto como ella, abro los ojos y analizo su cabeza.

Nunca sentí tanto miedo como esta mañana, cuando la secretaria de la guardería me dijo que Bella había caído en el parque, se golpeó la cabeza y la llevaron al hospital inconsciente.

Sentí muchas cosas, pero sin duda alguna, la más grande fue el miedo. No me importaba nada, solo quería llegar hasta ella, a mi hija, y yo estaba tan, tan lejos.

Y mientras el silencio ensordecedor a mi alrededor me ahogaba, mi mente era bombardeada con un millón de preguntas sobre cómo fue posible que esto hubiera pasado, preguntas para las cuales no tenía respuestas.

Dios, que esté bien, que esté bien. Por favor, por favor.

Rogué tantas veces que no podría contar, aunque quisiera. Ahora, con mi nariz enterrada en su cuello y el pecho desbordando de alivio, siento que soy capaz de empezar a pensar más allá de la súplica divina que repetí una y otra vez durante la última hora.

—Shhh, mi amor. Está todo bien. Mamá está aquí. Mamá está aquí. Ya pasó, mi amor... Ya pasó —susurro, intentando calmar a Bella con palabras, además de las caricias y el apretón de mis brazos, pero, por largos minutos, su llanto llena la sala de urgencias, hasta haciendo que otros niños también empiecen a llorar—. Shhh, está bien, mi amor. Está bien, mi bebé. Ya pasó. Ya pasó.

Las lágrimas en mis ojos contradicen la verdad de mis palabras, pero no hay nada que pueda hacer para evitar que rueden por mis mejillas.

Respiro hondo, calmándome, pero fallando miserablemente en mi misión de dejar de llorar, y me resigno. Paso no sé cuánto tiempo abrazando a mi hija, hasta que su llanto se va espaciando, se transforma en un sollozo y, finalmente, se apaga. No necesito mirar para saber que Bella ha dormido.

Su respiración tranquila y rítmica es todo lo que necesito para saberlo, pero ni siquiera ahora, sus brazos y piernas me sueltan. Ella duerme completamente aferrada a mí, y me siento agradecida por eso, porque simplemente no soy capaz de soltarla, no todavía.

La mezo en mis brazos hasta que mi corazón se sienta lo suficientemente seguro como para latir en un ritmo normal. Y, como si estuviera midiendo mi ritmo cardíaco hasta que se normalizara, la trabajadora de la guardería se acerca, llamando mi atención.

—Antonella...

—¡No! —respondo seria e inmediata—. No voy a tener esta conversación contigo mientras mi hija está en mis brazos, dormida, agotada de tanto llorar por culpa de su incompetencia. ¿Y sabes por qué, Marta? Porque quiero gritar, ¡y aquí no puedo!

Siento que mis fosas nasales se ensanchan con las palabras contenidas, entre dientes.

De repente, toda la rabia que antes estaba sepultada bajo la preocupación, emerge en la superficie, pidiendo ser liberada de alguna manera, pero no puedo. No aún.

—Yo... yo —intenta hablar, pero le lanzo una mirada y se calla, finalmente.

Sigo meciéndola en mis brazos y una segunda persona se acerca, esta vez una enfermera, la misma que me impidió entrar antes. Ahora su expresión y postura son completamente diferentes, suena solidaria, comprensiva.

—Hola, mamá. Necesito tus datos para llenar el formulario del seguro médico. No es necesario hacerlo ahora, pero lo voy a dejar allí arriba, ¿está bien? —pregunta, señalando la mesa de noche junto a la cama donde Bella estaba sentada cuando llegué.

Solo asiento con la cabeza, aceptando, y vuelvo a concentrarme en el cuerpito dormido en mis brazos. Le beso el cabello y así paso mis próximos minutos, no sé cuántos, para ser sincera.

No siento dolor en las piernas o los brazos, a pesar de los veinte kilos de Isabella. Solo siento paz, ella está bien. Todo está bien. No sé cuánto tiempo después, sus brazos y piernas caen flojos a mi alrededor, indicándome que ella ya se siente lo suficientemente segura y puedo soltarla.

Aún no me siento lo suficientemente segura para soltarla, pero sé que debo hacerlo. No puedo dejar que duerma en mis brazos toda la noche, cuando sé que la cama será mucho más cómoda.

Así que hago lo que debo hacer en vez de lo que quiero. Acuesto a mi niña en la camilla, cubro su cuerpito con el edredón y le acerco su muñeca, que estaba suelta en la cama.

Inmediatamente, Bella la agarra, haciéndome sonreír. Acaricio su rostro, su mejilla, le doy un pequeño beso en su piel, dejando que su presencia me reconforte, a pesar de no tenerla ya en mis brazos.

Necesitando más información, queriendo saber cómo está, qué sucedió, le doy un último beso en la frente vendada de Isabella y me levanto, lista para buscar a la enfermera.

Sin embargo, al girarme, no me encuentro con la profesional, sino con Marcos, muy serio, apoyado contra la pared con los brazos cruzados frente al pecho, aún del lado de fuera de la sala, bloqueado por el mostrador.

Trago saliva. ¡Dios! En mi desesperación, olvidé completamente su presencia, su personaje, todo. Solo quería a mi hija.

Respiro hondo, sabiendo que cualquier posibilidad de matrimonio se ha ido por el desagüe. Contarle a Marcos que una niña formaba parte del paquete "Antonella dulce y sumisa" requeriría tacto, muchas miradas hacia abajo, mejillas rojas y sentimientos de inferioridad. No debía ser así.

¡Gracias, universo, muchas gracias!

Desvío la mirada de sus ojos azules que me observan, solo para mirar una vez más a Bella. Ella sigue dormida, tranquila, sin recordar ni por un segundo a la niña que gritaba cuando llegué aquí.

Sin opciones, camino lejos de mi niña, acercándome a mi ex-casi-futuro-esposo.

—Marcos —la primera palabra que sale de mi boca es su nombre—, yo...

Expulso el aire de mis pulmones, exhalando por la boca y bajo la cabeza. Esta vez, en un reflejo completamente auténtico de quien busca qué decir, pero no tengo la oportunidad de encontrar las palabras correctas, él habla antes que yo.

—Hablé con el médico. Al parecer, Isabella solo tuvo un corte superficial por la caída. El desmayo fue más por el susto que por cualquier otra cosa. Está bien, solo necesita reposo y observación, porque le dieron medicamento para el dolor y el medicamento debería dejarla somnolienta hasta mañana. Si todo sigue igual, debería irse a casa antes de que termine el día. Pero dije que querías hablar con él, así que debería estar de regreso pronto. Su nombre es Marcel.

Me siento aturdida por la serie de informaciones que él suelta sobre mí.

A ver, ¿habló con el médico? ¿Por qué? Y, ¿por qué sigue aquí? ¿Por qué estuvo aquí en algún momento, para empezar?

En medio de mi desesperación de antes, simplemente no lo pensé, pero Marcos estaba retirando su propuesta de matrimonio cuando mi teléfono sonó, entonces, ¿por qué demonios me trajo hasta el hospital? ¿Por qué demonios sigue aquí después de todo este tiempo y drama?

—¿Por qué estás aquí?

No puedo evitarlo, y la pregunta se escapa de mis labios mientras lo observo con el ceño fruncido.

Tengo muchas otras preguntas, pero en la disputa de palabras por ver cuál sale primero de mis labios, esta fue la ganadora. Las cejas de él se levantan y sus brazos se descruzan, solo para luego volverse a cruzar.

—Es una pregunta justa, pero creo que podemos hablar de eso después. ¿Estás bien? —pregunta, sorprendíendome aún más.

Quiero decir, *¿quién eres tú y qué le hiciste a Marcos Pedante?*

—Estoy bien ahora.

—Bien, ¿quieres comer algo?

—No. No podría, aunque quisiera. Mira, Marcos...

Sé que dijo que hablaríamos después, pero no creo ser capaz de hacerlo, porque realmente no entiendo qué está pasando aquí. Estoy a punto de decírselo cuando escucho la voz de la enfermera.

—Señora, ¿pudo llenar la ficha? —pregunta, haciéndome voltear hacia ella y dejar a Marcos atrás.

—No, todavía no.

—¿Podría hacerlo ahora, por favor?

—Sí, claro. Ahora —respondo, y ella se aleja.

Miro a Marcos por encima del hombro, pero no necesito decir ni una palabra. Él asiente con la cabeza, aprobando. Y la línea en mi frente se hace aún más profunda. ¿Qué demonios?

Camino hasta la cama donde está Isabella, no puedo evitar tocarla. Mi mano acaricia la parte de su frente que no está vendada y respiro aliviada. Es imposible contenerme.

Tomo la pizarra con la ficha para llenar y levanto la mirada, buscando un lugar para sentarme, encontrando la silla vacía al lado de Isabella. Solo entonces me doy cuenta de que Marta ya no está en ella. No está en ningún lado, de hecho, me doy cuenta al mirar a mi alrededor.

Genial. No sé si puedo lidiar con ella y con todo lo que esta situación significa ahora. Cierro los ojos, echando las preocupaciones bien lejos. Ahora no.

Me siento en la silla y empiezo a llenar los datos. Nombre, edad, CPF, nombre de la madre y, por primera vez desde que nació

Isabella, hago algo más que saltarme el campo del nombre del padre, realmente lo miro. Levanto la mirada, buscando a Marcos con la vista.

No es que lo vea como un posible padre para mi hija, ¡Dios me libre! Pero ese tipo de apoyo, que solo Dios sabe por qué me dio esta mañana, es el tipo de cosa que un padre haría, ¿no?

Aunque no estuviéramos casados, aunque no tuviéramos una relación, él estaría aquí por su hija. Tal vez hubiera llegado antes que yo, tal vez Isabella no habría tenido que estar tanto tiempo aquí, asustada y sola.

Tal vez, con su ayuda, podría haber pagado un seguro médico mejor, con hospitales que ofrezcan un mejor servicio que el que recibí hoy. Si no fuera por Marcos invadiendo la recepción mientras yo estaba completamente paralizada por la preocupación, solo Dios sabe cuánto más habría tenido que esperar hasta saber dónde estaba mi hija.

Entonces, al volver la vista hacia el espacio vacío, por primera vez en casi cuatro años, me pregunto si le estoy robando algo a mi hija, cuando todo lo que quiero es que ella tenga el mundo a sus pies. Giro la cara, apartándola de la hoja de papel.

Ahora no, Antonella. Ahora no.

Muevo la cabeza, convenciéndome a mí misma de que no pensar en eso ahora es una excelente decisión. No es el momento ni el lugar.

Vuelvo a llenar los datos hasta que todos los campos, excepto el nombre del padre, estén completos, y luego me levanto.

En el mostrador, entrego la pizarra a la enfermera junto con mis documentos y mi tarjeta del seguro, ya que la de Isabella ya está con ella. Fue entregada por la representante de la guardería. Estoy a punto de darme la vuelta para volver a hablar con Marcos, cuando la vocecita somnolienta y llorosa de Bella me llama. Casi corro hasta ella, que nuevamente se aferra a mí como un koala, apoya su rostro en mi cuello y se queda dormida.

Esta vez, no la devuelvo a la cama. Al diablo con el colchón suave, el mejor lugar para mi hija es en mis brazos. Me siento de nuevo en la silla y la acomodo, medio sentada, medio recostada sobre mis piernas.

No es la mejor posición del mundo, y aún así, es la mejor posición del mundo. Ahora, sé que las horas pasan, porque sigo el movimiento de las agujas del reloj que está sobre la puerta frente a mí.

Con cada vuelta completa, me pregunto por qué Marcos sigue aquí. Él sigue en el mismo lugar. No se acerca ni se va. El médico regresa a la sala, habla conmigo, repite exactamente todo lo que Marcos ya me dijo, se va, y mi jefe no.

Y cuando su teléfono suena, interrumpiendo el silencio que domina la sala pediátrica en un momento en que todos los niños duermen, haciendo que reciba una mirada severa y acusadora de la enfermera, Marcos se disculpa moviendo los labios.

Entonces, me mira, señala el celular y luego la puerta, diciéndome que estará afuera por un momento. Muevo la cabeza, aceptando, pero la verdad es que no tengo ni idea de qué está pasando aquí.

De todos los finales que imaginé esta mañana cuando salí de casa, definitivamente ninguno se parecía a este.

11.
MARCOS VALENTE

—Sabía que más tarde o más temprano, el viejo Marcos vendría a visitarnos. ¿Cuatro meses de reuniones cumplidas y trabajo serio? Ya me estaba empezando a preocupar, pero al menos podías haberme avisado que no vendrías a la reunión hoy, ¿no? ¡Maldito idiota! Podría haber pasado unas horas más con mi esposa.

Escucho en cuanto contesto la llamada de João Pedro, en el pasillo junto a la sala de pediatría, y solo entonces recuerdo que no llamé a la oficina para avisar de mi ausencia.

—¡La puta madre! —murmuro en voz alta para mí mismo, pero João Pedro cree que estoy hablándole.

—¿Qué? ¿Te emborrachaste ayer? ¿Te desperté? ¿Tienes dolor de cabeza? —pregunta a gritos, creyendo que mi falta en la reunión es por una resaca y queriendo hacer mi mañana aún más miserable de lo que ya cree que es.

Ah, João Pedro, ni te imaginas.

Desearía que fuera una resaca física la que me causara esta miseria; sería mucho mejor que la resaca moral que siento ahora.

Después de horas apoyado en la pared, viendo todo lo que pasó, aún me cuesta creer en la realidad que me golpeó mucho más fuerte que una patada en los huevos.

Antonella tiene una hija. Una hija de tres años. Y ella solo tiene veintiuno. La risa escandalosa de João Pedro está hecha a medida para perforar los tímpanos de los borrachos, pero no me hace nada, no cuando mis pensamientos están tan lejos de toda esa diversión.

—¿Cuántos años tiene Eliza, João Pedro?

Me doy cuenta de que nunca hice esa pregunta. Sé que cuando João Pedro la convenció de firmar un contrato como su asistente personal, que en realidad era un contrato de relación, la edad estaba registrada, pero ese no fue un detalle que me importara en ese momento.

—¿Qué? ¿Todavía estás borracho, Marcos? —pregunta, sin entender a dónde quiero llegar.

—No, João Pedro. Nunca estuve borracho. Estoy en un hospital.

—¡Diablos! ¿Qué pasó? ¿Qué hospital? ¡Voy para allá!

Su voz se pone inmediatamente seria y hasta puedo escuchar el sonido que hace su silla cuando se levanta abruptamente. Sonreiría, si no tuviera tantos problemas en este momento.

—Tranquilo, idiota —pido, al mismo tiempo que me siento satisfecho por su cuidado de madre gallina y ansioso por la respuesta que aún no llega a la pregunta que hice—. Estoy bien. No me pasó nada. Soy solo el acompañante.

—¿Mis padrinos? ¿Les pasó algo a ellos?

Va a la siguiente deducción lógica, y yo me resfriego las manos por la cara, impaciente.

—No, João. Están todos bien. No te preocupes.

—¿Preocuparme? ¿No me podías haber dicho eso antes de darme el susto de mi vida? ¡Carajo! —protesta, sonando indignado, y yo empiezo a sentirme irritado también.

—No te di ningún susto, fuiste tú el que empezó a asumir cosas.

—Marcos, ¿qué mierda haces en un hospital?

Respiro profundo, preparándome para lo que sé que viene a continuación, y, sin salida, suelto las palabras.

—La hija de Antonella sufrió un pequeño accidente en la guardería.

Silencio. Silencio. Más silencio y, de repente, una carcajada estruendosa, desmedida, completamente espontánea. Y me resigno a escucharla, rogando a cualquier maldita divinidad que haga que olvide el "te lo dije".

Pero creo que no le gustó que no le diera un nombre, porque las siguientes palabras que escucho, entre risas, son exactamente las que le pedía en silencio que olvidara.

—¡Te lo dije, imbécil! ¡Te lo dije que esto tenía el potencial de ser una mierda gigante! ¿Pero una promoción, Marcos? ¿Un "paga uno, lleva dos"? Esto es mucho mejor de lo que imaginé.

João Pedro vuelve a reír y yo espero, sin nada que decir sobre esto, el hijo de puta tiene toda la razón. Me jodí y ni siquiera fue divertido. Después de varias respiraciones profundas, me hace una pregunta.

—¿La niña está bien?

—¿En serio, ahora te importa?

—No seas así. Te conozco, por tu tono, sé que no estás en medio de un gran problema —replica, y quiero contestar, pero gastar energía en una discusión innecesaria ahora no está en mis planes.

—Está bien. Fue solo un corte superficial. Está medicada y somnolienta, solo necesita unas horas más de observación y luego nos dan el alta.

—Espera, ¿"nos dan"? ¡¿Qué mierda?! ¿No acabas de llegar ahí?

—No, estoy aquí desde esta mañana, traje a Antonella y estoy esperando el alta para llevarla a ella y a su hija a casa.

Otra vez, silencio.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con mi amigo? Porque juraba que, a estas alturas, ya tendrías los boletos al Polo Norte comprados. Sabes que no puedes casarte con la madre sin llevarte a la hija, ¿cierto? Solo para confirmar.

—Ja, ja, ja… João Pedro… Muy gracioso. —Acercó el teléfono a mis labios y dije en voz baja, para que nadie más que el hijo de

puta me escuchara—. ¡Vete a echar un polvo por allí, maldito imbécil!

—No, gracias. Me hubiera gustado que mi esposa tuviera más tiempo para hacer eso esta mañana, pero tenía una reunión, y la otra parte no tuvo la decencia de cancelarla —se burla.

—Si una mujer te deja hablando solo y sale tan desesperada de la mesa del desayuno que ni siquiera se acuerda de cómo poner el dedo en el maldito sensor de huellas, créeme, cancelar reuniones es lo último que tienes en mente, ¡mierda! Y no me has respondido. ¿Cuántos años tiene Eliza?

—¿Y eso qué importa? —pregunta, sin entender mi insistencia.

Suelto un suspiro fuerte, sintiendo cómo mi paciencia se va agotando.

—¡Solo responde la maldita pregunta, João Pedro!

—Veintidós, Marcos. Ma...

—¡La puta madre! ¡Tienes una esposa niña! —interrumpo, sin poder creerlo.

¿Cómo pude dejar pasar eso?

—¿Qué?

—¿Cómo funciona esto, João? Son diez años de diferencia, ¿no te molesta?

Ignoro su pregunta, queriendo sacarle todas las respuestas que necesito.

—Cuando miras a Eliza, ¿te imaginas que es una niña?

Alzo las cejas, preguntándome si esa es una pregunta capciosa, pero después de casi un minuto completo de silencio en la línea, concluyo que no.

—¿Con todo respeto? —me aseguro de resaltar —, ¡para nada!

—Exactamente. Y si algún día realmente te sientas a hablar con ella, te vas a dar cuenta de que ella tampoco piensa, actúa ni habla como una niña. Diez es solo un número, Marcos, y cuando ella tenga treinta y yo, cuarenta, va a significar aún menos de lo que significa hoy... —Sus palabras tienen mucho sentido y muevo la cabeza, asintiendo, aunque él no pueda verlo—. Pero, ¿por qué, de repente, esto se volvió tan importante?

—No estaba comprando pasajes para el Polo Norte, pero estaba a punto de cancelar todo cuando llegó la noticia de la caída de la niña. Antonella tiene veintiún años, João. Veintiún putos años.

—¿Y cuántos meses tiene la hija de ella? —pregunta curioso y quiero reír, salvo que esto no tiene nada de gracioso. Nada sobre esto es siquiera remotamente gracioso.

—Tres años, casi cuatro.

—¡Puta madre! —casi grita y puedo imaginarlo dejando su cuerpo caer hacia atrás en el respaldo de la silla.

—¡Sí, puta madre!

—¿Fue madre a los diecisiete?

—Eso es lo que dice la matemática —sueno seco, involuntariamente. Pero esto es una puta mierda de situación.

—Carajo, Marcos. Podría quedarme callado, pero realmente me gusta hacer esto, ¡y te dije que investigaras a la mujer, idiota!

—¡Vete a la mierda, João! —Él ríe.

—¿Y el padre de la niña? ¿Está ahí?

—No, solo Antonella.

—¿No te dijo nada sobre eso?

—Creo que no hubo tiempo. Diablos, João, esto está jodido. No sé qué hacer —admito, frotándome la nuca y empezando a caminar de un lado a otro por el pasillo.

—¿No? Pensé que me habías dicho que ibas a cancelar todo.

—Y lo iba a hacer, no necesito la puta esposa niña, João Pedro. Si voy a tener a alguien que lidie con toda la mierda que mi vida se ha convertido, necesito que sea alguien muy adulto —explico el primer pensamiento que tuve al descubrir su edad esta mañana—. Eso era lo que le decía a Antonella cuando sonó su teléfono. Ella salió tan desesperada que me sentí obligado a seguirla, a entender qué estaba pasando. Imaginé muchas situaciones, João, pero una niña gritando "mamá", definitivamente no fue una de ellas.

Suspiro.

—Imagino que no.

—Estaba convencido de lo que haría después de estar seguro de que todo estaba bien, pero viendo cómo corrió hacia su hija, cómo manejó todo. Esa mujer es cualquier cosa menos inmadura. Creo que los papeles se invirtieron. —Me obligo a reconocerlo—. Honestamente, creo que el inmaduro soy yo. No soy el puto padre, João Pedro. —Dejo salir las palabras que han estado rondando en mi mente desde el momento en que el llanto de Isabella cesó y pude volver a escuchar lo que pasaba dentro de mi cabeza.

—Pero ni siquiera sabes si la niña tiene un padre presente, Marcos —argumenta, y me gustaría creer que tiene razón, pero realmente no puedo.

No con las acusaciones de Antonella aún resonando en mi mente, no al ver las condiciones del lugar donde está la niña o pensar en qué tipo de guardería es esa en la que Antonella deja a su hija. Un lugar que deja a una niña sin supervisión el tiempo suficiente para que ocurra un accidente como este, no debe ser precisamente de los más prestigiosos.

No es que le eche la culpa a Antonella. No la culpo. Ella es una madre de veintiún años, aparentemente sola, que trabaja todo el día. Solo hay que mirarla a ella y ver el apego de su hija para darse cuenta de que hace todo lo posible, de que ama a esa niña. Reconozco el amor materno cuando lo veo porque lo he recibido toda mi vida, aún lo recibo.

Así que no, realmente no creo que Isabella tenga alguna figura paterna, ¡y mierda! Definitivamente, ¡yo no puedo ser esa

figura! Apenas puedo cuidar de mí mismo, y el motivo de toda esta situación de matrimonio arreglado es precisamente mi total incapacidad para cuidar a alguien, como una esposa, por ejemplo...

—No dirías eso si vieras el hospital adonde llevaron a la niña. Una mierda ni empieza a describirlo, João. Si Antonella tuviera ayuda, probablemente podría pagar algo mejor... —Necesitando apoyo, dejo que mi frente toque la pared frente a mí y apoyo mi mano libre en el concreto frío—. Ella me acusó de haberle dado esperanzas de un cambio de vida y ahora dar marcha atrás. En ese momento, no entendí. Pero ¡carajo! La mujer tiene una hija de tres años, fue madre a los diecisiete, hasta donde sé, sin el apoyo de sus padres. ¿Qué tipo de mierda sería yo si, después de haberle prometido un cambio real en su vida, simplemente diera marcha atrás?

Mi amigo se queda en silencio un rato, probablemente pensando en toda la información que le acabo de soltar. No me gustaría estar teniendo esta conversación por teléfono, pero si no hablo con alguien sobre esto ahora mismo, ¡voy a estallar!

Dejo escapar el aire lentamente por la boca y tomo una nueva bocanada por la nariz, ansioso por tener control sobre algo, ya que, sobre mis propios pensamientos, claramente no va a suceder.

—Una gran mierda. Muy, muy grande, de verdad. Mucho más grande de lo que ya eres.

A pesar de las palabras, el tono es serio y no podría estar más de acuerdo, aunque no quiera.

—Exactamente.

—Pero ser una mierda nunca fue un problema para ti, ¿qué cambió?

Es una pregunta importante. Me toma un rato reflexionar sobre ella, y João Pedro espera pacientemente, en silencio.

Nunca me molestó que me vieran como un hijo de puta, pero siempre me aseguré de que quien se involucrara conmigo lo supiera desde el principio. Se lo avisé a Antonella, pero no tenía idea de que, al involucrarme con ella, de cualquier forma que fuera, estaría indirectamente involucrándome con una niña de tres años que ni siquiera tiene idea de lo que significa ser "hijo de puta", salvo por su padre, al parecer.

Y eso ya me parece demasiado para ella. Un hijo de puta en poco menos de cuatro años de vida debería ser más que suficiente para que alguien lo aguante.

Ella no lo sabe y, si yo abandono lo que le prometí a su madre, tal vez nunca sepa que alguna vez alguien le prometió que su vida sería muy, muy diferente de su realidad actual. Pero eso no hace la situación más justa para ella, ni un poco más justa.

—Nunca fui una mierda para una niña que ni siquiera tiene acceso a un hospital decente, João —sintetizo mis pensamientos en una conclusión breve.

—Tienes un buen punto.

—¿Solo buen?

—Un excelente punto. Excelentísimo, pero ¿qué vas a hacer con ese punto?

—No tengo idea, João. No tengo idea.

12.

MARCOS VALENTE

Desvío los ojos de la carretera hacia el retrovisor por un instante, revisando por enésima vez desde que salimos del hospital, con Antonella y la niña en el asiento trasero del coche.

La niña tiene un nombre, ¡Marcos! ¡Es Isabella!

¡Qué más da!

Nella tiene a la niña dormida en sus brazos y la sostiene como si soltarla, aunque sea solo un poco, pudiera hacerla desaparecer.

Es madre. A los veintiún años. Es madre. Maldita sea.

Mientras conducía hacia el hospital, por supuesto, me llamó la atención lo que me rodeaba; al fin y al cabo, estábamos muy lejos de Morumbi o del barrio de Jardins. La ubicación del hospital no era la mejor, como no lo es nada en él, pero no era más que un hospital. Sin embargo, ahora, conduciendo hacia la casa de Antonella y adentrándome en calles cada vez más alejadas de los barrios más recomendados para vivir en la ciudad, no puedo evitar pensar cómo es posible que ella viva aquí y trabaje en mi casa.

Antonella, probablemente, tarda al menos una hora y media en desplazarse entre su trabajo y su casa. Y la constatación es solo otro golpe en la cara.

Otra vez, sabía que era pobre y tomé eso como garantía de que aceptaría mi propuesta, pero saber y ver son cosas diferentes,

especialmente cuando ver me demuestra lo egoísta que estaría siendo si retirara mi oferta por ninguna razón más que mi propia estupidez.

¡Debería haberlo sabido, mierda!

Debería haberme preocupado por averiguar su edad antes de hacer una propuesta, pero no me importó y ahora, aquí estamos.

El GPS me indica que gire a la derecha y avisa que en cien metros llegaré a mi destino. Sigo las indicaciones, llegando a un edificio pequeño, sucio, que no parece ser un buen lugar para vivir.

Escucho el movimiento en el asiento trasero y, nuevamente, miro a Antonella por el retrovisor. Ella ya se ha desabrochado el cinturón de seguridad y ahora intenta, sola, recoger la bolsa de Isabella, la suya y la niña, antes de salir del coche.

Frunzo el ceño. *¿Por qué no pide ayuda?*

Antonella ni siquiera me lanza una mirada. Es como si fuera el maldito conductor de Uber desconocido. Niego con la cabeza, suelto mi propio cinturón de seguridad y salgo del coche.

Voy hacia el frente y abro la puerta trasera junto a Antonella. Sus ojos finalmente me encuentran y ella frunce el ceño, como si solo ahora se acordara de mi existencia.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto.

—Perdón, estaba distraída. Pero no. Estoy bien, puedo con todo —dice, otra vez esforzándose por organizar las dos bolsas y la niña en sus brazos y, aún así, salir del coche sin apoyarse en nada.

—Sabes, Antonella, está bien aceptar ayuda cuando la gente la ofrece —comento, extendiendo el brazo y tomando las bolsas, quitándoselas de las manos. Mi piel roza la suya y la sensación es rara, correcta, equivocada, extraña, no sé. Pero no le doy importancia.

Las saco del asiento del coche y las apoyo en mis hombros, luego le extiendo la mano a Antonella, que me mira desconfiada. Por segunda vez hoy, parece estar decidiendo si acepta o no mi mano extendida.

Estoy a punto de decirle que mi toque no transmite ninguna enfermedad contagiosa, cuando finalmente acepta mi ayuda. Y aunque es la segunda vez que tengo su mano en la mía en menos de veinticuatro horas, es la primera en la que realmente me fijo en ello.

Su toque no es suave ni delicado. Sus palmas son ásperas y su mano pequeña, en comparación con la mía, está caliente. Busco los ojos de Antonella, queriendo saber si su toque también le llamó la atención, pero ella tiene los ojos fijos en el suelo mientras sale del coche con cuidado. Qué carajo, creo que necesito beber o dormir. Seguro no estoy en mi estado normal.

Finalmente, en la acera, mis cejas se levantan cuando miro mi reflejo en la puerta de vidrio de un comercio. Llevo una mochila rosa en mis hombros y una bolsa femenina en las manos.

¡Maldita sea! Definitivamente, esto no era lo que tenía en mente esta mañana cuando me desperté.

Antonella pasa frente a mí, dirigiéndose hacia el edificio que noto que no tiene portero. Abre la puerta de hierro, la única barrera entre los apartamentos y la calle, sin siquiera necesitar una llave. ¿Seguridad para qué, no?

Ya dentro, apoya a su hija en un lado de su cuerpo y me extiende uno de los brazos. La miro con una ceja levantada, en un cuestionamiento mudo.

—¿Las bolsas, Marcos, por favor? —dice.

—Voy a subir contigo, Antonella —digo lo obvio, y su frente se frunce.

—No es necesario. Gracias por todo, por el día, por la ayuda. —Su cabeza baja y respira profundamente antes de continuar—. No sé si podré trabajar en los próximos días, necesito encontrar otra guardería para Bella, yo... —Antonella mueve la cabeza, negando, y puedo imaginar que está enumerando mentalmente la cantidad de cosas que tendrá que manejar a partir de ahora. Y el hecho de que no me pida ayuda me hace querer ayudarla de una forma que no pensé que fuera capaz de sentir—. Pero le aviso a Carmen cómo estarán las cosas. Si decides contratar a otra persona durante este tiempo, lo entenderé. Aunque no puedo pensar en eso ahora, ¿está bien? —pregunta, dejando claro que realmente cree que ese es todo el motivo por el que sigo aquí. Eso me hace sonreír.

—No me tienes en buena estima, ¿verdad?

—¿Puedes culparme? —repite la misma pregunta que me hizo hace días, y bajo la cabeza, mordiendo el labio, asintiendo en silencio. No, no puedo.

—No, Antonella. No puedo. Te advertí que era un hijo de puta y actué como tal contigo. Así que no, no puedo culparte. Pero eso fue antes.

—¿Antes de qué? —Frunce el ceño.

—No importa. ¿Podemos entrar?

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ir a mi casa? ¿Por qué sigues aquí?

—¿Qué tal si hacemos esto? Entramos y yo respondo todas tus preguntas, ¿qué te parece? —Piensa por unos momentos antes de asentir y darme paso.

Paso por la puerta de hierro y sigo a Antonella, que camina delante de mí. Tan pronto como entramos al edificio, el olor a moho invade mi nariz, golpeándome. Solo empeora.

El espacio es estrecho, hay solo tres puertas en el primer piso y una escalera para los pisos superiores, que no tiene revestimiento ni barandilla, y no puedo evitar preguntarme cómo Antonella planeaba subir los escalones cargada de peso desequilibrado. Sería casi como si estuviera pidiendo tener un accidente.

Pero solo con Isabella en sus brazos, con pasos firmes, sube escalón por escalón, y yo la sigo. No soy de piedra, en el momento en que mis ojos caen en su culo, se quedan pegados a él.

¡Maldita sea, tenía que tener un culo tan delicioso!

Y mientras subo una escalera angosta en un edificio viejo y mal cuidado, cargando una mochila infantil en un hombro y una

bolsa femenina en el otro, siento como mi erección comienza a crecer. Definitivamente, esta es la situación más improbable que he vivido en toda mi vida.

Desvío los ojos, paseándolos por todos los lugares y por ninguno al mismo tiempo, dejando que los detalles miserables del entorno reemplacen cualquier pensamiento indecente que el hermoso culo redondo frente a mí haya provocado. Funciona, el impulso de erección desaparece cuando llegamos al tercer tramo de la escalera. Me pregunto cuántos más faltan.

La respuesta llega pronto, cuando llegamos al último piso del edificio. Antonella se detiene frente a una puerta marrón, desgastada, y me doy cuenta de que me está esperando. Me acerco y ella extiende la mano hacia su bolso.

Con una destreza que no entiendo, mientras mantiene a la niña segura en sus brazos, abre el bolso, aún sostenido por mí, saca las llaves y abre la puerta. Ella entra, manteniéndola abierta para que pase, y yo lo hago.

Es imposible no analizar cada centímetro del espacio pequeño, limpio y ordenado. Una pequeña sala, una cocina aún más pequeña y dos puertas, que imagino corresponden a un baño y un dormitorio.

—Voy a acostar a Isabella, ya vuelvo —informa, ya dirigiéndose hacia una de las puertas.

Solo, me permito observar con más atención los detalles del lugar. Fotografías de Isabella en varios momentos de los últimos

años, algunos juguetes dispersos, muebles baratos, libros... libros de Derecho. Levanto las cejas de nuevo, sorprendido por Antonella.

Las cubiertas viejas y desgastadas indican que son libros antiguos, me pregunto de quién son y hago una nota mental para satisfacer mi curiosidad después.

Respiro profundamente, lo que me hace darme cuenta de otro detalle de Antonella con su hija. A diferencia del ambiente exterior, aquí no huele a moho, sino a galletas.

Y así, parado en medio de una pequeña sala, con ropa infantil colgada en un tendedero de piso, dibujos coloridos pegados a las paredes y un oso de peluche sentado en el sofá, me doy cuenta de que no importa cuánto esto me joda, no soy lo suficientemente hijo de puta para joder a Antonella más de lo que ya está.

13.

ANTONELLA MACHADO

Salgo de la habitación, dejando la puerta entreabierta, y encuentro a Marcos de espaldas, mirando los dibujos de Isabella que están colgados en la pared, sobre el sofá.

Ya no estamos en Kansas, ¿verdad, Marcos Pedante?[2]

Está bien, está bien. Si tengo que ser honesta, hoy mostró más decencia de la que jamás imaginé que tendría en todo su cuerpo. ¿Por qué?

Esa pregunta me persigue cada minuto del día, y finalmente estoy a punto de descubrir la respuesta. Aprovechando su distracción, respiro profundo.

Sinceramente, no sé si tengo energía o cabeza para hacer algún papel después del día de mierda que he tenido, y ni siquiera creo que sea necesario. Después de todo, si mi edad era un obstáculo para el maldito matrimonio, ni puedo imaginar cómo llamarle a la simple existencia de un hijo, sin preparación ni vaselina.

Sintiendo que estoy tan lista como puedo estar, carraspeo para llamar su atención. Marcos se voltea hacia mí y, aunque esperaba esto, cuando su mirada me atraviesa, mi cuerpo parece no estar preparado. Es una sensación extraña con la que no tengo ningún ánimo de lidiar. Hay esa sensación de escalofrío que recorre mi cuerpo cada vez que me toca, aunque sea mínimamente, pero hay algo más también.

Hay un deseo de ser tocada. Un anhelo extraño por más, una necesidad de tragar en seco y lamerme los labios, una sensación casi urgente por algo que no reconozco, pero que, sin duda, no intentaré descubrir.

No hoy, no ahora, no después de todo lo que ya he tenido que soportar, no con todo lo que aún tengo que pensar. Me apoyo contra la pared, buscando algo físico en qué sostenerme ante el impacto de su mirada.

—Deberías comer algo —comenta, interpretando mal mi desequilibrio.

—Estoy bien.

—No has comido nada hoy, Antonella. Has sobrevivido a base de tazas y más tazas de café...

—Estoy bien, Marcos —respondo con más firmeza, y me arrepiento en el instante siguiente, cuando sus ojos se estrechan, desafiándome a desafiarlo, porque, Dios, lo quiero. Quiero desafiarlo y mandarlo a la mierda por creer que tiene derecho a decirme qué hacer—. ¿Por qué estás aquí, Marcos? ¿Por qué te diste el trabajo de pasar el día en ese hospital? ¿Por qué, para empezar, me seguiste fuera de tu apartamento? —suelto varias preguntas a la vez, necesitando mucho más que una respuesta vaga.

Necesito entender, necesito algo que me distraiga de mis otros miles de problemas. Marcos se ríe, y yo frunzo el ceño.

—No todos los días una mujer me da la espalda y me deja hablando solo, ¿sabes, Antonella? Si algunas de ellas supieran que

esta es una buena manera de hacerme ir tras ellas, probablemente ya lo habrían intentado, pero hasta hoy, ni yo lo sabía.

—¡No tenía intención de hacer que me siguieras! —protesto, indignada por la sugerencia.

—Oh, lo sé. Y eso es lo divertido. Ni siquiera te diste cuenta de mi existencia hasta que te detuve en el ascensor.

—No entiendo —declaro, y nuevamente él se ríe.

—Perdón, soy un desastre en esto y vas a tener que perdonarme por eso también. Pero estoy intentando pedirte disculpas.

—¿Tú? ¿Pidiendo disculpas? —cuestiono, y su reacción me hace pensar que debería pintarme la cara de payasa, porque, otra vez, se ríe—. ¿Sabes? Reírse de alguien no es la mejor forma de disculparse por algo.

—No me estoy riendo de ti, Antonella, me río de lo bajo que piensas que soy y del hecho de que no puedo hacer nada al respecto, ya que merezco cada una de tus conclusiones sobre mí.

—O estoy agotada, o realmente no estás haciendo ningún sentido hoy.

—Probablemente, es una mezcla de ambas cosas.

—Y aún no has respondido a ninguna de mis preguntas.

—No es cierto, te dije por qué fui tras ti.

—¿Porque te dejé hablando solo?

—Exactamente. Eso es curiosamente frustrante —responde, metiendo las manos en los bolsillos de su bermuda, y yo niego con la cabeza, sin poder creer que este hombre esté hablando en serio. Quiero decir, no es posible que nadie nunca le haya dado la espalda antes, ¿verdad?

—Ok, ¿y por qué te quedaste?

—¿Por qué me quedé? —repite mis palabras, pero parece hablar consigo mismo, como si también quisiera descubrir la respuesta a esa pregunta, pero en lugar de darme una respuesta, lo que dice a continuación suena casi como una acusación—. Tienes una hija.

Es mi turno de reír.

Miro a mi alrededor, viendo todos los indicios de Bella dispersos por el apartamento.

—Tengo...

—¿A los veintiuno?

—A los veintiuno.

—Y ella tiene tres.

—Y tiene tres, casi cuatro.

—¿Cómo pasó esto, Antonella? —Levanto la mirada y la encuentro con la suya. Mi impulso es preguntar: "¿En serio, Marcos Pedante? ¿No lo sabes?". En lugar de eso, elijo una respuesta diplomática.

—No sé qué esperas que te diga, Marcos —admito, cansada. De hecho, agotada, y él mueve la cabeza, asintiendo.

—¿Dónde está su padre, Antonella? —Un sonido sarcástico sale de mi garganta sin que pueda evitarlo.

—Yo soy su padre, Marcos. El padre, la madre y todo lo que ella necesite que sea. —Su rostro se pone serio.

—Eso no me parece justo.

—¿En serio? Conoces a mi hija desde hace cinco minutos, a mí, diez, y realmente crees que puedes decirme lo que es o no justo para ella? Marcos, realmente no necesito tu juicio. Si eso es todo, ya puedes irte ahora.

El bastardo sonríe con una sonrisa grande y amplia.

—Me preguntaba cómo sería verte descontrolada, Antonella, y ver cómo trataste a la representante de la guardería de Isabella, por Dios. —Gira la cabeza, desviando la mirada de la mía, todavía sonriendo, y cuando vuelve a mirarme, lo que veo me hace jadear. Porque estoy casi segura de que sus próximas palabras serán "¡fue lo más sexy que he visto!". Pero no lo son—. ¡Fue increíble! Y ahora esto. No te estoy juzgando, Antonella. Estaba diciendo que ser todo lo que Isabella necesita por su cuenta no parece muy justo para ti. Estoy segura de que no lo hiciste sola.

—No me importa. Mientras ella esté bien, feliz y saludable, realmente no me importa lo que tenga que sacrificar.

—Lo sé.

—No lo sabes, Marcos. No tienes idea.

—Lo sé, porque ahora entiendo lo equivocado que estaba sobre tus motivos para decirme que sí. Nunca fue por ti, fue por ella, siempre por ella.

—Lo que haga, siempre será por ella, Marcos.

—Ya lo veo. —Baja la cabeza, mirando al suelo, y se queda así por un rato, pensativo—. No soy un padre, Antonella.

—¿Qué? —pregunto, frotándome la cara, comenzando a pensar que estoy oyendo cosas, porque lo que acaba de decir no tiene sentido.

—Estaba equivocado al pensar que tu edad definía tu madurez, y ahora lo sé, pero si vamos a hacer esto, necesito que no haya dudas. No quiero ser un idiota, Antonella. Pero es un hecho y, contra los hechos, no hay argumentos.

—¿Marcos, de qué hablas?

—Del matrimonio, Antonella. No he renunciado a casarme contigo.

—Voy a necesitar sentarme para hablar de esto —aviso, ya caminando hacia el sofá, apartando a Barney, el enorme oso de peluche de Bella, a un lado y sentándome en uno de los extremos—. ¿Por qué crees que tienes que decirme que no eres un padre, Marcos?

—Porque eres adulta y sabes separar las cosas. ¿Cómo va a convivir Isabella conmigo por dos años sin confundirse?

Sonrío.

—Se necesita más que vivir en la misma casa para ser un padre, Marcos.

—Lo sé. Solo...

—Está bien, entiendo.

—Bueno.

—¿Y ahora, qué sigue?

—Ahora firmamos el contrato.

***

—¿Añadiste párrafos a la cláusula de rescisión? —pregunto al día siguiente, sentada en la misma silla en la que hace unos días me hicieron la propuesta absurda. Hoy, con el contrato en manos, lo reviso por última vez antes de firmarlo.

Marcos dejó mi apartamento ayer, después de que acordáramos que esta mañana estaría aquí para discutir los últimos detalles y firmar.

Cuando dije que no tenía dónde dejar a Bella, ya que regresar con ella a la guardería no era una opción, me sorprendió doblemente. Primero, diciéndome que la trajera, que Carmen podría cuidarla mientras conversábamos y que ella podría elegir cuál de los cuartos de la casa quería.

Y luego, ofreciéndose para demandar a la institución por negligencia. Realmente no esperaba que le importara, pero por

alguna razón que aún no entiendo, parece haberse preocupado. Como si ya no me hubiera dado suficientes problemas para manejar. ¿Cierto?

Aparentemente, Marcos Pedante no es completamente un idiota, y eso es algo para lo que no estaba preparada. Toda la amabilidad durante el día, todo el apoyo, aunque solo sea moral, de su presencia, no son cosas a las que esté acostumbrada a recibir. Excepto por Grazi, nadie más estuvo ahí para mí, incluso antes de que Bella existiera.

Anoche, al cerrar la puerta, finalmente sola con mi hija, me di cuenta de que, durante los próximos dos años, probablemente esta sería una de las últimas noches que pasaría así. ¿Otra cosa con la que no sabía cómo lidiar? El alivio que sentí al darme cuenta.

—Añadí... —responde, jugando con un bolígrafo entre los dedos índice y medio.

—Pero aquí dice que, independientemente de lo que pase con el contrato, a partir de la fecha de su firma, Bella comenzará a recibir depósitos mensuales de tres mil dólares en un fondo que solo ella podrá acceder y, cuando tenga dieciocho años... —Atónita, levanto los ojos del papel y miro a Marcos, que sigue jugando con el bolígrafo sin mirarme, como si la modificación mencionada no fuera nada importante.

—Exactamente... —comenta simplemente, y tengo que luchar contra el ardor en mis ojos. Aunque no tengo idea del motivo de la generosidad repentina de Marcos, el impacto de esa acción en la vida de Isabella me hace querer llorar de alivio nuevamente. Sin

embargo, su indiferencia y su evidente desinterés en explicarme sus razones me dan ganas de patearle el culo. Abro la boca, pero la cierro sin decir nada.

Necesito unos momentos para formular una frase que tenga sentido, aún así, lo único que sale de mi boca es una sola palabra. Una pregunta, en realidad. La pregunta que no deja de rondar en mi mente.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —rebate, aún sin mirarme, y respiro profundamente.

—¿Por qué harías algo así, Marcos?

—Porque es lo justo —responde, finalmente levantando la mirada y dándome su total atención, por primera vez desde que nos reencontramos esta mañana, enfocando realmente sus ojos en los míos.

Esa sensación incómoda se instala nuevamente en mi espalda, pero la ignoro, aunque parezca que hemos pasado demasiado tiempo mirándonos en silencio y sin ningún propósito.

Su respuesta me hace querer gruñir. O sea, ¿podría haber sido más impreciso que eso?

Pero, siguiendo mis propias resoluciones, digo exactamente lo contrario a lo que me gustaría. Estoy demasiado cerca ahora para estropear todo por falta de paciencia. O sea, el universo intentó de todas las maneras advertirle a Marcos Pedante que casarse conmigo

era una mala idea para él, que yo definitivamente no soy lo que busca, y aún así, aquí estamos.

Si con todas las señales se negó a verlas, no seré yo quien ponga un cartel luminoso advirtiéndole. No, seguiré actuando como la persona dulce que soy, o al menos tan dulce como pueda fingir ser, porque tampoco estoy obligada a hacer el papel de la pobre niña indefensa. Nunca fui esa niña y, después de todo, no tendría sentido que lo fuera.

—No entiendo... —desvío la mirada de la suya.

—En dos años, la vida de Isabella se va a voltear completamente, lo sé, sé que no es lo ideal para ella y, a pesar de todo, lo haré. Lo mínimo que puedo hacer por ella es compensarla de alguna manera. Catorce años es mucho tiempo, los depósitos durante todo ese tiempo van a generar intereses y, cuando ella pueda acceder a ello, podrá hacer y ser lo que quiera...

—No necesitas hacer esto...

—Lo sé, pero quiero.

—Gracias, muchas gracias. —Esas son las palabras más sinceras que le he dicho a Marcos desde que me habló por primera vez.

—No tienes que agradecerme, Antonella. Te dije que este matrimonio sería tan conveniente para ti como para mí, y lo será. Los próximos dos años no tienen por qué ser difíciles. Deberían ser fáciles, más fáciles que cualquier otro que hayas vivido. Prometo

hacer todo lo posible para que así sea, y a cambio, solo te pido que seas tú misma. Y que me dejes mostrarte a algunas personas.

Muerdo mi labio. No tiene idea de lo fáciles que fueron algunos de los años que ya viví ni de lo que me está pidiendo cuando me dice que sea yo misma, cuando eso es todo lo contrario a lo que desea. Casi siento lástima por él, casi. Pero la vida es demasiado difícil como para poner los intereses de cualquier otra persona antes que los míos o los de Isabella en las pocas ocasiones en que tengo la oportunidad de elegir.

No tengo el descaro de decir que sí con todas las letras. Simplemente asiento con la cabeza, de arriba abajo, aceptando silenciosamente.

—¿Tienes alguna duda?

—En realidad, me gustaría pedir algo. —Mi corazón late más rápido en mi pecho, este es un pedido muy importante.

—Si está dentro de mis posibilidades.

—Lo está. Quiero un trabajo en Valente —digo de un solo golpe y veo cómo se frunce el ceño de Marcos—. Quiero decir, no ahora, ni en unos meses, pero cuando me gradúe. Todavía falta un tiempo. En realidad, tres años, pero realmente me gustaría hacer prácticas en Valente & Camil y, más adelante, ser contratada. Sé que...

—Espera, ¿te vas a graduar? —interrumpe mi discurso, y trago saliva, haciendo la mejor representación que soy capaz de hacer para parecer avergonzada—. Los libros son tuyos...

—¿Qué?

—Los libros de Derecho en tu apartamento, los vi ayer y me pregunté de quién serían... Son tuyos.

Asiento con la cabeza, confirmando.

—Esa mañana, cuando te encontré, había llegado antes para usar tu biblioteca. Lo hago a veces, tienes muchos libros que no podía comprar —le cuento una parte de la verdad, ya que es todo lo que puedo ofrecerle.

Es el turno de Marcos de asentir con la cabeza, en señal de acuerdo.

—¿Por qué no me dijiste que estabas en la universidad? Diablos, ¿podría haber sido más idiota contigo, Antonella? Creo que no...

Me río, sin poder evitarlo. Porque no, no podría.

—Perdón, no tenía idea. El trabajo es tuyo. Voy a hacer el cambio y firmamos. ¿Hay algo más sobre ti que no sepa, pero debería saber, Antonella?

—No —respondo inmediatamente con mis labios, en sentido opuesto a los pensamientos que explotan en mi cabeza y dicen: no tienes ni idea, Marcos...

Él sonríe, dando la impresión de que no solo escuchó lo que no dije, sino también de que le agradó.

Claro que no, Antonella. ¡No te alteres!

***

Miro el espacio que me rodea y, aunque este es el lugar al que deseaba regresar todos los días, no siento ningún apego por él. Mientras la empresa contratada por Marcos carga mis pocas cajas fuera del apartamento, me despido de él sin dolor, tristeza ni nostalgia. Esta es una etapa de mi vida de la que no voy a extrañar nada.

Lo que tengo para guardar, como los juegos de Bella, sus descubrimientos y deseos, lo llevaré conmigo donde sea que vaya, en mi corazón. En este apartamento de piso de madera y paredes viejas, solo quedan recuerdos de una realidad que espero nunca más tener que vivir y de la que espero, pronto, ni siquiera pueda recordar. Sin mirar atrás, me doy la vuelta, dejando el pasado donde pertenece: atrás.

14.

MARCOS VALENTE

El hombre frente a mí habla sin parar, pero cada palabra suya entra por uno de mis oídos y, casi inmediatamente, sale por el otro. Zero está, probablemente, varios niveles por encima de mi concentración en este momento. Me descubro completamente incapaz de mantener el foco en algo, solo por saber que, mientras estoy aquí, Antonella se está mudando a mi departamento.

¿Y por qué eso es tan importante que no soy capaz de hacer mi propio trabajo? No tengo idea. Es la primera vez desde que salí de la casa de mis padres, hace más de diez años, que voy a vivir bajo el mismo techo que otra persona. Y, sinceramente, no sé qué esperar. Lógicamente, no es como si estuviéramos confinados en un departamento de cuarenta metros cuadrados, hay suficiente espacio en el ático para que Antonella, Isabella y yo ni siquiera nos veamos en los próximos dos años, si así lo queremos.

Isabella.

Una niña. ¿Cómo va a funcionar eso? No tengo idea. Realmente, no sé. Pero me gustaría. ¿Juguetes esparcidos por toda la casa? ¿Llanto constante? ¿Mi televisor va a estar dominado por dibujos de perros y cerdos parlantes? Qué mierda.

—Marcos, ¿me estás escuchando? —Marcelo pasa la mano frente a mi rostro para llamar mi atención.

—No, Marcelo, disculpa, pero realmente no escuché nada.

—Ya me di cuenta. ¿Estás bien, amigo? —Abro la boca para responder, pero, de repente, me doy cuenta de que nunca me he hecho esa pregunta.

¿Es que estoy bien? ¿No debería estarlo? Después de todo, hay una mujer y una niña mudándose a mi apartamento en este momento. Mi apartamento. Mi fortaleza de la soledad. Mi santuario masculino.

No debería estar bien, entonces, ¿por qué demonios me siento tan, tan bien, como si fuera lo más natural del mundo? Como si no estuviera pasando nada fuera de lo común, cuando, en realidad, mi mundo está siendo volteado al revés con mi permiso.

—Marcelo, creo que voy a terminar el día por hoy. ¿Podemos reprogramar esta reunión para mañana?

—Claro, claro que sí —responde, ya levantándose de la silla frente a mí y abrochándose el saco—. Solo necesitamos resolver esto antes de la fiesta, ¿está bien?

—¿Fiesta?

—El baile de recaudación, Marcos. —Marcelo frunce el ceño, confundido por mi confusión—. Pensé que irías… El sábado… En menos de dos semanas, Marcos.

—Qué mierda, el baile… —Me froto la mano por la cara. Se me había olvidado completamente después de todo el drama del jueves pasado—. Está bien, Marcelo, resolvemos todo mañana sin falta. Y sí, el sábado estaré allí.

***

La primera cosa que me golpea cuando las puertas del elevador se abren es una risa infantil. Es dulce, agradable, y antes de darme cuenta, estoy riendo también. Luego, el olor de galletas. El mismo que tenía el apartamento de Antonella ahora llena todo mi hall de entrada y, me imagino, dentro del ático.

Sigo el sonido, es una sensación extraña la que me invade. Definitivamente no siento que estén invadiendo mi espacio, de hecho, me siento de repente nervioso por el encuentro que me espera. Es la primera vez que voy a encontrar a Isabella despierta.

—¡Así! Haz las bolitas y luego aplástalas!

La voz de Antonella suena cada vez más cerca mientras avanzo por el pasillo. Dejo mi carpeta sobre la mesa en la entrada de la casa y me quito los zapatos. Desde la sala las puedo ver, pero ellas, de espaldas a mí y sentadas frente al mostrador, aún no se han dado cuenta de mi presencia.

Y en el instante en que mis ojos alcanzan los muslos desnudos de Antonella, ¡puta madre!

Me atraganto con mi propia saliva mientras mis ojos suben por su cuerpo curvilíneo, mostrando caderas anchas, una cintura ni muy fina ni ancha, y el contorno de sus pechos.

¡Es muy chica para ti, Marcos! ¡Es muy chica para ti! ¡Olvídalo!

Me regaño a mí mismo, expulsando de mi mente las imágenes inapropiadas que la invaden. ¡Mierda!

¿Será esta mi vida durante los próximos dos años? ¿Vivir expulsando pensamientos inapropiados de mi cabeza con mi propia esposa? ¡Mierda! Si existe un dios que castiga a los hombres hijos de puta, seguro que ya pensó que era hora de castigarme.

El sonido sorprendido que escapa de mi garganta atrae la atención de Isabella, que se gira, mirándome. La niña es pequeña, tiene la piel clara, el cabello rubio oscuro, un poco más claro que el de su madre, pero más oscuro que el mío, y ojos marrones color miel. Inclina la cabeza, estudiándome. Antonella, distraída modelando galletas, solo se gira cuando Isabella habla.

—¿Eres Marcos? —pregunta, y es mi turno de estudiarla.

—Sí, soy yo.

—¿El esposo de mamá? —pregunta también.

Antonella y yo acordamos darle un nombre, después de todo, los niños son impredecibles, y todo lo que no necesitamos es que Isabella diga, sin querer, que su madre y yo somos solo amigos, por ejemplo.

—Así es —respondo, sonriendo.

Eso es, Marcos. Es solo una niña despierta, no es un monstruo. ¡Eres un abogado, carajo! ¡Tratas con criminales de cuello blanco todos los días, puedes lidiar con una niña!

—¿Y tú vas a ser mi papá? —Isabella lanza la pregunta, y yo respiro completamente mal, haciendo que la saliva vaya a donde no debía, me quedo sin aire y empiezo a toser desesperadamente.

—¡Isabella!

Antonella regaña antes de bajar del banco donde estaba sentada y venir en mi auxilio. Me da golpecitos en la espalda, sin importarle que sus manos estén sucias y llenas de masa para galletas. Y no sé si agradecerle por la ayuda o lamentar la muerte prematura de mi traje Tom Ford. ¡Carajo!

—Voy a traerte agua.

Antonella avisa antes de correr hacia la nevera. Me apoyo con los brazos extendidos y las manos en los bordes de la isla de la cocina, bajo la cabeza y me esfuerzo por recuperar el control de mi respiración. Respiro una, dos, tres, doce veces antes de sentirme mínimamente capaz de respirar sin ahogarme.

—Aquí.

Ella me extiende un vaso de agua y lo acepto. Mis ojos arden, y mientras tomo pequeños sorbos, siento que las lágrimas de agonía caen por las comisuras de mis ojos.

—Lo siento —se disculpa, viéndose muy avergonzada.

Sus mejillas están rojas y su pecho sube y baja, acelerado por el movimiento repentino al socorrerme y tomar el vaso de agua rápidamente.

—Está bien —digo con dificultad, forzando las palabras.

No fue su culpa, después de todo. Ni la niña tuvo la culpa, no importa lo jodido que haya sido ese momento. Lo bueno es que esto

es lo peor que pudo haber pasado. Así que, de aquí en adelante, las cosas solo pueden mejorar.

Antonella pasa junto a mí, yendo hacia Isabella, que sigue en el mismo lugar, sentada en el banco, detrás de mí.

—Isabella, ¿qué te dijo mamá? Que no tenías que hacer esa pregunta.

—Pero mamá, quiero saber si voy a tener hermanitos. Lele, de la guardería, dijo que cuando su mamá se casó con un marido, ella consiguió hermanitos —dice la niña, y esta vez, es con el agua que tenía en la boca que me atraganto.

¡Qué demonios! ¿Quién dijo que no podría empeorar?

—Está bien, Bella. Ya basta por hoy. ¿Vamos a lavarnos las manos y ver la película de la princesa y el dragón? —Antonella suena desesperada, y casi le agradezco por no ser el único que se siente así.

—¿Pero y las galletas, mamá?

—Terminamos las galletas más tarde, Bella. ¡Ahora vamos a ver la película que te gusta en la tele grande, está bien? —Antonella pregunta, claramente comprando a la niña con el tamaño de la pantalla del televisor.

—¡Sí! —responde, y unos momentos después, Antonella pasa junto a mí con la niña colgada de su cuerpo, como un pequeño monito.

—Adiós, Marcos —dice sonriente, despidiéndose de mí, aún con las manos completamente cubiertas de masa para galletas.

—Adiós, Isabella.

***

—Fue un primer encuentro interesante —digo al llegar a la cocina horas después y encontrar a Antonella. Sí, me escondí en mi propia habitación por horas y no, no me enorgullezco de eso. Pero necesitaba tiempo antes de que cualquier otra pregunta incómoda pudiera ser hecha.

Antonella aparta los ojos de su tarea y los abre como si me hubiera sorprendido. Tiene varias cajas y latas dispuestas sobre la mesa, mirando todo como si estuviera tratando de armar un rompecabezas. Ahora, esa mirada está dirigida a mí, y frunzo el ceño, sin entender el porqué, hasta darme cuenta de que estoy sin camisa y solo con un short de dormir.

—Maldita sea —digo, cerrando los ojos y pasándome la mano por la cara. No había pensado en eso. Cuando vuelvo a concentrarme en Antonella, ella abre y cierra la boca dos veces antes de finalmente decir algo.

—Perdón por lo de antes —pide, eligiendo ignorar mi semi desnudez, aunque sus ojos se mueven sin rumbo, mirando en todas direcciones pero sin fijarse en ninguna—. Ella me hizo esas mismas preguntas cuando hablé con ella y yo la engañé, pensé que lo olvidaría. Claramente, me equivoqué, pero no se va a repetir, te lo prometo —asegura, con las mejillas levemente sonrojadas.

—Está bien, Antonella. Ella es solo una niña —trato de calmarla, aunque calma fue lo último que sentí en ese momento. Ella asiente, moviendo la cabeza—. ¿Por qué miras esas latas y cajas como si fuera un juego de tetris?

Abro la nevera y saco una botella de agua. Me acerco a donde está Antonella para tomar un vaso y noto que el armario de la isla de la cocina está completamente vacío, y lo que veía era solo una pequeña parte de un caos mucho mayor.

—Sabes que a Carmen no le va a gustar nada esto, ¿verdad? —pregunto, realmente preocupado de que mi ama de llaves mate a mi prometida antes de que yo pueda casarme con ella, solo por haber tocado la organización de su cocina.

Prometida. Me dan ganas de probar esa palabra en voz alta, pero no lo hago. Antonella suelta una risita.

—Pedí permiso a la excelentísima señora todopoderosa de esta cocina.

—¿Qué estás haciendo? Son... —muevo la muñeca para mirar el reloj—, las once y media de la noche. —Tomo el vaso y lo lleno hasta la mitad antes de devolver la botella a la nevera.

—Isabella se quedó dormida hace poco. Su sueño está algo alterado por los medicamentos y el cambio de rutina. Estoy tratando de encontrar una forma de guardar la leche y las harinas de Bella de manera que no queden tan visibles, pero que sea fácil alcanzarlas.

—¿Pero por qué no pueden estar a la vista? —pregunto, frunciendo el ceño mientras tomo algunos tragos de mi agua.

—Bueno, imagino que no querrás abrir el armario para sacar tu *Whey Protein* o cualquier otra cosa y encontrarte con alimentos para niños.

No puedo evitarlo. Me echo a reír.

—¿Qué te hace pensar que tomo *Whey Protein*, Antonella?

Ninguna palabra sale de su boca, pero sus ojos recorren mi torso desnudo, y traga saliva.

Tímidamente, moja sus labios con la lengua y yo, completamente sorprendido, siento un espasmo entre las piernas al reconocer en sus ojos algo que ella no debería sentir: deseo. Entrecierro los ojos, pero ella rompe el contacto visual, probablemente avergonzada, como siempre.

Resoplo, carraspeo y reorganizo mis pensamientos.

—La próxima semana, el sábado, tenemos un evento.

Cambio de tema, es lo mejor para los dos.

—¿Qué tipo de evento?

Antonella mantiene la cabeza baja, completamente concentrada en los productos que, mágicamente, parecen haber encontrado un orden perfecto, porque los guarda en el armario como si ya supiera desde hace mucho el lugar donde deben ir.

—Un baile de gala.

Eso sí capta su atención, y levanta la cabeza, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué? ¡Pero eso es en menos de quince días! —protesta.

—Lo sé, probablemente necesites ayuda para encontrar qué ponerte, de hecho, necesitas ir de compras —comento y solo me doy cuenta de cómo sonó cuando ya es demasiado tarde. Ella baja la cabeza, otra vez centrada en las latas—. Antonella.

—Está bien, Marcos. Sé que mi ropa no es adecuada para los ambientes en los que te mueves —reconoce, y respiro aliviado. Realmente no necesito más drama hoy—. Pero no quiero la ayuda de nadie, quiero elegir mi propia ropa, si te parece bien.

—Y la de Isabella.

—¿Qué?

—Ella también va a necesitar un nuevo vestuario. Es mucho, ¿estás segura de que no necesitas ayuda?

—Sí, está bien. Mañana mismo puedo comenzar con esta misión.

Se ríe para sí misma, antes de mover la cabeza de un lado a otro, negando.

—Está bien, ¿recibiste tus tarjetas?

—Carmen me las entregó —pausa unos segundos, mirando concentrada hacia el interior del armario, pone el dedo índice sobre los labios, llamando mi atención hacia ellos—. ¿Bella también va al baile?

Pienso un momento.

—¿Te gustaría llevarla?

—Sí, pero ¿a qué hora empieza?

—A las nueve de la noche.

—No creo que sea buena idea.

—Está bien, podemos pedirle a Carmen que se quede con ella. Pero, tal vez, deberías empezar a buscar una niñera —aviso.

—¿Una niñera?

—Sí, tendremos muchos eventos y, aunque no tengo dudas de que a Carmen le encantará tener a una niña cerca, ella ya no es tan joven.

Antonella parece pensar unos segundos antes de mover la cabeza, asintiendo.

—Está bien, le pediré que me ayude a encontrar a alguien de confianza, pero puede llevar un tiempo —responde, aún concentrada en la organización.

—Tienes hasta nuestra boda.

—¿Hasta la boda?

Frunce el ceño, pero aún no me mira.

—Sí, hasta nuestra luna de miel. —Eso finalmente hace que sus ojos se encuentren con los míos, y me dan ganas de reír porque están enormes—. Para todos los efectos, somos una pareja enamorada, Antonella, una luna de miel se espera.

Sus dientes muerden su labio inferior, y parpadea frenéticamente.

—¿Cuánto tiempo?

—Como Isabella es muy pequeña, creo que una semana es aceptable.

—¿Todo ese tiempo? —exclama, realmente preocupada.

—¿Nunca se separaron tanto tiempo?

—Nunca nos hemos separado, nunca.

La última palabra sale en un susurro y, de inmediato, tengo ganas de cancelar los planes. Frunzo el ceño por el impulso repentino, sin entender de dónde viene o qué lo motiva. Y, en lugar de seguirlo, hago exactamente lo contrario.

—Todo va a estar bien, serán solo unos días. —Ella me mira, aún perdida, y el impulso de decirle que no se preocupe se vuelve más fuerte. Huyendo de él y de la mirada de Antonella, me sirvo el resto del agua del vaso, lo dejo en el fregadero y me despido—. Buenas noches, Antonella.

—Buenas noches, Marcos.

A mitad de camino para salir de la cocina, me doy cuenta de que algo importante no se aclaró.

—Y, Antonella —la llamo por encima del hombro. Ella levanta la cabeza, sus ojos fijos se clavan en los míos—. Realmente no me importa ver alimentos para niños.

Parpadeo antes de darle la espalda y volver a mi cuarto.

15.
ANTONELLA MACHADO

—Es un cuarto bonito —comenta Grazi mientras le doy un recorrido por la videollamada. Sí, lo es... Es un cuarto bellísimo.

La decoración en colores claros es genérica y sin personalidad, después de todo, era un cuarto de huéspedes, pero aún así es muy bonito. La cama es enorme y tiene un respaldo tapizado hasta el techo, una alfombra de felpa ocupa casi todo el piso, los muebles alrededor son preciosos, y lo mejor del ambiente es la pared lateral, toda de vidrio, escondida tras cortinas blancas.

Sin embargo, lo que realmente me cautivó y me hizo elegir este como mi cuarto, entre las cuatro suites disponibles en el penthouse, fue un pequeño rincón de lectura en la decoración. El lugar perfecto para que Bella se duerma en mis brazos. Aunque esta noche, en realidad, los haya rechazado, demasiado emocionada por tener su propio espacio por primera vez en su vida. Incluso durante los tres años que vivimos con Grazi, ella dormía conmigo, primero porque era muy pequeña y eso lo hacía todo más fácil. Luego, porque yo ya me había acostumbrado y pensé que ella también, así que no tenía sentido cambiar. Aparentemente, me equivoqué, porque Isabella nunca había estado tan ansiosa por dormir como hoy. Incluso rechazó la televisión gigante, otra de las cosas que la emocionó mucho sobre su nueva casa "grandona", como ella le llama al penthouse.

Hay momentos en la vida que se graban en nuestra mente a fuego. No importa cuánto tiempo pase, siempre estarán allí. No todos son buenos. En la mía hay un poco de cada uno. Hoy, sin lugar a dudas, la reacción de Isabella al llegar aquí, su felicidad al mostrarme el cuarto que eligió y todo lo que vivió en la libertad de tener tanto espacio a su disposición, seguramente son algunos de esos momentos inolvidables. Y aunque Marcos no estuviera actuando de manera completamente inesperada, solo por estos momentos ya le estaría agradecida.

—¿Cómo ha sido la experiencia de vivir con Marcos Pedante?

—No sé si puedo llamarlo experiencia. Apenas ha pasado un día, y él estuvo prácticamente todo el día fuera, o encerrado en su cuarto, después de que Bella le preguntara si él sería su papá.

El recuerdo me hace reír y Grazi suelta una carcajada fuerte.

—¿Qué?

—¡Oh, Grazi! Tenías que haber visto su cara. El hombre se puso blanco como un papel y se ahogó con su propia saliva. ¡Un desastre! —Termino riendo también, sin poder contenerme—. Llegó cuando Bella y yo estábamos haciendo galletas. Bella lo vio primero y le preguntó si era él, Marcos, el esposo de mamá. Él lo confirmó, y entonces ella suelta esta joya: "¿y tú vas a ser mi papá?" Te juro que si el hombre no se hubiera casi ahogado, ¡yo me hubiera muerto de risa en ese momento! Dios, sentí mis mejillas calientes de tanto que tuve que esforzarme para no soltar la carcajada.

—Mi ahijada es perfecta.

—Sí, lo es —coincido, sonriendo, mientras miro el monitor de bebé que rescatamos de cuando vivíamos en un departamento más grande que una caja de fósforos.

—Límpiate, Nel —Grazi me llama la atención, y de inmediato llevo el pulgar a la esquina de mi boca, aunque no tengo idea de qué está hablando.

—¿Limpiar qué, Grazi?

—¡La baba que está escurriendo de la esquina de tu boca!

—¡Ah, vete al diablo, Graziella!

—Está bien, está bien. Tienes derecho a babear, ella es la niña más increíble que existe.

—Después soy yo la que tiene que limpiar la boca babosa —murmuro, y Grazi se ríe.

—Pero fuera de eso, ¿cómo han ido las cosas? Perdón por no haber podido ir, realmente no pude salir de Río este fin de semana, pero el próximo, sin duda, estaré ahí.

—Todo está bien, no te perdiste nada más que cajas y más cajas para llenar, sellar y apilar. Y respecto a las cosas, están raras, ¿sabes? No esperaba que Marcos Pedante fuera tan... —hago una pausa, buscando la palabra correcta—, decente. Sí, creo que eso es. ¿Y lo de Bella? Pensé que se volvería loco cuando se enterara de que tengo una hija, no que, de alguna manera, pensaría que es justo responsabilizarse de los problemas que el fin de nuestro acuerdo causará en ella. Fue raro.

Aún hoy por la mañana, le mandé fotos a Grazi del contrato que firmé, así que ella está al tanto de todo.

—Incluso yo tengo que admitir que eso, tal vez, ha hecho sorprenderme hasta mí que no esperaba nada de él.

Me río.

—No sé, tengo la sensación de que, muy pronto, Marcos hará que una explosión detone todo.

—¿Lo hará, verdad?

—Probablemente.

—Sería bueno que estés blindada, entonces —celebra, y yo sonrío débilmente.

Es decir, no es como si tuviera algún sentimiento más allá de diversión y oportunismo hacia Marcos Pedante, pero si hay algo que ya ha quedado claro para mí, es que mi cuerpo no opina lo mismo.

Solo pensar en eso hace que la imagen de su torso desnudo invada mis pensamientos. ¡Dios! El hombre está buenísimo, y aparentemente tiene el hábito de andar casi desnudo por la casa.

¡Claro que sí! Es su casa, Antonella, donde, hasta hace cinco minutos, vivía completamente solo.

—¡Antonella!

—¡Hola! —respondo, asustada por el grito de Grazi, girando el rostro en diferentes direcciones, antes de concentrarme de nuevo en la pantalla del celular en mis manos.

—¿Escuchaste algo de lo que dije?

—Eh... no... —admito, sentándome en la cama, y ella tuerce los labios.

—¿Dónde estaba tu cabecita?

—En la universidad —miento.

—¡Vaya! ¿Qué vas a hacer ahora? Ya no tienes que estudiar por la noche.

—No, no tengo que hacerlo, pero aún no tengo dónde dejar a Bella, y no sería justo pedirle a Carmen que la vigile todos los días tantas horas. Marcos sugirió que encontrara una niñera. Pero, sinceramente, no tengo idea de por dónde empezar. ¿Dónde encuentro a alguien en quien confiar?

—Espera, una cosa a la vez. ¿Cómo reaccionó Carmen? Quiero decir, un día eras su subordinada, al siguiente, la jefa.

—No soy jefa de nadie, Grazi. ¡No te pongas así!

—¡Claro que sí lo eres! Durante los próximos dos años, eres la dueña de esa casa, amiga. No importa si el matrimonio es con separación de bienes, si vives aquí, la casa es tuya.

—Eso no importa, y Carmen reaccionó naturalmente, como si eso pasara todos los días, lo cual es muy raro si me pongo a pensarlo. Pero ella conoce a Marcos desde que era niño, creo que fue su niñera. Y más de una vez me ha dicho que no podía esperar a que finalmente él pusiera su vida en orden. Casi estoy segura de que sabe que todo esto es una farsa, pero creo que tiene esperanzas de

que se convierta en una historia de Cenicienta. —Me río—. Probablemente está esperando que las calabazas se conviertan en carruajes para el baile.

—¿Qué baile?

—¿Qué pasó con eso de una cosa a la vez, Grazi?

—La culpa es tuya, que te pones a hablar de todos los temas interesantes de una sola vez —acusa, y me río—. Te ayudaré a buscar una niñera. Ahora, cuéntame sobre la universidad, así podemos hablar del baile.

—Creo que voy a dejar la universidad este semestre. Me va a costar confiar en dejar a alguien sola con Bella, no puedo ponerle esa carga a Carmen, sería como pedirle que cuidara a Isabella, y no tiene sentido llevarla a una guardería si puedo quedarme en casa. El próximo semestre regreso.

—Lo siento mucho —dice, sabiendo lo importante que es la universidad para mí.

—Está bien, es una decisión, ¿no? Y ahora lo más difícil ya lo tengo: dinero para pagar las mensualidades y tiempo para estudiar. Lo demás se arregla.

—Eso, actitud positiva.

—Siempre.

—¿Podemos hablar del baile ahora? —pide, con esos ojitos de gato con botas.

—¡Ah! —Cierro los ojos, dándome cuenta de que probablemente quiere ser algo como mi hada madrina—. La próxima semana, el sábado, aparentemente tengo un baile al que ir. Marcos me avisó esta noche.

Grazi inclina la cabeza hacia un lado, pensativa, y después de unos momentos en silencio, sus ojos se abren de par en par, como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—¿El evento benéfico de Valente & Camil?

—No sé, él solo dijo evento de gala. Pero si hay un evento de su oficina el mismo fin de semana, me imagino que es ahí donde vamos.

Graziella suelta un gritito. Sí, un gritito, y yo frunzo el ceño, completamente perdida con su reacción. O sea, esperaba algo más como "¡Vamos de compras!" no algo de gritos agudos e incomprensibles.

—Tengo una invitación —se apresura a explicar—. Nos invitaron, mis padres no van y, obviamente, yo tampoco tenía intención de ir, pero ahora no me lo pierdo por nada. ¡Quiero ser tu hada madrina! No me decepciones.

—¿Y cómo, exactamente, le explico a Marcos que te conozco sin contarle todo el drama de mi vida, Grazi?

Ella apoya el mentón entre los dedos pulgar e índice, pensativa.

—Podemos conocernos en el baile. Yo, con mi increíble personalidad, me cautivaré de la dulce y sumisa Antonella —

comenta, justo antes de soltar una carcajada.

—Eres terrible.

—¿Solo yo?

—Da igual. En fin, parece un buen plan. ¿Cuándo llegas?

—El viernes por la mañana.

Es mi turno de fruncir el ceño.

—¿No trabajas el viernes?

La sonrisa del gato de Alicia en su rostro me dice que Grazi está, definitivamente, tramando algo.

—Ah, sí, debería —Graziella se ríe—. En realidad, tengo un trabajo importantísimo y muy, muy inútil que entregar. Mi jefe cuenta conmigo.

—No entiendo.

—Verás, mi querido jefe me pidió hacer un trabajo inútil y, aunque le expliqué un millón de veces que hay una forma mucho mejor de resolver el problema, él insiste en que su manera es la correcta. Entonces, de repente, el viernes voy a enfermar... y que se las arregle él.

—¡Graziella!

—¿Qué? No es nada realmente importante, no sería tan irresponsable. Es solo un prototipo para una simulación. Va a sobrevivir.

Bajo la cabeza, negando.

—Cada vez tengo más curiosidad por saber adónde va a terminar esa guerra entre ustedes dos —digo.

—En ningún lado, Nel. En ningún lado. En dos meses estaré fuera de su sector, ¡gracias a Dios! O juro que tendría que gastar mi tiempo con ese infeliz y tú ni siquiera puedes defenderme.

—Uhm... Ya veo... ¿Entonces vas a venir a São Paulo por dos fines de semana seguidos?

—Sí. En las próximas semanas, probablemente estaré allí todos los fines de semana. Si lo olvidaste, tenemos un matrimonio que planear. —Sus cejas se levantan mientras hace una pausa dramática, y yo pongo los ojos en blanco—. El tuyo.

—No tengo ni idea de por dónde empezar, en serio.

—Pues qué bueno que yo sí, ¿no? Abre el bloc de notas, toma papel y bolígrafo, no sé. Tienes que hacerle algunas preguntas a tu prometido.

***

—No sé, Grazi. Esto me parece un poco demasiado para alguien que debería ser dulce y sumisa —comento, de pie sobre la tarima en el probador de una de las boutiques más exclusivas de São Paulo.

Usamos el apellido de Grazi para conseguir una cita, ya que aún no soy oficialmente la señora Valente y dejé la otra llave de esa puerta hace cinco años.

Es su tercer y último día en la ciudad antes de regresar al Río, y pasamos los dos últimos días renovando mi guardarropa y el de Bella. Hoy, mi hija lloró para no salir de casa y solo pude venir porque Carmen es un ángel y se ofreció a quedarse con ella, incluso siendo domingo, mientras Graziella parece estar en Disneylandia.

Me río de mi propio pensamiento, pero pronto frunzo el ceño al darme cuenta de algo. Ahora puedo llevar a Bella a un viaje a Disney. Ver los castillos, las princesas, eso es lo que la volvería loca.

Desvío la mirada del espejo, mis ojos ardiendo. Es estúpido, lo sé. Pero saber que podré darle a mi hija todo lo que yo tuve. Respiro profundo, colocando mis emociones en su lugar y, al concentrarme de nuevo en el espejo, encuentro la mirada interrogativa de mi amiga, fija en mí.

—Solo estaba pensando en Bella, en lo mucho que va a cambiar su vida, ¿sabes? Va a poder ir a Disney.

Las palabras salen de mi boca y, con ellas, aparentemente, el control, porque una lágrima rebelde se escapa por el rincón de mi ojo.

Grazi se levanta y sube a la plataforma. Sus brazos me rodean la cintura y apoya el mentón sobre mi hombro.

—Nunca voy a poder perdonarlos, ¿sabías?

—¿A quiénes? —pregunto, confundida.

—A tus padres. —Sonríe triste y mueve la cabeza de un lado a otro—. Me preguntaba si, tal vez, cuando fuera una adulta con responsabilidades, los entendería aunque fuera un poquito.

A través del espejo, veo en sus ojos tantos sentimientos, sentimientos que son los míos y que, a lo largo de estos cinco años, me permitió compartir. Sentimientos por mí que ni yo misma sería capaz de tener, pero sé que los tiene por mí.

—Pero, cuanto más crezco y maduro, y más responsabilidades tengo, Nel, menos los entiendo y más segura estoy de que nunca, nunca podré perdonarlos por lo que te hicieron a ti o a Bella. Ellos...

—No, por favor, no —susurro.

Es un pacto antiguo que tenemos. No hablamos sobre cómo están mis padres ni qué están haciendo.

Sé que, desde que regresó a Río, Grazi ha vuelto a convivir con sus padres. Pero hasta ahora ha mantenido nuestro pacto, y no sé si podría soportar romperlo. No sin romperme un poco en el proceso.

Los primeros días después de que me echaron de casa, sentí tanto miedo, tanta rabia, que supe que eso podría destruirme. Guardé esos pensamientos y sentimientos en una caja oscura dentro de mí, y ahí siguen desde entonces.

No volví a buscar a mis padres, no investigué sobre ellos, y si estuvieran muertos, probablemente no me enteraría. Bloqueé todas las noticias relacionadas con su apellido en mis dispositivos, y desde hace años, no se me muestra ninguna noticia sobre ellos.

Todos desarrollan mecanismos para lidiar con su propio dolor, ese fue el mío. Si no lo veo, no pienso; si no pienso, no siento. Funciona, y necesito que siga así. Porque ellos eran mis padres, no

solo no tenían derecho de hacer lo que hicieron, sino que tenían el deber de hacer todo diferente. Tengo a Bella en mi vida desde hace tres años, casi cuatro, y la simple idea de hacerle lo mismo que me hicieron a mí me destroza.

—Perdóname, solo... —dice, y dejo mi cabeza sobre su hombro.

—Está bien. Creo que este vestido nos está emocionando —bromeo, y ella besa mi mejilla antes de mirarme nuevamente al espejo con una expresión maliciosa. La melancolía completamente reemplazada por burla.

—Y ni siquiera es el de novia.

—Ah, ahórrate eso, Grazi. No es como si fuera real.

—Todo vestido de novia es real, no importa si el matrimonio lo es o no. Y el tuyo será un Vera Wang.

—¿Y cómo piensas conseguir eso en menos de un mes?

Dejo nuestra mirada por el espejo y giro el rostro para mirarla directamente. Ella se aparta un par de centímetros y me guiña el ojo, como si supiera algo que yo no.

—¿Alguna vez te decepcioné?

—¡Nunca!

—Entonces, solo confía y vayamos vestido a vestido. —Mi amiga me abraza una vez más antes de separarse y regresar al asiento donde estaba sentada—. ¡Es en serio! ¡Este es perfecto!

Exhalo y vuelvo a mirar mi reflejo, rolando los ojos antes de concentrarme otra vez en él.

El vestido entero es de satén, rojo, tiene un escote en forma de corazón y un corte ajustado al cuerpo. En el hombro izquierdo, una pequeña tira simula una manga estilo gitana, mientras que el otro queda completamente desnudo. En la cintura, un volado cuelga de un lado hasta la mitad de los muslos, donde una abertura se abre. La pieza es hermosa, la mezcla ideal entre sexy, sofisticado y bonito. Pero estoy casi segura de que Marcos espera algo mucho más rosa.

—Sé que es perfecto, solo pienso que no es tan modesto como debería —le digo.

—¿Y qué gracia tendría un vestido modesto, Nel? —responde Grazi.

—No importa si tiene gracia o no, Grazi. Lo que importa es que es así como necesito parecer. Al menos hasta el matrimonio.

—Hasta el matrimonio —repite las palabras, como si estuviera reflexionando sobre ellas, pero rápidamente se deshace de esos pensamientos, cualquiera que fueran—. No importa. No te voy a dejar salir de aquí sin ese vestido.

—Grazi...

—No me vengas con "Grazi". Quisiera ser una mosquita para ver la cara de Marcos Pedante cuando te vea con ese vestido. ¡Por Dios, se va a infartar!

Desde el espejo, miro a mi amiga con las cejas fruncidas.

—No estamos intentando infartarlo, Grazi. Ya basta con que lo esté engañando.

Ella entrecierra los ojos hacia mí.

—No me digas que te sientes culpable, Antonella.

Es más una acusación que una pregunta.

—Tal vez. Toda esta transformación por la que estoy agradecida, Grazi, todo esto está pasando gracias a él —admito.

Hace solo seis días que me mudé, y aún así, Marcos ha sido impecable. Pasa todo el día fuera y, cuando llega, se asegura de venir a verme para saber si necesito algo y trata a Isabella de maravilla, aunque siempre parece aterrado de que ella le haga alguna otra pregunta inapropiada. Es difícil no sentirme culpable. Quiero decir, el Marcos que yo conocía merecía ser engañado. Este que está mostrando, tal vez no.

—Ay, por favor, Antonella. Para empezar, no vamos a romantizar lo que está pasando aquí. Marcos no es un buen samaritano que se preocupó por escuchar tu historia y decidió ayudarte. Él necesitaba a alguien para hacer un papel y, por casualidad, tú servías. Y luego, no es como si fueras una asesina en serie o que literalmente guardes esqueletos en el armario. Tienes un pasado complicado, una familia problemática y, definitivamente, una personalidad muy diferente de la que él sabe que busca, pero seamos sinceras, ¿qué tan bien has escondido esa parte de tu personalidad?

—Regular, para ser honesta —reflexiono.

—Exacto. Si no se ha dado cuenta, es porque está con la cabeza metida en el culo. No tiene sentido que te sientas culpable por su ego tan grande que lo hace incapaz de ver lo obvio.

—Sí, tal vez tengas razón.

—¿Tal vez? Siempre tengo razón, Antonella.

Y como si lo hiciera para contradecirla, su celular suena. Ella saca el moderno dispositivo de su bolso, mira la pantalla, hace una mueca de disgusto y lo guarda de nuevo.

—¿No lo vas a atender?

—No. Es solo Bernardo —responde, refiriéndose a su jefe—. Ya me había mandado algunos mensajes, y ahora parece que pasamos a las llamadas.

—¿Y lo vas a ignorar?

—Ya le dije que estoy enferma, ¿qué más quiere?

Grazi lleva la copa de champán a su boca, y no puedo evitar reírme de la descaradez de mi amiga.

—Está bien, Grazi, me quedaré con este —decido.

Siempre creí que la ropa puede ser una declaración silenciosa de quiénes somos. Hace tiempo que mis prendas no decían nada más que "estaba en rebajas" o "es lo mejor que pude hacer con lo que podía pagar".

Pero este vestido, sin lugar a dudas, grita cada uno de los adjetivos que quiero que la gente vea al mirarme. Si, aún así,

Marcos no es capaz de verlo, tal vez Grazi tenga razón y no deba sentirme culpable, después de todo.

—Perfecto. ¿Ya tienes las respuestas a las preguntas que te pedí hacerle a Marcos Pedante?

—No. No lo he visto mucho en los últimos días.

—Entiendes que estamos contra el tiempo, ¿verdad?

—Es un matrimonio falso, Grazi. No es el de la reina de Inglaterra.

***

Con el celular en mano, golpeo la puerta frente a mí.

—¡Un minuto! —grita Marcos, y puedo escuchar sus pasos acercándose cada vez más. Unos segundos después, la puerta se abre, y no estaba preparada para lo que encontré al otro lado, ¡por Dios!

¿Qué le pasa?

Marcos no tiene nada cubriendo su cuerpo, solo una toalla enrollada en la cintura, sus cabellos están mojados y algunos mechones se levantan hacia arriba. Su pecho, musculoso y liso, tiene una gota de agua que baja, y no puedo evitar fijarme en ella por al menos cinco segundos, aunque sé que ese es tiempo más que suficiente para considerarlo inapropiado.

Dios mío.

Sacudo la cabeza, echando fuera la tormenta de pensamientos mucho más allá de lo inapropiado que ha invadido mi mente, carraspeo mi garganta y enfoco mis ojos en los de Marcos. Su rostro serio me dice que no tiene la menor idea de que no debería estar respondiendo la puerta vestido así, o más bien, sin estar vestido.

—Yo... —empiezo, pero me distraigo con la maldita gota, que sigue ahí, justo en su pecho.

¿Se va a caer? ¡Maldita visión periférica! ¡Demonios! ¿Para qué necesitamos eso de todos modos? *Antonella, ¡cálmate! ¡Tienes un objetivo! ¡Lo tienes! ¿Cuál era el objetivo? ¡Ah, sí! ¡El matrimonio! ¡Eso!*

—¿Antonella? —me llama, justo en el momento en que logro recordar lo que venía a hacer.

—Perdón... Eh... Necesito hablar contigo sobre el matrimonio. Yo... Nosotros...

—¡Ah, sí! Justo te iba a buscar. Entra, por favor.

Marcos abre espacio para mí y parpadeo, desconcertada por la naturalidad con la que hace la invitación. Quiero decir, es su habitación y probablemente está desnudo debajo de esa toalla.

—¿Estás bien, Antonella?

Abro la boca, preguntándome cómo decirle que no soy capaz de mantener la concentración suficiente para mantener una conversación coherente mientras está desnudo frente a mí.

—Yo... Tú... —¿Lo está haciendo a propósito? ¡Porque no es posible! Respiro profundamente, soltando el aire y las palabras—. ¿No crees que sería mejor que te vistieras antes?

Marcos mira hacia abajo y parece genuinamente sorprendido, como si recién se diera cuenta de su atuendo, o más bien, de su falta de él.

—¡La puta madre!

El insulto sale sonando fuerte de sus labios, y no puedo evitar que mi imaginación se active. Me esfuerzo una vez más para bloquearlo.

—Perdón. Estaba en el teléfono cuando tocaste... y... y... —Simplemente asiento, dándole la razón, haciendo un esfuerzo titánico para mantener mis ojos en los suyos y no en la maldita gota que finalmente comienza a deslizarse—. Un momento. Ya vuelvo —avisa y, sin ningún tipo de ceremonia, cierra la puerta en mi cara.

Tardo un segundo en procesar lo que acaba de pasar y, sin poder evitarlo, me echo a reír.

16.

MARCOS VALENTE

El silencio me extraña al salir del elevador. Después de siete días viviendo con una niña, entiendo que el silencio es un lujo que ya no tendré más, no mientras esté en casa, al igual que el orden y limpieza milimétrica de antes.

A pesar de no dudar del esfuerzo que hace el nuevo equipo de limpieza, siempre hay una muñeca, un zapato o algún juguete en los espacios comunes de la casa.

Mientras paso por la sala de estar en dirección a las escaleras que llevan al segundo piso, logro ver algunos de esos objetos dispersos, pero a Antonella y a Isabella no. *¿Será que se fueron?* Miro el reloj en mi muñeca, son las seis de la tarde. Honestamente, la vida de casi casado ha sido mucho más fácil de lo que pensaba que sería en algunos aspectos, y mucho, mucho más difícil en otros.

A pesar de la muerte temprana del silencio, Antonella es exactamente lo que me llevó a proponerle matrimonio en primer lugar. Casi invisible. Si no fuera por Isabella, creo que realmente podría pasar años casado con ella sin ver ni siquiera un rastro suyo por la casa, por eso, todo está siendo mucho más fácil de lo que imaginé que sería.

Sin embargo, cada maldita vez que la veo, las cosas se ponen mucho, mucho más difíciles, porque, en todas esas veces, he extrañado ese maldito uniforme gris. Si en su primer día viviendo

aquí, verla con shorts de jeans mientras hacía galletas con la niña me obligó a recitar mentalmente varias veces que ella era inalcanzable, que es una esposa niña, cada roce que hemos tenido durante los últimos siete días me ha llevado al punto de querer tatuarme la frase "esposa niña" en el cuerpo entero para ver si, así, mi mente asimila el mensaje por ósmosis.

Y, como si quisiera ilustrar mi desesperación, Antonella aparece de repente, saliendo no sé de dónde, empapada de pies a cabeza y vestida solo con un bikini blanco. Puta madre.

Me quedo en el lugar, ni siquiera intento no devorarla con la mirada. Esa imagen pondría a prueba a un santo, no se puede esperar que yo, que de santo no tengo nada, no sea probado, o aún peor, que sea aprobado en la prueba.

Las caderas anchas, los muslos gruesos, el abdomen plano, la cintura, las tetas, ¡carajo! ¡Las tetas! No voy a poder borrar esa imagen de mi mente aunque me tatúe "esposa niña" por todo el cuerpo. Mi verga lucha contra el tejido de mis pantalones, mis bolas se aprietan y me duelen, y aprieto los dientes, necesitando salir de ahí, pero sabiendo que, literalmente, correr de mi prometida no sería educado.

—Perdón… yo… no quería entrar a la casa mojada, pero Isabella se cayó y no había hielo en la nevera de afuera… Solo entré corriendo —se justifica, interpretando completamente mal mi expresión seria.

Frunzo el ceño al escuchar sus palabras, que obligan a mi mente a pensar en algo más que en lo mucho que realmente

quisiera ver a Antonella sin el poco de ropa que lleva puesta.

—¿Está bien? ¿Necesita un médico?

Dejo la carpeta que llevaba y el saco que había tirado en uno de mis brazos sobre una de las banquetas de la cocina y me acerco a Antonella, que levanta las cejas, sorprendida por mi preocupación. Eso me sorprende a mí también, pero decido no pensar en eso ahora.

—No, está todo bien. Solo está haciendo un escándalo.

Sonríe como casi siempre que habla de Isabella.

Las he estado observando. Desde lejos, sin interactuar, tratando de ser tan invisible para ellas como Antonella lo es conmigo. Isabella es una niña alegre, activa, curiosa y muy apegada a su madre. Me pregunto cómo eran las cosas hasta la semana pasada, cuando Antonella apenas tenía tiempo para respirar.

—¿Estás segura? No se juega con una caída, Antonella. Podría haber sufrido una conmoción, algo más grave —le aviso, y la primera respuesta que recibo es su sonrisa volviéndose más grande.

Antonella es hermosa, hermosa como pocas. No solo tiene un cuerpo espectacular, sino también una cara preciosa, una sonrisa, todo en ella. Nadie tendría problemas para creer que la elegí para ser mi esposa, porque, en condiciones normales, jamás la dejaría fuera de mi radar.

Lo que solo prueba una cosa: ese maldito uniforme gris es un traje de invisibilidad, y realmente necesitaba que lo usara ahora. Con la preocupación por Isabella descartada, me doy cuenta de que

acercarme tanto fue un error, un gran error, porque ahora veo más que a Antonella con bikini, veo todo.

Veo el movimiento de sus tetas con cada respiración, veo cómo su cabello mojado pesa sobre su espalda, veo las gotas de agua que bajan por su cuello, por sus hombros, por el valle entre sus senos y por su vientre hasta infiltrarse en la parte inferior del bikini. Mi boca se llena de saliva, deseando lamer esas gotas, y decido que eso es más que suficiente.

Doy algunos pasos atrás.

—Está bien, me voy a mi cuarto entonces.

Recojo mis cosas, y los ojos de Antonella no se apartan de mí ni por un segundo. Esta vez, en silencio. Ella me sigue hasta la salida de la cocina, con la pequeña bolsa térmica en las manos, y nos separamos cuando llego a las escaleras. Estoy subiendo el tercer escalón cuando escucho mi nombre.

—¿Marcos?

Giro la cabeza, Nella está a solo un paso de cruzar la puerta que da a la terraza, donde está la piscina.

—¿Cenas con nosotras? Yo voy a cocinar.

La información me llama la atención.

—¿Carmen no dejó lista la cena?

—Hoy no. Isabella me pidió que hiciera su comida favorita.

—¿Y cuál sería?

—¡Pastel de papas!

Levanto una ceja, sin saber cómo decir que necesito más detalles que eso.

—No tienes ni idea de lo que estoy diciendo, ¿verdad?

Su tono juguetón roza el sarcasmo.

—No.

—Pero sabes qué son las papas, ¿verdad?

Ahora está toda llena de ironía.

—Sí, Antonella, sé qué son las papas.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Eso es todo lo que importa! —Antonella guiña un ojo y sonríe de lado. Yo la miro con más atención—. ¿Pongo un plato para ti?

La respuesta correcta es no, pero realmente soy muy bueno en fallar pruebas.

—Sí.

***

—¿Qué quieres ser cuando seas grande? —me pregunta Isabella después de exactamente cinco minutos de silencio, los conté.

—¡Quiero ser un superhéroe! ¿Y tú? ¿Qué quieres ser cuando seas grande?

La niña se echa a reír como si le hubiera contado un chiste muy gracioso.

—¡Ya creciste! ¡Ya no puedes crecer más! Era una broma —explica su razonamiento y vuelve a reír.

—Su dicción es envidiable... —comento más para mí mismo sobre algo que realmente me dejó impresionado en los últimos días, y cuando miro a Antonella, la sonrisa orgullosa en su rostro podría iluminar toda una ciudad.

—Sí, ¿verdad? ¡Siempre fue así! Estos días vi un video de una niña que debe tener unos dos años diciendo palabras como "paralelepípedo" perfectamente, Bella era exactamente igual. Y, cuanto más crece, mejor lo hace.

—Mamá, ¿qué es dicción?

Es mi turno de reír.

—Es la manera en que hablamos, mi amor.

La pequeña frunce el ceño, mientras procesa la respuesta que su madre le dio.

—¿Qué manera, mamá? ¿Esta manera?

—¡Exactamente! ¿Vamos a comer ahora?

—¡Sí! —responde, realmente emocionada con la idea. Toma la cuchara, que noto que es de Minnie y combina con el plato de plástico, y a su manera, se la lleva a la boca—. ¡Huuuumm... delicioso! —comenta, y Antonella asiente con la cabeza, de acuerdo.

—¡Muy bien! Sigue así, come todo para ganar el postre.

—¿Gelatina de limón?

—¡Gelatina de limón!

—¡Iuju! —celebra, y sus ojos se fijan en mí—. ¿Por qué estás sonriendo? —me pregunta, señalándome algo de lo que yo apenas era consciente.

—Solo recordé algo gracioso.

—Tú también tienes que comer, o mamá no te dejará comer gelatina de limón —me explica, preocupada genuinamente de que me quede sin postre, y me echo a reír.

—Tranquila, Isabella, no vamos a quedarnos sin gelatina de limón, ¿verdad?

Llevo una bocada de ese pastel de papas a la boca y no puedo evitar soltar una exclamación de placer cuando el sabor se esparce por mi lengua.

Antonella me guiña un ojo, satisfecha, y hago una pequeña reverencia, notando que ella y su hija están más visibles que nunca, y aún así, este es uno de esos momentos en los que siento que todo está muy fácil.

***

—¿Cómo te trata la vida de casado?

Es el saludo que recibo apenas entro en la sala de João Pedro a la mañana siguiente del almuerzo con Antonella e Isabella.

—Te convertiste en una puta chismosa, ¿no? —respondo, malhumorado, sin saber muy bien por qué.

—No, pero verte tragar tus palabras es una de las cosas que más me ha hecho feliz estos días.

—¿Qué pasa? ¿Tu vida de casado ya no te trata bien, João Pedro? ¿Ahora necesitas de mí para ser feliz? No, gracias. Pero realmente no me interesa ser parte de un trío.

João Pedro suelta una carcajada.

—¿Estás estresado? ¿Qué pasa? ¿Tensión reprimida? ¿Sabes qué lo solucionaría? Un verdadero matrimonio.

—Vete a la mierda, João Pedro. No necesito una esposa para coger.

—Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que estás sufriendo de bolas azules? —pregunta el hijo de puta con una enorme sonrisa en el rostro, y eso es porque no sabe ni la mitad. Si lo supiera, nunca más tendría paz.

—Porque hace menos de una puta semana que mi novia se mudó a mi casa y hasta yo sé que sería una locura dormir fuera o llegar de madrugada, y como el maldito trabajo no me da ni un segundo de paz, mis bolas se están poniendo moradas. —Me dejo caer en la silla frente a su escritorio—. Eso es, me convertí en lo que más temía, un João Pedro 2.0.

Sus ojos se entrecierran al mirarme.

—Ah, no. Yo nunca estuve tan gruñón así. Mis bolas siempre fueron bien tratadas.

—¿En serio? Porque yo recuerdo muy bien a alguien que se quejaba como loro: "ah, pero no tengo tiempo... bla, bla, bla", "ah, debería cogerme a mi secretaria, pero tiene 60 años... bla, bla, bla", "ah, pero yo solo trabajo... bla, bla, bla" —recito las frases de João, afeminando la voz y moviendo las manos como si abriera y cerrara algo. Pero, a diferencia de lo que pensaba, su sonrisa no desaparece.

—Está bien, admito... Pasé por un momento bastante jodido. Pero ¿sabes cuándo terminó, Marcos? —Revuelvo los ojos, sin querer escuchar, pero seguro de que no me va a dar tiempo a responder antes de seguir—. Cuando firmé el maldito contrato. Así que no, no te convertiste en un João Pedro 2.0, a lo sumo un 1.5, pero yo aún prefiero la versión en la que era un Marcos 3.0, porque...

—¡Porque hasta siendo yo eres mejor, bla, bla, bla! —digo junto a él—. ¿Podemos trabajar ahora?

João ríe otra vez, no tan escandalosamente como antes, pero sin poder considerarse discreto.

—¿Estás seguro de que esto no es solo por no estar cogiendo, Marcos?

—Estoy seguro —miento, porque sé que no es solo por eso, es por una mujer que está robándome el sueño, pero no de la manera que me gustaría.

17.

ANTONELLA MACHADO

—¡Todo bien, muchas gracias! ¡Me pondré en contacto! —me despido de la tercera y última candidata a niñera para Isabella, sintiéndome exhausta. Hoy es solo el primer día, y ya quisiera que fuera el último.

La mujer se levanta y, mientras Carmen la acompaña hasta la puerta, agarro el celular sobre la mesa y escribo un mensaje para Grazi.

Antonella: ¡Dios! ¿Cómo hay gente que tiene treinta niñeras para sus hijos? Yo no encuentro ninguna.

Grazi: ¿No te funcionó con ninguna? Tranquila, amiga. Hoy solo fue el primer día.

Antonella: No sé si el problema son ellas, o soy yo. Creo que no estoy lista para confiar, ¿sabes? No después de lo que pasó en la guardería.

Grazi: Te entiendo, amiga, pero sabes que es necesario, ¿verdad?

Antonella: Lo sé. Solo necesito tiempo. Encontraré a alguien.

Grazi: Está bien, pero recuerda que faltan dieciséis días para tu boda.

Antonella: ¡La puta madre!

Grazi: Jajaja, si no encuentras a nadie hasta entonces, puedo irme a São Paulo y quedarme con Bella.

Antonella: Eso sería perfecto, amiga. Pero, ¿cómo le explico eso a Marcos? Aún no sé ni cómo voy a lidiar con Bella llamándote "madrina" el día de la boda.

Grazi: Mierda... ¿Podemos pedirle que no lo haga?

Antonella: Dudo que lo consiga, pero ese es un problema para otro momento. Encontraré una solución.

Antonella: Mañana tengo tres candidatas más para entrevistar. ¡Va a salir bien!

Grazi: ¡Por supuesto! Y si no, lo hacemos funcionar.

Grazi: Te quiero, y tengo una sorpresa para ti el sábado.

Antonella: ¿Qué sorpresa?

Grazi: ¡Ay, por favor! ¿Dónde está mi "yo también"?

Grazi: Si te la cuento ahora, deja de ser sorpresa.

Antonella: Sabes que también te quiero, pero no seas bruja. Al menos una pista, ¿de acuerdo?

Grazi: ¿Una pista?

Antonella: ¡Ajá!

Grazi: ¡Te va a encantar!

Antonella: Ah, ¡vete a la mierda, Grazi! ¡Dame una pista de verdad!

Grazi: ¡Esa es una pista de verdad!

Antonella: Te odio.

Grazi: Un minuto atrás me querías.

Antonella: Eso fue antes de saber que me vas a dejar muriendo de curiosidad los próximos dos días.

Grazi: Qué dramática...

Grazi: En fin, tengo que irme. Mi jefe se queja por el uso indebido del celular durante el trabajo...

Bloqueo la pantalla del celular y lo pongo sobre la mesa otra vez. Paso la mirada sobre la pila de currículums sobre mi regazo y me froto las manos por la cara, sintiéndome ansiosa, preocupada.

—Todo va a estar bien. Encontrarás a la persona ideal —dice Carmen, y levanto la vista, encontrando la suya. Su piel morena y su cabello liso y oscuro conforman un rostro bonito y amable.

Carmen está cerca de los sesenta, pero mirando su rostro, nadie lo diría. Sus ojos levemente rasgados denuncian su ascendencia indígena.

La primera vez que la vi, lo primero que pensé es que, si el tiempo pasara para los personajes de los dibujos animados, Pocahontas, probablemente, a esta altura, se vería mucho como Carmen. Ella se sienta a mi lado en el sofá y pasa la mano por mi espalda en un gesto de consuelo.

—Lo sé, pero es tan difícil confiar en alguien, Carmen. Muy difícil —me quejo. Su sonrisa amable dice que me entiende.

—Eres muy joven, Antonella. Muy joven. Es normal tener miedo.

—¿Las madres mayores no tienen miedo?

Ella suelta una risa, y no entiendo por qué.

—Todas las madres son demasiado jóvenes, no importa la edad, todas las madres tienen miedo por sus hijos.

Pienso en mi madre. No todas... Como si leyera mis pensamientos, Carmen mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo,

asintiendo.

—Pero no todas las mujeres que tienen hijos son madres, Antonella. Algunas solo son progenitoras.

—Progenitoras… —repito la palabra.

—Eso. Bueno, mañana será otro día, hija.

—¿Y si no encuentro a nadie, Carmen? Marcos... —empiezo, sin importarme cómo va a sonar, pero Carmen me interrumpe.

—Si no encuentras a nadie, me quedo con Bella.

—Eso no sería justo, Carmen. Ya has hecho mucho más de lo que debías en la última semana. No podemos hacer esto siempre. No se puede...

—Hagamos esto, si no encuentras a alguien para que se quede con Bella, dejas de buscar una niñera y empezamos a buscar una cocinera, ¿qué te parece?

Frunzo el ceño, ¿realmente lo está diciendo en serio?

—¿Lo harías? ¿De verdad? Sé cuánto te gusta cocinar, Carmen. Lo celosa que estás de esta cocina.

—Me encanta ser útil, me encanta cuidar de este niño terco que ha estado pegado a mis faldas desde que era un bebé y, ahora, cuidarlo significa cuidar de ti y de Bella también. Esa niña es una dulce. No da trabajo. ¡Ni siquiera para una vieja como yo!

—¡Ay, Carmen! —la abrazo, sintiéndome tan agradecida, inmensamente agradecida—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! —Mi

impulso es cancelar las entrevistas que tengo y empezar, inmediatamente, a buscar una cocinera, o ni siquiera eso. Yo misma puedo cocinar, al menos hasta que vuelva a la universidad. Lo que sea, lo que sea, por la certeza de que mi hija estará bien cuidada.

—Pero sabes que Bella no podrá quedarse en casa para siempre, ¿verdad? En algún momento tendrá que ir a la escuela...

—Todavía falta mucho para ese momento, va a cumplir cuatro años ahora, hasta entonces ya estaremos más preparadas.

—¿Preparadas?

—¡Sí! Bella y yo.

—¿Me estás diciendo que la muchacha que pregunta por la guardería todos los días no está lista?

La sonrisa en su rostro deja claro que no importa lo que responda, ella sabe la verdad.

—¿Qué puedo decir? Soy muy joven.

Uso sus propias palabras para justificarme, y las dos reímos.

***

El toque en mi hombro, aunque es suave, me asusta, y doy un brinco, gritando, casi tirando el notebook al suelo. Mis audífonos son bajados repentinamente, y escucho la voz de Marcos.

—¡Calma, Antonella! ¡Soy yo! —De pie, apoyo los brazos estirados sobre la isla de la cocina mientras lucho por recuperar el control de mi respiración. ¡Qué puta madre, qué carajos!—. Aquí...

—dice, levanto la cabeza y encuentro un vaso de agua extendido en mi dirección. Lo acepto. Tomo pequeños sorbos. Mi pecho sube y baja a un ritmo acelerado, cierro los ojos nuevamente, apretándolos. Fue un susto de mierda—. Perdón, no quería asustarte.

—Está... está bien.

Mi habla entrecortada contradice mis palabras, y abro los ojos, finalmente viendo al causante de mi casi ataque al corazón, semidesnudo, otra vez. Marcos lleva solo unos pantalones cortos de pijama a cuadros, que dejan mucho a la imaginación de una mujer que estaba, sola, a las tres de la mañana, viendo lecciones en vídeo de Derecho Bancario.

—Eso es porque no te oíste gritar —comenta, y me río.

Fue fuerte, sé que lo fue, y Dios quiera que no haya despertado a Isabella.

—Realmente no esperaba que alguien me tocara, estaba muy distraída. Pensé que podía ser un intruso, perdón.

—Yo soy el equivocado aquí, Antonella. Pero te llamé, cuando vi que no me oías, pensé que el toque sería la mejor manera de hacerlo, claramente, estaba equivocado.

—Estaba estudiando.

Apunto hacia los materiales sobre la mesa.

—¿A esta hora?

—Perdí el sueño y empecé a estudiar, pero luego sentí hambre y bajé a comer. Traje las cosas y me quedé aquí.

Marcos mueve la cabeza, asintiendo, y sus ojos se desvían de mi rostro, bajando por mi cuerpo, y creo que, debido a la notebook que estaba frente a mí, ahora se da cuenta de lo que estoy usando. Sé que, con seguridad, solo ahora me doy cuenta de lo que estoy usando. ¡Qué mierda!

Cuando salí del cuarto vistiendo solo un baby doll, no tenía intención de quedarme en la cocina así, pero me despisté, prestando atención a la clase, y olvidé por completo por qué era tan importante para mí volver a mi habitación. Bueno, parece que el universo decidió recordármelo, y ese recordatorio, la mirada de Marcos, parece marcar mi piel a fuego.

Es la misma mirada que estuvo en su rostro ayer, cuando me encontró en la cocina en bikini. Juro que no estoy intentando provocarlo, además, a cada encuentro como este, me siento tan tentada a tener lo que quiero, pero frustrada por no poder tenerlo, igual que él. O sea, ¿cómo podría mantenerme inmune al deseo de hacer realidad todas las fantasías que he tenido con este hombre cuando me mira así? Es imposible, simplemente imposible.

Paso la lengua por mis labios y, de inmediato, me doy cuenta de que fue una mala elección, porque los ojos de Marcos la siguen, milímetro a milímetro, mientras humedezco la piel fina. Todas las cosas que le gustaría hacer conmigo. Casi puedo ver las imágenes formándose en su mente. Todas las cosas que me gustaría hacer con él... ¿Será que él también puede ver mis pensamientos?

Siento que mis mejillas y mi cuello se calientan, al igual que un punto muy específico entre mis piernas, me siento mojada bajo

su mirada, y sé que no voy a poder dormir sin masturbarme esta noche. Una imagen aparece sigilosamente detrás de mis ojos, me toco, con las piernas completamente abiertas mientras Marcos me observa...

¡Maldita sea! ¡La puta madre!

—Ya iba a subir —digo, dejando el vaso sobre la barra y tomando la computadora—. Buenas noches, Marcos.

—¿Ibas...? —No espero que termine la respuesta.

No cuando siento mi cuerpo entero encenderse, aunque estuviera a un brazo de distancia de mí. Sin mirar atrás, salgo de la cocina, preguntándome si mañana, cuando despierte, recordaré esto como un sueño o como realidad.

***

—¿C-cómo? —balbuceo, mirando el vestido colgado frente a mí, sin poder creer que mis ojos no me estén engañando—. ¿E-ese es el...?

Mi voz se quiebra antes de que pueda terminar la frase, y una lágrima recorre mi rostro caliente.

Grazi toma mi mano, y me giro hacia ella. Siempre ella. Dios, si algún día pudiera devolverle aunque sea un poquito de todo lo que ha hecho y sigue haciendo por mí.

—Una subasta —responde a mi pregunta—. Pasaste años diciéndome que te casarías con ese vestido, Nel. Yo nunca dejaría que fuera diferente, ya te robaron demasiados sueños.

Paso la lengua por mis labios y desvío la mirada en un intento inútil de controlar mis emociones, porque, al instante siguiente, la abrazo y lloro como una niña, agradeciendo al cielo que esta tienda sea lo suficientemente exclusiva como para que hayamos sido dejadas solas.

De espaldas al vestido, con los ojos cerrados, aún soy capaz de describirlo con perfección. Encaje, organza y seda se mezclan en una complejidad increíble de tela y bordado. No es blanco, al menos, no completamente. El forro de organza rosada está cubierto por encaje y seda, dándole un aire sofisticado y original a la prenda, que tiene un corsé hasta la línea de la cintura, y luego se abre en una tela que se ajusta a las curvas del cuerpo, lisa y ligera, pero que parece pesada y fluida.

Tiene una cola removible, una falda, en realidad, que se ajusta a la cintura y deja la parte frontal del vestido completamente expuesta, porque solo la cubre en los laterales. Cuando Grazi y yo teníamos quince años, vi ese vestido de novia de Vera Wang en una serie de televisión y dije que me casaría con él, no dije, decidí.

Durante meses, no pude hablar de nada que no fuera ese vestido o esa diseñadora, incluso llegué a ir a Nueva York solo para visitar el atelier donde se produjo el vestido, aunque ya en ese momento no tenía grandes aspiraciones de casarme. Pero estaba decidida, que cuando lo hiciera, lo usaría. A los diecisiete años, compré el vestido y lo dejé al cuidado de una empresa especializada en este tipo de servicios, que cuida ropa que no se usa normalmente.

Sin embargo, cuando mis padres me echaron de casa, ese fue uno de los sueños que dejé atrás. Y hasta hoy, ni siquiera me había permitido visitarlo en mi propia mente. Había cosas mucho más importantes en las que preocuparme que un vestido de novia, un capricho adolescente, sin importar lo mucho que lo deseara ni cuánto tiempo lo quise.

Y ahora, aquí está, frente a mí, al alcance de mis manos. Es como si de repente la vida hubiera decidido que debía recuperar todo lo que ya tuve. Solo espero que no espere que vuelva a ser esa niña que ya fui. Eso sería imposible.

—¡Eres la mejor hermana que la vida me pudo haber dado! —digo tan llorosa como me siento, y me aparto para ver su rostro también empapado de lágrimas.

Sé que no vale la pena decir "gracias". Ella rechazaría la palabra con un gesto de la mano, así que elijo decirle lo que realmente significa para mí y no solo lo que hizo.

—Hermanas del alma —susurra y levanta el meñique para nuestro saludo infantil.

—Hermanas del alma —repito, entrelazando nuestros meñiques y besándolos, lo que ella hace a continuación—. Eres, oficialmente, la mejor organizadora de sorpresas que existe.

Ella se ríe y levanta la mano, secando mis lágrimas, yo hago lo mismo con las suyas.

—Ya basta que ese cerdo de tu prometido nos haya impedido a las dos hacer la boda de los sueños.

—No creo que debas llamarlo cerdo por eso, Grazi.

—¿Lo estás defendiendo?

Levanta las cejas hacia mí.

—¡Oh, no! Dios sabe que Marcos puede ser llamado cerdo por un montón de razones, solo estoy diciendo que no creo que contratar a una empresa de organización de eventos para hacer una recepción genérica para una boda de conveniencia sea una de ellas. Marcos es abogado, su trabajo es resolver problemas, casarse era uno, lo resolvió, la recepción era otro, también lo resolvió.

Mi amiga respira dramáticamente, fingiendo alivio, y yo revuelvo los ojos.

—¡Uf! Por un momento pensé que empezabas a ver a Marcos Pedante con otros ojos.

—No, Grazi, los mismos ojos de siempre, pero incluso el idiota merece algo de crédito.

—Si tú lo dices. Aún creo que debió haberte preguntado —murmura, y yo me río.

—Soy su empleada, Grazi. No su amiga ni su verdadera prometida —aclaro lo que ella ya debía saber, y ella mira sus uñas, fingiendo desinterés en mis palabras.

—No importa. Solo te casas por primera vez una vez. Él debería haberte consultado.

—Solo se hace algo por primera vez una vez, Grazi. Deja de ser tan molesta.

Ella suelta un resoplido.

—Estás decidida a contradecirme hoy. —Revuelca los ojos—. En fin... Vamos a secar ese rostro, porque un Vera Wang no merece ser probado con una cara hinchada.

Me río de su cambio abrupto de tema y niega con la cabeza, encontrando graciosa su habitual necesidad de controlar absolutamente todo. Ahora, tratando de pasar de la emoción a la indiferencia, literalmente, en un abrir y cerrar de ojos.

No es así como funciona, Grazi, quiero decirle, pero me callo.

—Y además... El spa nos espera, hoy es el día de noquear a tu prometido.

La frase, dicha en un contexto completamente inesperado, de todos modos me transporta a la noche pasada.

Desperté con la certeza innegable de la realidad, de que eso realmente sucedió, esa mirada, toda esa hambre. Pero deseé que hubiera sido un sueño, porque el problema no era lo que había en sus ojos, sino el deseo de venganza en los míos y la inmensa necesidad que casi redujo mi cuerpo a cenizas.

Grazi estaba preocupada de que empezara a ver a Marcos con otros ojos, yo estoy mucho más preocupada de seguir viéndolo exactamente con los mismos y, aún así, desear cosas que no debería.

—Y ya que hoy estamos nostálgicas, ¿cuánto extrañas ser rubia, Nel?

Es la pregunta que me hace volver a poner atención en lo que sea que Grazi estuviera diciendo mientras yo divagaba. Un sonido de satisfacción escapa de mis labios por la distracción bienvenida. Pensar en el color de mi cabello parece ser justo el tipo de escape que necesito.

—¡Mucho, mucho en serio!

18.

MARCOS VALENTE

La caja de terciopelo en mi mano parece pesar una tonelada entera.

Es necesario, Marcos, es necesario.

La abro, por milésima vez, analizando el diamante redondeado en el centro del anillo de oro blanco. La joya es simple, pero elegante, y no me dice absolutamente nada sobre la personalidad de la mujer que la usará.

No fue la primera que el representante de la joyería me ofreció esta mañana cuando me encontró en mi oficina para que eligiera un anillo de compromiso para Antonella. De hecho, tampoco fue el segundo ni el último, pero ninguno de ellos parecía encajar con la mujer que espero que baje las escaleras en este momento.

Sin embargo, la elegí, aún después de reprenderme por la estupidez, al final, ¿qué importa si la joya combina o no con Antonella? Lo único que importa es que las personas que nos verán juntos hoy crean en la veracidad de nuestra relación.

Y realmente espero que su elección de ropa me ayude, lo último que necesito esta noche es que, al mirarla, vean lo que ella es, una chica de veintiún años. Las imágenes de Antonella de la semana pasada invaden mi mente. Bueno... tampoco es como si necesitara que se pareciera a la mujer que me ha estado atormentando estos últimos días, ¿verdad?

¡Diablos, no! ¡Grandísima mierda! Respiro profundo, cierro la caja y la guardo en el bolsillo. Necesitando hacer algo conmigo mismo, camino hasta la barra al otro lado de la sala y alcanzo una botellita de agua.

El líquido helado baja por mi garganta, y me doy cuenta de que tenía sed. Las luces encendidas de la ciudad debajo de mí llaman mi atención, pero no me cautivan. Miro al cielo de São Paulo, como siempre, apagado, y no puedo evitar la sensación de sentirme un poco como él. Sacudo la cabeza, rechazando el pensamiento de que hoy, oficialmente, me convertiré en un hombre comprometido.

No es que ya no lo sea, después de todo, hay una mujer y una niña viviendo bajo el mismo techo que yo, eso debe significar algo. Pero asumirlo públicamente, aunque solo sea por las apariencias, es raro.

El sonido de los tacones golpeando el suelo anuncia la aproximación de quien es, al mismo tiempo, la solución a mis problemas con los demás y la causa de mis problemas conmigo mismo, y me giro, casi siendo derribado por el impacto de la visión que es.

La realidad a su alrededor se vuelve tan irrelevante que es casi como si el mundo se hubiera nublado. Parpadeo, aturdido, queriendo asegurarme de que no estoy alucinando. Mi boca, ignorando completamente el hecho de que acabo de beber agua, se seca de repente, lo que no ayuda a la sensación de irrealidad.

Sin mi permiso, mi mandíbula cae mientras observo a Antonella bajar los escalones, acabando con el espacio que nos

separa y con mi cordura.

Esposa niña, ¡mierda! ¡Esposa niña, carajo! ¡ESPOSA NIÑA, MARCOS!

Me obligo a pensar, aunque mi cerebro está decidido a abandonar cualquier capacidad de razonamiento más allá de la que controla mis deseos, porque, esta noche, Antonella, más que nunca, parece todo, excepto una niña.

La piel clara está cubierta por un tejido brillante, rojo, que acaricia sus curvas de manera sensual, y mis dedos se mueven instintivamente, queriendo recorrerlo. A cada paso que da, el movimiento de sus caderas llama a mis ojos a seguirlo, y un muslo grueso, delicioso, me provoca por la maldita abertura, volviéndome loco.

Como si todo esto no fuera suficiente, están sus cabellos, Antonella los cortó por encima de los hombros, ahora están más claros, rubios, contrastando con el color de sus ojos escandalosos, hoy resaltados por un maquillaje oscuro. Y, para que no quedara duda de que ninguna parte de mí saldría ilesa de la tortura que será lidiar con su presencia deslumbrante esta noche, sabiendo que no podrá ser mía cuando la noche termine, está su boca.

La maldita boca pintada de un rojo que hace desaparecer la sequedad en mi garganta. En el segundo en que mis ojos se fijan en sus labios, mi boca se llena de agua, ansiosa, casi desesperada, diría yo, por probar la suya. Es la definición de tortura.

—Estoy lista —dice, deteniéndose frente a mí, y escuchar su voz no hace nada para sacarme del trance en el que me ha sumido

su imagen.

Cierro los ojos, respiro profundo, necesitando recuperar el control sobre mí mismo. El latido en mis pantalones roza lo insoportable, ¡diablos! Es absurdo que solo ver a una mujer me deje tan duro, ¡no soy un maldito adolescente! *Ya la mujer que te dejó así...*

Ah, ¡vete a la mierda, subconsciente!

—¿Estás bien? —pregunta Antonella, interpretando erróneamente mi reacción, y el hecho de que toque mi brazo no ayuda.

El toque, incluso sobre la ropa, reverbera por todo mi cuerpo, encendiendo los últimos nervios que permanecían inmunes a su presencia. Lo cual es jodido, ¡ya que estoy a punto de pasar toda una noche con ella colgada de mí! ¡Puta madre!

—Estoy bien, Antonella. Solo... Necesito un minuto.

Abro los ojos, finalmente encontrando los suyos y, tan cerca, noto lo oscuros que están en este momento, casi como si ella estuviera tan loca de deseo como yo. Solo me doy cuenta de que nos hemos acercado más cuando el soplo cálido de su respiración toca mis labios.

Su toque sigue ardiendo en mi piel, aunque algunas capas de ropa me impiden sentirlo por completo. Mis dedos hormiguean por tocarla de vuelta. Involuntariamente, mi mano se levanta, lista para alcanzar su cintura.

—Mamá —la voz infantil de Isabella suena y, rompiendo el hilo invisible que mantenía mi mirada fijada en ella como si no fuera nada, Antonella se gira inmediatamente y, de nuevo, me da la espalda sin la decencia de despedirse.

La sigo con la mirada mientras hace todo el camino de regreso, hasta llegar a la hija en la cima de las escaleras.

Sin importarle arruinar su ropa impecable, o que Isabella haga algún movimiento que estropee su producción, Antonella toma a la niña en brazos y une su frente a la de ella, susurrándole algo que no puedo escuchar. Observo, por segunda vez, en menos de diez minutos, hipnotizado por una escena protagonizada por la misma mujer.

***

Por donde pasamos, las miradas nos alcanzan, y no puedo culparlos, aunque vengan tanto de la parte femenina como masculina de los invitados. No cuando, si no tuviera que mantenerme alerta sobre dónde piso, yo mismo no apartaría los ojos de Antonella esta noche, sobre todo porque, cada vez que la miro, soy golpeado de lleno, como si fuera la maldita primera vez.

Durante todo el camino hacia el baile, intenté inútilmente luchar contra este impulso, pero cada vez que apartaba los ojos de ella, era solo para, segundos después, volver a admirarla como si un imán atraía mi mirada y la impulsaba a seguir allí, total y completamente enfocado en ella. Si ella se dio cuenta o se incomodó, no me dio ningún indicio. Absorbida en su propia mente,

ni siquiera se dio cuenta cuando el auto estacionó frente al hotel donde se está llevando a cabo el evento benéfico.

¿Otra cosa que a Antonella no le importó? El anillo de compromiso. Ni siquiera le dio una segunda mirada cuando lo deslicé en su dedo antes de salir de casa, ¡y qué carajo! ¡Eso me molesta! O sea, ¿por qué no le importa? A las mujeres les suele gustar recibir joyas, ¿no? ¿Será que debería haber elegido uno con una piedra más grande?

—¿Lista para conocer a tus suegros? —pregunto en tono de broma, pero en realidad, espero que esto, a diferencia de los demás sucesos de la noche, le saque alguna reacción.

Sus ojos oscuros y, como siempre, escandalosos, se encuentran con los míos, atrayéndome hacia ellos, y los escucho claramente: "Vas a tener que hacer algo mejor si quieres intimidarme, Marcos…"

—Estás diferente.

Me sorprendo hablando en voz alta.

—¿El cabello? —pregunta, entrecerrando los ojos.

—No. También tu apariencia, pero no es todo.

—¿Eso es malo?

A pesar del tono de la pregunta, su voz no es desafiante, sino de genuina curiosidad.

—No puedo decidir —respondo honestamente, y ella sonríe de una manera que podría hacer que todos los hombres se

arrodillen.

—Entonces es algo bueno que tengamos toda la noche —susurra para mí, aún con una sonrisa en los labios, mientras camina con elegancia, con la cabeza erguida, entre hombres y mujeres que nunca sabrán sus orígenes, porque nadie se los contará y, al mirarla, jamás podrán adivinar.

Las dos últimas palabras que dijo Antonella me traen a la mente imágenes muy distintas de la realidad. Pensar en nosotros dos pasando la noche juntos me lleva a un lugar peligroso, y cuando me pregunto, "¿peligroso por qué?", mi subconsciente no tarda en soplarme las palabras "esposa" y "niña", y chasqueo la lengua. Va a ser una noche larga, muy larga.

—¿Y para los lobos, Nella? ¿Estás lista? Porque uno de ellos viene hacia nosotros en este momento.

Me pongo frente a ella, interrumpiendo sus pasos y hablándole al oído. Es un movimiento estúpido acercarme aún más cuando la poca proximidad que teníamos ya me estaba afectando mucho más de lo que debería, pero no puedo evitarlo.

Como si tuviera vida propia, mi mano sube, recorriendo su brazo y provocando descargas eléctricas que atraviesan cada parte de mí. Lo que hago mal podría llamarse caricia, pero enciende todo mi cuerpo mientras mis dedos se deslizan suavemente por su cuello fino, tocando su piel desnuda.

Antonella cierra los ojos, su respiración se acelera por un segundo, antes de abrirlos de nuevo, tragando saliva y fingiendo no estar afectada. Pero es tarde, aunque no pudiera ver sus vellos

erizados, ni sentir su cuerpo tensarse, sus ojos escandalosos no permitirían que su afectación pasara desapercibida para mí.

—¿Nella? —Mantiene sus ojos fijos en los míos.

—Pensé que le daría más cercanía a las cosas —justifico en voz alta el uso del apodo con el que la llamo en mi mente todo el tiempo, pero que nunca debió haber salido de mis labios, ni siquiera me había dado cuenta hasta que ella me hizo notar.

—¿Las caricias también, imagino? —susurra, y yo sonrío, disfrutando de afectarla, al menos un poquito, cuando desde el momento en que la vi por primera vez esta noche, mis hormonas decidieron regresar a la pubertad.

—Solo por las apariencias —miento.

Cualquier preocupación que tenía sobre las apariencias desapareció junto con la madurez de mis hormonas cuando estaba en mi casa.

Antonella llenó mi mente de tal manera que ya no queda espacio para nada más que admirarla o recordarme a mí mismo que es una esposa niña a quien, por más que lo desee, nunca podré tener. Y a quien ni siquiera debería desear, mierda.

Aunque el insistente roce de mis dedos sobre su piel diga exactamente lo contrario. Aunque mi mirada haya declarado que, esta noche, no importa los caminos que tome, su destino siempre será la boca de Antonella.

Aunque su aroma, cítrico y dulce, insista en infiltrarse por mi nariz y hacerme preguntarme qué es ese algo dulce. Y, por qué, en

nombre de Dios, me siento tan absurdamente atraído por la parte que no debería, ¿la ácida?

—¡Marcos! —La voz grave y áspera me llama, obligándome a apartarme de Antonella. No sé si debo agradecer o maldecir al responsable por esto. Al final, gracias a él, hice lo que debía, aunque no lo quisiera. Me giro, encontrando a Carlos, el miembro del consejo que venía hacia mí cuando dejé de caminar. La primera interacción del hijo de puta es medir a Antonella con la mirada, ¡y carajo! De repente, quiero dejarlo ciego—. No esperaba verte por aquí. —Aunque las palabras son inocentes, su tono es acusatorio.

Carlos Magri es un hombre alto, de cuerpo esbelto y cabello blanco y lacio, siempre peinado hacia atrás. Su apariencia es arrogante, igual que su alma, y aunque disfruta de la imponente presencia que solo todo el dinero que tiene podría darle a alguien, no es difícil ver lo miserable que es, solo basta con pasar cinco minutos en su compañía. Si tuviera que elegir a un miembro del consejo de Valente como el más hipócrita, sin duda sería él.

Y el hecho de que haya sido el primero en saludarme esta noche dice mucho al respecto. A su lado está la mejor ilustración de su hipocresía. ¿Su esposa? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco años más joven? La mujer tiene una sonrisa plastificada en el rostro, y me pregunto si sería capaz de dejar los labios rectos, si intentara.

—¿Dónde más podría estar? Este evento es importante para Valente, así que es importante para mí.

Uso un tono igualmente diplomático y sugerente, y una de sus cejas se levanta.

—Esto, sin duda, es una novedad —ironiza, disimulando el tono venenoso con una broma—. ¿No me vas a presentar a tu acompañante?

Sus ojos brillan con codicia, y mi deseo es decirle: ¡no, no te la voy a presentar! Pero ese es todo el propósito de estar aquí, ¿verdad? ¿Mostrar a Antonella? Entonces, ¿por qué carajos el resultado de esta exposición me hace sentir bilis en la garganta? Asiento con la cabeza, en acuerdo.

—¡Claro! No solo a ti, quiero que todo el mundo sepa que esta mujer maravillosa —levanto una de las manos de Antonella y la llevo hacia mis labios. La piel, tan cerca de mi nariz, hace que pensamientos indescriptibles pasen por mi cabeza—, en un momento de total locura, ¡me dijo que sí!

Escondo mi disgusto tras unas palabras divertidas, y Antonella, perfecta en su papel, sonríe con gracia. Me pierdo por unos segundos en sus labios, hasta que la exclamación de Carlos me trae de vuelta. Ya no hay ni rastro de sarcasmo en su voz.

—¿Prometida?

Su tono es alto, llamando la atención de algunas personas que pasan junto a nosotros. Frunzo el ceño, fingiendo no entender su reacción, antes de mirar a Antonella y volver a sonreír. No necesito fingir. Es fácil. ¡Demasiado fácil!

—¡Sí! ¿No soy el hombre más afortunado del mundo?

—¿Desde cuándo? —dispara, y yo inclino la cabeza, como si no entendiera el motivo de tanto alarde. Pero lo entiendo. ¡Y, puta

madre! En los últimos meses, pocas cosas me han dado tanta satisfacción como ver el descontrol de Carlos en este momento.

—Es una larga historia, Carlos... Y la noche recién comienza. Entonces, si nos das permiso, me gustaría mostrar a mi prometida a algunas personas más. —Y, sin esperar su respuesta, Antonella y yo seguimos, dejando atrás a un consejero rojo y muy contrariado.

—¿Eso estuvo bien, no? —pregunta ella, y yo sonrío enormemente.

—¡Eso fue perfecto!

Carlos hace un excelente trabajo extendiendo la noticia de mi compromiso a los otros cinco consejeros, y después de una hora, Nella ya ha sido presentada correctamente a todos ellos, quienes, al igual que Carlos, quedan atrás atónitos, probablemente ya intentando encontrar alguna forma diferente de joderme.

Sin embargo, no sé si es por la certeza de que no lo lograrán o por el hecho de que mi cabeza parece decidida a no hacer nada más que concentrarse en Antonella, en sus gestos, sonrisas, en su hablar seguro y desenvolvimiento en cualquier círculo en el que nos detengamos. Realmente no me importa lo que pase por la cabeza del maldito consejo, no esta noche. Caminamos hacia uno de los bares ubicados en los laterales del salón cuando Antonella se detiene repentinamente, y yo casi le doy un tirón sin querer.

—Creo que tus padres están viniendo para acá —avisa, y, haciendo honor a la provocación de antes, no parece para nada asustada por la perspectiva de conocerlos. La miro con los ojos entrecerrados, tratando de descifrarla.

—¡Marcos, hijo mío!

Mis padres ya están frente a mí cuando me doy cuenta de su presencia, prueba irrefutable de lo aturdido que me tiene la presencia de Antonella esta noche. Es casi como si me hubiera teletransportado del momento en que ella me avisó de su llegada hasta aquí, porque no vi nada más.

—¡Hola, mamá!

Dejo el brazo de Antonella para abrazar a mis padres, primero a mi madre y luego a mi padre. Me giro hacia Antonella para presentarla y casi olvido lo que iba a decir cuando me encuentro con su hermosa sonrisa. Me golpea justo como ha pasado durante toda la noche. ¡Maldita sea, Marcos! ¡Concéntrate!

—Mamá, papá, ella es Antonella. —Mi madre lleva la copa de champán que tiene en una mano a su boca y, sin medir las consecuencias, continúo—. Mi prometida.

Si no fuera por los reflejos rápidos de la mujer a mi lado, el vestido que me está volviendo loco habría sido arruinado antes de que el reloj diera su duodécima campanada, porque mi madre escupe la bebida que llevaba a la boca sin ninguna elegancia, llamando la atención de varias miradas hacia nuestra conversación.

Me sorprende, porque, después de todo, si el consejo ya fue rápidamente notificado, ¿por qué mi padre no?

Mi madre se atraganta, Antonella le quita la copa de champán de la mano antes de que ocurra otro accidente, y mi padre se divide entre ayudarla a concentrarse en respirar correctamente y mirarme

atónito, como si de repente me hubiera crecido cuernos. Tal vez debería haberlos preparado para esto, pero no es como si no supieran lo que tenía planeado, solo eligieron no creerlo.

Por unos minutos, la confusión en nuestro pequeño círculo es evidente para cualquiera que mire. Y cuando mi madre finalmente es capaz de interactuar socialmente otra vez, sus ojos están rojos y brillantes por lágrimas de agonía no derramadas.

—Perdóname, hija. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! Lo siento mucho, muchísimo —le dice a Antonella casi desesperada, y ella le responde con una sonrisa amable—. Es que pensé haber oído algo absurdo y... y... no pude controlarme, ¡lo siento! ¡Dios mío, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

—Está bien, señora Giovanna. No pasó nada. Está todo bien —responde ella, tomando una de las manos de mi madre entre las suyas, sonando honesta, gentil y, maldita sea... ¿Qué diablos me está pasando hoy?

—Mamá, ¿qué fue lo tan absurdo que me entendiste decir?

Inmediatamente, la piel morena de mi madre toma un tono rojizo, dándole fuerza a mis dudas de que esta reacción no se debió a que ella entendió mal lo que dije, sino a que lo entendió bien.

Ella parpadea y, en su silencio, queda claro que está buscando qué decir, y el espacio entre nosotros se llena de incomodidad.

—Un placer conocerlos. Marcos habla tanto de ustedes desde hace tanto tiempo... —Una vez más, Antonella viene al rescate de mi

madre, dirigiéndose a mis padres, luego hace una pausa, y, aún con la mano de mi madre entre las suyas, dice las siguientes palabras específicamente para ella—. Y sé que es inesperado y que estamos apresurándonos con todo, pero no soy muy cercana a mi madre, así que sería un honor poder contar con su ayuda para organizar la boda —pide, y los ojos de mi madre podrían compararse oficialmente con platos.

Me reiría si no estuviera tan ocupado sintiéndome absolutamente sorprendido por la situación que se desarrolla ante mis ojos sin que pudiera esperar ni tener control.

Esta vez es mi padre quien rompe el silencio que se instala entre nosotros.

—Un placer conocerte también, Antonella. Un gran placer... —Muy rápidamente, su mirada alterna entre nosotros dos, como si intentara resolver un acertijo—. De hecho, acabo de tener una idea. ¿Qué les parece si almuerzan con nosotros mañana?

Antonella me mira en busca de una respuesta, y yo asiento, de acuerdo. Además, tengo la impresión de que negar nunca fue una opción.

—¡Genial! Así podemos hablar más tranquilamente. Noches como esta siempre son muy ajetreadas, hay mucha gente con la que hablar, hay negocios que se están cerrando amistosamente. Y queremos conocerte mejor —justifica, probablemente dándose cuenta de que mi madre no podrá tener una conversación coherente por la próxima hora, anticipando o planeando que nuestra interacción no dure mucho más.

Como si fuera divinamente providenciado, uno de los clientes de Valente se acerca, solicitando la presencia de mi padre en otra conversación, y él accede rápidamente, llevándose a mi madre, todavía en estado de shock, con él.

—Bueno, esa fue una presentación encantadora —comenta Antonella en cuanto estamos solos, y, de inmediato, ambos comenzamos a reír. Y, aunque estamos rodeados de un enorme número de personas, con la música ambiental sonando suave y agradable y el murmullo de las conversaciones a nuestro alrededor, me doy cuenta de que esta es la primera vez que la escucho reír de verdad, y como todo lo que viene de ella parece decidido a hacer esta noche, su risa me derrumba exactamente en el mismo lugar donde me derrumbó al verla despedirse de la hija antes de que saliéramos de casa.

19.

ANTONELLA MACHADO

El sonido de la risa de Marcos enciende luces en lugares de mí que, hasta ese momento, habría jurado que estaban permanentemente apagados.

El primer impacto de verlo, tan pronto llegué a la cima de las escaleras dentro de su apartamento, casi me tiró al suelo. Marcos Pedante es guapo, atractivo, tiene una figura imposible de ignorar y una sonrisa capaz de derretir cualquier prenda íntima que se cruce en su camino.

Pero todo esto, dentro de un esmoquin, definitivamente debería ser una visión prohibida. Es demasiado para los ojos y los corazones de las mujeres. O sea, ¿es un imbécil? ¡Sí! Pero, ¿has visto ese torso dentro de un saco ajustado?

¿Es el mayor imbécil que he conocido? ¡Sí! Pero, ¿has visto esos muslos envueltos en tela cara y sofisticada?

Él es, definitivamente, sinónimo de problemas, y debería arrancarme los ojos sin pensarlo dos veces si esa fuera la única forma de mantenerme inmune a su canto de sirena. ¿Sí? ¡Mil veces sí! Pero, ¡por Dios! ¿Has visto a este hombre parecer hipnotizado mientras mira a nadie más que a ti?

¿Qué debería pensar cuando esos ojos parecen ignorar la existencia del mundo y se enfocan en cada gesto, movimiento o respiración mía, como si no importara nada más que yo? Soy

inteligente, pero no soy insensible a las reacciones de mi propio cuerpo ni carezco de hormonas.

Dios, nunca tuve tanto miedo de rodar escaleras abajo como esa noche. Mis piernas parecían gelatina bajo su mirada y estaba segura de que si él tan solo tocaba un dedo de mí, me derretiría si tuviera, aunque fuera, una fracción del calor que sus ojos derramaban.

Fue un momento extraño en el que caminé hacia él como si un imán me arrastrara, y, aunque estaba completamente segura de que no debía dejar que me tocara, me encontré deseando, desesperadamente, que lo hiciera. Y, para mi frustración, no lo hizo; fui yo quien lo toqué.

A través de capas de ropa, pero aún así, el llamado que sentía parecía amplificarse. Era como si el simple contacto hubiera intensificado la voluntad, transformándola casi en necesidad.

Llegué tan cerca del precipicio llamado "dejarme tocar por Marcos Valente", que pude sentir el beso del viento en mi rostro. Pero, como la salvadora que siempre ha sido para mí, Bella me llamó.

La voz de mi hija sonó como el repique de una campana en mi mente, recordándome que, no importaba cuán alto me llamara lo que fuera, o cuán fuerte cualquier sensación o deseo me golpeara, jamás podría ser elevado al nivel de necesidad. La única necesidad que tengo es mantener a Isabella bien, feliz y saludable. Y mantenerme lejos de Marcos Pedante es un requisito para ello.

No importa cuántas ganas tenía de terminar la noche en su cama, me alejé. Me despedí de Bella otra vez, prometiéndole que dormiría conmigo al día siguiente y adopté las reacciones más mecánicas de las que fui capaz. Acepté el anillo de compromiso exactamente por lo que es: nada.

La pieza es bonita, sofisticada y grita dinero, pero no dice nada sobre mí, no dice nada sobre Marcos y no debería decir nada en absoluto. A lo largo de todo el camino desde la azotea hasta la fiesta, me mantuve atrapada en mis propios pensamientos, calmando los latidos acelerados de mi corazón y concentrándome en ser exactamente lo que debía. Un adorno. Los adornos no piensan, no desean ni flaquean. Los adornos son solo adornos.

Funcionó.

Hasta que su mano tocó la mía para ayudarme a salir del coche y todo mi cuerpo respondió.

Hasta que su tacto llegó a mi espalda para ayudarme a caminar, y toda mi columna se erizó.

Hasta que su voz grave y baja resonó en mi oído, sus dedos trazaron un camino a lo largo de mi brazo desnudo, llegaron a mi cuello, mi nuca, y hasta entre mis piernas, aunque no estuvo ni remotamente cerca de este último.

Y ahora, su sonrisa azota justo allí otra vez. Excitada. Estoy terriblemente excitada por mi prometido de mentira/verdad y no tengo idea de qué hacer con esto. Siempre supe lo atractivo que es Marcos, y, más de una vez, me masturbé fantaseando con ser penetrada, chupada y lamida por él, incluso antes de que él tuviera

conciencia de mi existencia. Pero hay un abismo de diferencia entre lo que sucede en mi imaginación y lo que estoy dispuesta a dejar que pase en la vida real.

Y nunca imaginé que llegaría el día en que algo me haría preguntarme si estaría dispuesta a cruzar la línea entre la fantasía y la realidad con Marcos. Hasta hoy.

—¿Qué tal una bebida ahora? —pregunta, y yo acepto, aún sonriendo.

Llegamos al bar, y Marcos saluda al hombre del otro lado de la barra, llamándolo, antes de girarse hacia mí.

—¿Qué vas a tomar? ¿Champagne?

La sonrisa en mis labios crece antes de que muerda el labio inferior y desvíe los ojos hacia un lado. Sé lo que debería pedir, pero también sé lo que quiero pedir...

Vuelvo a mirarlo y decido.

—Whisky, Marcos. De 18 años, sin hielo, por favor.

Busco en sus ojos cualquier indicio de desconfianza que mi respuesta pueda provocar. Pero no encuentro nada más que una ceja arqueada.

—¿Estás segura de eso?

—¡Doble! —desafío, y él ríe, dobla el labio inferior hacia afuera y sacude la cabeza.

Nos sirven rápidamente, dos vasos de whisky sobre servilletas de tela se posan sobre la barra, ambas en dosis dobles. Solo el color de la bebida hace que se me haga agua la boca. Dios, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que no bebo un buen whisky? ¿Uno de verdad? Años... ¡Muchos!

El hecho es que los buenos whiskys son caros, muy caros. Y, aunque en el apartamento del padre de Grazi había algunas buenas botellas, nunca me habría atrevido a poner una gota de alcohol en mi boca mientras Isabella estuviera bajo mi responsabilidad.

—¿Tengo permiso para reírme si te emborrachas con el primer trago?

—Nunca imaginé que fueras el tipo de hombre que pidiera permiso para algo, Marcos.

Levanto una ceja, y su expresión se convierte en algo que no logro explicar.

—No lo soy —pausa, mirándome, dejando que el silencio se instale—, pero tampoco soy el tipo de hombre que se casa, y aquí estamos.

Marcos toma mi mano derecha y, llevando mi dedo anular a sus labios, besa el anillo que me dio antes de soltarlo suavemente a un lado de mi cuerpo. Respiro profundamente tan discretamente como puedo, y, necesitando más que nunca esa bebida, extiendo la mano y tomo uno de los vasos dispuestos lado a lado.

Marcos me sigue, levanto mi vaso en el aire, y él brinda. Salivando de deseo, acerco el vaso a mi rostro. Primero, huelo: algo

picante, dulce, algo ahumado, frutas... frutas rojas... cierro los ojos, concentrándome en lo que solía ser uno de mis juegos favoritos, identificar los ingredientes de un whisky solo por su olor. A los diecisiete años, podía identificar al menos treinta y dos tipos diferentes sin probar ni una gota.

Era una de las pocas cosas que podía compartir con mi padre, y el recuerdo me aprieta el pecho. Finalmente, pruebo la bebida. En mi lengua, el sabor es suave: amaderado, amargo, afrutado, todo a la vez, e incluso tiene un toque de chocolate. Es un sabor simple, y estoy casi segura de que es un Blue Label.

—¡Puta madre!

El casi gruñido de Marcos llama mi atención, y abro los ojos. Encuentro a mi prometido con la mirada fija en mí, tragando en seco, sin dejar ninguna duda de que, sea cual sea el motivo, su explosión tiene que ver única y exclusivamente conmigo.

—¿Estás bien?

Frunzo el ceño.

—Es solo...

—¡Marcos!

Detrás de mí, una voz femenina suena. La mirada de Marcos cambia hacia la dueña de esa voz, y yo hago lo mismo. Al girarme, me encuentro con una mujer bellísima, de largo cabello castaño y ojos verdes, que mide a Marcos de pies a cabeza sin importarle mi presencia.

Se acostó con él. Es un hecho, y me sorprende darme cuenta de que no había pensado en eso antes.

Estuve tan concentrada en representar a la mujer ideal para los asesores de Marcos y para sus padres que me olvidé completamente de que, esta noche, encontraría a mujeres con las que él ya había salido y tenido sexo. No solo eso, sino que hay una enorme posibilidad de que algunas de ellas quieran saber qué vio él en mí para abandonar de repente la vida que las involucraba y casarse.

Excepto que él no la ha abandonado. Ni lo hará, solo que ellas aún no lo saben. Lo sabrán cuando él, discretamente, como acordamos en nuestro contrato, busque su compañía. *¿Dónde estaba con la cabeza, Antonella?* ¿Todas esas miradas, sonrisas y toques?

Me río de mí misma. Y por eso, señoras y señores, las hormonas no son confiables. No solo no razonan de manera autónoma, sino que impiden que nuestras neuronas lo hagan.

Respiro hondo y abro mi sonrisa más cordial hacia la mujer.

—¡Jaqueline! —saluda Marcos, sonando desconcertado, y yo quisiera saber por qué. ¿Será que él, como yo, comienza a olvidarse de quiénes somos? No, Antonella, él probablemente solo no quiere lidiar con un caso de una noche que ocurrió hace mucho tiempo. ¿Qué esperabas de un hombre que se esconde en otro cuarto de su propia casa para no tener que enfrentar la despedida de un encuentro casual a la mañana siguiente?—. No esperaba verte aquí

—dice, sonando amigable, pero aún sin hacer ningún movimiento hacia la mujer.

Ella, por otro lado, se acerca mucho más de lo que sería adecuado y, sorprendiéndome, lo abraza, como si fueran viejos amigos. Marcos tarda algunos segundos en corresponder, y yo sigo exactamente en el mismo lugar, con la misma sonrisa pegada en mi rostro. Un adorno perfecto.

Cuando los dos se separan, Marcos me rodea la cintura con uno de sus brazos.

—Jaqueline, ella es Antonella, mi prometida —me presenta.

A su favor hay que decir que no tartamudea ni vacila. El rostro de la mujer cambia inmediatamente a una expresión de sorpresa antes de que su boca se abra en una "O". Pero dura solo unos segundos. Para su crédito, su recuperación de la noticia es bastante rápida, y no me extiende la mano, pero se acerca, dejando claro que también planea abrazarme.

—Un placer conocerte, Antonella.

—Igualmente. —Noto algunas personas susurrando a nuestro alrededor y no sé muy bien qué se espera de mí en una situación como esta. Claramente, ella no solo pasó la noche con él, como parece que muchos de los invitados de la fiesta tienen algo que decir al respecto—. Si me permiten, necesito ir al baño —les pido a los dos, eligiendo la salida más fácil, para no tener que descubrir cómo comportarme. Dejo un beso suave en la mejilla de Marcos y me aparto de su contacto.

Con pasos firmes, ignoro las miradas que recibo mientras camino hacia el baño y agradezco a los cielos por encontrarlo vacío, pero no me doy el lujo de apoyarme en la barra y bajar la cabeza. No. Me miro en el espejo, enfrentando la misma imagen que me llamó impostora al principio de la noche.

Ya fui esa mujer, pero, sinceramente, ya no me siento como ella. Para ser honesta, cuando Marcos me miró como si yo fuera la única mujer que existiera en el mundo, me sentí un poco más como ella, y me gustó la sensación que no era mía desde hace años. Decidí allí que, esa noche, haría más que usar un vestido que describiera silenciosamente mi personalidad. Sería esa personalidad.

Pero es más fácil planear que hacer, cuando recuerdo lo que está en juego. No puedo arriesgarme a ser descartada como, no tengo la menor duda, fue esa mujer que dejé hablando con Marcos. Él no es una noche de sexo que yo misma descartaría a la mañana siguiente sin darle tiempo para tener un segundo pensamiento sobre mí. Él es mi puto pasaporte, el pasaporte de Bella, y necesito, desesperadamente, mantener la cabeza en su lugar, ¡carajo!

Respiro profundamente por la nariz y lo suelto por la boca. Una, dos, tres veces. Abro la pequeña bolsa en mi mano, saco el lápiz labial, y, cuando estoy a punto de tocar mis labios con él, la puerta del baño se abre. Levanto los ojos, buscando ver quién interrumpió mi momento, y encuentro a Graziella parada justo frente a la puerta, con un brazo apoyado en la cintura. Me giro hacia ella, ya era hora de que apareciera.

—¿Te escapaste? —pregunta, sin preocuparse por darme las buenas noches.

—¿Qué querías que hiciera, Grazi? Claramente, él se acostó con esa mujer, y ¿qué debería hacer la pobre, indefensa, dulce e inocente prometida? No sabía cómo actuar, así que pensé que lo mejor era simplemente salir de allí. Además, está bastante claro que lo que sea que haya pasado, todo el mundo lo sabe. Menos yo.

—¡Ah, sí! Oí algunas cosas mientras venía para acá. —Se aparta de la puerta y comienza a caminar hacia los lavabos. Su vestido es negro, con la parte superior completamente transparente, cubriendo nada más que una lencería de encaje, antes de unirse a una banda de satén en la cintura que se abre en una falda fluida y voluminosa de tela liviana. La perfecta combinación de sexy y elegante—. Parece que ella fue secretaria de él hasta que el padre lo encontró con la verga metida en el culo de ella hace unos meses.

Me río, disgustada.

—Cuando creo que Marcos Pedante no puede sorprenderme más...

—Exactamente, pero estabas bastante convincente afuera, ¿eh? ¡Hasta la fuga fue increíble! ¿Tomamos clases de teatro en la escuela? Realmente no lo recuerdo —murmura.

—¿Me estabas espiando, Grazi?

—¡Estaba buscando el mejor momento para conocerte, qué te crees!

—¿Y por qué diablos no me llamaste? Podríamos haber simulado un encuentro exactamente como este, yo diría que iría al baño y listo, regresaría contigo al lado.

—Está bien. Tal vez me estaba divirtiendo viendo cómo Marcos Pedante babeaba por ti.

—No estaba... —hago una pausa, recordando las miradas, los toques innecesarios —babeando por mí, Grazi.

—Nel, no te hagas la tonta, porque no lo eres. ¡Claro que lo estaba! ¡Y seguro que verte degustar el whisky le dio una tremenda erección! El hombre se volvió loco, hasta que, claro... Llegó la ex secretaria. Ella arruinó mi telenovela.

—Sabes que estás hablando de mi vida, ¿verdad? Y que estoy aquí, justo aquí.

—¡Ah, lo sé! ¡Y por eso todo es aún más divertido! ¡Es lo máximo!

—¡Estás loca! ¡Completamente loca! —acuso, y me doy vuelta de nuevo hacia el espejo.

Una vez más, la puerta se abre, pero no trato de averiguar de quién se trata. Un error, me doy cuenta, cuando escucho mi nombre.

—Antonella... —Levanto la cabeza, encontrando el rostro de Jaqueline en el espejo. *¡Ah, no! ¡No, no, no!* ¡Que no sea una de esas escenas de telenovelas donde las mujeres se pelean toscamente por los hombres! Yo no haría eso por un hombre que me importe, ¡mucho menos por Marcos Pedante! *¡No, no, no!* Imploro mentalmente, y alguien allá arriba escucha mis oraciones, porque las

siguientes palabras de la mujer son, definitivamente, inesperadas—. Lo siento mucho, realmente no sabía que Marcos estaba acompañado, no imaginé que podría causar algún inconveniente, yo... ¡Perdón!

La mujer suena tan sincera que mis cejas se levantan.

Giro mi cuerpo hacia ella y sonrío, dejando claro que estoy bien.

—No hiciste nada mal, Jaqueline, solo saludaste a tu ex jefe, y no tenías ninguna obligación de saber de mi existencia antes de que nos presentaran. Está todo bien, la maldad de la gente no es culpa tuya.

Es su turno de parecer sorprendida, y suelta una respiración tan aliviada que me hace reír.

—¡Dios, estaba tan aterrada de haber sido una imbécil sin querer! Y tú saliste tan de repente, ¡puta madre!

La exclamación de la palabrota al final de la frase me hace soltar una carcajada, y la risa escandalosa de Grazi también se escucha en el lujoso baño, anunciando su presencia a Jaqueline, que hasta entonces parecía no haberse dado cuenta de ella.

—¡Oh, Dios! Y ahora, hice una pequeña escena frente a una completa desconocida —se lamenta y se cubre la cara con las manos, haciéndonos reír aún más.

—Todo está bien —asegura Grazi, y yo solo asiento con la cabeza—. En realidad, me pareció genial que vinieras aquí a aclarar

cualquier malentendido que pudiera haber sucedido. No tengo idea de lo que pasó —miente—. Pero ya quiero ser tu amiga.

—¡Aaaah...! —Jaqueline deja caer las manos y los hombros, nuevamente demostrando alivio—. Qué bueno, porque pensé que me estabas viendo como una loca.

—¡No! ¡Te vi genial! —asegura Grazi, y yo me río bajito, porque no tengo la menor duda de que realmente lo pensó, honestamente, yo también lo creo.

—En realidad —sugiero, ganando la atención de las dos—, ¿por qué no cambiamos números y organizamos algo un día de estos?

—¿De verdad? —pregunta Jaqueline, pero Grazi no le da tiempo y aplaude.

—¡Me parece una excelente idea! No soy de São Paulo, pero al menos una vez al mes estoy aquí.

—¡Perfecto! Entonces solo tenemos que coordinar —decido.

20.

ANTONELLA MACHADO

Regreso sola al salón. Grazi y yo nos separamos en el baño, ella prefiere no conocer a Marcos por ahora, aunque todavía necesitamos una excusa para que yo la haga madrina de mi boda.

Lo busco con la mirada y lo encuentro en el mismo lugar de antes, cerca del bar, nuevamente rodeado por sus padres. Esta vez, su madre no está tan pálida como una hoja de papel ni parece estar a punto de atragantarse.

Está sonriendo y sus mejillas están ligeramente sonrojadas, no sé si por la risa o por el champán. Me esfuerzo por no reírme al recordar su reacción de sorpresa cuando descubrió que su hijo estaba comprometido.

Camino hasta la ronda y, como si ya no pudiera esperar más, en el instante en que me detengo a su lado, el brazo de Marcos rodea mi cintura, y él coloca su nariz en mi cuello en una caricia sutil y, ¡Dios! ¡Qué agradable, lo admito!

Es dura la noche de una novia contratada, ¿verdad? No tengo la menor duda de que esta noche no podré dormir antes de darle algo de trabajo a mi vibrador.

—Doña Giovanna, don Joaquín —saludo.

—¡Antonella! —La mamá de Marcos exclama mi nombre efusivamente, y creo que ya tengo mi respuesta. Definitivamente, champán—. Le estaba diciendo a Marcos que estoy muy emocionada

por nuestro almuerzo de mañana. Dime, querida, ¿te gustan los mariscos? Estaba pensando en un risotto, ¿qué te parece?

—¡Me encantan! Pero Isabella es alérgica, así que hace mucho tiempo que no sé lo que es eso.

—¿Isabella? —me pregunta doña Giovanna, frunciendo el ceño, y miro a Marcos en busca de ayuda. ¿No debería haber mencionado a Bella? Él sonríe con una ternura tan grande que, al mismo tiempo que me alivia, me asusta, y me besa la mejilla.

—La hija de Antonella, mamá. Tiene tres años. O, como le gusta decir a ella, casi cuatro —aclara, y de inmediato desaparece la expresión relajada en el rostro de su madre.

La última declaración de Marcos exige un esfuerzo por mi parte para no mostrar confusión. ¿Cómo sabe él que Isabella adora decir que tiene casi cuatro años? Casi nunca interactúa con ella.

—¿Tienes una hija? —Es su padre quien pregunta.

—¡Sí! Una niñita —respondo, y como siempre, solo hablar de Isabella pone una sonrisa enorme en mi rostro—. No vino porque, a estas alturas, ya debe estar en su décimo octavo sueño, o, al menos, debería.

—Te va a encantar, mamá. No tengo dudas. Isabella es muy inteligente, observadora y curiosa. Estoy segura de que se van a llevar muy bien —comenta Marcos, y esta vez, es más fuerte que yo. Mi mirada se ve atraída por sus ojos. Él lo finge tan bien. Nunca dudaría de que realmente creyera todo eso sobre mi hija, nunca.

—¡Oh, Dios mío! ¿Una niña? ¿Una niña? —Giovanna suena entusiasmada, la sorpresa ya ha desaparecido de su rostro y, ahora, es ella quien toma una de mis manos entre las suyas—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Ella mueve solo los labios al decir sus últimas palabras para que nadie más que yo sepa lo que está diciendo.

Marcos, ya envuelto en alguna otra conversación con su padre, ni siquiera se da cuenta. Estoy intentando formular una respuesta, también silenciosa, o no, aún no sé si será silenciosa o no, cuando mi flujo de pensamientos se ve interrumpido por una pregunta que no debería ser tan inesperada, pero lo es.

—¿Vamos a bailar, Nella?

21.

MARCOS VALENTE

Mientras caminamos hacia la pista de baile, no sé si maldigo o me felicito. ¡Qué idea tan jodida la de bailar! Apenas puedo mantener las manos para mí sin sentir el cuerpo de Antonella pegado al mío en movimientos lentos. Ni quiero imaginarme en qué estado voy a terminar esta danza. Gracias a Dios por el saco del smoking, que es lo suficientemente largo como para esconder la erección que llevo exhibiendo toda la noche.

Es el momento más difícil de manejar, la hora más fácil, toda la maldita noche, ella no me ha dejado ni un segundo. Pero, sinceramente, si tuviera que soportar otra vez verla disfrutar de una buena dosis de whisky, probablemente me eyacularía en mis pantalones, y no hay saco largo que lo oculte. Esa fue la cosa más sexy que he visto, y de aquí en adelante, cada vez que tome un sorbo de mi bebida favorita, me voy a poner durísimo al recordar la expresión de placer en el rostro de Antonella.

Ver su cara tan satisfecha, tan deleitada solo por saborear una bebida, me hizo preguntarme qué expresión tendría si yo la saboreara a ella y la hiciera llegar al orgasmo. ¡Qué puta locura! Sé que no soy bueno, pero esto es un castigo excesivo, un castigo del carajo.

—No soy muy buena en esto —me avisa en cuanto nos posicionamos.

—Está bien, yo te guiaré —la tranquilizo.

Una de mis manos se apoya en el centro de su espalda y la otra en su cintura. Los brazos de Antonella rodean mi cuello y, lentamente, comenzamos a movernos. Mis ojos buscan su destino inevitable y encuentran sus labios entreabiertos, tentadores como el infierno. Ella los lame, y toda la sangre de mi cuerpo parece empezar a bombear directamente hacia mi verga.

Necesito escapar, pero no puedo simplemente girar el rostro hacia mi prometida mientras bailamos lentamente en la pista, porque hay demasiados ojos sobre nosotros, así que pego mi frente a la suya y cierro los ojos.

La sensación de tenerla tan cerca es casi asfixiante, de hecho, lo que realmente me asfixia es saber que todo el deseo que casi me esclaviza no podrá ser saciado. Eso es lo que realmente me tortura. Definitivamente, fue una idea de mierda, ¡puta madre!

Un fuerte suspiro sopla sobre mi boca, obligándome a abandonar mi intento de huida. Encuentro los ojos de Antonella fijados en mis labios y no puedo evitar preguntarme si ella se siente tan afectada como yo. Si es así, tal vez no estoy tan jodido como pienso... *Esposa, Marcos... Esposa niña...* Mi subconsciente insiste en recordármelo. *Pero, ¿y si solo fuera una vez? Ella seguiría siendo mi esposa antes, durante y después. ¡Pero qué carajo!*

Cuando el maestro de ceremonias anuncia el inicio de la subasta, casi subo al escenario para abrazarlo en agradecimiento por liberarme de la tortura en la que me metí yo mismo.

***

Después de una noche entera tocando a Antonella, intencionalmente o no, la distancia entre nosotros en el coche es casi insoportable, y no puedo decidir qué es peor. Si la tortura de pequeños toques furtivos solo para mantener las apariencias de algo que no existe, o la ausencia total cuando estamos fuera de la vista de los demás y no hay necesidad de fingir.

Si alguna vez dudé de que quiero a mi futura esposa, esta noche enterró esas dudas bajo más de siete metros de tierra, y aún no tengo idea de cómo manejar esta revelación. Sobre todo porque, a pesar de recordarme cada dos segundos la edad de Antonella, empiezo a desear que ella me dé cualquier indicio de que se siente igual que yo. Mi mente sabe que, no importa lo que pase, debo tener la decencia de mantenerme alejado, pero mi cuerpo... Ah, ese hijo de puta solo necesita una excusa, cualquier excusa.

Exhalo con fuerza, vaciando mis pulmones para luego llenarlos de nuevo. Eso llama la atención de mi acompañante, pero, rápidamente, esos ojos escandalosos se desvían de mí. ¿Será escandalosa en la cama? *¡Ah, carajo! Esposa niña, Marcos... ¡Esposa niña!*

Trago saliva y, mientras le robo miradas con el rabillo del ojo, la veo, una vez más, haciendo lo mismo. El aire dentro del coche es insoportable, pesado, caliente, palpitante, casi como mi verga que no me da un respiro. Si los próximos dos años son así, tal vez termine en un manicomio, porque esto, definitivamente, puede volver loco a un hombre.

El coche se estaciona y solo entonces me doy cuenta de que hemos llegado al garaje de mi edificio. Agonizando de deseo, ni siquiera vi el camino, aunque sentí cada segundo del tiempo que pasé atrapado con Antonella dentro del coche, como si todo pasara a cámara lenta. Saber que esa tortura ha terminado es el puto paraíso.

Celebré demasiado pronto, me doy cuenta, cuando bajo del coche y me enfrento al ascensor. Abro y cierro la boca, pero, ¿qué podría decir? "Antonella, por favor, ve tú primero, yo subo después, porque, en este momento, no confío en mí mismo cerca de ti". ¡No! ¡Ni por todos los infiernos!

Pongo las manos en los bolsillos, echo la cabeza hacia atrás y respiro profundamente, sin importarme lo que eso pueda parecer. Antonella no dice nada, camina frente a mí y coloca su dedo sobre el lector de huellas, llamando al ascensor. Me detengo a su lado y, con el rabillo del ojo, logro ver cómo su pecho sube y baja rápidamente.

Esposa niña, Marcos... ¡Esposa niña!

El pitido suena, las puertas se abren y ambos entramos. La máquina sube a una velocidad por la cual debería estar agradecido, pero que solo hace que las cosas empeoren. Es como si, a cada segundo que pasamos subiendo, alguien estuviera diciendo que es la última oportunidad, que si no lo hacemos ahora, perderemos nuestra oportunidad.

Finalmente, el ascensor para. Antonella sale disparada como si dentro hubiera un monstruo horrible del cual no podía esperar para deshacerse. Saco las manos de los bolsillos, me esfuerzo por

controlar mi respiración y salgo detrás de ella, necesitando desesperadamente que haya algo de espacio entre nosotros.

Pero Antonella tropieza, no sé con qué, el caso es que antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, ya la tengo en mis brazos, mi cuerpo inclinado sobre el suyo, mis manos sujetando su cintura, su pecho, su rostro, su boca, cerca, muy cerca.

Mi mirada se posa sobre sus labios, levemente entreabiertos y temblorosos, luego sobre sus ojos, enfocados en mi propia boca. Sus manos se aferran a mis brazos con fuerza, confiando en que yo la mantenga alejada del suelo. Se mueve, sin querer, rozándose contra mi erección, y cuando gime bajito, me quiebro. ¡Al diablo con el maldito título de esposa!

Bajo mi boca sobre la suya con el hambre que guardé toda la noche, todo el tiempo desde que la vi por primera vez sin ese maldito uniforme gris. Antonella me besa con igual desesperación, no se somete, no se retrae, su lengua recorre mi boca en un beso sensual, hambriento, crudo, peligrosamente delicioso.

Mis manos en su cintura aprietan la carne suave, acercando su cuerpo al mío aún más, casi fusionándonos, y presiono mi erección contra su abdomen, provocando que gima, deliciosamente obscena. Si el infierno es el precio por tenerla en mis manos, estaré feliz de pagarlo. La piel es suave, lisa, caliente bajo mi toque, la boca se mueve al ritmo perfecto, y los pechos presionados contra mi pecho gritan mi nombre, porque los escucho.

Un sonido ronco sale de mi garganta y me toma un tiempo darme cuenta de que fui yo. El aire escasea y el beso termina, pero

ninguna de nuestras bocas se separa. La saliva, esparcida por nuestros labios, alrededor de ellos, en nuestros mentones, hace todo más cálido, más primitivo, más deliciosamente absurdo. Su olor, su piel, su respiración me inundan, asaltando mi mente y determinando, de manera concluyente, que ella sea mi único pensamiento mientras dure este instante.

Y, cuando nuestros ojos se encuentran, los de ella gritan lo único que podría volverme aún más loco: "¡méteme la verga!". Antonella no pide, no suplica, no se queja, exige, y puta madre, soy un esclavo feliz cumpliendo sus deseos. En unos pocos pasos, ya la tengo pegada contra la pared. Aprieto su cintura, luego, su cabeza se levanta, apoyándose contra la superficie detrás de ella, dándome acceso libre a su cuello delgado.

Lamo su mentón, su garganta y siento sus latidos acelerados cuando presiono mis labios contra su muñeca. Ninguno de los dos dice nada, solo se escuchan telas crujir y respiraciones agónicas, mientras las manos de Antonella se infiltran bajo mi saco y sacan mi camisa fuera de los pantalones. Mi boca se extiende sobre su piel, la cubre, saborea cada centímetro, pero todo cambia cuando ella me toca, porque gimo.

Gimo antes de darme cuenta de lo que está por suceder. Los dedos pequeños y finos suben, exigentes, por mi abdomen y la respiración de Antonella se vuelve aún más descontrolada. Levanto la mirada, encontrándome con la suya cuando mi boca toca su cuello; el deleite que veo en sus ojos es toda la autorización que necesito para satisfacer el deseo que me atormentó toda la noche.

Bajo la tela roja y, en segundos, los pechos de Antonella saltan libres, pesados. ¡Madre mía! ¡Voy a acabar en mis pantalones! Tomo mi tiempo, disfrutándolos y controlando la excitación que quiere, a toda costa, tomar el control de mi cuerpo. Pero ni loco voy a eyacular antes de saber exactamente cómo se siente hundirme en mi futura esposa.

Admiro su piel clara, los pezones rosados y duros, los toco con la punta de los dedos y me encanta el lamento que escapa de sus labios, el estremecimiento de su cuerpo. Está tan sensible que, si eso es posible, me pone aún más duro.

Mi boca saliva, desesperada por probar su sabor, y ya no me restrinjo más. Primero, paso mis labios por los suyos, bajo la mirada atenta de Antonella, para que sepa exactamente lo que estoy a punto de hacer.

Entonces, lamo su cuello, bajo por el valle de sus pechos y sigo hacia la derecha. Mi lengua sigue el contorno de la curva redondeada y dejo que mi mano juegue con el otro pecho. Mis labios alcanzan el pezón rígido y se cierran a su alrededor, cierro los ojos, totalmente perdido en la sensación de tenerla en mi boca.

Envuelvo el punto con la lengua, moviéndola lentamente, y el cuerpo de Antonella tiembla, frotándose contra el mío, buscando más. Sus manos arañan mi piel con fuerza, marcándola, bajando de mi torso hasta mi abdomen, amenazando con meterse en el cinturón de mi pantalón y subiendo de nuevo. Esta maldita es una provocadora de mierda, y la quiero besar por eso.

Muerdo su pezón, y un grito agudo escapa de sus labios, mientras succiono su pecho. Por primera vez, me entrega un gemido de verdad, largo, alto, arrastrado, y sé que estoy perdido, porque si mi deseo por ella ya me estaba torturando antes de tocarla, no hay forma de que olvide su sabor en mi lengua, su olor tan cerca que parece impregnar mi nariz, o el sonido que salió de su garganta mientras tenía uno de sus pechos en mi boca. Todo esto antes de estar dentro de ella.

Antonella mueve las caderas, buscando más contacto, y yo empujo mi pelvis contra la suya, frotando mi verga bien dura, sacando gemidos de ambos. Sus manos suben, encuentran mis cabellos y los tiran mientras empujan mi cabeza aún más hacia sus pechos.

Con una última lamida, cambio de pecho, llevando lentamente mi lengua hasta el otro, ya ansioso por él, mientras mis dedos frotan y aprietan el que acabo de dejar.

Lo succiono con la misma intensidad, mamando delicioso, obedeciendo a sus exigencias. Ella frota sus pechos en mi boca y mi mano, diciéndome exactamente cómo quiere ser tocada, con más o menos intensidad, volviéndome loco, robándome un control que con gusto le entrego.

Dejo su pezón y asalto su boca, el beso es feroz y está al borde del desespero. Mis manos buscan la cremallera del vestido, queriendo abrirlo ahí mismo y llevarla completamente desnuda a mi cama.

—¡Puta madre, Nella! ¡Me calientas tanto! ¡Voy a volverme adicto a ti! —susurro en su boca, antes de deslizar mis labios por su rostro y llegar a su oreja, pasando la lengua por ella—. Voy a lamerte y chupártela entera. Me voy a hartar de tu sabor y, cuando estés suplicando, te voy a coger fuerte, duro.

—¡Oh, Dios! —dice con un tono extraño que me hace alejarme y buscar sus ojos. Los encuentro bien abiertos, y sus manos ya no me jalan hacia ella, me empujan lejos de su cuerpo, y frunzo el ceño, apartándome.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado, pero basta que mi mirada se cruce con la suya para darme cuenta de lo que está pasando. Antonella acaba de entender lo que estábamos a punto de hacer.

—Yo… yo… —tartamudea, y cierro los ojos, apartando mis manos de su cuerpo y respirando profundamente. ¡Mierda, mierda, MIERDA!

—Solo vete, Antonella —digo, aún con los ojos cerrados, alejándome de la visión que no necesito por ni un milésimo de segundo para saber que me cagó.

Antonella está con los cabellos revueltos, el rostro y el cuello calientes, la piel alrededor de sus pechos enrojecida por el toque exigente de mi boca, respirando de manera descontrolada, y el vestido completamente arrugado.

—Marcos… —susurra.

—Antonella, si no quieres lo que los dos sabemos que estábamos a punto de hacer, entonces… solo vete.

Abro los ojos y me concentro únicamente en sus ojos. Los oscuros me atrapan, sellando la certeza que ya tenía. Ella no quiere, o mejor dicho, sí quiere, pero va a huir. Y, siguiendo el guion que me dio su mirada escandalosa, Antonella se da vuelta y casi corre hacia las escaleras sin ni siquiera acomodarse el vestido.

La observo desde lejos, quieto en el mismo lugar, y me maldigo por mi estupidez, ¡mierda! ¡ES-PO-SA NI-ÑA, la puta madre! ¡Claro que esto iba a salir mal! Y ahora acabo de joder cualquier oportunidad que teníamos de que este matrimonio fuera al menos amigable. Si la chica no se asusta de interactuar conmigo, sé que estaré jodido cada vez que la mire, porque todo lo que veré será la imagen que no se lavará de mi cabeza ni aunque la moje con blanqueador.

Y si antes era difícil lidiar con mi imaginación, ahora que sé exactamente cómo es la realidad, ¡puta madre! Bajo la cabeza y llevo la mano al puente de mi nariz, apretando ahí y suspirando.

—¡Mierda, mierda, mierda, Marcos! ¡Eres un experto en cagarla! —gruño para mí mismo, pero frunzo el ceño al escuchar las palabras en voz alta.

Tal vez ese sea el problema. No coger a nadie y estar constantemente tentado por mi novia me está volviendo loco. ¿Cuánto tiempo hace que no me echo un polvo? Semanas, pero ¿qué mierda? ¡Es obvio que me voy a volver loco con una mujer paseando en bikini frente a mí!

Un sonido desagradable sale de mi garganta. Definitivamente, me he convertido en una versión 2.0 de un maldito João Pedro. Pero esto se acaba aquí. Arreglo mi ropa, me quito el saco y la corbata, sin preocuparme por elegir, agarro las primeras llaves que encuentro y regreso al ascensor. No hay forma de que me masturbe en el baño como un maldito adolescente, ¡ni en pedo!

***

—¡Nunca me había pasado esto antes! —repito en voz alta, sin poder creer que realmente lo dije. ¡La puta madre! ¿En qué me estoy convirtiendo? Primero, mi prometida huye de mí, ¡y ahora esto!

Bufo, furioso como nunca, y me froto las manos por la cara mientras el ascensor me lleva de regreso al lugar de donde nunca debí haber salido, mi casa. Me habría evitado una humillación terrible.

Revivo, por enésima vez, la última hora, el momento más vergonzoso de mi vida. Ni siquiera el orgasmo más rápido de mi historia, cuando perdí la virginidad, podría superar este momento. La imagen del rostro divertido de la morena de cabellera larga, mientras se ponía su ropa y yo la observaba, aún desnudo, tirado en la cama, con el pene más muerto de lo que jamás estuvo, a pesar de todos sus esfuerzos, se burla de mi estado miserable.

El hijo de puta se negó rotundamente a darme alguna respuesta, no importaba cuánto se hubiera dedicado la mujer, y en mi mente, una sola frase se repetía como un maldito mantra: ¡no es ella a quien quieres! No lo era, pero debía haber servido. Mi cabeza

trazó el plan perfecto, pero mi cuerpo se negó a seguirlo por algún estúpido sentido de moral. No es como si la mujer también no estuviera usándome, ¡mierda! Ella era hermosa, pero cuanto más me acercaba, más me daba cuenta de que no era Antonella.

Cuando mis dedos se enredaron en su cabello largo, liso y oscuro, mi mente se encargó de recordarme que no era rubio ni corto. Cuando mis ojos devoraron los suyos, los de ella permanecieron en silencio, sin decirme ninguna verdad. Cuando mis manos se llenaron de sus pechos, parecían tener el tamaño, la textura, la sensación equivocada bajo mi toque. Y cuando tomé su boca, no necesité ayuda alguna para darme cuenta de que no era ese el sabor que quería, el que necesitaba sentir.

Pero insistí. Insistí porque necesitaba sacar a Antonella de mi cabeza. Ninguna mujer había huido de mí antes, pero, aparentemente, esta es la noche de las primeras veces, porque jamás me había quedado bloqueado antes, y definitivamente jamás había tenido un aroma, un tacto o un deseo tan metido en mi piel que considerara erróneos a otros.

—¿Debería ir a un médico? —Mi propia conciencia responde: *solo si es para la cabeza, porque esta mujer te está jodiendo la cabeza, no el pene.*

22.

ANTONELLA MACHADO

El vaso de agua frente a mí parece reírse de mi cara y, por eso, quiero estrellarlo contra la pared. Pensé que salir de mi cuarto me haría dejar de caminar de un lado a otro, pero estaba equivocada, ahora lo estoy haciendo en la cocina. ¡Mierda, Antonella! ¡Mierda!

Me regaño, por milésima vez en las últimas horas. No puedo creer en mí misma. Estuve tan cerca, tan increíblemente cerca... Aún siento el sabor de Marcos en mi boca, su olor en mi piel y, si cierro los ojos, aún tengo la sensación de sus dedos recorriendo mi cuerpo, de sus manos agarrando mi culo, mis muslos, de su boca succionando mi cuello.

Podría culparlo, me gustaría, en realidad. Pero soy tan responsable de lo que casi ocurrió como él, porque todo esto empezó mucho antes de que saliéramos del elevador, y yo lo permití. Permití que me tocara constantemente, que me mantuviera atrapada en sus brazos toda la noche, permití que oliera y besara mi cuello una y otra vez, y, lo peor, permití que mis pensamientos llevaran todo esto a otros niveles.

Con cada roce de sus dedos en mis hombros, me imaginaba bajando mi vestido. Con cada beso que dejaba en mi cuello, imaginaba su lengua acariciando mi piel allí. Con cada beso suave que me daba en los labios, deseaba la sensación de asaltar su boca

con mi lengua. No había forma en el infierno de que esto terminara bien. Y no terminó. Casi lo arruino todo, literal y figurativamente.

Después de quitarme el vestido y la maquillaje, y, patéticamente, negarme a tomar una ducha por no querer lavar el olor, el sabor o el contacto de Marcos de mi piel, no aún, ni siquiera intenté acostarme en la cama, porque sabía que no existía la menor posibilidad de que pudiera dormir.

No después de haber sido tocada, lamida y chupada, no tan encendida como estoy, no cuando estoy reuniendo todo lo que tengo dentro para no ir a golpear la puerta del cuarto de Marcos y decirle que solo una vez, solo hoy, deberíamos terminar lo que comenzamos.

Pero no puedo. Simplemente no puedo hacer algo así, por eso, gasto mi energía caminando de un lado a otro. Pienso en llamar a Grazi, pero probablemente la impediría hacer exactamente lo que yo quisiera estar haciendo ahora. La vi dejar la fiesta acompañada, es bueno que al menos una de nosotras eche un polvo de verdad esta noche.

¡Puta madre, pero qué cagada del carajo! ¿Cómo se supone que debo mirar a Marcos ahora? ¿Cómo se supone que debo ignorar el deseo loco de tocarlo ahora que sé exactamente qué se siente tenerlo bajo mis dedos? ¿Cómo se supone que no voy a salivar por su boca ahora que sé exactamente qué sabor tiene? ¿Cómo se supone que me voy a privar de la sensación fantástica que fue tener su boca, su lengua, sus manos sobre mí?

Dios, estoy tan terriblemente jodida. Este evento fue un tiro en el pie, y debería haber sido lo suficientemente inteligente como para saberlo. Para saber que provocar a Marcos era una cuchilla de doble filo y que eso me desgarraría tanto a mí como a él. Me siento en uno de los taburetes de la isla de la cocina, apoyo los codos sobre la mesada y bajo la cabeza. Y, como si respondiera a las miles de preguntas que llenan mi mente, el pitido del elevador suena, haciéndome fruncir el ceño.

Giro la cabeza hacia el pasillo y lo que veo forma palabras en mi cabeza como en un juego de Scrabble.

—¡Maldita sea, soy tan estúpida!

Debería haber tocado la puerta de Marcos, me habría estampado contra ella y me habría ahorrado mucho esfuerzo y autocompasión, porque él no estaba en casa. No. Marcos sale del elevador con la ropa completamente desordenada, el cabello revuelto, y, a medida que se acerca, siento el olor dulce impregnado en su piel. Él ha cogido con alguien.

—Antonella... —Es lo único que dice al pasar junto a mí como si nada extraño estuviera sucediendo aquí. Como si esta fuera una escena común y completamente esperada.

No puedo evitarlo, y un sonido de desdén sale de mi garganta cuando está a punto de llegar a la escalera. Eso lo hace girarse y dignarse a darme al menos una mirada.

—¿Algún problema? —pregunta, aún a distancia.

—No. —Agito la cabeza y saco el labio inferior en una mueca, sus ojos se entrecierran, y amenaza con dar un paso hacia mí—. Ningún problema.

—Cuando mientas, Antonella, deberías cerrar los ojos o aprender a mantenerlos callados. Porque tu boca dice una cosa, pero ellos gritan otra —sisea, pareciendo molesto, y debo controlarme muchísimo para no decirle que parece de mal humor para alguien que acaba de echarse un polvo. En vez de eso, chasqueo la lengua y desvío la mirada.

—¿Y qué es lo que están diciendo tan alto como para molestarte los tímpanos, Marcos?

—Que estás decepcionada —escupe las palabras, el sarcasmo corre por ellas, y lo miro por unos segundos antes de responder.

¿Lo estoy? Porque no debería. Marcos nunca me engañó, nunca me mintió, nunca me hizo promesas. Él es un hijo de puta, y lo supe todo el tiempo. Que haya buscado a alguien dispuesta a lo que yo no estuve no debería sorprenderme. Entonces, ¿por qué suena tan irritantemente seguro?

Porque te estabas empezando a olvidar, Antonella. Y me maldigo por eso.

—No lo estoy, Marcos. Estoy agradecida. Gracias, muchas gracias.

—¿Y por qué exactamente estás agradecida, querida novia? —pregunta, y muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Si tuviera alguna duda sobre lo que voy a decir, moriría con el tono que usó.

—Por recordarme quién eres. Estaba empezando a olvidarlo.

Su garganta hace un ruido rasposo, y su rostro se cubre con una sonrisa nada bonita que no llega a sus ojos.

—Me alegra servirte. —dice, girándose y volviendo a caminar hacia el segundo piso—. Salimos a las 9. ¡Estate lista! —exige, y quiero decirle que se vaya al diablo. Pero no lo hago.

Después de todo, para eso me contrató, ¿no? Para verme bonita y agradable, no para frotarme sobre él o dejar que su boca chupe mis tetas. Respiro hondo y cierro los ojos brevemente antes de responder.

—Lo estaré.

23.

ANTONELLA MACHADO

—Hola, Marcos —dice Isabella al bajar las escaleras y encontrarlo en la cocina—. ¿Es verdad que voy a conocer a tu mamá?

Cierro los ojos. Ella está demasiado emocionada con eso. Isabella nunca ha tenido abuelos, nunca ha tenido a nadie más que a mí y a Grazi, para ser sincera, así que no importa cuántas veces en la última hora le haya dicho que los padres de Marcos no son sus abuelos, ella parece más que dispuesta a ignorarme. ¡Maldito carácter! No sé a quién salió.

Respiro profundo y abro los ojos, preocupada por la respuesta que Marcos le dará, y juro por Dios que si ese maldito osa tratar a mi hija con una gota menos del cariño que ella merece, no respondo por mí. Pero, para mi sorpresa, al buscarlo con la mirada, lo encuentro sonriendo, agachado frente a ella.

—¡Sí, es verdad! ¡Y a mi papá también! Y sabes qué tienen, Isabella? —pregunta, pareciendo dispuesto a compartir un enorme secreto con mi hija. A regañadientes, respiro aliviada. En realidad, Marcos ha estado mostrándose cada vez menos reacio con Isabella. Después de cenar con nosotras, no se escondió en su cuarto los días siguientes.

No se sentó en el suelo para tomar té con las muñecas ni vio la maldita película de la princesa y el dragón, y no espero que lo

haga, pero al menos ya no parecía querer salir corriendo cada vez que mi hija se acercaba. Temí que los eventos de ayer pudieran hacer que la apartara para dejar claro que yo soy solo lo que soy, una empleada, pero aparentemente le di menos crédito del que debía.

Y esa, por cierto, es toda la maldita cuestión. Marcos no me ayuda. Cuando creo saber todo sobre él, el maldito me revela una nueva faceta, un poco más o un poco menos odiosa, y eso me hace querer lanzarlo por la ventana.

Si él fuera solo el Marcos Pedante para quien trabajé los últimos ocho meses, nunca habría permitido que la noche de ayer llegara hasta donde llegó, pero no lo es, y eso me vuelve loca, porque empiezo a pensar que tiene muchas más partes interesantes que reprochables. Y, si soy sincera conmigo misma, tendré que admitir que, incluso las reprochables, no me alejan tanto.

¿Cómo podrían? Hubo un tiempo en mi vida en el que fui una versión femenina y adolescente de Marcos en cuanto a su carácter vulgar, y no tengo la menor duda de que, si mi vida hubiera seguido ese rumbo, hoy sería una versión femenina adulta.

—¡No! ¿Qué hay allá? —pregunta Isabella emocionada, cuando Marcos deja que el silencio se instale entre ellos.

—¡Un perro! ¡Gigante! —responde dramáticamente, y yo me extraño aún más de su forma de tratar a Isabella esta mañana, pero eso solo hasta que me doy cuenta de lo que está haciendo.

Está actuando. El hijo de puta es un maldito artista y está actuando con mi hija, que ni idea tiene de lo que está pasando.

Como un rayo, me golpea la sensación familiar. Soy una mala madre. Una madre muy mala. ¿Qué tipo de madre expondría a su hija a una situación así? Solo una mala, una mala de verdad, y eso es lo que soy.

Mis ojos arden, pero me controlo. Llorar no va a cambiar nada. Concentrarme para ser exactamente lo que se espera de mí y recibir lo que me hizo decir que sí en primer lugar, eso sí.

—¿Y muerde? —pregunta Isabella con los ojos bien abiertos.

—Es ella, la Maya. Y no muerde. Es un bebé, igual que tú.

Isabella se ríe dulcemente, como si pensara que Marcos acaba de decir una gran tontería, y él levanta las cejas.

—¡No soy un bebé! ¡Tengo tres años! —hace el gesto con su manita—, ¡casi cuatro, así! —Levanta uno de los dedos que había bajado, mostrando casi toda la mano, indicando la edad que cumplirá en poco más de dos meses—. Falta poco, ¿verdad, mamá? —dice, mientras me mira.

—Sí, mi amor. Falta poco.

—¿Ves? ¡No soy un bebé! —repite, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Y qué eres entonces? —pregunta Marcos, sin mirarme.

—¡Una niña, tonto! ¡Soy una niña!

Él se ríe al escuchar la respuesta de Isabella, y ella lo mira como si no estuviera haciendo ningún sentido, hasta que, de repente, una expresión enfadada toma su rostro y cruza los brazos.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta, y yo me doy por vencida al intentar seguir la interacción entre los dos.

Hoy es el día libre de Carmen, así que entro en la cocina y comienzo a moverme, preparando la papilla de Bella. De espaldas a ellos, trato de ignorarlos. Pero es imposible, lógicamente.

—No, Isabella. Estoy riéndome contigo.

—¿Y cuál es la diferencia?

No necesito mirar a mi hija para saber que tiene el ceño fruncido de desconfianza.

—La diferencia es que cuando me río contigo, tú puedes reírte conmigo. Si me estuviera riendo de ti, no podrías hacerlo.

—¿Y por qué no?

Mientras mezclo la harina y la leche en un plato para meterlo al microondas, aguanto la risa, queriendo ver cómo el idiota de Marcos va a salir de esta.

—Porque te estarías riendo de ti misma.

—Pero mamá dijo que podemos reírnos de nosotros mismos.

—Hum...

Mi nuca se calienta, y sé que la mirada de Marcos está en mi espalda. No me volteo ni le presto atención a lo que puede ser una súplica de su parte. ¡Voltéate, payaso!

—Bueno, tu mamá tiene razón. Podemos reírnos de nosotros mismos.

—¿Entonces cuál es la diferencia? —insiste, y Marcos se queda en silencio.

—Ninguna —responde, rindiéndose a pensar, y esta vez no me contengo. Me río bajo, porque esa fue una mala decisión.

—¡Entonces te estabas riendo de mí! —lo acusa Isabella de inmediato, y Marcos gime, perdido.

—Antonella —me llama, pidiendo ayuda, y me giro después de programar el microondas. Levanto una ceja y cruzo los brazos.

Él respira hondo y se frota una mano en la nuca, dividido entre pedir ayuda o seguir con su papel de idiota autosuficiente, solo que no es autosuficiente, o no necesitaría de mí para explicarle a una niña que no estaba riéndose de ella.

—Tu mamá te lo va a explicar, Isabella. —Encuentra una tercera salida, y yo muevo la cabeza, negando. Cobarde.

Espero que mis ojos, según él, escandalosos, griten la palabra cuando los fijo en los suyos. Me acerco a mi hija y la tomo en brazos, llevándola hacia la barra. Le doy un beso en su mejilla, la pongo sentada en una de las banquetas y acaricio su frente suavemente, quitando la arruga que se había formado ahí.

—Marcos no se estaba riendo de ti, mi amor, se reía contigo, porque se alegró de que fueras tan inteligente para saber que ya no eres un bebé, sino una niña.

Isabella forma un pequeño "O" con su boquita. El microondas emite un pitido, y la dejo solo el tiempo suficiente para colocar su desayuno frente a ella.

Independiente, como tuvo que ser, comienza a comer sola con su plato y su cuchara de Minnie. Marcos observa todo atentamente, luciendo desconcertado al descubrir que eso era todo lo que bastaba para satisfacerla.

24.

ANTONELLA MACHADO

—¡Llegaron! —exclama doña Giovanna en el momento en que abro la puerta del auto y salto fuera de él.

Aún de espaldas a ella, cierro los ojos por un segundo, respiro hondo y, al abrirlos, pego una sonrisa en mi rostro mientras me enfundo en el papel de la novia feliz.

Todo el camino hasta aquí transcurrió en silencio. Marcos no me dirigió ni una sola mirada. Eligió conducir, así que fue solo en el asiento delantero, mientras Isabella permanecía en su sillita, entretenida con los juegos de mi celular, y yo iba a su lado, en el asiento trasero.

Ella parloteó sin parar sobre el maldito perro gigante que es solo un cachorro, y no sabía si agradecerle a Marcos por desviar su atención o maldecirlo. La distracción fue bienvenida, ya que en los últimos días mi hija no había hablado de otra cosa que no fuera su regreso a la guardería y, esta mañana, tras decirle a dónde íbamos, sobre los "abuelos". Al menos, ahora no insistía en hablar de algo que no ocurriría.

Como era de esperarse, Marcos condujo hasta Jardins, el barrio con mayor concentración de mansiones por metro cuadrado en São Paulo. Minutos después de entrar al vecindario, redujo la velocidad frente a un portón negro con rejas, y aquí estamos.

Desabrocho el cinturón de seguridad de Bella, y sus ojos se abren como platos.

—¿Qué pasa, amor? —le pregunto, ajustando el lazo de su cabello.

—¿Ya llegamos, mami?

—Ajá —confirmo, alisando el cuello de su vestido.

Isabella baja la mirada de repente, como si la timidez la envolviera después de tanta emoción. Sonrío. Bella es una niña como nunca he visto, y no lo digo solo porque sea mi hija. Bueno, tal vez un poco de orgullo maternal influya en mi pensamiento. Pero lo cierto es que Bella es cariñosa, alegre, extrovertida y, a la vez, tímida.

A veces, tengo la sensación de que, incluso siendo tan pequeña, teme que sus expectativas sobre los demás la lastimen. Lo he visto antes con sus amiguitos de la guardería.

Una vez, se mostró extremadamente emocionada al comprarle un regalo de cumpleaños a una compañerita. La dejé escoger, y durante todo el tiempo en el centro comercial no dejó de hablar de lo maravillosa que era la muñeca que habíamos elegido. Sin embargo, a la mañana siguiente, toda esa emoción desapareció, reemplazada por un rostro a punto de llorar y una negativa rotunda a ir a la guardería.

En un principio, pensé que no quería dar la muñeca y me preparé para darle un discurso sobre generosidad. Sin embargo,

cuando le pregunté por qué no quería ir, su respuesta me dejó completamente sorprendida.

Me preguntó qué pasaría si a Julia, su compañerita, no le gustaba la muñeca. Entonces lo entendí: mi hija era insegura.

Es esa misma inseguridad la que veo ahora en sus ojitos amarillos. Acaricio sus mejillas y dejo un beso en la punta de su nariz antes de acercarme a su oído.

—Les vas a encantar —le susurro.

Su carita, sin embargo, se muestra preocupada. Estira los bracitos hacia mí, pidiendo que la cargue. Sé que debería decirle que ya está grande para eso, pero no puedo resistirme al rostro que busca una fuente de seguridad. La rodeo con mis brazos.

Isabella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura. Al extender el brazo para tomar su mochila, noto que no está allí.

Del otro lado del asiento, Marcos tiene la puerta abierta y la cabeza dentro del auto, con el ceño fruncido.

—¿Está bien? —pregunta, visiblemente preocupado. Noto que lleva la mochila de Isabella en las manos. Asiento con la cabeza, sin decir nada, y me giro hacia sus padres, quienes nos esperan sonrientes frente a la entrada de la imponente casa.

—¡Hola! —saludo con una sonrisa. Bella se acurruca aún más contra mí.

—¡Hola! ¡Sean bienvenidos! —doña Giovanna se acerca y me da un beso en la mejilla—. ¿Y quién es esta linda señorita?

Isabella afloja un poco su abrazo, gira su cuerpecito y mira al frente, aunque permanece callada.

—Ella es Isabella —la presento.

—¡Qué niña más linda eres, Isabella! —dice doña Giovanna.

Mi hija sonríe tímidamente ante el halago. Joaquim, el padre de Marcos, se acerca. Bella inclina la cabeza, analizándolo. Supongo que su reacción se debe a la falta de figuras masculinas en su vida.

Pasa un rato alternando su mirada entre Marcos y Joaquim. Finalmente, rompe el silencio con un comentario que nos hace reír a todos.

—¡Eres como él, pero viejo!

—¡Sí, lo soy! —responde Joaquim, entre risas.

Mi hija me mira, radiante, como si hubiera hecho un gran descubrimiento. Ser niño es tan simple... Le doy un beso en la frente.

Después de ese momento, todos entramos a la casa.

Isabella no tarda en soltarse y, antes de que sirvan el almuerzo, doña Giovanna ya la lleva de la mano, dándole un recorrido por la casa. Aunque no me siento del todo cómoda alejándome de mi hija, acepto el tour. A fin de cuentas, no conozco a los padres de Marcos y prefiero no perder de vista a Bella.

La casa de la infancia de Marcos no es solo una casa, es una mansión. Cada habitación parece encantar más a Isabella, mientras que yo no puedo evitar sentirme nostálgica.

Recuerdo las casas en las que viví, similares a esta. Pijamadas, tardes de películas y fiestas en la piscina eran parte de mi vida. Sin embargo, si no fuera por estar aquí hoy, Bella probablemente nunca habría experimentado algo así.

Respiro profundo, intentando aliviar la opresión que siento desde que me di cuenta de que Marcos está fingiendo que mi hija es como una hijastra querida. Pero me digo que valdrá la pena. No soy una mala madre, solo quiero lo mejor para ella.

El trato encantador de doña Giovanna hacia Bella me reconforta. Tal vez no sea tan malo que mi hija tenga esta experiencia, aunque sea por solo dos años. ¿Es mejor por dos años que nunca, cierto?

No lo sé... Realmente no lo sé...

Un suspiro me escapa. Solo me doy cuenta de que hemos regresado a la sala cuando escucho las voces de Marcos y su padre.

—Mamá, ¿puedo ir a ver a Maya? —pregunta una voz infantil.

Miro hacia abajo y encuentro a Isabella parada cerca de mis piernas, balanceándose ansiosa.

—¿A quién? —Frunzo el ceño.

—¡El perro gigante bebé! —responde con obviedad, y recuerdo que Maya es el nombre del perro.

Busco a doña Giovanna con la mirada. La encuentro completamente absorta en mi hija, su expresión de admiración es tan grande que me siento agradecida.

—¿Por qué no esperas hasta después del almuerzo? —sugiero —. Apenas llegamos. Deja que doña Giovanna descanse.

—¡Imposible, hija! ¡No estoy cansada! —me rebate de inmediato.

Inconscientemente, busco a Marcos con la mirada. Él observa, sin intervenir.

—¿Muerde? —pregunto, y Giovanna suelta una carcajada.

—¡No! Es un gato perezoso atrapado en el cuerpo de un mastín inglés. Es un verdadero bebé gigante.

—Está bien.

Estoy a punto de decir que iré con ellas cuando Joaquim interviene.

—Vamos, mamá lechuza. Deja que esta abuela la consienta un poquito. Ella ha estado esperando esto durante mucho tiempo.

Me quedo boquiabierta, pero nada sale de mi boca. Busco de nuevo la mirada de Marcos, pero él está completamente enfocado en Isabella.

Mi hija llena la sala de risas, una vez más alegrándome, aunque esta vez con un suspiro de alivio.

—¡Mi mamá no es una lechuza, es una persona! —Se gira hacia Joaquim, como si no hubiera notado que él dijo que Giovanna era su abuela, y luego vuelve a mirarme—. Mamá, ¿puedo ir?

—Claro, mi amor... Claro... —Le doy permiso, y sale dando saltitos hasta tomar la mano de la mamá de Marcos.

Observo a ambas alejarse, y la voz de mi prometido me distrae del vacío que dejaron.

—¿Nella?

Encuentro su brazo extendido hacia mí. Me acerco y, tal como hizo una y otra vez durante el baile de anoche, como si fuera una reacción natural a mi cercanía, su brazo rodea mi cintura y su nariz se acomoda en mi cuello, inhalando profundamente.

Mi cuerpo reacciona a su toque, encendiéndose, estremeciéndose ligeramente por un instante, llevándome de vuelta con la imaginación al pasillo del ático, la noche anterior. Lo maldigo por ello, ¡traidor!

Me esfuerzo por regresar al presente y encuentro a Joaquim observándonos con una expresión curiosa, pero a la vez satisfecha. Un silencio incómodo se instala entre nosotros hasta que es roto por palabras aún más incómodas cuando Marcos habla.

—Papá, estás haciendo que Antonella se sienta incómoda... No está bien quedarse mirando, ¿recuerdas?

Joaquim ríe y aparta la mirada al fin, pero el daño ya está hecho. Gira el vaso de whisky en su mano y luego vuelve a mirarnos.

—Perdón, Antonella, pero un nieto no fue lo único que Giovanna y yo esperamos durante tanto tiempo.

—¡Papá!

Marcos lo reprende, y yo sonrío de verdad, aunque la idea de que su padre no sepa que nuestra relación es una farsa me toma por sorpresa. Quiero decir, ¿no fue precisamente por él que todo esto comenzó? ¿No debería saberlo?

Debería, probablemente, debería. Pero la satisfacción en sus ojos, la forma en que su mirada casi venera el abrazo de Marcos a mi alrededor, no dejan dudas de que no sabe nada.

—Háblame de ti, Antonella. Marcos dijo que estudias Derecho.

Miro al hombre a mi lado, que tiene una expresión tranquila en el rostro.

—Sí, estudio Derecho. Con el ajetreo de la boda y el imprevisto en la guardería de Bella, no sé si Marcos mencionó algo... Tuve que suspender este semestre, pero el próximo ya regresaré —afirmo, y él sonríe.

—¡No! ¿Qué pasó en la guardería?

—Isabella tuvo un pequeño accidente mientras estaba bajo su cuidado. Llevaba casi un año allí, pero ahora no puedo confiar en ellos, ya no más.

—Lo entiendo —responde, asintiendo con la cabeza—. Cuando Marcos era pequeño también tuvimos dificultades. Hasta que Giovanna encontró y confió en Carmen, dejó de trabajar.

—Es complicado —murmuro.

—Tener hijos es una gran travesía, pero cada paso vale la pena —declara. Su mirada orgullosa me conmueve, y empiezo a entender lo que Marcos quiso decir semanas atrás cuando aseguró que esto no era solo por el cargo.

Era por su padre... *¿Cómo debe ser tener un padre así?* No puedo evitar hacerme esa pregunta en silencio.

—Pero pronto todo se solucionará, y en breve tendremos a otra abogada en la familia —comenta sonriente, haciéndome sonreír también, hasta que lanza su próxima pregunta—. ¿Y tus padres? ¿A qué se dedican?

Mi cuerpo se tensa de inmediato, y no se me escapa el leve fruncimiento en el ceño de Marcos al notar mi reacción. Trago saliva antes de responder.

—No tenemos contacto.

El brillo en los labios de Joaquim se apaga lentamente.

—Lamento mucho escuchar eso. —Frunce las cejas, como si acabara de entender algo—. Debe haber sido muy difícil criar a Isabella sola hasta ahora.

Él no tiene idea. Simplemente asiento, porque realmente no quiero ahondar en el tema.

—Bueno, pero ahora tienes a Marcos. Mi hijo tiene muchos defectos, Antonella, lo sé, porque muchos son iguales a los míos, pero entiende lo que significa la familia, y eso es lo que eres ahora: familia. Giovanna y yo también estaremos aquí para lo que necesites, cualquier cosa.

Sus palabras provocan una reacción inmediata en mis ojos. Parpadeo, sintiendo un ardor repentino, y trato de tragar, pero hay un nudo en mi garganta. Miro a Marcos, buscando algo, no sé qué. Sus labios rozan mi mejilla antes de susurrar en mi oído.

—Calma... Respira, Antonella, respira.

Obedezco, pero no funciona.

No hasta que Isabella entra corriendo a la sala, llamándome y parloteando sin parar sobre lo increíble que es el perro gigante. Solo verla me ancla de vuelta como nada más puede hacerlo.

La tarde transcurre tranquilamente, al menos hasta que anunciamos la fecha del matrimonio, en poco más de quince días. Giovanna casi repite la escena del baile, aunque esta vez consigue tragar su bebida antes.

Los padres de Marcos nos miran atónitos por un momento antes de que Joaquim comprenda, asuma una expresión seria y nos observe aún más detenidamente. Luego de un rato, parece relajarse, como si la respuesta que estaba buscando la hubiera encontrado.

Giovanna no alcanza la misma calma. Me bombardea con preguntas sobre la boda: pasteles, dulces, decoración, lugar... Todo y nada sobre la recepción y la ceremonia. Apenas logro saltar a otro tema.

Cuando finalmente oscurece, los ojos de Bella, agotada tras un día de juegos, televisión y juguetes, apenas se mantienen abiertos. Es la excusa perfecta para irnos.

—Papá, mamá, Isabella necesita descansar. Ya nos vamos.

Los ojos de sus padres brillan con la aparente preocupación de Marcos por mi hija, y respiro hondo, obligándome a ignorar el hecho de que solo está fingiendo.

Nos despedimos con la promesa de volver antes de la boda. Tal como predije, cuando termino de abrochar el cinturón de Bella, ya está dormida. Me siento a su lado en el asiento trasero.

El regreso a casa transcurre en silencio, dejando demasiado espacio para que mis pensamientos se desborden.

Quiero gritarle a Marcos. Decirle que nunca más ponga a mi hija en una situación como esta. Pero esas palabras no salen de mi mente.

Cuando el auto se detiene en el estacionamiento, tomo a Bella con cuidado y me dirijo rápidamente al elevador, dejando a Marcos atrás. Al girar, lo veo inmóvil junto al auto. No se mueve, y pareciera que piensa lo mismo que yo.

Las puertas se cierran, mis ojos también.

25.

MARCOS VALENTE

—Te vas a casar —dice mi padre, sentado frente a mí en mi oficina en Valente, una semana después del almuerzo en su casa y, por lo tanto, una semana antes de la fecha de la boda.

Dejo escapar el aire que tenía retenido en la garganta, sin ninguna gana de tener esta conversación, aunque la esperaba. Lo que no esperaba era sentirme una mierda cada vez más grande con cada día que pasa, y ni siquiera veo a Antonella dentro de mi propia casa, porque ella se esconde. Sabía que haberla tocado había jodido todo, pero, ¡mierda! ¿Las proporciones? No tenía ni idea.

—Voy a casarme —respondo lentamente, entrecerrando los ojos, desconfiado de esta reacción tan retardada.

Es decir, la esperé. La esperé desde la noche del baile, pero ella no vino. Luego, la esperé durante el almuerzo, tampoco vino, la esperé al día siguiente, y al otro, y al siguiente, sin embargo, es hasta ahora, siete días después, que aparece, y esto definitivamente es inesperado.

—¿Por qué?

Se acerca a mi escritorio y apoya los codos sobre ella. Pone la palma de una mano sobre la parte de atrás de la otra y apoya el mentón en ellas. Sus ojos me observan como cuando era niño y él sabía que estaba mintiendo, pero, en lugar de desenmascararme de inmediato, esperaba que me contradijera. Su táctica favorita de

intimidación nunca fueron acusaciones ni pruebas materiales sobre mis errores, no.

Joaquim Valente siempre disfrutó verme enredado en mis propias mentiras y desenmascararme. Me recuesto en la silla. Esta gira levemente, y llevo una de mis manos al mentón, ganando tiempo.

—¿Por qué la gente se casa, papá?

—Eso no fue lo que te pregunté.

—Lo sé... Pero tampoco me dijiste que no podía responderte con otra pregunta. —Él resopla—. Ya no soy un niño que puede ser manipulado para contradecirse, papá.

—¿Y tienes algo de qué contradecirte, Marcos? —pregunta inmediatamente, ahora también con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres que diga, papá?

—La verdad. ¿Por qué te vas a casar?

La voz suave no me engaña. Está a una respuesta equivocada de explotar, y que se joda, esa es la respuesta correcta.

—Porque el consejo lo exigió.

—¡No me lo puedo creer! —Se levanta de la silla, arrastrándola hacia atrás en el proceso, y se pasa las manos por el cabello—. ¿Y qué fue todo eso en el baile, en casa? Antonella ¿qué es? ¿Alguna actriz? ¿Y desde cuándo eres actor, Marcos? ¿Y esa niña?

Es mi turno de resoplar.

—Está viendo demasiadas películas, papá. ¡Claro que Antonella no es actriz, por el amor de Dios! Ella es real, cada pedacito de ella y de su historia, lo mismo que Isabella. ¿Me casaría si no fuera por esta exigencia absurda del consejo? Ambos sabemos que no. Pero no hay absolutamente nada ficticio en mi novia, papá... Absolutamente nada —susurro las dos últimas palabras mucho más para mí que para él cuando mi mente se llena con la imagen del cuerpo de Antonella a mi disposición, su rostro caliente, el pecho agitado, las tetas desnudas, los labios hinchados... ¡Maldita sea!

Ha sido un infierno. Siete días de mierda en los que cada instante de mi día está lleno de imágenes de ella. Algunas son recuerdos, otras, mi imaginación desbordada probando los límites de mi resistencia cardíaca.

El cuerpo entero desnudo, la vulva rosada, mojada para mí, ella cabalgándome, subiendo y bajando sobre mi verga, tragándola, y adorando ver cómo desaparece dentro de ella, porque, por alguna razón que desconozco, estoy seguro de que le encantaría ver eso.

Me paso las manos por la cara, tratando de limpiar el desorden que es este deseo jodido por mi novia, que ni puedo calmar ni olvidar, y ni siquiera puedo lidiar con ninguna compañía que no sea mi propia mano. Creo que ni cuando era adolescente me masturbaba tanto.

—¿Estás enamorado?

—Papá, por favor —gruño, despectivo.

—¿Eso es un no?

—Un no rotundo y sonoro.

—Entonces no lo hagas.

—¡Papá!

—Ella tiene una hija, Marcos. Una niña que no debería pasar por un divorcio cuando nunca ha tenido un padre —dice en tono acusatorio, y eso me irrita.

—Soy perfectamente consciente de lo que Antonella tiene y de lo que Isabella no necesita, papá. Y realmente agradezco que me lo recuerdes, pero no me hables en ese tono acusador.

Me levanto también y extiendo los brazos sobre la mesa, mirándolo a los ojos. Por minutos, el silencio se extiende entre nosotros mientras la mirada de mi padre parece investigarme de arriba a abajo, no permitiendo ni un rincón oscuro de mí fuera de su alcance.

—Está bien —dice al fin, dejándome mucho más que desconfiado.

—¿Está bien? ¿Así? ¿De repente?

—No mentí cuando le dije a Antonella que tienes muchos defectos, pero entiendes lo que significa la palabra familia, Marcos. Y tienes razón, ya no eres un niño, confío en eso, confío en que, sin importar las motivaciones que te están llevando a esto, entiendas que eso es lo que estás construyendo aquí, una familia, y eso tiene un precio.

Su mirada está fija en la mía cuando dice las últimas palabras. Trago saliva cuando su dedo se alza, apuntando hacia mi corazón.

—Papá.

—¡No! —es tajante—. Si te vas a casar sin estar enamorado, está bien. Es tu decisión. No te voy a decir que no lo hagas, pero Marcos, si no estás dispuesto a pagar el precio de un matrimonio, no te cases. Eres mi hijo y, aunque ya hayas hecho muchas cagadas que no sé cuántas veces podría contar con los dedos de las manos y los pies, ninguna de ellas, nunca, ha puesto en duda el orgullo que siento por ti, porque siempre supe que, a pesar de cualquiera de ellas, guardabas lo que importa... ¡No me hagas repensar eso!

Solo muevo la cabeza, asentando. Al final, ¿qué podría decir?

***

—Necesitamos hablar. —Son las palabras con las que Antonella me recibe cuando las puertas del elevador se abren, y respiro hondo. Parece que hoy es el día de las conversaciones, entonces... Todavía con la cabeza baja, aprieto los dedos pulgar e índice contra los párpados cerrados antes de mirarla de verdad por primera vez en una puta semana, ya que se ha estado escondiendo de mí.

¿Y no era eso lo que querías, Marcos? ¿Una esposa invisible? Mi mente se burla y le ordeno que se joda... ¿Adivinen qué? Ella me responde que le gustaría, si yo pudiera... ¡Maldita sea! Ya me estoy volviendo loco y ni siquiera me he casado aún.

Mis ojos se abren, encontrando a la maldita que me ha robado la paz y los pensamientos, ¡mierda! Es aún más hermosa, más sexy y completamente fuera de control, quiero gemir de frustración. Y, para no creer que estoy lo suficientemente jodido, Antonella jadea, pareciendo tan afectada como yo por nuestra proximidad, como si su cuerpo estuviera tan desesperado por mi toque como el mío por tocarla.

El aire a nuestro alrededor cambia. Respiro hondo, desesperado. Esos ojos castaños oscuros me atraen, me absorben, me consumen a un nivel que nunca antes había experimentado, pero por lo cual hoy agradezco si eso es todo lo que puedo tener. Doy un paso al frente y casi celebro cuando ella no se mueve, cuando no huye de mí. Mis ojos recorren su rostro limpio, su cabello corto y suelto. Mis dedos tiemblan, deseando tocar esos hilos, deseando sentir su piel.

—¡Diablos!

Dejo la carpeta que tenía en las manos caer al suelo y envuelvo su cuerpo en uno de mis brazos. Con la otra mano, llevo mi dedo a su rostro antes de hundir mi nariz en su cuello y, por primera vez en estos malditos siete días, siento que el aire que respiro es suficiente, porque tiene su olor.

Antonella aprieta sus uñas alrededor de mi brazo, y lamento el saco que me impide sentir completamente su toque en mi piel, su fuerza en mi carne. ¡Carajo, cómo quiero a esta mujer! ¿Cómo es posible querer algo así? Algo que ni siquiera he tenido.

Siento el roce suave de sus labios en mi rostro y con verdadera desesperación los quiero en mi boca. Meto mis dedos en su nuca, tirando de su cabeza sin medir la fuerza, pero antes de preocuparme por lastimarla, Antonella gime, completando el trabajo de ponerme duro, un proceso que solo verla y tocarla han logrado.

Mis ojos encuentran sus labios rosados, entreabiertos, tan cerca, tan malditamente cerca…

—Quiero besarte, Antonella —le aviso, acercándome cada vez más. Su silencio hace crecer dentro de mí la necesidad angustiante de acabar con la distancia entre nosotros. Y cuando estamos tan cerca que solo una línea muy fina separa nuestros labios, ella responde.

—¡No!

Su voz es, al mismo tiempo, temblorosa y firme. Cierro los ojos, sabiendo que debo soltarla, pero aún soy incapaz. Respiro fuerte, soplando aire cálido sobre sus labios, y hago algo que nunca antes había hecho: pido.

—También lo quieres, Antonella… Sé que lo quieres, maldita sea, me estoy volviendo loco, pero sé que no estoy alucinando, también lo quieres.

Mis palabras son bajas, susurradas, casi suplicantes.

—¡No! —repite, y mis brazos caen a los lados de mi cuerpo, dejándola libre. Su calor me abandona casi de inmediato, casi. Y el segundo que tarda en alejarse solo me confirma que ella quiere

tanto como yo, aunque no debería importarme. No cuando ella es la maldita esposa niña.

Paso ambas manos por mi cabello, tirando de él, necesitando hacer algo con mis manos para no pensar en el olor que se aleja de mí. Me tomo mi tiempo, respirando profundo, buscando un control que, no importa cuánto lo intente, parece que no tengo.

—Ya no puedo más con esto.

Levanto la cabeza de inmediato.

—¿Esto qué?

Mi tono no deja lugar a dudas sobre mi estado de ánimo, aunque sea engañoso.

—Esconderme, Marcos. Tengo una hija. ¡No puedo tener a Isabella confinada en su cuarto por los próximos dos años!

El alivio me inunda al darme cuenta de que no estaba hablando del matrimonio, y me permito unos segundos para volver a respirar.

—Nunca te pedí eso —respondo con firmeza, porque es cierto. Pero ella me mira como si mi respuesta la hubiera cansado y se frota las manos por el rostro.

—No, no lo pediste, pero claramente los dos tenemos un problema estando en el mismo espacio, si lo que acaba de pasar dice algo —murmura, y mierda, eso me hace sonreír, porque sus palabras solo confirman lo que ya sabía: ¡Antonella quiere esto tanto como yo!

—¿Tienes miedo de estar sola conmigo, Antonella?

Sus fosas nasales se inflan con una fuerte exhalación, y cruza los brazos frente a su pecho, atrayendo mi atención hacia allí. Su garganta se mueve lentamente mientras sigo el movimiento de mis ojos.

—¡Tienes que parar con esto! —intenta sonar determinada, pero todo lo que logra es sonar temblorosa.

—¿Por qué, Antonella? ¿Tienes miedo de no resistirte?

Doy un paso hacia ella, y su cuerpo no se aparta del mío, ni su mirada. Grita "¡imbécil!", pero realmente no me importa, no importa lo que piense de mí, ella ha decidido dejar de huir de esto. Sin embargo, aunque sus ojos no me detienen, sus próximas palabras lo hacen.

—¡Tú lo prometiste! —acusa, y desvío la mirada de la suya. Ahora sí, huyendo de sus gritos mudos—. "¡No necesito una esposa para tener sexo!" dijiste.

Eso me hace volver a mirarla, porque me pone furioso.

—Y no la necesito —prácticamente gruño las palabras, los recuerdos de la noche en que intenté cogerme a otra inundan mi mente con imágenes ridículas y mis venas se llenan de frustración.

—¡Entonces esto tiene que terminar, Marcos! ¡No puedo continuar con esto por los próximos dos años! ¡No puedo!

La rabia en su voz es igual a la de aquella misma noche.

—¿Y si he cambiado de opinión, Antonella? ¿Y si ahora quiero tener sexo con mi esposa?

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡No necesito darte un motivo! ¡No! Y si eso no es suficiente, tendrás que encontrar otra esposa —responde, tan lejos de la niña dulce que solía bajar los ojos, que siento que estoy perdiendo algo aquí.

—Antonella...

—¿Antonella? ¿De verdad insistes en un motivo, Marcos? Entonces, ¿qué te parecen estos?: Primero, dices que no me quieres, que no puedo enamorarme de ti, que no eres un príncipe encantado, que no me vas a salvar. Y de repente, cambias de idea sobre alguna de esas cosas, ¿cómo se supone que debería sentirme sobre las otras, Marcos? ¿Cómo debería mantener las líneas claras cuando tú empiezas a confundirlas?

Sus palabras me golpean como puñetazos, y me veo tambaleando hacia atrás, porque, ¡mierda! ¡No! Definitivamente no necesito a mi esposa niña enamorada de mí, y si el precio para eso es tener mis bolas moradas durante los próximos dos años, que se joda, lo pagaré.

Sus mejillas están rosadas, y no sé si por vergüenza de lo que dijo o por indignación. Su pecho sube y baja rápidamente, y sus labios están temblorosos. Y aunque tengo un verdadero horror a

todo lo que acaba de decir, es más fuerte que yo, la memoria de su sabor llena mi boca de saliva.

26.

ANTONELLA MACHADO

Aterrorizado está Marcos ante la mera perspectiva de que me enamore. Tan fácil... Quiero decir, no imaginé que me pondría contra la pared y me diría, sin rodeos, que quería cogerme.

Decir que podría terminar enamorándome no fue algo planeado, fue una reacción desesperada que podría haber salido bien o mal. Como cuando te lanzan algo que no esperabas y gritan "piensa rápido", probando tu coordinación motora y tu capacidad de reacción.

Pero tampoco estaba en mis planes dejarme tocar por él, otra vez, en primer lugar. Cuando le pedí al conserje que me avisara de su llegada, cuando me planté frente al ascensor esperando que las puertas se abrieran, el plan era simple, solo quería confrontarlo y recuperar mi libertad de ir y venir por la casa. Por Isabella, por mí.

Si toda esta mierda tiene el único objetivo de darnos comodidad, no tiene sentido que yo lo sacrifique para mantenerlo. ¡Eso sería mucho más que contraproducente!

El problema es que desde la maldita noche del baile parece que un hechizo fue lanzado sobre mi cuerpo y, cuando se trata de Marcos, simplemente ignora mis deseos. Ni siquiera la certeza de que se acostó con otra esa misma noche fue capaz de mantenerme inmune a la necesidad de ser tocada por él, y cuando sus ojos

recorrieron mi cuerpo, me encendí. Cuando se fijaron en mis labios, salivé, y cuando su boca me dijo que quería besarme, lo deseé.

Necesitaba algo más grande que mi "no", algo que lo mantuviera lejos, no importaba cuán aplastante se volviera la necesidad de estar cerca, porque ni yo misma estaba segura de cuánto tiempo más podría seguir diciéndole que no. Y cuando recordé sus palabras en la noche en que me ofreció el contrato "¡No necesito una esposa para tener sexo!", también me vino a la mente cuál parecía ser su mayor miedo en ese momento.

Que me enamorara, que confundiera las cosas. Ese no es un riesgo, definitivamente, no hay la menor posibilidad de que yo confunda a Marcos con un príncipe encantado, y cualquiera que me conozca un poco sabría eso, pero él no me conoce, no sabe...

¿Y si supiera, si me conociera, Antonella? ¿Estarías más susceptible? Probablemente... Si Marcos pudiera ser un caso de una noche, dos o treinta, jamás le habría dicho que no la primera vez, pero no lo es. Y la realidad es que cuando me tenga desnuda sabrá exactamente la mujer que está llevando a la cama. El contacto de Marcos me descompone, me roba la capacidad de pensar, de hablar, como quedó claro aquella fatídica noche del baile.

No hay forma de fingir. Y, ¿cómo podría explicar después que la dulce, inocente, y aunque no tan sumisa, pero aún así sumisa Antonella, hace todo, menos someterse en la cama? Es imposible... Marcos puede ser lo suficientemente arrogante como para no ver lo que está justo frente a su nariz, pero no es tonto.

—Está bien —acuerda—, y mi pecho se aprieta, rebelándose contra la respuesta que mi mente quería, pero mi cuerpo, no tanto.

—Sobre la luna de miel... —comienzo el segundo tema del que necesitamos hablar, y Marcos levanta una ceja—. No creo que sea una buena idea, Marcos.

—Eso no es negociable, Antonella.

—Marcos...

—No —declara, sin dejar espacio para discusiones—. ¿Quieres que tenga sexo con otras mujeres? Esa es la ironía del siglo, pero está bien. Es tu elección, y voy a asegurarme de que sea muy bien atendido durante nuestra noche de bodas, pero va a suceder, y nada de lo que digas va a cambiar eso.

Parpadeo, tan aturdida por sus palabras que ni siquiera tengo que fingir mi reacción de shock.

—Solo por si mis ojos escandalosos no te lo están diciendo ahora: ¡eres un hijo de puta! —grito, con la conciencia tranquila de saber que Isabella está bien lejos, durmiendo en el piso de arriba.

Marcos se ríe de forma falsa, y yo niego con la cabeza, porque, en unas pocas semanas, puedo decir que esta es solo su reacción rabiosa. Marcos es un niño que no sabe escuchar un no. Cuando lo contradicen, hace berrinches.

Mi cuerpo entero tiembla de rabia. ¡Puta madre, cómo quiero mandarlo a la mierda, cómo quiero decirle que, en este momento, sería capaz de chupársela a todos en la ciudad de São Paulo antes de abrir las piernas para él, ¡puta madre! Respiro hondo,

controlando mi respiración, tragando las palabras que luchan en mi garganta, deseando, ansiosas, saltar de mi boca.

—Iba a decir, Marcos —su nombre sale de mi boca en un gruñido—, que falta una semana para la boda y todavía no he encontrado una niñera confiable, así que la luna de miel no es una buena idea.

Es su turno de respirar hondo. Marcos pasa sus manos por su rostro y las deja sobre sus ojos por casi un minuto entero, cuando las baja, inclina la cabeza hacia un lado, observándome.

—¿Y qué hay del plan de la cocinera?

—¿Qué?

—Carmen me dijo que, si no encontraban una niñera, buscarían una cocinera, y ella se encargaría de cuidar a Isabella.

Abro la boca, pero la cierro, porque no contaba con eso. No imaginé que Carmen le hubiera contado eso. Marcos entrecierra los ojos y niega con la cabeza, luego da unos pasos hacia atrás, recoge la carpeta que había estado tirada en el suelo prácticamente desde que llegó, y pasa junto a mí.

—Contrata una cocinera, Antonella —dice, y esa es su despedida.

***

—¿Qué dijo? —grita Grazi al otro lado de la línea en cuanto termino de contarle sobre la discusión con Marcos al principio de la noche—. Nel, ¡deberías dejar de besar a ese tipo! —gruñe.

—¡No lo besé!

—¡Pero dejaste que te tocara, carajo! ¡No eres una puta piscina de hormonas! Haz lo que tienes que hacer. Si tienes que tener sexo con alguien más, con otros, que así sea. ¡Ten sexo! Pero este tipo es el mayor hijo de puta de quien he oído hablar, y estás a punto de casarte con él, así que o empiezas a pensar con la cabeza a tiempo completo, o las cosas se van a poner muy complicadas.

Expulso el aire de mis pulmones con fuerza.

—¡Realmente no necesito este juicio ahora, Grazi!

—¿Y qué necesitas, Nel? ¿Que te pase la mano por la cabeza y ponga toda la culpa en el imbécil? Porque las dos sabemos que tú no eres inocente, Antonella. Eres tan culpable de esto como él, y también eres la única interesada en mantener las piernas cerradas, así que hazlo. Te dije que no tenías que pasar por esto. Te dije que él es un idiota y, aún así, aquí estamos. —Bufa indignada. Y yo llevo una de mis manos a los ojos, frotando las pálpebras cerradas con el pulgar y el índice.

—Tú...

—Si me dices que no entiendo, te juro por Dios que tomo el primer avión a São Paulo solo para darte dos bofetadas en la cara, Antonella. ¡Claro que entiendo! ¡Claramente quieres acostarte con él! Pero ¿sabes qué más entiendo? Que no eres tonta y sabes que no puedes. Que él es un niño mimado que hace berrinche y dice estupideces cuando le dicen que no. Que ese tipo no merece jugar en tu parque, mucho menos tenerte como esposa, aunque sea de mentira. ¡Por el amor de Dios, Antonella! Aún hay tiempo para

arrepentirte de esto. ¿Qué más pruebas necesitas de que esto es una pésima idea? El tipo dijo que va a acostarse con otras el día de la boda.

—Grazi, no es como si realmente me importara con quién se acueste Marcos. ¡No me importa! Lo que me dejó furiosa fue que lo dijera como reacción a mi "no". Eso fue un berrinche y todos lo sabemos.

Paso las manos por mi cabello, me levanto de la cama y me acerco a la ventana.

Las luces de la ciudad se cuelan por el cuarto oscuro, y apoyo la cabeza en el cristal.

—No voy a rendirme, Grazi.

—Lo sé. Tú nunca te rindes. ¡Eres más testaruda que una mula! Cuando pones algo en la cabeza, nadie te lo saca, siempre ha sido así.

—Yo solo... —Respiro hondo—. Lo que me deja tan furiosa es lo mismo que me alivia, ¿sabes? Él solo quería hacerme sentir tan molesta como se sintió él. Un niño, voy a casarme con un maldito niño, Grazi. Como si uno no fuera suficiente trabajo ya —murmuro la última parte.

—Esa no es la peor parte. La peor parte es que tienes unas ganas tremendas de acostarte con él, con un niño.

—¡Ah, pero definitivamente no me toca como un niño, Grazi! ¡Definitivamente no! ¡Y esta conversación está quedando muy, pero muy rara!

Mi amiga se ríe.

—Hablo en serio, Nel. Tienes que encontrar una solución para esto. ¿Un vibrador nuevo, quizás? —ofrece, y es mi turno de reír.

—No, Grazi. Está todo bien. El pavor absoluto que tiene Marcos de que me enamore de él lo mantendrá tan lejos como sea posible. De verdad, tenías que haber visto la cara que puso.

—No necesito verlo. En fin, ¿dónde vas a prepararte para la boda?

—En el hotel, el mismo donde va a pasar todo. La organizadora me dio los últimos detalles hoy.

—¿Y la maldita luna de miel? ¿Dónde será?

—No tengo idea, en algún lugar de Brasil, ya que mi pasaporte está vencido, o tal vez en Sudamérica, pero realmente no me importa. No cuando voy a estar contando los días para regresar con Isabella.

—Lo sé. Deberíamos hacer un viaje cuando regreses, solo nosotras tres... —La sugerencia me hace sonreír. Levanto los ojos y me pierdo en las pequeñas luces de colores que veo a lo lejos.

—Es un buen plan.

—Nel...

—Lo sé, Grazi. Lo sé —respondo antes de que tenga oportunidad de decir que no quería ser grosera. Solo está preocupada.

—¡Te amo!

—¡Para siempre!

—¿Estarás bien hasta el viernes? ¿Qué te parece dormir en el hotel? Podemos hacer una noche de chicas.

—Es una idea increíble, a Bella le encantará.

—Así es.

Puedo sentir la sonrisa en su voz.

—Buenas noches, Grazi.

—Buenas noches.

Cuelgo la llamada y mantengo los ojos en el horizonte. Tengo tantos pensamientos en la cabeza que me cuesta organizarlos, pero entre todos, hay uno que resalta: mi amiga tiene razón, realmente necesito pensar con la cabeza, no con lo que tengo entre las piernas.

Sin embargo, si soy sincera, también debo admitir que no siempre que pienso en Marcos, mi cerebro está fuera de la ecuación. La verdad es que mi prometido me intriga y quizás ni siquiera sea culpa de él.

Reduje a Marcos a un idiota. Durante ocho meses, eso fue todo lo que vi de él, lo que me permití ver. A pesar de nuestra relativa proximidad física, después de todo, trabajaba en su casa, él era un extraño, era inalcanzable. Solo era otro jefe despreciado por uno de sus empleados, solo un número en las estadísticas, pero

desde que realmente comenzó a formar parte de mi vida y de la de Isabella, ese es un papel que se niega a ejercer a tiempo completo.

Es fácil fingir que todo lo que me mueve es el deseo inquebrantable que nos rodea, porque pensar más allá me obligará a pensar en Marcos, me obligará a pensar en mí misma, y no quiero. Estoy bien donde estoy. Estoy bien como estoy. Somos Bella y yo contra el mundo, no quiero ni necesito nada más.

Un golpe firme se escucha en la puerta y, aunque sé que es casi imposible que haya venido de las manitos pequeñas de Isabella, miro la cámara de la cuna, confirmando que sigue dormida, y sí, sigue. Lo que solo puede significar una cosa.

Arrastro los pies hasta la puerta, pongo la mano en la manija, respiro hondo y la abro, encontrando a Marcos con cara de perro arrepentido detrás de ella. Lo miro en silencio, y me doy cuenta de que es la primera vez que alguno de nosotros llega tan cerca del cuarto del otro.

—Antonella...

Sigo sin decir nada, y el hecho de que esto aumente la ansiedad que rebosa de él me da satisfacción.

—Lo siento —dice, y levanto las cejas, esa es toda la reacción que le doy—. Tuve un día de mierda y no estoy acostumbrado a escuchar un no.

Dejo escapar un sonido de incredulidad.

—Te comportaste exactamente como Isabella cuando le digo que no puede comer helado en la cena. Esta no es la primera vez,

Marcos, e Isabella tiene tres años. Entiendo que este matrimonio no sea real, pero quiero asegurarme de estar involucrada con un adulto, ¡no necesito otro niño!

—Lo sé, y lo siento mucho por eso. Yo solo... —comienza, pero se detiene a mitad de camino, baja la cabeza, se apoya en sus caderas, atrayendo mis ojos a los pantalones de chándal caídos.

¡Maldita sea, Antonella! Me regaño, porque no hace ni cinco minutos que estaba más que decidida a, en lo que se refiere a Marcos, pensar solo con la cabeza. Pero es mucho más fácil decirlo que hacerlo... Por eso, y solo por eso, decido darle un respiro.

—Lo entiendo, Marcos —admito, y sus ojos se levantan, encontrándose con los míos. Para su crédito, él, ni por un segundo, miró ninguna parte de mí que no fuera el rostro, lo cual ya es más de lo que puedo decir de mí misma—. Esta cosa entre nosotros... Lo que sea que sea... Es fácil perder el control. Pero no puedo perder el control, Marcos. Simplemente no puedo correr el riesgo de despertar un día y darme cuenta de que todo esto se convirtió en algo más de lo que debería, porque no estoy sola. Yo podría lidiar con un corazón roto, pero Isabella no merece cargar con las consecuencias trágicas que esto traería para nuestro matrimonio —miento, pero por su expresión seria, podría jurar que él lo cree de verdad.

—Lo entiendo y siento mucho haber reaccionado como... —vuelve a bajar la cabeza, pareciendo exactamente lo que está teniendo dificultades para admitir que fue, un niño malcriado—, un niño malcriado.

Me río en voz baja, la rabia ya es reemplazada por diversión. ¿Qué puedo hacer? No soy una persona rencorosa, y ver a un hombre tan grande obligándose a reconocer que está malcriado tiene su valor.

—Está bien, Marcos. Solo... no lo hagas de nuevo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Y sobre la luna de miel?

Inclino la cabeza, esperando que su momento adulto haya ganado algo inesperado.

—Realmente no puedo cancelarlo, Antonella. La gente tiene que creer que este matrimonio es real. Si Isabella fuera más pequeña, tendría sentido, pero no lo es —dice, y sé que habla sobre la posibilidad de una niñera—, lo que puedo prometerte es que estaremos cerca. No saldremos de São Paulo, iremos a una isla privada en la costa y tendremos un helicóptero a nuestra disposición todo el tiempo... Viajaremos después de la fiesta, ella ya estará dormida. Regresamos tres días después, en lugar de siete, ¿qué te parece?

—Todavía preferiría no ir.

—Lo sé, pero realmente lo necesito.

Marcos hace una pausa, abre la boca, pero luego la cierra y me río, porque ahora ha decidido medir sus palabras. *Ah, Marcos...*

—Y sabía que esto sería necesario.

Digo lo que él no tuvo valor para decir.

—Son tus palabras, no las mías.

—Y ambos sabemos que eran tus pensamientos —replico, y él desvía la mirada.

—Lo siento, Antonella, de verdad lo siento.

—Está bien, me estás ahorrando cuatro días de angustia, eso ya es mucho.

—Es lo mínimo que podía hacer.

A mí me toca guardarme mis pensamientos y a él reírse.

—Son tus palabras, no las mías.

—Buenas noches, Antonella.

—Buenas noches, Marcos.

27.

MARCOS VALENTE

Apoyo la cabeza en la pared detrás de mí, agradeciendo el silencio que me rodea, ya que mi mente no me ofrece la misma cortesía. Escondido en un pasillo que da acceso al salón de eventos de uno de los hoteles más tradicionales de São Paulo, vestido con un smoking y a punto de decir un sí que nunca pensé que diría, trato de lidiar con el hecho de que este no es el motivo de mi desesperación.

—Si no eres el novio más feliz de la tierra... —dice una voz conocida.

Bufó, ya girándome hacia la dirección de la voz y encuentro a João Pedro, con el brazo rodeando a su esposa, quien claramente hace un esfuerzo por no reír.

—Puedes reír, Eliza, tienes derecho a hacerlo —digo, y como si esperara permiso, la mujer pequeña de cabello oscuro y ojos azules estalla en una carcajada que me hace arrepentirme de haberle dicho que podía reír. Como si fuera arrastrado por un hilo invisible, João Pedro empieza a reír tan escandalosamente como su esposa, y agradezco que estemos solos en el pasillo del hotel—. Está bien, ya entendí... Pueden parar ahora —gruño, y Eliza sigue intentando calmarse, João Pedro no.

—¡No es por ti! ¡Te lo juro! —La voz de la mujer sale afinada por la risa, y yo inclino la cabeza hacia un lado, como si la pregunta fuera obvia—. Bueno, tal vez sí es por ti. Pero no por el matrimonio.

Ni por estar escondiéndote. —Finalmente, logra decirlo normalmente después de algunos segundos, tomando aire por la nariz y exhalando por la boca.

—¿Y por qué es? —pregunto, levantando una ceja, y ella mira a su marido en busca de ayuda.

Él le guiña el ojo, galante, completamente desprovisto del desconcierto que ella siente.

—Olvídalo —decide, pero João Pedro no tiene la misma gentileza y yo bufó, lo que hace que la mujer se ría de nuevo.

—Le dije a Eliza que si separaba diez dólares cada vez que bufaras hoy, probablemente podría comprar un carro con ese dinero al final de la noche —explica, y yo pongo los ojos en blanco.

—¡Vete al carajo, João Pedro! —grito, sin remordimientos, es el día de mi boda, la última cosa que necesito es su burla. Él levanta las cejas, pero su sonrisa burlona no se va de su rostro.

—No seas quejoso, Marcos. Te estás casando, no yendo al matadero.

—Las dos cosas se parecen mucho... —miento.

Lo que está arruinando mi humor no es el matrimonio en sí, con eso ya me hice a la idea hace un tiempo. Lo que me está volviendo loco desde que me di cuenta de algo obvio, es el hecho de que voy a pasar tres días solo con Antonella en una isla desierta, y tendré suerte si ella decide hacerse invisible por allá también.

—Voy al baño —anuncia Eliza, y deja un beso en la mejilla de João Pedro, pero él es un imbécil presuntuoso y la atrae hacia él, tomándola de la boca en un beso que no debería estar obligado a ver. Desvío la mirada y bufó, el beso termina con los dos riéndose a mi costa.

—Escupe —dice, cuando los pasos de Eliza ya se alejan, y yo me giro hacia él.

—Todo va bien.

—No, Marcos, los dos sabemos que no está. Si entras allí con esa cara de culo, lo último que esas personas van a creer es que realmente quieres casarte... ¿Qué? ¿Cambiaste de idea en el último minuto o eso es solo tensión sexual reprimida? —bromea, pero yo desvío la mirada—. Ah, no, mierda. ¡Cambiaste de idea en el último minuto! —acusa, y yo bufó, solo para maldecirme después. ¡Qué carajo!

—No, João Pedro, es la otra opción.

—¿Tensión sexual? ¿No hiciste una despedida de soltero o algo así? —pregunta, realmente confundido, y no puedo creer que este hijo de puta sea tan ingenuo.

—Eres el padrino de este maldito matrimonio, João. ¿No crees que si hubiera tenido una despedida de soltero, deberías haber estado allí, o al menos sabrías de ella?

—¿Tu despedida de soltero? —Levanta una ceja—. Por como la imagino, pensé que habrías tenido un ataque de cordura porque sabías que no dejaría a mi esposa en casa para algo así.

—Gran amigo —respondo, y su rostro se pone desafiante.

—¿Te recuerdo cuál fue tu idea genial de lo que sería una despedida de soltero para mí, Marcos?

—¡Eso pasó un mes antes de tu boda, João Pedro! ¡Y estaba borracho y triste! —me defiendo.

—Uhum... —ironiza—. Borracho y triste. Lo recordaré para futuras referencias.

Me froto las manos en el rostro, decidiendo que realmente no quiero hablar de esto, porque una cosa llevará a la otra, y no estoy dispuesto a admitir todo lo que mis bolas azules implican.

—Olvídalo, João... Es solo... Que se joda.

—¿Este mal humor tiene algo que ver con tu futura esposa, Marcos? —Lanza un tiro certero y no soy lo suficientemente rápido para disimular mi expresión facial—. ¿Qué pasó?

—Lo que no pasó es la pregunta correcta. Ella dijo que no.

—¿Y desde cuándo querías que ella dijera que sí?

Río, disgustado, porque la respuesta a esa pregunta es la mayor de las contradicciones. ¿Desde cuándo quiero a Antonella? Desde que descubrí que ese uniforme gris era un verdadero objeto místico.

¿Desde cuándo quiero que mi esposa me diga sí? No tengo idea. No sé en qué momento crucé esa línea, pero sé que, ahora, estoy muy por encima de ella, y aunque todos los motivos para retroceder estén perfectamente frente a mí, simplemente no puedo.

—¡Mierda, Marcos! ¡Esto no tiene forma de salir bien!

—¿En serio? ¿Lo crees? —ironizo—. Dime algo que no sepa, ¡mierda! Por ejemplo, ¿cómo se supone que pase tres días, solo, en una isla privada con la puta mujer que me está volviendo loco sin siquiera mirarla!

—¡La puta madre, estás muy jodido!

—Sí, esta conversación simplemente no tiene sentido.

***

La música comienza a sonar y todos los invitados se ponen de pie. Y, como si el estado ansioso durante todo el día no fuera suficiente, mi corazón acelera en mi pecho. Trago saliva, mirando hacia la puerta en cuanto se abre. Sin embargo, no es Antonella quien pasa por ella, sino una mujer que no conozco, Gabi, Graza, Gra o algo así.

Honestamente, no le presto mucha atención.

Poco después, no puedo evitar sonreír cuando Isabella pasa por la puerta con un vestido grande que la hace parecer un pequeño pastel. Realmente me gustaría escuchar qué tiene que decir al respecto. Esa niña tiene una opinión sobre todo y cualquier cosa, y a sus tres años adora discutir. Sería una excelente abogada en el futuro. Isabella camina con pasos cortos, esparciendo pétalos de flores por donde pasa, y la puerta detrás de ella se cierra nuevamente.

La niña viene hacia mí y cuando llega al final del pasillo, una mujer completamente vestida de negro extiende la mano hacia ella,

pero ella la ignora y se detiene frente a mí. Entrecierro los ojos y giro ligeramente la cabeza. Isabella hace una señal con su pequeña mano, pidiéndome que me agache y lo hago.

—Hola, Marcos.

—Hola, Isabella. —Sus cejas se fruncen, poniendo una expresión confundida en su rostro.

—¿Por qué no me llamas Bella? —Sonrío, encontrando gracioso el momento en que pregunta.

—A partir de ahora te llamaré así, ¿qué pasa, Bella? —Sonríe, satisfecha.

—¡Estás bonito, Marcos! —me elogia, haciendo que mi sonrisa se haga aún más grande—. ¡Y mamá también! ¡Parece una princesa! Pero no como la princesa del dragón... No... —divaga, consigo misma—. Como la princesa del zapato de cristal. Quería contarte. Ahora voy a quedarme con la madrina —afirma, y se va hacia el lado del altar improvisado donde está la madrina elegida por Antonella. Frunzo el ceño, extrañado de que Isabella la haya llamado madrina, pero la música cambia y mi atención se desvía completamente hacia las puertas.

Respiro hondo y cuando se abren, el aire se queda atrapado en mi pecho porque dejo de respirar. ¡Mierda! ¡Está preciosa! Absolutamente, incontestablemente hermosa. Caminando sola, se acerca a mí y nadie podrá decir jamás que le falta algo a la imagen que es.

Su caminar, el mentón erguido, su porte... Isabella se equivocó, su madre no parece una princesa, domina el lugar como una maldita reina, y no hay nadie entre los más de doscientos invitados que no la admire como un verdadero súbdito, ni siquiera yo.

El vestido, tan diferente de lo que esperaba y al mismo tiempo todo lo que esperaba, no es convencional, no es blanco, no la hace parecer demasiado joven, ni demasiado inocente, no pinta a la mujer sumisa, dulce e invisible a quien le pedí matrimonio hace un mes, sino a la mujer decidida, feroz, sofisticada, sexy, caliente como el infierno, que ha estado quemando cada uno de mis neuronas, dejando mi cuerpo al borde del colapso y haciéndome obsesionado con cualquier oportunidad de tocarla, aunque sea solo por un segundo.

Y cuando me encuentro sonriendo, cualquier duda que pudiera tener sobre estar jodido es aniquilada. Una vez más, solo me queda la certeza.

Cuando me descubro sonriendo, cualquier duda que pudiera tener sobre estar jodido desaparece de inmediato, como tantas otras veces. Solo me queda la certeza.

Ella se acerca, mis ojos encuentran los suyos, y busco cualquier señal de inseguridad, miedo o indicio de que quiera desistir. No hay nada, ni el más mínimo rastro. Extiendo mi mano y Antonella la toma. Acortando los últimos pasos que nos separan, se detiene a mi lado, me sonríe discretamente, y todo mi cuerpo parece recibir el impacto de ese simple gesto. ¡Maldita sea!

—Estamos aquí reunidos... —empieza el juez de paz, pero nada, salvo el calor del contacto de la mano de Antonella, logra captar mi atención.

***

—¡Felicidades, hijo! ¡Felicidades! Que tu familia sea tan feliz como la nuestra siempre lo ha sido. —Mi madre es la primera en felicitarme al terminar la ceremonia. Recibo su abrazo fuerte y sus palabras dulces, mientras mi padre hace lo mismo con Antonella. No escucho lo que le dice, pero no tengo dudas de que es algo muy parecido a lo que acabo de oír.

—Gracias, mamá. —Beso su mejilla, y ella se aparta, cediendo su lugar a mi padre, quien me abraza casi de inmediato después de soltar a Antonella.

—Has tomado una decisión, hijo... Espero que la honres. —Asiento con la cabeza, incapaz de hacer una promesa en voz alta que sé que no cumpliré, al menos no como él espera.

La siguiente en felicitarnos es la madrina de boda, Grazi es su nombre, porque oigo decir a Antonella antes de que entregue a Isabella a su madre. Mi ahora hijastra se aferra a Antonella con brazos y piernas, como si fuera su costumbre. Su madre le da un beso en la mejilla y la pone en el suelo.

Para sorpresa mía, de Grazi y de su propia madre, Isabella camina hacia mí con los brazos extendidos. Miro a Antonella en busca de orientación, pero no tengo muchas opciones con tantos ojos sobre nosotros.

Levanto a la niña, sorprendido por lo ligera que es, y ahora soy yo quien es abrazado con fuerza por sus brazos y piernas. Isabella no dice una sola palabra mientras me abraza. Pero, ¿qué esperaba? ¿Que una niña de casi cuatro años me felicitara por el matrimonio? *No seas idiota, Marcos.*

—Ya puedes bajarme ahora —dice, haciéndome reír. Le hago caso y me doy vuelta, encontrando a Antonella abrazada a la madrina de boda.

La intimidad obvia entre las dos me parece extraña, porque estoy casi seguro de que Antonella me dijo que se conocieron recientemente. No recuerdo los detalles. Probablemente debería prestar más atención a lo que dice mi esposa. Esto se confirma cuando, en lugar de saludarme cordialmente, Grazi toma mi mano con un apretón firme, se acerca a mi oído y me amenaza.

—Te juro por Dios que, si lastimas a alguna de las dos, descubrirás que puedo ser muy cruel. —Luego se aleja con una sonrisa falsa en el rostro, como si no acabara de decirme semejante cosa.

Parpadeo, aturdido, mientras la observo alejarse con Isabella. Para mi suerte, la siguiente persona en la fila realmente no se da cuenta de mi distracción y me abraza sin ceremonias: João Pedro.

—¡Felicidades! —se burla en mi oído, y yo le respondo mandándolo al carajo—. Lo siento por ti, Antonella. Ahora tendrás que educar a dos niños —canturrea, y Eliza ríe, cubriendo su boca con una mano. Mi esposa me mira confundida, con las cejas levantadas, y yo desestimo el comentario con un gesto.

—Solo ignóralo. Tal vez así se vaya... He intentado eso durante treinta y dos años, aún no funciona, pero ya sabes, la esperanza es lo último que se pierde —digo, Nella se ríe, y João Pedro se acerca a ella cuando Eliza se aparta.

—No le hagas caso —le dice a Nella—. Soy el amigo. Quizás no hayas oído hablar de mí, pero créeme, yo sí he oído mucho sobre ti y lo bien que lo mantienes a raya. —Le guiña un ojo, y mi mandíbula cae con la audacia del desgraciado. Luego la abraza y le dice en un tono supuestamente bajo, aunque lo escucho claramente —. Sigue así.

Para ese momento, Eliza está soltando carcajadas, y yo quiero patearle el trasero hasta el otro lado del salón. João se aleja de Antonella, me guiña, da una palmada en mi hombro, rodea la cintura de su esposa con un brazo y se va como si no hubiera dicho nada fuera de lugar.

Ella me mira, con diversión escrita en todo su rostro. Abro la boca para decir algo, pero, ¿qué? Me ahorro el esfuerzo cuando el siguiente en la fila se acerca a felicitarnos, seguido del siguiente, y el siguiente, hasta que empiezo a pensar que la fila es interminable y nunca acabará.

Lo que parecen ser horas después, finalmente termina. Nos guían a la mesa central del salón, donde encontramos a mis padres, Isabella, Carmem, su esposo y la mujer que ahora sé que se llama Grazi, ya sentados.

Grazi entrega a Isabella, que ya muestra señales de sueño, a su madre y, aprovechando que Antonella está distraída, me lanza

otra mirada amenazante, confirmando que hablaba en serio en la fila de saludos. Frunzo el ceño, debatiéndome entre encontrarla divertida o completamente loca, pero decidido a averiguar quién es exactamente para mi esposa y mi hijastra.

Frunzo el ceño de nuevo cuando me doy cuenta de que esta debe ser la décima vez que me refiero a Antonella como mi esposa en mis propios pensamientos desde que terminó la ceremonia, y ni siquiera lo había notado. Es extraño, estaba seguro de que esa palabra sería amarga y me envenenaría poco a poco. Tal vez aún lo haga. Tal vez esté haciéndolo ahora mismo, porque, al final, los mejores venenos son aquellos insípidos, inodoros e incoloros.

Tengo dificultades para apartar los ojos de ella. Me doy cuenta cuando veo a mi padre sonriéndome con una mirada de admiración. Esto, probablemente, es resultado del veneno que corre por mi cuerpo. Suspiro, dejo que mis ojos vaguen por el salón, pero no sirve de nada. Antes de que lo note, ya están obsesionados con la imagen de la mujer a mi lado, al igual que mis manos, que insisten en tocarla en cualquier momento, en cualquier lugar.

—Es hora del primer baile de los novios.

Otra integrante del ejército de mujeres vestidas de negro se acerca y lo anuncia. Me pongo de pie, agradecido de tener algo que hacer además de fracasar miserablemente en mi intento de mantener furtivas las miradas hacia mi esposa. Ella conversa e interactúa con los invitados como si hubiera nacido para esto, invirtiendo completamente los roles que se suponía que debíamos cumplir. Era lógico pensar que ella estaría incómoda, no yo.

Aunque incómodo no es exactamente cómo me siento. Solo creo que hay demasiada gente aquí. Cualquier lugar que tenga a alguien más además de Antonella y yo, ya tiene demasiada gente. Y eso que sé que lo último que debería desear es estar a solas con mi joven esposa, porque esa es una pésima idea. Una idea mala. Una idea muy, muy mala, ¿no?

—¡Marcos!

Su voz me arranca de mis pensamientos y, sin esfuerzo, dirige mi atención hacia su rostro. Su cabello corto, medio recogido, medio suelto, coronado con una fina tiara de perlas. Su maquillaje impecable, sus labios tentadores. Bailar es una pésima idea. Una idea mala. Una idea muy, muy mala.

Ya tiene sus dedos entrelazados con los míos. Me levanto y ella hace lo mismo. Comenzamos a caminar. A nuestro paso, los invitados nos sonríen y nos lanzan cumplidos sutiles hasta que estamos solos, o al menos tan solos como es posible estar en un salón lleno, en el centro de la pista de baile.

—No me dejes caer —me pide. Recuerdo que, semanas atrás, me dijo que no era buena bailando.

—Nunca. —La palabra escapa de mis labios antes de que pueda detenerla.

La música resuena a nuestro alrededor. Es lenta, sensual. Quien la haya elegido sabía exactamente lo que hacía. Doy un paso más, acercando el cuerpo de Antonella al mío, rodeando su cintura con mis brazos. Ella hace lo mismo con sus brazos alrededor de mi cuello, y empezamos a movernos lentamente. Las sensaciones que

siempre acompañan su cercanía me golpean como olas, derribándome una y otra vez antes de que pueda protegerme.

—Marcos... —susurra. Solo entonces noto lo cerca que están nuestras bocas.

—Lo único que tienes que hacer es decir que no, Antonella. Una palabra. —El cálido susurro de su aliento sobre mis labios pone a prueba mi autocontrol, mientras mi corazón late ansioso por lo que lleva días esperando, desde la última vez.

Ha pasado demasiado tiempo desde que probé sus labios, su lengua, su sabor. Demasiado tiempo... El suave roce durante la ceremonia no sirvió de nada más que para recordarme lo que no tengo.

Espero con ansias que el silencio entre nosotros se prolongue. Y lo hace. Antonella no me rechaza, y olvido al mundo cuando mis labios se encuentran con los suyos. No es lento, ni sutil, y no debería hacerse en público, pero realmente no me importa. Tampoco parece importarle a mi esposa.

Mi lengua invade su boca, danzando con la suya, adorándola, implorando cualquier atención que ella esté dispuesta a darme. Soy recompensado con sus labios, dientes y saliva, siendo chupado, masajeado, saboreado de una manera que me obliga a interrumpir el beso. Aunque realmente quiero olvidarme de todos a nuestro alrededor, no puedo andar por mi propio matrimonio con la evidente erección que ahora lucha contra el ajustado pantalón.

Cuando aparto mi boca de la suya, los sonidos de aplausos, gritos y silbidos llenan mis oídos. Es como volver a la secundaria.

Ambos nos sonreímos en un momento que no debería sentirse tan bien como se siente. Después de todo, es mi boda. ¿Por qué todo parece tan correcto?

—Ejem... —Una tos fingida suena a mi lado, recordándome mi total distracción hacia cualquier cosa que no sea mi esposa. Me giro hacia el sonido y frunzo el ceño, confundido.

—¿Su Excelencia? —pregunto al encontrarme frente al juez Mario Machado.

—¿Puedo bailar con mi hija? —inquiere. Estoy a punto de preguntarle de qué está hablando cuando mis ojos se posan en Antonella. Está completamente pálida, blanca como un papel, como si hubiera visto un fantasma.

Inclino la cabeza, incapaz de encajar las piezas en mi mente porque simplemente no tienen sentido. Pero decido centrarme en Antonella, preocupado de que pueda desmayarse en cualquier momento.

—Nella... ¿estás bien? Quizás deberías sentarte —le digo, pero sus ojos parecen no ver nada más que al hombre que está junto a nosotros. Mis conclusiones, aunque absurdas, comienzan a aclararse. Pero eso no podría ser posible, ¿o sí? Antonella era la empleada de limpieza en mi casa. Nada de esto tiene sentido.

Como si al fin regresara de donde su mente había ido, sus ojos se mueven, parpadean, y toma una respiración profunda.

—¡No puedes estar hablando en serio! —escupe las palabras con un desprecio tal que tres certezas me golpean de inmediato.

La primera, en un mundo extraño, tiene sentido que Antonella, mi esposa y antigua empleada, sea hija de uno de los jueces federales más importantes de Brasil. La segunda, de alguna manera, yo no sabía nada de esto. Y la tercera, hay algo profundamente mal en todo esto, por el tono de repulsión en sus palabras.

Ahora, mi boda se siente exactamente como siempre pensé que debería sentirse: como algo absolutamente equivocado.

28.

ANTONELLA VALENTE

Cinco años. Cinco años de silencio, desinterés y abandono, y ahora él aparece así, como si fuera lo más normal del mundo pedirme bailar. Muevo la cabeza, incrédula, pero debería haberlo imaginado, ¿no?

La familia de Marcos es una de las más tradicionales en lo que respecta a la abogacía brasileña. Fue una estupidez de mi parte pensar que, porque no me conocían, no conocerían a mis padres.

Doy unos pasos hacia atrás, dejando claro que no tengo intención de que me toque, y sus ojos chisporrotean, exactamente como recuerdo que lo hacían en mi infancia.

—¡No vas a hacer esto aquí, frente a todas estas personas, Antonella! ¡Ya es suficiente vergüenza el haber entrado sola a la ceremonia! —exige, como si tuviera algún derecho a hacerlo.

Solo me doy cuenta de la lágrima cuando resbala por mi mejilla y cae sobre mi pecho. No es dolor, tristeza o resentimiento, ¡es ira! ¡Mucha ira! Maldita sea, puedo imaginar tantas cosas que quisiera decirle, empezando con un sonoro "¡Vete a la mierda!". En lugar de eso, levanto la cara con expresión despectiva.

—Tienes mucha cara de piedra, excelentísimo juez Mário Machado Rodrigues. —Sigo mirándolo con sorpresa y repulsión al mismo tiempo.

—Antonella, ¡cálmate! ¡No vas a avergonzarme de esta manera!

Un sonido de burla sale de mi garganta mientras una sonrisa amarga y triste se dibuja en mis labios.

—¡Mírame!

Sin pensar en nada más que salir de ahí, tomar a mi hija y desaparecer antes de que me vea obligada a enfrentar el otro fantasma de mi pasado, el que un día llamé madre, extiendo la mano hacia un Marcos atónito y le doy la espalda al hombre que me crió. Exactamente como un día él lo hizo conmigo.

No miro atrás, pero no necesito hacerlo para saber que mi padre no me sigue. Abandonarlo solo en medio de la pista de baile ya fue una herida más que suficiente para su ego frágil, jamás correría detrás de mí. El riesgo que corro ahora es ser acorralada por su esposa en algún rincón fuera de la vista de los demás invitados.

Camino con pasos moderados, aunque lo que realmente quiero es correr. Pero no les daré esa satisfacción. No más. Marcos camina a mi lado, sosteniendo mi mano con la suya, y no me atrevo a buscar su mirada, porque sé que me pedirá mil explicaciones que simplemente no tengo la capacidad emocional para dar ahora.

Llegamos a la mesa, y ni siquiera saludo a nadie. Ignoro las miradas inquisitivas y hago yo misma la única pregunta cuya respuesta me interesa.

—¿Dónde está Isabella?

—Ella se quedó dormida, y Grazi y Carmen la llevaron a la habitación —Giovanna se apresura a responder, probablemente leyendo en mis gestos el tamaño de mi desesperación.

Respiro aliviada, sabiendo que ella está bien, está segura, protegida, y lejos del alcance de quienes jamás serán llamados sus abuelos.

—Gracias —le digo y me giro hacia Marcos—. Vamos a despedirnos y podemos irnos —aviso, sin dejar espacio para discusión. Su ceño se frunce, después de todo, la fiesta apenas ha comenzado, pero asiente con la cabeza. Con el mismo gesto, me despido de sus padres, aún en la mesa, y aunque sus expresiones están llenas de confusión, nadie pregunta nada.

Empiezo a alejarme con el corazón acelerado en el pecho, de alguna forma sabiendo que mi presagio se va a hacer realidad, y voy a tener que verla. No quiero, Dios, no quiero verla. Ver a Mário fue malo, pero ver a Rosana va a ser mil veces peor.

Respiro hondo, caminando normalmente y manteniendo la cabeza erguida, pero antes de haber dado diez pasos, una mano grande y cálida toma la mía. Giro el rostro y encuentro a Marcos allí, a mi lado, y nunca imaginé que sentiría tanta gratitud por la presencia de Marcos Pedante como ahora.

Caminamos en silencio, aunque no dura mucho. Tan pronto como el pasillo termina y giramos a la derecha para llegar a los ascensores, aparece ante nosotros la figura alta, rubia, bien vestida y maquillada.

No puedo evitar que un estremecimiento recorra mi cuerpo al verla, es como si los últimos cinco años no hubieran pasado, como si todavía fuera una niña de diecisiete años, embarazada, negándome a abortar, y siendo expulsada de casa una noche de lluvia, sin nada más que la ropa puesta.

—Antonella...

—¡No! —me niego a darle la cortesía de cualquier otra palabra y sigo caminando, decidida a pasar por ella exactamente como lo que es, un fantasma.

—Mi hija...

—¡No te atrevas! —Las palabras salen más rápido de mis labios que mis propios pensamientos alcanzan a mi conciencia.

Aprieto mi mano libre en un puño, tratando de calmar el temblor violento que sacude mi cuerpo, necesitando la sensación de control sobre algo, cualquier cosa, aunque sea el dolor que siento al clavar mis propias uñas en la fina piel de la palma de mi mano.

—¡No soy tu hija, no eres mi madre! —Mi voz es sorprendentemente firme, a pesar de todos los sentimientos que se agitan y luchan dentro de mí—. No sé qué les pasó por la cabeza para pensar que era buena idea aparecer en mi boda, pero déjenme ser clara aquí: si no quieren un escándalo sobre un juez que intentó forzar a su hija menor de edad a abortar en las portadas de los periódicos mañana, desaparecerán de mi vista, desaparecerán de mi vida y olvidarán que existo, ¡o les juro por Dios que me acordaré de que existen y eso no va a ser bueno para nadie!

Cuando termino de hablar, los ojos de Rosana están muy abiertos y su boca queda abierta, shockeada por mis palabras, pero nada ha cambiado. Todo es exactamente como lo recordaba. Y una risa rabiosa sale de mi boca.

—¿Qué va a pensar tu marido... qué va a pensar él, Antonella? —comienza a tartamudear, pero, como siempre, en nombre de las apariencias, encuentra su voz, y las últimas palabras salen como si estuviera hablando del clima.

Muevo la cabeza, negando.

—Él no va a pensar, Rosana, ¡él va a saber! ¡Va a saber que para ustedes yo estoy muerta, y es mejor que siga así, porque para mí ustedes están mucho más allá de enterrados y nada va a cambiar!

Esta vez, cuando sigo caminando, ella se aparta, como si la mera posibilidad de tocarme fuera peligrosa. Paso por las puertas del ascensor, ya abiertas, con Marcos a mi lado, en completo silencio, y cuando las puertas de metal se cierran, aislándonos adentro, dejo que mi cuerpo se apoye contra la pared fría y cierro los ojos. Respiro hondo, tomando el aire por la nariz y soltándolo por la boca, el ardor en mis ojos es casi insoportable, al igual que las ganas de gritar.

Mantengo la cabeza agachada, enfrentando, una por una, mis propias emociones y sintiendo una necesidad imparable de tener a mi hija en mis brazos. No miro a Marcos, lo que él está pensando es solo otra de las muchas preocupaciones que rondan en mi cabeza. Pero, cuando el ascensor suena y llega al piso de la suite donde sé que está Isabella, levanto los hombros y alzo la cabeza.

Salgo del elevador. En pocos pasos, llego a la puerta del cuarto, Grazi me atiende. Por sus ojos bien abiertos, estoy segura de que ella me vio. Mi amiga me abraza, dándome el consuelo que solo ella podría darme. Murmura palabras cariñosas en mi oído, me dice que todo está bien, sin importar lo que piensen Carmen y Marcos, que están allí.

—¿Todo bien?

Se aparta de mí, colocando las palmas de sus manos sobre mis mejillas.

—¿Bella está bien? —pregunto, y ella asiente, diciendo que sí.

—No los vieron. Apenas los vi entrar, salí con ella. Creo que ellos tampoco me vieron.

—Genial.

Suspiro aliviada, beso sus dos manos antes de liberarlas y caminar hacia el interior del cuarto, donde sé que encontraré a Isabella, sin preocuparme por nada más.

Mi niña está acostada en la cama enorme, ya con el cabello suelto y un pijama con estampado de coronas y dragones. Me agacho junto a la cama, ya que mi vestido no es el mejor amigo de la movilidad, y acaricio su cabello, su mejilla, tomo su pequeña mano y suspiro, sintiéndome en paz solo por tocarla.

Por minutos, la observo mientras duerme. En silencio, disfruto de su presencia, su calor, su dulce aroma, y cuando me siento renovada, lista para enfrentar el mundo entero por ella, me levanto, le doy un beso en la frente, acomodo el cobertor sobre su cuerpo y

salgo del cuarto, sabiendo que afuera hay muchos leones que derrotar.

Y, demasiado pronto, me encuentro con el primero. Después de cerrar la puerta con cuidado, me giro y encuentro la sala de la suite casi vacía, Carmen y Grazi ya no están, solo está Marcos, sosteniendo un vaso de whisky al que mira, observando cómo gira el líquido ámbar.

—Bien, esposa, creo que ha llegado nuestra hora de hablar. —Expiro y camino hacia él. Sin ceremonia, le quito el vaso de la mano y lo vacío de un solo trago. Necesito un trago para poder tener esta conversación—. Ahora esto tiene mucho más sentido —murmura para sí, pero eso no me impide escucharlo.

Saboreo la bebida, dejo que inunde mi paladar, mi lengua y cada rincón de mi boca antes de arrancar.

—Hace cinco años, un mes después de mi cumpleaños número diecisiete, descubrí que estaba embarazada de cuatro semanas. Fue un gran regalo, ¿sabes? Un desespero como nunca antes sentí —digo, mientras camino hacia la barra y me sirvo un trago doble de whisky—. No tenía idea de qué hacer, cómo contarle a mis padres, qué pasaría después de eso, y mientras me recriminaba y trataba, en vano, de organizar mis pensamientos, mi mamá, por casualidad, entró al baño sin golpear y me vio con una prueba de embarazo en las manos y otras tres más delante de mí, todas positivas.

Tomo un sorbo de la bebida, pero no se compara con lo amargo que fue el recuerdo.

—Me dio una advertencia, me dijo que deshiciera las pruebas y que me iba a agendar una cita, porque una Machado Rodrigues no se embaraza a los diecisiete años —otro trago largo—. Cuando le pregunté qué pasaría si no quería, repitió exactamente la misma frase: una Machado Rodrigues no se embaraza a los diecisiete años. Al día siguiente, me negué a salir de mi cuarto cuando me llamó para ir al médico, me encerré adentro y solo abrí la puerta cuando vi el coche de mi papá llegando a la entrada. Corrí hacia él en cuanto lo vi entrar, segura de que me ayudaría a ponerle un poco de sentido a la cabeza de mi mamá. Llovía mucho esa noche. Parecía que el clima quería combinar con mi estado de ánimo. Estaba aterrada, arrepentida de mi inconsciencia, no tenía idea de cómo sería mi vida de ahí en adelante, pero ni siquiera podía concebir lo que mi mamá quería imponerme.

Bajo la cabeza, moviéndola de un lado a otro, casi sintiendo todo de nuevo, el miedo, el frío, la fatiga, todo.

—Le conté a mi papá, entre lágrimas y sollozos, esperando un abrazo y un "todo va a estar bien", pero en lugar de eso, escuché de su boca, con algo que se acercaba al asco, las mismas palabras de mi mamá y una elección: o yo daba mi palabra de que al día siguiente, a primera hora, estaría en la consulta médica, o salía por la puerta en ese momento para no volver jamás.

Río, disgustada.

—Nunca fue una opción real, ¿sabes? Simplemente no pude, no con ella. Aunque en ese momento no sabía que era niña, Isabella no tenía la culpa de mis acciones, y no podía. —El sabor salado se

mezcla con el amargo en mi boca cuando la primera lágrima recorre mi mejilla y llega a mi labio—. Entonces, me fui. Sin nada más que la ropa que llevaba puesta, bajo la lluvia, sola, embarazada y aterrada, busqué a la única persona que sabía que le importaba lo suficiente como para ayudarme, Grazi. Mi mejor amiga de toda la vida... Esa noche, sus padres no estaban en casa. Ella me recibió, cuidó de mí, me abrazó y lloró conmigo, luego me dio dinero y me alojó en un hotel. Nuestros padres eran amigos y no teníamos idea de cómo reaccionarían sus padres ante mi presencia en su casa. Dos semanas después, nos mudamos a São Paulo. Por casi cinco años, vivimos juntas mientras ella estudiaba en la universidad. Hace nueve meses, se graduó y tuvo que regresar al Río, y así fue como llegué a tu casa...

Después de soltar todo de una vez, finalmente miro a Marcos. Él me observa atentamente, y yo levanto las cejas, como diciendo "¡eso es!".

—Lamento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso, Antonella, lamento mucho que hayan tenido el derecho de aparecer aquí hoy, lamento mucho que hayas tenido que recordar todo esto, pero debiste haberme contado.

Río, niego con la cabeza y aparto la mirada.

—¿Por qué? ¿Qué cambiaría eso?

—Me mentiste. —La seriedad en su tono me hace buscar su mirada nuevamente—. Te pregunté antes de firmar el contrato si había algo importante sobre ti que debería saber, y me dijiste que no. Esto es importante, y lo sabes. Lo que significa que tomaste una

decisión, elegiste mentirme. —No hay acusación en su voz, ni decepción, es más como una advertencia, tal vez—. Si lo hubiera sabido, lo que pasó hoy nunca habría sucedido, ellos nunca habrían estado cerca de ti o de Isabella —asegura, y yo le creo. Parpadeo, confundida por la certeza que siento de que habla en serio—. ¿Quién es el padre de Isabella, Antonella? —vuelve a hacer la misma pregunta de semanas atrás. Yo inclino la cabeza, extrañada de que no me trate como un objeto frágil.

No es que quisiera eso, pero definitivamente esperaba que Marcos pensara que necesitaba espacio, tiempo para lidiar con la situación ridícula que ocurrió hace solo unos minutos, antes de hacerme preguntas o reproches. Pero me sorprende, y me gusta. Sonrío de lado, llevo, una vez más, el vaso de whisky a mi boca, y por fin, le doy exactamente la misma respuesta que antes.

—Yo soy el padre de Isabella, soy la madre, y todo lo que ella necesite.

—Antonella...

—No. Eso no va a cambiar.

Marcos sacude la cabeza, asintiendo.

—¿Y hay algo sobre ti que aún no sepa, pero debería saber, Antonella? —de nuevo, me hace una pregunta que ya me había hecho antes, y, como un *déjà-vu*, mi cabeza grita que sí, pero mis labios responden lo contrario, en un tono mucho más bajo.

—No.

—¿Estás segura? —refuerza, y mi pensamiento responde rápidamente con otro "¡no!". Lo mismo que mis labios dicen.

—¡Sí!

No sé por qué miento, lo que está hecho, está hecho, los papeles están firmados, el matrimonio está sellado. No importa más que Marcos descubra que nunca fui la mujer que él pensó que era. Aun así, niego, no solo una, sino dos veces, tres si contamos la primera vez, hace un mes.

Marcos entrecierra los ojos mientras me observa, investigándome, antes de asentir con la cabeza.

—Te dije que para que esto funcionara, necesitábamos ser sinceros el uno con el otro, aun así, más de una vez no lo fuiste. ¿Tu amiga? Me dijiste que la habías conocido recientemente.

—¿Y cómo se supone que te explique que mi mejor amiga es la heredera de un imperio tecnológico?

—No deberías haberme mentido sobre quiénes eran tus padres, para empezar.

—Tenía miedo —digo en voz baja, recurriendo a otra mentira para justificar las primeras. La expresión de Marcos cambia, como siempre pasa cuando le muestro mi lado vulnerable, que en realidad no existe—. Miedo de que lo dejaras todo si lo sabías. —Termino en un susurro.

—No lo habría hecho.

—Perdóname —me esfuerzo por decir, y él gira el resto de su bebida en el vaso una última vez antes de beberla.

—Está bien —responde.

—Está bien —repito, y el silencio intenta instaurarse entre nosotros, pero no lo dejo—. ¿Dónde están Carmen y Grazi?

—Regresaron a la fiesta, Grazi me hizo prometer que irías antes de viajar. —Me había olvidado del viaje. Expulso el aire de mis pulmones y cierro los ojos. La luna de miel.

—¿Es realmente necesario?

—¿Estás bien? —me responde con otra pregunta.

—Sí.

—Entonces, sí, lo es.

—Marcos...

—Tenemos un acuerdo, Antonella. Elegiste mentirme, ahora lidia con las consecuencias —avisa, y su tono no deja espacio para discusión.

—Estás enojado —afirmo.

—No creo que enojo sea la palabra correcta, pero no me gusta la sensación de haber sido engañado. Muchas cosas sobre ti empiezan a tener sentido ahora, pero otras tantas dejan de tenerlo.

Desvío la mirada.

—No te engañé.

—Sí lo hiciste. ¿Y por qué tengo la sensación de que sigues haciéndolo, Antonella? No soy una persona dada a intuir, pero esta es difícil de ignorar.

Su mirada me recorre de arriba a abajo, helándome la espalda, porque, a diferencia de las otras veces, en esta hay algo más que deseo, hay desconfianza. No debería importarme, pero me importa.

—Estás paranoico, y en realidad no quería dejar a Bella ahora.

Intento llevar la conversación a donde realmente quiero.

—Paranoico —repite la palabra, levantando una ceja en un interrogante silencioso al que no respondo, y finalmente cambia de tema—. Ella estará segura en casa, Antonella. —Otra vez ese tono que me hace creer que cada palabra que sale de su boca es verdadera—. Nadie que no esté expresamente autorizado pasará por esas puertas. Son solo tres días.

—Lo sé... yo... —respiro hondo—, está bien, lo haremos. Vamos a despedirnos y podemos irnos. No es como si a alguien le importara que no hayamos partido el pastel o lanzado el ramo, y realmente quiero salir de aquí.

—Perfecto, el helicóptero nos espera.

***

—Quédate tranquila, voy a visitar a Isabella todos los días. ¡Ella estará bien! —me dice Giovanna al abrazarme, y me siento agradecida. La madre de Marcos ha sido un amor conmigo desde que se dio cuenta de que su hijo realmente se casaría.

Recibí llamadas de ella casi todos los días después del almuerzo en su casa. La conversación siempre era muy tranquila, casi natural, y diría que Giovanna siempre demostraba un interés genuino en saber sobre mí, sobre el matrimonio, sobre Isabella. Incluso llegó a hacernos una visita. Y después de la situación ridícula que se dio hoy, es imposible no hacer una comparación mental.

Suspiro, aún en su abrazo, y cuando ella me suelta, la extraño. Retribuyo su sonrisa y agradezco, antes de ser abrazada por Joaquim, y luego por Carmen, quien me agradece por todo, asegurándome que Isabella estará muy bien cuidada en los próximos días. Asiento con la cabeza, porque sé que es verdad, pero eso no hace que la opresión que siento en el pecho por dejarla sea menor.

Miro a mi alrededor, intentando encontrar a Grazi, que no está a la vista. Al no encontrarla, dejo a Marcos con sus padres y voy a buscarla.

29.

MARCOS VALENTE

Ella mintió. Lo sé. Pero no tengo idea sobre qué.

—¿Qué pasó, hijo? —pregunta mi madre en cuanto Antonella se aleja lo suficiente para no escucharnos.

—Bueno... —suspiro, preparándome para dar la noticia de una vez —, Antonella es hija de Mário Machado Rodrigues.

Los ojos de mi madre se agrandan y la expresión de mi padre se endurece inmediatamente, porque ese no es un nombre cualquiera. El padre de Antonella es un juez federal muy reconocido y, aunque hasta esta noche no tenía información alguna sobre su familia, su trabajo en el ámbito jurídico federal es una gran referencia para cualquier jurista del país.

—¿Y por qué no la llevó al altar?

—¿Por qué nos estamos enterando de esto ahora?

Ambos hablan al mismo tiempo, expresando sus mayores preocupaciones con la noticia que acabo de darles, y pronto se nota la diferencia en sus personalidades.

—Antonella rompió la relación con ellos hace años, después de una situación muy delicada. No era... esperado... que él o su esposa asistieran —aclaro superficialmente, porque esa no es mi historia para contar. Mi madre frunce el ceño.

—¿Y cómo entró aquí?

—Una falla en la lista de invitados, sin dudas.

Una falla mía, que incluí todos los nombres importantes en las altas esferas de Brasil, sin saber que dos de esos nombres pertenecían a mis suegros, pero esa parte me la guardo.

—Qué situación… —murmura mi madre, y mi padre sigue en silencio. Hasta que ya no lo está.

—¿Por qué no vamos a tomar algo al bar? —Asiento con la cabeza, y mi madre, aunque sabe exactamente lo que está haciendo, no se opone. Nos alejamos de la mesa y rápidamente estamos de pie, apoyados en la barra mientras el camarero prepara los vasos—. ¿Qué no nos estás contando, Marcos?

—No es mi historia para contar, papá. —Dos copas sobre servilletas son colocadas en la barra, frente a nosotros, y tomo una, bebiendo el primer trago casi de inmediato.

—Tiene que ver con la hija, ¿verdad? —Suspiro. No es que sea muy difícil deducir la raíz del problema, basta con hacer cuentas.

—La echaron de casa.

—¡La puta que lo parió!

Me río.

—Hijos de puta, quieres decir, ¿no?

Niego con la cabeza, recorriendo el salón lleno de gente y esperando no encontrar ese rostro maldito, no respondería por mis actos.

—¿Cuántos años tenía?

—Diecisiete, tenía diecisiete años, y la echaron solo con la ropa que llevaba puesta.

—Ves a un hombre como él y nunca imaginarías lo que pasa tras las puertas de su casa. Nunca —comenta mi padre, sonando tan disgustado como yo.

—Es la historia de la sociedad, ¿no? Enmascarada en la calle, monstruosa dentro de su propia casa.

—Me alegra que no sea la historia de nuestra casa.

Bajo la cabeza, mirando al fondo de mi vaso. Y cuando la levanto de nuevo, toco la frente de mi padre con la mía, agradeciéndole en silencio por eso, por la historia de nuestra casa que fue completamente diferente a la de Antonella.

A diferencia de sus padres, los míos tuvieron muchos, muchos motivos para abandonarme, para juzgarme, para resentirse con la persona en la que me convertí. Aun así, nunca lo hicieron. Su apoyo y amor incondicional nunca me faltaron, y sé que nunca podría hacer lo mismo por nadie.

Sorprendentemente, la imagen de Isabella invade mi mente. Esa pequeña merece un padre como ese, y espero que, algún día, lo encuentre. Sonrío al recordar las palabras de Antonella: "Yo soy su padre…". Es cierto, Isabella ya lo encontró.

—¿Puedo unirme a ustedes? —pregunta João Pedro, y me aparto de mi padre con cariño. Poco después, él es abrazado por mi amigo.

—¡João, hijo! ¡Qué bueno verte! ¿Cómo va todo? ¿Cómo te trata la vida de casado? —pregunta Joaquim Valente con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Mejor imposible! —responde mi amigo, y observo la interacción entre los dos desde detrás de mi vaso.

—¿Y cuándo va a tener nietos este padrino?

—¿Por mí? Mañana. Pero Eliza no tiene la menor intención de tener hijos tan pronto, solo me queda esperar que cambie de idea.

—¡Así se habla! ¡Aprende, Marcos! —bromea mi padre, y yo pongo los ojos en blanco.

—¡Eso, Marcos! ¡Aprende de mí! —se burla João Pedro, y yo resoplo.

—¿Dónde está, por cierto? Todavía no la he visto.

—Con mis padres, la dejé conversando con mi madre.

—¿Y cómo van las cosas en Govêa?

—Todo bien por allá.

El CEO del grupo editorial Govêa asume la conversación y comienza a hablar sobre la fusión que están a punto de hacer. Basta con que pasen unos segundos para que decida que, definitivamente, la última cosa de la que quiero hablar ahora es de trabajo.

—Con permiso, voy a buscar a mi esposa —digo, ya abrazando a mi padre en despedida.

—¿Ves, padrino? ¡Aprende rápido! —comenta João Pedro, me giro hacia él, rascándome la nariz con el dedo medio. Él se ríe a carcajadas.

—¡Adiós, hijo de puta! —murmuro en su oído, le doy un apretón en el hombro y me alejo, buscando a Antonella con la mirada.

Recorro el salón de arriba a abajo una, dos, tres veces. Pero no la encuentro, y concluyo que solo puede haber ido al baño. Me pregunto cómo exactamente funciona la logística de usar el baño con ese vestido tan grande, pero pronto dejo de pensar en eso. No es como si me interesara demasiado, solo es una curiosidad.

Camino hacia los baños, pero casi veinte minutos pasan sin que vea ninguna señal de mi esposa. Frunzo el ceño, porque, por complicado que sea el proceso, no debería demorar tanto, ¿verdad? No, creo que no.

Salgo del salón. Probablemente, Antonella decidió echar un vistazo a Isabella, y la encontraré en el apartamento. Pero mientras camino hacia los ascensores, escucho voces conocidas provenientes del mismo pasillo en el que estuve escondido hoy, antes de la ceremonia. Parece que la he encontrado, después de todo.

Camino hacia las voces, pero me detengo cuando escucho la pregunta que solo puede ser de Graziella.

—¿Cómo reaccionó?

No debería escuchar esta conversación. Sé que no debería, pero con la posibilidad de descubrir algo que Antonella no quiere

contarme, esa sensación de certeza de que me está ocultando algo vuelve a golpearme con fuerza.

Entrecierro los ojos, acercándome despacio, esforzándome por no hacer ruido. Al diablo, si no tiene nada que esconder, seré solo un marido buscando a su esposa, y si lo tiene, ¿qué moral tendría ella para acusarme de algo? Ninguna, no después de asegurarse de que no me ocultaba nada y acusarme de paranoia.

—Mejor de lo que imaginé... Tal vez debí contar la verdad desde el principio... —responde Antonella, y yo asiento con la cabeza, de acuerdo. Sí, debió hacerlo. Las cosas habrían sido mucho más fáciles de tantas maneras…

—¿Qué, Nel? ¿Te da pena Marcos Pedante ahora? —¿Marcos Pedante? ¿Qué mierda es eso? Frunzo el ceño no solo por el apodo, sino por la naturalidad con la que lo dice, como si fuera algo usado constantemente—. Y tengo que admitir que tus habilidades de interpretación son mucho mejores de lo que esperaba, ¿segura que no tomamos clases de teatro en la escuela, Nel?

¿Interpretación? Siento un nudo en el estómago al darme cuenta de que estoy a punto de descubrir algo mucho más importante que una mentira pequeña. Cierro los ojos y llevo los dedos índice y medio a los costados de mi cabeza, apretando ahí, tratando de prepararme para lo que estoy a punto de escuchar. Pero basta con que se digan las palabras para que esté seguro de que no había nada que pudiera haber hecho para prepararme para ellas.

—Porque si lograste mantenerte como la dulce e inocente Antonella ante sus ojos, después de toda esa escena y de todo lo

que explicar eso implicó, ¡mierda! O eres muy buena, o él es un idiota. Tal vez un poco de los dos. —La amiga de Antonella vuelve a hablar, y pasa un tiempo hasta que la gravedad de la situación me alcanza, y cuando lo hace, aprieto las manos en los puños y rechino los dientes.

Una rabia como la que jamás he sentido gira y burbujea en mi pecho, estómago, y cabeza. La sensación que tengo es que puedo explotar en cualquier momento.

Antonella no solo me ocultó algo. Ella, deliberadamente, me engañó, actuó, fingió ser algo que no es. Y, de repente, todas las piezas sueltas del rompecabezas empiezan a encajar. Mi cuerpo se queda inmóvil, exactamente en el mismo lugar, no porque quiera seguir escuchando la conversación reveladora, sino porque parece que he perdido la capacidad de moverme.

—Sabes que no lo hice a propósito, ¿verdad? Porque por la forma en que hablas, parece que estoy engañando por pura diversión.

—Bueno, puede que no te estés divirtiendo, pero yo, sin duda alguna, sí. Ya te lo dije. Tu vida se ha convertido en mi novela favorita. ¡Tienes que ver la cara de idiota de Marcos cuando las puertas se abrieron y apareciste, gracias a Dios alguien lo filmó! Realmente necesitaba nuevas imágenes para el WhatsApp.

—¡Grazi!

—¿Qué? Te doy un mes, tal vez dos, hasta que él esté completamente rendido, enamorado, lamiendo el suelo por donde caminas. Y, por favor, Nel, no te atrevas a abrir esas piernas. Eres

como una vengadora de todas las mujeres que fueron víctimas de la maldad de tu marido. Me encantaría ver la cara que pondría si supiera que la dulce e inocente Antonella no tiene nada de dulce ni de inocente, y que usa esa excusa solo para no acostarse con él, cuando ya se habría acostado con medio São Paulo si hubiera tenido la oportunidad.

—Te juro que a veces...

—¡Marcos! —Una voz fuerte me llama, liberando mi mente del ciclo infinito de pensamientos en el que se ha sumido con cada palabra de la conversación entre Graziella y Antonella.

Pero no es solo por mí que el llamado hace esto, porque incluso antes de que pueda girarme, el rostro asustado de Antonella aparece en el pasillo, junto con su amiga. Sus ojos están desorbitados, su piel está pálida y su boca se abre y cierra sin decir nada, ahora ha decidido quedarse sin palabras. ¿Debería agradecer que esto haya pasado solo después de dejar claro lo idiota que fui?

Me río, sin nada de humor, al girarme hacia la voz que me llamó y encontrarme con nada menos que Eliza. La vida es realmente juguetona al elegir frotarme en la cara la esposa de mi amigo, a quien acusé injustamente de hacerme quedar como un idiota cuando la conocí, justo ahora, cuando me muestra que soy yo el mayor idiota de todos.

—Marcos... —La voz de Antonella suena desesperada, pero no le doy ni una mirada. Camino hacia Eliza, ignorando por completo el llamado de mi esposa.

—¿Todo bien? —le pregunto a la mujer que me mira confundida, probablemente por el trato hacia alguien que todavía tiene el vestido de novia puesto.

—Sí. Solo me pareció raro cómo estabas parado en el pasillo. Te llamé varias veces, pero no me oíste.

—Estoy bien, solo vine a buscar a mi esposa. —Ahora, me giro hacia ella, y ¡mierda! Los gritos de agonía en sus ojos me hacen sentir un poco menos miserable, casi nada, pero aún así algo—. Ya nos vamos. —Eliza mueve la cabeza lentamente, desconfiada, pero lo que dice no tiene nada que ver con eso.

—Está bien, que tengan buen viaje —dice, se acerca a mí y me abraza. Yo devuelvo el abrazo, sintiéndome más culpable que nunca por todas las acusaciones injustas que le hice. Ella besa a Antonella y se despide, dándose la vuelta y regresando al salón.

—Nel... —Es Grazi quien habla y yo apoyo las manos en la cintura, riendo de lo ridículo de mi situación. ¿Qué tan estúpido puedo ser, mierda?

—Estaré en el coche.

Todavía tengo la cortesía de avisar antes de salir, pero la voz de Grazi me detiene.

—Marcos, no te atrevas...

—¡No te atrevas tú! —aviso, apretando los dientes, tratando de controlar mi rabia, pero parece que ella está decidida a ser incontrolable. Aprieto las manos en puños y me doy la vuelta,

caminando en dirección opuesta a donde están las dos, aunque todavía escucho la advertencia susurrada.

—Nel, creo que sería mejor que no te fueras.

La hija de puta tiene la audacia de sonar preocupada, y me echo a reír, sin poder creer que algo así esté sucediendo.

—Claro, porque, obviamente, soy yo el peligro en esta ecuación. ¡Ah, no jodas, mierda! —digo, todavía mirando al frente, pero sin poder contenerme, me giro hacia Antonella y le apunto con el dedo—. Y si acaso lo has olvidado, firmaste un maldito contrato, porque al menos en eso, no fui tan idiota como para creer solo en tu palabra.

Me giro, saliendo sin mirar atrás.

Me tiro en el asiento de la limusina y llevo las manos a la cara. ¡Mierda, puta madre! Unos momentos después, se abre la otra puerta y escucho el susurro de la tela cuando mi *esposa niña* -me río a carcajadas de mi propia estupidez y me corrijo en mi mente-, mi esposa, *que habría tenido sexo con medio São Paulo si le hubieran dado la oportunidad,* se sienta a mi lado.

—Marcos, yo...

—¡No!

—Yo...

—No quiero escuchar tu maldita voz, así que haznos un favor a los dos y guarda tus mentiras para ti.

Con las manos en la cara, la escucho bufar indignada y bajo las manos, buscando su mirada hipócrita y preguntándome si alguna de las veces que la escuché gritar antes, estaba diciendo la verdad, o si también estaba mintiendo.

Al menos ahora, cuando me llaman idiota, no tengo la menor duda de que lo dicen en serio.

—Sí, sabes absolutamente todo sobre mí —respondo en voz alta, y ella gira la cara.

***

El camino hasta el helipuerto lo hago en silencio solo externamente, porque en mi cabeza hay una verdadera banda marcial tocando. Cuando las hélices del helicóptero empiezan a girar, levantando un verdadero viento, tengo la impresión de que las hojas perdidas en medio de ella están mejor que yo, porque en medio del infierno de darme cuenta de que Antonella pasó todo el último mes engañándome, está el hecho de que tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarla, cuando está tan cerca.

Está el hecho de que su olor se infiltró en mi nariz y compite, de igual a igual, con sus mentiras por espacio en mis pensamientos. Está el hecho de que mi deseo de tocarla parece aún mayor sabiendo ahora, que todas las veces que me alejaba, ella estaba actuando.

Debería quererla tan lejos de mí como la circunferencia terrestre permite que alguien esté lejos de otro, sin embargo, no puedo dejar de pensar que, si algo bueno salió de todo esto, es que

mi obsesión por esta mujer finalmente tiene un obstáculo menos en su camino.

Y, cuando el helicóptero aterriza y ella sale, una verdadera batalla ocurre dentro de mí. Una que involucra responder una sola pregunta: ¿qué tan lejos estoy dispuesto a llegar para sacar a Antonella de mi sistema de una vez por todas? Camino hacia fuera de la bestia de hierro y hélices y doy unos pasos detrás de Antonella hasta la única casa en la isla. El balanceo de sus caderas roba y mantiene cautiva la atención de mis ojos, y me maldigo por eso.

Ahora quiero tantas cosas, quiero gritarle, pero definitivamente también quiero cogerla hasta que todo lo que sus labios mentirosos sean capaces de decir, sea mi nombre. En el momento en que la puerta de la suite se cierra y los empleados de la isla quedan atrás, Antonella se aleja de mí, pero no dice absolutamente nada.

Camino de un lado a otro, a pesar de las casi dos horas que pasé pensando en esto de São Paulo hasta aquí, desentrañando cada momento en que Antonella parecía ser más de lo que veía en ella. Cada mirada. Cada frase imperativa. Cada acción decidida. El recuerdo de la noche del evento benéfico asalta mi memoria como un ladrón de bancos inexperto.

Viene sin cuidado ni discreción, tocando cada nervio e inundándolos con su presencia. Su respuesta cuando comenté que ella estaba diferente, su postura ante personas importantes, su altivez y confort con los temas que se tocaban, siempre fue la maldita reina jugando conmigo, y yo no lo vi.

Sin permiso, los recuerdos de su toque me golpean con más violencia que los de su comportamiento. Recuerdos de cómo sus ojos escandalosos me ordenaban, de cómo, sin decir una palabra, me hizo su esclavo, y yo obedecí rápidamente a cada uno de sus mandatos. Y, por último, y mucho más amarga que cualquier otro recuerdo, viene a mi memoria cómo ella huyó, dejándome atrás, miserable, creyendo haberme aprovechado de mi inocente prometida.

¡Ah, mujer maldita! Momentáneamente, la rabia se sobrepone al deseo de devorarla en mi lucha interna, creciendo en olas gigantes. Y, como si respondiera a una llamada, el deseo reprimido y negado durante todo el último mes cobra fuerzas, transformándose en algo mucho mayor que tsunamis. No puedo medir su magnitud ni siquiera con un fenómeno arrasador de la naturaleza.

Los días de miradas robadas, los recuerdos de los toques intercambiados y toda su presencia agobiante, todo me desestabiliza, me vuelve loco y desesperado, hasta que rompo el silencio en una explosión que no sé si es más rabia, deseo o desesperación.

—¿Qué tan divertido fue esto, Antonella? ¿Hacerme pasar por un payaso? —grito, deseando inmovilizarla contra la pared. Abro y cierro las manos, camino de un lado a otro, ansioso por un control que no tengo.

—Marcos...

—¿Marcos qué? ¡No te atrevas! ¡No te atrevas, porque nada de lo que sale de tu boca es verdad! —acuso, respirando

pesadamente y sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Eres una maldita actriz y yo, un estúpido, un idiota! ¡Descarada de mierda! ¿Isabella es realmente tu hija, Antonella? ¿O forma parte de todo este show tuyo? —suelto las últimas palabras sabiendo que la pregunta no tiene el menor sentido, no después de todo lo que nos ha llevado a estar justo donde estamos esta noche.

Sin embargo, no me importa. Todo lo que quiero es que ella se sienta tan desestabilizada como yo, quiero que se sienta usada, engañada, y, en ausencia de esa posibilidad, utilizo la única arma que tengo.

Antonella me entrega una reacción que ni siquiera se acerca a lo que necesito, jadea, teniendo la desfachatez de sentirse ofendida. Su cuerpo se erige, su mirada se alza y camina hacia mí con una postura austera que finalmente hace juego con sus ojos, haciéndome preguntarme cómo pude ser tan idiota. Me río, porque ahí está, ahí está la puta mujer que no puede darme paz ni cuando descubro que me engañó todo el tiempo desde que la conocí.

—¡No te atrevas! —grita, con el dedo apuntándome—. ¡No te atrevas a meter a mi hija en esta conversación, porque ella no tiene nada que ver con tu prepotencia!

—Ah, entonces el problema no son tus mentiras, ¿es mi prepotencia? —pregunto, riéndome de su cara dura—. ¡Tu cinismo es increíble!

—¡Y tu arrogancia también!

—¡Descarada! —acuso, dando un paso hacia ella.

—¡Cretino! —rebate, dando un paso hacia mí. Niego con la cabeza la osadía de esta mujer.

—¡Mentirosa! —doy otro paso, y ahora lo único que nos separa es uno más.

—¡Pedante! —grita, eliminando por completo la distancia entre nosotros. Respiramos entrecortadamente.

Nuestros ojos libran una batalla infinita en el espacio de un segundo y, entonces, mis manos, mis brazos y mi boca están en ella.

El beso. El maldito beso que no me dio paz desde la primera vez que probé esa boca, hace semanas. No es como lo recordaba, es mejor, mucho mejor. Antonella no se entrega, es exigente, su lengua baila en mi boca, ofreciendo su propio espectáculo, mostrando sus deseos y no dejando espacio para que haga otra cosa que no sea cumplirlos.

Agarro su cuerpo con fuerza, deleitándome en sus curvas, y otra vez, con su boca en la mía, su cuerpo en el mío, con su presencia y su olor inundando cada pedazo de mí, no queda espacio en mi mente para nada más que mi deseo por ella. Y, esta noche, no va a huir de mí ni por el maldito infierno.

—¡Pídemelo! —ordena, todavía con la boca en la mía—. Si quieres meterme la verga, Marcos, ¡Pídemelo! —Sus ojos brillan de deseo y provocación, sus uñas raspan mi nuca, arañando, dejando una ardorosa sensación, y su respiración agitada sopla sobre mis labios y mi barbilla.

—¡Ni por casualidad! —gruño entre dientes, antes de morder su labio inferior con fuerza y jalarlo hacia mí. La perra se frota contra mi cuerpo y gime, disfrutando de la brutalidad. ¡Puta madre!

—Entonces lo lamento mucho por ti —murmura en el tono meloso que me engañó durante semanas y parpadea, representando de nuevo a la niña tímida, ¡qué idiota fui!—. Por los dos, en realidad —comenta como si no le importara el deseo descontrolado que nos envuelve. Se aparta de mis labios y hace como si fuera a alejar su cuerpo también.

—Antonella, ¡no me pongas a prueba! —digo entre dientes, apretando más mis brazos alrededor de su cuerpo, y sus ojos se encuentran con los míos, desafiándome.

—¿O qué? —provoca, pasando la lengua lentamente por sus labios—. Si quieres cogerme, Marcos, tendrás que pedírmelo. —Se acerca a mi oído y muerde con fuerza el lóbulo de mi oreja, ¡puta madre! Trago el gemido que se me escapa por la garganta, negándome a darle ese placer—. Porque, si se te ha olvidado, fue tu arrogancia de mierda la que puso en nuestro contrato de matrimonio que las interacciones sexuales solo ocurrirían después de la expresión verbal de consentimiento de ambas partes. Tu estúpida prepotencia que pensó que yo te rogaría para que me la metas. —Chasquea la lengua, vuelve los ojos hacia los míos y mueve la cabeza de un lado a otro—. Eso no va a pasar, Marcos. Si alguien va a rogar aquí, vas a ser tú. ¡Pídemelo! —La sonrisa en su boca es la más hermosa que le he visto. La maldita me vuelve loco sin dejar de sonreír.

—Si meto la mano en tus bragas ahora, Antonella, ¿no te encontraría empapada? —gruño en su boca, cabreado por sentirme consumido, mientras ella sigue siendo la dueña de cada una de sus palabras y provocaciones.

—Hazlo. —Arrastra cada letra de la palabra y toca la punta de su lengua en mis labios—. Si metieras la mano en mis bragas, me encontrarías toda mojada, babeando por tu verga, deseando sentir que me la metas, rápido. —Pausa, dejándome imaginar cada una de las imágenes que acaba de pintar en mi mente con sus palabras arrastradas—. Deseando gritar tu nombre cuando me hagas acabar una y otra vez —otra pausa, y ella chasquea la lengua una vez más, desinteresada—, pero no vas a meter la mano en mi pantalón, marido. —Escoge las palabras con un maldito cuidado para volverme loco y dice la última lentamente, saboreándola y odiando cada segundo, sus ojos me lo dicen—. ¡Solo si me lo pides, Marcos! Pídemelo. ¡Pídeme cogerme! —ordena y, como un maldito títere manipulado por sus labios, obedezco.

—¿Me dejas cogerte, Antonella? —Su sonrisa se vuelve enorme, indecente, a medida que bailo su música—. ¿Me dejas chupar todo tu cuerpo, darle nalgadas a tu culo y luego lamerte el clítoris? ¿Me dejas maltratar tus tetas y acabar dentro de tu vagina? ¿Me dejas, putita? —digo, entre dientes, sintiéndome más cerca del límite con cada palabra, ella permanece en silencio varios segundos, torturándome, y finalmente, responde.

—Te dejo.

30.

ANTONELLA VALENTE

Marcos no espera ni un segundo más, su boca devora la mía en el instante en que suena la última sílaba del permiso, ¡y me encanta, carajo! Por fin.

Extiendo mis manos sobre su nuca, tirando de él hacia mí, besándole con labios, dientes y lengua, sintiendo y disfrutando del sabor que me ha estado atormentando durante semanas, por lo que ya he tenido de él, por lo que he querido tener y sin embargo me he negado. El sabor que me había estado atormentando por su jodida imposibilidad. Y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, no es más que humo.

Sus manos buscan desesperadamente la cremallera de mi vestido. Las mías tienen la misma urgencia por arrancarle la chaqueta, lo que hace que la tarea de desvestirnos el uno al otro sea mucho más complicada de lo que debería.

Tiro la tela oscura y gruesa, mis dedos empiezan a desabrochar los botones de su camisa sin molestarse siquiera en el moño que lleva al cuello, pero antes de que hayan terminado el trabajo que estaban haciendo con la pericia de un especialista, mi cuerpo es puesto boca arriba y presionado contra la pared sin ninguna delicadeza.

Marcos encaja su cara en la curva entre mi hombro y mi cuello y muerde la piel tensa. El hijo de puta muerde con fuerza, y yo gimo, moviendo el culo, frotándome contra su erección, deseosa de hacer mucho más que eso.

—¿Estás compitiendo por el premio al desvestidor más lento, Marcos? —Me burlo.

Su mano cae sobre mi culo con una fuerza que me hace sentir el impacto incluso bajo las muchas capas de tela de mi vestido de novia. Grito, sorprendida y encantada por el áspero contacto.

Después de lo que parece una eternidad, los tirantes del vestido se deslizan por mis brazos, la tela se acumula en un charco que me cubre hasta la mitad de las pantorrillas y finalmente Marcos me toca piel con piel.

De nuevo, mi cuerpo se gira y veo su rostro. Totalmente perdido, enloquecido por el deseo, sus ojos devoran mi torso desnudo y sus dedos se extienden inmediatamente y aplastan uno de mis pezones. Aprieto la espalda contra la pared mientras mi cuerpo se deja llevar por las sensaciones de sus caricias.

Mis ojos brillan y me quedo con la boca abierta. El gemido pasa a través de ella, entrecortado, y alargo la mano, agarro su cinturón y lo desabrocho. Luego vuelvo a desabrocharle los botones hasta dejarle la camisa completamente abierta y, por último, le deshago el nudo de la corbata y la tiro al suelo.

Recorro con la mirada cada milímetro de su cuerpo, paso las yemas de los dedos por su pecho firme, acerco la boca y lamo la piel caliente. Los dedos de Marcos se infiltran en las raíces del pelo de mi nuca, tirando y empujando mi cabeza en movimientos alternados, mientras mi lengua se extiende y saborea su sabor.

Jadea cuando le chupo un pezón y me aparta. Invirtiendo nuestras posiciones, acerca su boca al pezón de uno de mis pechos, lo chupa y sigue aplastando el otro entre sus dedos. Toda mi piel

hormiguea y vibra, ávida de más y más de las sensaciones que azotan mi cuerpo, de más de su calor, más de la dureza de sus manos, de la humedad de su lengua.

Mi vulva, empapada, se retuerce dolorosamente anticipando la caricia mientras sus dientes se hunden ligeramente en mi sensible pezón, enviando oleadas de placer directamente a mi clítoris. Marcos levanta la cabeza, cruza su mirada con la mía y deja de tocarme.

Sus manos bajan hasta los pantalones. Una de ellas se mete en el bolsillo, saca la billetera y un preservativo, antes de dejarla caer al suelo junto con la chaqueta. Aprieta el paquete entre los dientes y se arranca la camisa abierta del cuerpo. Sus brazos fuertes y musculosos se flexionan, dejando las venas abultadas y los músculos evidentes.

Mi boca saliva, ansiosa por probarlo entero, y me relamo los labios. Marcos sonríe y mueve la cabeza de un lado a otro, parece saber exactamente lo que quiero y lo niega.

Segundos antes de que libere su deliciosa verga de la tela, mis ojos se fijan en el arrogante bulto de su bóxer negro. Solo para que yo lo vea, Marcos lo masajea con lentos movimientos de vaivén antes de deslizar el preservativo sobre la gran cabeza, las venas salientes, el impresionante grosor de la verga y la absurda cantidad de saliva que aumenta en mi boca. Me muerdo el labio inferior, gimiendo, ansiosa por sentirlo, y aprieto los muslos. Me siento loca de necesidad.

—¡Voy a cogerte ahora, esposa, y será mejor que te contengas!

En cuatro rápidos movimientos, me arranca las bragas, me agarra de los muslos y me levanta del suelo. Cruzo las piernas alrededor de su cintura, hundo los dedos y las uñas en sus hombros. Siento su verga hurgando en mi entrada, encajando. Cuando está en el lugar adecuado, Marcos empuja con fuerza al mismo tiempo que tira de mi cuerpo hacia abajo.

La invasión es violenta, rápida, deliciosa de un modo inexplicable. El gemido que se escapa por mis labios se niega a terminar, incluso cuando ya estoy completamente llena. Pega su frente a la mía, exhala por la boca e invade mi nariz con su aliento caliente.

Su peso me abruma, apretando mi cuerpo completamente desnudo contra el suyo. En respuesta, clavo los talones en su culo y me empujo hacia arriba, ansiosa por tenerlo moviéndose dentro de mí.

Marcos me aprieta la espalda contra la pared, sujetándome, y me penetra. Caliente, rápido, fuerte y duro, tal como dije que me moría que me cogiera. Cada embestida me saca de la gravedad, me vuelve loca, me hace revolcarme y gritar.

Froto mis pezones contra su pecho, le tiro del pelo, lo empujo aún más contra mí con las piernas. Es todo. Es demasiado. Es jodidamente delicioso, y grito y tengo espasmos cuando el orgasmo más rápido que he tenido en mi vida me golpea y me desgarra de punta a punta. Me falla la respiración y, con ella, la voz, pero a mi cuerpo no le importa. Sigue moviéndose, desesperado por conseguir más y más de lo que sea que esté consiguiendo.

Marcos gruñe y sisea roncamente, sus dedos se hunden en la carne de mi culo con tal fuerza que es imposible no dejar marca. El sudor ya corre por su piel dorada y yo me rindo, completamente abandonada en sus brazos, cabalgándolo, deslizándome arriba y abajo.

Su lengua invade mi boca, lamiendo y chupando con avidez. Justo cuando creo que no voy a poder sentir más de lo que ya siento, el dedo de Marcos rodea mi culo, probando la entrada, y yo empujo hacia abajo, tragándomelo también.

—¡Mierda, Antonella! ¡Puta madre! —ruge, antes de beberse de nuevo mis gemidos y, al ser penetrada dos veces, me acabo en espasmos mucho más intensos que la primera vez. Poco después, Marcos me sigue, eyaculando dentro de mí hasta que no queda ni una gota que no le haya robado.

—Esta será la primera y la última vez —dice, jadeando.

—La primera y la última vez —asiento, igual de jadeante.

—Genial, ¿por dónde quieres empezar? ¿En la ducha o en la bañera?

—Pensé que nunca lo preguntarías.

***

Abro los ojos y encuentro un techo blanco y limpio sobre mí. Una brisa cálida y húmeda toca mi piel desnuda, siento el cuerpo adolorido, pero aún somnolienta, me muevo sobre las sábanas, estirándome. Choco contra algo suave y caliente, frunzo el ceño y giro la cabeza, casi me ahogo al encontrarme con Marcos completamente desnudo, durmiendo a mi lado.

Lo hice. Realmente lo hice. Quiero darme un golpe y felicitarme al mismo tiempo, porque sé que fue un error. Un error enorme, adornado con flores y neones parpadeantes. Muerdo el labio y me apoyo en los codos. Mis ojos se fijan en la imagen del hombre durmiendo serenamente, el maldito es guapo, arrogante, prepotentemente guapo. Y delicioso... Tan delicioso...

Y supo darme exactamente lo que quería, lo que necesitaba. De repente, me doy cuenta de que me convertí en el mayor cliché de la literatura. Quiero reír. El sexo que no puedo tener resulta ser el mejor de mi vida, y la razón de eso son motivos sobre los que no quiero pensar.

Paso las manos por mi rostro. No quiero pensar que la ira hizo que todo fuera una delicia. No quiero pensar que la tensión acumulada durante semanas fue la responsable de la explosión que ocurrió en cada rincón de este cuarto anoche, pero que, de manera contradictoria, fue la confianza que he estado construyendo con Marcos la que hizo que todo fuera exactamente como fue.

Sin barreras. Sin mentiras. Liberador.

Casi sin mentiras. Escucho mi propia mente corrigiéndome y empujo esa ansia moralista a un lado. Ahora, Marcos sabe todo lo que le corresponde saber sobre mí. Lo que no sabe no tiene derecho a saberlo, y debo admitir que, hasta que él me tocó y pude reaccionar exactamente como quería, no tenía idea de que fingir ser alguien que no soy me estaba haciendo tanto daño.

Un escalofrío recorre mi espalda al recordar las sensaciones de anoche, y siento cómo mi vagina se contrae. Acostado de

espaldas, Marcos tiene el pene semierecto, orgulloso, grueso y con la cabeza grande completamente visible. Es de esos penes que inspiran consoladores de goma, bonitos.

Salivo con el recuerdo de tener mi boca llena de él, muerdo el labio, llena de deseo. Las puntas de mis dedos hormiguean, no puedo resistir, me doy vuelta en la cama, apoyo mi frente contra su costado y deslizo la mano suavemente por su pecho firme, por su abdomen marcado, hasta llegar al pubis. Mi esposo ni siquiera se mueve.

Sigo con mi exploración. Acaricio la ingle, los muslos, paso el dorso de la mano por su verga y la aparto. Ya sin poder controlarme, me arrastro por la cama hasta quedar a la altura de sus caderas. Me arrodillo, dejando su cuerpo entre mis piernas, y toco su piel con la punta de la nariz. Él se mueve ligeramente, y yo sonrío, traviesa, adorando la idea que parece aún mejor de lo que era en mi cabeza.

En un movimiento rápido, mi lengua recorre todo su miembro erecto, desde la base hasta la cabeza, lo succiono ligeramente. Mi esposo gime bajo. Esto está muy lejos de dejarme satisfecha.

Bajo la boca, tragando su verga lentamente, succionando, recorriéndolo con la lengua. Cuando su punta llega al fondo de mi garganta, trago, y Marcos gime fuerte. Succiono con fuerza, dejando las mejillas hundidas, deslizo su deliciosa verga fuera de mi boca, alzo la mirada y encuentro sus ojos fijos en mí.

—¡La puta madre! —Una mano se introduce entre mis cabellos, y repito los movimientos una y otra vez, hasta que Marcos

está penetrando mi boca, desesperado por el orgasmo—. ¡Así, putita! Chúpamela toda, ¡carajo!

Aumento la intensidad, succionando, lamiendo y tragando. El apretón de Marcos en mi cabello se vuelve más fuerte y, con un último embiste, eyacula en el fondo de mi garganta. Trago cada gota. Su mirada no pierde ninguno de mis movimientos. Cuando me siento sobre sus caderas, no puedo evitar pensar lo guapo que es ese cabrón.

Su rostro, aún somnoliento, tiene las mejillas sonrojadas, el pecho sube y baja de forma descompasada, su cabello está desordenado, y los rayos del sol que se filtran por la ventana le dan un tono dorado como nunca antes lo habían tenido.

Una de sus manos se desliza desde mi cintura hasta mis tetas. Primero recorre ambos, excitando la piel. Luego, el pulgar roza uno y juega con el pezón. Marcos se sienta en la cama, dejándome en su regazo.

La boca viene hacia la mía, muerde mi labio. La nariz acaricia mi rostro, cuello y hombro. El brazo rodea mi cintura.

—Es mi turno —declara y, antes de que pueda darme cuenta de lo que pasa, estoy acostada en la cama, con las piernas abiertas y la cabeza de Marcos entre ellas.

***

—Realmente necesitamos levantarnos y comer algo que no sea uno al otro —murmuro, horas después, cuando mi estómago ruge de hambre. Marcos se ríe. Miro su rostro hermoso y sonriente.

Tal vez este sea un buen momento. Entrecierro los ojos, investigando.

—No quiero hablar.

Arruina mis planes con la advertencia antes de que pueda decir algo.

—¿En serio, Marcos?

—En serio. —Su tono es relajado, casi desinteresado—. Y si insistes, me encierro en uno de los otros tres cuartos por los próximos dos días, lo cual sería una pena, porque realmente me gustaría meterte mi verga en cada rincón de esta isla antes de que nos vayamos. —Los dedos recorren mi brazo con suavidad, en una provocación descarada.

—¿Eso es todo? ¿Nos montamos como animales, no hablamos, ni resolvemos nuestros problemas? Entiendes que ahora estamos casados, ¿verdad?

Marcos quita mi pierna de sobre la suya y parece levantarse. La relajación y desinterés de hace unos segundos desaparecen. Pero soy más rápida, giro el cuerpo y me acuesto sobre él.

—¡Eres un niño consentido! —acuso.

—Y creo que ya extraño cuando fingías ser lo que no eres. —Sonríe—. No voy a tener esta conversación ahora, Antonella. Así que puedes elegir cómo quieres pasar los próximos días: con orgasmos y sin tocar esos malditos temas, o sola y sin tocar esos malditos temas. —Resoplo, pero en lugar de responderle, beso su boca y muerdo su labio inferior con fuerza—. Dulce como un limón —

murmura, chupándose el propio labio para aliviar el dolor cuando lo suelto.

31.

ANTONELLA VALENTE

—¡Hola, mi amor! —Sentada en el suelo de la sala de la casa, hago una señal a Isabella por videollamada, y ella sonríe, emocionada de verme a través de la pantalla.

Bueno, tal vez decir "casa" sea un exceso de mi parte. Rodeada de vegetación y mar, la construcción es inmensa, imponente, y su arquitectura mezcla elementos contemporáneos y clásicos. Marcos no se molestó en darme un recorrido. Así que caminé por ahí hasta que me sentí satisfecha.

Son tres pisos, diez suites, ocho baños, seis salas, un área externa con piscina, sauna, hidromasaje, área gourmet y acceso directo a la playa, además, por supuesto, del helipuerto y un pequeño muelle. En otra situación, disfrutaría mucho más de este lugar. Una en la que Isabella estuviera aquí conmigo, para empezar.

—¡Mamá! ¡Cambiaste de lugar con la madrina!

Me río. Su lógica infantil tiene todo el sentido, ya que, hoy, Grazi está a su lado, y yo estoy detrás de la pantalla de un celular, literalmente, una inversión de roles.

Después de toda la situación en la fiesta de bodas, mi amiga no quiso dejar a Isabella. La única razón para esto, en principio, era no poder explicarle a Marcos mi confianza en alguien que teóricamente acababa de conocer.

Si eso ya no era más un obstáculo, me avisó por mensaje que al día siguiente llevaría a Bella a su departamento. Esta mañana, llamé a Carmen, autorizando todo.

Confío plenamente en Carmen, pero sé que Bella se va a sentir mucho más cómoda pasando los días con la madrina, y eso fue lo que le expliqué a la señora que se había ofrecido tan amablemente. Ella, una vez más, fue extremadamente comprensiva y atenta, pidiéndome que le avisara a Grazi que, ante cualquier necesidad, ella estaría disponible.

—Sí, mi vida, pero solo por un ratito, ya mamá volverá para llenarte de besos. ¡Cuéntame! ¿Qué hiciste hoy?

—¡Comí helado en la cena!

Me delata a su madrina sin pensarlo, y yo abro la boca, indignada.

—¡Graziella!

—¿Qué? ¡Soy la madrina! ¡Es mi trabajo malcriar a tu hija! — Se defiende con la mayor desfachatez del mundo, y yo niego, sin poder creerlo. Mira, sinceramente…

—¡Me frustras, Grazi! ¡Me frustras! Si tiene dolor de barriga en la madrugada, la noche perdida va a ser toda tuya, ¡toda tuya! — refunfuño, sin sentirme ni un poco aliviada con eso, porque, para empezar, no quiero que mi hija tenga dolor de barriga.

—¡No seas dramática! ¡Solo fue un heladito!

—Mamá, ¿dónde está Marcos?

Bella interrumpe la conversación de la madrina, y Grazi pone los ojos en blanco.

—Está tomando una ducha, mi amor.

—¡Quiero verlo! —Anuncia, y yo me río.

No se puede decir que Marcos e Isabella se hayan hecho amigos el último mes, pero aunque él mantenga cierta distancia, Bella ya lo considera parte de su rutina.

Su adaptación a esta nueva realidad me hace feliz, pero no puedo negar que también me aprieta el pecho. Después de todo, aunque sea en dos años, todo esto cambiará de nuevo.

—Si todavía está en el baño cuando te toque dormir, mañana hablas con él, ¿está bien?

—¡Está bien! ¿Y tú, mamá? ¿Qué hiciste hoy?

La pregunta me toma por sorpresa, y tardo un poco en ocultar la respuesta que inmediatamente aparece en mi rostro. No es que a Isabella le importe o lo haya notado, pero a Grazi…

—¡Hija de pu…!

—¡Graziella! —grito, antes de que ella diga una grosería al oído de mi hija, y sus ojos se entrecierran, acusándome.

—¡Eres increíble!

Desvío la mirada.

—¡No voy a tener esa conversación contigo por videollamada!

Recuerdo que casi fueron las mismas palabras de Marcos, y chasqueo la lengua.

—¿Qué vas a hacer mañana, tú y la madrina? —pregunto a Isabella, ignorando completamente la cara de disgusto de Grazi.

—¡Vamos al parque!

—¿De verdad?

Abro la boca, fingiendo estar dramáticamente sorprendida, y la puerta detrás de mí se abre.

—¡Marcos! —grita Isabella.

—¡Puta madre! —refunfuña Grazi.

—¡Graziella! —regaño, y giro el cuello, encontrando a Marcos solo con una toalla enrollada en la cintura. Cierro los ojos, ahora la reacción de mi amiga tiene mucho más sentido.

—Marcos, ¿qué hiciste hoy?

Isabella pregunta antes de que él se acerque a la cámara. Sorpresa por sorpresa, Marcos parece tener la misma reacción inmediata. Se queda callado, y Graziella emite un sonido de disgusto desde su garganta.

—Tu madre y yo jugamos a algunos juegos. —Es la respuesta tonta que él da.

Bajo la cabeza y frunzo el ceño en un "¿en serio?" silencioso, que él ignora mientras se acerca a la cámara, mostrando solo parte de su pecho desnudo y su rostro.

—¿Juegos? ¿Como los de las princesas? ¿En el celular? —pregunta Isabella, y los labios de Marcos se fruncen, pensativo. Lo toco en las costillas con el codo, él abre la boca justo cuando la punzada dolorosa lo alcanza y asiente rápidamente—. ¿Y qué van a hacer mañana, Marcos? —Isabella repite las mismas preguntas que le hice yo.

—Vamos a jugar a más juegos…

—¡Estás bromeando! —refunfuña Grazi.

Me froto las manos por la cara. ¡Puta madre! Y, como el ángel que es, Isabella resuelve todos mis problemas con su próxima frase.

—¡Mamá, ahora voy a colgar, empieza la película de la princesa y el dragón! ¡Chau!

Sin esperar respuesta, se baja del regazo de Grazi, da la vuelta y desaparece por el pasillo, dejando a tres adultos completamente fuera de lugar, solos en una videollamada.

Grazi abre la boca, lista para decir lo que no debe, no tengo dudas. Por eso, siguiendo el ejemplo de Isabella, le doy un "chau" y cuelgo la llamada antes de que tenga oportunidad de entender lo que está pasando.

Me doy vuelta hacia Marcos, encontrando sus cejas fruncidas.

—¿Qué?

—No me gusta ella.

—Créeme, la sensación es mutua.

***

—¿Podemos hablar de otras cosas, o la única lengua permitida en esta isla es la del cuerpo? —cuestiono, irónicamente, cuando salgo del baño envuelta en una toalla y encuentro a Marcos usando solo un bañador, no es como si tuviera motivos para vestirse, no realmente.

—¿Y sobre qué quieres hablar? —Sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas estiradas frente a su cuerpo, levanta una ceja hacia mí.

—No sé, cualquier cosa, siempre y cuando no infrinja tu precioso código de silencio.

Entro en el vestidor, donde podría vivir, no solo por el tamaño, sino también por la vista.

El cuarto principal de la casa está encima de una pendiente, y todo, incluido el vestidor, tiene una pared lateral de vidrio. Con las persianas abiertas, lo único que se ve es la infinita extensión del mar frente a nosotros. Es más que bonito, es perfecto. Es calmante. Es increíble. Me pierdo en la vista una vez más.

En realidad, no. No podría vivir aquí, probablemente olvidaría todo lo demás.

—Dios mío, eres tan mandona, mujer —murmura, despertándome de mi admiración silenciosa. Me giro hacia él solo para asegurarme de que vea mi ceja levantada.

—¿Ahora estamos hablando de eso? —Marcos resopla, a lo que yo asiento afirmativamente.

—Así es, pensaba que no. ¿Por qué no me cuentas qué nos trajo hasta aquí? Quiero decir, nunca me contaste realmente. Todo lo que sé es que involucra a tu padre sorprendiéndote en momentos poco apropiados, un consejo de abogados indignados, y aquí estamos. Fue casi como hacer a las chicas superpoderosas, añade un poco de esto, un poco de aquello, y ¡boom! ¡Tenemos un matrimonio desastroso!

Marcos se ríe, pero al darse cuenta de lo que está haciendo, se le borra la sonrisa. Revuelvo los ojos.

—No vas a poder pasar los próximos dos años actuando como si nunca te hubieras reído de mí, Marcos. ¡No seas infantil! —Me quito la toalla del cuerpo y su mirada se desliza lascivamente por mi piel, provocando que me estremezca. Aclaro mi garganta, recuperando la capacidad de hablar que sus ojos me robaron por un instante—. Primero hablamos, después comemos algo de verdad, y solo entonces, te dejo que me la metas, otra vez. —Me pongo la bata que saqué de uno de los cajones sin preocuparme por ponerme las bragas.

—Mandona.

—¡Ajá! Vamos, comienza.

Sus ojos me analizan por casi un minuto entero.

—Si hablo de mi padre, tendrás que hablar de tu madre. —Negocia, y yo inclino la cabeza hacia un lado, pensándolo.

—Está bien, pero no es como si tuviera mucho que decir aparte de lo que ya te conté. No digas que te engañé.

—¿Ahora estamos hablando de esto? —refunfuña, y yo levanto las manos en señal de rendición.

—Solo te aviso.

—Mi padre me pilló comiéndome a mi secretaria sobre mi escritorio, en mi oficina, durante el horario de trabajo. Tres veces, dos de ellas, en la misma semana.

No necesitaría ser una genia para saber que su elección de palabras fue hecha, precisamente, para conmoverme.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso, campeón.

Me siento a su lado en la cama, secando mi cabello con una toalla.

—¿Qué?

—Si quieres dejarme sorprendida, Marcos, vas a tener que hacerlo mejor que usar la palabra "comiendo" en lugar de "metiendo mi verga". Trabajé para ti durante ocho meses sin que tuvieras ni idea de que yo existía. Incluso si fuera una flor del campo sensible, que no lo soy, vi suficiente de ti y de tus mierdas como para ser incapaz de sorprenderme.

Ahora su frente se frunce, y él se recuesta en la cabecera de la cama.

—¿Mis mierdas?

—Ajá... ¿Me dejas pensar? ¡Oh! ¡Espera! ¡No hace falta! —Levanto una mano al aire y, mientras enumero lo que vi, bajo un

dedo—. Fiestas, orgías, tú escondiéndote de una mujer que pasó la noche contigo... Y la lista podría seguir infinitamente...

—Y, aun así, dijiste que sí —murmura, más para sí mismo que para mí. Me quedo en silencio, dejo que reflexione, tal vez eso lo ayude a entender que yo soy quien más tiene que perder con todo esto.

Él mueve la cabeza exactamente de la misma manera en que lo hago yo cuando quiero deshacerme de un pensamiento. No es que eso realmente ayude en algo, no ayuda, pero me gusta fingir que sí.

Y esa es solo una cosa más que aprendí el último mes. Marcos y yo somos mucho más parecidos de lo que me gustaría admitir, en realidad, de lo que admitiría en voz alta. Si hubiera nacido hombre, probablemente me habría convertido en exactamente lo que él es. Los hombres tienen un privilegio que las mujeres jamás tendrán. El derecho a la irresponsabilidad.

No creo que ese privilegio debería existir, pero existe, y parece muy fácil rendirse a él. Ahora soy yo quien mueve la cabeza, apartando pensamientos. Los ojos de Marcos se abren como si acabara de hacer un descubrimiento increíble.

—¡Marcos Pedante! —pronuncia las palabras lentamente.

—¿Puedes culparme?

—Aún no me gusta ella —dice, refiriéndose a Grazi.

—Ella solo está siendo una buena amiga.

—O una sádica, dependiendo del punto de vista. —Marcos suspira dramáticamente—. Está bien, tu turno —señala, y me giro hacia él.

Sus ojos se entrecierran, investigándome, como si yo tuviera dónde escapar. Pareciendo no querer correr ese riesgo inexistente, sus manos agarran mi cintura y me jalan hasta que estoy sentada sobre su regazo, con sus piernas entre mis muslos.

—Pensé que la idea era hablar —susurro, pegando nuestras frentes.

—Y lo es. —Su voz se vuelve rasposa de inmediato cuando me froto en su regazo—. ¡Diablos, Antonella!

—¿Qué? Estaba comportada, ¡fuiste tú quien empezó!

Él aprieta mis caderas con fuerza, sujetándome en su lugar e impidiéndome moverme. Gimo, disfrutando de la brutalidad, y él mueve la cabeza de un lado a otro.

—¡Habla!

Expiro con fuerza. Realmente creo que hablar más de lo que ya he hablado sobre mis padres es la mayor pérdida de tiempo, sin embargo, claramente, Marcos no está de acuerdo.

—Mis padres nunca fueron amorosos ni preocupados, yo solo era una pieza más en la apariencia de familia perfecta de ellos, Marcos. Cuando me quedé embarazada, lo único que vieron fue la posibilidad de una mancha, nada más. Estaban listos para limpiarme, solo que yo no estaba sucia. No por estar embarazada.

—¿Cómo pasó eso, Antonella? Quiero decir, pensé que podría haber sido por falta de información, de métodos anticonceptivos, pero seguro que no fue el caso.

Mis cejas se levantan sin que pueda controlarlas.

—Si hablamos sobre cómo me quedé embarazada, tendremos que hablar sobre por qué necesitas un matrimonio para recuperar algo que ni siquiera deberías haber perdido, para empezar —propongo y, reaccionando exactamente como esperaba, Marcos desvía la mirada.

—¿Ahora estamos negociando?

—Fuiste tú quien empezó, marido.

Sus ojos vuelven a fijarse en mí.

—¿Odiarás esa palabra, no? ¿Odiarás haberte casado?

—No odio esa palabra, Marcos. —Suspiro. Definitivamente no era eso lo que tenía en mente cuando pregunté si podíamos hablar —. Hubo un tiempo en que quería eso, en que esperaba que, en algún momento de mi vida, definitivamente no a los veintiún años, encontraría a alguien que entendiera, aceptara y amara quién soy lo suficiente como para hacerme creer que podríamos funcionar a largo plazo. Era joven y tonta en ese entonces, pero era una forma buena de pensar.

Él me escucha atentamente. Una de sus manos deja de apretar mis caderas y sube a mi cuello, sus dedos suben y bajan despacio en una caricia agradable. Me inclino hacia el otro lado, dándole más espacio.

—Yo nunca tuve esa ilusión, pero parece una buena forma de pensar, una forma diferente de ser libre.

Me sorprende.

—Recuerdas —afirmo, cuando menciona la conversación que tuvimos el día en que Isabella tuvo el accidente.

—Ese es un día difícil de olvidar.

—Imposible parece más apropiado.

Marcos se ríe, y esta vez no se detiene. Levanto mi mano, toco su mejilla y sus labios.

—Te ves insoportablemente guapo cuando sonríes, Marcos.

—¿Solo cuando sonrío?

—¿Insoportablemente? Sí. Todo el resto del tiempo te defino como absolutamente.

—¿Absolutamente?

Sacudo la cabeza, asintiendo.

—¿Por qué me mentiste, Antonella?

—¿Estamos hablando de eso ahora?

—Pruébame —pide, y yo me río.

—La belleza no es lo único que se te da insoportablemente bien, por cierto.

—No me digas que fue por miedo, eso no va contigo. —No me deja evadir el tema. Su ceño está fruncido y sus palabras no suenan acusatorias, suenan conciliadoras—. No lo vi antes, pero ahora hay letras de neón parpadeando por todas partes.

—Está bien, tal vez no fue miedo, pero ¿te habrías casado conmigo, Marcos? ¿Habrías mantenido la propuesta si te hubiera dicho que no tengo vocación para la sumisión?

—Nunca lo sabremos.

—No podía correr el riesgo, ¿entiendes?

Muerdo mi labio, preguntándome si debo o no dejar que la revelación que estuvo a punto de salir de mi boca llegue al mundo. Admitirle a alguien, además de a mí misma, que soy una mala madre es una intimidad diferente, de la que no se puede volver atrás. Decido que no, y el silencio que se establece entre nosotros es opresivo.

—¿Qué no me estás contando, Antonella? —pregunta, al darse cuenta de que no diré nada más.

—Exactamente eso, lo que no te estoy contando.

—Otra vez...

Su rostro se cierra, y sus manos dejan de tocarme, cayendo al costado de su cuerpo.

—¿Qué? ¿Ahora tengo que contarte todos mis secretos? Tal vez, y solo tal vez, así es como funciona un matrimonio de verdad, pero el nuestro... Definitivamente no.

Tomo sus manos y las devuelvo exactamente a los puntos de mi cuerpo donde estaban, mi cintura y mi cuello. Él acepta, pero su toque se vuelve más rudo, áspero. Muerdo mi labio, tragando un gemido.

—Hubiera huido de ti. Probablemente te habría despedido también —confiesa, y me sorprende.

—¿Por qué?

La pregunta sale de un arranque.

—Nunca lo sabrás.

Marcos muerde mi labio, tirando de él hacia sí mientras aprieta mi cintura con más fuerza. Gimo y me muevo sobre su regazo, con mi vagina desnuda frotándose contra la tela fina de los boxers.

—¿No deberíamos hablar?

—Lo haremos, pero no ahora.

Y esa es una decisión que no tengo ninguna dificultad en aceptar.

32.

MARCOS VALENTE

El cuerpo dormido de Antonella está encogido en la cama, cubierto por una sábana. Un día y dos noches han sido suficientes para aprender algunas cosas sobre ella. No se mueve mientras duerme, ni ocupa mucho espacio en la cama.

Es calurosa, una sábana delgada le basta para cubrirse, y, aún así, hay un gran riesgo de que se duerma tapada y se despierte desnuda. Antonella tampoco disfruta dormir abrazada, le gusta su propio espacio; y cariñosa, definitivamente, no es algo que se pueda señalar como una de sus características. Ni antes, ni durante, ni después del sexo.

Su rostro tranquilo mientras duerme no da ninguna pista de que en las últimas treinta y seis horas la he cogido como un loco. Parece justo. Después de semanas de tener mi juicio destrozado por ella, finalmente le tocó a mi cuerpo, y Antonella no tiene problema en seguir mi ansia por igualar el marcador Juicio x Verga.

Entonces, ¿por qué carajo no puedo dormir, intentando armar el rompecabezas que es ella? ¿Por qué, santo Dios, no puedo dejar de pensar que tres días no son suficientes?

—Quiero agua —murmura, y yo inclino la cabeza, preguntándome si está dormida o despierta. Esto es otra cosa que aprendí. Antonella habla dormida, la mayoría de las veces, con o sobre Isabella, pero hay excepciones. Lo que me lleva al siguiente

aprendizaje, Antonella es una madre increíble, y eso se nota en cada gesto o palabra suya—. El agua no va a llegar hasta aquí sola —se queja cuando no me muevo para atender su pedido.

¿Otro aprendizaje? Mandona. Muy mandona. ¡Terriblemente mandona!

Camino hasta la mini nevera de la habitación y saco una botella de agua. Al girarme de nuevo hacia la cama, encuentro el cuerpo de Antonella completamente desnudo, acostada boca arriba. Se movió, y la sábana ahora está debajo de su cuerpo.

Mi vista, ya acostumbrada a la oscuridad después de tanto tiempo a su merced, se ve atraída de inmediato por sus pesados senos, por sus pezones redondos y tentadores. Chasqueo la lengua y jalo de mis propios cabellos, irritado conmigo mismo.

Los dedos de mis manos y pies no serían suficientes para contar la cantidad de veces que mi esposa intentó convencerme de hablar sobre lo que pasó en las últimas horas. Me negué. Necesitaba tiempo suficiente para lidiar con toda la nueva información y ponerla en algún lugar donde tuviera sentido.

El problema es que encontrar ese lugar está siendo mucho más difícil de lo que imaginé. Antonella me mintió, me engañó deliberadamente, y, aún así, no puedo poner mis ojos sobre ella sin que todo mi cuerpo se encienda. Incluso la rabia descontrolada del primer momento parece haberse ido con el primer chorro de semen.

Desvío mi mirada de ella. A través de la ventana, el velero, anclado en el muelle, llama mi atención. Frunzo el ceño, pero no me doy mucho tiempo para pensar en eso. Tomo una decisión.

—Genial. Entonces ya puedes levantarte —le aviso.

—Ni loca. Aún es de madrugada —murmura, dándose vuelta y abrazando mi almohada.

—Vamos a navegar.

Antonella gira el rostro en mi dirección y abre los ojos un poco.

—No, no vamos. Eso significaría levantarse a las cinco de la mañana cuando me acosté a las cuatro.

Su voz está rasposa por el sueño. Se da vuelta, cierra los ojos y agarra la almohada con más fuerza, sin dejar espacio para negociación. Me quedo en medio de mi camino con la botella de agua y me sorprendo sonriendo.

—Bueno... Qué lástima. Pensé que querías hablar.

Sus ojos se abren y su expresión indignada y soñolienta, al mismo tiempo, es hermosa. Hermosa como el carajo.

—¿Y no podemos hacerlo a una hora normal? En la que las personas normales están despiertas y felices. Marcos... Realmente no quieres tener que lidiar con mi mal humor matutino.

Si su mirada asesina es alguna indicación de lo que su humor tiene para ofrecer, realmente no debería quererlo. Sin embargo, si estoy siendo forzado a hacer algo que no quiero, devolverle el favor es lo mínimo que me debe.

—Voy a salir con el barco en quince minutos, Antonella. Puedes estar dentro de él, o no.

Un bufido es la única respuesta que recibo cuando le doy la espalda, levantando la botella de agua conmigo.

***

—Ten cuidado —le aviso, mientras Antonella sube enrollada en una manta a bordo del velero. Su expresión de fastidio deja claro que no bromeaba con lo del mal humor. No me puedo contener, me río.

—Quiero saber si aún te hará gracia cuando te dé una patada en el culo en medio del mar —se queja en voz alta, haciéndome reír aún más.

—Realmente no eres una persona mañanera, ¿verdad? Y no tienes frío, ¿para qué esa manta?

—Soy una persona mañanera, Marcos. Pero también soy una persona que necesita al menos unas horas de sueño. Spoiler alert: ¡una hora no es ese mínimo! Y ahora no tengo frío, pero cuando el barco empiece a moverse, lo voy a tener.

—Deja de llorar, y tal vez te deje dormir.

—No sé qué te dio la impresión de que yo necesitaba tu permiso para eso.

Sin que le muestre el camino, Antonella camina hacia la puerta de acceso al interior del barco. Sin embargo, cuando gira el picaporte, nada sucede.

Se gira hacia mí, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Dame las llaves y nadie saldrá herido —me reta. Sonrío ampliamente. Antonella suspira y decide intentar otro enfoque—. Marcos, tengo sueño y no veo que traigas comida, así que supongo que, en unas horas, además de cansada, estaré hambrienta. Cuando quieres, eres un hombre inteligente, así que dime, ¿cuáles son las probabilidades de que esta combinación sea buena?

—¿Cuando quiero, eh? —ironizo y comienzo a moverme, soltando las amarras del barco, ignorando por completo el berrinche de Antonella—. Normalmente, cuando alguien quiere algo de alguien, el halago es el camino elegido, no la ofensa.

—¡Dios, Marcos! ¿Por qué harías algo así, por qué?

—Porque si quisiera navegar solo, no te habría traído conmigo —le apunto lo obvio, pero es lo mismo que guardar silencio. Antonella no le da importancia a mis razones.

—¡No quiero navegar! Nunca entendí esa obsesión que tienen las personas por hacer lo más difícil cuando pueden simplemente encender un motor y llegar a donde sea que deseen.

—¡Dios! —Llevo la mano al pecho, fingiendo estar profundamente herido—. ¡Claramente nuestro matrimonio no es real! ¡Mi esposa nunca diría algo así!

—Marcos... —se queja. Señalo la popa del barco, cubierta por un futón impermeable y almohadas. Mi esposa echa su cabeza atrás y gruñe, molesta.

—¡Eres tan frustrante!

—No estabas quejándote hace unas horas.

—Eso es porque Dios tuvo misericordia de ti y te dio algo que sabes hacer bien. ¡Coger, Marcos! ¡En eso eres excelente!

—Gracias por la parte que me toca, esposa.

Antonella gruñe otra vez y se acurruca entre las almohadas.

Sin prisa, termino todos los procedimientos y hago las revisiones necesarias para poner el barco en movimiento. El viento aún no es suficiente, así que enciendo el motor y salgo del muelle. Detrás del timón, confirmo que fue una buena idea.

El mar siempre ha sido uno de mis lugares favoritos, aunque rara vez lo disfruto más que otras actividades. Creo que todos tenemos algo que nos gusta hacer, pero rara vez lo hacemos. Esa es la historia de mi vida el yachting.

El cielo oscuro sobre nosotros empieza a desvanecerse mientras el barco avanza sobre las aguas. Con el piloto automático configurado, paso un buen rato inclinado sobre el timón, repasando en mi mente, por enésima vez desde que llegué a la isla, los últimos sucesos de mi vida.

Después de ver y rever los más inesperados de ellos, termino riendo de mí mismo, y eso me recuerda a Isabella. "Pero mamá dijo que podemos reírnos de nosotros mismos...".

Miro hacia atrás y, como era de esperarse, Antonella está dormida, acostada sobre las almohadas, envuelta en la manta. Esposa. Mi esposa. Mentira.

Siento un suspiro y muevo la cabeza de un lado a otro, negando, y me obligo a reconocer, aunque a regañadientes, la

verdad. Antonella no me mintió, me omitió muchas y muchas cosas, pero lo cierto es que la mayoría de las cosas que yo quisiera acusarla de haber dicho, nunca las dijo. Yo las dije, ella simplemente no las negó. ¿Me gusta? No. ¿Pero si estuviera en su lugar, lo habría hecho diferente? Tampoco.

Paso la mano por mi cabello y, una vez más, dirijo la mirada hacia ella, ahora enrollada como un cigarro en la manta, con solo la cabeza fuera. Río, y esa es solo una de las cosas más que me veo obligado a reconocer.

No es que antes de conocer a Antonella tuviera dificultades para sonreír. Lejos de eso, pero en su compañía, excepto en los momentos en que descubro que fui engañado, sonreír es algo constante.

Camino hacia el lugar donde está acostada. De rodillas, me arrastro hasta quedarme detrás de su cuerpo y me siento. Los labios llenos, rosados, se destacan sobre la piel limpia de su rostro expuesto, ya que su cabello está recogido de cualquier forma en lo alto de su cabeza.

—Esposa, despierta —susurro en su oído.

—¡Déjame en paz! —responde, girándose hacia el otro lado, alejándose de mí y haciendo que las cosas sean mucho más divertidas. Qué fastidio, soy un pesado.

—Vamos, Antonella. Ya estás aquí, este es el amanecer más bonito que vas a ver en tu vida. Abre los ojos —le pido, acercando de nuevo mi boca a su oído.

Aprovecho la cercanía para deslizar la punta de mi nariz sobre su piel. Su agradable olor me provoca sensaciones muy indeseadas, pero que ya empiezo a rendirme ante la idea de intentar evitar.

—No quiero.

—Después no digas que no intenté ser decente —aviso, y empiezo a darle pequeños empujones.

Antonella se remueve de un lado a otro, pero yo no paro.

—¡Maldita sea! —grita, dándose por vencida, y yo sonrío, victorioso—. Esto no es lo que esperaba de este viaje —se queja mientras se acomoda, ahora acostada entre mis piernas.

—Tú tampoco eres la esposa que yo esperaba, así que creo que todo está en su lugar.

—¡Estúpido!

Abre los ojos solo para entrecerrarlos hacia mí, antes de volver a cerrarlos, y yo sonrío.

—Aún no me has respondido cómo fue que ocurrió lo de Isabella —retomo la conversación que estábamos teniendo anoche, antes de que dejar de hablar se volviera más interesante.

—¿Y de quién es la culpa de eso?

Abre solo un ojo, acusadora, y cuando mi mirada recorre su cuerpo, que sé que bajo la manta no lleva nada más que un top de bikini y unos shorts, me veo obligado a reconocer que tiene razón.

—No te escuchaba quejarte.

Hace un bufido.

—El condón se rompió y no me di cuenta —explica, y yo resoplo, solidario.

—El uno por ciento.

—El uno por ciento.

—¿Y por qué te fuiste de casa? Si tus padres se preocupan tanto por las apariencias, nunca te habrían echado realmente si hubieras hecho la misma amenaza que hiciste el día de la boda.

Hago la pregunta que ha rondado mi mente desde el momento en que escuché a Antonella enfrentarse a su madre. El momento fue pésimo, pero pensé que la forma en que manejó a la mujer sexy de la guardería, ¡mierda! Eso fue espectacular.

—Nuestro acuerdo sigue en pie, sabes, ¿verdad? Yo hablo, tú hablas.

Revuelvo los ojos, pero asiento, en señal de acuerdo.

—Era demasiado joven, Marcos. No voy a usar la palabra "niña", pero sin duda, era demasiado joven para entender, para aceptar, que a mis padres no les importaba yo. Irme parecía la mejor opción. No medí las consecuencias, no entendía que ya no pensaba ni actuaba solo por mí. No tenía ni idea de lo mucho que iba a extrañar el dinero.

Se sienta, encajándose en mi cuerpo.

La abrazo y apoyo mi barbilla sobre su hombro. La mirada de Antonella se pierde en el océano. De nuevo, la certeza de que me

está ocultando algo me golpea con fuerza y me pregunto, ¿qué?

—Te salió bien, Antonella. Isabella está perfecta, bien cuidada, feliz.

No entiendo por qué, pero siento la necesidad de decirlo, y ella sonríe, una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Es una forma de verlo.

—Pero no es la forma en que lo ves.

La comprensión me hace fruncir el ceño.

—Hasta tu propuesta absurda, llevaba ocho meses sin ver a mi hija, Marcos. —Antonella se gira hacia mí. Tan cerca como estamos, es imposible no ver cada matiz de sus expresiones. Lo veo todo. Las arrugas en su frente, los pequeños temblores en su nariz, la inquietud en sus pupilas—. La llevaba dormida a la guardería y, cuando la recogía, estaba igual. Los fines de semana, siempre estaba tan sumida en los trabajos de la universidad que conseguir dos horas para ver una película con ella era todo un logro.

La decepción consigo misma en la voz de Antonella es casi palpable, pero no es su única forma de decirme cosas que van más allá de las palabras. Yo escucho. Como si, por un desliz, sus ojos gritaran lo que su voz ha estado ocultando.

—No eres una mala madre por esto, Antonella. —De nuevo, la sonrisa falsa. Aprieto su cuerpo en mis brazos, sintiendo una necesidad de consolarla, de convencerla de lo que me parece una verdad obvia. No entiendo esa necesidad, pero la sigo. Una de mis manos encuentra su mejilla, la acaricio lentamente y llevo sus ojos

hasta los míos—. Hablo en serio. Isabella tiene suerte. Has asumido la responsabilidad de ser todo lo que ella necesita, y aún así, nunca has fallado.

Sus ojos parpadean, desvía la mirada, y cuando su rostro vuelve hacia mí, sus emociones ya están escondidas.

—Ten cuidado, Marcos. Así voy a pensar que ya no quieres mi cabeza clavada en una estaca.

Me río. Realmente es muy buena en evadir los temas que la incomodan.

—Aún no me cae bien tu amiga, aún no me gusta que me hayas engañado, Antonella, pero no puedo decir que no entiendo lo que hiciste. Y, probablemente, meterte la verga en tu hermosa vagina ayudó.

Antonella suelta una risa, y yo adoro el sonido.

—¡A mí seguro que me ayudó!

Levanto las cejas.

—¿Tenías rabia? —pregunto, sorprendido una vez más.

Me engaña, tiene la desvergüenza de enfurecerse por mi reacción, ¿y aún tiene la cara de mencionarlo?

—¡Estabas actuando como una mezcla extraña de imbécil con niño berrinchudo! —Antonella cambia de posición, dejando la lateral de su cuerpo frente al mío. Su rostro se contorsiona en una mueca y su cabeza se mueve de un lado a otro mientras dice las siguientes palabras—. "¡Oh, no hables conmigo! ¡Me han engañado!", "¡Oh, no

quiero escuchar tu voz! ¡Eres una mentirosa!”, “¡Oh, soy Marcos Pedante, actúo como un pedante, pero no quiero que me llamen así!”

Su voz aguda completa la dramatización y, sin poder evitarlo, me río.

—Ok, Antonella. Para empezar, definitivamente no hablo así, y seguro que no dije ninguno de esos "¡Oh!".

—En mi cabeza, lo dijiste. —Acerca su mejilla a mis labios, robándome un beso. Juego con la punta de mi nariz sobre su piel, acariciando su mandíbula y su mentón—. No sirve, no me vas a distraer —advierte—. Ahora es tu turno.

—Ah, ¿solo tú puedes evadir los temas incómodos, entonces?

Su rostro sonriente se gira hacia mí. Con la boca lo suficientemente cerca de la mía como para que casi pueda sentir su sabor.

—Hay algo que necesito decir de ti: aprendes rápido.

Parpadea un ojo, provocadora como nunca, y vuelve a mirar al océano.

—¿Qué quieres saber? —pregunto, con una sonrisa en el rostro que contradice completamente mi falta de voluntad por darle respuestas, pero que no puedo evitar.

—¿Por qué te atraparon dos veces en la misma semana, Marcos?

Me río, aunque no creo que la respuesta que voy a dar sea realmente divertida.

—Puedes llegar a esa respuesta sola, Antonella. ¿Cómo me llamaste antes?

—¿Un niño berrinchudo?

—Un niño berrinchudo.

—¿Te dijeron que no hicieras algo y solo por eso decidiste hacerlo?

—Parece un buen resumen, pero, en mi defensa, estaba decidido a que fuera una despedida.

Ella se ríe.

—Al menos eso lo lograste. —Se ríe a carcajadas y yo resoplo —. ¿Qué? ¡Es verdad!

—Y también logré una imposición absurda y totalmente sin sentido del consejo, justamente porque pensaban que nunca la cumpliría.

—Y aquí estamos.

—Y aquí estamos.

—¿Y por qué no cediste a su voluntad? ¿Por qué simplemente no dejaste el cargo?

—Sé que prometerle a mi padre que actuaría como el heredero que su legado merece y, media hora después, ser atrapado

teniendo sexo con mi secretaria durante el horario de trabajo no es la mejor forma de expresarlo.

—¿Lo hiciste? —me interrumpe.

—No me enorgullece, pero sí.

Contrariando cualquier regla que diga que las esposas no pueden divertirse a costa del marido, Antonella se echa a reír nuevamente.

—Dios, pobrecito tu padre. ¡Debe ser tan increíble!

—Gracias, esposa. Ahora, definitivamente, me siento mucho mejor.

—Lo siento —dice, pero, instantes después, vuelve a reír, dejando la palabra vacía de significado. Esto debería molestarme, ¿no? Entonces, ¿por qué diablos, en vez de eso, me pongo a reír, junto con ella, a mis propias expensas?

—¿Quieres saber el motivo o no? —Muerdo su hombro. Ella gime y se frota contra mí. ¡Por Dios, Antonella!—. Realmente no eres una esposa niña —murmuro para mí mismo, pero, obviamente, Antonella me escucha.

—¿Qué?

—¡Nada! ¿Quieres escuchar el motivo o no? —cambio de tema, pero ella, lógicamente, no me lo deja escapar.

—¿Qué es una esposa niña, Marcos? —Desvío la mirada. Instantes después, la risa de Antonella suena aún más escandalosa que antes—. ¿Tienes un problema con mi edad? ¡Ay, Dios!

Y se ríe sin parar.

—Avísame cuando termines.

—¡Por el amor de Dios, Marcos! Son solo diez años.

—Tienes veintiún años.

—Casi veintidós.

—Y eso sigue siendo veintiuno.

—Realmente no deberías haberte preocupado por eso.

—¿No me digas? Pero cuando pensaba que eras dulce, inocente y que solo tenías una hija porque algún idiota te había engañado, era un poco más difícil. Sobre todo cuando me decías que corrías el riesgo de enamorarte de mí.

—¡Oh, sí! Ese, definitivamente, fue el mejor momento de mi corta carrera como actriz.

No puedo creer la audacia de esta mujer.

—¿No sientes ni un poquito de remordimiento?

—¿Por haber dejado que creyeras lo que querías? Sí. ¿Por haberte visto sufrir de deseo y haberme gustado? No. Primero, porque yo también estaba sufriendo y, segundo, porque aunque no creo que tu historial de cabrón deba sentenciarte a la castración, como cree Grazi, de hecho, eso sería un tremendo desperdicio —Antonella hace una pausa y lame mis labios—, no soy de hierro, y ver un poquito de sufrimiento de tu parte me pareció justo.

—Realmente no sé si eres peor mintiendo o siendo honesta.

Ella deja un beso en mi barbilla.

—¿Dónde estábamos? Hum… ¡Sí! Estabas diciéndome por qué aceptaste la absurda decisión que te obligó a casarte.

La miro, esta mujer no para de joderme la cabeza.

—Mi padre —cedo, sin opciones—. No siempre tomo decisiones de las que él pueda estar orgulloso, pero Valente es su legado, y yo quiero continuarlo. Aunque, después de un tiempo, él ya se hubiera conformado con la imposibilidad de eso. Antonella sonríe como si supiera algo que yo no sé—. ¿Qué?

—Tu padre se conformó con el hecho de que no asumirías el cargo que él quería para ti por una razón obvia, Marcos. La empresa no es su legado, tú lo eres.

La certeza en su voz es tan grande que frunzo el ceño.

—Pero él trabajó toda su vida por eso.

—Trabajó toda su vida por ti. Todo lo que hizo, todo lo que pensó, soñó o planeó, siempre fue por ti, incluso la empresa. Lo sé porque es exactamente lo que siento por Bella. Haría todo, lo que sea, por ella.

—Incluso casarte. Y conmigo.

Entiendo lo que dice, y mi corazón cambia de ritmo. Caramba, papá. Ella ríe suavemente, alejando mi atención de mis propios pensamientos.

—Pero esto no está saliendo tan mal como podría. —Se acerca y susurra, en tono confidencial—. ¡Eres un bombón! —Me río.

Su mano toca mi rostro. Los dedos se deslizan entre los pelos de mi barba—. Él te ama, Marcos... Más que a nada, él te ama. No a la empresa, ni al cargo, ni a lo que creas que es tu legado, ¡él te ama!

Agito la cabeza, asintiendo, y me tomo unos minutos para absorber esa sensación, esa certeza. Antonella se acurruca aún más en mí y aprieto más fuerte alrededor de ella.

—Es más fácil entender la vida de los demás que la nuestra, ¿no? —Su cabeza baja, esquivando mi mirada, pero no le doy esa opción. Coloco los dedos medio e índice bajo su mentón y levanto su rostro con delicadeza—. ¡Eres una madre increíble! Y si yo lo veo, no tengo dudas de que Isabella lo siente.

—Gracias.

Antonella apoya su cabeza en mi pecho, y yo beso su cabello. Un silencio cómodo se establece entre nosotros y, cuando me doy cuenta, mi esposa ya está dormida.

33.

MARCOS VALENTE

Antonella está en el balcón de la habitación, hablando con Isabella, como lo hizo en las últimas dos noches, y yo, sentado en uno de los sofás de la antesala, con el celular en las manos, la observo desde el otro lado del cuarto.

Su cuerpo delicioso está cubierto por una camiseta larga, y estoy casi seguro de que no lleva nada debajo. ¡Mierda! Voy a extrañar esto en casa, porque si hay algo que tengo claro es que no terminé con Antonella.

Si antes la deseaba sin haber conocido sus caricias hasta el cansancio, ahora existe algo mucho más primitivo y crudo con respecto a la forma en que quiero tocarla, sentir su sabor, escuchar sus gemidos. ¡Que puta madre! Solo pensarlo me pone duro por ella, para ella. Y cuando ella inclina la cabeza hacia atrás y se echa a reír. Yo muevo la mía, negando.

Antonella es peligrosa. Y, si lo hubiera sabido desde el primer momento, nunca la habría metido en mi casa, en mi vida. Nunca me habría casado con ella. No creo ser capaz de enamorarme de alguien, pero solo dos días en su compañía real, y no con las migajas de su personalidad que me venía entregando hasta ahora, fueron más que suficientes para dejar claro que, si alguna vez fuera capaz de importar algo a nivel romántico, Antonella sería la candidata perfecta.

Qué suerte la mía que no soy capaz de hacerlo, ¿verdad? Errado, porque estoy casi seguro de que, a pesar de eso, los próximos dos años serán una tortura. La verdad es que no puedo imaginar un solo día de los próximos 730 en los que no la vaya a desear.

Puede ser que en un mes, o dos, me acostumbre a su presencia, a su aroma. Puede ser que, en algún momento, su risa estruendosa deje de hacerme sonreír o que su mirada desafiante deje de excitarme. Puede ser que me acostumbre a vivir con ese deseo que parece compartir espacio con la sangre en mis venas, pero hasta entonces, estoy jodido hasta las entrañas.

34.

ANTONELLA VALENTE

Caliente.

Muy, muy caliente.

Y mojada.

Muy, muy húmeda.

Y sabroso.

Muy, muy sabroso.

Un gemido se escapa de mis labios mientras mi mente sigue completamente envuelta en sueño, pero la sensación, el sentimiento es demasiado bueno para ignorarlo. Al principio creo que estoy soñando, pero a medida que mi raciocinio se despierta por el placer que recorre mi cuerpo, me doy cuenta de que no hay imágenes, todo está oscuro, así que no puede ser un sueño.

Un rayo de luz golpea mis párpados y me doy cuenta de que están cerrados. Muevo el cuerpo, la niebla del sueño ya no es tan espesa como antes, mi mente está casi completamente despierta. Sonrío, me encanta que me despierten así.

—Dios, sí.

Solo me doy cuenta de que he hablado cuando oigo mi propia voz. Para terminar de despertarme, un dedo me invade al mismo tiempo que una lengua caliente, húmeda y muy hábil juega con mis labios vaginales. Jadeo y abro los ojos, completamente abrumada

por deliciosas sensaciones, y encuentro a Marcos entre mis piernas, decidido a volverme loca.

Levanto las caderas y me froto contra su boca. Su espesa barba roza mis muslos, provocándome escalofríos y poniéndome aún más caliente. Marcos mueve su dedo dentro de mí, sacando mi humedad y llevándolo a mi culo, lo rodea, me estremezco entera. Mierda. Si ese no es el mejor "¡buenos días!" de la historia, ¡no sé lo que es!

Su lengua recorre mi vulva de arriba abajo, lamiéndome de punta a punta sin ninguna prisa. Sus labios me provocan, me pinchan, me chupan y me besan. Cuando los dos trabajan juntos, siento que me vuelvo loca.

—¡Marcos!

Su nombre salta de mi boca, y eso parece hacerle estar aún más decidido a quitarme cualquier atisbo de sensatez. Emito gemidos. Altos, bajos, arrastrados y roncos. Froto mis caderas contra su boca. Me doy la vuelta, deseando más, mucho más. Cuando se ha hartado de provocarme, por fin me mete el dedo en el culo, haciéndome gritar, delirante.

La corta y continua invasión me escuece, me hace querer más, más duro, más grande, más grueso y, como si leyera mis pensamientos, habla.

—¡Ven, Antonella! ¡Ven y te comeré tu hermoso y redondo culo!

Empujo el culo hacia atrás, tragándome su dedo por completo, mucho más allá de la punta que me ofrecía. Vuelvo a

darme la vuelta, ahora completamente llena.

Su lengua me roza el clítoris y sus labios lo chupan. Estallo en un orgasmo que enciende cada uno de mis nervios, electriza mi piel durante lo que parecen mucho más que unos segundos y me deja sonriendo de oreja a oreja.

—¡Ah, qué mujer!

Su voz es tan ronca como la mía, pero en su caso el sueño no tiene nada que ver. Me da la vuelta y pronto me aprieta el vientre contra el colchón. Una bofetada me atraviesa el culo y pronto me abofetea también al otro lado. ¡Mierda!

Marcos me aprieta los muslos, me levanta el culo, manipula mi cuerpo blando como una muñeca de trapo. No me resisto, porque no quiero. No ayudo, porque aún no me he convertido en mi propia jefa. Su lengua experta lame mi culo, mojándolo por completo. Dudo mucho que vaya a convertirme en la dueña de otra cosa que no sean gritos y gemidos durante los próximos minutos.

Su lengua es deliciosa. Demasiado caliente, demasiado deliciosa. Se desliza entre mi vulva y mi ano como si fuera el trabajo de su vida. Como si tuviera una vida independiente y quisiera pasarla sin hacer otra cosa que lamerme y hacerme acabar. Sin ningún pudor, me froto contra ella, pidiendo más.

—¡Métemela, Marcos! ¡Métemela por el culo!

El tono imperativo no era deliberado, ¡pero Dios! Estoy tan desesperado que ya no sé lo que realmente quiero o no quiero.

Obedientemente, siento la ancha cabeza de la verga de Marcos, provocándome. Me relajo, dejándome penetrar y

sintiéndome encantada. Lentamente, me penetra. Centímetro a centímetro, me hace desear más. Tan delicioso, tan... Un gemido rompe la coherencia que me esforzaba por mantener y, cuando Marcos empieza a moverse, renuncio a hacer otra cosa que no sea sentir o gemir.

Sus dedos me acarician la cintura, los muslos, el pubis, hasta que encuentran el camino hacia mis labios vaginales, deslizándose por mi fluido y su saliva, animándome a seguir empujando, totalmente perdido. El sonido de su pelvis golpeando mi culo es hipnótico, erótico. Su mano libre me agarra del pelo, tirando de él, y el ardor del cuero cabelludo se une a la penetración en un dúo perfecto.

—¡Mierda, cómo me calienta tu culo! ¡Quiero darte toda mi leche, Antonella! ¿Me dejas? ¿Me dejas acabar en tu hermoso culo?

Mi respuesta es un gemido bajo y otra bofetada que me quema el culo.

—¿Me dejas, bombón?

Otra bofetada, dura, deliciosa, que provoca espasmos en todo mi cuerpo.

—¡Lo haré!

Marcos me pellizca el clítoris y lo frota entre sus dedos. Grito. Siento todo mi cuerpo a punto de estallar. Dobla su cuerpo sobre el mío y me muerde, cortando el hilo que me mantenía suspendida. Me deshago como el humo, desapareciendo en el placer y el alivio.

Marcos se separa de mí, pero mantiene un brazo alrededor de mis caderas, manteniéndome alerta. Lejos, muy lejos, oigo sus

jadeos y, un instante después, unos chorros calientes golpean mi interior, salpican todo mi culo y lo recorren. La caricia de Marcos me abandona y me derrumbo sobre la cama, jadeando.

Aprieto los ojos, esperando a que mi mente vuelva a funcionar. Saco una almohada, la abrazo y apoyo la frente en ella. Cuando recupero el sentido, oigo a Marcos alejarse y el sonido del agua. Algún tiempo después, un paño húmedo se desliza sobre mi piel, limpiándome. Una vez terminado su trabajo, Marcos se acuesta a mi lado y, al abrir los ojos, lo encuentro sonriendo.

Me muerdo el labio, acerca su cara a la mía, su boca a la mía y, como si no me acabáramos de tener sexo hasta la extenuación, todo mi cuerpo se estremece. Mi olor está en su piel, y me encanta. Me encanta, mierda. Sin separar los ojos ni pronunciar palabra, su lengua me lame los labios y su cara acaricia la mía. Me muevo por la cama hasta que no queda espacio entre nosotros. Sus brazos me envuelven y nuestras lenguas hacen lo mismo.

Es el beso que solo nos damos nosotros dos. Intenso, desesperado, delicioso, largo. Sabe a despedida y eso no me gusta, pero aprenderé a vivir con ello. Marcos me pasa la lengua por el mentón y el cuello, marcándome con su saliva y haciéndome gemir.

Mis pezones están doloridos, necesitados. Los froto contra su cuerpo hasta que su boca llega a ellos. Chupa uno, luego el otro, muerde uno, luego el otro, y vuelve a besarme la boca, hambriento y sediento.

—El helicóptero llegará en una hora —dice sin despegar la boca de la mía.

—¿Y tienes alguna idea sobre cómo podemos pasar esta hora?

Le lamo la barbilla, la mandíbula y le muerdo el lóbulo de la oreja. Sus manos me aprietan la espalda, estrechando aún más mi cuerpo contra el suyo.

—Tengo muchas, muchas ideas...

***

"Este no era el viaje que esperaba...". Mientras el helicóptero asciende hacia las nubes, repito en mi cabeza las palabras que le dije a Marcos dos días atrás.

No esperaba que él pudiera ver la verdad detrás de mis justificaciones y reconocer que sus suposiciones eran tan culpables de todo este lío como mis omisiones. No esperaba que ambos pasáramos tres noches y tres días cogiendo como conejos y que, aún así, la sensación de que no fue suficiente se escondería en un rincón oscuro de mi conciencia.

No esperaba que, en lugar de generar entre nosotros un ambiente insoportable, la revelación de la verdad pudiera hacerme admirar a Marcos de alguna forma. No esperaba que algo, en este mundo de Dios, pudiera aliviar el peso que significó ver a mis padres nuevamente después de cinco años.

No esperaba reconocer en un viaje de tres días una pausa necesaria. No esperaba que realmente necesitara esa pausa, no esperaba que me gustara tanto. Pero ahora, ya se terminó. Aparto de mis pensamientos cualquier intento de ponerle más adjetivos que "inesperada".

Cuando bajo del helicóptero, en la azotea del edificio en el que vivimos, tengo ganas de correr hacia la puerta. Es como si mi corazón estuviera fuera de mi pecho y mi cuerpo estuviera desesperado por recuperarlo.

Sí, los últimos días fueron sorprendentes, y, sinceramente, no me di la oportunidad de pensar en lo que estaba haciendo, no cuando podía arrepentirme y perder la oportunidad de seguir haciéndolo por un tiempo determinado.

Y ahora, ciertamente, tampoco es el momento de pensar en eso. Ahora, lo único en mi cabeza es finalmente reencontrarme con mi hija y abrazarla con fuerza, ¡Dios! ¡Qué ganas tenía de verla!

No me importa nada, ni siquiera el hecho de que estoy dejando a Marcos atrás mientras camino, como una loca, hacia el elevador. Llega rápido, las puertas se abren y entro, pero al ver a mi marido corriendo para alcanzarme, me veo obligada a extender la mano, impidiendo que las puertas se cierren.

—¡Calma, mamá gallina! ¡Tu pollito está vivo y bien en el departamento!

—Aún puedo patearte el culo para que salgas de este elevador —amenazo.

—Me gustaría verte intentarlo —responde, sonriente, sabiendo que no, no podría patearle el trasero, ya que él es mucho más grande y pesado que yo.

Bufó, frustrada. Las puertas se abren en nuestro vestíbulo. Esta vez corro hacia fuera y no soy la única en montar una escena

dramática en la azotea de Marcos, porque antes de ver el rostro de Isabella, escucho sus pasos apresurados y, de repente, una niña de casi cuatro años se lanza sobre mi cuerpo. Nada, nunca, en todo el mundo, me dio tanta paz. ¡Puta madre!

¿Cómo aprenden los padres a separarse de sus hijos? ¿Será que cuando crecen se hace más fácil? ¡Por favor, que se quede, porque si esta es la sensación cada vez que nos separamos, cuando sea adulta y se vaya, me voy a morir!

—¡Llegaste, mamá!

—Sí, llegué.

Y es vergonzoso que mi voz suene tan llorosa, pero así suena.

—Fueron solo tres días. ¡Deja de ser dramática!

Levanto la vista al escuchar la voz de Grazi. ¡Oh, oh! Esto tiene todo para salir mal, pero ahora, mi última preocupación es la probable pelea verbal entre Marcos y mi amiga.

Levantando a Isabella en brazos, ella me aprieta con brazos y piernas. Hundo mi nariz en su cuello, sintiendo su olor a niña, lo mejor del mundo, y la aprieto aún más.

—¡Ay, mamá! ¡Me estás aplastando! —se queja, y me río.

—Perdón —le digo, aflojando el apretón.

Isabella levanta la cabeza, sus ojos encuentran a Marcos y le sonríe tan espontáneamente que siento un poco de celos. O sea, tres días sin mí y ya está mirando a otro después de un abrazo de

apenas un minuto. Yo podría quedarme callada, abrazada a ella todo el día, ¡y aún son las diez de la mañana!

—¡Hola, Marcos! —dice animada, pero, al menos, no hace ningún intento de soltarme.

—¡Hola, Bella! —Me extraña que use el apodo. Puedo estar equivocada, pero creo que es la primera vez.

—¡Lo aprendiste! —mi hija celebra, y yo miro a Marcos con cara de interrogación. Él sonríe, pero no me da ninguna respuesta.

Se acerca y deja un beso aún más inesperado que el apodo, en la frente de Isabella, y se pierde dentro de la casa sin siquiera reconocer a Graziella. ¡Qué mierda!

—Un amor —se burla, y yo sacudo la cabeza, negando.

—¡Hola, ser extraño!

Mi amiga aplasta a Isabella entre nosotras cuando me abraza, y la niña traviesa se ríe, encontrando eso muy divertido.

—¡Hola, Grazi! —Aprovecho el abrazo, también la extrañaba —. No esperaba encontrarte aquí.

—Solo quería asegurarme de que estarías bien.

—¡Ah, Graziella! ¡Por el amor de Dios!

La miro con ojos entrecerrados, incrédula.

—¿Qué? ¡Nunca está de más ser cautelosa! —intenta justificar lo injustificable mientras se pasa la mano por el cabello oscuro.

Frunzo los labios y camino hacia dentro, hacia mi habitación. Marcos no está en ningún lugar del primer piso, pero en la cocina encuentro a Carmen.

—¡Bienvenida de nuevo, hija!

—¡Gracias, Carmen!

Le doy un abrazo torpe, ya que para mi felicidad, Isabella sigue en mis brazos, aferrada a mí. Le doy un beso en el cabello de mi hija, satisfecha por la proximidad.

—Vamos a mi cuarto —aviso.

—¿Necesitas algo, hija?

—No, Carmen, tengo todo lo que necesito.

Aprieto a Isabella, Carmen sonríe.

Dejo la cocina con Grazi a mi lado y subo las escaleras lentamente debido al peso extra.

—Es un hermoso apartamento —comenta mi amiga, mientras descubre los ambientes por los que vamos pasando.

—Sí, lo es.

Siempre pensé que era, incluso cuando la idea de vivir aquí algún día parecía tan absurda como decir que las bananas son rosas.

Abro la puerta de mi cuarto, entro y Grazi viene justo detrás de mí.

—¿Qué quieres hacer, mi amor? —le pregunto a Isabella.

—Dormir, mamá —responde, dando un enorme bostezo, y yo miro a su madrina en busca de respuestas, después de todo, son las diez de la mañana.

La sonrisa en el rostro de Graziella es más que suficiente, y yo gimo, frustrada. Helado en la cena, rompiendo la rutina de horarios, ¿qué otras sorpresas nos depararán estos tres días?

—¿Qué tipo de amiga sería si no estropeara a tu hija? —pregunta mientras acuesto a Isabella, que está somnolienta, en mi cama.

—Una decente —murmuro, y decido acostarme también.

Acurruco su cuerpo infantil contra el mío, y Graziella empieza a dar vueltas por el cuarto mientras pongo a mi hija a dormir. Es mucho más rápido de lo que quisiera.

Bella se duerme prácticamente en el momento en que la pongo en la cama, entonces, cinco minutos después, tengo a una Grazi ansiosa, con los brazos cruzados, golpeando el pie contra el suelo.

Me levanto con cuidado y señalo mi rincón favorito del cuarto. Me siento en el sillón y mi amiga en el puff, frente a mí.

—Habla.

—¿Qué quieres saber, Grazi?

—Bueno, ¿por qué no empezamos con el hecho de que salieron de aquí casi matándose y regresaron felices y sonriendo?

—¿Qué puedo decir? ¡El sexo relaja! —bromeo, y sus ojos se entrecierran hacia mí.

—¡Antonella!

—Está bien, Grazi. Hablamos. Eso fue todo, Marcos no quedó feliz, él definitivamente no te quiere, pero ¿qué puedo decir? ¡El sexo y la conversación resolvieron nuestros problemas!

—¿Tan simple así?

—¿Qué más podría hacer, Grazi? Porque matarme no era una opción, y lo hecho, hecho está, estamos casados por una razón.

—¿Le contaste todo? ¿Todo de verdad?

Desvío la mirada por casi un minuto entero.

—No. Pero creo que debería haberlo hecho.

—No te pongas mal, Nel. Solo porque hayan tenido sexo, no hace falta que tu vida se convierta en un libro abierto. ¡Estoy segura de que la de él no lo es!

—Lo sé. Es solo... No me gusta que piense que le conté todo cuando no lo hice, ¿sabes? Tal vez debería haberle dicho que no iba a contar todo, porque ahora solo parezco una mentirosa.

Me froto las manos por la cara. Evité pensar en eso durante los últimos días. Pero ahora, en casa, con Isabella cerca de mí, es imposible seguir manteniendo esos pensamientos alejados.

—Nel, es solo Marcos. ¡Estás exagerando!

—Puede ser solo Marcos, pero hasta ahora él no ha hecho nada más que ser decente, Grazi. Incluso teniendo todo el derecho de estar furioso por un tiempo, después de todo, puede que no haya mentido antes, pero omití muchas cosas. Aun así, entendió que no era la única culpable y asumió su parte.

—Estoy segura de que todo ese sexo lo ayudó a verlo mejor —se burla—. Pero esté actuando sensato o no, no confío en él.

—No te preocupes, la sensación es mutua. Y aunque lo dijiste en tono de burla, ¡sí! El sexo ayudó, pero no cambia nada, Grazi. ¡Fue la primera y última vez!

Mi amiga me mira con una ceja levantada.

—¿Fue bueno? —Dos palabras. Dos palabras y mi mente se pierde en recuerdos imposibles de ignorar—. ¡No jodas, Antonella! —maldice, susurrando, pero su tono no pierde fuerza.

—¡Lo fue! —No dejo espacio para discusión, porque Dios sabe que debió haber sido así, todo lo que no puedo hacer es complicar más la relación ya de mierda que tengo con Marcos—. Ahora, ¿por qué no me cuentas cuánto has estropeado a mi hija durante estos tres días?

***

Guardo la última de las piezas que no usé durante el viaje en el armario y, como si estuvieran esperando, suenan unos golpes en la puerta. Miro la cama. Solo hay dos personas que podrían llamarme a las once de la noche. Una de ellas finalmente se durmió hace solo diez minutos y necesito pensar en una forma bien cruel de

vengarme de Graziella por haber desorganizado por completo los horarios de sueño de Isabella.

Con un suspiro, camino hacia la puerta, ignorando el escalofrío que recorre mi cuerpo solo por pensar en Marcos. Lo encuentro apoyado en el umbral, con una sonrisa traviesa en el rostro, los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y el cuerpo vestido solo con un short de dormir.

Río, girando rápidamente la cara. Es más fuerte que yo. Mis ojos aprecian la vista, mi lengua lame mis labios y niego con la cabeza. Desde luego él no va a hacernos la vida más fácil, ¿verdad?

—¿Qué quieres?

Una de sus cejas se levanta, y su rostro se vuelve divertido.

—¿Que me desees buenas noches?

—Buenas noches, Marcos.

Comienzo a cerrar la puerta, pero su mano la detiene.

—Está bien, tal vez quiera algo más que eso.

—No.

Soy categórica.

—Teóricamente, aún no es medianoche, así que todavía podemos considerar esto como la primera y única vez —sugiere, y quiero reírme de su inventiva. Lo haría, de hecho, si no fuera por el riesgo de despertar a mi hija.

—Nuestra primera y única vez terminó en el momento en que el helicóptero despegó de esa isla, Marcos. Y, aunque no fuera el caso, llegaste demasiado tarde. Ya hay alguien en mi cama.

Su expresión cambia inmediatamente, de relajada y divertida a algo que nada tiene que ver con diversión.

Revuelvo los ojos. *¿En serio, Marcos?* Abro de golpe la puerta del cuarto, dejándole pasar. Él mete la cabeza.

En cuanto sus ojos encuentran a Isabella en la cama, suspira, aliviado, y no puedo creerlo. ¿Qué pensó? ¿Que realmente conseguí a un hombre y lo metí en la casa el mismo día que regresamos de viaje? ¡Qué carajo!

—Me niego a preguntar si pensaste que lo decía en serio.

—Era una broma estúpida —murmura, y yo me río sin humor.

—Buenas noches, Marcos —me despido, prácticamente echándolo. Él se endereza, sus ojos me recorren de arriba abajo una última vez—. No vas a hacer esto difícil, ¿verdad? Fue solo sexo, Marcos.

Es su turno de reír sin humor.

—No, no lo voy a hacer. Buenas noches, Antonella.

35.

MARCOS VALENTE

—¡Hola, Marcos! —me saluda Isabella cuando llego a casa.

Es el primer día después de la luna de miel, y frunzo el ceño al encontrarla sola en la cocina, sentada en una de las banquetas, con los brazos sobre la barra, el rostro y parte de su ropa sucios por algo que parece harina, mientras revuelca una masa pegajosa y de colores.

Vistiendo un short y una camiseta simple, me sonríe mientras sus manos no paran de mover y amasar la cosa viscosa. No puedo evitar mostrar mi desconcierto, e Isabella se ríe.

—¡Es *slime*, Marcos!

Muevo la cabeza, asintiendo, aunque su explicación no hace nada para aclarar mi confusión. ¿Qué diablos es *slime*? ¿Y por qué parece tan asqueroso?

Recorro con la vista el lugar, buscando a Antonella. No porque quiera verla, me digo a mí mismo, sino porque Isabella está sola, sin supervisión, lo cual es raro. Al menos, es la primera vez que la veo así.

—Hola, Bella... *Slime*... Hum... Entiendo... —miento—. ¿Y para qué sirve?

—¡Para amasar!

Es mi turno de reír. Claramente, Isabella aún no entiende el concepto de "utilidad", porque amasar, sin duda, no es un propósito. Sin ninguna duda, entendiendo mal mi reacción, ella también sonríe.

—¿Dónde está tu mamá?

—Fue al baño, le dio ganas de hacer del dos —susurra.

Mi primera reacción es levantar las cejas, pero luego no puedo evitar soltar una carcajada. Definitivamente ya había imaginado a Antonella en todas las situaciones posibles, menos sentada en el inodoro. Me acerco a Isabella y le dejo un beso en la frente.

Es la segunda vez que hago esto, pero la primera fue tan natural que no puedo evitar repetirlo.

—¿Quieres jugar a amasar conmigo? ¡Mamá y yo lo estamos haciendo! ¡También lo podemos comer! —explica, animada, y me esfuerzo por no mostrar el asco que siento al imaginar poner eso en mi boca, pero no lo logro, porque Isabella vuelve a reírse—. ¡Está delicioso! ¡Pruébalo! —Estira la masa como si fuera un chicle infinito hasta que finalmente se rompe un pedazo y me lo ofrece.

Abro la boca, buscando qué decir, pero no tengo idea de cómo explicarle a una niña que no quiero comer una masa asquerosa sin usar esas palabras exactas, así que la cierro sin decir nada. Isabella me observa ansiosa, con la manito extendida, y yo a ella, totalmente perdido en lo que debo hacer. Los segundos pasan y su rostro empieza a mostrar una expresión de decepción.

Las cejas se unen, la boca forma un puchero, y hasta sus ojos parecen perder algo de brillo. ¡Oh, mierda! ¿Por qué no simplemente pasé de largo? Miro por la cocina buscando alguna pista de los ingredientes de esa cosa, pero no hay nada. Lo que sea que hayan usado ya fue guardado o tirado. Cuando extiendo la mano para tomar la de Isabella, pido a los ángeles que no me dejen vomitar.

La sensación de la masa en mis dedos es incluso peor de lo que imaginaba. Es pegajosa, resbalosa, y a la vez, suave y resbaladiza. Imposible de comprender. La escena parece desarrollarse en cámara lenta mientras mi mano avanza hacia mi boca.

Bella tiene los ojos ligeramente abiertos por la expectación, y cuando no hay más salida, finalmente coloco la cosa en mi boca con un plan sencillo: tragar de inmediato, sin darle oportunidad a mis papilas gustativas de hacer su trabajo. Sin embargo, alguna parte de mi lengua roza la masa y frunzo el ceño.

Dejo que la cosa se asiente en mi boca y levanto las cejas, sorprendido. Sabe a dulce y a malvavisco. Enjuago la boca, sintiendo la textura. No es de las mejores. Es como malvavisco derretido. Nunca me ha gustado esa textura, pero el sabor es bueno, algo aceitoso, es cierto, y definitivamente demasiado dulce, pero no es la muerte de mi paladar, ¡eso seguro!

—¿Te gustó, Marcos? ¿Quieres más? —pregunta Isabella, ya estirando otra tira de su juguete/merienda, y me apresuro a responder.

—¡Sí, Bella! Pero ya no quiero más, gracias. Necesitamos dejar un poco para tu mamá. —Sueno un poco desesperado, pero por suerte, eso pasa desapercibido para ella, que inclina la cabeza, parece considerar mis palabras y finalmente asiente.

—Es verdad, Marcos, ¡es verdad! —Hace una pausa, abre la boca y abre los ojos otra vez—. ¡Ya sé! ¿Me ayudas a pintar? Los colores están ahí. —Señala una serie de frascos de pintura—. Pero mamá dijo que no podía pintar sola. Ya terminé esta parte.

Vuelvo a mirar la barra, ahora con más atención. Veo que hay un recipiente lleno de la misma masa, pero blanca, e Isabella solo tiene un poco en sus manos, ya de color rosa.

Pienso por un momento, buscando una manera de decir que no sin hacerle daño a la niña. Muerdo el labio inferior cuando no me viene ninguna idea a la cabeza y, al final, decido dar la excusa que creo que será más comprensible.

—No puedo, Bella. Necesito trabajar.

Su cabeza se inclina ligeramente y sus cejas se fruncen.

—¿Pero no acabas de llegar del trabajo?

—A veces, los adultos traen trabajo a casa.

Para mi sorpresa, porque no pensé que eso fuera posible en alguien tan pequeño, su ceño se frunce aún más.

—Pero entonces, ¿la casa también se convierte en trabajo?

Dios, ¿por qué no puede solo decir que está bien y dejarlo pasar?

—A veces, solo a veces, Bella.

—¡Ser adulto debe ser muy aburrido! ¿Por qué no vuelves a ser niño, Marcos?

—Me gustaría, Bella, pero aún no han inventado una forma.

Sacude la cabeza y, seriamente, me responde.

—Cuando sea grande, voy a ser muy lista y voy a inventar una forma.

Sonrío.

—Entonces esperaré.

—¡Está bien! —responde y vuelve a mezclar su masa pegajosa, pero sin apartar la mirada de mí. Vuelvo a morderme el labio y, aunque siento que mis acciones son equivocadas, tomo mi carpeta, mi saco y me despido.

—Adiós, Bella.

—Adiós, Marcos.

Sus ojos siguen fijos en mí. Es casi como si pudieran ver a través de mi mentira y acusarme. "¿Qué esperan que haga?", tengo ganas de preguntarles, pero sé que es solo cosa de mi cabeza. Isabella es una niña que no tiene idea de que le estoy mintiendo. Pero yo sí lo sé.

¿Y por qué me importa? No debería importarme, ¿verdad? Entonces, ¿por qué cada paso hacia las escaleras hace que la sensación de peso en mi estómago se haga más grande y tan

incómoda que me obliga a detenerme? Miro hacia atrás, pero Isabella ya no me está mirando.

De espaldas a mí, es probable que ni siquiera le importe mi ausencia. Ella ya lo superó. Entonces, ¿por qué carajos me siento tan incómodo? ¿Qué sentido de honestidad tan ridículo tengo con una niña?

Me froto las manos por la cara y dejo que la cabeza se caiga hacia atrás. ¡No lo puedo creer!

Me giro y regreso a la cocina. Al escuchar mis pasos, el cuerpo infantil se voltea hacia mí. La sonrisa en su rostro es tan natural que me hace entender por qué volví. Es decir, ¿quién, en su sano juicio, no haría todo lo posible por hacer sonreír a esa niña?

—¿Olvidaste tomar agua, Marcos?

Es mi turno de sonreír.

—No, Bella. Recordé que, en realidad, no tengo que trabajar ahora, así que puedo ayudarte a pintar con la plastilina.

Su boca forma una pequeña "O" de sorpresa, justo antes de que su sonrisa se haga aún más grande que la anterior.

—¿De verdad?

—¡De verdad!

—¡Iuju! —Isabella aplaude emocionada y, de repente, cualquier duda que tenía sobre si estaba haciendo lo correcto se disipa.

Dejo el saco y la carpeta sobre una de las banquetas, doblo las mangas de la camisa hasta los codos y me giro hacia la niña.

—Ok, jefa Bella, ¿qué tengo que hacer?

Ella se ríe con una risa dulce y espontánea, y yo le guiño el ojo.

—Primero tienes que lavarte las manos, Marcos.

—¡Ok! ¡Lavarme las manos! —repito, mientras me dirijo hacia el fregadero.

Después de terminar con mi primera tarea, me vuelvo hacia la niña, que parece muy contenta con el papel que le he asignado.

—Ahora tienes que elegir un color. ¿Qué color quieres, Marcos?

—Mmm... —La miro, los cabellos rubios sobresalen entre el mar rosa de sus ropas—. ¿Amarillo?

—¡Sí! ¡Amarillo como el sol! Vamos a hacer un sol de *slime.*

Me río, porque eso me parece extrañamente lógico, ya que el *slime* no es más que un charco de baba, y, bueno, el sol es caliente... Ah, qué importa, me estoy volviendo loco.

Tomo el frasquito de colorante amarillo entre los demás y camino hasta la mesa, posicionándome al lado opuesto de donde Isabella está sentada.

—¿Y ahora?

—Ahora hay que poner azúcar aquí encima.

Ella señala la mesa entre nosotros. Asiento con la cabeza, me doy la vuelta, abro el armario y alcanzo el tarro de azúcar, pero Isabella me regaña.

—No, Marcos. Ese no. Ese de allá.

Señala un recipiente rosa pastel, que nunca había visto en mi casa. Paso casi un minuto entero mirándolo, intentando entender por qué no me incomoda en lo más mínimo su presencia, pero no llego a ninguna conclusión.

Sacudo la cabeza y estiro el brazo para alcanzarlo. Al abrir el frasco, encuentro una cuchara medidora dentro. Usándola, echo el polvo fino sobre la mesa y me doy cuenta de que, probablemente, eso es lo que Isabella tiene en su cara y en su ropa. Ella, inmediatamente, usa sus manitos pequeñas para esparcir la harina dulce por la mesa hasta cubrirla casi por completo. Yo solo observo.

—Ok, jefa Bella. ¿Y ahora?

Su risa infantil suena otra vez en mis oídos, diciéndome que está disfrutando mucho esta situación tan, al menos, absurda. Y, como si esa palabra se hubiera materializado en mi mente, aparecen dos hombres en mi cabeza.

El primero, mi padre, sonriente, satisfecho, lo que es preocupante, porque él y yo tenemos ideas muy diferentes sobre cómo debería funcionar mi matrimonio. Si él está feliz, probablemente estoy haciendo algo mal.

El segundo es João Pedro. En su rostro también hay una sonrisa. Pero no es de satisfacción, es de burla. Y puedo entender

por qué.

Al final, estoy esparciendo azúcar por una mesa y a punto de meter la mano en un frasco lleno de baba sin ningún propósito. Solo para agradar a una niña con la que mis interacciones no deberían ir más allá de un saludo.

También me reiría de la situación, si no fuera yo quien la estuviera viviendo.

—Ahora, tienes que tomar un poco de *slime* sin pintar del frasco.

Siguiendo sus instrucciones, quito la tapa y levanto la mano. No puedo evitar poner una cara de asco mientras la acerco a la nube blanca y pegajosa. Mi mano la toca, ¡Dios! ¡Es horrible!

—¡Puta madre! —maldigo en voz baja y solo me doy cuenta de lo que dije cuando el grito horrorizado de Isabella llega a mis oídos. ¡Oh! ¡La cagué! ¡La cagué mucho!

—¡Dijiste una palabra fea! —me acusa, y yo la miro, estático, con la mano aún sumergida en el frasco de baba.

—Ah... Eh... Hum... —tartamudeo, pero ¿qué se supone que debo hacer?—. Bella... Yo... Hum... —¿Qué puedo ofrecerle para que no le cuente a su mamá?—. Tu cumpleaños está cerca, ¿verdad?

Lo recuerdo y suelto las palabras rápidamente, desesperado por que funcione. Bella mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

—Voy a cumplir cuatro años —repite, como siempre que se menciona la palabra "cumpleaños" cerca de ella, y levanta la manito,

mostrando cuatro dedos—. Así.

—Mmm... ¿Y qué quieres de regalo? —pregunto, esperando que eso la distraiga lo suficiente y olvide lo que escuchó. Por favor, que olvide lo que escuchó.

No necesito ser un genio ni experto en educación infantil para saber que Antonella me va a matar si se entera de que Isabella escuchó una grosería salir de mi boca.

En los últimos cuatro días, desde la boda, he escuchado a Antonella maldecir más que en todo el mes pasado. Pensé que podría hacerlo, pero nunca al alcance de los oídos de Isabella.

—¡Quiero una fiesta! ¡En la escuela!

Frunzo el ceño. Isabella ya no va a la escuela.

—¿Por qué en la escuela, Bella?

—Porque mis amiguitos están allá... La Júlia, la Lala, el Felipe, el Maurício, la Letícia y la otra Isabella —se apresura a explicar, y yo sonrío.

Me divierto con lo fácil que se expresa y doy gracias a Dios porque mi estrategia parece haber funcionado. Isabella ha olvidado la grosería.

—Pero ya no vas a la escuela, Bella. —Me arrepiento de inmediato cuando su rostro se llena de una expresión triste y baja la cabeza—. Pero, ¿y si organizamos una fiesta fuera de la escuela e invitamos a todos tus amigos?

Ella levanta la cabeza rápidamente, con los ojos brillando.

—¿Podemos? —pregunta, sorprendida.

—Podemos —afirmo, sin importarme con las consecuencias.

Parece que está a punto de llorar. Antonella no podrá culparme por esto. Al final, la he impedido de llorar.

—¿En un parque?

Ok, ahora las cosas se están complicando un poco.

—Eh... —Intento ganar tiempo, pero los ojos de Isabella vuelven a bajar, anticipando mi negativa, y no veo otra opción—. ¡Sí! ¡En un parque!

—¡Iuju, Marcos! ¡Yupiii! —celebra, emocionada, y golpea las manos contra la barra, haciendo que el azúcar en polvo vuele directamente hacia mi cara.

Levanto la mano para evitar la nube de polvo blanco, solo para recordar que aún la tengo hundida en la masa pegajosa. ¡Maldita sea!

Antonella elige ese momento para aparecer, y sus ojos recorren la escena, que parece salida de una serie de comedia de los 90, con atención. Isabella se da vuelta al reconocer su presencia y grita.

—¡Mamá! ¡Marcos dijo que voy a tener una fiesta de cumpleaños en el parque con mis amiguitos de la escuela!

Los ojos de mi esposa se agrandan y me busca inmediatamente. Muevo la cabeza en una petición silenciosa de

disculpas, y ella me mira, como intentando entender cómo sucedió esto. Buena suerte, Nella, yo también quisiera saberlo.

—¡Y, mamá! ¡Marcos dijo una grosería! —me denuncia.

¡Increíble! Me arrancó la promesa de hacer su voluntad y, aún así, me arruinó. ¡Definitivamente, Isabella sería una buena abogada en el futuro! Pero eso no impide que me lamente.

—¡Ah, puta madre! —maldigo otra vez antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

La boca de Antonella se abre y sus ojos se estrechan. Ella sacude la cabeza, negándose a creer no sé qué. Si es que realmente he maldecido dos veces frente a su hija, o si se está dando cuenta de que prometerle la luna a la niña era un intento de mantenerla callada.

Lo cierto es que la decepción en su rostro es obvia. Abro la boca para decir algo, pero solo una mirada suya me silencia. Ella me reprende sin decir una sola palabra, exactamente como ya la he visto hacer con Isabella algunas veces. Y, aunque esto suene y parezca ridículo, su mirada es tan definitiva que no me atrevo a decir nada más.

—Bella, mamá va a hablar con Marcos. Él no sabía que decir malas palabras es feo —le dice a la hija, pero me lanza una mirada fulminante.

Solo puedo pensar que si esa mirada me hace sentir como una mierda, no puedo imaginar lo que le hace a una pobre niña de tres años.

—Y en cuanto a tu cumpleaños, mamá ya te dijo que no sabe si tus amigos podrán venir, ¿verdad? —Al escuchar la negativa, Isabella pone cara de llanto.

—Pero Marcos dijo, mamá...

Recibo otra mirada intimidante y, avergonzado, me encojo en la silla.

—Marcos no sabía que las mamás de tus amigos trabajan todo el día y tal vez no puedan llevarlos a la fiesta. Pero mamá va a intentarlo, ¿está bien?

Isabella mueve la cabeza, aceptando tristemente.

—¿Podemos contratar un transporte para los niños y un equipo de animadores? Así las mamás no tendrían que quedarse —sugiero y, ¿adivina qué? Otra mirada.

¡Pero qué mierda!

Isabella, por otro lado, parece haber recuperado el ánimo con mis palabras.

—Mamá, ¿qué es transporte? ¿Y qué son *animador*?

Nella suspira y cierra los ojos. Brevemente, niega con la cabeza antes de mirar nuevamente a la hija.

—Se dice animadores, Bella. Hay más de uno, entonces decimos animadores, ¿recuerdas?

—¡Está bien! ¿Qué son animadores? ¿Van a hacer que mis amigos puedan ir a mi cumpleaños?

¿Adivina qué? Otra mirada.

—Mamá no sabe, pero promete intentarlo, ¿está bien? Vamos a terminar de colorear la *slime*. Necesitamos ver si va a funcionar para tu cumpleaños.

La niña mueve la cabeza. Claramente dividida entre emocionarse con la masa, o resentirse por la respuesta evasiva de la madre, pero, para la felicidad de todos, después de solo un minuto, elige la primera opción.

—¡Vamos! ¡Marcos y yo íbamos a hacer la amarilla ahora!

—¿Iban, eh? —Nella pregunta, levantando una ceja mientras ve mi mano aún en el bote de la masa pegajosa. ¡Oh, mierda!

—¡Ajá! —Isabella confirma, moviendo la cabeza.

—¿Y todavía lo van a hacer? —me pregunta directamente a mí.

Pero, después de todo esto, si hay algo que no quiero es correr el riesgo de decir o hacer algo que no deba.

—No... En realidad, no... Ahora que llegaste, voy a subir... —aviso, finalmente soltando mis dedos y levantándome del banquito.

—Pero, Marcos... Ni siquiera pintamos el *slime*.

—Lo sé, Bella, pero ahora tu mamá ya volvió. Ella te va a ayudar.

La niña me observa, frunce los labios y, mucho menos animada de lo que quisiera para poder sentirme en paz, se encoge

de hombros.

Antonella no dice nada mientras me limpio las manos en un trapo y recojo mis cosas. Sin embargo, en su rostro, hay una mirada diferente a la anterior, esta no me reprende, me pregunta: ¿Qué estás haciendo, Marcos?

Y esa, definitivamente, es una excelente pregunta. Una para la cual no tengo respuesta.

36.

MARCOS VALENTE

—Ella te tiene en sus manos, ¿no es así?

Me doy vuelta hacia la entrada de la cocina y veo a Antonella sonriendo mientras camina hacia mí.

Mis ojos se desvían involuntariamente por su cuerpo curvilíneo, que no lleva más que una camisa de dormir negra. La prenda es corta y mezcla encaje con algún otro tipo de tela que no tengo idea cómo se llama. Mi verga responde al instante y ella tose, recordándome que también debo poner atención en su cuello para arriba.

—Perdón, yo…

—Me estás haciendo una radiografía con los ojos.

Riéndose, Antonella pasa por mi lado, se acerca a la nevera y saca una jarra de jugo. Se mueve por la cocina con total naturalidad, tan o más dueña del espacio que yo. Esa observación me hace levantar las cejas.

Ella toma un vaso, se sirve la bebida amarilla y se sienta frente a la barra con el vaso lleno. Inclino ligeramente la cabeza, sin saber cómo responder a su comentario. ¿Ahora estamos haciendo chistes sobre esto? Porque el dolor entre mis piernas definitivamente no tiene gracia.

—Tal vez.

Elijo una salida diplomática, y su ceja arqueada ya sería suficiente respuesta, pero también habla.

—Ajá... Ni de puta madre "tal vez" es la respuesta correcta para esa pregunta, Marcos.

—¿Tú sí puedes decir groserías?

La pregunta es mucho más una acusación que cualquier otra cosa, y Antonella suelta una risa con una sonrisa hermosa. Hermosa como pocas.

—¿Acaso ves a Isabella por aquí, Marcos?

Suelto un bufido, sin querer admitir la derrota.

—Ella es...

—Una pequeña manipuladora... —me interrumpe, y su declaración hace que mis ojos se abran de par en par—. ¿Qué? Ella es mi hija, salió de mí, y no hay nada que no haga por ella, pero eso no cambia los hechos. Isabella es capaz de conseguir casi todo lo que quiere de un incauto solo con ojos tristes y un puchero.

—¡Sí! ¡Dios! ¡Sí! ¡Ojos tristes y un puchero! —coincido, desesperado, recordando la expresión de niña amuada, que habría sido capaz de hacerme prometerle traerle el sol, la luna y las estrellas si así lo hubiera querido.

Antonella suelta una carcajada, sacude la cabeza en señal de desaprobación y vuelve a tomar un sorbo de su jugo.

—Para futuras referencias, Marcos, no importa lo triste que se vea, tú no le harás promesas, tú me preguntas. ¡Siempre! ¡Siempre

me preguntas!

Asiento con la cabeza, y ella se frota las manos por la cara. Su humor, que antes era ligero, se ve ligeramente afectado por algo.

—¿Pasa algo?

—No... Es solo que... Isabella extraña la guardería, y no sé si la estoy manteniendo alejada por ella o por mí. No sé si esta realmente es la mejor opción para ella, y... ¡Oh, Dios! —se interrumpe—. Y realmente no necesitas escucharme hablar de todo esto —concluye.

Abro la boca, pero no digo nada. Tiene razón, no necesito hacerlo, pero me descubro queriendo escuchar. No debería, ¿verdad? Decido no pensar en eso.

—Yo quiero saber.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Asiento, reafirmando mis propias palabras. Ella frunce el ceño antes de hacer lo mismo, como si también necesitara esa confirmación.

—No tengo idea si estoy haciendo lo correcto para Bella o no. A veces todo parece tan difícil. Dios, solo quiero un manual.

Me río, ese es un deseo con el que realmente me identifico.

—Esa guardería no es una buena idea.

—Lo sé, pero ella la extraña. La extraña mucho.

Sus manos, con dedos finos, frotan su rostro, como un reflejo nervioso.

—Tal vez solo necesite ocupar el tiempo con otras cosas... Actividades... A su edad, yo adoraba nadar...

Dejo la taza que tenía en las manos en la pileta, giro el cuerpo y me siento en el banco al lado de Antonella. Ella apoya el codo sobre la mesa y se recuesta la mejilla en la mano, pensativa.

—Y yo adoraba bailar... —piensa en voz alta—, eso parece una buena idea. —Esta vez me habla directamente. Asiento con la cabeza y me acuerdo de algo importante.

—Recibí una llamada de la RBA hoy.

—¿La Revista Brasileña de Abogacía?

Une las cejas, confundida, y yo asiento en acuerdo.

—Exactamente... Quieren entrevistarnos, hacer una sesión de fotos.

—¿Por qué? —Inclino el cuello, dejando que ella lo concluya por sí misma—. El imperio jurídico... La hija del juez federal y el heredero de Valente & Camil.

Eso la hace frotarse las manos en el rostro y agachar la cabeza otra vez.

—No tenemos que hacerlo si no quieres.

—No... Está bien. Es solo que hacía mucho que me había olvidado de ese título. Y ahora... Todos parecen más que dispuestos

a recordármelo.

—¿Cómo hiciste eso? Quiero decir, olvidarlo. No resentirte.

Ella se ríe sin humor.

—Oh, sí me resiento, Marcos. Créeme, me resiento. Pero el rencor hace mal a la piel, así que intento simplemente no pensar en eso. ¿Cuándo es?

—¿La próxima semana?

—Suena bien. Pero no quiero que Isabella forme parte de esto.

—Nunca lo esperé.

—Está bien.

Suspira y me mira directamente.

—Sabes que van a hacer preguntas sobre tu padre, ¿cierto?

—Lo sé.

—¿Y estás segura de que quieres hacer esto, aún así?

—"Deja que te exhiba ante algunas personas...". ¿No era eso lo que me dijiste que querías, Marcos? Cuando me propusiste este matrimonio, por empezar. Tú estás haciendo tu parte, yo haré la mía.

La naturalidad en su tono es desconcertante.

—Y esa misma noche, me dijiste que no querías ser reducida a eso.

—No te importó en ese momento, no me digas que te importa ahora, Marcos.

Me río y bebo algunos tragos más de su jugo.

—Pero claro que me importa. Eso fue antes...

—¿Antes de qué? —me interrumpe, y el desafío de mencionar la luna de miel es claro en su voz.

—Antes de conocerte, Antonella. Antes de saber cómo una entrevista de esas puede afectarte.

Doy una respuesta tan honesta como decir que esto fue antes de haber tenido sexo con ella. Porque es cierto, me importa, y la verdad es que comencé a preocuparme antes de haberla tocado, como, por cierto, estoy loco por hacerlo de nuevo.

—Eso no puede afectarme de ninguna manera, Marcos. Mis padres perdieron ese poder hace mucho tiempo.

Muevo la cabeza, asintiendo, aunque no lo crea.

No después de ver cómo reaccionó a la presencia de ellos en nuestra boda. Independientemente de lo que despierten sus padres, ellos invocan algo. Pero no le digo eso.

—¿Ya lo anunciaron? ¿Que serás tú el sucesor?

Desvía el tema, como siempre. Es muy buena para evitar lo que le incomoda.

—En realidad, se esperaba que anunciaran que yo no lo sería. Pero ya no. Probablemente lo oficialicen en la próxima junta del

consejo.

Antonella levanta su vaso en un brindis solitario y sonríe, pero no es una sonrisa amplia como suele ser.

—Vas a resolverlo, Nella. Cualquiera que sea la solución para Isabella. La encontrarás.

—Sí. Y, ahora, también necesito organizar una fiesta en un parque de diversiones —desvía la conversación, y, esta vez, la sonrisa en su rostro es enorme.

—Ella puso cara de llanto —me defiendo.

—¿Y qué hacemos a partir de ahora cuando Isabella haga cara de llanto, Marcos?

—Te preguntamos a ti.

Antonella da dos golpecitos con los dedos sobre la madera, en señal de aprobación.

—¡Te dije que aprendes rápido! —ironiza, repitiendo lo que me dijo durante nuestro viaje, y yo entrecierro los ojos al mirarla.

—Hablando de aprender. Necesitamos aprender algunas cosas y organizar otras, para la entrevista.

—Eso tiene sentido —asiente—. ¿Ellos enviarán las preguntas por correo electrónico?

Toma el último trago de su jugo y deja el vaso vacío sobre la mesada.

—Lo harán. Te lo reenvío en cuanto lo reciba, pero quizás sería bueno que habláramos sobre las respuestas en lugar de solo escribir y cambiar papeles, ¿no crees?

Solo una de sus cejas se arquea.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No sé... ¿Para que suene más natural?

—Sí... Vas a tener que hacerlo mejor que eso.

—¿Qué? ¿Cómo mejor? No es como si tuviera motivos ocultos para querer pasar algo de tiempo a solas con mi esposa.

Está bien, los tengo. Y la sonrisa en la comisura de mis labios probablemente me delata, porque ahora es ella quien entrecierra los ojos.

Pero, mierda, ¡no puede ser que este pensamiento no haya cruzado por su cabeza ni una sola vez, cuando es casi todo lo en lo que he podido pensar todo el día!

—¿Y quién dijo algo sobre pasar tiempo a solas, Marcos? —pregunta, acercando su rostro al mío y entrecerrando los ojos.

—¿Un hombre puede soñar, no? —La respuesta sale baja de mis labios.

Su acercamiento fue casual, pero, con ella tan cerca, es imposible no ir más allá de concentrarme solo en su voz. Es imposible no seguir el movimiento de sus labios y sentir mi boca salivar por su sabor.

Mis ojos me traicionan, bajan por sus labios, reconociendo el movimiento prolongado de su garganta al tragar, ansiosa, y siguen bajando cada vez más hasta que encuentran sus pechos, cubiertos por encaje y tan, pero tan tentadores, que mis dedos sienten la necesidad de tocarlos.

Levanto la mirada, pero no encuentro la de Antonella, que también está perdida, recorriendo mi propio cuerpo. Si al verme así no tuvo una gran reacción por la poca ropa que llevaba, ahora su cuerpo cuenta otra historia.

Lame sus labios mientras sus ojos siguen mi torso desnudo y los muerde al llegar al elástico de mi pantalón corto. El aire a nuestro alrededor se vuelve denso, y mi respiración también.

—Ok, hora de irse —declara, como si necesitara animarse a sí misma, y se levanta bruscamente. En un sorprendente movimiento económico, coloca la jarra de jugo en la nevera y deja el vaso sobre la mesada.

—¿Escapando, Antonella? —pregunto, con una sonrisa de lado y una ceja levantada.

—Con toda seguridad —responde sin tapujos, antes de girarse, dándome la espalda y ya caminando hacia la puerta.

—Escapar no es una buena estrategia.

Ya está casi en la puerta, gira el rostro, me mira por encima del hombro y sonríe.

—Don Juan no estaría de acuerdo.

Antonella me deja atrás sin ningún remordimiento. Sigo el movimiento sensual de sus caderas y río.

Esa mujer es un problema. Y aunque lo sé, no puedo evitar gustar de ella.

37.

ANTONELLA VALENTE

El techo blanco de la habitación no está más interesante hoy de lo que fue ayer o antes de ayer. Sin embargo, sigo mirándolo, incluso después de casi una hora acostada en mi cama. Mi cerebro está demasiado activo para poder dormir y, en lugar de eso, decidió restregarme en la cara todas las situaciones que no tienen sentido en el mundo en el que me esfuerzo por vivir. Ese en el que Marcos no es más que un idiota.

En el podio, ocupando el primer lugar, está Marcos, cubierto de azúcar glas, con las mangas de la camisa dobladas hasta los codos y una mano metida en un enorme tarro de *slime* comestible.

En la segunda posición, aunque no por ello menos sorprendente, está el mismísimo Marcos encogiéndose bajo mi mirada de reproche.

Y por último, solo porque me niego a darle al suceso la importancia que sé que merece, está no solo todo mi cuerpo encendido bajo su mirada de hace un momento, sino también mi corazón. ¡Órgano estúpido!

Siempre ha habido atracción. El cambio de temperatura, la corriente eléctrica que me recorría con cada toque suyo, o la repentina falta de aire provocada por su proximidad nunca me permitieron ignorar que el magnetismo siempre estuvo ahí. Pero

esta vez fue diferente, porque fue más allá, mucho más allá de la atracción.

Su mirada me desnudó no solo de ropa, sino de armaduras, liberando, ahora, mucho más que deseos y fantasías. Liberando recuerdos de su toque en mi piel, de su boca en la mía, de mi cuerpo, de mi conciencia quebrándose en un millón de pedazos mientras gritaba su nombre y el de nadie más.

Si antes su forma no tan idiota de actuar me confundía, ahora empieza a frustrarme conmigo misma. Conozco la soledad desde hace mucho tiempo. De hecho, no recuerdo un momento en mi vida en el que no la conociera. ¿Y Marcos, justamente Marcos Pedante, decide intentar mostrarme algo diferente?

No quiero lo diferente.

Quiero lo seguro.

Quiero lo cómodo.

Quiero lo que funciona.

Una mierda. Una grandísima, una inmensa mierda. Porque no importa cuánto quiera huir, Marcos sigue haciendo todas las cosas bien y, de esa forma, hace cada vez más difícil mantener la historia de que él es solo Marcos Pedante, de quien es fácil mantenerme alejada.

Y si eso no fuera material suficiente para volver loca a una mujer, aún tengo que lidiar con el crecimiento descontrolado de la pila de momentos que, no importa cuánto los desee, no estoy dispuesta a vivir.

O, aún, con el hecho de que el "no" que debería salir tan fácilmente de mi boca empieza a transformar sus vocales y consonantes en otras, formando una palabra completamente diferente en forma y sentido.

Marcos es un idiota, Antonella. Él salió a acostarse con otra cuando dijiste que no, ¿recuerdas?

Pero él tenía ese derecho, ¿no? Yo podría haber hecho lo mismo si hubiera querido.

Marcos es un idiota, Antonella. Dijo que no serías nada más que un adorno, ¿recuerdas?

Pero luego se disculpó por eso y reconoció lo mal que sonó.

Marcos es un idiota, Antonella... Un galán, un mujeriego, ¿recuerdas?

Y aún así, cada vez que estuvo a mi lado, sus ojos no se apartaron de mí ni por un segundo.

Marcos es un idiota, Antonella. Dijo que esta relación sería estrictamente profesional, ¿recuerdas?

Pero antes de firmar el contrato, me dio más apoyo que cualquier otra persona a mi alrededor. No tenía que estar en ese hospital, sin embargo...

Marcos es un idiota, Antonella. Fue lo suficientemente arrogante y presuntuoso para no darse cuenta de que estaba haciendo suposiciones completamente erróneas sobre ti, ¿recuerdas?

Pero cuando la verdad salió a la luz, después de un ataque de ira, fue capaz de reconocerlo y, a su manera, hasta disculparse.

Marcos es un idiota, Antonella. Dejó claro que no quería desarrollar ningún tipo de relación con Isabella, ¿recuerdas?

Pero, aún así, hoy lo encontré comiendo slime.

¡Qué carajo! Respiro hondo, cierro los ojos y me los cubro con las palmas de las manos. Era para ser simple. Dos años de contrato. Dinero suficiente para organizar mi vida y punto.

Entonces, ¿por qué estoy aquí, sin poder dormir, haciendo una lista mental de las actitudes idiotas de Marcos que siempre vienen con un "pero"? *¡No me importan los "pero"!* ¡No me interesan! *Pero son tantos.*

No estaba ayer cuando despedí a Marcos con un simple "fue solo sexo", no lo estoy hoy, aunque todo mi cuerpo arda con las ganas irresistibles de golpear su puerta, aunque mi mente se niegue a dormir y siga con una maldita preguntita de dos palabras: "¿y si?".

Expiro con fuerza, expulsando el aire de mis pulmones en un intento vano de organizar mis pensamientos y calmar mi piel, excitada por los recuerdos y la posibilidad, aunque mínima, de que se repitan. Pero no sirve de nada. Sigo tan encendida, en cuerpo y mente, como antes.

***

—¿Y cuál es tu película favorita? —Miro el papel en mis manos por pura formalidad, porque estoy segura de que esa

pregunta no está en la lista. De nuevo es de madrugada, y Marcos y yo estamos sentados en la cocina.

Esto se ha vuelto rutina. Es molesto y agradable al mismo tiempo lo mucho que parece atraída su presencia cuando estoy fuera de la cama. Basta con que salga del cuarto por cualquier razón para que, segundos después, Marcos aparezca en la misma habitación de la casa en la que estoy.

Incluso me he preguntado si estos encuentros realmente son accidentales o si él no está haciendo vigilancia con la oreja pegada a la puerta de su propio cuarto, solo esperando a que salga.

Pero eso es absurdo, lo sé. Si alguien tiene la culpa, o mejor dicho, la irresponsabilidad, de estos encuentros nocturnos, no es Marcos, sino el universo, que parece gustar de jugar con fuego. Después de todo, el resultado siempre es el mismo: conversaciones cortas, miradas desmesuradas y, luego, una fuga nada digna.

Hoy casi estoy segura de que sí, él estaba de vigilancia esperando que saliera del cuarto, porque, minutos después, no solo apareció, como siempre, semidesnudo, sino que trajo consigo la lista de preguntas de la entrevista que me envió por correo electrónico esta tarde.

¿Su justificación? Perdió el sueño y decidió responderlas aquí abajo mientras comía algo. ¿Lo curioso? Ya llevamos más de cuarenta minutos aquí y ni siquiera ha buscado una galleta.

Agito la cabeza, negando. ¿Qué tan descarado puede ser? ¿Y por qué cree que hablar de trivialidades es una buena idea? ¿Y por qué este esfuerzo me calentó el estómago? ¿Y por qué quiero dar

una respuesta diferente a un no rotundo? *¿Y por qué no puedo querer dar esa respuesta diferente?*

—Esto no está en la lista —respondo, no por primera o segunda vez, ya que debe ser la décima en la que intenta desviar las preguntas de la lista hacia otras que interesarían si fuéramos amigos o una pareja, salvo que no somos ninguno de los dos, y eso debe seguir siendo así, *aunque Marcos siga haciendo todas las cosas bien.*

En los últimos tres días, hubo más interacciones de Marcos con Isabella. Cenó con nosotros todas las noches, incluso llegó a ver la maldita película de la princesa y el dragón. *Y alguien tiene que decirle que pare con eso.*

No puedo dejar de preguntarme la razón de todo esto. Es mucho esfuerzo solo para acostarse conmigo y, aunque me moleste admitirlo, ya no creo que Marcos sería capaz, por ejemplo, de involucrarse con mi hija solo para hacer nuestra mentira más creíble o para llevarme a la cama.

Entonces, ¿por qué?

¿Por qué llega a casa temprano, en lugar de, como me dijo que haría, seguir con su vida de soltero? ¿Por qué no solo trata bien a mi hija, sino que, todos los días, le trae algún regalo de la calle, aunque sea solo un dulce?

¿Por qué es que, prácticamente todas las noches, me encuentra en la cocina de madrugada, aunque sea solo para que nos digamos un "buenas noches" y nos desnudemos con la mirada descaradamente todo el cuerpo?

¿Por qué sigue actuando como un Marcos con el que, cada día, se hace más difícil querer huir?

Porque tal vez huir no sea exactamente una necesidad.

—Pero ella puede decidir cambiar el guion, puede preguntar qué es lo que más nos gusta hacer juntos —responde con la cara más limpia del mundo.

—¡Ah, claro! ¿Y vas a decir que es ver *El Diablo Viste a la Moda* conmigo?

—¿En serio, Antonella? ¿*Runway*? —Alzo las cejas, sorprendida, no solo por el desdén en su voz, sino también por el asco que se refleja en su rostro.

—Vaya, vaya... Parece que tenemos a un fan de Miranda Priestly aquí.

Inclino la cabeza hacia un lado y lo observo con diversión.

—Soy fan de Meryl Streep, esa mujer es nominada al Oscar todos los años por una razón, pero, definitivamente, no es por la diferencia entre azul celeste y azul turquesa... —comenta, molesto, y roba una papa frita de la bolsa que tengo abierta sobre la mesa. Le doy un golpe en la mano, pero es más rápido y la mete en la boca.

—¡Primero, aléjate de mis papas! Si quieres una, ¡el armario está lleno de ellas! —le advierto, señalándo con el dedo, y, si su sonrisa me dice algo, es que realmente no le importa cuántos paquetes de papas fritas haya en la despensa, él va a comer las mías. ¡Ugh!—. Y luego, ¡ay, Dios! ¡Realmente estabas prestando

atención! —exclamo, mucho más alto de lo necesario, sorprendida por la constatación, y llevo las manos a la boca, asombrada.

—Si Meryl lo dice, yo escucho —comenta, como si no fuera nada.

—¡Ay, Dios! —repito la exclamación y sacudo la cabeza, aún incrédula, pero ahora también muy curiosa—. ¡Está bien! Y, ¿cuál es tu película favorita, discípulo de Francis Coppola? —En cuanto digo el nombre, sonrío, porque la respuesta a la pregunta brilla en mi mente, imposible de ignorar. —¿No me digas! ¡Quiero adivinar! ¿*El Padrino*?

—Eres buena.

—Y tú no podrías ser más obvio.

Marcos lleva la mano al pecho como si lo hubiera herido en el corazón. Hace una mueca de dolor y yo desprecio su dramatización con un gesto de la mano y una sonrisa.

—¡Ok! ¿Y qué es lo que más nos gusta hacer juntos? —Vuelvo a la pregunta original y él sonríe enormemente, diciéndome, sin palabras, cuál sería su respuesta ideal—. Uhum, claro, Marcos. Vamos a estampar en la revista más leída por la tradicional élite brasileña la palabra "sexo", ¿por qué no? —Mi respuesta provoca una carcajada en él y yo agradezco, porque eso significa que el estremecimiento en mi cuerpo, causado por solo pensar en sexo con él de nuevo, pasó desapercibido.

—Tus palabras, no las mías.

Formo un puchero con los labios y muevo la cabeza de un lado a otro.

—Uhum... Ni aunque hubieras usado vocales y consonantes podrías haber sido más explícito. O más obvio.

Él muerde el labio y su mirada se pierde en el horizonte. No necesito ser un genio para saber adónde fue.

—¡Ok, hora de irme! —me despido, ya levantándome—. Fue un buen ensayo. Tenías razón, al final.

Mi cuerpo se mueve prácticamente solo. Mi cerebro activó el modo de defensa anti-Marcos y su mejor estrategia es huir. Correr.

Salir de la presencia de este hombre lo más rápido posible antes de que la cortina de humo que paso todo el tiempo alimentando con palabras ácidas, comentarios despectivos y giros de ojos desaparezca y se dé cuenta de que no es el único que quiere más de lo que tuvimos en esa isla.

Su lengua pasa por sus labios, humedeciéndolos. Marcos cruza los brazos frente al pecho, flexionando los músculos. Mis ojos se van inmediatamente hacia ellos. Respiro fuerte y, escondida por la barra entre nosotros, aprieto los muslos uno contra el otro, de repente caliente, antes de poder desviar la mirada. ¡Genial! A este ritmo, voy a romper mi vibrador.

—Tengo idea de otras cosas en las que podría estar en lo cierto —comenta, sentado en el banco, con las rodillas ligeramente flexionadas y los pies apoyados en el soporte de metal.

—Claro que sí. Buenas noches, Marcos.

Tomo mi paquete de papas.

—¿No te cansas de huir, Antonella?

Mi corazón acelera con su pregunta, porque me la hice hoy mismo. ¿Seré capaz de mantener el ritmo durante los próximos dos años? Porque estoy casi segura de que si me toca, no seré capaz de decir que no.

No como dije antes de saber exactamente cómo se siente tenerlo haciendo cada una de mis voluntades, incluso aquellas que no sabía que tenía. Entonces, ¿qué otra opción me queda, sino huir?

—Acabo de empezar.

—¿Sabes? Soy bastante resistente.

Sonrío. Claro que lo es.

—¿Y por qué tanto esfuerzo por una noche de sexo, Marcos? Sabemos los dos que no lo necesitas. Con un mensaje a medias, no te van a faltar opciones.

No me gustan las palabras que digo, pero son ciertas, y necesito más humo. Además, la pregunta implícita en ellas salió de mi boca prácticamente sin mi permiso.

Marcos sonríe de lado, baja la mirada y, cuando vuelve a mirarme, esos ojos azules están tan intensos que siento que me estoy ahogando. Trago en seco y respiro profundamente, deleitada, alarmada por el hecho de que me haya alcanzado, aunque haya más de un metro de distancia entre nosotros.

—¿Sexo? —Mueve la cabeza de arriba a abajo sin dejar que la sonrisa se deslice de sus labios—. Pensé que tus días fingiendo ser inocente habían terminado, Antonella.

Jadeo, parpadeo y trago, una cosa tras otra, cuando mi cuerpo parece a punto de colapsar con su respuesta directa. Mi reacción dura dos segundos antes de que me obligue a fingir que sus palabras no me afectaron.

—No tengo idea de qué hablas.

Le doy la espalda y comienzo a caminar lejos.

—Y la luna amanece, el cielo es verde, y el mar, amarillo. —Ríe en voz baja—. ¿Sabes? Don Juan huyó, pero luego volvió —dice, cuando ya estoy en la puerta de la cocina.

Lo miro por encima del hombro y, sonriendo, le respondo.

—Y solo necesitó trece años.

Lo dejo en la cocina y casi puedo escuchar un gruñido que suena mucho como "Eres mejor que esto...". Lo ignoro.

38.

ANTONELLA VALENTE

Miro a mi alrededor una última vez, verificando el espacio que hoy está milimétricamente organizado. No hay juguetes perdidos, medias desparejas ni zapatos fuera de lugar. Eso me hace reír, porque estoy segura de que, a pesar de todos mis esfuerzos, en algún sitio debe haber algo fuera de lugar. Solo que aún no lo he descubierto. Y espero no darme cuenta de ello en una foto publicada en la revista jurídica más importante del país.

Sinceramente, creo que eso solo haría que la narrativa de familia feliz fuera aún más real. Después de todo, es imposible que una casa con niños esté siempre perfectamente ordenada. Sin embargo, dudo mucho que personas como mis padres, por ejemplo, fieles seguidores de la RBA, estén de acuerdo con esto. No, para ellos parecería que debería cambiar a los empleados encargados de la limpieza y organización de la casa.

Después de pasar toda la semana dedicada a crear el espacio perfecto para la mentira que Marcos y yo necesitamos hacer parecer verdadera, su departamento apenas se parece al original. El sofá, que antes predominaba en tonos grises, ahora tiene almohadones de colores. Hay fotos esparcidas en marcos por toda la casa, además de dibujos enmarcados de Isabella en puntos estratégicos.

Recuerdo esa mañana de hace más de un mes cuando él habló sobre decoración afectiva, y yo le dije que necesitaríamos mucho más que fotos para conseguirlo. Y lo necesitamos. Las

cortinas oscuras fueron reemplazadas por persianas claras, los objetos decorativos masculinos fueron mezclados con artículos casuales e incluso con recuerdos de viajes inventados.

Los sillones ahora tienen mantas, y las mesas de centro, velas aromáticas. La alfombra rústica que cubría toda la sala de televisión fue sustituida por una suave y esponjosa, y ahora hay flores por todos los aparadores de la casa, desde el hall de entrada hasta los pasillos. Respiro hondo, buscando cualquier signo de nerviosismo en mí misma, pero no encuentro nada.

El pitido del ascensor suena fuerte, y reviso mi imagen en el espejo del pasillo. El vestido verde oscuro parece perfectamente ajustado al cuerpo. El escote barco le da sobriedad, al igual que su longitud, que llega un poco debajo de las rodillas. Es el tipo de ropa que usaría si trabajara en Valente.

Definitivamente no es el tipo de ropa que una madre usaría en casa, pero la revista, sin duda, no está interesada en ese aspecto de mi vida. Giro el rostro, admirando la joya en mi oreja. El diamante en forma de gota es sencillo, pero cumple, y muy bien, con su propósito de mostrar riqueza.

Fuera de mi nuevo guardarropa y el de Bella, fue la primera compra realmente cara que hice con mi "bolsa esposa contratada", como me gusta llamar mentalmente la tarjeta de crédito que Marcos me puso a disposición. La verdad es que, aunque la idea de retomar mi vida me parecía muy atractiva, cada día que pasa me doy cuenta de que no tengo una vida a la que realmente quiera regresar.

Primero, porque las personas con las que solía relacionarme están casi todas en Río de Janeiro o en el extranjero, lo que sería un obstáculo si quisiera volver a relacionarme con ellas. Y no quiero. Si ninguno de ellos se preocupó por mi desaparición hace cinco años, no hay razón para que los busque ahora, y, sinceramente, su indiferencia de hace años ni siquiera me sorprendió. No tengo amigos en ese círculo social. Excepto Grazi, nunca tuve.

Tenía compañeros con los que iba a fiestas, pero nada más. Tampoco tengo algo que realmente quiera hacer. Me di cuenta, demasiado tarde, de que las palabras de Marcos el día en que me hizo la propuesta podían haber sido ofensivas, pero también eran realistas. "Vivir de compras", dijo.

¿Y no era exactamente eso lo que hacía? No siempre era ropa, pero siempre era algo. Procedimientos estéticos, joyas, electrónicos, artículos exclusivos, piezas de moda, entradas para fiestas... Siempre era sobre comprar algo y hoy, definitivamente, no me importa nada de eso.

Me encantaba entrar a las tiendas y elegir lo que quería sin preguntar el precio. Me encantó comprar todos los zapatos que creí que quedarían hermosos en los pies de mi hija. Fue increíble darle casi todos los peluches que vio en las estanterías y simplemente fantástico llenar tres cajones solo con lazos para su cabello. Pero también fue suficiente. No necesito más que eso.

Después de unos días pensando en lo que haría con mi tiempo, llegué a la única respuesta posible: aprovechar cada momento del desarrollo de Isabella y usarlo para convertirme en

alguien de quien mi hija no solo se sienta orgullosa, sino también inspirada.

¿El primer paso? Ser profesionalmente exitosa y, algún día, prescindir de la pensión post-matrimonio sin que Bella tenga que ver su altísimo nivel de vida reducido. De hecho, me propuse hacer de esto una meta.

Lo que significa que, desde que regresamos de viaje, si no estoy involucrada en alguna actividad con Isabella, estoy estudiando. A pesar de haber dejado la universidad, comencé un curso de francés para hablantes avanzados, ya que hacía mucho que el mío estaba guardado. También comencé un curso para estudiantes de derecho. Ambos a distancia.

Estaría feliz de pasar los próximos dos años, o al menos hasta que esta rutina se vuelva insuficiente, haciendo solo eso, sin embargo, debo reconocer que Isabella necesita más. Necesita salir de casa, necesita ver gente. Su insistencia en volver a la guardería es solo una confirmación, y estoy buscando opciones. Además de su fiesta de cumpleaños, claro. En dos semanas. En un parque. Dios, ¿dónde tenía la cabeza Marcos?

—¡Vaya! ¿Estoy en el apartamento correcto? —dice él, en tono juguetón, y yo ruedo los ojos.

—No seas tonto. No está tan diferente —respondo, fingiendo un interés inquebrantable en mi propio reflejo, sin querer mirarlo a él, no aún, porque sé y no sé exactamente cuál será la sensación: un fuerte golpe que parece hacerse más intenso con cada día y afectar más partes de mi cuerpo también.

No sé qué me desestabiliza más. Primero, está la forma en que simplemente no puedo evitar desear su cuerpo, ya sea vestido, con traje y corbata, o semi desnudo, como Marcos insiste en atormentarme todas las madrugadas, caminando por la casa con nada más que shorts o pantalones de chándal. Es casi como si lo hiciera a propósito. No las primeras veces, pero desde que llegamos de viaje... Definitivamente.

Luego está la forma en que, cada día, estoy más obsesionada por ver si él comete errores, para demostrar que es el imbécil que yo sabía que era cuando acepté este matrimonio.

Alerta de spoiler: sigue sin cometer ni uno solo. Si hubiera un marcador, Marcos Pedante vs Marcos Decente, el Decente estaría ganando por mucho, y eso no es nada bueno para mi cordura.

Marcos arruina mis planes de intentar prepararme para el impacto que es su presencia cuando se acerca lentamente. Sigo el movimiento de su reflejo, enfocándome en sus piernas hasta que deja de caminar justo detrás de mí. Levanto los ojos, encuentro su mirada a través del espejo y me sumerjo en ella de una manera que sería fácil fingir que no fue mi movimiento, pero lo fue.

El calor de su cuerpo se pega al mío como si se hubiera encendido una hoguera justo detrás de mí, y lo odio y lo adoro al mismo tiempo. Esa atracción, esa cosa de no poder acercarnos demasiado el uno al otro es una bendición y una maldición.

Una bendición, porque hace que la confusión de sentimientos y sensaciones que nos rodea se sienta completa. No somos solo descubrimientos casuales de lo que nos gusta del otro cada día, no

somos solo un deseo loco y desenfrenado, no somos solo admiración mutua silenciosa. Somos todo eso, junto, mezclado e imposible de separar.

Una bendición, porque Marcos fue el mejor sexo de mi vida. Una maldición, porque el mismo magnetismo que hizo eso posible también hace que sea imposible olvidarlo, se mezcla con un deseo cada vez mayor de saber hasta dónde podríamos llegar juntos, y me convierte en una Antonella confundida y escurridiza que no me gusta.

Sus ojos no tardan ni diez segundos en analizar la casa. Pero de repente, la pierde de vista en el momento en que sus ojos se posan en mí. Su mirada me calienta, me despoja y me lame, todo al mismo tiempo. Y, para mi horror, cruza la línea que no debería, me toca. Pone un brazo alrededor de mi cintura.

—Estás hermosa —me elogia, levanto una ceja, él se ríe. Me siento aterrada de estar en sus brazos y, al mismo tiempo, increíblemente cómoda en ellos—. Eres hermosa —admite, y yo sacudo la cabeza, satisfecha. —Y modesta.

Me encojo de hombros, sin preocuparme en lo más mínimo de saber que soy hermosa, pero mucho, muchísimo, con su proximidad alarmante. Su brazo me tira hacia atrás, pegando mi espalda a su pecho, y mis ojos se cierran brevemente.

—¿Qué estás haciendo?

Traicionada. Es así como me siento cuando mi voz sale ronca. Miro a Marcos a través del espejo y, por eso, sigo en cámara lenta cómo su nariz se hunde en mi cuello.

Lucho contra el estremecimiento cuando él inhala profundamente en un movimiento que no debería ser tan malditamente sexy como es, pero se vuelve imposible de ignorar cuando su cuerpo tiembla como si, al oler mi aroma, estuviera probando una droga de la que estaba en abstinencia. Sus labios sostienen una sonrisa traviesa, y los acerca a mi oreja.

—Ensayando —susurra.

—No necesitamos ensayo, Marcos.

—¿Para hacerlo parecer real? No. No necesitamos. Pero si pasara un segundo más sin sentir tu olor y sin tocarte, probablemente la Tierra dejaría de girar.

Me giro hacia su abrazo. Mis tetas se frotan contra su pecho y, ¡puta madre! La sensación es una delicia.

Me gustaría decir que no sabía que la quería, pero sería mentira, porque lo sabía. La quiero desde el momento en que mis ojos vieron al hombre frente a mí. Y sentir su cuerpo desnudo, después de siete días que parecieron toda una eternidad, no hizo nada para calmar ese deseo, al contrario, solo lo aumentó, y Dios es testigo del esfuerzo hercúleo que he hecho para mantenerlo exactamente así, solo como un deseo.

Fueron días difíciles. Fueron días diferentes a todos los que he vivido en los últimos años. Fueron días de compañía, sonrisas y conversaciones. Fueron días en los que la soledad casi desapareció. Fueron días en los que vi a alguien más que a mí misma y Grazi dándole a mi hija toda la atención que se merece.

En cada uno de ellos, en cada interacción de Marcos con Isabella, había un factor común. Él estaba cumpliendo sus deseos. ¿El más ridículo? Tomar té con las muñecas. Ese hombre, de ese tamaño, estaba tomando té, agua de grifo, con las muñecas.

Fueron días difíciles, muy difíciles.

Días en los que me sentí ridícula, porque sentí celos de mi hija. De lo fácil que la aceptó en su vida, de cómo la atrajo, la absorbió y la ha convertido en parte de ella sin miedos ni temores. Sin preocuparse por quién es o fue, sin tratar de medir cada una de sus acciones, aplicando gráficos y ecuaciones imposibles de resolver antes de decidir si merece o no algo que ni siquiera sabe si él quiere. Sin sentirse culpable por mentiras y secretos contados en un momento que parece haber ocurrido toda una vida atrás. Sin sentirse cobarde por seguir guardando el último de ellos por miedo, egoísmo y todo lo que pueda definir mi silencio en este momento.

—¿Qué estás haciendo, Marcos? —repito la pregunta, ahora con los ojos fijos en los suyos, y no solo en el reflejo de ellos, mi corazón ensaya un cambio en su ritmo habitual, y quiero llevar la mano al pecho, apretarlo y decirle que se calme.

—Ya te lo dije, ensayando.

—¡Deja de tonterías! Me estás provocando deliberadamente, ¿por qué harías eso? —Las palabras tendrían mucha más credibilidad si mi voz tuviera un tercio de la firmeza habitual, no la tiene. Marcos levanta una ceja y se ríe—. Es una mala idea, Marcos… Una pésima idea, y lo sabes. —Quiero amenazarlo, pero la verdad es que me quejo.

—No soy exactamente conocido por tomar buenas decisiones, Antonella.

El tono es susurrante mientras su nariz roza mi piel con suavidad en una caricia innecesaria, inapropiada y deliciosa, muy deliciosa. La disfruto con todo mi cuerpo.

—Gracias por lo que me toca —ironizo, clavo mis uñas en sus brazos, apoyo mi frente en la suya y me empujo ligeramente hacia él, queriendo más, solo un poquito más.

—¡Oh, no! Definitivamente, fuiste una excepción. Y no te estoy provocando. —La cabeza se inclina, dejando los labios peligrosamente -no, peligrosamente no, porque lo peligroso es que estemos tan cerca- dejando los labios desesperadamente cerca, muy, muy cerca—. Estoy asegurándome de que no huyas.

Su respiración cálida golpea la zona entre mis labios y mi nariz, su mano aprieta mi cintura, su boca se acerca cada vez más.

Mis ojos ruegan por cerrarse, mi mente suplica por rendirse, y mi cuerpo decide seguir sus propias ganas. Una de mis manos sube por el brazo de Marcos, tocando los músculos duros cubiertos por el saco hasta alcanzar su nuca. Mis dedos se infiltran en su cabello, lo agarro, tirando de él. Quedamos así, atrapados en el toque del otro, que no es nada y, al mismo tiempo, es todo.

Entiendo su necesidad, porque, de alguna manera, es también la mía. Pero hay una necesidad más grande, mucho más grande, solo que no consigo recordar cuál es. No puedo, no puedo, no puedo. Pero me esfuerzo, aunque eso parezca estirar mis neuronas al límite en un intento por partirlas en dos.

Y cuando pienso que no voy a soportar mis propios conflictos, recuerdo. Este matrimonio no puede caer más de lo que ya está. Esa es la necesidad. Isabella. Mantenerla bien, segura, saludable. La más importante de todas mis certezas y dudas.

Es ella la que me da fuerzas para, después de una frenética, extenuante y silenciosa batalla interior, soltar las manos del cuerpo de Marcos, aunque parezca que la piel de mis palmas se separa de mis músculos.

La primera necesidad, aunque menor que la segunda, es tan firme, consistente, imposible de ignorar y completa, que posar la mano sobre su pecho y alejarlo de mí me deja sin aliento, respondiendo al inmenso esfuerzo físico que no requirió de mí ningún gasto de energía real.

Sus ojos me queman y transforman casi todo en cenizas, menos el deseo absurdo de besarlo, de tocarlo.

—Antonella… —La voz es ronca, el tono, suplicante.

—Marcos… —digo su nombre, porque sé que el "no" no va a salir.

Y espero, con todo lo que hay en mí, que no se dé cuenta de que este momento ridículamente breve sirvió solo para confirmar que la temporada de negativas de mi boca en su dirección está oficialmente cerrada.

—¡Maldita sea, Antonella!

El cuerpo tenso deja claro el nivel de autocontrol que Marcos está ejerciendo para respetar mi decisión. Bien, muy bien. Y mal,

terriblemente mal.

Sujeto el "sí" que quiero decir, aunque la palabra parezca alambre de púa en mi garganta. Nunca imaginé que la necesidad de ser tocada podría ser tan palpable y que rechazarlo cuando me lo ofrece podría, de hecho, rozar lo doloroso. Marcos asiente con la cabeza y, antes de que otra palabra salga de su boca, suena el timbre. Podría llorar de alivio.

***

—Es un hermoso hogar el que han construido aquí —comenta Clara, la representante de la revista, cuando ya estamos sentados en la sala, después de la sesión de fotos.

Casi me arrodillo y agradezco a los cielos cuando el fotógrafo dijo que tenía suficiente. Después de los minutos previos a la llegada de los entrevistadores, pasar una hora ahogándome en la presencia, olor, cercanía y toques de Marcos mientras posábamos para fotos, definitivamente puede ser catalogado como tortura.

—Gracias —respondo, y Marcos solo sonríe.

—Entonces… —La mujer de piel negra y cabellera voluminosa sonríe y, por la expresión en su rostro, ya sé que la próxima pregunta no tendrá nada que ver con nuestras carreras—. No se habla de otra cosa que no sea su matrimonio… —comienza, y pego una sonrisa falsa a mi rostro. Primero, porque no tengo idea de si eso es cierto o no, y segundo, porque, si lo es, ¿en serio ella quiere preguntar eso?—. ¡Fue una unión sorprendente! ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Casi diez meses ya… —es Marcos quien responde, dando la respuesta que acordamos.

—¿Entre noviazgo y matrimonio? —No anota ninguna palabra, ya que tiene su celular con un grabador entre nosotros, registrando cada palabra dicha.

—¿Qué podemos decir? Somos impulsivos… —bromeo.

—¿Y dirías que fue la impulsividad lo que te llevó a cortar la relación con tus padres, Antonella? —pregunta de golpe, como si estuviera hablando del clima. Levanto las cejas, sorprendida. Sabía que la pregunta vendría, pero definitivamente no pensé que fuera tan pronto. El abrazo de Marcos alrededor de mí se aprieta en una demostración silenciosa de apoyo, y yo sonrío elegantemente, como aprendí a hacer cuando aún era niña.

—No, no lo diría.

—¿Y cuál dirías que es la razón?

—En realidad, no tengo intención de hablar sobre eso. Pensé que el tema de esta entrevista era mi matrimonio, no mi relación con mis padres. —Clara sonríe falsamente, como si estuviera diciendo tonterías.

—Claro que el tema principal es el matrimonio, pero es justo por ser los herederos de dos de las mayores fortunas y legados de la abogacía brasileña. Entender sus relaciones familiares es importante para que nuestros lectores construyan sus perfiles… —explica, con la respuesta en la punta de la lengua. Lo que me dice que, así como yo

sabía que preguntaría, Clara también sabía que me negaría a responder.

—Bueno, entonces lamento que mi perfil tenga que quedar incompleto en las mentes de sus lectores, es una pena, pero realmente no hay nada que pueda hacer al respecto. —La entrevistadora inclina la cabeza hacia un lado, y luego asiente, de acuerdo.

—Está bien… Entonces hablemos sobre cómo te convertiste en la protagonista de un romance de Cenicienta contemporáneo. La heredera maltratada… —comenta y abre las manos en el aire, delante de sus propios ojos, como si estuviera dibujando las palabras en destellos—. Quizás ese sea el título del artículo —anuncia y vuelve a mirarme. Marcos hace lo mismo, buscando en mi rostro algo que no sé qué es, y yo río, esta vez de verdad, aunque sin humor.

—Clara, querida, me parece que, aunque insistas tanto en reafirmar quién soy, te estés olvidando deliberadamente de lo que eso significa. Mira, mi padre es, como ya dijiste, uno de los mayores nombres del derecho brasileño, mi marido es otro, mi suegro y mi suegra, otros. Yo, bien, aunque no me hayas preguntado, soy una estudiante de derecho —me coloco un mechón de cabello detrás de la oreja—, mira, aprendí a decir no antes de decir cualquier otra palabra, y, como la buena abogada que soy y que vi a todos a mi alrededor ser, no me dejaré vencer por el cansancio. ¿De verdad quieres esta entrevista? Porque si la respuesta es sí, sugiero que cambies radicalmente tu línea de preguntas, y si la respuesta es no, entonces creo que mi marido y yo ya hemos perdido demasiado

tiempo —digo cada palabra sin dejar que la sonrisa se escape de mi rostro, a diferencia de la periodista, que por fin se da cuenta de que su táctica no va a funcionar.

—Muy bien, entonces... Siento haber dado la impresión de que quería insistir en un tema inoportuno, ¿por qué no hablamos de las preguntas que les envié por correo electrónico?

—¡Me parece perfecto!

39.

MARCOS VALENTE

—Eso fue intenso —comento, cuando las puertas del ascensor se cierran, llevándose al equipo de la revista. Antonella se ríe.

—Solo fue el principio. Después ella entendió.

—No es como si le hubieras dado muchas opciones.

—¡Claro que sí! Podía hacer la entrevista o no. Eran dos opciones. —Finge estar ofendida, y yo entrecierro los ojos—. ¿Qué? Podría haber dicho que la entrevista estaba cancelada. ¡Eso sí sería dejarle solo una opción! Fui muy amable —afirma, haciéndome sonreír.

Casi me arrepiento de haberle mostrado esa sonrisa porque, al darse cuenta de que ya no hay necesidad de estar tan cerca de mí, hace lo que se ha vuelto una rutina en los últimos días: se aleja.

Se aparta sin ceremonias y se despide con un simple guiño, aunque no haya ningún motivo ni necesidad real para hacerlo. Isabella sigue fuera con Carmen.

Mientras atraviesa los cuartos y se va alejando, no puedo evitar hacer lo que también se ha vuelto parte de mi rutina desde que regresamos de la luna de miel: observo su caminar, su contoneo, alejándose de mí, preguntándome cuándo dejará de parecerme incorrecto.

Cuando la encontré parada frente al espejo, lo único que quería era atraparla ahí mismo. Han pasado exactamente siete días

desde la última vez que probé su sabor, que hundí mi nariz en su piel. Y tengo la impresión de que, si no lo hago pronto, ocurrirá una catástrofe inmensa: quizá un asteroide impacte la Tierra.

Impulsado por una fuerza imparable, me acerqué, aunque sabía que ella me rechazaría. Porque mientras yo me consumo en deseo, Antonella sigue imperturbable ante cualquier posibilidad entre nosotros. Es frustrante.

Como era de esperarse, se resistió. Pero, para mi sorpresa, me dio más de lo que habría pedido y menos, mucho menos de lo que necesitaba, antes de huir. No me pasó desapercibido que no me dijo que no. Simplemente escapó.

La sensación fue desesperante, y si no hubiera sido porque el equipo de la entrevista llegó justo en ese momento, probablemente habría vuelto a encerrarme en mi habitación, siendo yo quien necesitara escapar de Antonella para recuperar algo de cordura.

Con una erección dolorosa, me vi obligado a imaginar cosas nada agradables para controlarla antes de que llegara la revista. Poco a poco, el problema físico desapareció, pero el deseo seguía ardiendo en mi mente con cada palabra que ella le decía a la entrevistadora.

Estoy jodido. Jodido como nunca. Esa mujer... Sentí ganas de reírme de mí mismo. ¿Cómo pude pensar alguna vez que Antonella era cualquier cosa menos dominante? Prácticamente rezuma seguridad y determinación.

Todavía parado en el vestíbulo, ahora completamente solo, niego con la cabeza, suelto un suspiro y paso la mano por mi

cabello.

En un reflejo automático, miro hacia el ascensor y me pregunto si debería buscar alivio en otro lugar. Pero el recuerdo de la última vez que intenté hacer eso invade mi mente como un golpe, dejándome claro que sería una idea pésima. Una muy mala.

Lo último que necesito es otra sesión de humillación. *¿Y qué necesitas, Marcos?* Me río, sin ningún humor, cuando la respuesta aparece en mi mente con una claridad aplastante: *necesito a mi esposa.*

***

¿Cómo me siento? Ridículo.

¿Estoy dispuesto a actuar de manera diferente? Ni por asomo.

Con el oído pegado a la puerta de mi propia habitación, espero el movimiento habitual de las madrugadas desde que Antonella se mudó. Sí, estoy acechando a mi esposa, y solo Dios puede juzgarme por ello.

Antonella rara vez pasa una noche entera sin levantarse a beber agua. ¿Podría poner un mini refrigerador en su habitación para que estuviera más cómoda? Podría, claro. Pero si lo hiciera, perdería nuestras "coincidencias", a veces accidentales, otras no tanto. Y no estoy dispuesto a renunciar a eso, no mientras sea prácticamente lo único que tengo cuando se trata de su compañía espontánea... o casi espontánea.

Por ahora, estoy contento de que ella misma no haya tenido la brillante idea de tener agua en su cuarto y siga saliendo cada noche, a media madrugada, hacia la cocina.

Escucho abrirse una puerta y doy unos pasos hacia atrás, alejándome de la mía, como si ese sonido fuera alguna amenaza. Ridículo. Me he convertido en un hombre ridículo. Pero no me importa, no ahora.

Espero un minuto completo antes de girar el picaporte y salir. Sin embargo, para mi sorpresa, en lugar de encontrar el pasillo vacío para llegar a Antonella en la cocina, me encuentro con un pequeño ser humano, desesperado, envuelto en un enorme acolchado, abrazando con fuerza una muñeca.

Antes de darme cuenta, ya he corrido hacia Isabella, como si hubiera tardado menos de un segundo.

—¿Qué pasó? —pregunto, poniendo mis manos sobre sus mejillas. Siento un sabor amargo en la boca que no puedo justificar, pero está ahí. Es terrible, desesperante, y se vuelve aún peor cuando Isabella se lanza a mi pecho, rodea mi cuello con sus brazos y comienza a llorar desconsoladamente.

Mi corazón se acelera, golpea con fuerza en mi pecho, y parpadeo sin tener idea de qué hacer. ¡Maldita sea, ¿qué hago?!

—Bella, mi amor. Bella, ¿te duele algo? ¿Te está doliendo en algún lugar?

Intento mirarla a la cara, pero se niega a apartarla de mi cuello. La aprieto contra mí, sin saber si eso le da algún consuelo. No tengo idea de cómo funcionan los niños. ¿Es lo mismo que con los adultos? No lo sé.

No sé cuántos minutos pasan hasta que sus llantos se convierten en sollozos y parece calmarse un poco.

—Está bien, Bella. Todo está bien —digo en voz baja, temeroso de hacer o decir algo que la devuelva al estado de llanto que acaba de superar—. ¿Por qué no volvemos a tu habitación? —sugiero, pero la respuesta es inmediata. Un rotundo no, acompañado de un apretón más fuerte alrededor de mi cuello y un estremecimiento que recorre todo su pequeño cuerpo.

¡Pero qué demonios! ¿Qué pasó en esa habitación? Con las rodillas plantadas en el suelo del pasillo, frunzo el ceño mientras siento cómo todo mi cuerpo se tensa. Miro de un lado a otro, de repente preocupado de que lo que sea que esté en el cuarto de Isabella salga, especialmente porque dejó la puerta abierta. ¿Un insecto, tal vez? ¿Pero cómo?

Pienso en tocar la puerta del cuarto de Antonella, pero si la despierto de golpe solo para enfrentarla con una Isabella completamente descontrolada, es probable que la mate del susto. ¡Maldita sea! ¡Al diablo con todo! La voz de mi esposa resuena en mi cabeza como una alarma: "No importa cuánto parezca que está triste, no hagas promesas sin preguntarme. ¡Siempre debes preguntarme primero!".

Pero, ¡carajo! No parece solo triste. Está llorando, claramente asustada y desesperada. Tomo una decisión. Cargo a Isabella en mis brazos y, con cuidado, camino hacia mi habitación. Dejo la puerta abierta, completamente abierta, para que, si Antonella sale de su cuarto, pueda vernos. Me siento en una de los sillones, pero eso no hace que Isabella afloje su agarre.

Su respiración parece menos alterada ahora que nos alejamos de lo que sea que le causó este problema, pero sus brazos y piernas

siguen aferrándose a mí con la misma fuerza que antes. Me quedo quieto, esperando con ansias el momento en que se sienta mejor, en que se sienta segura.

Cuando finalmente levanta la cabeza, lo que siento al ver sus ojos hinchados, su piel enrojecida y su semblante agotado es completamente irracional y desconocido, pero tan terriblemente malo que sé que haría casi cualquier cosa para no volver a sentirlo.

Isabella y yo nos miramos por un momento que parece eterno. Nunca hemos estado completamente solos, salvo por aquellos breves minutos en los que me vi comiendo *slime*.

La primera vez que la vi, en el hospital, cuando descubrí que existía, sentí lástima por ella. Lamenté saber que Antonella era todo lo que tenía. Pero, al acercarme a su madre, entendí que no había razón para sentir pena por esa niña. Antonella siempre decía que era todo lo que Isabella necesitaba, y cada día me doy más cuenta de cuán ciertas son esas palabras.

Isabella no necesita a nadie más que a su madre, y aun así conquista a cualquiera que se atreva a acercarse. ¡Por Dios, comí *slime*! Y vi una caricatura absurda sobre una princesa guerrera que no es princesa y un dragón hembra en un reino oriental.

Si eso no es suficiente prueba del nivel de magnetismo que ejerce esta mini persona en mis brazos, también está el hecho de que no puedo pasar por algo que me recuerde a ella sin detenerme, comprarlo y anhelar el momento en que sonría al recibirlo.

Ahora aquí estamos, mirándonos, mientras mi pecho se llena de una necesidad tan devastadoramente absurda de proteger a esta

niña que no sé qué hacer con ese sentimiento, ni entender cómo o cuándo surgió.

Es Bella quien rompe el contacto visual al volver a enterrar su rostro en mi cuello, aunque su agarre alrededor de mí ha comenzado a aflojarse.

—¿Qué pasó, Bella? ¿Qué había en tu cuarto? ¿Era un bicho? ¿Volaba? —Trato de determinar la magnitud de la amenaza, y ella asiente con la cabeza. Siento el movimiento hacia arriba y hacia abajo, aunque no lo vea.

Está bien, es un insecto entonces. Mi pecho se alivia un poco, aunque sea mínimamente. Al menos no es una persona. Aunque la idea de un intruso es absurda, una parte de mí todavía temía por ella.

—¿Y qué tan grande es ese insecto, Bella? ¿Es grande?

Otra vez, asiente con la cabeza.

—¡Es grande, Marcos! ¡Muy, muy grande!

Su voz temblorosa hace que apriete los puños.

—Está bien, Bella. Yo lo sacaré de ahí, ¿de acuerdo? ¿Dónde estaba?

—¡Dentro del armario, Marcos! ¡El monstruo! ¡El monstruo estaba dentro del armario! —afirma, temblando y volviendo a aferrarse a mí con todas sus fuerzas.

Espera, ¿qué? ¿Un monstruo gigante en el armario? Frunzo el ceño, esforzándome por entender qué podría ser, y cuando la comprensión me golpea, una enorme sonrisa se extiende por mi

rostro mientras mi cuerpo se hunde en el respaldo del sillón, aliviado.

—Bella —la llamo en voz baja, y ella levanta la cara hacia mí, aunque mantiene los ojos bajos—. ¿Abriste el armario, cariño? —Niega con la cabeza lentamente—. ¿Y cuando viste al monstruo, estabas dormida? —Esta vez asiente.

Entendido. Su carita ahora parece mucho menos asustada y más avergonzada. Le doy un beso en la frente.

—¿Qué te parece si llamamos a tu mamá ahora?

Sus ojos se abren de par en par, y sacude la cabeza frenéticamente en un no rotundo. Frunzo el ceño otra vez.

—¡No quiero salir, Marcos! ¡No quiero! —Finalmente levanta la mirada y encuentra mis ojos, reforzando su desesperado pedido con lágrimas contenidas. Abro la boca, pero no digo nada. Solo asiento. Está bien… No saldremos de la habitación.

—¿Qué te parece si construimos una fortaleza anti-monstruos, Bella? —propongo.

—¿Una fortaleza? —Sus ojos se iluminan, curiosos, y muerdo mi labio, intentando contenerme ante mi propia idea genial.

—Ajá —murmuro, mientras me pregunto cómo debería lucir una fortaleza anti-monstruos. Casi río de mí mismo al darme cuenta de en qué estoy pensando. *¡Por el amor de Dios, Marcos!*

Me levanto del sillón y coloco a Isabella en el suelo. Ella se queda de pie, pero no me suelta. Por eso, todavía agachado, le explico mi plan.

—¡Ok! ¡Vamos a cubrirte con muchas cobijas! ¿Sabías que las cobijas tienen poderes mágicos y ahuyentan a los monstruos? —Su boca forma una "O" de sorpresa. Me esfuerzo mucho para mantenerme serio—. Y cuando estés completamente protegida, voy a cruzar el pasillo y llamar a tu mamá, ¿te parece bien?

Recibo una confirmación silenciosa.

—Necesitamos tomar las cobijas del clóset. ¿Me ayudas?

—Te ayudo.

Su voz es baja, todavía insegura de soltarse completamente de mí, lo noto.

—Haremos esto: tú te quedas en la puerta, yo tomo las cobijas, te las paso y tú las pones en la cama. ¿Está bien?

—¡Está bien!

—¡Muy bien!

Con cuidado, suelto sus pequeñas manos de mi cuello y me pongo de pie. De la mano de Isabella, camino hacia el clóset.

—Te quedas aquí, ¿ok?

Sus ojos se mueven nerviosos de un lado a otro, asustada por la posibilidad de quedarse sola.

—No voy a ir a ningún lado, Bella. Estaré aquí. Y pronto estarás protegida por la fortaleza, ¿recuerdas? Eres una guerrera muy fuerte, como la princesa de la película del dragón, ¿no es cierto?

Eso parece darle valor. Asiente con la cabeza y suelto su mano.

Encuentro rápidamente la sección de ropa de cama en mi clóset y saco dos cobijas. Camino hacia Isabella, le doy una, y ella lo lleva hasta la cama. Vuelve por más, y repetimos el proceso tres veces más, hasta que determinamos que ocho cobijas son suficientes para una fortaleza.

Miro la pila de cobijas sobre la cama y llevo la mano al mentón, preguntándome qué hacer ahora.

—¿Y ahora?

Isabella pone en voz alta mi pregunta muda.

—Ahora... ahora vamos a envolverte en una armadura.

—¿Una armadura?

Sus ojos se abren de par en par.

—¡Sí! ¡Una armadura!

Me acerco a la cama y abro una de las cobijas. Isabella camina a mi lado, sin perderse ni un solo movimiento. Cuando el tejido está suficientemente extendido, la ayudo a subirse a la cama.

—Ahora necesitas enrollarte en ella. ¡Así los monstruos nunca podrán encontrarte!

Obediente, rueda sobre la cama, jala una de las puntas y envuelve todo el tejido alrededor de su cuerpo. Cuando termina, parece un enorme cigarro en el otro extremo de la cama. Isabella se ha convertido en un rollo gigante, con tanto tejido a su alrededor que probablemente no puede ver nada al frente.

Quiero reír, pero eso arruinaría todo el propósito del juego, así que me contengo.

—Muy bien, ahora construiré los muros.

La llevo enrollada al centro de la cama, luego tomo las demás cobijas y rodeo en lo que se ha convertido la niña. A pesar del aire acondicionado, si la cubro con algo más, probablemente se morirá de calor.

—Ahora estoy protegida, ¿verdad, Marcos? —Su voz suena casi divertida por la misión que hemos emprendido, diría yo.

—¡Completamente! —respondo—. Ahora voy a llamar a tu mamá, ¿te parece bien?

—¡No, Marcos! ¡No me dejes sola! —Otra vez usa ese tono asustado. Maldición. Paso una mano por mi cabello, pensando en cómo manejar la situación.

—Bella, ¿recuerdas que eres una guerrera? Los guerreros no tienen miedo de proteger sus fortalezas. Entonces, tú no tienes miedo de proteger la tuya, ¿verdad? —Le ofrezco una lógica sencilla, solo necesita estar de acuerdo, pero claro, no lo hace.

—¡Sí tengo miedo, Marcos!

Su respuesta es inmediata, y mi deseo de reír crece al mismo ritmo que mi desesperación por encontrar una solución.

—Pero, Bella, necesitamos a tu mamá. Ella es la mejor cazadora de monstruos del mundo entero. Si hay algún monstruo por aquí, ¡ella acabará con todos!

—¡Sí! ¡Ella lo hará! —acepta de inmediato.

Isabella no parpadea, y eso me hace sonreír. No por diversión, sino por confirmar algo que ya sabía. Ese es el nivel de

confianza que Isabella tiene en su mamá.

—Con tu mamá cerca, no tendremos que tenerle miedo a nada.

—¿Tú también tienes miedo de los monstruos, Marcos?

Parece sorprendida, y solo entonces me doy cuenta de que me incluí en la frase.

—Uhm... solo un poquito, Bella. Pero no puedes contárselo a nadie.

—¡Está bien! Y tú tampoco puedes contarle a nadie que yo tuve mucho miedo.

—No lo haré. Te hago una promesa.

—¿De meñique?

—De meñique.

—Entonces, cuando los monstruos se vayan, te doy mi meñique —explica. Esta vez no puedo evitar reír, aunque lo hago en voz baja.

—Está bien. Ahora voy a buscar a tu mamá. ¡Protege tu fortaleza!

—Está bien, Marcos. No tardes.

—No tardaré.

Le echo una última mirada a Isabella antes de darme la vuelta y, cuando lo hago, no puedo evitar soltar un grito de susto. Antonella está parada justo en la puerta de mi habitación, y la

sonrisa que se dibuja en su rostro con mi reacción no deja dudas de que lleva allí mucho más tiempo del que me gustaría.

40.

ANTONELLA VALENTE

Levanto las cejas y, aunque mi corazón sigue acelerado, recuperándome del susto de no ver a Isabella en la cama, curveo los labios ante la reacción asustada del hombre de más de un metro ochenta.

Mi impulso es preguntarle si Marcos también tiene miedo de los monstruos, pero, aunque no tengo toda la información sobre lo que realmente pasó aquí, la situación tan extraña deja claro que él ha sido más amable con mi hija de lo que jamás hubiera podido pedir. Solo por eso, dejo pasar la ocasión.

Me desperté, como siempre, para beber agua. Un vistazo a la pantalla del monitor vigilabebés fue suficiente para desesperarme. Isabella no estaba allí. Salí de la cama disparada, lista para correr a su cuarto, rastrear la casa, el mundo entero, si era necesario, para encontrarla y garantizar su seguridad.

Pasé corriendo por la puerta abierta del cuarto de Marcos, pero, como en un dibujo animado, segundos después la imagen captada por mi visión periférica finalmente cobró sentido, salvo que no tenía sentido alguno, y di marcha atrás, necesitando confirmar que no estaba loca o todavía dormida.

Marcos acomodaba una pila de cobijas alrededor de una Isabella enrollada en una enorme cobija. Solo pude saber que ella estaba allí porque escuché su voz. Me apoyé en el umbral de la

puerta, necesitando tragar el desespero que ya desbordaba de mí, saliendo por mi boca, mis narices, mis oídos y poros.

Mientras normalizaba mi respiración, observé la escena con atención y escuché cada palabra que dijeron. Oí a Marcos decir que ella no debía tener miedo de nada, porque era una guerrera, e Isabella asegurando que sí, ¡así que tenía miedo de los monstruos!

Luego, escuché la promesa de que, mientras yo estuviera cerca, Isabella no tenía que temer nada, porque yo la mantendría segura sin importar lo que pasara. También oí el acuerdo de meñique que no tuvo meñique y, por último, la despedida antes de que el valiente protector, Marcos, fuera en busca de la mayor guerrera de todos los tiempos, yo.

Y mientras mis ojos veían la escena desarrollarse ante ellos como un teatro de absurdos, también escuché cosas que ninguno de los dos dijo, pero que, sin embargo, sonaban más fuertes que un concierto de batería. En sus gestos claramente improvisados, escuché la preocupación de Marcos por el bienestar de Isabella, escuché su angustia por hacerla sentir realmente segura, escuché su ansiedad por hacer eso y, al mismo tiempo, llevarme hacia ella.

Si él hubiera tardado diez segundos más en girarse, o, tal vez, si simplemente no hubiera gritado, asustándose y asustándome, pero también divirtiéndome, posiblemente, me habría encontrado con lágrimas en los ojos. Una gran mierda, lo sé.

No fueron sus gestos los que hicieron arder mis ojos, al igual que hace semanas, no fue su presencia lo que me hizo preguntarme,

por primera vez desde que Isabella nació, si le estaba robando algo al asumir el papel de ser su padre además de su madre.

Fue esa duda que, después de su aparición en ese hospital, pasó unos días alojada en mi corazón, pero, poco después, empacó sus maletas, se fue y no me mandó ni siquiera recuerdos, hasta hoy.

Hasta, precisamente, el momento en que vi el esfuerzo que Marcos estaba haciendo por mi hija y deseé, de todo corazón, que ella tuviera a alguien más además de mí y de Grazi dispuesto a hacer eso por ella veinticuatro horas al día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año.

"No soy un padre, Antonella", me dijo semanas atrás. Y no lo es. Pero la forma en que se ha comportado con Isabella desde que la conoció hizo añicos la certeza que siempre tuve de que ella no necesitaba uno.

—Iba a despertarte. Sé que tú...

—¿Mamá?

La voz infantil interrumpe su explicación, y veo el rollo de cobijas moverse. Quiero reír.

—Hola, mi amor.

Camino hacia el cuarto y alcanzo la cama.

—Mamá, había monstruos en mi cuarto —explica, tan pronto como mi rostro aparece en su campo de visión—. Estaba yendo a tu cuarto, pero ¡Marcos me salvó, mamá! ¡Me salvó de los monstruos!

Sonrío y beso su frente.

—Está bien. ¿Qué te parece si nos protegemos de los monstruos en el cuarto de mamá?

Isabella frunce el ceño.

—Pero, mamá, ¡aquí hay una fortaleza anti-monstruos!

Levanto una sola ceja y giro el rostro, mirando a Marcos por encima del hombro. Él se encoge de hombros y levanta las manos en algo que no es exactamente una disculpa. Por la expresión en su rostro, entiendo un "¡era lo mejor que podía hacer!".

—Mi amor, podemos construir otra fortaleza en mi cuarto —ofrezco.

—¿Pero quién va a proteger el cuarto de Marcos?

Isabella mira en su dirección, aunque su visión está bloqueada por una cantidad masiva de tela, y yo suspiro.

—No importa. Ustedes pueden quedarse aquí, yo voy... Voy a otro cuarto —determina Marcos, y estoy lista para protestar.

Dios, esto no tiene el menor sentido. El hombre no necesita dejar su propia cama por una cantidad infinita de cobijas, pero Isabella es más rápida que yo.

—¡No, Marcos! —dice en voz alta—. ¡Ven acá, Marcos! —llama, y él frunce el ceño, pero se acerca a ella. Con casi un metro de pierna, en unos pasos, se pone al lado de la cama—. ¡Más cerca! —pide, mirándome de reojo y mis cejas se levantan, ¿pero qué diablos?

Marcos acerca su oído a los labios de Bella y ella susurra mucho más alto de lo que cree.

—Si te vas, ella no va a poder protegerte de los monstruos, Marcos. Tienes que quedarte.

La sonrisa aparece en la esquina de mi boca y se extiende por ella a una velocidad absurda. Quiero reír, reír fuerte. Muy fuerte. Pero eso cambia cuando noto la mirada de preocupación que esto arranca de Marcos hacia Isabella.

No hay diversión en ella, y el nudo en mi pecho deja claro que la mirada de Marcos hacia mi hija me arrancó a mí también cualquier risa, quedando solo emoción. Porque la está mirando con tanto cariño que trago en seco, llena de una inmensa gratitud que solo quien tiene un hijo puede entender.

Él sonríe, honesta y hermosamente. Marcos lleva su mano a la mejilla de Isabella, luego besa su frente antes de responder.

—Está todo bien, Bella. Voy a construir una fortaleza para mí.

—¿Y si te agarran antes? No. —Otra vez, me mira de reojo—. ¡Tienes que quedarte! —susurra, y Marcos me mira, claramente pidiendo ayuda. Nuestra mirada dura una eternidad de tres segundos, y es en ese momento cuando decido.

—¡Él va a quedarse, Bella! —La sorpresa se dibuja en su rostro, y Bella sonríe, satisfecha—. Haremos así: ponemos tu fortaleza de un lado, yo me acuesto en el medio, y Marcos del otro lado, así, yo los protejo a los dos.

Mi hija asiente en silencio, y Marcos aún tarda un momento en darse cuenta de que hablo en serio.

—¡Marcos! ¡Ven! —pide Isabella cuando yo ya me acomodo a su lado en la cama. Desconcertado, mi marido da la vuelta y se acuesta completamente tieso, de espaldas, detrás de mí.

—Apaga la luz, Marcos.

La voz infantil de Isabella suena baja. A pesar de toda la adrenalina que imagino que la fuga de los monstruos ha liberado en su cuerpo, ahora, que ya se siente segura, el sueño empieza a jalarla.

Marcos obedece y, de repente, estamos los tres en la oscuridad. Mantengo uno de mis brazos alrededor de la cabeza de Isabella y, con el otro, acaricio su rostro lentamente. Le canto su canción de cuna favorita, reservada para noches exactamente como esta, y aún así, completamente diferentes de esta.

Noches en las que mi pequeña se despertaba aterrada por una pesadilla y se aferraba a mí como si yo fuera la única barrera entre ella y todos los males del mundo, como hoy. Noches en las que la abrazaba fuerte y le cantaba, prometiéndole que siempre sería así, nosotras contra el mundo hasta el fin de los tiempos, completamente diferente a ahora, donde ella tarda un rato antes de rendirse completamente al sueño, pero finalmente lo hace, no solo cuidada por mí, sino confiando en la palabra de una tercera persona de que está a salvo.

Esta noche hubo alguien más, además de mí, enfrentando al mundo por Isabella, y no tengo la menor idea de qué hacer con eso.

Llevo una de mis manos hacia atrás, toco el brazo de Marcos y, cuando lo encuentro, aprieto ligeramente en un agradecimiento silencioso.

Antes de que pueda quitar mi mano, sus dedos se entrelazan y se cierran sobre los míos en respuesta. No dice nada, pero tampoco me suelta, dándome otra sensación con la que no sé cómo lidiar.

Esta noche, hay alguien más, además de yo misma, enfrentando al mundo por mí, y no tengo la menor idea de qué hacer con eso.

41.

MARCOS VALENTE

—Fue solo sexo, Marcos.

Dos semanas después, las palabras de Antonella, esa noche cuando volvimos de la isla, todavía me atormentan. ¿Deberían? En absoluto, después de todo, ya he perdido la cuenta de cuántas veces dije las mismas vocales, consonantes y espacios en ese orden exacto, incluso a la propia Antonella, en lo que parece haber sido una vida entera atrás.

¿Por qué esta vez es diferente? Porque todas las veces que usé esas palabras, estaba diciendo la verdad. Antonella, no. Si tengo algo claro, es que lo que sea que haya pasado entre nosotros, no fue solo sexo.

El sexo no me habría dejado adicto después de solo tres días.

El sexo no tatuaría a nuestro alrededor esa aura de continuidad, incluso después de dos semanas sin haberme siquiera besado con ella.

El sexo no me molestaría, día y noche, con recuerdos y una necesidad maldita de más.

El sexo no me habría reducido a un hombre patético que no para de esperar, de correr detrás, de decir lo mucho que quiere más, aun sabiendo que recibirá la misma respuesta mentirosa de antes. No fue solo sexo, y ya me está cansando que Antonella siga fingiendo que lo fue.

Puedo entender su motivación. Ella tiene miedo, después de todo, como me ha dicho un montón de veces, tiene a Isabella y, si esto sale mal, no será la única afectada. Pero estamos casados, viviendo bajo el mismo techo y tenemos un plazo fijado hasta nuestro divorcio. No puede salir peor que un matrimonio, y aún más, un matrimonio con fecha de vencimiento.

No es como si ella corriera el riesgo de que no la llame al día siguiente. O de llegar a mi casa y encontrarme con otra mujer. No es como si ya no hubiera dejado claro que la trataré con respeto. Puedo ser un pedante, como a ella le gusta llamarme, pero ni siquiera yo sería tan estúpido como para arriesgar mi paz por los próximos veinticuatro meses por pura tontería.

Pero ella ni siquiera me da una oportunidad. No importa cómo me comporte, su cabeza ya decidió que no soy lo suficientemente bueno. Y quiero reírme de mí mismo, porque, ¿qué otra actitud he repetido miles de veces? Rechazar el acercamiento de una mujer, decidido a que cualquier cosa más allá de una noche, dos o tres, estaba fuera de discusión.

Las cosas definitivamente no son tan divertidas del otro lado del puente. Y lo peor es que mis esfuerzos por acercarme parecen tener el efecto contrario.

La noche en que Isabella tuvo la pesadilla, por ejemplo. Yo, obviamente, no hice nada más que dejarme guiar por la desesperación y el sentido común, lo que me llevó a uno de los momentos más increíbles de mi vida. Yo, acostado en mi propia cama, con una mujer de la que no toqué ninguna parte de su cuerpo

que no fuera su mano, y una niña envuelta y rodeada de montones de cobijas.

La situación era ridícula. Absolutamente ridícula. Exactamente como yo al principio de esa noche. Sin embargo, cuando Nella me extendió la mano, la tomé, porque estaba seguro de que todo eso sería un festín para su síndrome del impostor, y que, si la dejaba sola, lo primero que pensaría sería que era una mala madre por el simple hecho de no poder estar en dos lugares a la vez.

Absurdos. Pero, aun así, tan real, que supe que pasaría, aunque Antonella haya invertido mucho más tiempo en huir de mí desde que regresamos del viaje, que en dejarme conocerla.

Y más improbable que la situación, solo la reacción de Antonella, que convirtió algo que tenía todo para acercarnos, en otra excusa tonta para alejarse de mí. Después de esa noche, por fin aprendió que si dejaba una botella de agua en su cuarto, no tendría que cruzar la casa a media noche.

Respiro profundo, pensando en todo lo que involucra a Antonella, en lugar de lo que debería estar prestando atención: la reunión del consejo que se desarrolla a mi alrededor.

—Que conste en acta la decisión, tomada en reunión ordinaria del consejo director del despacho de abogados Valente & Camil, de nombrar a Marcos Valente como sucesor del actual socio administrador, Joaquim Valente, en el momento de su jubilación, en exactamente setenta y cinco días a partir de hoy.

Escuchar mi nombre finalmente me da algo más allá de Antonella en lo que concentrarme, y sonrío, aceptando los saludos

silenciosos de los hombres y mujeres alrededor de la mesa.

Ninguno de ellos viene de los miembros del consejo. No. Esos ni siquiera intentan esconder su descontento con la decisión que acaban de anunciar. ¡Hipócritas de mierda! La reunión se cierra, y los saludos dejan de ser silenciosos y pasan a abrazos y apretones de manos a medida que las personas van saliendo de la sala, hasta que solo quedamos mi padre y yo.

La sonrisa en su rostro es enorme y, otra vez, las palabras de Antonella me golpean con la fuerza de un disparo. No las mismas en las que pensaba antes, otras. Su afirmación de que el mayor legado de mi padre soy yo, no la empresa. Y lo que dice a continuación parece querer confirmar la certeza de Antonella.

—¿Estás feliz?

Frunzo el ceño y río, confundido.

—¿No debería ser esa mi pregunta?

—Mi respuesta depende de la tuya, Marcos. Si tanto quise que este día llegara, es porque creo que es algo que realmente quieres, que siempre quisiste. —Se acerca y se detiene a mi lado, apoyado en la mesa de reuniones—. Mi tristeza por la posibilidad de que otro me suceda no tiene nada que ver conmigo, nunca tuvo. Me preocupaba, solo, que en algún momento miraras atrás y te sintieras infeliz por haber renunciado a algo que siempre quisiste.

—Estoy feliz, papá —respondo sinceramente y lo abrazo.

—Entonces, yo también lo estoy. —Sus ojos están fijos en los míos y, con las palmas de sus manos sobre mi rostro, me da ligeros

golpecitos, exactamente como hacía cuando era niño—. Ahora, tómate el día libre y ve a celebrarlo con tu esposa —sugiere, haciéndome reír. Lo último que necesito es añadir más tensión a mi relación con Antonella en una cena a solas.

Si pensé que estaba en problemas después de siete días de estar con ella sin reservas, definitivamente no sé dónde estoy ahora, excepto que en un estado mucho, pero mucho más intenso de agonía.

Prueba A: Volví al mismo nivel de desesperación pre-matrimonio, en el que me masturbo más ahora, a los treinta y dos años, que cuando era adolescente.

La primera y última vez, claro. No tengo una visión ni una explicación romántica de lo que pasó en esa isla, pero después de revivir esos momentos en mi propia cabeza, una y otra vez, en un bucle interminable, cualquier duda que pudiera tener sobre si fue diferente o no, murió.

"Es una pésima idea...", dijo Antonella. Pero no puede ser peor que pasar los próximos dos años deseándolo con locura. Sin duda alguna, es una idea de mierda.

—¿Cómo está Isabella? Tu madre no para de hablar de ella.

—¡Genial! —Solo escuchar su nombre me hace sonreír—. Descubrió una película nueva esta semana. Finalmente salimos de la fase de la princesa y el dragón, ahora estamos en la de las personas-pez —comento y, si no escuchara mi propia voz, no creería que soy yo quien está hablando sobre películas infantiles.

Interactuar con una niña es, definitivamente, algo nuevo. Todavía tengo miedo de romperla, pero como ella no parece tan preocupada por eso, las cosas se hacen más fáciles. En realidad, no es como si Isabella me diera muchas opciones.

No le hice ninguna otra promesa, seducido por su mirada de "pobrecita", pero ¡por Dios! Lo quise. Esa niña sabe exactamente cómo conseguir lo que quiere, y lo único que me impidió dárselo fue el recuerdo constante de una mujer que también sabe conseguir lo que quiere y que, por mi propio bien, es mejor que eso no signifique mi cabeza en una estaca.

Sin embargo, cuando los deseos de Isabella no entran en conflicto directo con los de Antonella, me encuentro cumpliéndolos sin ninguna resistencia. Lo que, en los últimos días, ha significado desde probar *slimes* comestibles de diferentes sabores hasta ver la película de la princesa y el dragón tres días seguidos.

Esconderme en mi cuarto simplemente ya no es una opción, después de haber construido una fortaleza anti-monstruos allí, Isabella se siente más que cómoda para golpear mi puerta y transitar por mi espacio como si también fuera suyo.

¿Podría pedirle a Antonella que la detuviera? Podría. Pero no quiero, y el recuerdo de su risa me hace reír. Mi papá repite el sonido, y no entiendo por qué, ya que no tiene ni idea de lo que pasa en mi cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿Salimos?

—¿Eh?

No entiendo y me pregunto si es posible que él haya dicho algo que no escuché mientras divagaba.

—¿Salimos de la fase de la princesa y el dragón?

Frunzo el ceño, aún tardando un poco en entender de qué está hablando, y levanto las cejas cuando finalmente me doy cuenta.

—Es solo una forma de hablar, papá... Solo una forma de hablar... —Trato de cambiar de tema, aunque la comprensión me haya sorprendido.

—Claro que sí. —Acepta mi evasión, pero no sin segundas intenciones—. Entonces, ¿dónde vas a llevar a tu esposa hoy? —Vuelve al tema que pensé que ya había terminado.

—En realidad, aún tengo mucho trabajo hoy. Tengo una audiencia importante en dos días, algunos contratos y mociones para revisar. La celebración tendrá que esperar para otro día.

—¡De ninguna manera! —niega, enfáticamente, asustándome —. ¿Alguna vez dejé de celebrar un momento importante con tu madre y contigo? —Abro la boca para responder, pero la cierro, porque tendría que decir que no, nunca. Maldita sea. Respiro hondo, buscando una salida.

—No, papá. Es solo que hoy no se puede.

—Vas a encontrar una forma, ¡estoy seguro! Voy a pedirle a Sonia que haga una reserva en el restaurante del Grigio.

Decide por mí, quitándome la oportunidad de decirle que es demasiado tarde para conseguir una buena reserva, aunque fuera mentira.

Si quisiera reservar el restaurante más sofisticado de la ciudad en dos horas, lo conseguiría. Yo sé, él sabe, y aún así, aquí estamos.

—Papá...

—¡Sin "papá"! Los matrimonios se cultivan en los detalles.

Me da otro golpecito en la cara, luego se acerca, me besa la mejilla y, con un apretón en mi hombro, sale de la sala, dejándome solo para lidiar con algo que no debería ser un problema, pero lo es. Cena con mi esposa.

Siento un suspiro, cierro los ojos y me rasco la frente.

Tal vez no sea tan difícil, tal vez...

42.

MARCOS VALENTE

Su risa es como el sonido de la felicidad, y me encuentro sonriendo como un idiota. Tan absurdamente idiota que me lleva a sonreír por su burla hacia mí y, a pesar de ser completamente consciente de ello, sigo encantado de ver su rostro iluminarse y el ambiente a nuestro alrededor contagiarse con el sonido que sale de su boca.

—Tienes que dejar de mirarme así.

—¿Así como? —pregunto, sentado frente a Antonella en el restaurante italiano del amigo de mi padre. No es como si realmente no supiera de qué está hablando o no hubiera intentado dejar de hacerlo, pero simplemente no puedo.

No cuando, a diferencia de mí, el universo insiste en que las imágenes que ya tengo de Antonella, grabadas a fuego en mi mente, no son suficientes y, esta noche, le dio la brillante idea de agregar una más que sé que no voy a olvidar. *Tal vez no fuera tan difícil, pero sí lo es.*

Su cabello está dividido hacia un lado, con una mecha detrás de su oreja; sus labios están, otra vez, pintados de rojo; y sus ojos marrones resaltan gracias a una sombra del mismo color. El vestido azul delinea sus curvas perfectamente, el escote de hombro a hombro modela sus tetas, escondiendo y mostrando en la proporción perfecta, y una abertura que comienza un poco debajo

de la mitad de sus muslos jodió mi juicio en el instante en que posé los ojos en ella, porque sabía que mis ojos no serían los únicos en mirar allí.

Y, como había previsto, en cuanto entramos al restaurante, cada par de ojos de alguien con una verga entre las piernas se giró hacia Antonella, haciendo que toda la experiencia, que ya no sería buena, se volviera aún peor, porque, de repente, por primera vez en mi vida, me sentí celoso.

Su compañía me permitió olvidar esa sensación incómoda después de unos minutos, al sustituirla por otra tan completamente inesperada como la primera. Alivio. Sabía que no estaba celebrando el reciente distanciamiento de Antonella, pero no tenía idea de que la extrañaba, no hasta que nos sentamos aquí, hablamos, reímos y comimos juntos.

Las cosas entre nosotros suceden y dejan de suceder tan rápidamente, que apenas tengo tiempo de entender qué fue y qué no fue hasta que me enfrento a la ausencia. Fue así con su beso, con la sensación de tocarla, de recibir su toque, y, ahora, me doy cuenta de que también fue así con su compañía. *Solo sexo…* ¡Ella tiene que estar bromeando!

—Como si yo quisiera ser tu postre —me responde sin ningún tipo de vergüenza. La mujer que se avergonzaba, se sonrojaba, bajaba la mirada y la cabeza constantemente, quedó olvidada en otra vida.

—¿Y si quiero?

Decido ser tan directo como ella. Miro a Antonella e inclino la cabeza hacia un lado. Sus ojos parpadean levemente, no esperaba esa respuesta. Su expresión sorprendida me muestra que está realmente desarmada, y decido que, en lugar de una provocación, tal vez esta cena pueda ser una oportunidad.

—Eso no va a pasar, Marcos.

—¿Y por qué no? Nosotros estamos casados —argumento, y ella se ríe. Antonella no estaría riendo si estuviera pasando por el mismo desespero que yo.

De hecho, eso me saca de quicio. Antonella no es inmune a esta atracción descontrolada que existe entre nosotros. Sin embargo, es casi como si no le importara.

—¡Justamente por eso! No necesitamos complicar todo por culpa del sexo, Marcos.

—Entonces, ¿me estás diciendo que si yo estuviera echándome un polvo con otra persona estaría todo bien, porque así evitaríamos complicar nuestro matrimonio?

—¿No lo estás haciendo? —Parece genuinamente sorprendida, y mi boca se seca. ¡Por Dios! Esta mujer no me deja echarle un polvo, pero sigue jodiendo mi juicio como si ese fuera su deporte favorito.

—¿Y tú lo estás haciendo? —Hago la pregunta, y mi corazón está en la garganta, esperando la respuesta. ¡Ah, carajo! Sus cejas se levantan, ella desvía la mirada brevemente, antes de volver a concentrarse en mí.

—¿Y si lo estoy haciendo, Marcos? ¿Eso sería un problema? Porque hasta donde yo recuerdo, mientras seamos discretos...

—Eso fue antes de que yo... —Me detengo en medio de la frase, dándome cuenta de que estaba a punto de decirle que sí, me importa si está acostándose con otro. ¡Mierda!

Antonella se ríe. La maldita se ríe de la fuente de mi desesperación, y yo vacío todo el vino que quedaba en mi copa de un solo trago.

—Antes de que pienses que realmente haría eso —habla lentamente, como si estuviera degustando las palabras—. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

—No —niego, pero su ceja arqueada me dice que no me cree.

—¡Mentiroso! Entonces, ¿yo puedo hacerlo, pero tú no?

—Si los dos tuviéramos sexo con otras personas, la vida sería mucho más fácil. —Abre la boca, pero le ahorro el trabajo—. Sé lo que vas a decir, me vas a llamar niño berrinchudo. —Sonríe, y sus ojos gritan una de sus frases favoritas: "aprendes rápido". Revuelvo los míos y respiro hondo antes de volver a hablar. Incluso yo soy capaz de reconocer que los celos son un enfoque horrible. Intento con otro.

—¿De qué tienes tanto miedo, Antonella?

—Lo que tú llamas miedo, yo lo llamo sentido común.

Su voz es calmada. Completamente diferente a la mía.

—Eso explica muchas cosas, porque hace poco más de un mes perdí el mío.

Antonella se ríe.

—¿Oh, entonces ahora la culpa es mía?

—¡No es mía! —apunto lo obvio—. Antonella... —Sus ojos oscuros me miran expectantes. Oigo sus gritos, quieren salir nuevamente, y las palabras salen de mi boca antes de que tenga la oportunidad, la intención o las ganas de procesarlas.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en huir?

—No vamos a jugar a ese juego, Marcos.

Desvía la mirada de la mía, y casi estoy seguro de que, si le doy la oportunidad, Antonella no solo encontrará una forma de escapar con palabras, sino también físicamente.

—¿Cómo haces eso? —Mi duda es genuina. No sé cómo es capaz de simplemente ignorar algo que me está llevando al borde de la desesperación—. ¿Cómo logras negarte a algo que deseas tanto? Porque puedes huir todo lo que quieras, Antonella, pero la verdad es que, a medida que pasan los días, soportas cada vez menos que te toque sin sentir que te estás volviendo un poco más loca.

Ella muerde su labio y desvía la mirada.

—Digamos que Hulk y yo tenemos el mismo secreto.

Las palabras salen bajito, sin que siquiera me mire. Casi como si Antonella estuviera diciéndolo más para sí misma, y son seguidas por una risa seca.

—No tengo la menor idea de qué significa eso.

Antonella vuelve a prestarme atención, sonríe, y yo sacudo la cabeza, negando. Otro enigma, otra complicación.

—Está bien, eres un abogado. Presenta tu caso.

No es una solicitud, ni una orden, es el tipo de cosa que dices para hacer que alguien se calle, y quiero reír, aunque no me hace gracia. Giro ligeramente la cabeza, hago un puchero con los labios, tamborileo los dedos sobre la mesa y respondo.

—No.

—¿No? —repite, sorprendida.

—No.

Sacudo la cabeza, confirmando la única palabra que salió de mi boca y me recuesto en la silla. Es su turno de inclinar la cabeza hacia un lado y levantar una ceja.

—Pensé que habías dicho que me querías como postre... Te estoy dando una oportunidad.

Confusa. Antonella está realmente confundida.

—No, no es así. Y lo sabes. Estás jugando conmigo, de hecho, empiezo a preguntarme si en algún momento dejaste de hacerlo. —Mis dedos vuelven a tamborilear la mesa mientras la miro, y el silencio se extiende entre nosotros—. No hay ninguna razón que pueda darte que no tengas ya, Antonella. ¿Qué te diría? ¿Que nunca antes fue como contigo? ¿Que no solo quiero tener sexo contigo? ¿Que quiero tu compañía, tus risas y tu mal humor por la mañana?

¿Que de verdad creo que los próximos dos años pueden ser mucho mejores que este juego aburrido de gato y ratón que estamos jugando? —Doblo el labio inferior y sacudo la cabeza de un lado a otro—. Ya sabes todo eso y, aún así, escapas. Pedirme que lo repita sabiendo que no cambiará nada es una broma de muy mal gusto.

—No estás siendo justo conmigo —dice en voz baja, afectada por mis palabras, y suspiro.

El clima de diversión entre nosotros es completamente reemplazado por tensión. Esa que ya conocemos bien, y una nueva, con la que todavía no nos habíamos encontrado. Ella traga saliva y toma la copa de agua frente a ella. Pequeños tragos hacen que su garganta se mueva lentamente.

—¿Y tú? ¿Estás siendo justa conmigo? —No aparto la mirada de la suya, esta fuga no se la doy—. Mira... No soy una persona de discursos elocuentes ni de grandes gestos, pero aún así me sorprendo a mí mismo una y otra vez en situaciones en las que, ahora hago uno, ahora hago otro, y en todas ellas, lo hago para ti.

Ella resopla.

—¿Y ahora me lo estás echando en cara?

—No. —Me río, sin humor—. Estoy hablando contigo, y que pienses que realmente estoy haciendo algo diferente solo prueba mi punto. Siempre estás esperando lo peor de mí, Antonella. Casi deseándolo, y sigues negándote a ti misma y a mí algo que sería increíble sin ni siquiera tener la decencia de decirme por qué, ¡carajo! —Abre la boca, pero acabo de darme cuenta de que estoy realmente irritado y aún no he terminado—. No es no. Entiendo eso

y no lo cuestiono, pero no me dices no, no quieres decirme no, simplemente escapas. Una y otra vez, sin importar el rastro que dejas atrás, ¿eso te suena justo, Antonella? Porque para mí, seguro que no lo es.

Me aparto del respaldo de la silla, de repente, demasiado enérgico para mantener una postura tan relajada.

Apoyo un codo sobre la mesa, acercándome a Antonella mucho menos de lo que quisiera, pero aún así, mucho más de lo que debería, porque necesito mantener la racionalidad aquí, y todos sabemos que ella hace las maletas y me dice adiós en el instante en que siento el calor del cuerpo de esta mujer terriblemente mala.

—Vamos a invertir la situación. ¿Y si fuera al revés, Antonella? ¿Y si fuera yo quien hiciera lo que tú estás haciendo? Sería un grandísimo hijo de puta, ¿no? —A pesar de las palabras duras y de la irritación que me lleva a decirlas, la calma en mi voz es sorprendente, porque no quiero nada más que entender a Antonella, aunque ya no creo que ella me dé ese privilegio—. Entonces dime, esposa. Todo este tiempo, ¿solo estabas siendo la vengadora que Graziela dijo que serías, o realmente hay una razón para todo esto? Porque, en este momento, no veo alternativas y estoy muy tentado de empezar a creer en la primera.

—Marcos... —comienza a hablar, pero se detiene después de decir mi nombre. La lucha que Antonella libra dentro de sí misma me golpea como una ola gigante que arrastra todo a su paso. Arrastra, incluso, un impulso repentino de decir que no es necesario, de decirle que retiro mis palabras, y eso me hace fruncir el ceño.

Minutos enteros son asesinados, y nada más que mi nombre es dicho.

Extiendo la mano y tomo la copa de agua frente a mí. Tomo algunos tragos lentamente. Sacudo la cabeza, derrotado y tan confundido como el infierno por la forma en que reaccioné a lo que sea que mis palabras hayan causado en Antonella.

Ella se siente mal por entender que me está haciendo daño. ¿Eso no debería hacerme sentir bien? Entonces, ¿por qué demonios no lo hace?

Expulso el aire de mis pulmones, de repente cansado, y recuerdo por qué este no es el tipo de cosas que yo hago. No soy el tipo de tipo que entiende y cuida a la chica, ni sé cómo terminé aquí, sentado en este restaurante, intentando serlo.

Miro a mi esposa, sus brazos apoyados sobre la mesa, y ella me mira como si estuviera suplicando que escuchara los gritos de sus ojos y, al mismo tiempo, quisiera esconderlos de mí.

—¿Quiere pedir tu postre? Necesito un minuto. Vuelvo en un rato.

Tiro la servilleta abierta de encima de mis piernas y, sin esperar su respuesta, la dejo sola.

43.

MARCOS VALENTE

—Perdón —dijo Antonella cuando nos acercamos a la puerta de su cuarto, y yo giro el rostro en su dirección. Creo que es la primera vez que me dice esas palabras queriendo realmente decirlas.

Cuando volví a la mesa después de un rato, dejé fuera del restaurante cualquier deseo de retomar el tema que estábamos discutiendo. A una distancia segura de ella, rendirme fue fácil.

Encontrarla con una expresión cargada en el rostro puso a prueba mi determinación, pero la mantuve y, siguiendo el mismo comportamiento de Antonella, me puse una máscara de indiferencia.

Robé algunas cucharadas de su postre, y Antonella no protestó, solo observó todo como si se estuviera preguntando qué había cambiado en diez minutos. Hice bromas insignificantes sobre cualquier tema que surgiera, me comporté exactamente igual que siempre lo hago con cualquier otra mujer, solo para darme cuenta de que nunca antes con Antonella había usado una máscara.

Nuestro primer encuentro ocurrió en el peor momento posible, yo inconsciente, borracho, a punto de ahogarme con mi propio vómito. Me presenté ante ella completamente despojado de cortesías y eufemismos, porque quería que supiera exactamente lo que le proponía.

Después, un evento tras otro continuó golpeándome cada vez que estábamos juntos, y tuve que reaccionar, constantemente, sin

nunca tener tiempo para hacer nada más que ser sincero, nada más que ser yo mismo. Y, hasta el momento en que me di cuenta de eso, en la mesa de ese restaurante, aún no entendía por qué la resistencia de Antonella me afectaba tanto o me dejaba tan molesto.

Cuando lo entendí, quise reírme de mí mismo. Lo que me está volviendo loco, además de la represión sexual, lógicamente, es el hecho de que no he sido nada más que sincero con Antonella.

Todo el mundo usa máscaras, pero con ella, nunca siquiera intenté hacer un teatro, y, aun así, ella insiste en ocultar partes de sí misma una y otra vez. Y, aunque yo, de repente, me vea dispuesto a actuar de una manera que nunca pensé ser capaz de hacerlo, ella no niega quererme, no dice que no me quiere, simplemente huye, se esconde, se pone su máscara.

En la misma medida en que me entendí, me sentí impulsado a hacer con ella exactamente lo que ella ha estado haciendo conmigo todo este tiempo, no por terquedad, sino porque ya no sé cómo actuar.

No sentí placer en absoluto, odié cada segundo. Odié cada sonrisa forzada. Odié cada risa superficial. Odié no disfrutar los últimos momentos de su compañía con una conversación amena, con su humor ácido o con su forma directa, casi grosera, de expresarse. Odié no poder hablar de Isabella, odié que todos mis deseos fueran demasiado para lo que la mujer frente a mí estaba dispuesta a darme.

Y esa es toda la razón por la que ahora la miro deseando con todo lo que soy que sea sincera conmigo.

—¿Por qué? —Paramos al llegar a la puerta del cuarto de Antonella después de haber hecho una visita silenciosa a una Isabella dormida. Sus dientes están hundidos en el labio inferior, su cabeza reclinada hacia atrás, apoyada en la puerta, y sus brazos caen a los costados de su cuerpo.

Frente a ella, meto las manos en los bolsillos y espero. Y espero. Y espero. Y sonrío aunque no haya nada gracioso. Muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo antes de despedirme.

—Buenas noches, Antonella.

—Eres pésimo en esto —dice, interrumpiendo mi paso después de solo dos pasos—. Sé lo que estás haciendo, y lo haces muy mal. —Es más fuerte que yo y, aunque sé que no debo, me doy vuelta, encarando sus hombros erguidos y su mirada escandalosa.

—¿A qué te refieres?

—A fingir que no te importa.

Baja la cabeza lentamente con una risa amarga. Yo también río, tan disgustado como ella. Pero solo hasta que sus palabras se asientan en mi mente. Mis mejillas se estiran mientras mis labios vuelven a la posición normal. Giro la cabeza levemente, frunzo el ceño y parpadeo con fuerza para tratar de aclarar mis propios pensamientos.

Uno tras otro, los momentos en que Antonella huyó de mí pasan frente a mis ojos, tras mis párpados cerrados, y ahora, todo parece tan claro, que, no por primera vez cuando se trata de mi

esposa, me siento estúpido por haber tardado tanto en darme cuenta de algo tan obvio.

—¿Marcos? —La respiración de Antonella se corta cuando doy un paso largo hacia adelante, reduciendo la distancia entre nosotros a un hilo. Levanto la mano y toco su mejilla, pero el toque suave rápidamente se convierte en un agarre cuando mis dedos deslizan por su piel e ingresan entre las raíces de su cabello—. ¿Qué estás haciendo? —Traga en seco y los vellos de sus brazos se erizan. Ah, esposa, estás actuando, ¿verdad? Río. Mierda. Esta mujer...—. Marcos.

Su voz ahora es un susurro y, si tuviera alguna duda sobre la conclusión a la que acabo de llegar, ahora saltaría por un precipicio y se estrellaría contra el suelo, muy, muy por debajo de las cimas de los edificios. Sin poder evitar la risa en mi voz, hundí mi nariz en el cuello de Antonella, aspirando su aroma que se ha convertido en mi droga favorita, la única que necesito.

Luego, dejo que mi lengua recorra el camino hasta su oído, y cuando finalmente llego, susurro.

—Tú finges. —Hago una pausa, observo su bonito rostro, la máscara de indiferencia finalmente cayendo. Sus ojos ligeramente abiertos y sus pupilas completamente dilatadas me observan—. Esa maldita duda me ha estado atormentando por semanas... —Muerdo el lóbulo de la oreja de Antonella y acerco mi cuerpo al suyo hasta que no solo se toquen, sino que se presionen... No evito una risa baja y vuelvo a concentrarme en sus ojos—. El secreto de Hulk, Antonella... —Muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, asintiendo

conmigo mismo—. Su secreto es estar siempre enojado. El tuyo... —Acercamos nuestros rostros hasta que la proximidad de nuestros labios hace insoportable la poca distancia que nos separa—. Es fingir que puedes mantenerte lejos. —Antonella jadea y tiembla, entregándome la victoria que ya había abandonado—. Todo el tiempo. —Mi voz es baja, aún tan incrédula que no me preocupa anunciar mi propia victoria—. Y así me mantienes lo suficientemente lejos como para que nunca lo descubra. —La risa está en mi boca, en mis ojos, en mi voz—. Y eres buena, Antonella. ¡Eres muy buena! —admito, porque es verdad—. Tan buena, que fuiste capaz de hacerme olvidar que eres una excelente actriz. —Ella jadea, golpeada por las palabras justo como pensaba que sería, su cuerpo reacciona a ellas y a lo que mi descubrimiento significa para los dos —. Pero dime una cosa, Antonella —ojos ardientes, labios entreabiertos esperan la pregunta—, ¿tu vagina también actúa? —Mi voz está rasposa, completamente absorbida por el deseo ahora que su satisfacción es inminente. El calor, el aroma, el sabor del cuerpo de Antonella, tan increíblemente cerca, asaltan mis sentidos, embriagándolos con el exceso—. O, si meto mi mano en tu ropa interior, ¿te encontraré empapada de deseo justo como creo que estás? —Gime. Bajo. Sexy. Mi corazón acelera en el pecho, mostrándome que estaba equivocado. Su aroma no es la única droga de la que necesito. Necesito sus gemidos también y, si la reacción de mi cuerpo es algún indicio, me son mucho más letales que solo el vicio de su aroma—. Si te arranco el sostén, ¿encontraré tus pezones duros, suplicando por mi boca, mi lengua, mis dientes? —Un latido de corazón, dos, tres, es lo que le doy—. Ah, Antonella... ¡Deberías haber guardado ese secreto para ti! —Son mis últimas

palabras antes de devorar su boca con todo el deseo que existe en el mundo y que aún no parece suficiente.

Mi lengua se infiltra en su boca caliente, húmeda, deliciosa, y antes de que tenga oportunidad de hacer algo, las uñas de Antonella bajan por mi nuca, arañando mi piel, su cuerpo se frota contra el mío, y ella conquista mi boca con la misma intensidad con que yo tomo posesión de la suya.

44.

ANTONELLA VALENTE

No hay aire, y no lo necesito. Mi corazón late en un ritmo frenético e inexplicable. Ninguna parte del cuerpo debería moverse tan rápido.

El beso es largo, delicioso, intenso y sabe a desesperación y a nostalgia. ¡Sí! Nostalgia, sentí tanta nostalgia de esa boca, de la forma en que el beso de Marcos parece desgarrar mi cuerpo de punta a punta y, al mismo tiempo, someterse a mí, entregándome todo lo que quiero, todo lo que necesito.

Somos lenguas y manos y brazos y piernas y piel y sudor y gusto y sabor, y somos uno solo enredados en sonidos y miembros, hasta dejar de serlo, porque él se aparta.

Abro los ojos tan lentamente que soy capaz de ver mis pestañas temblar antes de que mi vista se enfoque en algo a mi alrededor. Mi cuerpo parece, al mismo tiempo, en abstinencia de oxígeno y con exceso de él. Veo algo borroso y todo en mí reacciona a la distancia recién impuesta por Marcos, con una necesidad angustiante de terminar con ella.

No necesito un espejo para saber exactamente cómo me veo ahora, lo siento. Mi cuello enrojecido, mis labios hinchados y mojados, mis mejillas sonrojadas, Marcos parece beber de esa visión.

Parece saber exactamente lo que estoy pensando y lo desesperada que estoy por volver a ser tomada por su boca, por sus brazos, por sus dedos, pero no es eso lo que hace. Con la respiración entrecortada y un leve temblor recorriéndole todo el cuerpo, habla.

—Puedo ser un idiota, Antonella, pero nunca te mentí, nunca te engañé, nunca te hice promesas que no estaba dispuesto a cumplir, ni actué según algo que no fuera mi intención. —Pasa las manos por su cabello, parece tan sorprendido por sus propias palabras, por su actitud, como yo. Es como si no creyera lo que está haciendo, aunque lo esté haciendo—. Y estoy cansado de ser siempre yo quien pide, espera, descubre, se expone...

Sus ojos se desvían de mí. Gira la cabeza hacia un lado solo por tres segundos, dobla los labios hacia dentro de la boca, los frota entre sí y, aun en mi estado de completa afectación y ausencia de racionalidad, logro entender lo que dice, y lo peor, estoy de acuerdo. Después de una profunda exhalación, Marcos vuelve a hablar, pausadamente, como queriendo asegurarse de que no queden dudas sobre el significado de sus palabras.

—No eres una niña, no necesitas que te guíen, sabes lo que quieres y no pides permiso para tomarlo. Esa es la mujer que eres y esa es la mujer que yo quiero. Cuando te canses de fingir, Antonella... Sabes dónde encontrarme. Solo caminaré hasta la mitad del camino, el resto es tu responsabilidad.

Y, sin darme ni un segundo más de su atención, se da la vuelta, listo para alejarse de mí. Trago saliva, con la mente

confundida, totalmente incapaz de procesar la cantidad de información que necesito, y aún así, viéndola con claridad.

Sola, parada en el pasillo, con el cuerpo apoyado en la puerta de mi propio cuarto mientras Marcos camina hacia el suyo, dejándome atrás. ¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo terminé confrontada por Marcos en una situación donde soy yo quien está equivocada y no Marcos Pedante? ¡Mierda! Increíble.

El ritmo acelerado de mi corazón es una prueba física e irrefutable de que no estoy soñando. Estoy despierta, muy despierta. Cada centímetro de mi cuerpo está encendido y clamando por más. Es como una droga. No des el primer trago. No des el primer beso. Yo lo hice.

Lo hice, y ¡puta madre! Nada se sintió tan correcto como la lengua de Marcos en mi boca, y nada se sintió tan equivocado como el tiempo que estuve sin eso.

Sus manos recorrieron mi cuerpo como si tuvieran un mapa de él, como si fuera su mapa, y yo sigo siendo una charco derretido que ni siquiera puede moverse del lugar.

Una respiración.

Dos respiraciones.

Tres respiraciones.

—¡Marcos! —llamo su nombre y él se voltea de inmediato.

Sus ojos son como llamas de fuego lamiendo mi piel, calentando hasta el último rincón oculto de ella, incinerando mi

juicio y la capacidad de pensar más allá de esta necesidad incontrolable que me atraviesa en un corazón acelerado y falta de aire.

No hay nada en mi cabeza más que deseo. Caliente, burbujeante, sofocante y desesperante. El que venía guardando bajo siete llaves las últimas semanas. Todo él. No falta ni una gota y parece que si no cedo, voy a enloquecer, pero a Marcos no le importa mi cordura. Él se dio la vuelta, pero sigue parado en el mismo lugar. Sus ojos están fijos en mí, y no hace ningún movimiento hacia mí.

—La mitad del camino, Antonella —repite sus últimas palabras y, de repente, soy un imán volando hacia su polo opuesto.

Me veo poniendo un pie frente al otro como si no tuviera opción más que esa, como si quedarme parada me doliera, me desgastara.

No estoy pensando. No estoy calculando ni interpretando. Cuando finalmente lo alcanzo y hay solo centímetros ridículos de distancia entre nosotros, no estoy fingiendo.

No es un beso. Es un saqueo lo que hago a la boca de Marcos cuando me lanzo a sus brazos y él me sujeta firme, apretado. Mi marido introduce las manos entre mi cabello, tirando de él mientras empuja mi cabeza hacia la suya, mi boca hacia la suya.

Gimo. Gimo de placer, de deseo y de libertad, y no tengo idea de lo que eso significa, porque sigo sin pensar, solo estoy sintiendo.

Imploro con la lengua, los toques y el calor que Marcos apague el fuego que encendió en mi estómago, que se asegure de que no quede ni una brasa que una leve brisa pueda volver a transformar en el incendio sin medida que está volviendo mi cabeza, erizando mi piel y robándome el aire. Dios, estoy perdida. Tan, tan perdida.

Caliente. Encendida. Eléctrica. Desenfrenada. Desesperada. Pegada a su cuerpo, en medio del pasillo, sin hacer el menor esfuerzo en nada que no sea sentirlo tan cerca de mí como sea posible, sin hacer el menor esfuerzo en nada que no sea desafiar la ley de la física que dice que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio.

Los dientes de Marcos bajan por mis labios, mi mentón, se arrastran por mi mandíbula, sus manos me tocan y aprietan, y tiemblo con la necesidad de que también me den golpes. Finalmente, él comienza a moverse en dirección a su cuarto otra vez, pero ahora parece correcto, está bien, porque voy con él.

Entre tropiezos y choques, la puerta se cierra tras nosotros y Marcos me aprieta contra ella. *Dios, ¡sí! ¡Por favor, por favor!* Creo que murmuro cuando sus manos comienzan a despojarme de mis ropas y las mías lo despojan de las suyas. Es rápido, casi invisible, y de repente estamos desnudos, y no sé adónde fueron las piezas que arrancamos el uno del otro ni cuándo fue que Marcos se puso el condón, pero no me importa, no me importa.

Mis neuronas han muerto, soy completamente nervios y hormonas. Respiro agitada cuando la frente de Marcos se pega a la

mía. Nuestras bocas están unidas, pero hay espacio para respirar.

Su mano deja la exploración minuciosa de mi cuerpo desnudo y sube hasta mi rostro en una caricia lenta, yo diría tierna, si no fuera por la desesperación que veo en sus ojos cuando abro los míos. No tengo dudas, mis ojos están llenos del mismo sentimiento.

Todo el tiempo que existe pasa mientras me sumerjo en esos ojos azules. No oigo nada. No veo nada en ellos, y aún así, no quiero salir de aquí nunca más. Marcos no habla. Yo tampoco. Inclino mi rostro hacia su palma, respiro profundamente, la suelto por la boca, y la tregua termina.

Su boca baja sobre la mía, sus manos agarran mis muslos, y estoy en el aire, cruzando mis piernas a su alrededor, apoyada contra la puerta con la espalda, y estoy gritando cuando, en una sola embestida, su verga me atraviesa entera y me disuelve, y juro, juro que nunca más podré unirme a alguien de nuevo.

Primero siento el dolor nada sutil y, aún así, delicioso, de la penetración descuidada. Luego, el ardor de los movimientos lentos y casi imperceptibles, y finalmente, el placer. Me alcanza en olas, desde la boca, el estómago, los brazos y mi vulva. Por todos los lugares en los que me toca mientras mis uñas rasguñan y clavan en su piel suave.

Me muevo. Forzando mi propio cuerpo contra la superficie lisa detrás de mí, yendo y viniendo, sin importarme nada más que sentir, más y más. Sin importarme nada más que rendirme y exigir, sin importarme nada más que ser absolutamente todo sin ser remotamente nada.

La sangre corre por mis venas, en lugar de circular, mi corazón baila, zapatea y sacude mientras mi cuerpo se balancea con cada embestida poderosa de Marcos. Su pecho duro se frota contra el mío, y el ritmo de su respiración roza mis pezones sensibles. Él gime arrastrado, placentero, me aprieta y sostiene como si la más mínima relajación pudiera hacernos desaparecer.

Marcos me mete la verga brutalmente, tan, tan delicioso, tan locamente delicioso. No hay delicadeza en sus movimientos, no hay cuidado ni preocupación, hay entrega, hay tantas cosas, y yo siento todas y no sé ponerles nombre a la mayoría de ellas.

Una de sus manos resbala por mi torso sudoroso hasta alcanzar uno de mis pechos, lo agarra, lo aprieta, lo maltrata. Nuestros dientes se golpean cuando no puedo mantener el beso de tanta desesperación. Estoy gimiendo, moviéndome y dejando de existir cuando abro los ojos y ya encuentro los de Marcos abiertos, y, otra vez, me atrapan.

Uno.

Dos.

Tres.

El orgasmo me destroza por completo.

Dejo mi cuerpo inerte entre los brazos de Marcos, y la puerta que me sostiene. Su boca baja, gruñendo un sonido seco que anuncia su orgasmo, y sigue penetrando, ahora, despacio, hasta que no quede ni una gota que no me sea dada.

Su lengua lame mi cuello, mis clavículas, sus labios besan la piel caliente y mojada de sudor, diciendo sin palabras que concentrarse en volver a respirar es una pérdida de tiempo, y que no puede dejar de tocarme. Subo mis manos por sus hombros, acariciando los músculos, ahora relajados, palpando las hendiduras hasta alcanzar su cuello, sus mejillas.

Todavía con los ojos cerrados, pego mi frente a la suya otra vez. Disfruto la sensación por unos segundos y decido que no quiero arriesgarme a estropearlo con la mezcla equivocada de vocales y consonantes. Lo beso.

45.

ANTONELLA VALENTE

—Sabes, puedo escuchar tus pensamientos —Marcos susurra en mi oído, sentado detrás de mí, con el pecho pegado a mi espalda, en el balcón de su habitación.

Es increíble aquí. Perdí la cuenta de cuántas veces limpié este lugar. Siempre me ha parecido fantástico, pero nunca antes había estado aquí de noche. Es completamente diferente.

El jacuzzi, el paisajismo, las reposeras, el tatami cubierto por un delicioso futón cómodo, donde estamos prácticamente acostados ahora, siguen siendo los mismos, sin embargo, el ambiente es otro.

Es posible ver gran parte de la ciudad y hay tantas luces, cerca y lejos, que casi se podría creer que São Paulo tiene estrellas. Lentamente, suelto la respiración que estaba contenida.

—¿Y qué dicen?

—¿Eh?

—Mis pensamientos, dijiste que puedes escucharlos, ¿qué dicen?

—Dije que puedo escucharlos, no entenderlos.

—Te gusta mucho escuchar tu propia voz —murmuro. Siento los labios de Marcos en mi oreja, momentos antes de que susurre.

—Me gusta más la tuya. Principalmente cuando gritas mi nombre.

—Claro que te gusta. —No puedo evitar reír, y sus brazos se aprietan aún más a mi alrededor. Me acomodo, aprovechando la fuente de calor en esta noche fría, ya que no llevo nada más que una camiseta de Marcos—. No entiendo cómo no estás desbordando de nervios por esto, Marcos.

—Pensé que a estas alturas ya me habrías dado más crédito.

Su tono es juguetón, pero las palabras que salen de su boca no tienen nada de broma.

—No te entiendo —admito. Sus labios cálidos recorren mi piel, acariciando—. No te decides sobre quién eres. Una vez eres el hombre que no tiene pudores en decirme que quiere casarse conmigo solo porque eso hará más fácil mantener su vida de soltero. Otras veces eres el hombre que me seduce sin un gramo de remordimiento. En otra, el que juega con mi hija y la cuida, aunque no tenga obligación, y en otra, eres el hombre que sale a tener sexo porque yo le dije que no. —Suspiro, y la sensación de vacío que me provoca decir esas palabras es tan agradable que continúo—. Pero también eres el que se hace cargo de mis dolores con respecto a mis padres, el que entiende mis motivos. Y ahora, estoy en tu cuarto, Marcos. Después de horas y horas de sexo y no me voy en un rato o mañana, vivo aquí. Aun así, me estás abrazando y diciendo que quieres conocer mis pensamientos. Simplemente no te entiendo.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro y suspiro.

El alivio llena mi pecho. Cada palabra dicha parece haber liberado cien kilos de bolas de algodón de mi garganta. No tenía la intención de decir todas esas cosas, pero es tan agotador guardarlas para mí todo el tiempo. Además, no salió tan mal, ¿verdad? Estoy aquí, en los brazos de Marcos. La resistencia quedó atrás, pero mis dudas no.

—¿Y por qué no podría ser todo eso? —pregunta con simpleza. Sus labios nunca dejan de moverse. Siguen explorando cada centímetro de mi piel.

—Nadie es tantas cosas a la vez, Marcos.

Él se ríe bajito, divirtiéndose.

—Eres una chica de veintiún años que aún va a descubrir el mundo, pero también eres una mujer inteligente, decidida, con objetivos claros y dispuesta a sacrificios por ellos. Eres madre, Antonella. Una madre increíble. Y una amante deliciosa. —Hunde su nariz en mi cuello en la caricia a la que ya me he acostumbrado—. Eres una buena amiga, o esa loca no me habría amenazado por ti. Eres una estudiante dedicada, eres amable, trabajadora, honesta, y aún así... No dudaste cuando tuviste la oportunidad de engañarme para alcanzar tus propios objetivos —pausa un momento—, ¿por qué tú puedes y yo no?

Paso un rato reflexionando sobre sus palabras, solo para darme cuenta de que tiene razón. Pero eso no lo explica todo.

—Eso aún no explica cómo puedes estar tan tranquilo con toda esta situación.

—Ven aquí —pide, soltando los brazos de mí.

Me arrodillo y me doy vuelta, poniéndome frente a Marcos. Casi de inmediato sus manos suben por mis piernas e infiltran la tela, encontrando la piel completamente desnuda.

—Me gusta mi camisa en ti.

—Claro que te gusta.

Me acomodo en su regazo, dejando sus muslos entre los míos, y Marcos gime cuando me siento.

—Pensé que querías respuestas —murmura.

—¡Y las quiero, por supuesto!

—Entonces será mejor que dejes de distraerme —avisa, y me siento desafiada, aunque no tenía esa intención antes. Me muevo, frotando mis piernas abiertas contra sus pantalones cortos. Lentamente, paso mis dedos por sus brazos expuestos hasta llegar a sus hombros, pechos, y Marcos aprieta mi culo con fuerza. Es mi turno de gemir. Su boca se acerca a mi mentón y lo muerde—. Rica... Rica como nunca —murmura, antes de dejar caer sus brazos a su lado y alejar su boca de mí. Me quejo, y él se ríe.

El castigo no dura mucho, porque en segundos una de sus manos está en mi rostro.

—Soy un hombre práctico, Antonella. No huyo de mis deseos ni sufro por lo que quiero. Definitivamente, pasar los próximos dos años teniendo sexo no es algo de lo que llorar. —De repente, entrecierra los ojos, como si algo lo hubiera intrigado, y sus

siguientes palabras solo lo confirman—. ¿Cómo hacías para ponerte roja, Antonella? Porque no estoy loco. Parecías avergonzada todo el tiempo, bajabas los ojos y te ponías toda colorada. ¿Cómo hacías?

—¿De dónde salió eso?

Frunzo el ceño, divertida y algo curiosa.

—Me lo he estado preguntando un tiempo. Pero cada vez que algo me lo recuerda, estamos tan ocupados que no quiero hablar de eso. —Sonríe con picardía—. ¿Y entonces?

—Ah... —Río—. Era de rabia.

—¿Qué?

—No fingía ponerme roja, Marcos. Me ponía roja de verdad, pero era de rabia —explico, y la sonrisa en su rostro se forma como una pintura al óleo. Hermoso, el maldito es hermoso de una forma arrogante. Luego, explota en una risa fuerte que sacude sus hombros y me hace reír también.

—¡Dios mío! Nunca lo había pensado. Debes haberte enfadado mucho con algunas de las cosas que te dije.

—¿Algunas? ¿Qué tal todas?

Más risas antes de que me bese mi boca con suavidad.

—Me gusta cómo estamos así, ¿sabías? —pregunta y, por alguna razón, olvido que tengo que respirar, parpadeo y, con cada palabra que dice a continuación, dejo escapar un poco del aire que había retenido—. No sabía que era posible, pero me gusta de verdad. Tal vez tu edad me hace sentir más joven.

Y ahí se va el momento extraño de falta de aire. Su tontería me hace poner los ojos en blanco.

—¡Ah, claro! Porque eres tan... ¡tan viejo! —digo arrastrando las palabras, y su mano da un suave golpe en el costado de mi cuerpo. Gimo y me muevo, Marcos muerde su labio y niega con la cabeza.

—¿Recuerdas lo que dije cuando te pedí matrimonio?

—Dijiste muchas cosas. —Giro el rostro y un sonido divertido sale de mi garganta—. Muchas, muchas cosas.

Marcos chasquea la lengua.

—Cuando me preguntaste si un matrimonio de conveniencia no debería, para empezar, ser conveniente.

—Dijiste que lo sería. Para ti y para mí.

—No puedo pensar en algo más conveniente que tener sexo con mi seductora esposa, ¿tú puedes?

—También recuerdo que dijiste claramente que no necesitabas una esposa para coger.

—Y no la necesito. Pero quiero cogerme a mi esposa, y poder hacerlo es realmente muy conveniente.

—Eres un idiota.

—Y tú te casaste conmigo, preciosa. ¿Qué dice eso de ti?

Me río y junto nuestras frentes.

—No soy muy lista, ¿verdad?

—Bueno, al menos lograste engañarme por un tiempo.

—Eso no significa que sea lista, solo que tú eres muy idiota.

—Es una forma de verlo.

—Es la única forma de verlo.

Se encoge de hombros.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora hacemos que los próximos dos años sean muy, muy convenientes.

Su voz suena arrastrada, y su lengua lame mis labios lentamente, haciéndome sentir su presencia justo en medio de mis piernas.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

Una de mis cejas se arquea y hay una sonrisa en la esquina de mi boca.

—Tengo algunas ideas.

Cierro los ojos, queriendo olvidar sus palabras, pero hay una pregunta que debe hacerse antes de que esta conversación termine.

—¿Y si en algún momento esto deja de funcionar? ¿Y si ya no funciona, Marcos?

—Entonces nos sentamos y hablamos exactamente como lo estamos haciendo ahora. Eso se llama ser adulto, Antonella —

provoca.

—Y no tenía idea de que fueras capaz de algo así —respondo con la misma moneda y él se ríe.

—¿Tenemos un acuerdo, esposa?

—¿Quieres una amistad con derechos mientras dure nuestro matrimonio?

—Lo queremos. Asume tú también la responsabilidad, Antonella —pide, poniéndose de repente serio.

Asiento con la cabeza, aceptando, y él vuelve a relajarse.

—Hasta soporto tu compañía cuando no estás gimiendo también. —Hace una broma y le pego un puñetazo en el brazo, él ríe —. ¿Ves? Es por este tipo de cosas que cuando no estás gimiendo, yo solo tolero tu compañía.

—¡Vete al diablo, Marcos!

—¡Ni de broma! ¡Acabo de salir de allí!

Sus manos deslizan por mi espalda dentro de la camisa, tocándola, completamente desnuda. ¡Oh, Dios!

—Isabella no puede saberlo.

Me aferro al poco que queda de mi conciencia el tiempo suficiente para decir estas palabras tan importantes. De inmediato, Marcos detiene sus toqueteos provocadores y sus cejas se fruncen.

—¿Qué?

—Lo de nosotros dos, Marcos. Isabella no puede saberlo.

Pongo mis manos sobre sus mejillas y sostengo su rostro entre mis palmas, manteniendo su mirada fija en la mía.

—Ella ya sabe que nos casamos, Antonella. ¿Qué diferencia hace eso?

—La diferencia es que tú eres el marido de su madre. Ella es una niña, pero no es tonta, Marcos. Isabella ya me preguntó por qué no nos besamos, por qué dormimos en habitaciones separadas. Ella entiende esos límites y es mejor que sigamos así.

—¿Ella preguntó? —Suena sorprendido, confundido.

—Sí, preguntó.

Muevo la cabeza.

—No tenía idea de que ella se fijara en esas cosas. ¿Cómo sabe ella que las personas casadas duermen en el mismo cuarto? —Me río.

—El papá cerdito y la mamá cerdita duermen en la misma cama, Marcos. Y ese es solo uno de los ejemplos.

Ahora, él está, sin duda, completamente sorprendido.

—¿Los cerdos duermen dentro de la casa?

No puedo evitarlo y me echo a reír.

—¡Por supuesto que duermen, Marcos! La casa es de ellos.

Me cuesta controlarme para no reírme cuando Marcos refunfuña.

—¿Cerdos dentro de la casa? ¡Increíble!

Le doy un beso en la punta de la nariz mientras sigo riendo.

—¿Tenemos un acuerdo? —pregunto, pero su respuesta llega en forma de un movimiento rápido. Marcos me voltea y, cuando me doy cuenta, estoy debajo de él.

—Dos años pasan muy rápido. Es mejor que empecemos a aprovecharlos.

No tengo tiempo para reírme de su idiotez antes de que su boca devore la mía.

***

—Realmente quise decir lo que dije, ¿sabes?

Las luces están apagadas, el cuarto de Marcos está completamente en silencio, y sus ojos están cerrados desde hace un rato.

Casi estoy segura de que está dormido y solo por eso decidí hablar. Él no responde, lo que me anima. Es más fácil decir verdades aterradoras cuando nadie está escuchando.

—Lo siento mucho por haberte abusado... —digo al vacío—. Porque lo siento. Siento que te abusé... Al principio, sinceramente, lo merecías. —Me río sola—. Quiero decir, "¡Necesito una esposa!". —Hago una voz grave al decir esas palabras—. ¿Qué tan arrogante debe ser alguien para decir algo así y de esa manera? En esos días,

no, no lo sentía. Pero creo que esa es toda la cuestión con los prejuicios, ¿verdad? Estamos absolutamente seguros de que conocemos algo. Tanta seguridad que, cuando se muestra diferente, es más fácil creer que algo está mal con eso, no importa lo bueno que sea lo diferente, que admitir que nosotros simplemente estamos equivocados. Tenías razón, Marcos. Nunca fuiste nada menos que decente conmigo y, surrealmente, la mayoría de las veces, fuiste más... Mucho más... Y encima tenías que ser atractivo, ridículamente atractivo, y hacerme perder la cabeza hasta olvidar mi nombre...

Cualquier duda que pudiera tener sobre si Marcos me estaba escuchando o no se elimina por completo cuando el silencio sigue firme después de estas palabras. El ego de Marcos jamás me dejaría salir impune después de esa declaración.

—No fui justa contigo, Marcos. Pero tenía tanto miedo, para ser honesta, aún tengo mucho, mucho miedo. No solo finjo todo el tiempo, estoy aterrada todo el tiempo. Y si fingir es algo que puedo controlar, tener miedo no lo es. No existe un botón que pueda apagar. Y el miedo nos hace tomar decisiones estúpidas. No puedo prometer que no haré más cosas que no debería, pero puedo prometer intentar. Te juro que lo haré.

Mi mente hace un excelente trabajo recordándome que mantener un secreto no es una forma muy eficaz de cumplir la promesa que acabo de hacer.

Respiro hondo, sintiendo la cabeza dolerme.

Muerdo el labio, totalmente consciente de que esta noche complicó mucho mi vida. Pero, ¿qué debería hacer? ¿Seguir

torturándome para mantenerme alejada de Marcos solo porque no quiero contarle algo que no tiene nada que ver con él?

No. Eso no tendría ningún sentido. Pasan los minutos y nada. Ninguna palabra es dicha en respuesta ni a mi monólogo interior ni al exterior. Respiro aliviada.

¿Me enorgullezco de esto? No, definitivamente no. De hecho, mi cobardía me hace pensar que Marcos tenía razón desde el principio, soy inmadura, pero son tan pocas las veces en las que se me da este derecho que, esta noche, lo aprovecho.

46.

MARCOS VALENTE

Controlo mis labios para que no se estiren en una sonrisa. Por fin, Antonella. Ya era hora.

***

—¡Ella durmió! —dice Antonella al pasar por la puerta de mi cuarto y tirarse en la cama. Sentado frente al portátil mientras revisaba unos documentos, todo lo que hago ahora es mirarla y reírme de lo cómoda que puede sentirse en cualquier lugar.

No tengo idea de cuántas veces Antonella estuvo en mi cuarto mientras trabajaba aquí en casa, pero puedo contar con los dedos de una mano las veces que ha estado aquí desde que se mudó, sin embargo, esta noche simplemente entró sin golpear y ahora está tirada sobre mi cama con los brazos estirados junto a su cabeza y las piernas flojas, colgando más allá del borde. Me río, guardo los documentos que estaba revisando y apago el portátil.

Camino hasta la cama y, lentamente, inclino mi cuerpo sobre el de Antonella, ella abre los ojos.

—Hola —susurro en su boca.

—Hola.

Levanta la cabeza, besando mis labios.

—Sabes... las personas suelen golpear la puerta de los demás y esperan ser atendidas —bromeo y una de sus cejas se levanta.

—¿En serio? ¿No fuiste tú quien no me dejó regresar a mi cuarto hoy en la madrugada? Porque yo juraba que fue así. O tal vez me equivoqué de cuarto. ¿Hay algún otro hombre grande, fuerte, guapo y muy, muy idiota por esta casa?

Su rostro adopta una expresión divertida, y yo suelto mi peso sobre ella solo el tiempo suficiente para girarnos en la cama, cambiando nuestras posiciones, dejando mi espalda sobre el colchón y su cuerpo sobre el mío.

Envuelvo su cintura con mis brazos y ella se acomoda.

—Estabas esperando que la puerta de Isabella se cerrara para ir a mi cuarto, ¡admitelo!

Sonrío, porque realmente estaba esperando eso. Después de semanas sin poder tocar a Antonella, ni de broma voy a perder cualquier oportunidad de hacerlo en el próximo mes, en el próximo año.

Una noche no fue suficiente. Pero después del parto que fue hacerla admitir que quería esto tanto como yo y finalmente ceder a sus propios deseos, me gusta que haya sido ella quien vino hacia mí, y no al revés.

Quizás debería haberle dicho que la estaba escuchando anoche. Pero Antonella parecía estar alimentando su valentía para decir las palabras con el silencio y la oscuridad. No quería que perdiera ese momento.

No puedo decir que sé cómo se siente. Nunca fui joven ni estuve solo. Nunca pasé por las dificultades que ella vivió. Nunca

necesité dudar de mí mismo ni de lo que pensaba ver en las personas.

Así que no, no lo entiendo, pero incluso yo soy capaz de reconocer que la edad tiene un peso. Si la mía trae la necesidad de asumir responsabilidades, la de Antonella trae el derecho a la inmadurez, y demasiada gente ya se lo ha negado. Yo no seré uno más.

Subo una de mis manos por su rostro en una caricia lenta, ella gira y besa la palma de mi mano. También me gusta eso.

No creo que dos años de sexo con la misma persona mantengan mi interés. Pero dos años de esto, no tengo duda de que nunca me aburriré. Realmente me gusta cómo somos así.

Hay un momento de silencio entre nosotros, y juro que escucho los ojos de Antonella repetir esas palabras, aunque sus labios nunca las dicen. Tal vez las diga cuando esté dormido. Me río de mi broma silenciosa, y mi esposa levanta las cejas en una pregunta muda que deliberadamente ignoro.

—¿Por qué tardó tanto en dormirse?

Cambio de tema, no dándole el gusto de mi confesión o explicación. Antonella entrecierra los ojos.

—Está ansiosa por mañana. —Encaja su rostro en mi cuello, por lo que, a pesar de la cercanía, sus siguientes palabras suenan apagadas—. La primera clase de ballet.

—Ah, sí. —Isabella ya me habló de eso un millón de veces en los últimos días. Antonella la inscribió en una clase infantil hace

algunas semanas, y no habla de otra cosa desde entonces, ansiosa por empezar—. Ya hace un tiempo que está inscrita, ¿no? ¿Por qué empieza mañana?

—La academia estaba formando un nuevo grupo. Los otros ya estaban llenos.

Frunzo el ceño, coloco la mano en el cuello de Antonella y, con delicadeza, giro su rostro hacia el mío.

—¿Y por qué no la pusiste en una clase particular, Antonella?

—Porque el costo era mucho mayor, y se esperaba que la clase se abriera en no más de un mes. No tenía sentido. —Levanta una ceja —. ¿Qué pasa?

—¿En serio, Antonella? ¿El costo?

No hago ningún esfuerzo por ocultar mi impaciencia con la respuesta. Ella abre la boca, pero no dice nada. Pasa la lengua por sus labios.

—No porque tengamos dinero a nuestra disposición es que necesitamos desperdiciarlo, Marcos.

—¡No es un desperdicio! Habría ahorrado a la niña días de agonía, Antonella. ¡No es un desperdicio!

Su expresión se cierra, poniéndose molesta, y ya quiero sonreír. Esta mujer no soporta que le contradigan.

—¿Y ahora sabes más sobre lo que es mejor para mi hija que yo? —dispara.

—¿Quién está siendo la niña caprichosa ahora, eh? —Ella resopla—. No lo dudes, Antonella. Si el dinero no puede garantizar su comodidad, ¿entonces para qué sirve?

Su postura defensiva se relaja en mis brazos, y ella deja un suave beso en mis labios.

—Creo que voy a comprar un yate —comenta, despreocupada, y yo me suelto a reír—. ¿Qué? Solo estoy aplicando lo que dijiste. Confort y esas cosas.

—Pensé que no te gustaban los barcos.

—Nunca dije eso. Lo que dije es que no entiendo por qué la gente insiste en depender del viento cuando pueden usar un motor. Un yate tiene motor.

—Si te comportas, tal vez algún día te muestre lo buenos que son los métodos para aprovechar el viento cuando estemos a bordo de un velero.

Sus ojos se abren de par en par, y muerde su labio al entender las intenciones explícitas en mis palabras.

—Tal vez el viento no sea tan mala idea, después de todo. —Lame mis labios—. ¿Y por qué no me muestras formas muy buenas de aprovechar la cama a nuestro favor?

Sonrío.

***

—¡Hola, Eliza! ¿Cómo estás? —saludo a la esposa de mi amigo que, por casualidad, también es su secretaria. Las ideas sobre

Antonella doblada sobre la mesa de mi oficina invaden mi mente y me río, negando, porque algo me dice que ella odiaría interpretar ese papel.

—¡Hola, Marcos! ¡Qué bueno verte! —dice, pero su atención no está en mí, sino en la pantalla encendida frente a ella—. ¡João ya te está esperando! ¡Puedes pasar!

—Gracias.

En pocos pasos ya estoy cruzando la puerta del despacho de João Pedro. Contrario a lo que imaginaba, no lo encuentro sumido en el trabajo. El hijo de puta está tirado en su silla con una sonrisa de oreja a oreja, esperándome, y yo pongo los ojos en blanco.

—Buenas tardes.

Me siento frente a la mesa, saco de mi carpeta los papeles que traje y los pongo sobre ella. Luego, saco mi celular del bolsillo, abro la aplicación de notas y busco la información que necesito. Estoy listo para empezar a hablar, pero él es más rápido que yo.

—¡Le echaste un polvo! —me acusa, y respiro profundo.

—Primero, tal vez quieras elegir mejor tus palabras —le advierto—. Y segundo, eso no es asunto tuyo. Ahora, ¿podemos trabajar?

—¿Elegir mejor mis palabras? —Mi amigo levanta una ceja y una sonrisa burlona se instala en la esquina de su boca antes de que doble el labio hacia afuera, levante las manos en señal de rendición y mueva la cabeza, asintiendo—. Pero sobre lo de que no es asunto mío... —João baja las manos y mueve la cabeza de un lado a otro—.

¡Ah, no! Definitivamente no. Ni de casualidad eso no es asunto mío. O sea, es mi asunto escucharte llorar porque tienes que casarte, o escucharte llorar por estar con los huevos azules, pero no es mi asunto que le metas la verga a esa muchacha. ¡Ni loco trabajo antes de saber exactamente qué pasó!

—¿Qué, quieres detalles ahora, João Pedro? ¿Te está gustando el voyeurismo, eh?

—¡Vete a la mierda, Marcos! Definitivamente no quiero esos detalles. ¡Pero te das cuenta de que no lo negaste, ¿verdad?!

—¿No he negado qué, carajo? —Lo miro con seriedad y su expresión es tan sorprendida que reviso sus palabras, buscando qué tan importante podría haber sido lo que dejé escapar. ¡Ah, mierda! Expulso el aire de los pulmones, él no va a dejarlo pasar y la sonrisa en su rostro es más que suficiente prueba de ello—. Eso es porque uno de nosotros tiene la cabeza donde debería estar, en esos contratos. —Apunto hacia los papeles que dejé sobre su mesa—. No en semántica.

—¿Semántica? Qué gracioso. Estabas tan preocupado con la semántica hace unos meses, cuando te sentaste justo ahí, donde estás ahora, y me hiciste esa acusación. —A pesar de que sus palabras tienen derecho a sonar acusatorias, considerando toda la situación, la sonrisa de João deja claro que se está divirtiendo mucho con todo esto—. Interesante. ¿El tiempo te está dejando más sabio, Marcos?

—Te estás divirtiendo, ¿verdad?

—¡Cada maldito segundo! —Niega con la cabeza, enfatizando sus palabras—. Ahora, ¿puedes empezar a hablar? ¿Cómo es que pasamos del estado de autocompasión el día de tu boda a tu estado de aparente felicidad hoy?

Y hablo.

Le cuento todo. Desde la situación de Antonella con sus padres, hasta nuestra cena hace dos noches. Cuando termino, sorprendentemente, la sonrisa en el rostro de João Pedro parece aún más grande que cuando comencé.

—¿Oíste la parte en la que dije que ella tiene una historia de mierda con sus padres, verdad? ¿Que son unos buenos hijos de puta...? ¿Oíste lo triste que es todo esto?

Intento desviar la conversación de lo que su sonrisa me dice que serán sus próximas palabras, solo para fallar. João Pedro se levanta, se inclina sobre la mesa, apoya los codos sobre ella y prácticamente grita hacia mí.

—¡TE LO DIJE, IMBÉCIL!

Cierro los ojos y, si estuviéramos en una caricatura, sin duda alguna las palabras de João Pedro habrían creado una ventisca capaz de despeinarme.

—¿Ya terminaste?

—¡Ah, Marcos! ¡No esperes que termine en los próximos diez años!

Levanto las cejas, sin más opción que conformarme. Cuando creo que ha terminado, me doy cuenta de que, una vez más, Antonella me jodió.

47.

MARCOS VALENTE

Antonella está bailando. Locamente. En la cocina.

Llegar a casa y encontrar esta visión definitivamente es una de las ventajas del matrimonio. Aún con traje y corbata, me acerco despacio y muerdo mi propio puño para no soltar una carcajada, llamar su atención y arruinar el espectáculo. Me apoyo en la pared que da acceso a la cocina para observar.

Ella está de espaldas a mí, moviendo las caderas de una manera deliciosa, usando nada más que unas zapatillas deportivas de colores, unos pantalones ajustados que destacan cada curva de la parte inferior de su cuerpo y un top que deja su vientre y parte de la espalda al descubierto.

La ropa tiene los mismos colores, azul marino y rosa fucsia, contrastando con su piel clara de una manera imposible de no mirar. Si sus curvas no fueran suficientes para atraer miradas, los colores de su ropa definitivamente lo serían.

Y aunque aún no he visto la parte de enfrente, no tengo dudas de que lo que veré no me va a disgustar, o mejor dicho, me va a encantar. ¡Y mucho! Pero solo yo debería disfrutarlo, ¡mierda! Sin esfuerzo alguno, aprieto los dientes al imaginar a dónde habrá ido vestida así.

¡Puta madre! Solo de pensar en Antonella desfilando con eso por una academia llena, tengo que respirar hondo. Llevo la mano a

mi nuca y me la froto, aliviando esa sensación desagradable que se ha instalado en mí. ¡Mierda, mierda, mierda! Trago saliva, frustrado conmigo mismo, porque me doy cuenta de que no me gusta esa sensación.

Nunca he sido un tipo celoso, pero tampoco he tenido a alguien con quien ser celoso. *¿Ahora tienes a alguien, Marcos?* ¡No! No tengo... Antonella y yo... Somos solo Antonella y yo. ¡Nadie ha hablado de exclusividad! *¡Ajá, claro!*

Cállate, subconsciente. ¡No sé para qué sirves!

Mi esposa se arquea hacia atrás, apoya las manos en la mesada frente a ella y empieza a mover las caderas, probablemente a la velocidad cinco del "créu" y del método para volver loco a un hombre también. Ya está, oficialmente tengo una erección.

Sacudo la cabeza, riendo bajo de mí mismo, y me canso del papel de espectador. Comienzo a acercarme despacio, pero me detengo cuando recuerdo lo que pasó la última vez que la abordé así.

Ella está usando auriculares y, aunque creo que no hay nada que pueda hacer para evitar la sorpresa que se va a llevar cuando se dé cuenta de mi presencia, decido tragarme las ganas de tocarla y no hacerlo a propósito.

Apoyo las caderas en la isla de la cocina, ahora, a solo dos pasos de Antonella, y espero. Ella sigue bailando, pero, con la cercanía, parece sentir mi mirada y gira con una sonrisa preciosa en la cara. Su expresión es una mezcla curiosa de sorpresa y

conocimiento. Como si supiera que la estaba mirando y, aún así, se sorprende.

Una de sus manos alcanza su oreja y se quita uno de los auriculares, que parece una bolita, de tan pequeño que es.

—Hola, preciosa.

Un paso largo es suficiente, ya la tengo en mis brazos. ¡Mierda! ¿Esto debería ser tan bueno como lo es? Porque…, ¡puta madre!

Dos días sin tener más razones que pensar en Antonella todo el maldito día. Dos días en los que parece haberse metido bajo mi piel y en cada capa de neuronas que tengo, porque no puedo hacer absolutamente nada sin acordarme de ella.

De su sonrisa, de sus ojos escandalosos, de su cuerpo sexy y de su humor ácido. Todo parece un motivo, y realmente no sé cómo cambiar esto. Cómo detener esta sensación de que solo ahora, que la tengo en mis brazos, el día está completo. ¡Una mierda!

—Hola —responde y, pareciendo tan ansiosa como yo, me besa.

Es como siempre. Voraz, exigente, pero nunca igual que antes. La lengua de Antonella invade mi boca, lamiendo y chupando todo lo que quiere y alcanza. "Sabroso" ni siquiera empieza a describirlo, y cuando ella gime bajito, la aprieto contra la mesada.

—Mamá.

La voz de Isabella suena distante, y Nella me empuja de inmediato. Frunzo el ceño. Claro. Sin contactos físicos que puedan dar ideas a Isabella. Antonella arregla su cabello, que sigue en el mismo lugar que estaba antes, y alisa la ropa como si tuviera que ordenarla de un desorden que no existía.

—¡Marcos! —exclama la niña al verme en la cocina y corre hacia mí—. ¡Mira! ¡Soy una bailarina! —Se exhibe.

Lleva un leotardo rosa, una falda llena de capas, medias rosas también y tiene el cabello recogido en un moño adornado con un lazo pequeño y una red. Sonrío a la niña emocionada, me agacho para abrazarla y casi me tumba.

Le dejo un beso en la frente y no necesito preguntarle cómo le fue en su primera clase, porque me cuenta todo sin apenas respirar, hasta que termina de exponer cada detalle, amiga nueva y movimientos; incluso ensaya algunos pasos antes de subirse a la banqueta y sentarse en ella.

Antonella observa todo mientras prepara la cena para Bella, a veces riendo, a veces moviendo la cabeza en negativa. Después de unos minutos hablando sin parar, la niña pasa su atención de mí al plato de comida que le han puesto frente.

—No sabía que estabas entrenando —digo, cuando el silencio toma el espacio.

—No estaba —responde, moviéndose por la cocina, y yo estoy tan atraído por el contraste entre el color de su ropa y su piel que no podría decir qué está haciendo Antonella, aunque la esté mirando—.

Empecé hoy. La clase de Bella dura una hora, pensé que sería bueno aprovechar ese tiempo para hacer algo más que esperar.

—Claro. Algo más que esperar —repito bajo lo que acaba de decir, desviando los ojos hacia la parte superior de la mesada frente a la cual ahora estoy sentado.

—¿Y tu día? ¿Cómo estuvo?

La pregunta me toma por sorpresa y mis cejas se levantan involuntariamente antes de fruncirse. Antonella mira por encima de su hombro cuando tardo en responder, y yo tartamudeo una respuesta apresurada.

—Bien. Lo de siempre. Creo.

—¿Crees?

—No suelo pensar mucho en eso.

—¿Por qué?

Ahora ella me mira completamente de frente, con una expresión de confusión en su rostro.

—Creo que nunca nadie me lo preguntó —hago una pausa, extrañado por la información—, no después de que dejé de vivir con mis padres.

Primero se sorprende, luego parece arrepentirse, y realmente quiero jalarla hacia mí y decirle que está bien, fue solo una pregunta, no hay razón para alterarse.

Pero Isabella está sentada justo al lado mío comiendo su pasta, así que me limito a inclinar la cabeza y esperar que mi mirada transmita, al menos, una parte de lo que me gustaría hacer y decir.

—Entiendo. ¿Y está bien preguntar?

Me río y muevo la cabeza, asintiendo.

—Mañana tendré una mejor respuesta.

Le guiño.

48.

MARCOS VALENTE

El zumbido característico de la vibración del celular me saca de mi concentración y desvío la mirada hacia el aparato sobre mi escritorio. Dos cosas me hacen sonreír, sorprendido.

La primera, que sea una videollamada. La segunda, que quien me llama es Antonella, y creo que nunca antes había pasado.

Muerdo el labio y tomo el celular, dividido entre curiosidad y preocupación. Pero la segunda sensación se desvanece cuando contesto la llamada y veo a una Antonella sonriente en la pantalla. Sonrío de lado y entrecerró los ojos, sin saber exactamente qué esperar.

—¿Te estoy interrumpiendo? —pregunta, mientras se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Para nada.

El gesto que me hace al sonreír vale cada segundo de la sensación fría que invade mi pecho cuando me doy cuenta de que no he respondido de manera liviana.

Nunca me interrumpiría, me doy cuenta. Porque no importa lo que haga, últimamente mis pensamientos siempre se dividen entre Antonella y cualquier otra cosa. Verla, hablar con ella, en un momento inesperado, no puede ser algo malo.

—¿Pasó algo?

—No... Solo...

Antonella mueve la cabeza, sorprendiéndome de nuevo, aparentemente avergonzada. Creo que nunca la vi avergonzada de verdad. La he visto fingir en muchas ocasiones, pero la expresión perdida en su rostro no puede ser actuación.

—¿Qué pasa, Nella?

Levanta la mirada, pasa la lengua por sus labios, llenando mi boca de agua con las ganas de probar su sabor, parpadea varias veces y solo entonces habla.

—Iba a almorzar y me preguntaba si querías compañía... No sabía si ese era tu horario de almuerzo, ni si almuerzas solo, o si... almuerzas —dice, soltando una frase tras otra casi sin respirar, aprieta los ojos, pasa la mano libre por su rostro y sacude la cabeza —. ¿Sabes qué? Perdón. No debí llamar. Olvídalo, yo... yo...

—¡Antonella! —interrumpo sus explicaciones con una sonrisa estúpida en el rostro, disfrutando ver una grieta en la armadura de Mujer Maravilla que mi esposa suele llevar. Contra todo mi sentido común, sintiendo el ego masajeado por saber que no soy el único que no sabe exactamente qué está haciendo—. Yo también te extraño —digo, sintiéndome como un adolescente con el corazón acelerado, esperando la respuesta de la chica que le gusta, sin saber cómo reaccionará.

Nella cierra los ojos y suspira, luego muerde suavemente sus labios, y siento celos por no poder hacer lo mismo yo.

—¡Esto es tan estúpido! ¡Literalmente acabamos de vernos! ¡Ni doce horas han pasado, Marcos! ¡Doce horas!

Esperaba cualquier respuesta, menos su indignación por la vulnerabilidad que acaba de mostrar. Aunque, pensándolo bien, no es nada sorprendente que esa sea la primera reacción de Antonella al sentirse expuesta.

Una risa descontrolada sale de mi garganta y Antonella también se ríe. Mi mano se estira hacia la pantalla del teléfono, pero me detengo antes de que aparezca en la cámara, porque eso sería ridículo. No es como si realmente fuera a tocarla, ¡carajo!

—¿Nunca te has sentido así? —pregunto, curioso, cuando logro calmarme de la risa.

—No. ¡Y no me gusta sentirme así! —responde, poniendo cara de pocos amigos y sacándome otra risa.

—No es el fin del mundo, Nella. Creo que es normal cuando estás tan cerca de alguien como nosotros lo estamos, y si te interesa saberlo, yo tampoco nunca lo sentí. Pero nunca tuve con nadie una relación como la que tenemos tú y yo, así que creo que es comprensible.

Antonella mueve la cabeza, aceptando mi punto de vista.

—¿Y qué hacemos con eso? Quiero decir, no puedo estar llamándote solo porque... solo porque...

—¿Porque tenías ganas?

—¡Eso!

Sus mejillas se tiñen ligeramente de rojo, y me encanta ver esa expresión avergonzada en su rostro.

—¿Y por qué no? Estamos casados, Antonella.

—¡Pero no de verdad!

—Ah, ¿no?

Levanto las cejas, sorprendido por su declaración. Pensé que lo habíamos resuelto noches atrás, cuando decidimos que este sería un matrimonio de conveniencia en todos los aspectos.

—¡No! —responde de manera tajante, y yo sonrío ampliamente.

—¿Vivimos en la misma casa?

—Vivimos, Marcos. Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Revuelve los ojos.

—Uhm... Está bien. Y dime algo, ¿nos llevamos bien a diario, de forma... amigable, por así decirlo?

Antonella resopla mientras responde.

—Sí, Marcos. Somos animales racionales.

Su tono es condescendiente y finge estar agotada. Muevo la cabeza, dándole la razón en su razonamiento, apoyo un codo sobre mi mesa y pongo la cara en la palma de mi mano, escondiendo la sonrisa, porque quiero atraparla completamente desprevenida cuando susurro.

—¿Y nos estamos revolcando en la cama como locos todas las noches, Antonella? ¿No podemos mantener las manos y la boca lejos del otro ni un solo segundo cuando estamos juntos?

Esta vez no obtiene respuesta inmediata, porque ella jadea y lame lentamente sus labios. Los ojos de Antonella están nublados, y estoy seguro de hacia dónde van sus pensamientos.

—Responde, esposa. ¿Todos los días también cuentas cada maldito segundo hasta que el reloj marque el momento en que puedo estar dentro de ti, como yo cuento?

—Marcos...

—Es una pregunta de sí o no, preciosa. —Sus ojos se cierran, una exhalación fuerte sale de su boca, y cuando los vuelve a abrir, estoy completamente seguro de que no voy a poder concentrarme en nada hasta el final del día, si no escucho el sonido de su orgasmo para mí—. ¿Dónde está Isabella, Nella?

—Fue al mercado con Carmen —responde, con la voz temblorosa, como si ya supiera lo que quiero.

—¿Estás sola? —Su respuesta es un movimiento de cabeza afirmativo—. Perfecto. ¿Y qué estás usando?

Nella parece vacilar solo unos segundos antes de mover la cámara de su rostro a su cuerpo, revelando un vestido floreado que la abraza de manera perfecta. No podría haber pedido algo mejor.

—¿Abres el vestido para mí, preciosa?

Mi voz sale ronca y mi verga ya está dolorosamente dura solo con la imagen de todo lo que planeo ver Antonella hacer. Me levanto, llevando el celular conmigo, y me dirijo hacia la puerta de mi oficina.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Antonella tiembla, sus ojos parpadean varias veces. Sus labios están mojados de tanto lamérselos y me están volviendo loco.

—Estoy cerrando la puerta, voy a almorzar con mi esposa.

—Marcos... —susurra, y cuando sus ojos se cierran de nuevo, buscando un control que no tengo intención de dejar que ella encuentre, su garganta traga con dificultad. Me encantaría lamer la piel estirada.

—¿Sabes qué me gustaría hacer ahora, Nella? —pregunto mientras paso la llave en la puerta y regreso a mi escritorio. Sonrío a la pantalla cuando presiono el botón en el teléfono de mi escritorio que me conecta directamente con mi secretaria.

—Sí, doctor Valente.

Bruna responde con amabilidad, y Antonella frunce el ceño al escuchar la voz de una tercera persona en nuestra conversación.

—No quiero ser interrumpido hasta nuevo aviso.

Hago un gran esfuerzo por disimular la ronquera de mi voz.

—¿En serio, doctor?

—Ni aunque el mundo se acabe —respondo con firmeza, seguro de que no me estoy imaginando el brillo satisfecho en los ojos de Antonella.

—¿Qué? —pregunta Nella, cuando camino hacia el sofá negro en el rincón de mi oficina, después de cortar la llamada con mi secretaria y confirmar que apagué el altavoz.

—Bien, como te decía… Lamer tu oreja. —Las palabras salen lentas, ritmadas y susurradas—. La curva de tu mandíbula, tu cuello, quisiera morder tu mentón y lamer tus labios antes de meter mi lengua en ellos, Antonella.

—Marcos...

Mi nombre en su boca suena casi como una súplica antes de que muerda su labio y haga exactamente lo que dije que me gustaría hacer con ellos: lamerlos.

—Abre el vestido, Nella. Déjame ver ese cuerpo delicioso que tienes —vuelvo a pedir, y, jadeante, ella obedece.

Su brazo se estira para darme una vista privilegiada de su mano libre, deshaciendo el lazo que mantiene las dos partes del vestido unidas. Cuando el nudo se suelta y el cuerpo de Antonella queda revelado, gimo, satisfecho con la vista, pero muy, muy frustrado por estar tan lejos de ella.

Sus pechos están recogidos en un sujetador de encaje lila con costuras y laterales negros. La prenda no lleva forro, por lo que los pequeños pezones rosados quedan completamente al descubierto. Su vientre plano traza un delicioso camino hasta sus caderas

redondeadas, donde un triángulo de tela tan transparente como el sujetador cubre su vulva depilada.

—¡Mierda, Antonella! —maldigo, desabrochándome el cinturón y apartando el brazo con el móvil justo cuando ella lo hacía, dándole una visión perfecta de lo que estoy haciendo—. ¡Quítate la tanga, hermosa! —Nella hace un verdadero contorsionismo, bajándose la prenda de un lado a otro para no tener que soltar el móvil hasta que el trozo de tela está tirado en el suelo. Sin que tenga que pedírselo, se baja el sujetador, dejando al descubierto unos pezones tiesos e hinchados por la tela acumulada debajo—. ¿Puedes sentarte en la mesada?

—Yo no... —empieza a protestar, pero la detengo.

—Quiero tu vagina bien abierta para mí y la banqueta no servirá, guapa. Siéntate en la mesada y abre bien las piernas. Mira lo duro que estoy para ti.

Dejo que la cámara muestre mi verga siendo masajeada en toda su gloria desesperada por hundirse en su húmeda vagina y mi esposa chupa su propia boca. El movimiento provoca un doloroso crujido en mis pelotas.

—Muéstrame si ya estás mojada...

Un leve gemido sale de su boca al oír mis palabras y cede. Con un pequeño empujón, se sienta en la mesada, luego abre bien las piernas y apunta la cámara hacia abajo. Sus labios vaginales rosados quedan al descubierto, y el brillo de los mismos no deja lugar a dudas sobre el nivel de excitación de Antonella.

—¡Mierda, nena! Cómo quisiera chuparte esa vulva y lamer cada gota que me dieras hasta que gritaras y acabaras en mi lengua. —Estoy tan afectado como ella por lo que digo y mi mano empieza a deslizarse con más facilidad sobre mi propia verga cuando empieza a babear—. ¡Mira lo que me estás haciendo, amor! ¡Mira! ¿Vas a tocarte? ¿Me dejas oírte gemir?

Antonella se lleva dos dedos a su apretada vulva y los desliza lentamente por sus labios vaginales solo dos veces antes de empezar a frotarlos con movimientos circulares por sus pliegues.

Verla masturbarse tan deliciosamente me vuelve loco. Su tacto es experto, sabe exactamente cómo darse placer y sus gemidos no tardan en llegar hasta mí. El placer me sube por la espina dorsal con cada movimiento más intenso y aprieto los dientes, negándome a cerrar los ojos y perderme un segundo del espectáculo que se despliega en la pantalla que tengo en la palma de la mano. Antonella recorre su cuerpo con sus dedos melosos, tocándose el vientre hasta que llega a sus tetas y juega con uno de sus pezones.

—¡Puta madre, Antonella! —gruño y me aprieto la verga con fuerza mientras mis huevos parecen a punto de estallar.

Alimentándose aparentemente de mi desesperación, mi mujer baja los dedos y la cámara. Pasan directamente por el clítoris, atraviesan los labios abiertos y se hunden hasta el fondo en la melosa vulva.

Mis movimientos se vuelven más rápidos, y una gota de sudor resbala por mi frente, a pesar del aire acondicionado, y Antonella empieza a tocarse tan rápido como yo lo hago con mi mano.

—¡Sí, nena! ¡Métete los dedos hasta el fondo!

La humedad emerge con cada empujón que da, embadurnando no solo los dedos que entran y salen, sino toda la entrada, los pliegues, el clítoris, el pulgar que lo acaricia, formando un lío delicioso, jodidamente delicioso.

Antonella gime fuerte, pero al igual que los míos, sus ojos se niegan a cerrarse, a perderse un segundo de lo que está viendo, loca de lujuria, en la pantalla.

—¿Vas a acabar, Marcos? ¡Acaba como si fueras a dejarme toda tu leche adentro, vamos! ¡Dámela todo! ¿Me llenas de semen? —me pregunta, socarrona, y yo pierdo el poco control que me quedaba.

Acabo con la boca cerrada y los dientes apretados para controlar el rugido que sale de mi garganta mientras mi mujer grita y su vulva babea aún más. Sujeto la cabeza de mi verga, controlando el estropicio que se hace, pero no puedo hacer lo mismo por los espasmos que recorren mi cuerpo.

Antonella se desploma sobre la mesada de la cocina y ahora la cámara enfoca únicamente su rostro sonriente, relajado y sudoroso. Las ganas de besar su boca son casi desesperadas y niego con la cabeza. No puedo creer que lo haya hecho.

No es que mi oficina sea ajena a actos desvergonzados. Al contrario. Mi escritorio ha sido testigo y soporte de un número considerable de polvos, al igual que el mismo sofá en el que estoy sentado ahora. Pero esto, el puto sexo por videollamada,

consecuencia de una erección que aparece y me golpea con la velocidad y la fuerza de un rayo, fue definitivamente una primicia.

Y, para ser completamente honesto, ninguno de los polvos presenciados a través de estas paredes fueron más deliciosos que ver a Antonella masturbarse para mí.

—Antonella, no sé si has leído la letra pequeña, ¡pero en nuestro contrato matrimonial pone que estás obligada a llamarme todas las veces que te apetezca! Es una obligación contractual —le digo, y ella se ríe. Su risa me haría sonreír si no tuviera ya una sonrisa idiota en la cara.

—¡No llamé por esto! ¡Eres un idiota! ¡Quería almorzar contigo!

—Nunca he comido nada más sabroso que tú, Antonella, así que estoy muy contento con mi plato favorito, ¡gracias!

—¡Imbécil!

—Mírate refutando mi romanticismo. Esa no es forma de mantener un matrimonio, amor.

—¡Maldita sea! —Se ríe.

—Me encantas. —Desestimo su ofensa con un cumplido y los dos permanecemos un rato en silencio, disfrutando de la compañía del otro, incluso a distancia—. Nuestro matrimonio es real, Antonella. Puede que no sea convencional, pero es real.

Rompo el silencio al cabo de un rato.

Con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, una mano sosteniendo la cámara apuntándome a la cara y la otra conteniendo

aún mi propio semen, no puedo imaginar un momento más apropiado para pronunciar estas palabras. Ella abre la boca, la cierra, gira la cara hacia los lados, pero no el teléfono, de modo que durante unos instantes solo puedo mirar su perfil.

—¿Y qué cabe dentro de esa falta de convencionalismo? —pregunta finalmente, girando la cara hacia mí.

—Honestidad, confianza mutua, afecto, amistad, erecciones y todo lo que queramos.

—Siempre que sea conveniente —murmura, algo molesta por lo que le he dicho.

—Siempre que sea conveniente.

Asiento con la cabeza y Antonella parpadea. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos ya no dicen lo mismo que antes.

—¿Puedes llamarme "amor" cuando estás así de caliente?

Enarca una ceja, sustituyendo el enfado de hace un momento por una postura afrentosa.

—¿No te gusta?

Frunzo el ceño.

—Lo de la honestidad va un poco en contra de eso, ¿no?

Me doy tiempo para procesar sus palabras, pero después de él, sigo sin estar de acuerdo con ellas.

—Hay muchas formas de amar a las personas y a las cosas, Antonella. Me encanta enterrarme en ti y la sensación que me da meterte la verga, no creo que llamarlo amor sea falso, pero si no te gusta, puedo dejarlo.

Se ríe suavemente.

—Es una conversación demasiado profunda para tenerla medio desnudos y salpicados de semen y fluidos.

—Es una conversación perfecta para este momento. No se me ocurre un momento más íntimo para hablar de intimidad.

—Mmm... —Y me toca a mí reírme de una prueba más de algo de lo que me di cuenta hace mucho tiempo.

—Tienes miedo a la intimidad, ¿verdad?

—Siempre pensé que tú también huías de ella.

—No. —Sacudo la cabeza, reafirmando mi negación—. Huía del compromiso y, como resultado, la intimidad simplemente no podía producirse. Pero en nuestro caso, lo difícil se puede arreglar. No podemos pasar por lo que estamos pasando sin crear intimidad, preciosa. Lo siento, pero será mejor que lo asumas.

—Aunque no sea tan fácil como quieres hacer creer, tampoco es que tenga muchas opciones.

—¡No, amor! No es así.

—Pensé que habías dicho que si no me gustaba, lo dejaría.

—Aún no me has dicho que no te gusta.

Espero con una ceja levantada y sonrío cuando se queda callada.

—Voy a arreglar el lío que he hecho aquí —dice, por fin.

—Realmente, yo también quisiera limpiar este desastre.

—¿No tienes que trabajar? —pregunta, pero sus pezones, duros de nuevo, desmienten el desinterés de sus palabras. Antonella hace un puchero delicioso y yo me río. ¿Qué ha sido de su apego a la honestidad?

—Maldita sea, me gustaría besarte ahora mismo. ¿Prometes llamarme si te apetece?

Asiente y pone los ojos en blanco antes de contestar.

—¡No! O no trabajarás más. —La sonrisa en mi cara es enorme, no por las palabras que he dicho, sino por las que no he dicho—. Adiós, Marcos.

—Hasta luego, amor.

49.

ANTONELLA VALENTE

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunto, completamente desnuda, sentada en la cama y abrazada a Marcos.

Después de casi media hora de intentos fallidos para elegir algo en Netflix, su boca en mi cuello me dice que nuestra incapacidad para decidir está dándole mejores ideas sobre cómo ocupar el resto de la noche.

—Increíble. Recibí una llamada deliciosa a la hora del almuerzo. —Me río con su respuesta, pero todo mi cuerpo se estremece al recordarlo, y Marcos lo nota—. Nunca había almorzado algo tan delicioso —susurra en mi oído, lame la piel detrás de él y luego sopla. Suelto mi peso sobre él, y sus manos alcanzan y aprietan mis pechos.

—Creo que ya no quieres ver una película, ¿verdad?

—No, Nella. Ahora quiero hacer mi propia película.

Giro el rostro para que vea bien mi mirada entrecerrada. Cuando mi oído está perfectamente colocado frente a sus labios, termina de hablar.

—¡Una porno!

No aguanto, exploto en carcajadas.

—Eres tan estúpido.

Intento, pero no puedo dejar de reír. Mi cuerpo se sacude con tanta fuerza que me encuentro acostada sobre el muslo de Marcos, en lugar de sentada como estaba antes.

Él se inclina sobre mí, extiende ambos brazos, rodeando mi cabeza y me mira. Cuando Marcos juega con la punta de su nariz sobre la mía y sonríe, mi corazón se acelera en mi pecho como si estuviera corriendo una maratón.

—Me gusta tanto tu olor.

Pasa su rostro por mi piel, inhalando profundamente.

—Ahora solo huelo a sexo.

—¡Me encanta también! Combinado con el tuyo, es lo mejor que existe.

Quiero resistir y soltar otra broma despectiva. Pero tampoco quiero. Quiero disfrutar de este momento y luego guardarlo junto con una increíble selección de otros momentos que tengo escondidos bajo siete llaves en una parte olvidada de mi corazón.

Los guardo allí con la intención de no pensar en ellos todo el tiempo, porque pensar en Marcos todo el tiempo es más que suficiente para volverme loca. No necesito pensar en momentos como este.

Momentos en los que siento que podría vivir eternamente. Momentos de intimidad. Momentos en los que me siento realmente vista por alguien. Dientes muerden mi mentón antes de que una risa baja llegue a mis oídos.

—¡Miedosa! —susurra Marcos, atrayendo mi atención hacia sus ojos azules—. Es solo intimidad, amor. Hacer que te acostumbres será mi misión de vida a partir de ahora.

"Amor"

Alguien realmente tiene que hacer que se detenga. ¡Dios! Esto no debería darme escalofríos en el corazón. ¡Escalofríos en el corazón ni siquiera deberían ser posibles! Cierro los ojos y suspiro. Recibo más besos en la punta de la nariz, en los párpados, en las mejillas. Marcos no para ni siquiera después de haber besado cada parte de mi rostro.

Desciende por mi cuello, mis hombros, besa los huesos de mis clavículas, pasa por el valle entre mis pechos sin detenerse en ningún lugar. Son besos suaves, desinteresados, cariñosos.

Marcos está adorando mi cuerpo con los labios y siento que voy a morir, voy a derretirme en un charco de descontrol, con el corazón acelerado, miedo y placer, todo al mismo tiempo. Serán tantos sentimientos que nadie podría identificar esta confusión como lo que alguna vez fui.

Cierro los ojos, disfrutando el contacto de sus labios con mi piel y por unos minutos más sigue incansable en la tarea de volverme loca, hasta que se levanta, vuelve a colocarme entre sus piernas y hunde su rostro en mi cuello.

—¿Se acabó? —pregunto, ligeramente sorprendida y, para mi vergüenza, claramente decepcionada. Marcos ríe bajo, inhalando profundamente en mi cuello.

—Mmm... ¡Ahora vamos a la parte dos del ejercicio!

—¿Parte dos, eh?

Levanto una ceja, aunque él no pueda verla.

—Mmm... Ahora me cuentas algo importante que hayas estado pensando últimamente.

Suelto un suspiro y me giro, dejando la parte lateral de mi cuerpo pegada a su frente.

—Como hablas, parece que siempre me aprovecho de ti y solo tenemos sexo, pero siempre estamos conversando y, además, fuiste tú quien pervirtió mi llamada a la hora del almuerzo cuando todo lo que quería era hablar contigo. —Sonriendo, besa mi rostro y atrae mi cuerpo hacia el suyo en un abrazo cariñoso.

—Y ahora quiero compensarlo. Vamos, cuéntame. ¡Te sugiero un tema! ¿Cómo van tus planes para la universidad? —El tema elegido me emociona porque realmente he estado pensando mucho en ello durante las últimas semanas.

—¡Ya elegí a dónde quiero ir!

No puedo evitarlo y aplaudo, emocionada. Marcos se ríe de mi entusiasmo y sacude la cabeza, asintiendo.

—¿A dónde?

—¡A Santa Carmen! —Sus cejas se levantan mientras mueve la cabeza arriba y abajo.

—Mi padre estudió allí.

—¿En serio? —Me sorprende la revelación—. Siempre pensé que había estudiado en una universidad pública.

—No. De hecho, Santa Carmen era una tradición familiar hasta que la rompí en mi generación. Le va a encantar saber que vas a poner las cosas en su lugar.

Sus palabras hacen que mi sonrisa se borre sin ningún cuidado. Parpadeo, atónita por lo que acaba de decir, y Marcos frunce el ceño.

—¿Qué pasó, Nella? ¿Sentiste algo? —*Mi corazón dejó de latir*, quiero responderle, pero trago las palabras porque sinceramente no sé si quiero enfrentar lo que acaba de decir Marcos.

Primero, porque no sé cómo me siento con la afirmación de que soy parte de su familia. Aunque él insista en que nuestro matrimonio es real, no creo que entienda cómo cosas como lo que acaba de decir pueden afectarme.

Y segundo, porque tampoco sé si quiero descubrir si fue un desliz de su parte al usar justamente esas palabras, o si fui yo quien entendió mal.

—¿Antonella?

—No. No sentí nada. Solo me acordé que necesito responder el correo de la universidad —miento y él mueve la cabeza, aún desconfiado.

Paso la lengua por sus labios, tratando de distraerlo, funciona. Marcos chupa mi lengua, convirtiendo mi provocación en un beso lento y agradable.

—Ese beso pareciera distracción —dice, aún en mi boca y yo me río.

—Estoy pensando en inscribirme en una autoescuela.

Cambio de tema, esperando que esto haga mejor trabajo en distraer a Marcos del anterior.

—¿No sabes conducir? —De nuevo, se forma una arruga en su frente. Llevo mis labios hasta allí y lo beso.

—No. Isabella nació antes de que cumpliera los dieciocho años. —Marcos toca mi mejilla con una caricia lenta.

—Lo siento mucho, Antonella. Tuviste que posponer tantos planes.

Lentamente, niego con la cabeza, antes de plantar un beso en la palma de su mano.

—Está bien. Yo... Está bien.

Muerdo mi labio y él asiente en silencio.

—Pero vas a ser una conductora increíble. Estoy seguro de eso. —Su pulgar roza mi mejilla y cierro los ojos, disfrutando de la caricia en mi piel y en el corazón—. Y, hasta entonces, bueno, ¡somos ricos! ¡Podemos reemplazar todos los postes de São Paulo por postes de goma!

—¡Idiota!

Muerdo su mano, la parte más fácil de alcanzar de él, y Marcos se echa a reír a carcajadas.

50.

ANTONELLA VALENTE

Seco el sudor de mi rostro con la toalla y luego llevo la botella de agua a mis labios. ¡Carajo! Quien haya dicho que el entrenamiento con pesas era una buena idea, estaba muy, muy equivocado. ¡Maldita sea!

Sentada en la máquina de abductores, con el corazón latiendo acelerado en el pecho, respiro profundamente por la nariz y exhalo por la boca, tratando de normalizar mi respiración.

El gimnasio zumba con su actividad habitual, aunque no se puede decir que esté exactamente lleno. Después de todo, con 250 dólares por mes, no es como si hubiera una fila en la puerta.

Río sola pensando en cómo ha cambiado mi vida. Hace cuatro meses, pagar todo ese dinero por una membresía de gimnasio no solo era impensable, sino ridículo.

—Muy bien, Antonella. ¡Me gusta ver la consistencia! —Carlos, el entrenador personal del gimnasio, me elogia mientras se acerca, y yo sonrío—. ¡A este ritmo, el proyecto de "glúteos al cielo" despega en pocos meses! ¡Aunque no es que lo necesites! Y con una sonrisa así...

Él pone las manos en el pecho, como si le hubieran dado un golpe directo al corazón. Las palabras son dichas en tono de broma, pero soy perfectamente capaz de darme cuenta de cuando alguien

está coqueteando conmigo, y eso es exactamente lo que está haciendo.

Por reflejo, miro mi mano izquierda con la intención de confirmar la presencia de mi anillo de casada. Solo cuando fijo la vista en él me doy cuenta de lo que acabo de hacer. ¡La puta madre!

Recibí un coqueteo y mi primera reacción fue buscar mi anillo de matrimonio. Un matrimonio de conveniencia. *Pero no por eso falso...* La voz de Marcos susurra en mi oído.

—¿No es así?

Carlos se ríe después de su pregunta y me doy cuenta de que, mientras yo divagaba, el hombre de cabello oscuro y sonrisa fácil siguió hablando conmigo.

—Perdón, Carlos. Me distraje. ¿Qué decías?

—¡Ay! —Las manos siguen en el pecho y hace una mueca de dolor—. ¡Así no aguanto! ¿No pude mantener tu atención durante cinco minutos?

Sonrío educadamente.

—Ah, no es tu culpa. Solo me acordé de algo que mi marido me dijo.

La postura de Carlos cambia inmediatamente. Después de mi comentario, dice dos frases más y se despide antes de darme la espalda y dirigir su atención a otra alumna.

Mientras se aleja, llevo la botella a la boca, preguntándome cuándo decidí que esta relación con Marcos sería exclusiva, porque

realmente no recuerdo ese momento, sin embargo, aquí estoy, rechazando a un posible amante sin siquiera pensarlo. Sacudo la cabeza, regañándome a mí misma. *Antonella, Antonella. Espero que sepas lo que estás haciendo.*

Alerta de spoiler: no tengo la menor idea.

51.

MARCOS VALENTE

—¿Doctor Valente? —La voz de mi secretaria suena por el altavoz del teléfono en mi oficina, desviando parte de mi atención de la petición que estaba redactando.

—Sí, Bruna —respondo sin apartar la vista de la pantalla del computador.

—Doctor, tiene una visita que no está en su agenda.

—Por favor, Bruna, dile que no estoy disponible y que pida agendar una reunión cuando la agenda lo permita —indico sin siquiera darme el trabajo de preguntar quién es. Quiero llegar temprano a casa y una reunión no agendada seguro lo hará imposible. Mi secretaria tose, dejando claro que sigue en la línea, pero pasa los siguientes segundos en silencio—. ¿Bruna?

—Mmm, Doctor Valente. El visitante en cuestión es el excelentísimo juez Machado.

Dejo de leer el documento de forma superficial y, sin que pueda evitarlo, mis cejas se fruncen.

—Perdón, ¿quién?

Me recuesto en la silla, negándome a creer que lo haya entendido bien. No sería capaz, ¿verdad?

—El juez Mauro Machado, doctor. ¿Debo decirle que marque una reunión?

¡Qué mierda! El padre de Antonella. Me froto las manos por la cara y las paso por mi cabello. Suelto una exhalación profunda y, antes de que pueda pensar en ello, ya estoy de pie, de repente demasiado inquieto para quedarme sentado. ¡Qué mierda!

—¿Tenemos algún caso con él, Bruna? —pregunto, imaginando que antes de llamarme, ella haya verificado la información.

—Hasta donde pude averiguar en veinte minutos, no, Doctor.

—¿Y dijo a qué venía?

—Asuntos personales, Doctor.

¡Qué mierda!

—Está bien, Bruna. Puede autorizar su entrada.

Doy la vuelta a mi mesa y me apoyo en ella, poniéndome de frente a la puerta. Meto las manos en los bolsillos, preocupado en usarlas para agredir a un juez federal dependiendo de lo que se atreva a decirme, y respiro profundamente, intentando prepararme para enfrentar a este hijo de puta.

En la boda, no tuve la oportunidad de tratar con él. Durante los pocos minutos en que estuvimos cara a cara, aún no tenía idea de lo que sucedía, y si en ese entonces, entender lo que Antonella había pasado me hizo odiar a ese hombre, ahora no tengo una definición precisa del asco que su sola presencia me causa.

La imbecilidad de sus padres le hizo perder tantas cosas. La oportunidad de graduarse o, como hablamos hace algunas noches,

aprender a conducir. Años dependiendo de la bondad de una amiga para sobrevivir. Meses matándose, trabajando y estudiando al mismo tiempo, culpándose por no haber cuidado a Isabella cuando nunca debió pasar por eso. No si sus padres hubieran sido lo que se espera que sean los padres.

Es de mucha audacia que ese hijo de puta aparezca en mi puerta, y aún así, aquí estamos. La manija de la puerta gira y se abre. Bruna entra primero y hace un gesto con el brazo para que el hombre detrás de ella haga lo mismo.

Mauro Machado Rodrigues es un hombre de unos sesenta años, y quien no lo sepa jamás podría adivinarlo. Su piel clara está bronceada, su cabello y barba canosos parecen una elección estética, no el reflejo del paso del tiempo, y su cuerpo atlético está bien cuidado, dejando claro que dedica al menos un par de horas al gimnasio a diario.

Pero son sus ojos los que llaman mi atención de inmediato. Castaños y oscuros, exactamente como los de Antonella. Sin embargo, mientras que los de mi esposa son escandalosos y parecen siempre ansiosos por revelar secretos, los del hombre frente a mí no tienen nada más que el vacío más profundo.

—¡Doctor Valente! —exclama inmediatamente después de que Bruna cierre la puerta y camina hacia mí con la mano extendida. La sonrisa en su rostro me revuelve el estómago—. O, ¿debo decir, mi yerno?

No extiendo la mano para responder su saludo. Me quedo quieto, serio, y él tarda unos minutos en darse cuenta de que no

estoy ni un poco interesado en su teatro amistoso.

—Veo que mi hija ya te ha pintado alguna imagen de mí. —La sonrisa que aparece en mis labios es pura burla—. ¿Puedo sentarme? —pide, y yo solo asiento—. No sé lo que mi hija te habrá dicho…

—La verdad. Antonella me contó toda la verdad sobre ti y tu esposa —interrumpo su discurso antes de que se atreva a decir algo que me haga perder el maldito control que tanto esfuerzo me está costando mantener. Me cuesta todo sostener la fachada de indiferencia cuando solo verlo me acelera la circulación—. Así que si puedes hacer el favor de cortar toda esta mierda y entrar directo al asunto, te estaría muy agradecido, porque mi tiempo es valioso. Te estoy recibiendo por pura cortesía, pero no te equivoques, Mauro. —Me aseguro de llamarlo por su nombre y no por su título—. Esta es la primera y última vez. Te sugiero que aproveches la oportunidad.

El padre de Antonella ríe como si hubiera contado una broma sin gracia, pero él quisiera agradarme.

—¡Vamos, Marcos! Sé que no nos conocemos, pero ya he escuchado algunas cosas sobre ti. Buen origen, abogado brillante, vas a ser el más joven socio gerente en la firma de la familia, y eres un hombre conocido por sus gustos excéntricos y algunos comportamientos controvertidos.

Mauro deja las palabras flotando, como si esperara que tuvieran algún efecto en mí. Al principio no entiendo lo que quiere decir, pero basta con ver la sonrisa sugerente en su rostro para que junte las piezas. Es mi turno de reír, pero sin humor alguno.

—Muy bien, esta conversación terminó.

Me muevo caminando hacia la puerta. Mi corazón golpea mi pecho y mis manos ya han dejado de estar cómodas en mis bolsillos. Están más que listas para la acción que insisto en negarles.

—¿Qué es esto, mi joven? Aquí no hay juicios. —Levanta las manos en señal de rendición—. Con una secretaria como esa afuera, yo también no sería capaz de resistirme, y me imagino que las demás no eran muy diferentes.

—Voy a interrumpirte ahí. —Levanto la mano para exigir que se calle—. En primer lugar, no soy tu joven. —El asco en mi tono es tan evidente que hasta Isabella lo notaría. Con la mano en la manija, me giro hacia este hijo de puta. No necesito un espejo para saber que tengo venas saltadas en la sien y en el cuello—. Y no sé qué escuchaste sobre mí, ni por qué pensaste que era suficiente para sacar conclusiones sobre mí o sobre el tipo de hombre que soy, pero lo que dijiste sobre el esposo de tu hija deja claro el tipo de hombre que eres. —Llevo el pulgar a mi labio inferior y lo deslizo por él. Sacudo la cabeza en negación, y respiro profundo, buscando un control necesario, pero no lo encuentro—. ¿Cuál es tu maldito problema? ¿Cómo es que...?

Ni siquiera puedo verbalizar lo absurdo de esta conversación. ¡Qué mierda!

—¡Solo quiero hablar con mi hija!

Toda su falsa cordialidad se cae y yo me río. Increíble.

—¿Hablar? ¿Y sobre qué exactamente quieres hablar con mi esposa?

—Eso es entre ella y yo.

—No me arrepiento ni por un segundo de que estés equivocado. Esto sería de mi interés aunque no estuvieras en mi empresa, en el maldito despacho, sentado en mi puto sofá. Así que voy a preguntar de nuevo: ¿sobre qué quieres hablar con mi esposa?

—Chico, te sugiero que bajes el tono. Vine aquí de forma amistosa y no toleraré este nivel de falta de respeto.

Al ver que no tengo la menor intención de doblegarme a su actitud de mierda, el padre de Antonella adopta un tono amenazante ridículo. Ante eso, la única reacción posible es reírme abiertamente.

—¿De veras, Mauro? ¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Me vas a dar orden de arresto por desacato en una reunión no agendada en mi propio despacho? —Inclino el cuello hacia un lado y levanto una ceja. Cuando el silencio es la única respuesta que obtengo, asiento con la cabeza—. Ya me lo imaginaba. ¡Vete a la mierda, Mauro! Ambos sabemos que esa amenaza no podría ser más vacía ni si la volteáramos.

Se levanta, abotonándose el saco, y la expresión rígida en su rostro solo no es más intensa que la mía.

—Esto fue un error.

—Definitivamente lo fue. Y dejemos algo claro aquí. Si me entero de que has estado a quinientos metros de mi esposa, no voy

a pedir una orden de restricción, voy a conseguirla. Y si realmente andas preguntando sobre mí por ahí, seguro te habrás dado cuenta de que subestimarme a mí o a mis contactos es una pésima idea. Me importa un carajo quién seas o qué cargo ocupes, ¡mantente alejado de mi familia! —advierto, y nunca antes he dicho palabras tan ciertas como la amenaza que sale de mis labios en ese momento—. O te juro por Dios que la próxima vez que nos encontremos, la situación será muy diferente. El pasado está muerto y enterrado, Mauro. Y te sugiero que lo mantengamos así.

Un sonido de burla sale de su boca antes de que me responda.

—Vamos a ver si sigues defendiéndola cuando empiece a avergonzarte.

Con esa lamentable afirmación, se da vuelta y se va de mi oficina.

52.

ANTONELLA VALENTE

—¿Qué dijiste?

Parpadeo, sin poder creer que realmente escuché bien lo que Marcos acaba de decirme.

—Dije que recibí una visita de tu padre hoy —dice en voz baja y calmada.

Me levanto de mi propia cama y comienzo a caminar de un lado a otro, incapaz de seguir la velocidad de mis propios pensamientos.

Mi primera reacción al ver a Marcos llegar a casa a las cuatro de la tarde fue sonreír. Sin embargo, bastó ver su rostro para saber que algo andaba muy mal. Mi esposo tenía una expresión seria que me habría preocupado, incluso si no hubiese ido acompañada de las temidas palabras "necesitamos hablar".

Tuve que lidiar con mi ansiedad por casi media hora antes de finalmente poder hablar con él. Porque, aunque estaba segura de que algo serio había ocurrido, Marcos siguió con el ritual diario de bienvenida.

Eso significa que Isabella comenzó a hablar sin parar sobre todo lo que había sucedido en su día hasta ese momento, sobre la presentación de ballet que tiene la próxima semana y sobre cualquier cosa que ella considere importante. Marcos, ni por un

segundo, mostró impaciencia o actuó diferente de como siempre lo hace.

Aunque la ansiedad amenaza con consumirme, me fue imposible no hacer lo mismo que se ha convertido en mi ritual diario. Observarlos, consciente de la sonrisa tonta en mi rostro, excepto que hoy pasé todo el tiempo dividida entre sonrojarme por la escena o preocuparme por lo que venía.

Fue Carmen quien vino al rescate cuando le dijo a Isabella que debía prepararse para la clase de ballet. Tan pronto como mi hija salió de escena, Marcos sugirió que habláramos en su cuarto o en el mío, y aquí estamos.

Puedo recordar un millón de veces cada paso que nos trajo hasta aquí, pero no soy de repetir las palabras que acaban de decirme, explotando mi cabeza en una jaqueca repentina y desgarradora. Por eso, otra vez, le pido que las repita.

—Perdón, creo que no entendí bien.

Dejo de caminar, doblo un brazo frente a mi cuerpo y con el otro me llevo la mano al mentón. Marcos se levanta de mi cama, pasa sus brazos alrededor de mi cintura y me besa en los labios.

—Ya entendiste —dice suavemente, con los ojos fijos en los míos. Cierro los ojos y las manos de Marcos alcanzan mi cuello, palmándolo y extendiendo los dedos entre él, la curva de mi mandíbula y mis mejillas—. ¿Quieres hablar conmigo?

—Odio lo que me hacen sentir. Antes de nuestro matrimonio, no tenía idea de que era capaz de sentir cosas tan malas y odio,

simplemente odio sentir esto.

Siento el calor de los labios de Marcos sobre los míos, la sensación de alivio es casi inmediata. Es como si su beso aliviara la carga de dolor y desprecio que me he acostumbrado a cargar sola durante tanto tiempo.

—Olvídalo, amor. Solo te lo conté porque no me parece justo esconderlo. Pero no significa nada. Dejé claro que no quieres ningún contacto y, si él sabe lo que le conviene, hará lo que le dije.

Esas palabras me hacen querer reír y llorar al mismo tiempo. Reír porque si hay algo que las personas que me trajeron al mundo saben, es lo que les conviene. Y llorar porque la preocupación de Marcos por ser honesto conmigo no solo me conmueve, sino que aprieta, sin piedad, una herida que se está volviendo cada vez más dolorosa en mi corazón.

No le estoy brindando la misma cortesía y, si antes eso me molestaba, ahora parece estar causándome dolor. Marcos interpreta mal la rigidez que esa constatación genera en mi cuerpo y me abraza con fuerza, susurrándome palabras de consuelo al oído, diciéndome que no tengo de qué preocuparme.

No tiene idea de que eso no es verdad. No tiene idea de que, con cada día que pasa, es exactamente lo contrario, tengo más de qué preocuparme, porque, en su lugar, me volvería más reservada que nunca en perdonar una omisión.

De repente, mi garganta se cierra y me detengo, conteniendo la respiración. Las palabras suaves y las caricias dulces hacen su

trabajo, aliviándome, aunque hayan sido ellas las que causaron todo. No literalmente, pero un pequeño y oculto miedo de perderlas.

Un miedo que antes era mucho más pequeño, incluso insignificante, pero que ha ido ganando fuerza, caminando paso a paso desde lo más profundo de mí misma y acercándose cada vez más a la luz del sol.

***

—¿Quién es vivo siempre aparece, ¿no es así, señoras y señores?

Grazi ya aparece en la videollamada con una ceja arqueada, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Quieres que pida disculpas por estar cogiendo? Lo siento, pero entre hablar contigo en una videollamada y un orgasmo, elijo el orgasmo cada vez que me hagan esa pregunta.

—Pues, para alguien que está gozando tanto, ¡estás bastante amargada!

—O tal vez la amarga seas tú por estar cogiendo menos.

—¡Bah! Definitivamente, no. En fin, cuéntame, ¿problemas en el paraíso? ¿Qué hizo esta vez Marcos Pedante?

Su deducción de que si tengo un problema, el nombre de ese problema es Marcos, me hace reír, aunque mi corazón aún esté pesado por la noticia que mi marido me dio más temprano.

Con parte del cuerpo tirada en la cama, las piernas colgando por el borde y un brazo estirado para que la cámara capture bien mi

rostro, respiro hondo y sacudo la cabeza.

—Marcos no hizo nada, Grazi. ¿No crees que ya es hora de admitir que no es un monstruo del Lago Ness? —sugiero, y mi amiga chasquea con la lengua antes de desechar mi comentario con la mano.

—No lo creo. Pero si no fue él, ¿quién fue? Porque algo seguro pasó. Conozco tu cara de culo de atrás para adelante y de adelante para atrás, Nel.

Suspiro y pasé la mano por mi cabello.

—Mi papá visitó a Marcos hoy. En Valente.

—¿Qué?

Grazi, que estaba acostada, se sienta, sorprendida. El moño que sujetaba su cabello se deshace, esparciendo una cortina oscura frente a su rostro antes de que apartara los mechones con la mano libre. Además, al levantarse rápido, casi pierde el equilibrio y cae de la cama. Me río de su desesperación, aunque su causa no sea nada graciosa.

—Exactamente eso. Mi papá fue a buscar a Marcos para intentar convencerlo de que me convenciera de hablar con él. Un grandísimo hijo de puta, ¿no?

La cabeza castaña niega, moviéndola de un lado a otro antes de que mi amiga suelte un suspiro y ponga los ojos en blanco.

—Cuando creo que no pueden caer más bajo... ¿Y qué pasó con esa historia?

—Marcos dijo que lo echó después de dejarle claro que una conversación entre nosotros no va a pasar. ¡Estaba tan molesta! ¡La puta madre! ¡Tan molesta!

—Espero que esta vez entienda el mensaje.

—Lo peor de todo es que creo que lo va a entender. Mi papá siempre ha sido ese tipo lamentable de hombre que solo escucha cuando otro hombre habla.

La primera respuesta que recibo es un movimiento de cabeza, solo después vienen las palabras.

—Oremos. Pero si no es eso, ¿qué es lo que te está quitando la paz?

Desvío los ojos con una sonrisa triste. Grazi realmente me conoce de atrás para adelante y de adelante para atrás. Por eso mismo la llamé. Aún así, es difícil poner en palabras algo que, hasta ahora, solo había estado discutiendo conmigo misma.

—Marcos llegó temprano hoy. —Suspiro, organizando las palabras en una secuencia coherente que pueda decir—. Se fue de Valente tan pronto como mi papá se fue y vino directo a casa. Dijo que prefería no contarme lo que pasó, pero que no le pareció justo esconderlo de mí. Esa percepción me dejó en la mierda. Puede que no te guste, amiga, pero incluso tú tienes que reconocer que desde el principio él ha sido honesto conmigo, mientras yo parezco estar siempre escondiéndole algo. —Cierro los ojos y me froto la cara. Cansada. Muy cansada y emocionalmente exhausta—. Y aún así, sigue dándome votos y más votos de confianza que sigo rompiendo una y otra vez.

Abro los ojos, veo el ceño fruncido de Grazi, y ella pasa la lengua por sus labios.

—¿No crees que estás siendo un poco dura contigo misma? Quiero decir, no es como si realmente le debieras algo solo por haberte casado con él. No es un matrimonio real, no hay obligación de reciprocidad en nada, ni en la honestidad. Cada quien da lo que quiere.

—¿Y no crees que estás siendo demasiado flexible solo porque no te gusta él? —pregunto, ya sabiendo la respuesta. Pero como parece que Grazi no lo sabe, tengo que hacerla pensar—. Si fuera otra persona, ¿seguirías pensando lo mismo?

Se toma un tiempo en responderme.

—No sé. Realmente no lo sé.

—Exacto.

—¿Y qué vas a hacer?

Me río, disgustada.

—No tengo idea.

—Bueno, cuando lo descubras, estaré aquí.

—Sé que sí.

Sonrío, esta vez, aunque débil, honestamente. Grazi parpadea un solo ojo antes de preguntar.

—¿Y mi ahijada, cómo está?

Ahora mi sonrisa es amplia.

—Perfecta, como siempre. No para de hablar de la bendita presentación de ballet que hará en la academia.

—¿Prometes hacer una videollamada para que vea todo?

—¿No vas a estar trabajando?

—Me encierro en el baño.

53.

MARCOS VALENTE

—Hola —digo, apoyando los codos sobre el mostrador de la recepción mientras saludo a la mujer con un pelo recogido apretado y gafas cuadradas. Ella levanta la vista hacia mí y parpadea varias veces, tan sorprendida como esperaba que estuviera al abrir mi mejor sonrisa—. Buenas noches. —Desvío la mirada hacia la pequeña placa de metal adherida a su top deportivo y leo su nombre —. ¿Jéssica, todo bien?

El gimnasio que frecuentan Antonella e Isabella está en el vecindario, y me llevó apenas treinta minutos desde Valente hasta aquí. Aunque conocía el lugar de vista, es la primera vez que entro, y estoy muy satisfecho con lo que veo.

El sitio está bien ubicado, tiene seguridad adecuada y ofrece varios servicios convenientes, como masajes, seguimiento fisioterapéutico y nutricional, además de un ambiente distintivo.

No me sorprende que este sea el tipo de lugar que frecuentaría si no hubiera montado mi propio gimnasio en la azotea. Antonella no tuvo problemas para adaptarse a mi estilo de vida. Después de todo, también había sido el suyo.

Este pensamiento me trae a la mente el enfrentamiento que tuve con su padre hace unos días. Hijo de puta. No he tenido noticias suyas desde entonces, y hasta donde sé, ya está de regreso en Río de Janeiro. Para su propio bien, espero que siga allá.

—Buenas noches. ¿Todo bien, y usted? ¿En qué puedo ayudarlo?

Jéssica parece recordar que tiene que hablar después de un par de segundos más de lo que sería aceptable en silencio y responde no solo a mis palabras, sino también a mi sonrisa.

—Estoy bien, Jéssica. Gracias por preguntar. Estoy aquí para la presentación de ballet de la clase infantil.

—¡Ah, claro! —asiente, pero no disimula muy bien la sorpresa por el motivo de mi presencia—. ¿De qué alumna es usted invitado?

—Isabella Rodrigues. No creo que haya una invitación registrada a mi nombre. Estoy haciendo una sorpresa.

Inclino ligeramente la cabeza hacia un lado y dejo que mi sonrisa se extienda por el borde de mis labios. Es una sonrisa seductora cuyo único propósito es hacer que la mujer sea incapaz de decirme que no.

¿Me enorgullezco de esto? Tal vez un poco, aunque sé que no debería y que es pura hipocresía de mi parte haber elogiado la seguridad del lugar diez segundos atrás solo para tratar de burlarla ahora. Pero estoy intentando hacer feliz a una niña, eso debe contar para algo, ¿no?

Jéssica parpadea, ligeramente desconcertada, y sé que he logrado mi objetivo. ¿Cómo es que me dice Antonella? ¿Irresistiblemente hermoso cuando sonrío, verdad?

—Entiendo, señor. ¿Y cuál es su relación o grado de afinidad con la alumna? —pregunta, observándome atentamente.

—Soy el padrastro.

—El padrastro, claro.

La mujer teclea algunas palabras en su computadora y hace clic en el ratón varias veces antes de levantar la mirada hacia mí nuevamente.

No escatimo en darle una segunda sonrisa, y Jéssica respira hondo, aparentemente olvidando lo que estaba a punto de decir. Levanto una ceja, ella muerde su labio inferior ligeramente y, poco después, suelta un suspiro discreto.

—Está bien, señor. Este no es nuestro procedimiento estándar, pero voy a autorizar su entrada porque la madre de la alumna Isabella ya está adentro. Pero será necesario que, al encontrarla, le pida que llame aquí a recepción para autorizar su permanencia en el área de presentación. Si usted no regresa y no recibo la llamada dentro de los próximos veinte minutos, necesitaré solicitar la intervención de seguridad. ¿Está bien?

—Todo perfecto.

Le guiño un ojo, y la piel de la mujer se torna un tono más cercano al color de sus cabellos rojizos.

—Está bien. Solo necesitaré un documento de identificación con foto —pide, sonriendo, y yo estoy de acuerdo, ofreciéndole mi licencia de conducir.

Cinco minutos después paso por el torniquete de acceso al interior del gimnasio con un gafete que dice "visitante" colgado de mi saco.

Siguiendo las indicaciones dadas por la recepcionista, en cinco minutos llego a la puerta de vidrio del área de presentación, que no es otra cosa que un pequeño auditorio. Un teatro en miniatura.

Hay muchas mujeres y algunos pocos hombres dentro de la sala, pero eso no dificulta en absoluto que encuentre a Antonella. De hecho, mis ojos se dirigen hacia su figura vestida con ropa ajustada de gimnasio en cuanto paso por la puerta.

Cerca del escenario, Nella está de pie, al lado de la primera fila de sillas, conversando con un hombre alto y uniformado. La puerta por donde entré está en la parte trasera del teatro, y conforme recorro la distancia hasta la parte delantera del espacio, frunzo el ceño al notar cómo los ojos del empleado, que imagino es uno de los entrenadores del gimnasio, se distraen constantemente mirando los labios de mi esposa. ¡Ah, mierda!

Acelero los pasos inmediatamente y estoy listo para envolver a Antonella en mis brazos sin siquiera anunciar mi presencia antes, cuando ella se gira hacia mí con esa sonrisa tan jodidamente hermosa. Es imposible no sonreír también, porque el mundo entero desaparece. No hay nada más que Antonella frente a mí, y ella merece mis mejores sonrisas.

—¿Qué haces aquí?

La sorpresa en su voz es evidente, pero también la satisfacción.

—¿Pensaste que me perdería la presentación oficial después de haber tenido un millón de ensayos privados, verdad?

Antonella se ríe a carcajadas y me abraza cuando la alcanzo, ya rodeando su cintura con mis brazos y besando su frente antes de dejar un beso suave en sus labios. No puedo evitarlo y coloco mi frente sobre la suya, aprovechando su presencia.

—¡Marcos! Son las dos de la tarde.

—Ser el jefe tiene que tener sus ventajas.

Sonrío antes de darle otro beso en los labios.

—No puedo creerlo.

Cierra los ojos y, en mi visión periférica, veo al hombre con el que estaba conversando moverse, incómodo. Me gusta. Me gusta mucho.

—Es una falta de educación dejar a la gente hablando sola, amor —digo, y los ojos de Antonella se abren de par en par. Ella se da vuelta de inmediato en mis brazos.

—¡Perdón! ¡Carlos, perdón! ¡Ay, qué horror! Carlos, este es Marcos, mi marido —me presenta, y, parado detrás de Antonella, vuelvo a envolver mi brazo alrededor de su cintura y extiendo el otro hacia el idiota que prácticamente devoraba sus labios con los ojos hace un momento.

—¡Un placer! —digo con los labios, pero no dejo que mi mirada le diga muchas otras cosas, empezando por "¡ni en tus sueños, hijo de puta!".

54.

ANTONELLA VALENTE

—¡No puedes estar hablando en serio! ¡Faltan tres días! ¡Tres días para el cumpleaños y no puedes simplemente decirme que no vas a poder!

Estoy prácticamente gritando por teléfono cuando el sonido del elevador anuncia la llegada de Marcos.

Isabella está en la calle con Grazi, que ya llegó para su cumpleaños el próximo fin de semana, y aprovechó para llevarla a pasear. Fueron a comprar el regalo de cumpleaños y yo estaba genial, realmente muy tranquila. Todo lo que dependía de mí para el cumpleaños ya estaba hecho.

O mejor dicho, ya estaba contratado. Son las ventajas del dinero, ¿verdad? ¡Equivocada! Mientras yo me "divertía-desesperaba" pensando en qué tipo de absurdo Graziella me haría con el regalo de cumpleaños para mi hija, mi teléfono sonó y todo se desmoronó en un abrir y cerrar de ojos.

—No creo que esté entendiendo la gravedad de la situación. Tengo invitaciones en la calle, tengo cuarenta niños listos para una fiesta, tengo un buffet, animación, decoración y personajes animados contratados para estar en su lugar a las nueve de la mañana el próximo sábado y, lo más importante, ¡tengo a una niña de tres años ansiosa, esperando este día como si fuera el más importante de su vida!

Escucho la respuesta mecánica que me da la mujer y la ira y el desesperado luchan dentro de mí para ver cuál crece con más intensidad. ¡Dios! Respiro profundo, esforzándome para racionalizar la situación, para encontrar una solución. Porque en este momento, lo que necesito es solo eso, una solución.

Demostrarle a esta mujer su incompetencia no va a poner una sonrisa en el rostro de mi hija.

—Señora Helena, gracias a su incompetencia, no tengo tiempo para perder explicándole su falta de profesionalismo. Solo voy a recordarle que tenemos un contrato cuyo plazo de penalización ya está en vigor. ¡Espere el contacto de mi abogado! ¡Buenas noches!

Cuelgo el teléfono, bajo la cabeza y llevo las manos a mi rostro. *Dios, ¿qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?*

Su olor me golpea antes que cualquier otra cosa y apoyo la frente en su pecho, ya frente a mí. Marcos rodea mi cuerpo con sus brazos y besa mi cabello. Respiro profundamente, pero aún no estoy lista para hablar. No, aún no.

El último mes ha sido… Dios… Ni siquiera sé cómo describirlo. Definitivamente, no lo que esperaba cuando acepté la "promoción" de Marcos.

Sin cuestionar, sin dudar, sin buscar segundas intenciones en cada una de sus acciones, es imposible no sentirme admirada por ellas. Todas mis noches han sido suyas, y no puedo evitar que, durante el día, mis pensamientos también sean suyos.

Es difícil frenarlos cuando su olor, su toque, su sonrisa y sus bromas tontas se niegan a ser olvidados. No ha habido una sola noche en la que no hayamos estado juntos y, con cada una de ellas, me siento más ansiosa por la próxima.

El sexo es increíble, fantástico, el mejor, pero lo que invade mis pensamientos cada vez que tengo un segundo libre, lo que hace que mi corazón lata desbocado cada vez que sucede, lo que me divide entre sentirme más aterrada que nunca y simplemente entregarme al momento sin preocuparme por el futuro es esto aquí.

Lo que él me da en este instante es lo que me hace desear estar en sus brazos. Intimidad. Nunca supe lo bueno que era no estar sola hasta que ya no lo estuve. No de esta manera. No como Marcos me hace sentir, aunque sé que no debería.

—Extrañé almorzar contigo hoy.

Es él quien rompe el silencio y me hace sonreír con lo que dice. Yo también lo extrañé, aunque tuve un almuerzo bastante ajetreado.

Después de que llamé por primera vez, nuestras videollamadas durante la hora del almuerzo se volvieron una rutina diaria. Cuando no se distrae con una posible salida, Bella suele dormir después de comer, un hábito de los tiempos de la guardería que no me molestó en nada dejarlo, porque es bueno para las dos.

Ella tiene un momento de calma y yo también. Hasta ese día, hace un poco más de tres semanas, yo usaba ese tiempo para almorzar sola. Ahora, es un momento compartido con Marcos. Hablamos, o nos provocamos, o terminamos los dos sudados y

completamente cubiertos de placer. No importa lo que pase, siempre es tan agradable, tan íntimo, y al igual que con las noches, cada vez que termina, ya estoy deseando el próximo.

—Yo también te extrañé, pero Graziella almorzó aquí e Isabella está muy ansiosa por el cumpleaños, el almuerzo fue una locura.

Sus labios besan mi frente y aprieto mis brazos aún más alrededor de su cuerpo musculoso.

—Lo imaginé. Solo quería que lo supieras, te extrañé.

Sonriendo, levanto la cabeza y beso suavemente sus labios. Mi corazón sufre la ya familiar taquicardia solo al mirarlo, y respiro su aroma con fuerza, dejándome inundar por él y trayendo consigo un poco de calma.

Su pulgar roza mi mejilla con una caricia lenta y cierro los ojos, disfrutando.

—¿Era sobre el cumpleaños lo que estabas hablando por teléfono? —pregunta.

—Mmm…

—¿Y qué pasa?

—El parque de diversiones no va a abrir. Parece que el generador de energía se rompió y simplemente no tienen otro.

Abro los ojos y finalmente lo revelo. La mano que estaba en mi cintura sube por mi cuerpo, se une a la otra en mi rostro y ambas se extienden sobre mis mejillas.

—¿Hiciste un contrato, cierto?

—¡Por supuesto que hice un contrato, Marcos!

Entrecierro los ojos y él sonríe, divirtiéndose con mi desafío silencioso.

—Causa ganada. —Besó mis labios con suavidad—. No te preocupes. Lo resolveré, ¿de acuerdo?

—¿Cómo, Marcos? Faltan tres días para la fiesta. —Bajo nuevamente la cabeza, quejándome—. El problema no es el espacio, eso sé que lo encontraré, pero ¿un parque de diversiones que acepte reservar para cuarenta niños, con toda la logística de una fiesta infantil? ¿Un lugar que sea bueno tanto para los niños de la antigua guardería de Isabella como para los del ballet? Eso es imposible, Marcos. ¡Imposible!

La sonrisa tranquila sigue pegada a su rostro cuando me pregunta.

—¿Confías en mí?

No sé si es una solicitud o una pregunta, pero la respuesta casi instintiva que sale de mis labios me asusta con fuerza.

—Confío.

Y no tengo ningún motivo para no confiar, ¿verdad? No. Desde que todo esto comenzó, Marcos no ha hecho más que todo lo que necesitaba. No debería ser tan fácil. Aun así, lo fue, y confío. Sin miedo, confío. Irónicamente, la persona poco confiable en esta relación siempre fui yo. *Y sigo siéndolo...*

—¿Dónde está Isabella?

Me saca de mis propios pensamientos acusadores.

—Salió con Grazi. —Marcos pone los ojos en blanco solo al escuchar el nombre, y tengo ganas de reír, pero no lo hago—. Fueron a comprar el regalo de cumpleaños.

Él mueve la cabeza, confirmando.

—Está bien, te voy a decir lo que vamos a hacer. —Presto atención, ansiosa—. Mañana vas a pasarle a mi secretaria toda la lista de invitados, proveedores y el contrato con el parque de diversiones.

—Ok, ¿y qué más?

Parpadeo varias veces, expectante, y, desafiando todas mis expectativas, la primera respuesta de Marcos es una sonrisa tan descarada que mi cuerpo entero reacciona.

—Y ahora vamos a subir y me vas a recompensar por mi arduo trabajo.

Entrecierro los ojos. Quiero mantenerme seria, después de todo, estamos a tres días del cumpleaños, y esta es una situación desesperante, pero basta la insinuación de deseo en su voz para despertar el mío. Sus ojos prácticamente lanzan chispas, y todo mi cuerpo ya está erizado, ansioso.

Toso, ganando tiempo para organizar los pensamientos que él desordenó. Ni siquiera puedo fingir que esta no es mi reacción natural hacia Marcos. Su proximidad siempre fue suficiente para

darle ideas a mi cuerpo. Su toque, para encenderme. Y la mezcla de todo eso con intenciones explícitas en sus palabras... Puta mierda. No tengo ninguna oportunidad. Así de simple.

—¿Qué trabajo? Aún no has hecho nada. De donde yo vengo, primero la gente trabaja, luego recibe —argumento, y los dedos de Marcos se infiltran en mi cabello. Él chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Ah, linda... Mi agenda está muy ocupada. Para entrar en ella, hay que pagar primero.

—¿Le estás cobrando a Isabella? ¿Es eso? ¿A una niña de tres años?

Mi boca dice palabras de resistencia, pero todo lo que mi cuerpo quiere decir es: "¡Sí, por favor! ¡Pago! ¡Pago el doble si quieres!".

—No. —Sus labios llegan a mi oreja, el calor de su aliento es solo otra provocación en mi piel sensible—. Nuestra niña va a tener la fiesta que quiere, exactamente como la quiere. Yo estoy cobrando mis honorarios de gerente de crisis para ti. Isabella no tiene nada que ver con esto.

Lo que empezó como una provocación me aturde. Cuando Marcos termina de hablar, mi respiración sigue atrapada. Oí sus palabras, entendí cada una de ellas, pero me pregunto si realmente las entendí.

¿Dijo nuestra niña? ¿Nuestra? ¿Por qué "nuestra"? ¿Y por qué, diablos, eso me apretó el corazón, lo azotó y lo hizo latir

desbocado, todo al mismo tiempo? *Es solo una palabra, Antonella, solo semántica, no significa nada... Absolutamente nada...*

—¿Qué dijiste? —pregunto antes de poder contenerme.

—Que mis honorarios son por tu paz, nada más —dice tranquilo, como si no hubiera dicho nada que mereciera atención. Me pregunto si estoy volviéndome loca y empiezo a oír cosas que no fueron dichas, o si ni siquiera él notó lo que dijo.

Suelto el aire cuando su ausencia me obliga, y cualquier pensamiento racional que quiera seguir teniendo es robado por la lengua de Marcos metiéndose en mi boca.

—¿Ahora vendes paz, eh?

La pregunta se queda conmigo cuando el beso termina, mis preocupaciones anteriores ahogadas por el sabor de Marcos aún en mi lengua. ¡Dios, me altera todo! Su boca baja hacia mi cuello. Está besando, lamiendo, y yo gimiendo.

—Solo la tuya.

—Está bien, emisario. Pago —susurro en su oreja justo antes de lamerla—. Pero si no resuelves el problema, quiero devolución con intereses y todo tipo de corrección existente. —Su mano aprieta mi culo con fuerza en respuesta, dejando claro el tipo de corrección que está dispuesto a darme, y yo gimo, pero no me detengo—. Además, vas a tener que aguantarme loca de rabia y a una Isabella muy llorosa y decepcionada también. —Sonríe.

—No queremos nada de eso, ¿verdad?

La voz rasposa y la expresión en su rostro me dicen que la hora de hablar ha terminado.

—No queremos —confirmo—. Y como soy una excelente pagadora, ¿por qué no subes mientras yo elijo un vino? —El beso que deja en mis labios hace un millón de promesas.

—Una excelente pagadora, ¿eh? Me gusta cómo suena eso.

55.

ANTONELLA VALENTE

Marcos está en la terraza, apoyado en la barandilla, mirando el horizonte, y yo me doy un minuto solo para mirarlo a él. Parada en la puerta del cuarto, es ridículo, y jamás diría eso en voz alta, pero todo el conjunto podría ser una pintura.

Las persianas se mueven ligeramente por el viento, el hombre grande, fuerte, con nada más que una toalla enrollada en la cintura, de espaldas al artista y rodeado por un escenario increíble que incluye un millón de puntos de luz, edificios interminables, vidrio y acero por todas partes: yo llamaría al cuadro "El guapo contempla la vista".

Me río de mi propia tontería, y eso llama la atención de Marcos. Él gira el rostro hacia mí y sigue mi caminata hasta él con una mirada que recorre cada parte de mi cuerpo que ya se había enfriado. Así, en un abrir y cerrar de ojos, todas esas partes vuelven a sentir que arden.

—Te demoraste.

—Tal vez llamé a Grazi e hice muy feliz a una niña ingrata por poder dormir con su madrina.

—Tal vez, ¿eh?

Hago un giro con los ojos.

—Está bien, sí llamé.

—¿Niña ingrata?

Él se ríe, pero yo no encuentro gracia. Resoplo y dejo las copas y la botella de vino sobre la alfombra. Los brazos de Marcos ya están extendidos hacia mí, y me acomodo en ellos. Su nariz busca mi cuello de inmediato, y poco después, inhala mi aroma.

—A Isabella ya no le importa dormir lejos de mí. Parece que apenas puede esperar cualquier oportunidad, en realidad —murmuro, y él se ríe fuerte.

—¿No crees que estás siendo un poco dramática?

—¡Claro que soy dramática! Soy madre, ¡todas las que valen la pena lo somos! —Marcos mueve la cabeza, asintiendo, con una enorme sonrisa en el rostro.

—Dejando tu derecho al drama un poquito de lado, solo un poquito —mide—. ¿Eso quiere decir que tenemos toda la noche y una buena parte de la mañana? —Es mi turno de sonreír.

—Toda la noche... Y nada de salidas furtivas por el pasillo a la mañana temprano... Te dije que soy una buena pagadora.

Sonriendo, acerco mi boca a la suya, empujando mi cabeza hacia su rostro. Su lengua comienza una exploración lenta, provocativa, y nos miramos todo el tiempo mientras el calor y la saliva se comparten sin ningún contacto más profundo.

—Estás demasiado vestida —dice en mi oído, con su voz es sexy y me estremezco.

Creo que sí, estoy vestida de más, porque de repente hace mucho, mucho calor. La punta de la nariz de Marcos es como un fósforo raspando la piel de mi oreja, mi mandíbula, mi cuello.

—¿Te sientes exhibicionista hoy, verdad?

Estamos justo en medio de la terraza, y él está hablando de dejarme desnuda. Está bien, estamos en la azotea del edificio, pero no es como si no hubiera otras azoteas a nuestro alrededor o otros tantos edificios tan altos como el nuestro, donde un despistado puede decidir mirar por la ventana.

Los dedos de Marcos en mi cabello se cierran, tirando de él, y lleva su mirada hacia la mía.

—¿Y si lo estuviera? —Imágenes de los dos, desnudos, en la terraza, haciendo mucho más que hablar, invaden mi mente y me excitan—. ¿Y si quiero dejarte desnuda y chupártela ahí mismo, en medio de esa alfombra, Antonella? —Respiro con fuerza. Ah, las palabras sucias. Me encantan las palabras sucias. Lamo mis labios, ni siquiera necesito pensar para decidir, para saber exactamente qué quiero responder.

—Depende... ¿Vas a arrodillarte?

Su boca asalta la mía, y no me hago la difícil, con un solo tirón, deshago el nudo de su toalla y cae al suelo, dejándolo completamente desnudo. Hay algo en verlo así, expuesto en su desnudez y situación, completamente a mi merced, que me hace querer aún más de este juego que acabamos de comenzar.

Me alejo unos pasos y dejo que mis ojos recorran su piel bronceada, los músculos marcados y el abdomen definido. Su mirada responde a la mía, fijándose en sus propios puntos de interés y, de alguna manera, mi vestido sencillo comienza a arder sobre mi piel. Levanto la mirada, centrada en la suya, alcanzo el dobladillo de mi propia ropa y comienzo a subirla lentamente.

El tejido se arruga en mis manos a medida que lo subo, revelando mi pequeña y sexy tanga de encaje azul marino. Marcos gime y da un paso hacia adelante. Muevo la cabeza de un lado a otro, una exhalación fuerte sale de sus narices, y se muerde el labio inferior.

Otro trozo de tela se acumula en mis manos cuando mi estómago se rebela, y mi marido parece a punto de sufrir un colapso con algo tan simple como mi desnudez. Algo que ha visto hasta el cansancio estos últimos días. Incluso si quisiera, no podría evitar sonreír.

—¿Qué quieres, Marcos?

Si mis ojos son atrevidos, los de Marcos son incendiarios.

—Te quiero desnuda.

—¿Y qué más?

Ya estoy llegando a mis senos, y Marcos lame sus labios al verlos completamente expuestos. No estoy usando sujetador.

—Quiero lamerte entera.

—¿Y qué más?

Empiezo a perder el control sobre mi voz, sale mucho más baja de lo que quisiera.

—Y comprobar otra vez lo buena pagadora que es tu boca inteligente.

—¿Y cómo vas a hacer eso, Marcos?

El vestido pasa por encima de mi cabeza y lo dejo caer al suelo. La exhalación fuerte de Marcos me hace sentir celosa de nada, porque él recibió su calor y mi piel no. Los labios de mi marido se estiran en una sonrisa que muestra sus dientes perfectos antes de responderme.

—¡Te voy a poner a chupármela, linda!

Sonrío también. Camino de espaldas, avanzando hacia el tatami detrás de mí. Subo los escalones, sintiendo las almohadas suaves bajo mis pies.

—¿Y qué más, Marcos?

Él ríe bajo, desvía la mirada de mí solo el tiempo suficiente para reconocer la existencia del horizonte detrás de él. Su mano acaricia la barandilla con una reverencia exagerada antes de que sus ojos vuelvan a fijarse en mi cuerpo casi desnudo.

—Y después, Antonella... Después, quiero cogerte bien aquí. —Da golpecitos en el hierro que sostiene—. ¡Y penetrarte esa vagina y ese culo delicioso que tienes hasta que grites para que toda São Paulo te oiga!

Las palabras azotan mi vulva con una intensidad que ni siquiera un látigo sería capaz de lograr a esta altura. Mi tanga es un trozo de tela pesada, empapada e inútil, porque siento que me escurren por debajo.

—Bien hecho, Marcos... —Lo felicito y me paso lentamente la lengua por los labios—. Eres un excelente guionista. Muy bueno... Has escrito un guión increíble, ahora solo queda ejecutarlo.

Una carcajada. Un movimiento afirmativo de cabeza.

Su andar es lento, sensual a más no poder. Su verga dura y erecta apunta orgullosa hacia arriba mientras sus musculosos muslos se mueven, es todo deleite. Marcos llega frente a mí y, sin que intercambiemos palabra, se arrodilla. Sus manos recorren mi cuerpo, rozando mi piel lentamente.

Miro hacia abajo y veo cómo acerca su nariz a la parte delantera de mis bragas e inhala profundamente mi aroma. Sus dientes rozan la tela empapada y una parte de mis labios vaginales, lo que hace que un gemido salga de mi garganta.

Por fin llega a los lados de mis bragas y, tras imponerme una tortuosa expectación, baja la tela tan despacio como la alcanzó. Me retuerzo, deseando al menos un poco más de contacto con su nariz y sus labios, que siguen enterrados entre mis piernas, moviéndose sobre el encaje húmedo.

Lo que parece una eternidad después, me deja desnuda. Su mirada se eleva, buscando la mía, y sin apartar la vista, Marcos levanta una de mis piernas y la apoya en su hombro, dejándome

completamente abierta de piernas frente a su cara. Me apoyo en su hombro libre, manteniendo el equilibrio, y suelto el aire por la boca.

Me pesan los pechos, tengo los pezones sensibles, me hormiguea la piel y estoy desesperada por que me toque. Como si supiera que pendo de un hilo, estira la lengua y la arrastra lentamente entre los labios húmedos de mi vulva. Bajo su atenta mirada, gimo ruidosamente, lo que parece estimularlo.

Se cansa de jugar conmigo y se apodera de mis pliegues en un beso húmedo e intenso que sube, baja, baila y se arremolina, pero sin tocar deliberadamente mi clítoris. Con mi precario equilibrio, lucho por moverme contra su boca, y si el plan era que los edificios de alrededor solo me oyeran al final de nuestro espectáculo, lo siento, pero el principio tiene sin duda el potencial de atraer a un gran público.

La mano de Marcos en mi culo se extiende, agarrándome con una firmeza deliciosa mientras se desliza más abajo. Se me cierran los ojos, la cabeza se me echa hacia atrás sin que pueda controlarla, y no veo lo que ocurre hasta que mi cuerpo queda tendido sobre el futón. No puedo decidir si el viento helado es una bendición o una maldición para mi piel caliente.

La lengua de Marcos hace estragos entre mis piernas imposibles de describir. Jadeo, me retuerzo, gimo. Y en el momento en que su lengua llega por fin a mi clítoris, ya hinchado y desesperado, sus labios lo chupan y yo grito. Grito, enloquecida por tanto placer. Mi corazón se acelera en mi pecho, junto con la sangre de mis venas que parece decidida a marcharse y no volver jamás.

—¡Marcos! —Su nombre sale de mi boca en un grito—. ¡Marcos! ¡Dios! ¡Dios! ¡Marcos!

No puedo evitar repetirlo cuando me mete dos dedos en la vagina a la vez sin que su lengua detenga en ningún momento el buen trabajo, mejor dicho, el maravilloso trabajo que está haciendo.

Es delicioso, es increíble, ¡es perfecto! Y, conociendo ya mi cuerpo como nadie lo ha hecho nunca, Marcos me da el empujón final hacia el precipicio cuando arrastra mi excitación hasta mi culo y me mete también un dedo.

Me hago añicos. Estaba entera, pero ahora soy un cristal en pedazos esparcidos por el mullido cojín. La lengua experta no me da tregua, prolonga mi orgasmo hasta que parece infinito, hasta que parece que nunca saldré de este glorioso estado de afectación, y eso me parece bien. No lo necesito, no necesito volver atrás.

Pero volveré. Despacio, con la respiración entrecortada y el pecho agitado. Con la vista borrosa y la garganta irritada por el esfuerzo. Con la frente sudorosa y las piernas temblorosas, vuelvo. Marcos está tumbado encima de mí, su nariz tocando la mía, su boca a milímetros de la mía, y puedo oler mi aroma en su cara.

Le beso, robándole también su sabor a mí. Jadeo, aún sin aliento, y su boca se aleja de mí solo para acercarse a mi oreja.

—Vamos a hacer un pequeño ajuste en nuestro guión, Nella... —susurra y lo único que hago en respuesta es murmurar, aún no soy capaz de más que eso—. Voy a seguir lamiéndote por todas partes, pero más tarde. Voy a chupártela muy bien, como a ti te gusta, solo

después. Ahora, Nella... ¡Necesito estar dentro de ti o te juro que exploto!

El calor de su cuerpo me abandona cuando se levanta y me tiende la mano. Todavía un poco mareada, pero menos que antes, la agarro, y Marcos me pone en pie y me toma inmediatamente para estabilizarme. Camina hacia atrás, todo el tiempo besando mi boca, apretándome contra él, deslizando sus manos por mis pechos, cintura, espalda, culo, nada escapa a su tacto.

En cuanto llegamos a la barandilla, invierte nuestras posiciones y me da la vuelta, dejándome de espaldas a São Paulo y al horizonte. Me mete los dedos en la vagina y, naturalmente, acabo. Oigo el embalaje de la reposera rasgarse y la mano de Marcos recorre mi columna vertebral hasta llegar a mi cuello.

—¡Agárrate, Nella! ¡Y no te sueltes!

No tengo tiempo de replicar antes de sentir cómo me penetra de golpe, como siempre, deliciosamente rudo. El gemido que me sale es fuerte, prolongado y seguido de un grito cuando me da una fuerte bofetada en el culo.

—¡Date la vuelta, Antonella! ¡Date la vuelta que quiero ver mi verga tragada por tu hermosa vulva!

Y me doy la vuelta. Lentamente al principio y más rápido cuando Marcos me tira del pelo. Empujo hacia atrás, tragándome la verga caliente hasta el fondo antes de mover las piernas alternativamente. Marcos se vuelve loco, y es de su boca de donde sale un grito mientras gimo e intento mantenerme concentrada en lo que hago a pesar del placer que me recorre.

—¡Mierda, Antonella!

Sus manos agarran mis caderas, hundiendo fuertes dedos en mi piel, y Marcos me penetra. A su manera, a nuestra manera, la manera perfecta. Sin parar. Fuerte. Rápido. Todo el control que una vez tuve es arrojado veintitrés pisos abajo en la noche de São Paulo junto con mis gritos.

—¡Sí, Nella! ¡Grita para que el puto mundo oiga lo mucho que te gusta que mi verga te penetre!

Sus palabras son duras, cada una puntuada por una embestida, mi cuerpo es lanzado hacia delante cada vez con más fuerza y mis manos empiezan a resbalar en el guardarraíl. Ni siquiera tengo tiempo de prepararme para el orgasmo que me golpea como un rayo en la noche helada.

Marcos deja de moverse, se inclina sobre mi cuerpo y me lame desde la base de la columna hasta el cuello mientras jadeo y me estremezco contra el cristal y el acero. Sus caderas se separan suavemente, pero sus manos permanecen firmes en mis costados y me ayudan a ponerme de pie. Apoyo la cabeza en su hombro y dejo que se me cierren los ojos.

—¿Recuerdas cuál es la siguiente parte de nuestro itinerario, Nella?

Sonrío, sacudo la cabeza y murmuro "ajá". Sus manos bajan y suben, extendiendo aún más el sudor sobre mi piel. Agotada, pero ansiosa por cumplir mi promesa, me doy la vuelta, saco el culo, me froto contra la dura verga que tengo detrás y oigo la risa de Marcos.

—¡Qué rico!

Me muerde la oreja y sus brazos me abandonan. No pasa ni un minuto hasta que vuelvo a sentir el contacto de sus manos. De nuevo, me inclina sobre el guardarraíl, a horcajadas, y cuando Marcos me mete su hermosa verga en el culo, São Paulo vuelve a oírme.

56.

ANTONELLA VALENTE

Miro a mi alrededor, aún sin poder creer que realmente hizo eso.

—No puedo creerlo —digo, mi voz apenas un susurro mientras las luces de colores parpadean una vez más, una y otra vez.

—Antonella... Esta era la elección lógica y realmente no entiendo cómo es que no lo hiciste.

—Marcos, cerraste un parque de diversiones. ¿Lo entiendes, verdad? El Parque da Mônica[3], alquilaste todo el maldito Parque de la Turma da Mônica por un día entero para que cuarenta niños estén aquí por unas horas.

Decir esas palabras no las hace más creíbles para mí. El Parque de la Turma da Mônica entero. Juguetes, personajes animados, teatro, animadores, incluso la tienda de souvenirs está a disposición del cumpleaños de Isabella, y quiero reír y llorar, todo al mismo tiempo.

En una esquina estratégica, la mesa de torta y dulces está colocada, rodeada por bailarinas y objetos que remiten al ballet, de todos los tamaños posibles.

—Para que nadie tenga que preocuparse por adultos extraños entre estos cuarenta niños, para que Isabella pueda ir a cualquier

juego que quiera, cuantas veces quiera, sin tener que hacer fila... Y, definitivamente, para que ningún problema logístico, como la falta de luz —finge regañarme—, pueda ser un obstáculo, ya que está dentro de un centro comercial... ¡Era lo obvio!

Y ahí está, otra vez, esa sensación de asfixia en mi pecho.

Esa sensación que el adjetivo "familiar" ya se está quedando corto de tan frecuente que se ha vuelto. Si antes mi corazón se daba un brinco al verlo, desde que realmente hemos compartido la cama, además de todas las otras partes de nuestras vidas, que a pesar de nuestras intenciones se han mostrado imposibles de mantener separadas, parece que ha decidido hacer ejercicio físico cada vez que Marcos hace algo inesperadamente amable por Isabella, lo cual pasa todo el tiempo.

O cuando hace algo inesperadamente amable por mí, lo que también no ha sido precisamente raro. O simplemente cuando me sonríe.

Aún no encuentro una palabra capaz de definir la relación que Marcos y yo hemos ido construyendo, o cómo me siento con ella. Ya en cuanto a la forma en que me comporté en los días previos, he encontrado muchas. Tonta, idiota, estúpida, y la lista sigue. Cada día crece más la sensación de que estaba perdiendo el tiempo cada vez que me negaba a mirar a Marcos sin ver en él mis propios conceptos.

El hombre a mi lado no es ni por asomo el mismo que por mucho tiempo habitó mi certeza sobre el nombre que lleva. ¿Sigue siendo un ordinario? ¡Sin dudas! Pero es un ordinario que, hasta hoy,

solo ha usado esa camisa en mi compañía cuando estamos en la cama. El Marcos con quien me casé nunca ha hecho más que respetar mis deseos, incluso cuando esos deseos estaban sustentados por puro fingimiento.

Frente a Isabella, seguimos actuando exactamente como siempre, aunque de vez en cuando, nuestras miradas toman caminos indebidos y, si estuviéramos hablando de un adulto, probablemente ya se habría dado cuenta de lo que está pasando, pero, tratándose de una niña, no. Ella no tiene idea.

Todos los días, muchas más veces de las que quisiera admitir, me encuentro pensando en qué estoy haciendo. Las películas de Hollywood están llenas de historias como la nuestra. Acuerdos de sexo casual, amistades con beneficios, el final siempre es el mismo.

Pero eso es solo frente a las cámaras, me digo a mí misma. La vida real es mucho más complicada que eso. En la vida real, las parejas existen más allá del sexo maravilloso que tienen, y el más allá nunca es tan maravilloso como el sexo. Y no lo es. O al menos no debería serlo.

Entonces, Marcos hace algo así, cierra un parque de diversiones para el cumpleaños de mi hija, o se sienta a su lado mientras ella habla desesperadamente y sin parar sobre cómo fue su primera, su segunda, su tercera, su cuarta, su decimotercera clase de ballet.

O simplemente me abraza mientras duermo, pensando que no sé lo que está haciendo, y mi corazón decide que esos momentos, sí, esos momentos son perfectos para hacer pesas y

recordarme que, a pesar de todo, aún no soy completamente honesta con él. Decide que esos momentos son perfectos también para torturarme por eso.

Miro a mi alrededor de manera furtiva, confirmando que no hay nadie cerca. No hay nadie. Le dejo un beso en la boca. Es un beso sencillo, un beso rápido, no tiene nada más que cariño y gratitud, pero la sonrisa que Marcos me devuelve podría servir como fuente de energía para cada una de las luces encendidas a nuestro alrededor.

Me abraza, aprieta su pecho contra mi espalda y hunde su nariz en mi cuello. Cierro los ojos, dejándome llevar por la sensación. Ahora no es momento de lidiar con mis culpas. Aunque cada día tengo la sensación de que, eventualmente, las palabras se me escaparán de la boca. Exhaustas por haber estado guardadas tanto tiempo.

—Gracias —digo con los ojos cerrados, y él me gira, obligándome a dejar la oscuridad y dejando nuestras miradas atrapadas una en la otra.

Su mano acaricia mi mejilla y cualquiera que pasara por nuestro lado pensaría que estamos jugando a ver quién aguanta más tiempo sin parpadear, pero no es eso. Hay una conversación silenciosa que está ocurriendo aquí, no tengo la menor idea de cómo interpretar las palabras que están siendo dichas, pero mi corazón parece realmente feliz con ellas.

—No necesitas agradecerme por cosas como esta, Nella. Nunca.

Suelto la respiración por la boca. ¿Por qué, Marcos? ¿Por qué no necesito? Quiero preguntarlo, de hecho, decido que lo voy a hacer. Es solo una pregunta inocente, ¿verdad? No tiene nada de raro, ¿no?

Pierdo mi oportunidad cuando nuestro momento es interrumpido por una vocecita infantil.

—¡Mamá!

Isabella corre hacia nosotros, y me libero de los brazos de mi esposo más rápido de lo que el propio Flash hubiera podido.

Su ceño se frunce, y quiero pedirle disculpas por eso. Son raras las ocasiones en que algo así pasa, en que Isabella se acerca cuando estamos tan cerca, y en todas ellas, me aparto, porque es la mejor opción, pero, a cada día, también parece más incorrecto.

De eso estoy segura, no puedo confiar en mi propio juicio, Isabella debe seguir viendo las cosas tal y como las ve. No necesita un cambio abrupto ahora, solo para tener otro dentro de meses, aunque sean un par de docenas de ellos.

Pero eso no significa que me guste la expresión casi dolorida que se nota en el rostro de Marcos cada vez que ese alejamiento repentino ocurre. No me gusta. Ojalá pudiera evitarlo.

Me limito a una disculpa muda antes de girarme, en vano, hacia Isabella, ya que son los brazos de Marcos los que ella busca, no los míos. Al mismo tiempo que esa cercanía llena mi pecho, también me hace sentir más segura de que estoy tomando la

decisión correcta. No puedo evitar que Isabella se encariñe con Marcos en algún nivel, al final, eso ya está sucediendo.

Pero puedo evitar que ella piense que él está tomando un rol que no le corresponde, que no quiere, que nunca quiso. Observo el intercambio de sonrisas entre ellos y parpadeo, expulsando mis pensamientos. La ceja arqueada de Grazi, que trajo a Bella hasta nosotros, me dice que sabe a dónde van mis pensamientos.

—¡Marcos! ¿Has visto mi pastel de bailarina? —pregunta Isabella, emocionada, feliz, muy feliz, y yo sonrío. Me esfuerzo por mantener el ardor en mis ojos bajo control.

—¡Todavía no! ¿Me lo muestras? —responde, como siempre, atento con ella.

—¡Claro!

Él me guiña un ojo, se limita a un gesto con la cabeza para Grazi y se aleja con Isabella en brazos.

Observo cómo llegan a la mesa de decoración y cómo Isabella se entretiene mostrando no solo el pastel, sino cada dulce y adorno que está sobre ella.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta mi amiga sin rodeos, colocándose justo a mi lado. Giro solo el cuello y la miro. Muerdo el labio y admito.

—No lo sé.

—Nel.

—Solo... —Suelto el aire por la boca y llevo mis ojos hacia Marcos e Isabella solo por dos segundos antes de volver a mirar a Graziella—. ¿Está mal querer disfrutar de esto, Grazi? —pregunto, nuevamente, enfocándome en la imagen que hace que mi corazón quiera salirse del pecho, correr veinte metros y unirse a las carcajadas que resuenan en todo el salón. Niego con la cabeza antes de negar también con palabras—. Sé lo que vas a decir, Grazi...

—¿De verdad lo sabes, Nel? —La interrogante en su mirada me deja en duda—. Está bien... Él está buenísimo, coge bien, claramente adora a Isabella, aparentemente dejó atrás el título de idiota cuando se trata de ti... ¡Ve, transa con él! Ni siquiera yo soy capaz de seguir juzgándote por eso, pero ¿ese mirar? Nel... Ese mirar en tu rostro... Nunca lo había visto ahí, y no sé si sea buena idea que decida aparecer justo ahora.

—¿Qué mirar? ¿De felicidad?

Frunzo el ceño y Grazi inclina la cabeza.

—No te hagas la tonta, porque no lo eres.

—No me estoy haciendo nada, Grazi, pero estás exagerando. —Río, nerviosa—. ¿Qué mirar es ese que ves? ¡Por el amor de Dios!

Parpadeo, ligeramente aturdida.

Grazi levanta una ceja.

—Tú...

—¡Mamá!

Isabella habla por encima de ella, interrumpiendo a la madrina y llamando nuestra atención.

—¡Ven a sacarte una foto con nosotros, mamá! —grita, y me toma algunos segundos procesar la solicitud y darme cuenta de que Marcos tiene el celular en la mano, probablemente con la cámara abierta.

Trago saliva y sacudo la cabeza, echando fuera las ideas sin sentido de Graziella. Con un gesto, le indico lo que voy a hacer y la dejo sola con sus sugerencias sin fundamento.

57.

MARCOS VALENTE

Ella está sonriendo.

Antonella está sonriendo mientras le ofrece un inmenso algodón de azúcar a un niño, y no puedo evitar sonreír también. Como atraída por mi mirada, levanta la cabeza, sus ojos encuentran los míos, su sonrisa se vuelve aún más grande, y me pregunto cuándo fue la última vez que me hice un chequeo. Creo que mi corazón no debería cambiar de ritmo tan aleatoriamente así.

El niño sale feliz por el parque, llevando en las manos un palito con una nube de algodón de azúcar mucho más grande que su propia cabeza, y Antonella camina hacia mí. El vestido azul y blanco en un tejido a cuadros baja hasta la mitad de sus pantorrillas y está sujeto a su cintura por un cinturón ancho marrón.

Sus tetas están firmes, mostrando semicírculos por encima del escote cuadrado, y sus hombros están casi desnudos, ya que la prenda tiene tirantes delgados como hilos. Y, por supuesto, está la maldita abertura. No sé qué le pasa a Antonella con ellas, pero mi esposa parece hacer de su existencia un requisito previo para que una prenda forme parte de su guardarropa.

En el momento en que está al alcance de mis manos, la rodeo con mis brazos y hundo la nariz en su cuello. Mierda, cómo me gusta el olor de esta mujer.

—¿No me vas a dar algodón de azúcar? —pregunto, y ella se ríe.

—¿Quieres un algodón de azúcar, Marcos?

—Depende, ¿tiene que venir en el palito?

—¿Y en qué otro lugar vendría?

—En tu boca —digo en voz baja, con mis labios muy cerca de los suyos.

—Se derretiría antes de que pudieras probarlo —susurra en tono de confesión.

—Genial. Así no me impediría sentir tu sabor.

—Entonces no es algodón de azúcar lo que quieres.

Sus ojos y labios sonríen.

—¡Mierda! ¡Me descubrieron!

Otra risa y llevo mi mano hasta su mejilla. ¡Qué hermosa y tan, tan sexy! No hablo del cuerpo, del sexo. Hablo de su compañía, de su presencia, de sus gestos, de ella en su totalidad. Más de dos meses desde el matrimonio, tres semanas desde que finalmente dejó de huir y parece que no he tenido nada de ella. Nunca.

Pensé que cuando finalmente tuviera acceso ilimitado a su cuerpo, ese deseo aplastante desaparecería, pero solo cambió de lugar. Cada día quiero más y más. Más sonrisas. Más besos. Más de su voz, de su olor, más de todo, y no sé si quiero dejar de quererlo en algún momento.

¿Qué significa esto? ¿Estoy volviéndome loco? Porque ya no tengo dudas de que he perdido la cabeza. Solo no sé si eso significa que estoy volviéndome loco o algo más.

—Voy a besarte ahora... —es ella quien dice, arrancándome una sonrisa.

Son pocas las ocasiones en las que no mira a los lados antes de hacer esto y, aunque entiendo la lógica de mantener lo que estamos haciendo lejos de los ojos de Isabella, aunque sé que acepté esto, aunque el sentimiento no tenga sentido, aún así, existe. Estoy descubriendo que no me gusta en absoluto tener que esconderme con Antonella como si estuviéramos haciendo algo malo.

Nuestros labios se tocan, y la sensación que se ha convertido en mi fiel compañera me golpea de lleno. Parece que todo dentro de mí se congela y se calienta al mismo tiempo. Es demasiado como para que me preocupe en buscar palabras que puedan describirlo.

La lengua de Antonella no pide permiso ni hace concesiones, invade mi boca, dispuesta a arrasar con todo lo que encuentra por el camino con chupetones, deslizamientos y masajes perfectos. Es irónico que sea precisamente su beso el que me roba el aire cada vez cuando, por tanto tiempo, planeé nunca besarla. *Esposa niña, las pelotas*. Antonella es mujer en cada milímetro de su piel. ¡*Mi mujer*!

El pensamiento me asusta, y detengo el beso bruscamente. Ella abre los ojos y frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

Pasa su mano pequeña por mi mejilla. Niego con la cabeza, aturdido con la avalancha de síes y noes en mi mente.

—¿Dónde está Isabella? —pregunto, necesitando una distracción para ella, para mí. La arruga entre las cejas de Antonella se mantiene firme cuando me responde.

—En el teatro... Aún va a tardar al menos diez minutos para que termine la obra. Marcos —me llama, y coloca las dos manos en mi rostro, impidiéndome escapar de su mirada.

Me dejo atrapar no solo por las palmas de sus manos, sino también por sus ojos. Ellos gritan preocupación y me pregunto si sería tan malo. ¿Sería realmente un motivo de desesperación querer que ella fuera mía?

Una vez Antonella me dijo que pertenecer no era sobre posesión. Era sobre elecciones. Ahora, por primera vez desde siempre, no puedo evitar preguntarme si soy capaz de hacer esa elección.

¿Soy digno de ser elegido por ella y por Isabella? No sirvo para cuidar de nadie. No soy material para eso. Creo que tengo la respuesta a mi pregunta. Definitivamente, me estoy volviendo loco.

—¿Marcos? ¿Qué pasa? ¿Te sientes bien?

Su tono mezcla urgencia y preocupación.

—Estoy bien, Antonella. No es nada.

Su cuello se inclina ligeramente hacia un lado y sus ojos dejan claro que no me cree.

—Estás...

Antonella se interrumpe a mitad de palabra, pasa la lengua por sus labios, traga y gira su rostro hacia el lado.

Cuando vuelve a mirarme, aunque no haga la acusación certera que sé que haría, sus ojos están heridos. Exhalo el aire de mis pulmones. *No, Nella, no. Por favor*. Ahora son mis manos las que sostienen su rostro y mis ojos los que evitan que los suyos escapen.

—Está todo bien. Lo prometo. Solo... No es nada importante. Créeme —le pido, beso su frente, luego, sus labios.

Ella asiente casi imperceptiblemente. Muevo mis pulgares sobre su mejilla, aliviado por el fin del tema. Pero la presión en mi pecho me dice que esta no será la última vez que me haga estas mismas preguntas.

***

—¿Por qué elegiste Derecho? —me pregunta Antonella, recostada en mis brazos, en mi cama y completamente desnuda.

—¿No tienes sueño, eh?

No puedo evitar que una sonrisa se me escape en la voz.

—Uhum. Demasiado inquieta para dormir. No puedo dejar de pensar en la fiesta, en la felicidad de Isabella. ¡Tengo muchas ganas de ver las fotos!

—¿Ella estuvo feliz, no? —Sonrío también y giro a Antonella, dejándola frente a mí—. Mi mamá también está loca por las fotos, me pidió que las enviara en cuanto las recibamos, al menos una

docena de veces. Probablemente, la próxima vez que la visitemos, habrá tantas fotos de Isabella por esa casa como las que hay de mí.

—¿Eso te molesta?

Ella parece preocupada con la respuesta, y mis cejas se fruncen.

—Claro que no. Mi mamá está feliz siendo abuela, e Isabella está feliz siendo nieta. ¿Por qué me molestaría eso, Antonella?

—Fue solo una... olvídalo, no importa.

Se mueve, queriendo girar el cuerpo hacia el otro lado, pero la detengo.

—Ey... Ey... Ey... ¿Qué está pasando? —En la oscuridad, puedo distinguir su rostro, pero no con claridad. Decido que eso no es suficiente. Estiro el brazo libre y enciendo la lámpara de la mesita de noche. Antonella parpadea hasta acostumbrarse, pero luego no me mira—. Nella, ¿qué está pasando?

—Nada. No es nada importante.

Devuelve las palabras que le dije más temprano y tengo ganas de poner los ojos en blanco. En lugar de eso, dejo que toda mi frustración con su respuesta se vea en mi rostro.

—¿En serio? ¿Esa es la respuesta que me vas a dar?

—¿Qué? ¿Tú puedes tener tus secretos y yo no?

De repente, Antonella se pone a la defensiva, y no tengo idea de cómo llegamos a esto.

—No es una competencia, Nella. Era solo un tema tonto. Lo que sea que esté pasando por tu cabeza no es tonto, y lo sé porque puedo oír la confusión desde aquí.

Antonella exhala con fuerza antes de girarse hacia mí.

—Es tonto. Es solo... es solo cosa de madre, Marcos.

—¿Y qué sería eso? —pregunto, pacientemente.

—Isabella está feliz siendo nieta, pero ese estatus tiene fecha de caducidad. Poco más de veinte meses ahora.

La respuesta inesperada me golpea con una fuerza sorprendente, y levanto las cejas. Cosa de madre, dijo. Entonces, ¿por qué esta perspectiva también me duele?

La simple idea de quitarle a Isabella una de sus fuentes de felicidad hace que sienta como si una mano estuviera aplastando mi corazón, y necesito unos segundos para liberarme de esa sensación, porque sé que es injustificada.

El amargor en mi boca por la idea de que hay un reloj contando el tiempo, bueno, eso no es injustificado, y segundos no son suficientes para alejarlo. Sospecho que ni horas, ni días, ni semanas, ni meses lo serán.

Tiro de Antonella aún más hacia mí, pegando su cuerpo al mío. Ella no resiste, pero tampoco se acurruca como suele hacerlo.

—Dos cosas... Las preocupaciones de madre nunca son tontas, siempre puedes hablar de ellas conmigo, Nella. ¡Siempre! Si no lo dejé claro antes, lo estoy dejando claro ahora. —Pasamos un

rato mirándonos en silencio antes de que ella asintiera—. Y lo segundo: estás completamente loca si piensas que algún día mi madre va a dejar de ver a Isabella como su nieta. Ni hoy, ni mañana, ni dentro de dos, diez o veinte años, Antonella. El vínculo que crearon es eterno. Ella va a estar en la primera graduación de Isabella, en la segunda, en la tercera, y en todas las veces que esa niña decida graduarse. Va a estar en los cumpleaños y en la boda. Mi mamá y mi papá siempre estarán ahí.

Sus ojos están llenos de lágrimas no derramadas y de expectativa por algo más. Por un instante, creo oír la pregunta en sus ojos: "¿Y tú, Marcos? ¿Y tú? ¿También siempre estarás allí?" Y quiero responder que sí. *Estaré siempre allí, para Isabella. Para ti.*

Pero, ¿qué diablos? ¿Qué carajos me está pasando? Desvío la mirada, no soportando la duda de si estoy escuchando cosas o no, mirando a los ojos de Antonella.

—Por mi padre —respondo a la pregunta que ya se había olvidado, sin mirarla aún.

Ella carraspea y espero en silencio.

—¿Fue por él? —Gracias a Dios, se acuerda.

—Sí. Siempre fue mi superhéroe favorito, ¿sabes? En casa y en la calle. Solo quería ser como él —admito algo que pocos saben.

Pocas personas conocen mi relación con mi padre. Puedo contar con los dedos de ambas manos a quienes conocen el verdadero motivo de mi elección de carrera, y con una sola mano a aquellos que saben lo realizado que me siento con ella.

Ya sin poder escapar sin que la atmósfera se vuelva aún más extraña, vuelvo a mirar a la mujer que está a mi lado. Antonella está asintiendo con la cabeza.

—¿Y tú? ¿Por qué decidiste seguir los pasos de tu padre? Conociendo la historia de ustedes, jamás esperaría esto, incluso antes de Isabella.

Como si estuviera siendo tirada por un hilo invisible, mi mano alcanza la mejilla de Antonella y acaricia su piel suave. Si de lejos siempre me siento atraído hacia ella, cerca, simplemente no puedo evitar tocarla, no quiero dejar de hacerlo.

—No quería. De hecho, antes de Isabella, estaba a punto de estudiar Derecho, como cualquier otra cosa en mi vida. Solo por las apariencias, ¿sabes? Pero todo cambió después de ella. Todo se volvió claro. Quiero ser capaz de ayudar a mujeres como yo.

—¿Bellísimas?

—Solas.

—No estás sola, Antonella.

Su respuesta es una sonrisa triste.

—Estar embarazada, sin casa, sin familia, en la adolescencia... Es difícil, pero no puedo imaginar una edad en la que eso sea más fácil. Si no fuera por Grazi... —Una breve exhalación deja sus labios junto con un sonido de incredulidad—. Ni siquiera puedo imaginar dónde estaríamos Bella y yo ahora. —Niega con la cabeza—. Seguramente no aquí. Tuvimos suerte. Mucha suerte... —Deja de hablar y cierra los ojos con fuerza, claramente tratando de

no llorar—. Muchas, muchas mujeres no tienen ni el uno por ciento de la suerte que tuvimos, Marcos. —Otra pausa—. Ni el uno por ciento. —Sus palabras salen en un susurro, y una lágrima silenciosa recorre su rostro—. Solo quiero poder hacer algo. Solo quiero ser para alguien la oportunidad que Grazi fue para mí, ¿entiendes?

Bajo la cabeza y me deslizo por la cama, acabando con el poco espacio que quedaba entre nosotros y abrazándola con fuerza.

Pego mi frente a la suya.

—Si supiera cómo, retrocedería en el tiempo solo para que nunca tuvieras que pasar por eso... —digo, y cada palabra es cierta.

Solo imaginar a Antonella, a los diecisiete años, perdida, sola, sin saber qué hacer, sin adónde ir. Mierda. Solo imaginarlo me vuelve loco. Ella sonríe y roza su rostro contra el mío en un gesto cariñoso.

—Y entonces nunca habría tenido a Bella... Sería una vida sin sentido, Marcos... Sería una vida triste. No siempre las cosas van a salir como planeamos, y está bien. La vida es más que planes que salen bien.

Sus ojos están completamente enfocados en mí. Asiento con la cabeza, dejando que las palabras se filtren en mi mente, "La vida es más que planes que salen bien...".

—Marcos... —me llama, aunque nuestros ojos nunca se han desviado.

—Sí...

Antonella parpadea como si estuviera tomando una decisión. Pero, al final, lo que sale de su boca es una petición.

—Marcos, ¿me besas?

Y la beso.

58.

ANTONELLA VALENTE

—Quiero contárselo a él —digo, tan pronto como Grazi atiende el teléfono, mientras camino de un lado a otro sobre la alfombra de mi cuarto.

—¿Eh...? —suena confundida y somnolienta—. Son las seis de la mañana. Vas a tener que ser un poco más específica si quieres que entienda de qué estás hablando —balbucea, y puedo imaginarla frotándose los ojos en este preciso momento.

—Sobre el papá de Isabella, Grazi. Quiero contárselo a Marcos.

La afirmación hace que mi boca suelte un torrente apresurado de palabras. Desesperada es exactamente como me siento, ya no soportando más este secreto y lo que aún esconderlo significa.

Anoche estuve muy cerca de contarle todo, pero mi cobardía me detuvo. No tuve el valor de arriesgar lo que se quedará marcado en mí como uno de los días más perfectos que he vivido.

Acostada en los brazos de mi marido, compartiendo confidencias, quise tanto sentirme merecedora de eso que me dolió. La gran ironía es que lo que me hace sentir como una impostora es justamente lo que, si se revela, podría hacerme perder lo que tanto quiero merecer.

—Espera, ¿qué? —Silencio. Un poco más de silencio. Una respiración profunda. El sonido de ropa moviéndose. La voz de mi

amiga—. Después de cinco años sin tocar el tema ni conmigo, ¿de repente quieres contárselo a él? Nel, es demasiado temprano para que yo procese esta información, simplemente, demasiado temprano...

Puedo escuchar sus pasos arrastrándose y el sonido de una puerta abriéndose. Respiro hondo.

—¡Ya te había dicho que me molestaba, Grazi!

—Estar molesta es una cosa, ¡Nel! Tomar una decisión como esa es completamente diferente. —Su voz suena arrastrada, somnolienta—. ¡Demasiado temprano, Nel! ¡Es demasiado temprano para obligarme a pensar! —murmura.

—¡Está bien! Te llamo en diez minutos.

Cuelgo el teléfono y miro el reloj en la mesa de noche. Empiezo a caminar de un lado a otro en el cuarto como si eso fuera a hacer que el tiempo pase más rápido. No lo va a hacer, pero necesito gastar energía de alguna manera o corro el serio riesgo de explotar.

No debí haber escondido este secreto de Marcos. No cuando más de una vez me preguntó si tenía algo que ocultar y en todas esas veces le dije que no. En mi defensa, nunca esperé que llegáramos al nivel de intimidad que tenemos hoy.

Sé que no justifica, pero la opinión de Marcos debería ser irrelevante en mi vida, debería simplemente no importarme. ¿Spoiler? Me importa. Todos los días, un poco más.

Suelto un suspiro y paso las manos por mi rostro, por mi cabello. Me escapé de su cuarto, aunque no había necesidad de hacerlo. Después de lo de anoche, dudo que Isabella se despierte antes de las once de la mañana, así que hoy la fuga furtiva era realmente innecesaria. Podría haber dormido un poco más, podría haber aprovechado más tiempo en su abrazo, incluso podría haberlo despertado de la manera que él adora, con su verga en mi boca, pero no pude.

Pasé la noche en vela, con los ojos cerrados, fingiendo que dormía, pero la verdad es que simplemente no pude. Si mi mente ya estaba agitada antes de nuestra conversación, después de ella, mi cabeza se convirtió en un verdadero desfile de carnaval. Quiero contarlo, necesito contarlo. Respiro profundo y miro el reloj. Cinco minutos.

Mi mente se tortura, una y otra vez, proyectando, detrás de mis párpados, las posibles reacciones de Marcos. ¿Rabia, decepción, traición? ¿Cómo se sentirá? *Mi marido logró superarlo antes, podrá hacerlo ahora, ¿verdad?*, me digo a mí misma, aunque sé que no es cierto. La situación antes era completamente diferente.

No había una intimidad real entre nosotros. No compartíamos la cama, sonrisas, ni confidencias. No había la promesa de honestidad de ambos lados, y me atrevería a decir que ni siquiera había la expectativa de ella. No había cuidado, cariño ni corazones acelerados con solo verlo. Ahora sí hay. Hay todo eso y un poco más.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces. Pero el control no me da ninguna sensación de paz ni hace nada para que me sienta mejor. Trago, pero el nudo en mi garganta no baja y casi me arrodillo en agradecimiento cuando el celular vibra en mi mano antes de los diez minutos prometidos.

—Hola.

—¿Qué pasó, Nel?

—Ya no quiero seguir ocultándoselo. No puedo, Grazi. Simplemente... no puedo...

Dejo escapar una respiración contenida, llevo los dedos pulgar e índice a mis ojos cerrados y los masajeo.

—No es que crea que debas hacerlo. Solo quiero entender, ¿está bien? ¿Qué cambió, Nel? Después de cinco años de silencio absoluto, ¿simplemente te despiertas a las seis de la mañana un día cualquiera, decides contárselo a alguien y ese alguien es justamente Marcos? ¿Por qué?

—No lo sé, Grazi. No lo sé. Solo siento que si no se lo cuento, voy a ahogarme. Yo... No es justo, Grazi. No es justo con él. Marcos no es el idiota que siempre creí, no conmigo. No es justo que siga ocultándole cosas una y otra vez. —Mi voz sale entre pausas y jadeos. A veces las palabras salen demasiado rápidas, otras, demasiado lentas—. Sé que se va a enojar, pero este matrimonio acaba de empezar. Aún no lleva ni seis meses. Es mejor ahora que después, ¿verdad?

—Cierto —responde, pero después se queda en silencio, como si estuviera procesando la información, y yo espero impaciente—. ¿Qué pasó anoche?

—¿Cómo?

—Ayer todo estaba bien, de repente, te despiertas súper temprano, casi desesperada. ¿Qué pasó en las últimas doce horas? Porque algo, seguro, pasó.

Abro la boca para responder, pero al intentar organizar una frase coherente, me doy cuenta de que no soy capaz. No pasó nada fuera de lo normal anoche. Es solo que otra noche en los brazos de Marcos fue la última gota que pude soportar.

—Nada pasó, Grazi. Las cosas vienen pasando desde hace un tiempo. Demasiado tiempo.

—Está bien. ¿Pero estás segura?

Cierro los ojos.

—Sí.

—Y entiendes que esto probablemente va a arruinar tu romance de verano, ¿verdad?

La preocupación en su voz me emocionaría, si no estuviera tan desesperada.

—Lo entiendo.

—¿Y lo vas a hacer, aún así?

—Creo que ya fui injustamente egoísta con Marcos durante demasiado tiempo, ¿no crees?

—Nel... —Mi amiga suspira, como si se estuviera preparando para el discurso del siglo—. Sabes lo que pienso sobre él. Para mí, sigue siendo Marcos Pedante, no confío en él. No puedo. Así que, la verdad, no me importa. Pero no estaba bromeando cuando dije que nunca había visto en tus ojos el tipo de brillo que vi ayer. No me gusta verte arriesgarlo. Independientemente de lo increíble que esto sea, la verdad es que el idiota tiene su parte de responsabilidad en ese brillo, y me preocupa que solo quieras contar la verdad ahora para sabotearte. No es como si no tuvieras un historial de no creer que mereces las cosas buenas que tienes.

Bajo la cabeza, absorbiendo las palabras de mi amiga, me siento en mi cama. Paso las manos por mi cabello y tomo una profunda inspiración. Apoyo la frente sobre la palma de mi mano libre mientras la otra sigue sosteniendo el celular en la oreja, y siento la gota de agua deslizándose por mi mejilla.

—No me siento sola, Grazi... Por primera vez en mi vida, no me siento sola... —Mi voz suena entrecortada y nuevas lágrimas silenciosas se suman a la primera.

No necesito explicarle a Grazi de qué tipo de soledad hablo ni preocuparme por herirla. Después de todo, ella es la única persona que siempre ha estado conmigo. Por eso, me entiende.

—Oh, mi amiga...

—Estoy aterrada. Y estoy tan cansada de sentirme así constantemente.

—Amiga, ¿por qué no tomas un tiempo para pensar sobre esto? Creo que los últimos sucesos te han afectado. Te sorprendieron, tal vez te desarmaron... Tranquila. El mundo se construyó en siete días, date el mismo tiempo —me aconseja, pero sé que no importa cuántos días pasen, siete, veinte o mil, esa sensación no se irá.

—No va a cambiar nada —susurro.

—¿Y cuándo vas a hacerlo? ¿Hoy?

—No. —Agito la cabeza frenéticamente, aunque sé que Graziella no puede verme. Aún no estoy lista. Hoy no. Definitivamente, hoy no—. Yo... Yo necesito pensar. La mejor manera, el mejor momento... Pero no voy a cambiar de idea, Grazi.

—Está bien.

—Está bien —repito en voz baja.

—Todo va a estar bien, Nel. Y siempre pueden contar conmigo. Sabes eso, ¿verdad?

Su tono es serio.

—Lo sé.

—¿Me llamas más tarde?

—Te llamo.

—Te amo mucho —afirma, y mi corazón acepta sus palabras como una pequeña dosis de calmante.

—Yo también te amo. Gracias por esto.

—¡Deja de ser estúpida! ¡El amor no se agradece!

Son sus últimas palabras antes de colgar, y me arrancan una sonrisa, pero no dura mucho. Quito el teléfono de la oreja, respiro profundamente y cierro los ojos.

Llevo la mano libre a mis párpados cerrados, masajeándolos. Suelto el aire por la boca, solo para casi quedarme sin aliento momentos después.

—¿Nella? —Marcos llama desde la puerta de mi cuarto, y me giro asustada.

¡Oh, Dios! ¿Me habrá escuchado? *¡No! ¡Por favor, no! ¡Ahora no, ahora no! ¡Aún no!*

—Hola...

Sus cejas están fruncidas, su rostro aún arrugado por el sueño, y sigue vistiendo solo un boxer.

—¿Estás bien?

—Sí, solo... Me desperté con cólicos, no pude volver a dormir y decidí venir a mi cuarto, no quería despertarte con tanto movimiento en la cama.

Marcos inclina el cuello y entra en el cuarto. Sus pasos hacia mí son decididos y pocos. Se sienta a mi lado en la cama, me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia él. No resisto. Dejo mi cabeza sobre su hombro y él besa mi cabello.

—¿Necesitas algo? ¿Un medicamento? ¿Quieres ir al médico?

Él sostiene mi mejilla mientras pregunta. Su preocupación es, a la vez, una caricia y un golpe. Giro el rostro, beso su palma y niego con la cabeza.

—Estoy bien. Ya estoy mejorando. Solo fue un cólico.

—¿Estás segura?

—Sí. Me voy a acostar tranquilita y mejorará.

Marcos asiente con la cabeza, conforme.

—¿En mi cuarto o en el tuyo?

—Marcos, no es necesario... Probablemente ya no podré dormir. No tienes que interrumpir tu descanso —argumento, pero él levanta una ceja.

—Aquí, entonces.

—Marcos —comienzo, pero él me interrumpe.

—Isabella no va a despertar tan pronto, así que no hay razón para dejarte sola con dolor. Si quieres acostarte, está bien. Te vas a acostar, pero yo voy a estar justo a tu lado.

Y con esa declaración, mi corazón se rompe. No debería ser así. No debería importarle. Debería ser Marcos Pedante con quien no me importaba mentir. El hombre del que no esperaba nada, más que ignorarme y ser ignorada.

No debería querer cuidarme, ni alquilar parques de diversiones para mi hija, ni escucharla hablar sobre ballet. ¡No

debería! Y bajo esta avalancha de pensamientos, antes de que pueda controlarme, la barrera se rompe y lloro.

Mantengo la cabeza erguida solo lo suficiente para ver la mirada atónita de Marcos, completamente perdido, sin saber qué hacer con una mujer llorando. Finalmente, decide abrazarme más fuerte.

—No, amor...

¡Para con eso! ¡Quiero decirte! ¡Deja de llamarme amor! Soy una mentirosa, ¡te he ocultado un secreto incluso después de decirte que no había más! Pero no digo nada, y él no solo sigue diciéndome palabras de consuelo, sino que me envuelve por completo con sus brazos.

No debería, pero acepto que me arrope y me diga que todo va a estar bien. Es una mentira. No va a estar bien. En lo más profundo de mi corazón sé que no va a estar bien, y esa es la única razón por la que no le cuento todo ahora mismo. Ya me estaba acostumbrando a esto y aún no estoy lista para perder algo que ni siquiera he tenido.

—Va a pasar, amor. Va a pasar. ¿No quieres ir al médico? ¿Estás segura?

Niego con la cabeza.

—Está bien. Está bien... Vamos a acostarnos, entonces. Te vas a sentir mejor.

Marcos me lleva a la cama y me acurruca en su cuerpo. Sigo llorando un poco más. No pienso en nada, solo dejo que las lágrimas

fluyan sin rumbo. No me importa a dónde vayan, mientras me dejen en paz. Con el rostro mojado y el corazón apretado por lo que está por venir, duermo.

59.

MARCOS VALENTE

La respiración rítmica de Antonella es lo único que me calma en medio del verdadero caos que se ha apoderado de mi cabeza y mi corazón desde que comenzó a llorar. Algo no está bien, y es una mierda no saber qué es. Es una mierda sentirme tan impotente. Es una porquería verla llorar sin poder hacer nada para cambiar eso.

Aprieto su cuerpo aún más contra el mío y beso su frente. La miro, y aunque está dormida, aún no tiene esa expresión pacífica que caracteriza a los despreocupados. Y yo quiero que la tenga. No solo cuando duerma, sino también cuando esté despierta.

Quiero que el rostro de Antonella no conozca ninguna expresión que no sea felicidad. Sé que es una prepotencia de mi parte desear tanto, pero eso no impide que la voluntad tome el control de mí y me vuelva loco por lo imposible que es, por el simple hecho de que existe.

Sabía que Isabella y su madre habían ido despertando en mí, a lo largo de los meses, sentimientos que nunca antes había experimentado. Todo comenzó esa mañana en el hospital. No pude soportar la desesperación de Antonella, aunque no tenía idea de cuán grande era. La necesidad de cuidarla me llevó a invadir esa recepción y conseguir la información que ella necesitaba, el paradero de su hija.

Después, me llevó a hacer guardia en la puerta de la sala de pediatría, hablar con el médico y pasar todo el día apoyado en una pared, solo para asegurarme de que las dos fueran al menos mínimamente bien tratadas. El mismo sentimiento me llevó hasta el pequeño apartamento donde vivían y me trajo hasta aquí. Debería haberlo sabido, ¿verdad?

Debería haber entendido que la cercanía con Antonella no haría que esa necesidad de protegerla disminuyera, sino que haría exactamente lo contrario. Se volvería tan insoportablemente grande que su dolor se convertiría en mi dolor.

Y si ayer fui capaz de huir del deseo que se presentó ante mis ojos como un verdadero espectáculo, que Antonella sea mi mujer, hoy ya no soy capaz. Sin embargo, conocer y saber qué hacer con estas cosas son completamente diferentes. Y lo único que me hace sentir más impotente que la tristeza de Antonella en este momento es mi propia ignorancia.

60.

ANTONELLA VALENTE

Una brisa cálida mueve la tela ligera de mi vestido, y miro por última vez el teléfono en la palma de mi mano. "En camino y muy ansioso por saber qué significa todo esto", dice el mensaje de Marcos. Suspiro y levanto la cabeza, inclinándola hacia atrás y dejando que mis ojos se pierdan en el cielo. En cualquier momento ahora.

La noche está cálida, hay una luna enorme dominando la vastedad del cielo azul oscuro, mi corazón está acelerado, mi boca está seca y mis manos tiemblan. Al final, Grazi tenía razón. Pasé casi siete días preparándome para este momento, pero no fueron suficientes.

Muerdo mi labio inferior cuando el sonido de las hélices llega desde lejos. Está llegando. A mi alrededor, la Marina de Guarujá se mueve como un organismo vivo. Personas, barcos y autos transitan continuamente, y solo en la última media hora, mientras espero la llegada de Marcos, tres helicópteros ya han aterrizado y despegado inmediatamente después.

Hace algunos días, incluso antes del cumpleaños de Isabella, él me contó que una vez, en Venecia, Italia, estuvo en algo muy parecido a un autocine, solo que de barcos.

Me pareció interesante y después de investigar un poco sobre ello, empecé a ser perseguida virtualmente por el anuncio de un

evento similar en Guarujá. Al principio, no me interesó lo suficiente como para venir. Pero después de descubrir que la película que se proyectaría sería *El Padrino*, fue imposible no querer hacerle una sorpresa a Marcos, y aquí estamos. Quiero decir, estoy. Mi esposo aún no ha llegado.

Es viernes por la noche y él viene en helicóptero directo de la oficina en São Paulo hacia acá. Organicé todo y solo le envié un mensaje diciéndole a qué hora el piloto lo estaría esperando. Él intentó, de todas las formas posibles, que le contara mis planes, pero me negué a arruinar la sorpresa. Estaría mucho más emocionada si la película fuera la única sorpresa que planeo para esta noche.

Y si no tengo ninguna duda de que Marcos va a adorar la primera, en la misma medida estoy segura de que va a odiar la segunda. Podría contarle la verdad sobre el padre de Isabella en cualquier momento, es cierto. Honestamente, ni siquiera sé si es una buena idea hacerlo justo en medio del mar, tal vez sea una idea estúpida, pero quiero que este momento signifique más que solo la sensación de un descubrimiento negativo para él, así que estoy tratando de equilibrar las cosas.

El helicóptero aparece a lo lejos y fijo mis ojos en él, siguiendo su aproximación. Pasan los minutos y mi corazón no sabe si las horas o los meses están corriendo hasta que Marcos baja del gigante de hierro, antes de que las hélices se detengan completamente.

—¿Por qué estamos en un puerto deportivo? ¿Compraste un yate? Por favor, dime que no compraste un yate —pregunta, caminando hacia mí con el humor que solo él sabe tener y una expresión divertidísima en el rostro.

Si solo verlo no fuera suficiente para sacar una sonrisa de mi rostro -alerta de spoiler, sí lo es-, la forma en que me está mirando, a pesar de mi nerviosismo, sería suficiente.

—No, Marcos. No compré un yate.

—¡Gracias a Dios!

Finge alivio y yo me echo a reír por toda su tontería. Me toma en sus brazos en el instante en que me alcanza.

—Hola, linda.

Marcos pega su frente a la mía y mi corazón no sabe qué hacer: si corre una maratón o si se esconde, asustado.

—Hola, Marcos.

Un cariñito en mi rostro, un beso suave en mis labios y mis ojos se cierran.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Su tono es susurrante, sabroso. Acaricio su rostro con el mío y respiro hondo antes de dejar que mis ojos se abran.

—Es una sorpresa. Ya lo verás.

—¿Sorpresa, eh? No es un yate, ¿cierto? ¿Estás segura?

—Lo estoy. Estoy segura.

Me río de su insistencia sin sentido. Al final, es lógico que no haya comprado un yate. Su cuenta bancaria lo sabría si lo hubiera hecho.

—Está bien. Vamos a ver esta sorpresa que no es un yate —dice sonriendo antes de hundir su nariz en mi cuello.

***

—Ok, ¿qué hace ella aquí? —pregunta Marcos en cuanto paramos frente a su velero.

Parada a su lado, giro el rostro hacia él.

—Sabes que "barco" es un sustantivo masculino, ¿verdad?

Sus ojos me buscan y, con una expresión muy seria, pregunta.

—¿Yo opino sobre el nombre de tu vibrador?

Levanta una ceja y yo abro la boca, ultrajada.

—¿Cómo sabes que mi vibrador tiene un nombre?

Ahora él inclina levemente la cabeza en un "¿en serio?" silencioso y yo chasqueo la lengua antes de reír.

—Pedí ayuda a tu papá... para traer el... —Mi frase es interrumpida por una mirada de Marcos y yo revuelvo los ojos—. La Molly... para traer a la Molly hasta aquí.

Sonríe satisfecho por haber aceptado su argumento tonto.

—Ajá... —Asiente con la cabeza y mira desconfiado el barco y a mí—. ¿Y por qué la trajiste?

Entrecierro los ojos hacia él.

—¿De verdad todavía no lo has descubierto? Quiero decir, pasamos por al menos media docena de carteles del helipuerto hasta aquí.

—¡Ah! —Sacude la cabeza, asintiendo, solo para sorprenderme completamente después—. Estaba muy ocupado prestando atención a una vista mucho más interesante que carteles aleatorios. —No resisto, agarro su cintura y busco su boca con la mía, porque de mí es de quien está hablando. Ha sido de mí de quien Marcos no ha desviado los ojos desde que bajó del helicóptero —. ¿Vamos a pasar el fin de semana navegando desnudos? Porque si esa es la sorpresa, ¡felicitaciones! ¡Has superado el mejor regalo que ya había recibido en mi vida!

—¡Ay, Dios mío, Marcos! ¡No! ¡No es eso! —interrumpo su discurso antes de que tenga la oportunidad de decirme qué era ese mejor regalo, pero no puedo evitar reír con su absurda sugerencia—. Es una función de cine, como la que fuiste en Venecia.

Las cejas se levantan en sorpresa, y lentamente una sonrisa comienza a expandirse en su rostro.

—¿Un autocine pero en barcos?

—O un *Sail on*, si quieres usar el nombre correcto.

Se voltea hacia mí con una expresión divertida en el rostro.

—¿Y trajiste a Molly hasta aquí solo para eso?

Mi sonrisa se borra lentamente.

—¿No te gustó?

Parpadeo, decepcionada. Marcos lleva sus manos a mis mejillas y captura mi mirada con la suya. Sonríe ampliamente y mata a todas las mujeres en un radio de ochenta kilómetros. No tengo dudas, soy la única sobreviviente y ni siquiera sé muy bien por qué.

—¡Me encantó, Nella! ¡Me encantó!

Esas palabras hacen que mi corazón dé un salto en mi pecho, pero no más que la cercanía de sus labios. Marcos me besa despacio, con cariño. Su lengua entra en mi boca con la intensidad que ya conozco, pero no hay el desespero de siempre, hoy hay calma, una calma que quiero mucho, pero que no puedo permitirme.

61.

MARCOS VALENTE

Con los brazos estirados y apoyados frente a mí, dejo que el agua caiga sobre mi cuerpo. Los chorros son fuertes y cumplen su propósito, relajando los músculos después de casi un día entero sentado.

No puedo quitarme la sonrisa de la cara. Mi plan era pasar la noche del viernes con Nella, tal como ha sido todas las noches, para ser sincero. Porque no importa cuántas ya hayan pasado, sigo pensando que no fueron suficientes.

Lo que definitivamente no estaba en mis planes era hacer esto a bordo de la Molly. Muevo la cabeza de un lado a otro y dejo que mis ojos recorran el baño de la embarcación, aún sin poder creer que ella simplemente trasladó el velero de la isla hasta aquí sin que yo tuviera la menor idea de lo que estaba pasando.

Necesito llamar a mi padre y darle las gracias. Pero eso significaría una conversación complicada sobre la felicidad matrimonial, así que mejor no. O tal vez sea justo lo que necesito. ¡Que se joda! ¿Sabes de lo que no necesito? Pensar en eso ahora. ¡Hoy es una excelente noche para darme un respiro de mi propio caos interior!

Cuando recibí el mensaje de Antonella, me preocupé por lo que sería esa sorpresa. Ella ha estado rara desde la mañana siguiente al cumpleaños de Isabella, prácticamente hace una

semana. Distraída, pensativa, luciendo triste y, definitivamente, más evasiva que nunca cuando se trata de temas de los que no quiere hablar. Una porquería.

Subimos al barco y Antonella se perdió en la cocina después de entregarme un mapa sobre a dónde debíamos ir. Pasamos el camino de la marina hasta aquí, el punto donde se llevará a cabo la función de cine, justo en medio del mar, separados, y al llegar, me mandó a la ducha después de solo un beso.

Cierro la ducha y estiro la mano para alcanzar una toalla colgada. Me seco y salgo del box con ella envuelta en la cintura. Cruzo el pequeño espacio hasta el cuarto y, sin mucha preocupación, elijo un short y una camiseta en el armario, ansioso por tener a mi esposa en mis brazos otra vez.

De vuelta a la superficie, encuentro a Antonella sentada en el futón que cubre la proa del barco. Hermosa. Absolutamente hermosa. Incapaz de moverme, me tomo un tiempo solo para mirarla. En la posición y distancia en que está, todo lo que puedo ver es su perfil iluminado por el círculo blanco y brillante en el cielo.

La imagen es increíble. Rodeada por decenas de otras embarcaciones y frente a una enorme pantalla de proyección apoyada en un yate, Antonella parece impresa en la Luna. Su rostro tiene la piel limpia, sin maquillaje y, aun así, los labios llenos y rosados se destacan. Su cabello corto está suelto y la brisa cálida lo mueve un poco.

El vestido blanco de tirantes finos se acumula en sus muslos debido a la posición de Buda en que está sentada, y su rostro está

pensativo. Estoy casi seguro de que su mente está muy lejos de aquí. Sus ojos se cierran y suspira. Una expresión angustiada toma su rostro, lo que me hace caminar hacia ella.

Ella se gira hacia mí tan pronto como escucha mis pasos y sonríe. Pero no es la sonrisa que quiero ver en su rostro todos los días. Es una sonrisa triste. Una sonrisa que no merece esos labios. Mis labios.

Me siento detrás de ella, rodeo su cuerpo con mis piernas y su cintura con mis brazos. Hundo la nariz en su cuello, aspirando su aroma y cierro los ojos brevemente, disfrutando la sensación que recorre mis venas cada vez que hago esto. Mi esposa reclina la cabeza sobre mi hombro, dándome más acceso y descansando su cuerpo contra el mío.

Le doy besos suaves en la piel antes de susurrar en su oído.

—Un dulce regalo para tus pensamientos.

—No hay nada que valga un dulce en ellos. Lo siento —murmura, y yo aparto mi rostro lo suficiente de su cuello para mirar sus ojos con claridad.

—¿Qué pasa, Nella? —Una de mis manos alcanza su mejilla, asegurándome de que su mirada no se desvíe. Ella niega con la cabeza, pero no tiene la audacia de hacerlo con las palabras—. ¿Me lo cuentas antes de que termine la noche?

Ahora su cabeza se mueve arriba y abajo, asintiendo, y yo hago lo mismo.

Exhalo más fuerte de lo normal y apoyo el mentón en el hombro de Antonella. Frente a nosotros hay una toalla y una cesta de picnic. Sonrío, ella pensó en todo.

Saco el celular del bolsillo y, con el mentón aún apoyado en su hombro, desbloqueo la pantalla, encuentro lo que quiero y se lo paso a Antonella.

—Mira.

Ella coloca su mano debajo de la mía, acercando el celular a sus ojos.

—La entrevista. ¡Salió!

Muerde el labio y hace una cara graciosa, ansiosa.

—Ajá. —Asiento y beso otra vez su cuello mientras lee la publicación en la revista online—. La versión impresa también se ha publicado hoy. Compré una, pensé que a Isabella le gustaría ver a su madre en una revista.

Mi esposa levanta los ojos, interrumpiendo su lectura solo el tiempo suficiente para mostrarme cómo los revuelve.

—La madre de ella y Marcos.

Chasquea la lengua después de decir mi nombre, y mis cejas se levantan en una sorpresa divertida.

—¿Tienes celos?

Me río de la tontería.

—No —responde seca y vuelve a leer la pantalla en mi mano.

Entrecierro los ojos, meto mis dedos bajo el tejido de su vestido y acaricio la piel cálida antes de apretar ligeramente.

—¿Tienes celos de mí e Isabella?

—¡Ya te dije que no!

La declaración es tan mentirosa que incluso una persona que no conoce a Antonella tendría dificultades en creerla.

—¡Ah, amor! ¡Basta ya! ¡Soy irresistible! ¡Causa ese efecto en las mujeres, no importa la edad que tengan! —Le quito la atención otra vez y, ahora, logro mantenerla. Antonella se gira con una expresión de ultraje en el rostro—. ¿No estás planeando matarme y tirarme al mar, verdad?

Finjo preocupación ante la expresión casi asesina en su rostro.

—Tal vez. —Antonella inclina su cuerpo contra el mío, obligándome a recostarme, y realmente no me importa—. ¿Un conquistador? —pregunta, estirada sobre mí con mi cuerpo entre sus piernas.

—¡Definitivamente! —Sonrío de oreja a oreja al ver sus ojos entrecerrados—. ¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Eh?

Ella mueve la cabeza de un lado a otro, negando, y mi sonrisa se amplía.

—No lo sé. Tal vez el mejor castigo para ti sea no hacer absolutamente nada. Estuve toda tonta buscando maneras de hacerte feliz, organicé todo esto y tú tienes el descaro de decir que

causaste un efecto conquistador por ahí. ¡Ah, no! ¡Te mereces mi desprecio!

El tono es de broma, pero Antonella finge levantarse y yo no la dejo. Giro a los dos sobre la superficie acolchonada y, en un abrir y cerrar de ojos, soy yo quien está encima de ella.

—¿Dónde piensas que vas?

—Quiero ignorarte.

—¿Y crees que eres capaz?

—Lo soy.

—¿Estás segura?

—No —responde de inmediato, aunque su respuesta va en contra de sus propios planes, y los dos nos reímos. Poco a poco, dejo mi peso sobre su cuerpo mientras juego con mi rostro sobre su piel.

Es un momento tan increíble que cuando la claridad que he estado buscando incansablemente durante días me alcanza, no llega como una ola gigante, como un terremoto o como un ciclón, aunque toma por completo mi mente y mi corazón con la fuerza de un fenómeno natural.

—Quiero hacerlo…

Mi voz es baja. No sé si estoy más preocupado por asustarla a ella o a mí mismo. La risa de Antonella vuelve a sonar fuerte.

—¿Aquí? ¿En medio de toda esta gente? Definitivamente, esto es un nivel superior de exhibicionismo.

Soy yo quien ríe ahora. Muy cerca, unos ojos oscuros y brillantes permanecen en silencio y agradezco por ello. No sé si podría lidiar con cualquier sonido además de la confusión en mi cabeza y los latidos alocados de mi propio corazón en este momento.

Felicidad. Era feliz antes de que Antonella entrara en mi vida. Tenía planes, deseos, no me faltaban ganas. Entonces, ¿por qué esta palabra nunca había tenido tanto sentido como ahora? De repente, todas las dudas y cuestionamientos que cultivé a lo largo de la semana se esparcen en mi mente como el agua a nuestro alrededor.

¿Era feliz? Sí, lo era. Siempre lo fui. Pero si hay algo sobre lo que no tengo dudas es que ahora soy más, mucho más. Nunca fui incompleto, pero tendría que ser muy tonto para no reconocer que en los últimos meses mi definición de felicidad ha cambiado.

Ya no son las noches llenas de whisky y sexo lo que pone sonrisas en mi rostro. Son mañanas y tardes de pensamientos incontrolables sobre la mujer que está debajo de mí, y muchos de ellos nos incluyen completamente vestidos. ¿No es una locura?

Son madrugadas de conversaciones tontas sobre temas aleatorios que no sirven para nada más que para hacerme sonreír. Son minutos incontables en los que deseo que el tiempo se detenga siempre que una niñita me cuenta cómo fue su día. Son horas infinitas viendo la misma película, una y otra vez.

Una risa corta y sorprendida escapa de mis labios, mis cejas se levantan, parpadeo y bajo la cabeza solo por un momento antes de volver a concentrarme en la mujer que me mira sonriendo. Entonces, sonrío. Sonrío y beso sus labios, su nariz, sus ojos.

Sonrío, porque en un momento tonto y completamente aleatorio, acabo de darme cuenta de que todas las dudas que me atormentaban desde que deseé internamente que Antonella fuera mi mujer no son más que tonterías. No sé cuándo sucedió, pero en algún momento, Isabella y su madre se convirtieron en una parte fundamental de mi felicidad, y ahora ya es una certeza.

—Quiero hacerlo —repito las palabras—. Aquí, allá adentro, en casa, en la isla, y en cualquier otro lugar, solo te quiero a ti.

Mi voz sale baja, ronca.

Las palabras se deslizan lentamente por ella. El rostro de Antonella empieza a transformarse conforme se da cuenta de que no estoy bromeando ni solo hablando de sexo, la sonrisa se reemplaza por labios entreabiertos, sus ojos se agrandan levemente, parpadeando varias veces seguidas, y su garganta se mueve lentamente, tragando con dificultad.

—Desde que entraste en mi vida, he ido descubriendo formas y más formas de felicidad que nunca pensé que sentiría. Solo verte me hace feliz, Antonella. Eres alguien traicionera que llegó queriendo aprovecharse de lo que yo ofrecía y, en lugar de eso, cambiaste completamente mi concepto de felicidad. Un día tras otro, tú e Isabella me dieron mucho más de lo que quitan.

Mi mano sube por su mejilla y la acaricio con el pulgar.

—Marcos... —susurra.

—Lo sé —asiento con la cabeza en señal de negativa, riendo de mí mismo—. Sé que no era este el plan. Sé que estoy rompiendo todas las reglas que nunca dijimos.

Su respiración toca mis labios y ella pasa la lengua por los suyos.

—Pero no puedo dejar de pensar, "¿Y si?". Te mereces algo mejor que yo. —Río, pero sin humor—. Te mereces algo mejor que yo, aquí, todo confundido, enredado con las palabras, yo solo...

Respiro profundamente, muriendo de ganas de tragar lo que tengo en la punta de la lengua y, al mismo tiempo, loco de ganas de dejar que cada palabra salga al mundo.

Antonella espera por ellas con los ojos ansiosos, la respiración descontrolada y los labios entreabiertos. Cierro los ojos, pego mi frente a la suya y tomo una decisión.

—Te quiero. Nunca pensé que diría esto. Nunca pensé que querría esto, pero quiero poder elegirte. Te quiero entera, Antonella. Mía. Y si lo digo ahora, es porque no tengo certeza de cuándo tendré otro ataque de valentía como este. Quiero más que noches robadas, dudas sobre si conocerás a otra persona. Quiero todo de ti.

Resoplo como si hubiera nadado cien metros y no abro los ojos, preocupado por lo que encontraré en el rostro de mi esposa cuando lo mire. Sin embargo, antes de que pueda reunir el valor, siento su boca sobre la mía.

Los labios de Antonella me tocan sin ningún tipo de delicadeza. Es un beso urgente, intenso, en el que nuestras lenguas se buscan una a la otra casi con desesperación. Un gemido escapa de mi garganta en el instante en que se encuentran. Es un beso diferente a todos los demás, y aún así, como todos los demás que hemos intercambiado. Sabroso, caliente, extraordinario. Pero esta vez, el deseo no es el único sentimiento al que responde.

Hay otros, y no quiero ponerles nombre. Por ahora, solo quiero la sensación de los labios de Antonella sobre los míos. De mis manos sobre su cuerpo y sus dedos sobre mi piel. Quiero su olor dominando mis sentidos, mi saliva extendiéndose por cada centímetro de ella que pueda alcanzar.

Quiero el calor de su cuerpo y el roce de sus contornos. Quiero la vibración de nuestro encuentro. El entumecimiento de nuestros sonidos. La cadencia de nuestros gemidos entrelazados. La explosión de nuestra esencia después de que todo se convierte en paz y encuentro. Quiero todo y nada. La quiero a ella. Y la quiero ya. De todas las formas en que pueda tenerla. De todas las maneras en que pueda alcanzarla.

El beso termina solo porque la necesidad de respirar nos obliga a separarnos.

—En una escala del cero al diez, ¿cuánto quieres ver esta película? —susurro con los labios aún pegados a los suyos.

—Menos dos.

Sonrío y aprieto los ojos, manteniéndolos así durante un rato.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Tratando de mover el barco con la fuerza del pensamiento para no tener que dejar de tocarte!

Antonella se echa a reír a carcajadas con mi respuesta, y mi corazón da tres saltos mortales, uno tras otro.

—Sáquenos de aquí, prometo que no me voy a ningún lado —responde y besa mi boca con delicadeza. Aspiro su cuello una última vez antes de levantarme y caminar hacia el timón—. Marcos... —me llama cuando ya estoy a unos pasos de distancia y me giro—. También te quiero.

Nada en el mundo fue tan hermoso como la sonrisa en su rostro al decirme esas palabras.

62.

MARCOS VALENTE

Nunca he maniobrado un barco tan rápido como esta noche y sabía exactamente adónde llevarlo. En un tiempo digno del Libro Guinness anclo el velero cerca de Ilha do Cardoso, la isla más bonita del barrio y completamente desierta, accesible solo en barco.

Cuando he terminado todos los trámites, Antonella está de pie mirando la playa frente a nosotros. Me acerco a ella por detrás y aprieto su espalda contra mi pecho.

—Si este lugar es así de bonito por la noche, no puedo imaginar cómo debe ser durante el día...

—No es más hermoso que tú.

Nella se gira hacia mí, una sonrisa aparece en la comisura de sus labios y se extiende por su rostro, llegando incluso a sus ojos.

—Cuidado, Marcos, o empezaré a pensar que eres un extraterrestre y que el verdadero Marcos Pedante ha sido abducido... —Saca la lengua—. ¿No hay un límite en el número de palabras dulces que puedes decir antes de que tu cuerpo empiece a convulsionar?

Inclino la cabeza hacia un lado y sonrío también, antes de negar y estrechar aún más su cuerpo contra el mío, enredando las manos en su pelo y tirando de su cabeza hacia atrás. La sonrisa en su cara se hace aún más grande.

—¿Mis dulces palabras te están enfermando, Antonella?

Ella asiente.

—Me preocupa que te mueras de hiperglucemia y yo me quede aquí, completamente sola y a la deriva —me explica, haciéndome reír.

—¡Ven aquí, ven aquí! Déjame mostrarte que aún hay una gran parte de mí que no es para nada dulce.

—¿Me lo prometes? —pregunta con sus labios ya rozando los míos.

Le tiro del pelo un poco más fuerte y ella gime.

—¿Quieres bailar conmigo? —pregunto, y Antonella enarca las cejas, sorprendida.

—¿Bailar?

Asiento lentamente con la cabeza y empiezo a moverme despacio.

—Parece que siempre interrumpen nuestros bailes...

—¡Pero solo bailamos dos veces!

Antonella se ríe.

—Y nos interrumpieron las dos veces. La primera vez levanté las manos al cielo, porque si tenía que estar tan cerca de ti un minuto más, sería imposible ocultar mi erección y estábamos en un puto acto benéfico. —Ella se ríe con la cara pegada a la mía, y el sonido es toda la música que necesito—. Luego, en nuestra boda.

Un silencio extrañamente bienvenido sigue a las palabras. Ambos sabemos quién interrumpió nuestro baile en la fiesta de nuestra boda, y ninguno de los dos está dispuesto a pensar en ello

ahora. Unos ojos marrones oscuros y brillantes sondean los míos y me dejo llevar por ellos.

Nuestra danza es mucho más un vaivén de cuerpos al ritmo de las olas que otra cosa. El mar baila para nosotros y lo único que hacemos es seguirlo sin siquiera despegar los pies del suelo. Acerco mi cara a la de Antonella, que abre la boca como si fuera a decir algo, pero desiste.

—¿Qué pasa, amor? ¿Qué es lo que te molesta?

—Ahora no. Ahora no. Mañana —declara, y me besa con una insaciable urgencia.

Antonella asalta mi boca, masajeando mi lengua y sus manos agarran con fuerza mi cintura. Nada en Antonella es delicado, y me encanta, mierda.

—¿Te sientes exhibicionista hoy, amor? —pregunto en cuanto termina el beso, segundos antes de lamerle los labios lentamente.

—Tal vez —susurra, convirtiendo el tierno momento que estábamos viviendo en una bola de fuego que rueda por mi piel hasta llegar a mi verga, haciéndola palpitar con la mera idea de Antonella vestida solo con la luz de la luna.

—Vas demasiado vestida incluso para un tal vez —repito en su boca las palabras que dije hace unos días en el balcón de mi habitación y le oigo reír. Pero esta noche, no te voy a dar tiempo para que te vayas y me tortures desnudándome lentamente.

Le beso el hombro antes de bajar las manos por su cuerpo, agarrarle el dobladillo del vestido y, con un rápido movimiento, tirarlo al suelo del velero.

—¿Sin sujetador, amor?

Chasqueo la lengua cuando encuentro sus pechos completamente desnudos y no pierdo el tiempo. Arrastro mi boca por su mentón y su cuello, lamiendo su regazo hasta llegar a uno de sus duros pezones y lo lamo lentamente. La respuesta de Antonella es un gemido bajo y unos ojos completamente ebrios de lujuria.

Su sabor inunda mi lengua y mi verga se retuerce dolorosamente, dejando claro que mi cuerpo se muere por sentir mucho más que esto. Inmediatamente, sus manos me agarran del pelo y empujan mi cabeza hacia su cuerpo al mismo tiempo que empuja sus pechos hacia mi cara.

Paso la lengua lentamente de arriba abajo y de abajo arriba antes de tomar el excitado pezón y chuparlo con gusto. La sensación de la deliciosa piel en mi boca es perfecta y mejora aún más cuando los gemidos de Antonella se unen a ella. Levanto los ojos y, con los labios aún muy cerca de su piel, pregunto.

—¿Quieres entrar? Porque estoy muy cerca de no poder dejar de tocarte.

Se muerde el labio, niega con la cabeza y un delicioso escalofrío me recorre la espalda.

Hundo los dedos en sus caderas antes de deslizarlos en el culo redondo, delicioso y enloquecedor de mi mujer. Acaricio sus curvas hasta que mis dedos corazón se colocan justo debajo de ellas, en la unión con sus muslos, y vuelvo a chupar el delicioso pecho que se frota contra mis labios.

La cabeza de Antonella se mueve lentamente hacia atrás y gime, disfrutando del suave tacto que llega a su vulva. La tela ya húmeda me hace sonreír y otro doloroso espasmo me golpea entre las piernas. El dolor en mis pelotas es casi insoportable y esta vez empujo mis caderas hacia delante, frotándolas contra el vientre de Antonella. Ella me corresponde.

—Qué rico... —susurro en su piel y muerdo su pezón—. Qué caliente que estoy —digo, antes de enganchar mis dedos en los laterales de sus bragas y subirlas, frotándolas contra su húmeda vulva y provocándola al deslizar la tela ya empapada entre sus suaves labios vaginales.

Antonella gime con fuerza y cada pelo de mi cuerpo se estremece al oírlo. Alcanzo su pezón, hasta entonces intacto, y, sin dejar de manipular la tela entre sus piernas, chupo con fuerza. Provocando espasmos de placer en su cuerpo caliente, mantengo una mano frotando las bragas en su vulva y la otra recorriendo su cuerpo sin ninguna delicadeza.

—Marcos... —gime mi nombre, disimuladamente. A punto de perder el control, me arrodillo, beso y lamo no solo sus pechos, sino también su vientre, una y otra vez.

Ahora le bajo las bragas por encima de las nalgas empapadas, y la tela se enrolla a los lados de su cuerpo mientras la arrastro por las piernas, dejando un rastro rojo por el tacto áspero sobre su piel pálida y suave.

Los dedos de mi mujer recorren mis hombros y hunde las uñas en la tela de mi camiseta mientras las sensaciones la abruman.

Mi verga palpita, ansiosa por unirse a la diversión, pero aún no, aunque ya estoy jadeando.

Con las bragas en el suelo, aprieto los labios contra su vulva caliente y chupo su clítoris hinchado. El sabor, el olor, la suavidad, todo golpea mi cuerpo a la vez en un éxtasis abrumador sin que yo ni siquiera me haya tocado. ¡Mierda! ¡Mierda! Antonella grita, caliente como la mierda con cada movimiento, sonido y reacción, y mi sangre parece rugir en respuesta.

Mi lengua se desliza arriba y abajo por su vulva, goteante de excitación. Bebo hasta la última gota antes de volver a concentrarme en su clítoris sensible, duro y delicioso.

—Marcos, ¡voy a acabar! —anuncia entre gritos y gemidos, y recorro su cuerpo con la boca hasta ponerme de pie.

—No, amor. Vas a acabar con mi verga dentro de ti. —le susurro al oído antes de lamerla, esparciendo saliva por su mandíbula, su mentón y su cuello hasta llegar a sus labios.

La beso profundamente. Invado su boca con labios, lengua y dientes. Unas manos ansiosas me arrancan la camisa, y me reiría si no estuviera rozando la locura en este momento. La brisa cálida de la noche golpea mi piel de inmediato, pero no trae ningún alivio, al contrario, parece hacer aún más grande el fuego que arde a nuestro alrededor.

Antonella se aferra a la mía, nuestras pieles se deslizan la una sobre la otra, jodiendo mis sentidos y destruyendo mi autocontrol. No satisfecha, desliza sus manos por el elástico de mis calzoncillos, introduciéndolas hasta tocar mi erección.

Gimo al sentir su cálida palma, mi verga palpitando en ella mientras mi mujer la aprieta y empieza a masturbarla en una paja terriblemente caliente. Sus ojos se iluminan, delirantes de placer mientras mi boca empieza a derramar un gemido tras otro, y le sujeto las manos, deteniendo sus movimientos.

Me quito los calzoncillos y vuelvo a besar la boca de Antonella en un beso húmedo, desordenado y jodidamente bueno. Camino hacia atrás hasta la zona acolchada y me siento en ella. De nuevo, chupo un pezón y, mientras empujo mi cuerpo hacia atrás, no dejo de chuparlo, estirándolo, haciendo resonar un grito de placer hasta que lo suelto.

Sentado en medio de la proa, miro a mi mujer. Su pecho sube y baja jadeante; sus labios están hinchados y húmedos por los besos; sus pechos tienen marcas rojas dejadas por mi boca; todo su cuerpo lleva las marcas de mis dedos y sus ojos, sus escandalosos ojos, gritan tres palabras que obedeceré encantado: ¡méteme la verga!

Preciosa. Perfecta. Y mía.

Antonella se arrodilla en el futón y se arrastra hacia mí. Justo cuando está a punto de montarme, chasqueo la lengua y sacudo la cabeza.

—De espaldas, amor. Quiero mirar ese culo redondo y hermoso mientras te la meto.

Obedece, pero no sin antes destrozarme el labio inferior con un fuerte mordisco. Se sienta en mi regazo y se da la vuelta, volviéndonos locos a los dos.

Nuestros gemidos se mezclan con cada movimiento y, sin que tenga que pensarlo, mis manos trazan sus propios destinos. Una se clava en la cabeza de la rubia y la otra aplasta uno de los pechos de Antonella entre mis dedos.

Su vulva abierta encaja perfectamente mi verga entre sus pliegues, rozándola y dejándola completamente embadurnada de la excitación que fluye entre las piernas de mi mujer mientras su pelo se mece con cada movimiento que hace. Miro hambriento el culo de Antonella sobre mi regazo hasta que uno de sus movimientos desliza mi verga en su entrada.

Juega con el glande, moviendo su melosa vulva a su alrededor, penetrando unos centímetros para abandonarlo en el instante siguiente y la sensación que tengo es que si no me la penetro ahora, me voy a partir por la mitad.

—Antonella —gruño, entre jadeos, y ella repite la tortura. Solo hace falta un movimiento y ya está gimiendo ruidosamente mientras la tiro hacia atrás y empujo mis caderas hacia delante al mismo tiempo, empujando profundamente sin perder un centímetro de su vagina glotona para que me trague entero—. ¡Terriblemente perfecta! Eres terriblemente perfecta. —Antonella se inclina hacia delante, su culo sobre mi regazo, completamente expuesto—. Date la vuelta, nena, déjame ver cómo me tragas entero, vamos —le suplico y ella me deja. Mueve las caderas arriba y abajo lentamente, metiendo mi verga a una velocidad tortuosa, gimiendo fuerte con cada embestida.

El barco se balancea ligeramente y cada sentada de Antonella me acerca tanto al orgasmo que mi visión se nubla. Meto dos dedos

entre sus piernas y los deslizo lentamente. Los gemidos de Antonella son cada vez más fuertes, hasta que se vuelven incontrolables. Su vagina se aprieta, anunciando su inminente orgasmo.

—Date la vuelta, amor. Quiero verte acabar.

Reúno todas mis fuerzas para poder decir algo coherente. Ella levanta el cuerpo y, con movimientos rápidos, cambia de posición, tan desesperada como yo por llegar al orgasmo. Sus caderas descienden, deslizándose por mi verga. Con ella frente a mí, chupo uno de sus pezones sin apartar los ojos de su cara.

Su expresión de placer es deliciosa y, sin poder resistirme, busco su boca. La beso con los ojos abiertos y la abrazo cuando estoy completamente enterrado en su vagina. No nos movemos, el mar lo hace por nosotros, meciendo el barco. Es sutil, pero Antonella está tan mojada, nuestros cuerpos están tan sudados y pegados que, ¡mierda! El más mínimo movimiento causa fricción.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, mirándonos fijamente y jadeando, uno sobre la boca del otro, antes de empezar a cogernos de nuevo con desesperación. Con cada embestida hacia abajo, yo empujaba hacia arriba, y nos acoplábamos en una danza rítmica y una auténtica sinfonía de gemidos y sonidos de sexo. Sus caderas golpeando contra las mías, mi verga deslizándose en su vagina empapada, su torso sudoroso frotándose contra mí. ¡Es delicioso! Demasiado bueno.

Vuelvo a besar su boca, Antonella grita con sus labios pegados a los míos, y mi lengua lame todo lo que puede alcanzar, su mentón, su mandíbula, sus labios abiertos, haciendo un delicioso desastre.

—¡Marcos! —grita mi nombre una última vez mientras acaba, arrancándome mi propio orgasmo con su voz de excitación.

Todo mi cuerpo se estremece cuando el primer chorro de semen se abre camino en la vagina de Antonella y, ¡mierda! Sigo empujando profundamente hasta que no hay una sola gota que no esté exactamente donde debe estar, en su vagina caliente y apretada, mía, ¡todo mía!

Acabamos con los ojos abiertos, inmersos el uno en el otro, y si aún tenía alguna duda, queda completamente exterminada durante los segundos en los que el mundo entero se desmorona, excepto mi vínculo con Antonella.

Entre pechos jadeantes y corazones acelerados, respiramos el mismo aire, confundimos nuestros sabores y saliva, y nuestras miradas se deshacen en una procesión de declaraciones gritadas en medio del silencio. Unos ojos escandalosos se clavan en los míos y me dicen tantas y tantas cosas, entre ellas que hay muchas otras que no se dicen.

Es un momento de intimidad como nunca pensé que podría compartir con nadie, y el hecho de que esté completamente enterrado en Antonella no tiene nada que ver. Estoy mucho más que totalmente enamorado. Amo a esta mujer.

¿Cómo es posible? ¿Cómo puedo darme cuenta de esto ahora que he llegado a un punto en el que ya no hay vuelta atrás? ¿Al punto en que estoy listo para abrir la boca y gritar esta información al mundo?

Sobre todo porque los ojos de Antonella también gritan. Aquí, en medio del océano, cuando no hay nada más que nosotros dos, en gritos mudos me dicen que ella también me ama. Que de alguna manera, en algún momento, sucedió, y nosotros dos, tontos y arrogantes en nuestras propias certezas, no fuimos capaces de entender, de intentar detenerlo y, ¡maldita sea! Nunca he estado tan agradecido por mi propia estupidez.

Sin embargo, a pesar de todas las palabras no dichas pero tan claramente comprendidas, a diferencia de sus ojos, los labios de Antonella no se mueven. Permanecen sellados, decididos a no dejar pasar ninguna palabra.

Acerco mi frente a la suya y dejo que mi mirada le transmita seis palabras antes de besar su boca: tenemos todo el tiempo del mundo.

63.

ANTONELLA VALENTE

En la sala de la casa, me muevo de un lado a otro sin poder controlar mi propio cuerpo. Miro el reloj y respiro hondo por enésima vez desde que abrí los ojos, despertando del sueño que fue el fin de semana para caer en la inminente realidad de tener que contar la verdad a Marcos.

¡Dios! ¡No debería ser tan difícil! Pero un momento tras otro, nunca parecía el adecuado. Nunca parecía una buena idea sacrificar el ahora por algo que sucedió en el pasado y que impactará directamente el futuro, así que dije "mañana". Mañana será una buena idea. Entonces, el sábado por la mañana, me despierta una Isabella saltarina, literalmente.

Primero, me llevo un susto tremendo, luego me convenzo de que aún estoy soñando. Al darme cuenta de que no, no podía ser un sueño porque la niña sobre mí estaba hecha de carne, hueso y mucha palabrería. Llegué a pensar que había enloquecido. Estaba segura de que había dormido en el velero, Isabella no podía estar lanzándose sobre mí, ¿cierto?

Incorrecto. Porque mientras yo dormía, Marcos pensó que sería una excelente idea llevar a Isabella al Guarujá para que ella se embarcara con nosotros en un fin de semana familiar. Y fue. Fue una idea increíble, maravillosa, pero que sirvió como la excusa perfecta para mi cobardía.

Pero hoy no. Hoy no puede esperar más. Hoy no puede pasar de largo. Miro nuevamente el reloj, deseando que en los últimos quince segundos hayan pasado cuatro horas, pero aún son exactamente las dos de la tarde, tal como era la última vez que revisé.

Suelto el aire por la boca y paso mis manos por el cabello sin dejar de caminar de un lado a otro. Es posible que no pueda decirle nada a Marcos cuando finalmente llegue a casa, porque ya habré cavado un agujero en el suelo, caído veintitrés pisos, atravesando techos y paredes, y caído muerta.

Todo mi cuerpo reacciona ante mi desesperación. Mi piel está sensible, mi boca seca, mis manos sudorosas y hasta mi visión parece rara hoy. Son las dos de la tarde. Aún falta mucho para las seis. Gracias a Dios, Isabella tiene una actividad de día completo con su grupo de ballet hoy. No sé si podría ocultar mi estado de agonía a alguien, mucho menos a mi hija.

El interfono suena y una corriente helada recorre todo mi cuerpo, mientras mi estómago se aprieta. ¡Maldita sea! Camino hacia él, apresurada y ansiosa, aunque no tenga razón alguna relacionada con quien esté al otro lado.

—¿Sí?

—¿Señora Valente?

—Sí, soy yo, Benício.

—La señora tiene una visita.

64.

MARCOS VALENTE

El tráfico intenso de São Paulo no hace nada por calmar mi ansiedad. Salí mucho más temprano del trabajo que de costumbre por tercera vez en menos de quince días y que se vayan a la mierda si no les gusta. Ahora realmente entiendo lo que João Pedro quería decir.

No tenía la intención de dejar la oficina a las dos de la tarde de un lunes. Pero de nada servía seguir allí si mi cabeza estaba en casa, en Antonella y en la maldita pregunta que no me dejó en paz durante todo el fin de semana. ¿Por qué, después de todo lo que se dijo con palabras y en silencio, ella siguió fingiendo que no había nada entre nosotros frente a Isabella?

Puedo entender su renuencia a declarar, en voz alta, sus propios sentimientos, porque, ¡mierda! Yo mismo apenas entiendo cómo es que estoy tan dispuesto a hacerlo. Lo que sea que la frene, no la juzgo. Tenemos mucho tiempo por delante. Pero no entiendo por qué necesitamos mantener ese juego de gato y ratón inútil frente a la niña.

El sábado, desperté antes que Antonella y decidí preparar un desayuno. Mientras salía sigilosamente del cuarto para ir a la cocina, Isabella ocupó todos mis pensamientos. La extrañaba y me di cuenta de que, desde que volvimos de la luna de miel, no me había alejado de ella ni un solo momento. Me reí de mí mismo al darme cuenta de lo domesticado que me había vuelto y lo feliz que me hacía eso.

No fue difícil decidir llevar a Isabella con nosotros. De hecho, me gustaba la idea de introducir nuestra relación en un entorno donde no fuera el foco, después de todo, estaba seguro de que estar en alta mar despertaría la curiosidad incontrolable de la niña. Mi esposa hizo todo mucho más fácil al dormir hasta tarde. Así que hubo tiempo suficiente para toda la logística y aún así sorprenderla.

Sin embargo, a pesar de que los días a bordo de la Molly fueron increíbles, no fueron como los imaginé. Después de que una niña emocionadísima me despertó, Antonella salió del cuarto trayendo consigo la distancia que siempre imponía entre nosotros cuando Isabella estaba cerca. Al principio, pensé que estaba imaginando cosas, pero cuando traté de besarla y Antonella giró la cara, fue muy difícil convencerme de que estaba equivocado.

El beso fue solo la primera de las cosas que me negaron. No hubo caricias ni otra noche dormida juntos. Yo dormí en una habitación y Antonella en otra, con Isabella. No fue nuestro mejor momento, pero tampoco me enojé. Después de todo, había tomado una decisión sin hablar con Antonella antes. Ella tenía derecho a no estar de acuerdo y no iba a ponerme a pelear por eso. Hablaríamos cuando llegáramos a casa.

Pero ayer, cuando llegamos, Antonella se desplomó poco después de acostar a Isabella y me conformé con tener su cuerpo acurrucado junto al mío otra vez, ansioso, después de solo una noche lejos, como el maldito adicto que me había vuelto. Dormí preguntándome qué podría estar deteniéndola, me desperté con la misma pregunta en la cabeza y no tuve paz durante la mañana o el

inicio de la tarde, hasta que simplemente me rendí. Lo que sea que sea, podemos solucionarlo, solo necesito que Antonella hable.

Paso por la portería del edificio y saludo a Benício. El conserje es, como siempre, atento, y entro al ascensor, porque hoy es una de esas raras ocasiones en que él ya está esperando por mí.

Saco el celular del bolsillo, revisando los mensajes mientras subo los pisos hacia el penthouse y cuando el ascensor emite un sonido, anunciando mi llegada, salgo sin ni siquiera levantar la vista. Automáticamente, dejo el maletín en el aparador del vestíbulo y sigo caminando hacia la cocina, donde imagino que Antonella estará a esa hora.

—Buenas tardes.

Detengo mis pasos cuando escucho una voz masculina y levanto la mirada para encontrar a Antonella, de pie, tan pálida como un papel, y un hombre alto y rubio parado justo detrás de ella. *¿Qué diablos es esto?* Frunzo el ceño ante la escena, al menos, intrigante.

—Buenas tardes —respondo, y el silencio que sigue es el ambiente perfecto para que mi mente empiece a imaginar los escenarios más disparatados posibles.

La proximidad de los dos no es más alarmante que la expresión en el rostro de mi esposa, que sigue inmóvil después de lo que parece una eternidad.

Ella aún no dice nada cuando me acerco y examino al individuo de pies a cabeza. Su edad probablemente se asemeje más

a la de Antonella que a la mía, viste un traje caro, es alto, sus cabellos rubios están peinados hacia atrás y hay algo en sus ojos que llama mi atención. Una familiaridad que no logro entender.

El silencio se extiende entre los tres. Y parece que, al igual que yo, el hombre espera que Antonella haga las presentaciones. La miro a ella que, increíblemente, parece volverse más pálida con cada segundo.

Pensamientos que no quiero tener toman vuelo, y se vuelven cada vez más difíciles de evitar cuando veo cómo mi esposa reacciona de esta manera al verme llegar más temprano y encontrarla con un hombre que jamás había visto en mi vida. Y cuya postura corporal me dice que ella lo conoce muy bien.

—Marcos —Antonella finalmente encuentra su voz, y mi garganta se cierra con la perspectiva de que ella diga la temida frase "No es nada de lo que estás pensando." Pero sus siguientes palabras, aunque completamente diferentes, no hacen nada para ayudarme a volver a respirar—. Marcos, este es Danilo, el padre de Isabella.

***

Sigo mirando las puertas cerradas del ascensor, aunque ya ha pasado un largo rato desde que llevó a Danilo Albuquerque de Holanda, el maldito padre de Isabella.

—Marcos...

Antonella me llama, pareciendo haber perdido al menos veinte centímetros de altura desde la última vez que la vi. Su rostro

limpio de maquillaje muestra miedo, y su preocupación por lo que está a punto de suceder es obvia por la forma en que se encoge.

Apoyo todo el peso del cuerpo sobre una pierna y llevo los dedos índice y pulgar a los labios. La observo por minutos. Lo suficiente para que las cosas se aclaren, solo que no se aclaran. Todo sigue siendo tan absurdo ahora como lo era hace más de cuarenta minutos cuando Antonella dijo: "este es Danilo, el padre de Isabella".

Cierro los ojos, meto los labios en mi boca, paso la lengua sobre ellos, humedeciéndolos, y muevo la cabeza levemente de un lado a otro. Abro los ojos y los fijo en mi esposa. Ella es la imagen del desesperación: rostro pálido, ojos alerta, respiración irregular, manos arrugando el vestido verde que lleva puesto y dientes mordiendo con fuerza su labio inferior.

—¿Puedes explicarme qué está pasando aquí? —pregunto, y una risa baja sale de mi garganta mientras me golpea de nuevo y de nuevo la realidad que no quiero reconocer—. Porque —apunto hacia las puertas cerradas del ascensor—estoy casi seguro de que no solo acabo de conocer al padre de tu hija, sino que también acabo de descubrir que él no tenía idea de que lo era hasta leer un artículo en una maldita revista de abogacía hace tres días.

Las últimas palabras salen entre dientes mientras cierro los ojos otra vez y aprieto mi mano libre en un puño.

—Yo-yo... —Antonella tartamudea, y ahora mi risa ya no es baja.

Es fuerte, como si intentara igualar mi desdén y la sensación de traición que llena cada parte de mi cuerpo.

—¿Qué, Antonella? —pregunto lentamente, saboreando las palabras amargas en mi boca con la intención de hacer que todo se vuelva más real—. ¿Me mentiste? ¿Otra vez?

Muevo la cabeza y empiezo a caminar de un lado a otro. Paso la mano por mi cabello y me paro de espaldas a mi esposa mentirosa. Respiro profundo, intentando controlarme. Si dejo que la ira me domine, sé que me arrepentiré después. Pero, ¡mierda! ¡La puta madre!

—¿Alienación parental, Antonella? ¿En serio? ¡Eso es un crimen, mierda! ¡Un delito penal!

—Marcos, tú-tú no entiendes... —se defiende, pero debería elegir mejor sus palabras, porque lo último que estoy dispuesto a tolerar ahora son acusaciones.

No de ella. No ahora.

No cuando casi no puedo lidiar con el hecho de que hace menos de una hora estaba pensando en cómo creí haber visto amor en sus ojos cuando todo lo que había en ellos eran mentiras. ¡Mierda! -me río de mí mismo-, idiota. Definitivamente, idiota.

—No entiendo... —repito, buscando lo inalcanzable: sentido. Simplemente no existe—. ¡No entiendo! Entonces, por favor, explícalo, Antonella. ¿Qué es lo que no entiendo?

Me giro hacia ella, encontrando su rostro empapado de lágrimas, lo que solo me pone más furioso, porque mi primer instinto

es tragármelo todo: mi frustración, decepción y dolor, para que ella no llore, pero todo tiene un límite, y descubrir otra mentira con seguridad es el mío.

—¿Que sigues dejándome en ridículo una y otra vez? ¿O será que te da igual mentirme con la cara más limpia del mundo? Jurando que no me escondes nada solo para, en los momentos más increíbles, ¡sorpresa! Descubrir que sí, ¡escondes! ¿Qué es lo que no entiendo, Antonella? ¿Que no me respetas? ¿Que de todas las mujeres del mundo, me tocó enamorarme de ti? ¿La maldita mujer que no se cansa de hacerme sentir un imbécil?

Le lanzo contra ella las palabras que deberían ser dichas en un momento completamente diferente. Ahora no son más que munición, y espero que no solo acierten al blanco, sino que también hagan un buen daño.

Cualquier color que planeaba volver al rostro de Antonella se da la vuelta y corre de regreso al lugar donde se había estado ocultando. Más pálida que nunca, me mira con los ojos muy abiertos, y el temblor que recorre todo su cuerpo es visible, incluso estando relativamente lejos como estoy.

—Tú-tú...

Su boca se abre, y hace un esfuerzo por hablar, pero su voz parece haber seguido el mismo camino que la sangre en su cuerpo y la ha dejado. Cierro los ojos, apretándolos. Incapaz de seguir siendo testigo de su sufrimiento, aunque una parte de mí quiera causarle tanto dolor como el que siento.

Cuando abro de nuevo los ojos, encuentro los suyos, ansiosos por que la escuche. Sin embargo, lo único que puedo gestionar en este momento es la rabia palpitante en mi cabeza.

—¿Qué dijiste? —finalmente consigue preguntar, y me río sin encontrarle gracia.

—¿Qué? ¿Que te amo? —Sacudo la cabeza, asintiendo—. No lo sabías, ¿cierto? ¡Claro que no lo sabías! —Levanto las manos hacia el aire dramáticamente y sacudo la cabeza, negando. El gesto teatral en mi rostro es doloroso, pero si esta mierda es un espectáculo, que sea de los buenos. —Porque solo crees en mí cuando soy el idiota que tanto ansías que sea—. acuso, Antonella traga saliva y niega frenéticamente.

—¡No estás siendo justo! Puedes acusarme de muchas cosas, pero no puedes acusarme de no creer en algo que nunca me dijiste —rebate, llorosa.

—¿Nunca te lo dije? ¡Maldita sea, Antonella! ¿Qué querías? ¿Una pancarta? ¿Un maldito contrato? Así lo habrías oído, ¿no? Porque, que yo recuerde, todo lo que he hecho es amarte en cada acción, en cada día, en cada maldito momento en que te miré, ¡maldita sea! Te amé cuando ni siquiera sabía lo que significaba, ¿y qué haces tú? ¡Mientes! Manipulas, escondes y huyes. Me ocultas que... —Exhalo con fuerza, incapaz de seguir lanzando todas las palabras que quiero con la rapidez que quisiera, porque no hay pulmón en el mundo que pueda almacenar suficiente oxígeno para ello—. ¡Ah, mierda! ¿Sabes qué? No puedo tener esta conversación contigo ahora, Antonella, simplemente no puedo.

Me doy la vuelta para salir de la habitación, pero el tono susurrante de su voz tira de los hilos de la marioneta rota que soy.

—Quería contártelo...

Su tono es otro golpe que me alcanza, y este es solo uno más de los motivos por los que esta conversación tiene que acabar. Estoy demasiado enojado. Cabreado como nunca, y aún así, su dolor me duele. Lo cual es ridículo, ya que el único que tiene derecho a sentirse traicionado, frustrado y decepcionado aquí soy yo.

Desafortunadamente para mí, sin importar esa certeza, ver a la mujer fuerte que sé que es reducida a las disculpas llorosas de una niña asustada me acaba. Solo por eso no le doy la espalda y la dejo hablando sola, aunque eso es justo lo que debería hacer.

Pero incapaz, tampoco no ahorro palabras. Si quiere tener esta conversación ahora, pues tendrá que lidiar con ello.

—¿"Quería"? ¡Claro, seguramente! ¿Cuándo? ¿Cuando Isabella tuviera treinta años? —me burlo.

—¡No! ¡No! —responde con desesperación, su voz se vuelve alta solo el tiempo suficiente para decir esas dos palabras, porque las siguientes salen, otra vez, susurradas—. Iba a contártelo este fin de semana, solo que... No pude.

—¿No pudiste? ¿Esa es tu justificación? ¿No pudiste? ¡Te pregunté más de una vez! Solo en la última semana, debo haber preguntado unas treinta, ¡y en todas ellas, huías! ¡Cambiabas de tema! ¡Meses atrás, Antonella! ¡Meses atrás te pregunté si había algo que debía saber, y mentiste en mi cara!

Niego y abro los brazos, necesitando expulsar de mí toda la indignación que domina mi cuerpo, mente y alma. Miro a Antonella, que parece cada vez más pequeña, encogiéndose. Su rostro está rojo, igual que sus ojos. Los rastros de lágrimas en sus mejillas son tantos que ya han dibujado un mapa tan confuso como el del metro de São Paulo.

Desvío la mirada y frunzo el ceño, porque simplemente no entiendo cómo fue capaz de seguir mintiéndome.

—Me metiste mentiras en los oídos como si fueran verdades, y no tuviste el menor pudor en dejarme creerlas, Antonella. —Ahora, hay mucha más dolor que rabia en mis acusaciones—. ¿Cómo pudiste?

Muerdo el labio y levanto las cejas. Miro al suelo. Las palabras que dijo mientras pensaba que yo estaba dormido invaden mi mente, transformando lo que era confuso en caos. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué mentiría si pensaba que ni siquiera la escuchaba?

—Quería contártelo, te juro que quería, pero nunca parecía ser el momento adecuado...

—¿Y ahora parece el momento adecuado, Antonella? ¿Este momento te parece adecuado?

La interrumpo, y mi esposa sacude la cabeza de un lado a otro, parpadea rápido, mueve las manos hacia su rostro y llora. De una forma mucho más dolorosa que cuando lloró en mis brazos la mañana siguiente al cumpleaños de Isabella. Antonella llora, y la sensación que tengo es como si una mano se metiera en mi pecho y me estrujara el corazón.

Desvío la mirada y lucho contra cada fibra de mi ser que quiere cruzar la distancia entre nosotros, abrazarla y decirle que todo está bien, pedirle que no llore.

—¡Mierda!

Me agacho y me agarro el pelo, tratando de entender qué está pasando conmigo. ¿Por qué demonios no puedo concentrarme en un solo sentimiento? ¿Por qué demonios no puedo entender cómo me siento en medio de esta situación donde la reacción correcta es obvia?

Antonella empieza a moverse, y levanto los ojos hacia su figura desordenada. Añadiendo aún más incomprensión al estado caótico de mis pensamientos, deja de estar estática y empieza a caminar de un lado a otro, como si solo hablar no fuera suficiente para que sus palabras tuvieran la fuerza que necesitan.

Respira varias veces mientras mueve los brazos arriba y abajo. Luego traga sollozos, fija los ojos en los míos y un susurro, como un soplo, sale de sus labios.

—No tienes idea de lo que es tener miedo de perder lo que nunca tuviste, Marcos, yo...

La interrumpo aún en su primera frase.

—¿No? ¿Y qué crees que está pasando ahora, Antonella? Porque el amor no es suficiente para lidiar con esta mierda. El amor no sostiene decepciones y frustraciones una y otra vez.

Solo me doy cuenta de que estoy gritando cuando las palabras ya salen volando de mi boca como dagas en un juego de

tiro al blanco.

—¡Yo estaba sola! —grita de vuelta, y es patético que eso me deje un poco menos angustiado al verla reaccionar. Al desear que reaccione, no por mí, sino por ella misma—. ¡Tú nunca estuviste solo!

—Y no hubo un solo día, desde que entraste en mi vida, en que no haya dado lo mejor de mí para que nunca más te sintieras así. Así que perdóname si no creo que eso sea una justificación.

Agotado, así me siento al decir esas palabras. Pero me sorprende su respuesta, que empieza exactamente en el mismo tono gritado que usó antes.

—¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste! ¿Y qué se supone que debía hacer, Marcos? ¿Renunciar a, por primera vez en toda mi vida, haberme sentido amparada? ¡No te mentí para dejarte en ridículo! Durante meses te mentí porque no era asunto tuyo. ¡Tú mismo dijiste que nuestro matrimonio era una fachada! ¡Lo esperaba, estaba lista para eso! Podía lidiar con ello, y mis mentiras nunca te afectarían!

—¿Y después, Antonella? ¿Y cuándo te lo pregunté en nuestro matrimonio, después de haberte dicho que, si me hubieras contado la verdad, nada de eso habría pasado? ¿Y en la isla, en el barco? ¿Cuando te dije que la honestidad era fundamental? ¿Y todos los días desde entonces? ¿Cuando te preguntaba si estabas bien, si había algo que te preocupara?

Cuanto más argumento, peor me siento, porque en el intento de mostrarle mi visión sobre todo, solo refuerzo mis propias certezas y decepciones.

—Siempre estuve sola, Marcos. No espero que lo entiendas. Pero sería más fácil si lo hicieras. Siempre estuve sola... —Antonella se pasa las manos por la cara de abajo hacia arriba, arrastrando las lágrimas que aún recorrían sus mejillas hasta la raíz del cabello, y luego por todo el largo de este—. Si lo entendieras, sabrías que cuando las cosas empiezan a cambiar, la primera reacción natural es dudar; la segunda, negar; y la tercera, aterrarse. No tenía a nadie y, de repente, te tenía a ti. De repente, cenabas conmigo todas las noches, besabas a mi hija, le traías regalos, le prometías fiestas y construías fortalezas contra monstruos. ¡Dios! ¡Marcos, le mostrabas que hay un mundo mejor, una vida mejor que yo no podía darle, y que no tiene nada que ver con dinero!

—¡No se trata de eso!

—¡Sí, sí! —grita aún más fuerte, y sus ojos están como platos —. ¡Sí, sí! Y tienes que entender que es lo mismo. —Agita la cabeza de un lado a otro varias veces—. Que mentí a un hombre que no debía ser nada más que un vínculo laboral absurdo, pero que, día a día, se convertía en el refugio seguro que nunca creí tener.

Antonella inclina la cabeza levemente, como esperando que sus palabras tengan algún efecto en mí. Es una expectativa vana, porque aunque tengan sentido, aún no son suficientes.

—No debía ser asunto tuyo, pero de repente, estabas durmiendo en la misma cama que Isabella y yo. De repente, sin querer, eras más de lo que nunca tuvimos, y no podía, simplemente no podía desear lo que nunca tuvimos, ¡Marcos!

El llanto amenaza con tomar control del cuerpo tembloroso. Antonella cierra los ojos, respira profundo, aprieta las manos en puño y pasa un rato así antes de volver a hablar.

—Nunca quise ser una hija de puta, nunca quise ponerte en ridículo. Solo que las cosas se me salieron de control, empecé a pensar que el universo se reía de mí, y solo quería decir que nadie se reía. Solo quería decir que a nadie le importaba, y que todo estaba bien, que yo estaba bien. Solo quería decirle al universo que no era justo que de repente me mostrara que algunas personas viven diferente. Solo quería enfrentarme a él y decirle que no era justo que usara precisamente a ti para eso, que nunca quisiste ser diferente, y hacerme preguntar, una y otra vez, cada hora, día, momento, segundo y milésima de segundo, si algo de lo que hacías podía significar más, porque no tenía idea de si querías más.

Antonella respira un momento, solo cuatro segundos, y continúa con sus argumentos.

—Solo quería decirle al universo que era injusto hacerme sentir celosa de mi hija, porque para ella era fácil aceptarte sin cuestionar, sin temer. Aunque me aterrara que dentro de dos años se volviera difícil, se volviera imposible. Aunque no hubiera una noche en que no perdiera al menos una hora de sueño preguntándome si Isabella me odiaría cuando nos divorciáramos, porque no importaba cuánto hicieras, no era tu trabajo mantenerla segura, ¡era el mío, Marcos! ¡Era el mío! Y yo estaba fallando, fallando, y sigo fallando todos los malditos días. Y es una mierda que haya días en los que todo lo que quiero es ser una chica normal de veintiún años, y duele

no serlo. Duele no poder serlo. Duele tanto querer serlo y no poder, no deber y querer, porque mi hija no tiene la culpa.

Antonella agita la cabeza, reafirmando con gestos lo que dice con palabras, y yo podría soportarlo si eso fuera todo, pero no lo es. Ahora su voz es un susurro de temblores y desesperación. Las lágrimas caen en cascada por su rostro, y aunque sus palabras no disminuyen mi decepción, la agonía que ellas desbordan es tan grande que es imposible no poner a un lado mis propios sentimientos.

Hay tanto dolor, tanto dolor en las palabras de Antonella, que no podría seguir haciéndole acusaciones y causándole más sufrimiento, aunque no sintiera por ella lo que siento.

—Ella no tiene la culpa, Marcos. Isabella no tiene idea de lo que siento cuando me abraza, cuando me sonríe y me mira como si yo fuera su mundo entero. —Nella cierra los ojos y los mantiene así mientras las siguientes palabras salen de sus labios, como si le causaran dolor físico, por las expresiones doloridas que invaden su rostro—. No tiene idea de que, a veces, cuando estaba sola y muy, muy, muy cansada, o con miedo, mucho, mucho miedo, imaginaba un mundo en el que ella no existiera.

Su cuerpo entero tiembla ahora, sacudiéndose en espasmos involuntarios que rechazan las palabras que acaba de decir. Antonella está en agonía, y me pregunto: ¿cuánto tiempo ha sido así? ¿Cuánto tiempo se siente así? ¿Cuánto tiempo huye? ¿Cuánto tiempo se esconde? ¿Cuánto tiempo ha estado consumida por

sentirse sola, completamente sola y culpable? ¿Tan absurdamente culpable?

No puedo ni parpadear. El aire está atrapado en mis pulmones, porque mi respiración está suspendida. Observo a Antonella con toda mi atención, temeroso de que si desvío los ojos de ella, aunque sea por un instante, la mujer se desmorone. Ella baja la cabeza y se frota las manos en la cara.

Quiero acercarme. Quiero tocarla. ¡Dios! Nunca quise tanto, nunca realmente necesité tanto asegurarme de que alguien estaría bien, no como lo necesito ahora, que Antonella esté bien.

Quiero decirle un millón de palabras. Quiero decirle que está equivocada, pero su dolor parece haberme congelado en mi lugar.

Nunca supe que alguien podría sentir tanto dolor y seguir entero.

Nunca supe que podría sentir tan profundamente un dolor que no es mío.

Nunca supe que podría sentirme destrozado solo por ver sufrir a alguien.

El rostro de Antonella se levanta, y me obligo a mantener los ojos abiertos.

—Entonces dime, Marcos. ¿De dónde se supone que debía sacar el valor para dejar de, por primera vez en mi vida, no sentirme así? Nunca quise ponerte en ridículo. Solo... solo soy demasiado cobarde.

65.

ANTONELLA VALENTE

¡Oh, Dios!

No puedo creerlo. No creo que realmente haya admitido en voz alta cosas que ni siquiera me atrevía a reconocer para mí misma. Respiro, pero el aire no llega. Simplemente no llega, y el temblor que recorre mi cuerpo de repente parece concentrarse en mis piernas.

No tengo valor para buscar los ojos de Marcos, aterrada por la perspectiva de lo que puedo encontrar. Me esfuerzo por seguir de pie, pero pierdo la batalla y mi cuerpo cede.

Antes de que mis rodillas toquen el suelo, unos brazos rodean mi cintura. No levanto la mirada. No quiero. No puedo. No soy capaz de enfrentar el horror que debe estar reflejado en el rostro de mi marido, y, aun así, su toque derrumba la última barrera que me mantenía entera. La sensación es como si me golpeara una ráfaga violenta de viento.

No debería ser tan impactante, ya que desde hace mucho tiempo me siento como si viviera en el ojo del huracán, pero lo es. Lo es, y sacude todo mi cuerpo en un llanto descontrolado y doloroso.

Siento que he abierto la caja de Pandora y que todos mis miedos y culpas están siendo liberados, pero en lugar de dispersarse por el mundo para atormentarlo, se concentran a mi alrededor,

orbitándome, impidiendo que el aire llegue a mis pulmones, ahogándome.

Manos se deslizan por mi piel helada, se dicen palabras, pero no logro escucharlas entre mi propio llanto, y siento que mi cuerpo toca el suelo. No es una caída, sino un deslizamiento suave que me deja sentada sobre algo cálido y blando, tan cálido como el lugar en que mi cabeza descansa. Marcos. Su olor es lo único capaz de compartir espacio con el desesperado caos en mi mente en este momento, y me permito llorar y ser abrazada.

No sé por qué está haciendo esto. No sé por qué sigue aquí, por qué no salió dando un portazo y diciéndome que ya no quería verme cuando volviera a casa, y no me importa, porque no soy capaz de pensar en nada.

Lloré hasta que mi garganta estuvo rasposa, hasta que mis ojos ardían, y la camiseta en la que apoyaba mi rostro se empapó por completo con mis lágrimas.

Lloré por todas las veces que me sentí sola. Por todos los pensamientos horribles que tuve sin poder controlarlos a lo largo del tiempo, lloré por todas las veces que guardé silencio. Lloré hasta sentirme vacía. Y, aunque ya no quedaba ni una lágrima, seguí inmóvil, temerosa de moverme y descubrir que todo este apoyo fue solo un brote de mi mente, y que, de nuevo, estoy sola.

—Mírame, Antonella. —Marcos coloca los dedos índice y medio sobre mi mentón y pide con voz suave, cuidadosa. Trago con dificultad y paso la lengua seca por mis labios. No quiero mirar. No quiero—. Por favor, mírame —repite la petición, y aterrada, cedo.

Levanto la cabeza para encontrar sus ojos, y lo que veo vuelve a inundar los míos cuando creí que eso ya no sería posible. Comprensión.

No hay juicio. No hay repulsión. No hay asco. Pero sí, comprensión.

Por primera vez realmente entiendo lo que Marcos quiere decir con "ojos escandalosos". Porque, aunque sus cuerdas vocales gritaran, no hablarían más fuerte que sus iris azules en este momento.

Marcos entiende mi dolor y, de alguna manera, lo siente. Él lo siente mucho, tanto o más que yo por sentirme así, y no cree, ni por un segundo, que tenga razón. "¡No eres una cobarde!" "¡No eres un fraude!" "Sentir miedo, sentir cansancio, no saber qué hacer, nada de eso te hace una mala madre. Está bien, Antonella. Está bien no ser siempre tu mejor versión, ¡nadie lo es!". Sus ojos me lo dicen en silencio, y con cada frase que escucho, mi alma parece volverse cien kilos más ligera, porque él me entiende.

Él me entiende.

Él me entiende, y necesito que lo sepa.

No sé cuánto tiempo pasa en este intercambio mudo hasta que finalmente abro la boca. Pero la abro.

—Te amo. —Muerdo mi labio inferior, buscando qué decir a continuación, porque no sé. No sé cuál debería ser el siguiente paso, y si el arrepentimiento matara, estaría muerta, tendida en el suelo por no haberlo dicho antes, por no haber confiado más en las

acciones de Marcos que en mis propias dudas—. Te amo, y lo siento mucho, mucho de verdad, ¡Marcos! ¡Por haberte herido! Pasaré el resto de mi vida compensándote por esto, solo... —Interrumpo mis palabras sin saber cómo usarlas para expresar la magnitud de mi arrepentimiento.

Los dedos de Marcos suben por mi rostro y acarician mi mejilla, y el silencio se extiende entre nosotros como una alfombra. Hasta que, a pesar de todo lo que sus ojos gritan, sus labios forman palabras completamente diferentes.

—Necesitas descansar... Fue... Fue un día horrible, yo... ¿Puedes levantarte? ¿Puedes ponerte de pie?

Muevo la cabeza, asintiendo, y parpadeo algunas veces. Con su ayuda, me levanto, y Marcos hace lo mismo inmediatamente después. Nos miramos, nuevamente, en silencio.

—¿En tu cuarto o en el mío? —pregunto en voz baja, aunque la respuesta flota en su mirada azul.

—Antonella, creo que ahora es mejor que vayas al tuyo.

Son palabras cuidadosas, y no hay nada más que temor en el tono. Pero duele como cualquier rechazo dolería. Tal vez incluso más que si estuviera gritando conmigo. Porque saber que, incluso herido hasta el punto de negar sus propios sentimientos, Marcos sigue cuidando de mí, duele mucho más que su desprecio.

—Marcos. —Mi voz es un susurro—. Pensé que...

—Sé lo que pensaste, Antonella. Pero no es tan simple. Yo... —Desvía la mirada, mirando la pared unos segundos antes de volver

a encarar mis ojos—. Te amo, y cada palabra que dije, o que no dije, es verdadera. Eres una madre increíble, y sentir miedo no te hace cobarde, pero en este momento, yo... —Marcos hace otra pausa, mirando al suelo brevemente—, no sé si mis certezas son suficientes. —Alguien está cortando mi suministro de aire, pero solo asiento—. Voy a salir ahora, solo…

Nuevamente, muevo la cabeza, y tomando esto como la respuesta que necesitaba, Marcos me da la espalda. Ni siquiera parpadeo mientras lo veo alejarse paso a paso, llamar al ascensor, entrar en él y ser llevado lejos de mí.

66.

MARCOS VALENTE

—¿Marcos?

Curiosamente, o como una señal de buena voluntad del universo, es el propio João Pedro quien atiende la puerta cuando toco el timbre de su casa.

Después de conducir sin rumbo durante horas, me encuentro llegando al condominio de mi amigo. La verdad es que solo tenía dos opciones. La primera era mi padre, que estaba descartado, y la segunda era el par de ojos destacados por cejas fruncidas que me miran ahora.

Él se aparta de la puerta, abriéndome el paso, y entro sin haber dicho ni una palabra.

—Oficina —avisa, y yo asiento con la cabeza.

Subimos las escaleras, cruzamos pasillos y finalmente nos aislamos en el cuarto de trabajo. Me tiro en un sofá de cuero marrón, apoyo la cabeza en su respaldo y cierro los ojos.

Escucho los movimientos de João Pedro y, solo cuando siento su cercanía, levanto la cabeza y abro los ojos. Mi amigo tiene un vaso de whisky extendido hacia mí y la botella en la otra mano. Tomo el vaso y me lo bebo de un solo trago, antes de extenderlo, pidiendo más. Él sirve otra generosa dosis, se sienta a mi lado y espera.

De nuevo, reclino la cabeza hacia atrás y me sumerjo en la oscuridad de los párpados cerrados. Quedamos en silencio el tiempo suficiente para que él se canse de esperar.

—Sabes, estaba esperando tu visita, pero definitivamente no es la visita que esperaba. Entendería si estuvieras aterrorizado, desquiciado, despidiéndote, porque te estarías yendo a una larga temporada al triángulo de las bermudas, pero ¿esa cara de culo? No... Eso no. Así que supongo que esto no tiene que ver con que hayas descubierto que estás enamorado.

Sonrío tristemente.

—Sabes...

—Cualquiera que haya leído el artículo en la revista sabe, Marcos. Esas fotos apestan a pareja enamorada. Así que esto tampoco puede ser por el hecho de que Antonella te haya rechazado.

La revista. Bueno, parece que sacó muchas verdades a la luz.

—No. No es eso. Ella hizo algo peor, amigo. Me mintió otra vez. —Levanto la cabeza y miro a João Pedro, quien, con una ceja levantada, me pide en silencio que explique—. Danilo Albuquerque de Holanda también hizo un descubrimiento al leer ese artículo, descubrió que tiene una hija.

—¿Qué?

—Sí. El padre de Isabella. Vio una foto de ella en la revista. Aunque ella no participó en la sesión de fotos en la azotea, tú viste, también publicaron fotos de la boda. Danilo vio las fotos, leyó el

nombre de Antonella por primera vez en cinco años e hizo los cálculos.

—¡La puta madre!

—Sí —respondo lentamente—. ¡La puta madre!

—Pensé que el padre de la niña no quería nada con ella, nunca imaginé que simplemente no sabía de la existencia de la niña. Mierda.

—Bienvenido al club.

Levanto el vaso en un brindis solitario.

—Pero qué mierda, Marcos —dice, pero enseguida me mira. João realmente me observa y ve toda la miseria en la que estoy—. ¡Ah, carajo! ¡La amas! ¡La puta madre! ¡La amas! —concluye por sí mismo, y la sonrisa triste parece haberse quedado pegada a mis labios, pues se niega a dejarlos en paz, aunque no quiera sonreír.

—¿No es gracioso? De todas las mujeres en el mundo...

—Marcos...

—Lo sé, ¡estoy jodido! ¡Total y completamente jodido!

João se tira en el sofá y replica mi posición, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Albuquerque de Holanda... ¿Por qué ese apellido no me suena extraño?

—Porque, aunque lo guardes en un cajón, tienes un título en derecho, y ese es el apellido de uno de los más grandes juristas de

los años 80. ¿Adivina qué profesión tiene el abuelo paterno de Isabella?

—¿Un juez?

—¡Bingo!

Muevo los labios de forma dramática y levanto el vaso nuevamente antes de llevarlo a la boca y beber un buen trago.

—Entonces, ¿por qué escondió el embarazo? Si sus padres fueron lo suficientemente hijos de puta como para echarla de casa, ¿por qué, en lugar de buscar al padre de la niña, huyó de él?

—No lo pregunté, pero conociendo a Antonella como creo que la conozco... No es difícil adivinar. Ella era una adolescente, embarazada, sin techo. Si Albuquerque de Holanda hubiera querido quitarle a la niña después de que naciera, lo habría hecho en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Esto solo empeora!

—¿No es increíble?

—Mierda, Marcos... ¿Qué vas a hacer?

Me río bajo, por primera vez realmente encontrando algo gracioso desde que el mundo decidió desmoronarse sobre mi cabeza.

—Más o menos esperaba que pudieras ayudarme con esto. Consejo. ¿Conoces el concepto? Eso que damos gratuitamente a los amigos.

—Lo siento, no tengo ninguno y definitivamente no quiero estar en tu piel.

—¡Ah, qué buen amigo eres!

Es el turno de João de reír bajo.

—No tengo la menor idea de qué hacer, amigo... Ninguna idea —admito, aunque eso me haga sentir derrotado.

—Al menos en eso estás cumpliendo con las expectativas.

—¿Con qué? —Giro la cara hacia él, frunciendo el ceño.

—Bueno... —João levanta las cejas—. En una situación así, esperaba que estuvieras echando espuma de rabia, en vez de eso, solo estás...

—Miserable —interrumpo, completando la frase, porque si es exactamente como me siento, no tengo la menor duda de que es exactamente como me veo—. No la viste, João. —Invocadas por las palabras, las imágenes de la agonía de Antonella llenan mis pensamientos, y aprieto los ojos, con tanta dificultad para lidiar con los recuerdos como la que tuve para lidiar con la realidad—. Estaba enfadado. Muy enojado, al borde de perder el control, para ser sincero. Pero no puedes ver a alguien romperse de la forma en que Antonella lo hizo y quedarte inmune, no puedes quedarte entero.

—¿A qué te refieres?

Me giro hacia João.

—Antonella lleva tanta culpa, tanto miedo, tanta soledad, João. Todo lo que quería era poder quitarle todo eso, asegurarme de

que nunca más sintiera alguna de esas cosas.

Me paso la mano por el rostro, me froto los ojos cerrados y me jalo el cabello.

—Entonces, ¿por qué estás aquí y no allá? ¿Con ella?

La pregunta del millón. Porque no importa cuánto esté confundido con todo lo demás, el hecho de que desearía nunca haberla dejado sola es tan claro como el cristal. Me hubiera gustado haberla puesto en la cama, abrazarla y decirle que todo estaría bien. Pero no podía. No cuando no tengo esa certeza. Antonella necesita cuidado, pero no mentiras. Ninguno de los dos necesita mentiras.

—Porque no sé si el amor es suficiente. —Exhaló fuerte y muerdo el labio. Organizo las palabras lo mejor que puedo antes de volver a hablar—. Estoy muy lejos de ser un experto en esto, pero no sé si puedo superar esto, João. Entender sus motivos, odiar el sufrimiento que la llevó a esconderme cosas, nada de eso me hace sentir menos herido. Ella tuvo muchas oportunidades, y yo lo habría entendido si me lo hubiera contado. Lo habría hecho. Aunque hubiera sido anoche o esta mañana, aún lo odiaría, pero lo habría entendido. Pero el hecho es que no lo hizo.

—¿Pero acaso ella quiso contártelo?

—Dijo que sí.

—¿Dijo o intentó?

Pienso en la pregunta. ¿Antonella intentó contármelo? Repaso los eventos de las últimas semanas. Los dos en la cama, después del

cumpleaños de Isabella, y ella parecía tomar una decisión importante, pero al final solo me pidió que la besara.

A la mañana siguiente, Antonella escapando de mi cama, cayendo en llanto en mis brazos, y esa sensación de que algo estaba mal.

La noche en el barco, la promesa de que me diría lo que estaba mal hasta el final de la noche, las cosas cambiando de rumbo y quedando para el día siguiente, la llegada de Isabella, los dos sin poder hablar. La reticencia de Antonella en decir las palabras, en dejar que Isabella supiera lo nuestro.

Parpadeo y repaso al menos diez veces los mismos hechos. Paso la lengua sobre los labios, y el tiempo parece detenerse mientras entiendo que sí, ella intentó. Antonella intentó contarme. ¡Mierda! Dejo el vaso de whisky sobre la mesa, necesitando ambas manos para frotarme la cara y tirar de mi cabello.

¡Mierda! ¡Carajo! Ella intentó contarme. Eso tiene todo el sentido. Nos escondió de la hija, probablemente, por miedo a cómo se pondrían las cosas una vez yo supiera la verdad.

—¡Ah, mierda! ¡Ella realmente intentó contarme!

Decirlo en voz alta parece quitarme una tonelada de encima. Exhalo todo el aire de los pulmones y miro a João Pedro mientras parpadeo, atónito.

—¿Y eso cambia algo?

—¡Eso cambia un montón!

—¿Por qué?

—Porque si un amor recíproco no puede con todo, el unilateral mucho menos, João. Y me costaría mucho creer que me ama si pudo mentirme tan descaradamente, sin importar los motivos.

Mi amigo mueve la cabeza, asintiendo.

—¡Mírate! ¡Todo un adulto!

—¡Vete a la mierda! —respondo riendo.

—No... uno a la vez es suficiente, y ya estás jodido por dos. —Muevo la cabeza, viéndome obligado a estar de acuerdo con él—. Y esto cambia las cosas, ¿a nivel de "ya sabes lo que vas a hacer" o solo a nivel de "ya no me siento tan miserable"?

—Eres muy bueno creando escalas, ¿eh? —ironizo—. Pero, por ahora, estoy en el nivel de "ya no me siento tan miserable".

—¡João! —Los dos giramos la cabeza cuando la puerta se abre, y Eliza pasa por ella llamando a su marido, pero se interrumpe al descubrir que estoy ahí—. ¡Oh, perdón! No sabía que estabas aquí, Marcos —dice, y su rostro se pone más rojo.

Con mi visión periférica, veo la sonrisa babeante que apareció en el rostro de João Pedro solo al ver a su esposa, y aunque en medio de mi tristeza, me alegra de verdad por él. Ahora que conozco ese sentimiento, es imposible no desear que todas las personas a las que quiero también tengan una parte de él.

—Eliza —la llamo y ella me presta toda su atención—. ¿Puedo hacer una pregunta indiscreta?

Su rostro se pone aún más rojo, pero asiente, moviendo la cabeza.

—Nunca huíste de João Pedro. Aunque las cosas se pusieron muy difíciles, no te fuiste. ¿Por qué no? ¿No tuviste miedo?

Las cejas de la mujer se levantan sorprendidas. Definitivamente no era ese el tipo de pregunta indiscreta que esperaba, y me reiría si no fuera por lo mala que está la situación. Eliza muerde el labio inferior e inclina la cabeza a un lado, pensativa durante un rato antes de contestarme.

—Creo... creo que nunca tuve miedo de perder a João —dice, y lo mira con la misma dedicación con la que él la mira a ella—. Quiero decir, tenía mucho miedo de la soledad, Marcos. Tenía miedo de que fuera todo lo que conocería. Tenía miedo de ilusionarme con cosas que en realidad solo existían en mi cabeza. Pero cuando superé ese miedo, no quedaban otros. Estaba tranquila. No importaba qué tan mal estuvieran las cosas, sabía que João estaría allí.

Muevo la cabeza, asintiendo con las palabras de la mujer que ahora está frente a mí, sentada sobre las piernas de mi amigo y recibiendo un beso en la mejilla.

La respuesta de Eliza no resolvió mágicamente todas mis dudas, pero me dio más que suficiente para pensar. Antonella tiene miedo a la soledad. No solo por ella, sino por su hija también. Y, a diferencia de Eliza, que ya tenía suficiente confianza en João para no

huir cuando enfrentaron una situación difícil, mi esposa aún está en ese camino.

—Vine a llamar a João para cenar. ¿Por qué no te quedas con nosotros?

Y como aún no estoy listo para lo que me espera en casa, acepto.

***

Ya pasa de la medianoche cuando el ascensor anuncia mi llegada a casa. Me tomé todo el tiempo posible en la calle, con la esperanza de que cuando llegara, Antonella ya estuviera dormida.

Sin embargo, basta con que cruce el vestíbulo para darme cuenta de que mi plan falló. El rostro rojo y los ojos hinchados de Antonella me hacen apretar los ojos por la culpa de haberla dejado sola. Pero no estaba listo para tener esa conversación antes, y seguro que no lo estoy ahora. Las cosas están más claras, pero aún no lo suficiente.

Ella deja de caminar de un lado a otro en cuanto mis ojos la alcanzan y comienza a caminar hacia mí. Me extraña que esté completamente vestida a esta hora de la noche, pero, ignorando las alarmas que eso dispara en mi cerebro, le hablo.

—Antonella... Estoy cansado... Creo que sería mejor dormir y...

—Marcos.

Su tono de voz pone todo mi cuerpo en alerta. Solo con él sé que sus próximas palabras no tendrán nada que ver con nosotros. En pasos largos, recorto la distancia que nos separa y extiendo las manos para ponerlas sobre sus mejillas.

—¿Qué pasó? ¿Algo le pasó a Isabella?

—¡No! Marcos...

Su boca sigue abierta, pero no sale ninguna palabra y sus ojos gritan desesperación, a pesar del silencio.

—Antonella, ¿qué pasó?

Mi corazón ya va desbocado y mi mente corre sobre todas las malas noticias posibles.

—Marcos, tu padre.

Dejo de moverme, de pensar, de respirar. Todo se detiene cuando un miedo helado recorre mi espalda y se extiende por cada centímetro de mí. ¿Y el mundo? Estoy seguro de que también ha dejado de girar.

67.
ANTONELLA VALENTE

—Él... Él sufrió un ataque al corazón. Traté de llamarte, pero dejaste el teléfono en casa, y no tenía idea de dónde estabas —le explico a un Marcos estático, con los ojos vidriosos, que ni siquiera sé si sigue escuchándome.

A pesar de mi determinación, las lágrimas empiezan a recorrer mis mejillas sin que pueda evitarlas. Me había dicho a mí misma que ya había llorado todas las lágrimas que tenía para llorar, pero no es tan simple. Definitivamente no lo es. Sobre todo porque las lágrimas que mojan mi rostro ahora tienen un motivo completamente diferente al de aquellas que dejaron mis ojos rojos hace unas horas.

Antes lloré por mí. Ahora lloro por Marcos. Su padre siempre fue su héroe. No sé lo que él está sintiendo, pero con el miedo a la pérdida cubriéndome cada centímetro de la piel, no es tan difícil de imaginar.

—¿Mi... mi padre?

Aunque tartamudea la primera palabra, su tono de voz es firme, y aprieta los ojos y las cejas en una expresión incrédula, mientras su atención sigue completamente centrada en mi rostro.

—Está en la casa. Tu madre prefirió llevar el hospital hasta él, preocupada por los medios. Solo estaba esperando que llegaras.

Esto lo despierta, y Marcos vuelve a moverse.

—Está bien. ¡Vamos! —dice, mientras toma mi mano y, sin darme tiempo a nada, prácticamente me arrastra hacia el ascensor, claramente enfocado en una sola cosa. Es solo cuando las puertas ya se están cerrando que se gira hacia mí—. ¿Isabella?

—Carmen está aquí. Está con ella.

Marcos niega con la cabeza, y no puedo soportar la mirada perdida en su rostro. Me acerco y envuelvo su cintura con mis brazos. Que se joda toda la mierda que estamos viviendo. No lo voy a dejar solo. Marcos tarda unos segundos, pero sus brazos se cierran a mi alrededor, hundiendo su nariz en mi cabello.

No debería gustarme tanto esto, pero me gusta. Y, al igual que él, en silencio, solo me deja ser sostenida por nuestro abrazo.

***

Giovanna se lanza a los brazos de Marcos en cuanto cruzamos la puerta. Él la abraza y, exactamente como hizo conmigo hoy más temprano, la deja llorar en sus brazos. A pesar de su estado de alerta, y de que estoy segura de que está profundamente afectado, Marcos no derrama ni una lágrima.

Aceptó mi consuelo, pero desde que salimos de casa, su postura es, indiscutiblemente, la de alguien que tiene todo bajo control. Mentiroso.

Cuando logra calmarse, Giovanna nota mi presencia y me abraza también. La consuelo y le digo que todo estará bien, que estamos aquí para lo que necesite. Su dolor es una marca roja y gigante en todo su cuerpo. Me atrevo a decir que incluso alguien

que no la conoce sería capaz de notar, solo con mirarla en este momento, que algo está terriblemente mal.

—¿Qué dijo el doctor Paulo? —pregunta Marcos.

—Nada aún, hijo. Nada aún. Montaron una UCI[4] en el cuarto y están ahí desde que llegaron.

Las siguientes horas son angustiosas. Se intercambian pocas palabras mientras esperamos noticias. La impresión que tengo es que para Giovanna, la experiencia entera debe ser mucho peor que si estuviera en un hospital. Después de todo, está en su propia casa y no puede simplemente irrumpir en el cuarto y exigir noticias.

Para mí, al menos, el aire "oficial" del hospital parece hacer los límites más claros. Hago lo mejor posible asegurándome de que mi marido y su madre tengan siempre agua, café y silencio a su disposición. Además, no suelto la mano de Marcos ni un segundo, y la fuerza con la que agarra mi palma me dice que esto es algo bueno. Algo muy bueno.

Los tres nos levantamos cuando las puertas del cuarto se abren y el médico pasa por ellas. Después de horas de espera, estoy segura de que no soy la única que contiene la respiración mientras el hombre camina hacia nosotros.

—Marcos, Giovanna —saluda, dejándome fuera, probablemente porque no sabe mi nombre, pero mi marido corrige eso enseguida.

—Doctor Paulo, ella es mi esposa, Antonella.

Él asiente, reconociendo mi presencia. Lo cual tiene todo el sentido. Después de todo, ¿qué diría? ¿Repetiría mi nombre o diría que es un placer conocerme? Con el corazón acelerado, abro y cierro la mano que no sostiene la de Marcos.

—Está bien y estable.

Tres respiraciones profundas suenan al mismo tiempo. Cierro los ojos y doy algunos pasos hacia atrás, apartándome lo suficiente para que Giovanna, nuevamente, se lance a los brazos del hijo.

La escena es hermosa y me recuerda, inmediatamente, a Isabella. Mis ojos arden, respiro profundo, tratando de controlar mis propias emociones, pero fracaso y las lágrimas caen.

No fue fácil enfrentar a Danilo y reconocer que le robé años del desarrollo de Isabella. No fue fácil admitir para mí misma lo mal que estuvo eso, tanto para ella como para él. Aún no lo es. Pero tomé una decisión, y la tomaría tantas veces como fuera necesario.

El propio Danilo admitió que, en ese momento, su padre probablemente intentó quitarme a mi hija en cuanto ella nació. Y, sola, abandonada por mis propios padres, ¿a quién más podría recurrir? Está mal, es injusto. Pero la vida no es justa, y no me arrepiento ni por un segundo de mi decisión.

Me arrepiento de muchas otras cosas. De no haberle dicho la verdad a Marcos antes. De no haberle dicho que lo amaba antes. De no haber sido yo quien fue a buscar a Danilo ahora que la situación es completamente diferente. Pero no me arrepiento de la decisión que tomé cuando no tenía otras opciones.

El abrazo de Giovanna me devuelve al presente, y la aprieto fuerte.

—¡Gracias, cariño! ¡Muchas gracias! —me agradece, pero yo niego.

—No tienes por qué, señora Giovanna.

Su mirada se dirige inmediatamente a Marcos, que aún está conversando con el médico.

—Sí, tengo.

Giovanna asiente con la cabeza y me sonríe. No tenía idea de cuánto necesitaba ver una sonrisa en su rostro hasta que la vi ahí. Aunque no sienta que lo merezca, no después de todo lo que pasó hoy.

Marcos se acerca a nosotros, básicamente intercambiando lugares con su madre que va a hablar con el médico. Lo miro sin saber exactamente cómo comportarme ahora que ya no necesito ofrecerle consuelo. Paso la lengua por mis labios, él extiende los brazos hacia mí, me meto en ellos, y mi marido me aprieta en un abrazo.

Levanto la cabeza para encontrar su mirada, pero no puedo evitar la mirada nada digna que fijo en sus labios.

—Gracias.

Ellos se mueven para decir una sola palabra, y la frase que oí a Grazi decirme tantas veces corre, ansiosa por salir de mi boca. "El amor no se agradece". En lugar de eso, digo otra cosa.

—No tienes por qué agradecerme, Marcos. Nunca.

Él niega con la cabeza, afirmando.

—¿Quieres ir a casa?

—¿Tú vas a ir?

—No... Voy a quedarme un rato aquí.

Es mi turno de asentar con la cabeza.

—Entonces yo me quedo. Isabella ya está dormida. Mañana por la mañana voy.

—¿Estás segura?

—Sí —respondo, y ninguno de los dos dice más nada.

Permanecemos en silencio, solo mirándonos, hasta que Marcos es llamado por el médico. Sus brazos me sueltan lentamente, y mi corazón da un salto, encantado con la idea de que no quiera realmente soltarme. Pero, aunque es despacio, me suelta, aún mirándome, respira profundamente y se da vuelta, dejándome atrás.

68.

ANTONELLA VALENTE

—¿Y hablaste con Danilo estos días? —pregunta Grazi.

Sentada, sola en la cama de Marcos, asiento con la cabeza.

Es patético que haya pasado las dos últimas noches aquí solo porque él no está en casa, lo sé, pero solo Dios puede juzgarme. Don Joaquín está mucho mejor y hoy le retiraron la medicación. El médico cree que, como solo fue un principio de infarto, su cuerpo ya ha dormido el tiempo suficiente para recuperar las partes que fueron más afectadas.

Ahora puede despertar en cualquier momento. He estado allí todos los días, algunas horas al día. Pero no creo que sea una buena idea que una niña tan activa como Isabella esté presente en un ambiente que necesita ser tranquilo. Así que aprovecho su horario de ballet para hacer mis visitas y las extiendo un poco más.

Carmen ha sido, como siempre, fundamental en este proceso. Es una amiga muy querida de la familia y también ha pasado su tiempo de vigilia. Cuando yo llego, ella se va. Es ella quien busca a Isabella en el ballet, la trae a casa y la acompaña hasta que yo llego.

Aunque el diagnóstico de estabilidad ha cumplido su papel de tranquilizarnos a todos, la necesidad de mantener a don Joaquín en coma inducido durante las primeras cuarenta y ocho horas no nos dejó sentirnos realmente aliviados. Solo respiraremos cuando él esté

despierto, se hayan hecho todos los exámenes necesarios y los resultados sean satisfactorios.

—No. La última vez fue anteayer, cuando le expliqué lo que había pasado y que cualquier acercamiento que quiera hacer tendrá que esperar a que nuestra rutina se normalice.

—¿Y hoy ya estás manejando mejor esto de lo que lo estabas haciendo ayer?

—¡Hablas como si ayer hubiera estado alterada!

—En realidad, lo que me asusta es precisamente que no lo estés.

—¿Por qué iba a alterarme, amiga? Danilo parece realmente interesado en ser parte de la vida de Isabella, y no hay nada en este mundo que quiera más que ver a mi hija feliz. Si eso no ocurrió antes, fue porque acercar a Bella a su padre era directamente proporcional a alejarme de ella. Pero ya no tengo diecisiete años, ni estoy sola. Aunque... —Cierro los ojos, con dificultad para poner en palabras ese pensamiento doloroso que ha cruzado mi mente un millón de veces en los últimos días—. Aunque Marcos y yo no... no sigamos casados, sé que él no me dejaría desamparada legalmente, ni dejaría a Isabella a su suerte. El acercamiento de Danilo realmente no es algo que deba preocuparme. A pesar de la forma en que todo sucedió, estoy feliz por eso. Es simple.

—¡Está bien! —responde, alargando la "e" para enfatizar—. ¿Y qué pasa con Marcos? Esa postura tuya de "si no seguimos casados" no me engaña. ¿O crees que no noté que te trabaste?

—No tenía ninguna intención de engañarte, Grazi.

Suelto un suspiro.

—¡Ajá! ¿En qué punto están las cosas entre ustedes dos?

—No están. —Entierro el rostro en su almohada y respiro profundamente su olor—. Salgo y entro de casa, y nos tratamos como dos conocidos.

—¿Y estás acostada en su cama otra vez?

—Lo extraño. ¡Quisiera tanto que me dejara cuidarlo, hablar, que respondiera mis mensajes con algo más que palabras monosilábicas, Grazi! Sé que es egoísmo, que el momento es una mierda, pero solo quería que me dejara hacer más.

—No puedo creer que te esté diciendo esto, pero él necesita tiempo, Antonella. Contrariando todas las expectativas, Marcos ha sido sensato todo este tiempo y sigue siéndolo, solo necesita tiempo.

Tiempo. El recuerdo de la última vez que oí esa palabra me golpea con fuerza.

La noche en el barco. Marcos estaba hundido en mí y conversábamos en silencio. Nunca realmente puso vocales y consonantes en esa orden dentro de una frase dicha, pero estoy segura de haberlas escuchado. Estoy completamente segura de que me dijo que teníamos mucho tiempo, todo el tiempo del mundo.

—¿Por qué no vienes a visitarme? Tus excusas ya se acabaron, ¿sabes? Tus padres están debidamente avisados para que se mantengan alejados, Danilo ahora es parte de tu vida, tal vez ya

es hora de volver a casa... —pregunta, y como en un rompecabezas, escuchar sus palabras hace que todas mis piezas encajen.

—Tal vez...

—¿Lo prometes?

—Dije tal vez. ¡No te he hecho ninguna promesa!

69.

MARCOS VALENTE

Aseguro firme una de las manos de mi padre mientras, al otro lado de la cama hospitalaria, mi madre sujeta la otra.

Después de más de veinticuatro horas desde la suspensión de la medicación, es imposible lidiar con la ansiedad. Después de todo, ya han pasado más de veinticuatro horas desde que podría despertar en cualquier momento, y aún no lo ha hecho.

Su rostro serio durante el sueño no oculta las marcas del tiempo. Las marcas de una vida bien vivida, pero que aún tiene muchos años por delante. Tiene que tenerlos.

Bajo la cabeza, apoyándola en el borde de la cama, y cierro los ojos. Pido a toda deidad que nos ayude, que lo haga despertar. No puedo, simplemente no puedo perderlo. No estoy listo para eso y, si mi padre nunca me obligó a hacer cosas para las que no estaba listo antes, simplemente no puede empezar ahora.

—Por favor. Por favor. Por favor —murmuro en voz baja para mí mismo, para el universo, para Dios, para mi padre, pero no recibo respuesta.

El tiempo pasa lentamente y todo sigue exactamente igual. En medio de todo esto, es imposible evitar que mis pensamientos vayan hacia Antonella. Los últimos días fueron terribles, pero hubieran sido mucho peores si ella no hubiera estado cerca.

Es una mierda que, aún así, no pueda decidir a dónde llevar mis próximos pasos. Levanto la cabeza, decidido a levantarme y estirar las piernas un poco. Encuentro a mi madre dormida al otro lado. Suelto la mano de mi padre solo para rodear la cama y acomodar a doña Giovanna, dejándola lo más cómoda posible en un sillón. En ningún momento su mano suelta la de mi padre.

Miro sus manos unidas, admirando el gesto, la compañía, la complicidad en los momentos más difíciles, exactamente la misma que vi a lo largo de toda mi vida compartir en los momentos más fáciles y felices. Respiro profundo y me giro hacia la puerta, pero un sonido seco me hace voltear de nuevo hacia la cama. ¡La puta madre!

Corro, agarrando, sin duda, con más fuerza de la que debería, la mano que acababa de soltar. Mi padre abrió los ojos.

—¿Papá? —llamo en voz baja y aprieto el botón al lado de la cama—. ¿Papá? —llamo otra vez, ansioso por una respuesta.

El médico entra y sonríe al ver sus ojos abiertos.

—¡Bienvenido de vuelta, Joaquín!

***

—¿Por qué parece que te pasó un camión por encima? —pregunta mi padre horas después de haber despertado.

Después de todos los procedimientos y exámenes necesarios, a pesar de estar claramente agotado, finalmente puede hablar libremente, con moderación, claro, pero puede.

—Probablemente tiene algo que ver con el susto que me diste —respondo sinceramente, y la sonrisa en su rostro trae lágrimas a mis ojos. ¡Mierda! Pensé que nunca más vería esa sonrisa.

—Estoy bien, Marcos. Solo fue un susto —me tranquiliza, entendiendo el motivo de mi emoción.

—¡Qué bueno! ¡Gracias a Dios! Ahora sí estás bien.

Llevo su mano a mis labios y le doy un beso en el dorso.

—¿Dónde está tu esposa?

—En casa, con Isabella. Viene más tarde. Pensó que era mejor dejar a Isabella en ballet primero.

Él mueve la cabeza, asintiendo.

—¿Y qué pasa entre ustedes?

Levanto las cejas, sorprendido. No puede ser que haya sido tan obvio. Solo respondí a una pregunta.

—No pasa nada, papá. Es solo... Fueron días difíciles. —Una ceja levantada es la única respuesta que recibo—. Estás cansado, papá. Todo está bien.

Aprieto ligeramente su mano.

—¿Te convenciste?

—¿Qué?

—Quiero saber si te convenciste a ti mismo, porque a mí no. Y, sinceramente, Marcos, ten un poco de piedad de este viejo

cansado. Voy a dormir en los próximos diez minutos, así que no tienes mucho tiempo.

Un sonido de incredulidad sale de mis labios, y suspiro.

—Amo a mi esposa, papá —digo las palabras, y exactamente como sabía que pasaría, una sonrisa enorme se dibuja en su rostro —. Pero han pasado cosas, y me pregunto si el amor es suficiente.

Su frente se arruga en confusión.

—¿Por qué hablas como si el amor pudiera agotarse o consumirse?

—¿Y no puede? —protesto, y tanto su mirada como el tono con el que dice sus próximas palabras podrían ir dirigidos a un niño, de lo condescendientes que son.

—El amor es una elección, Marcos. Una elección diaria. El amor no se agota. Lo que se agota es tu voluntad de amar a alguien. Tu voluntad de seguir eligiendo a esa persona todos los días. Piensa en eso. Dijiste que amas a tu esposa. ¿Y cómo llegaste hasta aquí? ¿Cómo fue que ese amor se construyó?

Frunzo el ceño al hacer lo que me pide y darme cuenta de que, en cada paso del camino, siempre fue una elección. Todo lo que hice, todo lo que vi en Antonella y amé, solo fue visto y amado porque tomé decisiones que me llevaron a esos momentos. Pero ¿y sus decisiones? El amor puede ser una elección, pero construir una relación de confianza también lo es.

—Pero ¿y si soy el único que está eligiendo esto? ¿Y si soy el único que está eligiendo amar, papá?

Paso la mano libre por mi cabello y aprieto mi nuca.

—¿Y qué te hace pensar que alguien no está eligiendo amarte? ¿Decepciones? Marcos... A veces, las personas son estúpidas y, al tener que elegir entre ellas mismas y alguien a quien aman mucho, eligen a ellas mismas, aunque en esa situación sea la opción equivocada.

—Eso no tiene sentido, papá.

—¿En serio? —Su tono y expresión son pura ironía—. Imagina que cada vez que me decepcionaste, yo hubiera asumido que no me amabas.

—Eso fue fuerte —acuso.

—Eso fue necesario —argumenta—. El amor es una elección diaria y continua, pero no es la única elección diaria y continua. A veces las personas eligen mal, otras veces eligen cosas que no tienen nada que ver con nosotros. Parte de amar y ser amado es entender que el mundo no gira alrededor de nuestro ombligo. Parte de amar, Marcos, es saber que, a veces, la persona amada no va a elegirnos, pero eso no es una excusa para hacer lo mismo, porque el amor no es una competencia. El amor es una elección.

—Y, a veces, no importa cuánto queramos ser elegidos, eso simplemente no pasa. ¿Y si eso pasa?

—Entonces, tal vez sea hora de elegirte a ti primero. Pero, ¿realmente crees que ese es el caso?

Ahora, su voz suena baja y, al mirar sus ojos, me doy cuenta de que están cargados. Sonrío y, una vez más, beso el dorso de su

mano.

—No sé, papá... No sé.

—¿De verdad no sabes, o tienes miedo de hacerte daño?

—Yo solo...

—Marcos —me interrumpe—. La vida es una sola y casi todo en ella es incontrolable, excepto nuestras elecciones. Es normal tener miedo, pero si dejamos que nos gobierne, entonces estamos eligiendo no vivir. —Lentamente, su mano se levanta, alcanza mi rostro, y me da unos golpecitos suaves—. ¡Eres más inteligente que esto! —Son sus últimas palabras antes de ser vencido por el agotamiento.

70.

MARCOS VALENTE

Mientras el ascensor sube hasta el ático, me repito que es normal que, después de prácticamente una semana fuera, mi corazón esté acelerado por regresar a casa. Hoy mi padre finalmente fue liberado de los aparatos médicos y ya no había razón para que siguiera en su casa.

Sin embargo, las palabras que dijo prácticamente en el momento en que despertó siguen conmigo y no dejan de retumbar en mi cabeza, tal como lo hicieron en cuanto las escuché. Elecciones, miedo, altruismo, amor.

Me extraña la oscuridad que me recibe. El vestíbulo, al igual que la sala, está apagado. Miro el reloj en mi muñeca, verificando la hora, y solo entonces me doy cuenta de que a esta hora Isabella está en ballet. Antonella probablemente está con ella. Sacudo la cabeza, alejando el leve nudo que se forma en mi pecho por no poder estar con ellas después de todos estos días.

Una lámpara encendida en medio de la oscuridad del pasillo llama mi atención hacia un aparador. Me acerco y encuentro un pequeño pedazo de papel doblado. Frunzo el ceño, y un miedo desconocido surge en lo más profundo de mi estómago al darme cuenta de que este silencio, esta oscuridad y el abandono pueden no significar solo una ida al gimnasio. Pero Antonella no haría eso, ¿verdad?

Abro la nota con tanta prisa que tiemblo y la dejo caer al suelo.

—¡Puta madre! —gruño nervioso, preocupado por lo que voy a encontrar.

Solo hay tres palabras. "Ve a la oficina".

Con el corazón acelerado y la boca repentinamente seca, sigo la instrucción y camino rápidamente hacia lo inesperado. Encuentro la puerta entreabierta y me detengo antes de empujarla. La imagen de mi contrato de matrimonio abandonado sobre el escritorio, junto con el anillo de compromiso de Antonella, invade mi mente y cierro los ojos. ¡Mierda, mierda, mierda!

Con los ojos aún cerrados, empujo la puerta, pero es solo cuando escucho su respiración profunda que suelto la mía. Abro los ojos y encuentro a mi esposa sentada detrás de mi escritorio.

Hoy, su rostro está decidido. No hay lágrimas, ni miedo en él. Hay esa seguridad y determinación que me volvieron loco desde el primer momento, aunque durante mucho tiempo me haya negado a reconocerlo. Frente a ella, hay una pequeña lata de hierro negra, y frunzo el ceño sin saber exactamente qué significa todo esto.

—Necesito un marido —dice, y la sensación es un déjà-vu al revés.

Hace meses, era yo quien le decía exactamente las mismas palabras, sentado en la misma silla que ella ocupa.

—¿Me estás despidiendo, es eso? —respondo antes de siquiera poder pensar en ello, usando también las mismas palabras

que ella usó para responder a mi declaración.

—No, Marcos. Te estoy promoviendo, si aceptas mi propuesta, claro.

Antonella sigue el guion, y, muy curioso por saber a dónde lleva todo esto, cumplo mi papel, otra vez, repitiendo las palabras que un día fueron dichas por ella.

—¿Promovido? —pregunto, y mi corazón, que latió acelerado por el simple miedo a que ella me hubiera dejado, sigue latiendo a ritmo desenfrenado, ahora con expectativa.

—Marcos... —dice mi nombre y muerde su propio labio—. Quiero casarme contigo, más específicamente, en cuatro minutos y dos segundos.

—¿Debo ahogarme también con mi propia saliva? —pregunto, y Antonella se ríe.

Ella se levanta de la silla y, de pie, toma un sobre negro que conozco muy bien. Frunzo el ceño cuando levanta el papel grueso frente a sus ojos y, con la mano libre, toma un encendedor que no había notado sobre la mesa.

Inclino ligeramente la cabeza hacia un lado y entrecierro los ojos, sin entender del todo o no creyendo lo que parece que está a punto de hacer.

En una de sus manos, Antonella sostiene lo que casi estoy seguro es nuestro contrato de matrimonio, el que le garantizaría seguridad financiera por el resto de su vida. Con la otra, enciende el mechero.

Sin apartar los ojos de los míos ni por un segundo, prende fuego a los papeles y los deja caer dentro de la lata negra.

71.

ANTONELLA VALENTE

Unos ojos azules siguen cada uno de mis movimientos, y respiro hondo en un intento de mantener mis emociones bajo control mientras, dentro de la pequeña papelera metálica, el fuego consume cada gramo de papel que tenía en las manos, alimentándose de él y creciendo cada vez más. No funciona.

Los latidos de mi corazón siguen completamente descontrolados, mis manos parecen cada vez más temblorosas, y estoy casi seguro de que mis ojos parpadean de forma alucinante sin darme cuenta.

Estaba dispuesta a alejarme y darle a Marcos el tiempo que Grazi sugirió que necesitaba. Pero eso fue solo hasta que entendí que Marcos es mi hogar, mi casa. Y cuando tu casa está desordenada, no te vas y esperas que se organice sola, la ordenas. Eso fue lo que decidí hacer.

—No. —Finalmente digo.

Doy la vuelta a la mesa y me pongo frente a ella. Dejo que el camino hasta la puerta defina la distancia entre Marcos y yo. Respiro profundamente y suelto el aire antes de continuar.

—Marcos. Me equivoqué. Mucho. Tanto, pero tanto, que no sé si algún día encontraré una palabra que describa la cantidad de errores que cometí cuando se trata de ti. —Apenas empiezo a hablar y mis ojos ya están ardiendo, queriendo derramar lágrimas—.

Desconfié, disimulé y mentí. Fingí y te alejé, pero nada de eso impidió que te convirtieras en algo que nunca imaginé que tendría, además de mi hija: mi hogar. —Pauso, rindiéndome ante la batalla inútil y dejo que las lágrimas recorran mis mejillas, ya seguramente sonrojadas—. No tengo mucho que ofrecerte, Marcos. Estoy rota, soy miedosa, paso gran parte del tiempo sintiendo que soy una impostora de mi propia vida, pero lo que tengo de más valioso, quiero compartirlo contigo.

Doy un paso hacia adelante, disminuyendo un poco la distancia entre nosotros.

—Nunca dije mis votos, así que creo que ahora es un buen momento para hacerlo. —Llena de nerviosismo, respiro por la boca y suelto por la nariz, moviendo los ojos de un lado a otro, tratando de espantar nuevas lágrimas—. Ya te hice algunas promesas, y rompí la mayoría de ellas. Así que hoy, decidí empezar diciéndote todo lo que no puedo prometerte. —Doy otro paso—. No puedo prometerte que será fácil, ni simple, ni tranquilo. No puedo prometerte todas las horas de mis noches, ni de mis días. —Otro paso hacia adelante—. No puedo prometerte no equivocarme, no sentirme insegura, ni que no te haga querer dejarme. —Un paso más y ahora solo hay dos de distancia entre nosotros—. No puedo prometerte nunca más tener miedo, ni que te prometo solo felicidad. No puedo prometerte una vida sin preocupaciones. No puedo prometerte que aprenderé a disfrutar de la navegación.

Los ojos de Marcos están rojos cuando se ríe de mi última frase. Eso debe significar algo bueno, ¿verdad? ¡Debe significar algo bueno!

—Pero puedo prometerte, Marcos, ser tu hogar. Puedo prometerte valorar cada uno de tus gestos y verdades, puedo prometerte, nunca más alejarte. Puedo prometerte que a partir de este momento, no tendré otro interés en nuestro matrimonio más que tú, y tu felicidad. —Otro paso—. Una vez me dijiste que solo caminarías hasta la mitad del camino. Hoy te prometo caminar todas las partes que son mías, y también aquellas que te obligué a retroceder con mis miedos e inseguridades. Hoy te prometo elegirte, Marcos, no importa cuánto me asuste. Te prometo elegir pertenecer a ti. Porque, al final, siempre se trata de elecciones. Cuando se trata de nosotros dos, cometí muchas equivocaciones, pero hoy...

Me besa.

Marcos traga mis palabras y declaraciones en un intercambio que sabe a lágrimas y felicidad. Todo mi cuerpo reacciona a la proximidad, al toque, a la aceptación que la lengua de Marcos en mi boca declara.

Envuelvo mis brazos en su cuello y, con la misma intensidad con la que me empujo hacia él, lo atraigo hacia mí. Es el beso más delicioso de toda mi vida, y no quiero que termine nunca, nunca, pero llega el momento en que necesitamos respirar.

—Me ganaste de mano cuando dijiste que querías promoverme —dice, jadeante, con la frente pegada a la mía, la nariz encajada en la mía, y la boca apenas distante.

—Entonces ¿podría haber guardado todo lo demás?

—Nunca más —pide y, a pesar del momento ligero, el ruego en su voz es evidente.

—Nunca más —prometo—. Te amo —Aprovecho para repetir las palabras, porque otra cosa que nunca más haré es perder oportunidades para decirlas—. ¡Te amo! —Beso sus labios con los ojos abiertos—. ¡Te amo! —Beso la punta de su nariz—. ¡Te amo! —Beso sus mejillas—. ¡Te amo!

—¡Mamá! ¿Ya es mi turno?

La voz infantil llama desde afuera, haciéndome reír, y Marcos levanta las cejas en una pregunta silenciosa.

—Ya, mi amor. Puedes entrar —le pido, y una Isabella vestida con un vestido blanco y bonito, el mismo que usó en nuestra boda, entra prácticamente corriendo y se acerca a nosotros.

Hizo todo lo posible por usar el vestido cuando le expliqué lo que tendría que hacer. En sus manos, lleva una cajita negra que me ofrece antes de alzar los brazos hacia Marcos, pidiendo ser levantada.

Sonrío, y otra lágrima resbala por mi rostro, porque este momento no podría ser más perfecto ni aunque lo hubiera planeado. Mirando a Marcos, que sostiene a Isabella en sus brazos, abro la caja frente a sus ojos y le muestro lo que hay dentro. Tres anillos. Dos de adultos y uno infantil.

—Lo que más valoro, quiero compartirlo contigo —repito en voz baja, para que solo él lo escuche, y unas lágrimas ruedan por sus mejillas también.

Acerca su rostro al mío y responde también, en voz baja.

—No podría sentirme más honrado.

Sus labios besan mi frente.

—¡Mamá! ¡Marcos! ¿Por qué están llorando? ¿No me van a dar mi anillo ahora? —pregunta Isabella en voz alta, y Marcos y yo reímos.

En casa. Finalmente, estoy en casa.

EPÍLOGO

MARCOS VALENTE

8 MESES DESPUÉS.

—¡Gran día!

Le ofrezco una cerveza a Danilo, que está sentado en la barra de la cocina, frente a mí. Él sonríe, acepta la cerveza y la levanta en un brindis silencioso.

Después de un largo período de adaptación, decidimos que es hora de contarle a Isabella la verdad. Danilo, como cualquiera que se acerque a ella, está completamente enamorado y no se moverá de aquí en los próximos cincuenta años.

Aunque vive en Río, cada dos semanas viene a São Paulo a visitar a la hija, y casi todos los días habla con ella por teléfono o por videollamada. En la práctica, él ya es su padre. Solo falta ponerle nombre a las cosas.

Honestamente, al principio me preocupaba cómo se funcionarían las cosas entre nosotros cuatro. Pero desde nuestros primeros encuentros, el padre de Isabella dejó muy claro que podíamos construir una relación de amistad, a menos que yo no estuviera dispuesto. Y por la felicidad de Isabella, no hay nada que yo no haría por ella.

—¿Crees que ella lo tomará bien? —pregunta, y me arranca una sonrisa.

—Para Isabella todo es fiesta, Danilo, y te adora. Prepárate para escuchar "papá" cada dos segundos. —Río al imaginarme a Isabella intentando meter la palabra "papá" cada dos palabras que diga—. ¿Y tus padres? ¿Ya aceptaron mejor la situación?

Un sonido de disgusto sale de su garganta, y él niega con la cabeza.

—¿Sabes qué es lo peor, Marcos? Simplemente no puedo sentirme mal porque mi hija no conviva con ellos. ¡Mierda! ¡Es imposible! Sinceramente no sé cómo es que Antonella y yo terminamos bien con los padres que tenemos, porque ¡puta madre!

Me río, aunque no podría sonar más sincero ni si lo intentara. Los padres de Danilo resultaron ser tan hijos de puta como Antonella pensó que serían años atrás. Su primera reacción al saber de la existencia de la nieta no fue querer conocerla, sino intentar arrebatarle la custodia a la madre "degenerada" que había sido desheredada por los ilustres Machado Rodrigues. Ridículo. Ridículo de mierda.

—¡Danilo!

El grito de Isabella nos alcanza antes de que sus piernas cortas lleguen hasta nosotros, y cuando finalmente llega a la cocina, el hombre ya está agachado, listo para abrazarla y levantarla del suelo.

La alza en sus brazos, girando con ella sin moverse de su lugar. Su risa llena toda la casa. Antonella se acerca a mí con una sonrisa tan grande como la mía en el rostro, y le dejo un beso en la mejilla.

—¿Qué vamos a hacer hoy, Danilo? —pregunta Isabella, buscando su dosis de mimos, sabiendo que cada visita de Danilo es una nueva sorpresa.

—¡Vamos a la playa! Pero antes, vamos a hablar. Tu mamá, Marcos y yo tenemos una noticia para ti.

—¿Una noticia? —Se acomoda en el taburete y abre los ojos con curiosidad. Antonella abre la boca para hablar, pero Isabella la interrumpe antes de que pueda empezar, sorprendida—. ¿Voy a tener un hermanito, mamá?

—¿Qué?

Antonella se atraganta con su propia saliva justo después de decir la palabra, y yo giro la cabeza para reír, dándole golpecitos leves en la espalda. Cuando vuelvo a mirarla, sus ojos están entrecerrados, acusadores, pero no es mi culpa, ¡qué carajo!

Levanto las manos en señal de rendición, mi esposa resopla y vuelve a mirar a la hija.

—No, Bella… No vas a tener un hermano. —Hace una pausa. Antonella respira hondo, me mira a mí, luego a Danilo, y finalmente dice algo—. Pero vas a tener un papá —suelta las palabras, y tres pares de ojos atentos observan cómo las cejas infantiles de Isabella se fruncen mientras una expresión confundida invade su rostro.

—¿Un papá? —repite, mirando al suelo—. Entonces, ¿voy a tener dos papás? —Levanta la mirada buscando respuestas en los rostros de los adultos, pero todo lo que encuentra son expresiones aún más confundidas que las suyas.

Antonella parpadea, luego me mira. Yo muevo la cabeza sutilmente, diciéndole que no tengo idea de lo que Isabella está tratando de decir. Maldito YouTube. Me froto la nuca.

—¿Cómo que dos papás, Bella?

Nella lanza la pregunta de un millón de dólares, y yo me llevo la cerveza a la boca.

—Pues, mamá. Ya tengo a Marcos, no le gusta que lo diga, pero todo el mundo sabe que él es mi papá.

Escupo la cerveza de manera totalmente poco elegante y me atraganto de tal forma que no puedo respirar. Por suerte, logré girar el rostro y la única víctima del chorro de bebida que salió de mi boca fue la barra de la cocina.

Antonella corre a ayudarme, dándome golpecitos en la espalda, pero eso no alivia ninguno de mis dos problemas: ni la falta de aire, ni el ataque al corazón que estoy sufriendo en ese momento. ¡Te juro que me estoy muriendo!

—¡Marcos! —me llama mi esposa, pero todo lo que hago es toser, desesperado, y tratar, sin éxito, de respirar.

Minutos que parecen una eternidad pasan hasta que el aire vuelve a mis pulmones, y con los ojos rojos, miro a una Isabella que tiene una expresión cansada en el rostro.

—¿Ves? Cuando digo que él es mi papá, pasa esto. Fue igual que la primera vez —explica, y yo parpadeo confundido, sin entender qué quiere decir.

Entonces, la memoria aparece, clara como el agua. Cuando Antonella me presentó a Isabella, me preguntó si sería su papá y me atraganté, aterrorizado por la idea.

Cómo han cambiado las cosas… Esta vez, mi reacción fue solo por la sorpresa, porque ya no hay nada aterrador en la idea de que Isabella me llame papá. Miro a la niña, que tiene el don de desestabilizarme, y no puedo decir nada. Su certeza es tan sorprendente como conmovedora.

¡Mierda! Nunca tuve la intención de reemplazar al padre de Isabella. Incluso cuando no sabía de la existencia de Danilo y me di cuenta de que no había nada que no haría para protegerla, para cuidarla, nunca tuve la ambición de ser llamado papá algún día. ¡Qué mierda!

Mientras sigo atónito, es Danilo quien busca una explicación.

—¿Y por qué todo el mundo sabe que Marcos es tu papá, Bella?

—¡Porque lo es! —exclama, categórica, y pone las manos en las caderas—. ¡Él hace todo lo que los papás hacen! Me lleva a la escuela, al ballet, va a verme bailar, me lleva a dormir, me da comida, ve películas conmigo, juega conmigo y, a veces, cuando hago alguna travesura, también me regaña. ¡Ah! —Levanta un dedo, como si se le ocurriera algo más—. ¡Y yo amo a Marcos, y él me ama! ¡Eso es todo!

Abro la boca, necesitando decir algo, pero tengo que girarme porque las lágrimas ya están cayendo por mi rostro. ¡Ay, carajo!

¡Qué mierda! Me froto las manos por mis mejillas y ojos, secándolos, y vuelvo a mirar hacia ella.

—¿Por qué estás llorando, Marcos?

Miro a Antonella, que también tiene los ojos llenos de lágrimas, y luego a Danilo. ¡Mierda! Este momento debía ser suyo, pero ahora yo soy el que está aquí, como un maldito infiltrado, llorando.

Él me sonríe y asiente con la cabeza, como si supiera exactamente lo que estoy pensando y quisiera tranquilizarme.

—La respuesta a tu pregunta es sí, Bella. ¡Vas a tener dos papás! —es él quien dice esto, y de nuevo, tengo que llevarme las manos al rostro para secar más lágrimas.

—Mamá, ¿por qué tú y Marcos están llorando? —Isabella le pregunta a su madre, ya que no le respondo.

Doy la vuelta a la isla de la cocina para alcanzarla y la abrazo con fuerza. Me siento agradecido porque, aunque no entienda el motivo, ella me responde al abrazo.

—Estoy llorando, Bella, porque no sabía que pensabas que no me gustaría que me llamaras papá. ¡Me va a encantar! ¡Voy a amar ser tu papá!

—¿De verdad? —Abre los ojos, sorprendida, y me mira—. ¿Puedo llamarte papá delante de todos?

—¡Delante de todo el mundo!

Se lanza a mis brazos, y yo la atrapo, apretando los dientes, tratando de contener las ganas de volver a llorar. ¡Qué mierda es esto que me haces sentir, niña!

Antes de que pueda soltarla, Isabella decide volver a sentarse y la dejo en la banqueta. Luego, sorprendiendo a todos una vez más, se da vuelta hacia Danilo y le pregunta.

—¿Y tú? ¿También voy a poder llamarte papá delante de todo el mundo?

Ahora son sus ojos los que están rojos.

Y allá vamos otra vez.

La felicidad es una elección, y no podría haber tomado una mejor.

EPÍLOGO II

ANTONELLA VALENTE

SIETE AÑOS DESPUÉS

—¿Crees en eso? —pregunta Marcos frunciendo el ceño, observando el avión despegar como si eso lo ofendiera personalmente.

—¿En qué? ¿Que los aviones vuelan? —bromeo y él gira la cara hacia mí, indignado.

—¡Ella está viajando! ¡SIN NOSOTROS! Isabella está viajando sin nosotros!

Revuelvo los ojos hacia el rey del drama.

—No es la primera vez que ella viaja sin nosotros, Marcos. Bella va a casa de Danillo un fin de semana sí, otro no, desde hace años.

—¡Ella iba al Río! ¡Eso no es un viaje! ¡Y estaba con Danilo!

Cuando el avión desaparece de su vista, doy la espalda a la pared de vidrio del aeropuerto, lista para irme. Camino unos metros sola antes de que Marcos me alcance, aún refunfuñando.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila.

—Tiene once años y se fue a Disney con la escuela, Marcos. ¡Por el amor de Dios! Cualquiera que lo vea pensaría que la niña se fue a acampar a la selva, sola.

Él no me responde, pero sigue refunfuñando, y aunque revuelvo los ojos una vez más, tengo el antídoto perfecto para su cara de fastidio. Llegamos al estacionamiento y Marcos frunce el ceño al ver al chofer parado al lado del coche. Él no vino a traer a Isabella con nosotros. Parpadeo, inocentemente.

—¿Gabriel? —se pregunta en voz alta.

—Buenas tardes, señor. Señora —Nos saluda a los dos.

—Hola, Gabriel. ¿Todo listo?

—Sí, señora.

—¿Todo qué? —pregunta Marcos, con la arruga en su frente profundizándose.

—Tengo una sorpresa.

La mezcla de confusión y molestia en su rostro se ve rápidamente reemplazada por curiosidad, y también una pizca de desconfianza.

—¿Qué estás tramando?

—Sube al coche, y lo verás.

Marcos coloca la punta de la lengua en el centro del labio, pero rodea el coche y abre la puerta trasera para mí. Ambos entramos, y en cuanto el vehículo comienza a moverse para salir del aeropuerto, él habla.

—Ya subí al coche.

Me río.

—Y si esperas, vas a descubrir en —miro la hora en mi reloj—, aproximadamente cuarenta minutos, qué estoy tramando.

—¿Todo eso? Dijiste que era solo subir al coche. —Revuelvo los ojos hacia él—. ¿Será que está bien? ¿Que necesita algo?

—Marcos, por el amor de Dios, el avión acaba de despegar. ¿Qué podría estar necesitando? ¡Relájate!

Él suelta una larga exhalación, pero asiente.

—¿Vienes aquí a distraerme? —pide, extendiendo la mano hacia mí, y aunque arqueo una ceja, me acerco. Me arrastro por el asiento hasta que lo tengo entre mis muslos.

—Ah, olvidé decirte, pero estamos de vacaciones. Por una semana.

Es la vez de Marcos de soltar una risa.

—¿Olvidaste avisarme, eh?

Me encogí de hombros.

—Estás medio adicto al trabajo, Marcos. Si no te saco a la fuerza de la oficina, no sales.

—No me quejo, amor —asegura, las manos deslizándose lentamente por mi espalda—. Pero si íbamos a tomar vacaciones…

—No. No podíamos haber ido a Disney con Bella —lo corto, sabiendo exactamente qué diría después—. Ella estaba emocionada de ir sola con los amigos.

—Está creciendo demasiado rápido, Nella —dice Marcos en voz baja, apoyando su frente sobre mis labios.

Le beso la piel, pero sonrío, sintiéndome aún más segura de mi decisión.

—Sí —concuerdo—. Pero es parte de esto.

Él empieza a refunfuñar, pero lo callo con un beso, haciendo justo lo que pidió: distrayéndolo. Al menos, hasta que Gabriel estacione el coche cuando llegamos al edificio que ya es conocido para nosotros.

—¿Vamos a volar? —pregunta Marcos confundido al darse cuenta de dónde estamos.

—Así es. Y yo voy a pilotar.

Una enorme sonrisa se abre en su rostro. A Marcos le encanta volar cuando soy yo quien está pilotando el helicóptero. De hecho, los años me han enseñado que le encanta verme hacer cualquier cosa que me haga feliz, ya sea ganar un gran cliente, pilotar un helicóptero o aprender un movimiento nuevo en mi clase de pole dance.

—Mierda, lo malo de cuando tú conduces es que no puedo meterte la verga, o morimos —susurra en mi oído y me río a carcajadas.

Marcos abre la puerta del coche y salimos. Me abraza por detrás y huele mi cuello mientras estamos en el ascensor, y aunque hayan pasado años, la sensación sigue provocando cada fibra de mi ser. Estar entre sus brazos es estar en casa.

Subimos al helicóptero y lo pongo en el aire. Después de veinte minutos de vuelo, Marcos frunce el ceño al reconocer hacia dónde vamos, pero no dice nada. Hago un aterrizaje limpio, y en el instante en que mis pies tocan el suelo, mi cuerpo es envuelto por los músculos que amo.

—¿A la isla, amor? Si me querías solo para ti, dímelo. ¿Te estoy descuidando, Nella?

A lo largo de los años, la isla se ha convertido en nuestro refugio. Si un matrimonio de fachada no es fácil, uno real es aún más complicado. Marcos y yo empezamos a venir aquí cada vez que necesitábamos tiempo a solas para lidiar con algún problema en nuestra relación. Era bueno hacer esto porque nos ayudaba a recordar nuestros comienzos y eliminaba todos los factores externos.

Vinimos aquí cuando tuvimos que decidir si era o no el momento de contarle a Isabella que Danilo era su padre. Luego, vinimos cuando él pidió llevarla a su casa en Río por primera vez. También vinimos cuando Marcos y yo caímos en una espiral de trabajo que apenas nos dejaba tiempo para estar con Isabella algunas horas por noche.

No importaba cómo llegáramos aquí, siempre éramos capaces de salir con los problemas resueltos, hasta que surgían otros nuevos. Era lo que esperaba que sucediera esta vez también.

—En realidad, sí —respondo con voz melosa, como aprendí que puedo ser con él.

Marcos me gira en sus brazos, buscando en mis ojos la confirmación de mis palabras. No la encuentra, porque ni en un

millón de años eso podría ser cierto. Isabella no es la única a quien Marcos mima. Yo soy mimada de lo lindo por mi marido, y me encanta.

—¿Ahora es cuando me dices el verdadero motivo por el que venimos aquí?

—Vamos a entrar en la casa primero. ¿Qué te parece?

—Está bien.

Marcos besa mi frente, la punta de mi nariz y mi mentón, luego entrelaza nuestros dedos y caminamos juntos hacia adentro.

—¿Quieres agua? —pregunto, yendo directo a la cocina americana, y él solo mueve la cabeza, quedándose parado cuando me suelto de su mano.

Con el rabillo del ojo, veo cómo apoya los brazos en la cintura, pensativo. Agarro una botella de agua y sirvo un vaso. Cuando regreso a la sala, Marcos sigue en el mismo lugar.

—Está saliendo humo de tu cabeza —bromeo.

Se sienta en el sillón y me tira hacia su regazo.

—¿Qué pasa? —pregunta, preocupado—. Pensé que todo estaba bien. Pensé que todo iba bien. ¿Es sobre el trabajo? ¿La propuesta de Andersons & Galvão te dejó incómoda?

Sus palabras son dichas con tanto cuidado, con tanta... dedicación. Me sorprendí cuando uno de los mayores rivales de Valente & Camil tuvo la audacia de intentar contratarme, el mes

pasado. Nunca dejaría la empresa de nuestra familia y le conté eso a Marcos como una broma.

Pero la forma en que lo menciona deja claro que, si esa fuera la razón de que estemos aquí, si fuera mi deseo trabajar en su contra, en lugar de a su favor, lo aceptaría.

—Me estás preocupando, Antonella —susurra y me doy cuenta de que debí haberme quedado en silencio demasiado tiempo.

Marcos mete las manos en mi cabello y yo retrocedo la cabeza para poder mirarlo a los ojos cuando vuelva a hablar. Paso el pulgar por encima de la arruga en su frente, alisándola.

—Quiero otro hijo —digo de una vez, y si no estuviera tan nerviosa, la forma en que el rostro de Marcos se congela en una expresión de shock sería graciosa—. Sé que nunca hablamos de esto. —Desvío la mirada, repasando mentalmente la conversación que he ensayado en mi cabeza desde hace un tiempo—. Cuando comenzó nuestra historia, estaba asustada, tenía muchas inseguridades, muchos miedos y cicatrices. Pensé que no quería más hijos, Marcos, pero con el tiempo... Tú ayudaste a sanar cada una de mis heridas hasta que ni siquiera quedaron marcas. Me siento plena, feliz, capaz. Tú me haces sentir así, y yo... Yo quiero otro hijo —lo suelto todo de golpe, sintiendo mi corazón acelerado en el pecho.

Marcos pasa largos minutos en silencio, como si procesara cada palabra que salió de mi boca. No sé por qué estoy tan nerviosa, pero en el momento en que esa certeza se asentó en mí, la ansiedad llegó con ella.

Mi marido está a punto de cumplir cuarenta años, y por todo lo que he vivido, nunca hablamos de hijos. Lo único que Marcos siempre dejó claro es que, al hacerse completamente responsable de Isabella, como lo hizo, su deseo de ser padre estaba siendo satisfecho al criarla.

Me llevó tiempo y muchas sesiones de terapia darme cuenta de qué era esa necesidad constante en mi pecho. Mi primera experiencia con la maternidad no fue un sueño. Y juraba que no querría repetirla, aunque sabía que, después de Marcos, todo sería diferente.

Pero con el paso de los años, eso simplemente cambió. Quería ser madre otra vez. Quería ser madre con Marcos. Quería el paquete completo. Quería verlo loco, corriendo de un lado a otro de la ciudad solo para cumplir con un deseo absurdo mío de embarazada.

Quería verlo mirar mi panza hinchada con la misma adoración con que mira a Isabella y a mí. Quería sentir el toque reverente de sus dedos recorriendo mi piel mientras me convertía en la casa de un bebé nuestro. Quería verlo sosteniendo a nuestro bebé, cantándole canciones de cuna, y caminando con un portabebé atado a su cuerpo, porque no tenía la menor duda: ese sería el tipo de padre que sería mi marido.

—Me estás preocupando.

Es mi turno de advertir y coloco mis manos sobre las mejillas de Marcos. Él parpadea y sus ojos se despejan de la niebla que los rodeaba.

—¿Quieres darme otro hijo? —pregunta, como si necesitara estar seguro de lo que escuchó, pero su tono... La forma en que su voz tiembla, junto con los ojos ya humedecidos, son toda la confirmación que yo misma necesitaba.

Sonrío.

—Sí.

—¡Puta madre, amor! ¿Un bebé? ¿Vamos a tener un bebé? —pregunta entre risas y llanto, apretando los brazos que rodean mi cuerpo.

—Primero necesitamos hacer un bebé, Marcos. —Me río—. ¿Tú quieres?

Marcos suelta una carcajada escandalosa.

—¿Si quiero verte embarazada de un hijo mío? ¿Si quiero cargar un bebito que va a ser una mezcla de los dos? ¿Si quiero ver a Isabella convertirse en hermana mayor? ¿En serio, amor? ¿Realmente necesitas que te responda esto?

Mi sonrisa crece.

—Sí. —Marcos dice y me da un beso en la cara—. Claro. —Otro beso—. Que. —Uno más—. Yo. —Otro—. ¡Quiero! —Comienza a besar mi rostro una y otra vez, arrancándome carcajadas—. ¡Quiero tener diez hijos más contigo, amor!

—¡Espera, espera! ¡Diez no, Marcos! —protesto, y él ríe con voz ronca—. Vamos a empezar con uno. Y luego pensamos en los demás.

—Vamos —dice suavemente, rozando sus labios con los míos —. Y empecemos ya mismo.

FIN

MUESTRA DEL TERCER LIBRO DE LA SERIE

Si te gustó este libro pero aún quieres saber más sobre Bruno Magalhães —el enemigo declarado de Marcos y João Pedro—, no te pierdas a continuación una muestra del tercer y último libro de la serie: *Contrato de Perdición*.



1.

MILENA GARCÍA

—¡Aquí! ¡Y le puse una sorpresa dentro!

Extiendo la bolsa de papel hacia la madre, pero miro a la hija cuando casi susurro las últimas palabras y le guiño un ojo.

La niña, de cabello oscuro y rasgos amarillos, como su madre, me sonríe, y aunque sé que la sorpresa en cuestión no es más que un origami hecho con servilletas baratas, me siento como una superhéroe al poner esa sonrisa en su rostro.

—¡Gracias, Mile! ¡Siempre me salvas la vida! —dice Bárbara, poniendo la mano en el pecho, sobre el cuello de su traje gris, en su agradecimiento diario antes de dejar su, también diaria, contribución en el tarro de propinas junto a la caja.

Levanto los ojos y despido sus palabras con un gesto rápido. Nunca me negaría a hacer todo lo que pudiera por ayudar a una madre soltera.

No cuando tengo una en casa que siempre hizo todo lo posible por mi hermano y por mí. Sé muy bien que cualquier ayuda, aunque sea solo conseguir comprar el snack favorito de la hija cinco minutos antes del horario oficial de apertura de la cafetería, marca toda la diferencia.

—No es nada, Bárbara. Sabes que puedes contar conmigo.

Ella se despide con una sonrisa agradecida más antes de pasar por la puerta, donde el cartel colgado todavía tiene la palabra "Abierto" hacia el interior del establecimiento.

Suelto un suspiro largo y deslizo los ojos lentamente por el lugar donde he pasado mucho más tiempo del que he pasado en casa en los últimos dos años.

La Garden Gourmet no es más que una cafetería demasiado sofisticada, exactamente como todos los negocios en los barrios Jardins, en São Paulo.

Ubicada en el primer piso de un condominio residencial de lujo, es parada obligatoria tanto para

los residentes del condominio como para quienes trabajan alrededor y tienen un vale de comida lo suficientemente gordo como para pagar cinco dólares por un brigadeiro.

La primera vez que pasé por la Garden, aunque solo fuera por su acera, supe que jamás podría pagar por lo que vendían allí, ni siquiera tuve el valor de entrar.

Meses después, cuando comencé a trabajar aquí como aprendiz, confirmé mis sospechas, que en realidad siempre habían sido certezas.

La fachada azul Tiffany y blanca no es más atractiva que su interior, todo planeado para parecer un dibujo de dos dimensiones. Desde el suelo hasta las lámparas, en una foto, todo parece exactamente como garabatos monocromáticos sobre una hoja de papel blanca.

Según don José, el dueño portugués y tacaño de la cafetería, la arquitectura de la Garden fue inspirada en un café de Corea del Sur. Por lo que dice el "padre de los burros" del siglo XXI -es decir,

internet-, parece que tiene razón. Y, para ser justos, la cafetería en São Paulo es tan bonita como ese famoso café coreano.

Miro el reloj que parece un dibujo infantil garabateado sobre la puerta. Seis y cuarenta y cinco. Aún faltan quince minutos para abrir.

—Molestamente eficiente, como siempre...

La voz arrastrada y malhumorada me hace girar el cuello. Encuentro a Clarissa pasando por las puertas vaivén mientras se amarra el delantal arrugado a la cintura.

—Buenos días para ti también, flor del día.

—¿Buenos días para quién, Mile? Eres el único ser humano capaz de estar de buen humor a las seis y cuarenta y cinco de la mañana. ¡Y tú! De todas las personas que conozco, tú eres la que más derecho tiene a estar malhumorada por la mañana. —Me mira con las cejas arqueadas como si lo que acaba de decir fuera obvio—. A cualquier hora del día, en realidad —murmura las últimas palabras y no sé si

debería haberlas escuchado, pero el comentario me hace bufar.

No es que no esté de acuerdo con ella, pero ¿quién tiene tiempo para estar malhumorada cuando se tienen dos empleos, un hermano adolescente rebelde y una madre necesitando tratamientos médicos que cuestan un ojo de la cara? ¡Por favor!

—No tengo tiempo para estar malhumorada, Clarissa.

—¡Y cuando crezca, quiero ser como tú! —dice, antes de que sus ojos negros cambien drásticamente, pasando, con una velocidad increíble, a parecerse exactamente a los del Gato con Botas, y ya sé exactamente lo que está por pedirme—. ¿Puedo quedarme en la caja hoy? ¿Por favorcito?

Un sonido incrédulo se escapa de mi garganta. ¡La cara dura de esta mujer!

—¡Tu cara dura no tiene límites, Clarissa! —la acuso, y ella ni siquiera se molesta en negar.

—Es un don —confirma, luciendo mucho más orgullosa de lo que debería—. ¿Puedo? —pregunta otra vez, y yo revuelvo los ojos—. Así podrás hacer una broma con el cliente guapo de las siete y quince. Sé que tu día se pone un poco más gris cuando no puedes hacer eso —comenta casualmente, y algo parecido a un gruñido escapa de mi boca cuando me apresuro a negarlo. Pero ni yo creo en mi intento ridículo.

El cliente de las siete y quince. Solo pensar en él me hace sentir un escalofrío nervioso recorrer mi espalda de punta a punta y una sensación helada apoderarse de mi estómago.

No sé su nombre, no sé a qué se dedica, no sé nada de él, salvo que es un feliz residente de uno de los lujosos apartamentos sobre nuestras cabezas y que todas las mañanas pide un café moca y dos panes de queso.

Parece poco para un desayuno, pero cualquiera que vea ese cuerpo esculpido por los dioses y

siempre expuesto en trajes que, sin duda alguna, están hechos a medida, lo entendería.

El hombre tiene la piel morena, en un bronceado eterno como si viviera de sol y mar, pero eso no es todo. Está muy lejos de ser todo. Su cabello tiene rizos que caen por su nuca y cubren sus orejas, en una longitud que no es ni larga ni corta, y sus ojos son de un azul obsceno.

Solo no son más obscenos que el conjunto de su imagen, y todas las mañanas, cuando pasa por la puerta, haciendo sonar la campanita sobre ella, tengo que reunir toda mi capacidad de concentración para no hacer el ridículo, y aun así, hay días en los que simplemente no puedo.

Incluso en esos, -especialmente en esos-, como si supiera que necesito algo para no babear sobre él, el cliente de las siete y quince siempre tiene una broma o un juego de palabras gracioso para intercambiar durante los treinta segundos en los que le entrego su café moca.

De hecho, pensar o usar a mi gran amigo Google para buscar esas bromas se ha convertido en una tarea obligatoria en mi día. Y sé que podría aprovechar mucho mejor el tiempo que pierdo haciendo eso, siendo malhumorada, por ejemplo. Pero las prioridades, ¿no?

En los últimos dos años, el dueño de mis cafés mocas mejor preparados solo dejó de venir a tomar café cinco veces, y solo entró en otro horario que no fuera a las siete y quince de la mañana tres veces. En las tres ocasiones, compró un brigadeiro después del almuerzo, y estoy segura de que esas fueron escapatorias no planeadas.

—Está bien —balbuceo cuando me doy cuenta de que he estado demasiado tiempo en silencio, divagando sobre el cliente, como para argumentar en contra de las certezas de Clarissa, y la sonrisa en su rostro no deja lugar a dudas sobre eso.

2.

BRUNO MAGALHÃES

—¡Eh, perdedor! —En el instante en que acepto la llamada y coloco el celular en mi oído, me arrepiento. Ya sabía lo que estaba por venir, y ni eso me impide de querer lanzar el aparato por la ventana del coche.

—¿En serio? —es lo mejor que consigo decir en respuesta, y está claro que eso no es suficiente para evitar las palabras que siempre supe que escucharía.

—¡Ah, puedes estar seguro de que es muy en serio! —La sonrisa en la voz de Arthur tiene olor, color y sabor. Los siento, incluso a distancia—. Eres el maldito más competitivo que he conocido, y es la primera vez en veintidós años que tengo el placer de decir esto. —Hace una pausa, saboreando su propia victoria, y yo aprieto los dientes, tragando todo el veneno que quisiera soltar—. ¡Créeme! ¡Voy a disfrutarlo! —declara, satisfecho consigo mismo, y es más fuerte que yo. Un bufido sonoro escapa de mis labios. Eso lo estimula. Mi amigo de la infancia se ríe, escuchando a través de mi silencio y sabiendo

exactamente cuánto me está costando—. ¡Todos lo vamos a hacer! De hecho, estamos haciendo una escala para llamarte una vez por hora todos los días durante la próxima semana solo para decirte esto, así que prepárate.

Claro que lo están haciendo. Paso mi mano libre por el cabello, deseando poder jalarlo hasta que me duela. Estaciono el coche frente a las escaleras de mármol blanco que dan acceso a la casa de mis padres. Con mi humor actual, lo último que necesito es un maldito almuerzo familiar, pero aquí estoy.

Salgo del coche y lanzo las llaves a Carlos. El empleado las agarra en el aire y me da una sonrisa amable. Yo sonrío de vuelta, sin ganas, pero el pobre hombre no tiene la culpa de que mis amigos sean unos hijos de puta.

Cuatro tipos con barba que, cuando se quedan solos, siguen actuando como los mismos chicos que se conocieron en el internado hace más de dos décadas.

Aunque, dadas las circunstancias, sonreír no está entre mis prioridades ahora mismo, la imagen que aparece en mi mente hace que sea imposible evitarlo.

Nosotros cinco con ojos morados, sentados en fila en la antesala del director del Colegio Saint Ives cuando teníamos dieciséis años, esperando una reprimenda después de habernos metido en una pelea.

Algún idiota, nuevo en la escuela, pensó que sería buena idea meterse con Pedro porque era el típico chico nerd de cuerpo flaco, siempre cargando libros, con gafas rectangulares y el cabello despeinado. Le mostramos al imbécil y a sus amigos que no, que no era una buena idea.

La verdad es que Arthur, Héctor, Conrado y yo también éramos lo que en ese entonces llamaban "nerds", pero a diferencia de Pedro, siempre nos importaba tanto ligar chicas como las matemáticas.

Así que, para ese entonces, los cuatro pasábamos al menos un par de horas al día en el gimnasio del

internado. Pedro hacía lo mismo, pero en lugar de aprovechar su tiempo con barras y pesas, se pasaba jugando al LOL.

—Siempre puedo no contestarles... —digo lo obvio.

—¿Y ser un perdedor dos veces? ¿Uno que pierde y no lo acepta? Ah, no. —Chasquea la lengua, disfrutando cada segundo de esto—. Eso no va contigo, brunito. —Hijos de puta. Un montón de hijos de puta que saben cómo presionar todos mis malditos botones. Todos ellos, aunque ahora solo tenga que aguantar a uno. Simplemente no podría ignorar sus llamadas y decir, aunque sea en silencio, que ganaron otra vez.

No. Voy a aceptarlo en silencio hasta que los cretinos se cansen. Fingir que no me importa hasta que sea verdad o, al menos, hasta que ellos crean que sí. Aunque dudo mucho que eso ocurra. Me conocen desde hace demasiado tiempo.

—¿No tienen nada más que hacer? La última vez que los vi, ustedes eran empresarios reconocidos, no

vagos que pueden llamarme cada hora para joderme.

—¡Ah, lo somos! —Se ríe, una risa ligera que me hace apretar más el celular con la mano—. Y por eso cada uno de nosotros le pidió a sus secretarias que añadieran un compromiso cíclico en la agenda. El código es "beber agua". ¿Lo crees?

—Vete a la mierda, Arthur. ¿Esta llamada tiene algún propósito?

—¿Burlarme? —El tono es calculadamente burlón y sube en volumen y sarcasmo con cada palabra que dice—. ¿Trolearte? ¿Decirte que fracasaste? ¿Recordarte que perdiste? ¿Llamarte perdedor de todas las maneras posibles sin repetir el adjetivo?

—Mmm. Buenas tardes, Arthur. —Sin remordimientos, cuelgo el teléfono en la cara de mi amigo.

Segundos después, el teléfono vibra en mi mano. No es otra llamada, sino una notificación de mensaje nuevo.

Arthur: Estoy ansioso por verte perder otra vez. ¿Quién fue el genio que eligió la tarea en caso de que perdieras? Oh, espera, ¡fui yo! Nos hablamos en cinco horas, perdedor.

—¡Hijo de puta! —me quejo en voz alta, aunque sé que si los papeles estuvieran invertidos, yo sería aún más insoportable.

La verdad es que si estoy descubriéndome como un mal perdedor, no es ninguna novedad que soy aún peor como ganador. Y esa es la única cosa en la que me reconozco como malo, porque, seamos honestos, ser bueno en eso es una puta maravilla, como Arthur está disfrutando frotándomelo en la cara.

Al pasar por la puerta de entrada y atravesar los pasillos con piso y paredes blancas hacia la sala de estar, donde estoy seguro de que mi familia ya está reunida, sacudo la cabeza en señal de negativa. Perder definitivamente no es algo con lo que esté acostumbrado. Fallar no es, en realidad.

¿Apostar? Sí. Todo el tiempo. ¿Perder? Jamás. Excepto esta vez. Esta maldita vez en la que, ni en un millón de años, habría previsto que mi apuesta sería completamente equivocada.

—¡Hijo! —saluda mi madre en cuanto me ve.

La mujer elegante, vestida con su conjunto de falda y blazer blancos, combina perfectamente con el ambiente de decoración clásica, rodeado por enormes paredes de vidrio que dejan que la luz natural inunde la habitación con piso de mármol.

Desde el enorme sofá gris, Bárbara Magallanes se levanta con su habitual elegancia. Su cabello está recogido en un moño alto y sus ojos azules, como los míos, sonríen, mostrando las pequeñas arrugas alrededor de ellos, segundos antes de que la envuelva en mis brazos.

—Hola, mamá. —Le beso la frente cuando se aparta un poco—. ¿Cómo estuvo París? —le pregunto.

Tengo buenos padres. No son los más presentes del mundo, nunca lo fueron, y, de hecho, ir a un

internado fue una decisión mía. Como hijo único, pasaba demasiado tiempo solo mientras mis padres viajaban constantemente.

Una escuela que pudiera llamar "casa" y que siempre estuviera llena, a diferencia de mi casa real, siempre vacía, simplemente me pareció una buena opción, aunque en ese entonces solo tenía nueve años.

—Divina, como siempre —responde sonriendo—. Siempre tendremos París... —tararea la frase famosa, sacándome una risa. Me suelta y yo jalo a mi padre, que ya está a nuestro lado, para abrazarlo.

—¿Qué tal, viejo? —El hombre de barba y cabello gris tiene la piel naturalmente morena, y sus ojos oscuros están fijos en mí. A diferencia de mi madre, que usa tacones hasta dentro de casa, mi padre está vestido cómodamente con bermudas y una camiseta polo.

—¿Qué tal, joven? —El abrazo dura poco. Las demostraciones exageradas de afecto nunca fueron parte de nuestra dinámica familiar. Ellos retoman sus

lugares previos y yo me siento en el sofá, al lado de mi madre.

—¿Cómo van los negocios? —Es la primera pregunta que me hace mi padre y yo resoplo dramáticamente. Él entiende perfectamente mi protesta, aunque no haya dicho nada—. ¿Qué pasa? Me encantaría preguntar sobre tu novia, prometida o esposa, si tuvieras una. Me encantaría preguntar por mis nietos.

—¡Despacio, viejo! Tengo treinta y tres, no cincuenta y dos —argumento, y es su turno de resoplar.

—Maurício y Joaquim ya tienen nueras —murmura en voz baja, y un sonido de burla sale de mi garganta. ¡Genial! Todo lo que necesitaba era ser comparado con esos malditos João Pedro Gouvêa y Marcos Valente.

Los hijos de los mejores amigos de mi padre siempre fueron una piedra en mi zapato. Arrogantes, egocéntricos y presuntuosos, nuestra relación estuvo

condenada al fracaso desde que aún usábamos pañales.

A pesar de que teníamos la misma edad, me di cuenta muy temprano de que reproducir la amistad de nuestros padres nunca estuvo en los planes de ninguno de ellos. Esa era una relación de dos, y poco me importaba a mí si ellos no hacían más que exhibirse como si siempre fueran mejores que yo.

Mi competitividad nunca fue injustificada. Primero fueron los juguetes, después las conquistas académicas y, finalmente, las mujeres.

De los dos, João Pedro siempre fue el que consideré el peor. El imbécil siempre llevaba las competiciones al extremo, y compartir el mismo espacio con él se convertía en una prueba de paciencia.

Porque, al mismo tiempo que quería mandarlo todo a la mierda y simplemente ignorarlo, no ceder a sus provocaciones y no entrar en su juego de "quién es el mejor" fue algo de lo que me descubrí incapaz.

Con Marcos las cosas eran diferentes. Nunca seríamos amigos, pero cuando estaba solo, hasta podíamos mantener una conversación de un minuto. A él sí podía tolerarlo. O, al menos, solía poder. ¿El hijo de puta tenía que arruinarlo y hacerme perder, por primera vez en la vida, una apuesta?

¡Mierda! ¡Nunca lo habría imaginado! ¡Nunca! Ni en un millón de años habría sugerido la competencia en primer lugar.

Cuando anunciaron que el heredero de Valente & Camil Abogados estaba a punto de casarse, fue imposible escapar del tema. Y en una de las ocasiones en que surgió entre mis amigos y yo, fui directo a decir que apostaba mi nueva Lamborghini a que el matrimonio no duraría ni seis meses, antes de que él traicionara a esa tal Antonella.

Ese bastardo nunca había estado con una mujer más de una semana. La noticia de su matrimonio no sonaba menos que absurda. Aún más que el de João Pedro, poco tiempo antes.

Por eso, apostar a que el hijo de los amigos de mis padres traicionaría a su esposa en la primera oportunidad, quizás incluso antes de que llegaran al altar, no era nada del otro mundo. Debería haber sido una apuesta ganada, como todas las demás.

Arthur, Pedro, Héctor, Conrado y yo siempre apostamos todo. Al principio, eran cosas banales, como figuritas, cuando éramos niños. Pero a medida que crecimos, las apuestas se hicieron más grandes, y en algún momento, apostar dinero dejó de ser divertido, ya que nunca nos faltó y nunca nos faltará.

No era algo que realmente temiera perder. Herederos de las mayores fortunas de Brasil, aunque no nos hubiéramos esforzado mucho por crear nuestras propias riquezas, pobres, definitivamente no seríamos.

Entonces, comenzamos a subir los riesgos: objetos coleccionables, autos raros y, por último, tareas imposibles, o tan difíciles como éramos capaces de pensar, resultaron ser lo más divertido.

Y cuando a todo el mundo le gustó la idea de apostar sobre el matrimonio de Marcos a su favor y en mi contra, debería haber sospechado algo. Sobre todo cuando Arthur me propuso lo que debía hacer si perdía.

Es probable que esos infelices que llamo amigos supieran algo. Porque, para mí, que conocía al hombre, era inimaginable que, ahora, seis meses después del mencionado matrimonio, él anduviera por ahí no solo feliz, sino orgulloso de estar encadenado. Para mis amigos, cuyo contacto con el heredero Valente nunca había pasado de saludos en eventos, debió haber sido algo más allá de lo imposible.

Debería haber sido, pero no lo fue. Y así fue como me jodí. Porque, ahora, además de haber perdido una apuesta por primera vez, tengo en mis manos una tarea ingrata. Pasar tres meses con la misma mujer, puta madre. Solo repetir esas palabras en mi cabeza me hace sentirla palpitando.

No tengo ningún tipo de desequilibrio emocional que me impida desarrollar relaciones, ni trauma de un pasado oscuro. No. Pero otra cosa que no tengo es paciencia.

Y las relaciones exigen mucho de eso. Si hay algo en lo que no estoy dispuesto a esforzarme, es en relacionarme con una mujer. No cuando todo lo que siempre necesité hacer para conseguir compañía fue sonreír.

Y cuando ni siquiera a eso estaba dispuesto, siempre pude simplemente pagar. Lo que me lleva a la segunda razón que debería haberme hecho desconfiar de las intenciones de esos cuatro hijos de puta.

La regla de la apuesta, en caso de que la perdiera. Tres meses con la misma mujer, cualquier mujer, siempre que no fuera una prostituta. ¡Hijos de puta!

—¡Deja en paz al niño, Bernardo! Las cosas van a suceder cuando tengan que suceder —mi madre silencia a mi padre y casi le doy un beso en la mejilla por eso. El viejo resopla, pero no insiste—. ¿Cómo

están tus amigos? —pregunta y mi gratitud recién adquirida se extingue al instante.

3.
MILENA GARCÍA

La correa de la mochila pesa en mi hombro mientras paso por la puerta de servicio del restaurante mexicano donde trabajo por la noche.

Mi cuerpo cansado, después de dieciocho horas de pie, corriendo de un lado a otro atendiendo, sonriendo y sosteniendo bandejas, implora descanso, pero aún tengo un largo camino por recorrer antes de llegar a mi merecida cama.

—Buenas noches, Mile.

—Buenas noches.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, gente. Hasta mañana —me desean mis compañeros de trabajo y yo respondo mientras nos despedimos frente a la puerta cerrada del restaurante.

Siento la ardorosa quemazón en las plantas de los pies mientras camino hacia la parada del autobús. Las calles bien iluminadas del barrio Jardins son lo

único que me impide dormir de pie, mientras los sonidos a mi alrededor van desapareciendo hasta quedar en un silencio absoluto.

Llego a la pequeña estructura de acero y plástico destinada a quienes esperan el transporte público, suelto un largo suspiro y miro el reloj en mi muñeca. Son las doce y veinte.

Si el autobús no se retrasa y si nada pasa en el camino, debería llegar a casa a la una de la mañana. Y, hasta que deje todo listo para mañana, será la una y media. Si todo sale bien, hoy podré dormir cuatro horas. Cuatro horas preciadas.

Paso la lengua por mis labios y meto las manos en los bolsillos traseros de mis viejos jeans, sin desviar la vista de la carretera, donde espero ver pronto mi alfombra mágica. El cansancio es tal que ni siquiera tengo fuerzas para reír de mi propia broma.

A esta hora, al menos el autobús estará lo suficientemente vacío como para que pueda sentarme. Las puntas de mis dedos tantean las monedas separadas para el pasaje.

Las monedas contadas, porque tuve que usar mi billete único para algunas de las visitas de mi madre al médico este mes, y el saldo se agotó más rápido de lo esperado. Como siempre, el mes sobra, pero el dinero no alcanza. Afortunadamente, mañana es el día de la recarga.

Apoyo la frente contra el acero frío, sintiendo un escalofrío cuando el frío entra en contacto con mi piel caliente. Mis ojos pesan, pidiendo a gritos cerrarse, pero me resisto y sigo atenta a los letreros luminosos que aparecen pequeños y se van agrandando conforme los autobuses se acercan.

Diez minutos de silencio y soledad bienvenidos, después de un día entero rodeada de gente y ruido, extiendo el brazo, haciendo la señal para el autobús 722 con destino a Itaim Paulista.

Él va reduciendo la velocidad hasta detenerse frente a mí y yo bajo del borde de la acera, ya esperando su parada, de pie, en la calle.

Saco las monedas para el pasaje del bolsillo de mi pantalón y la primera sensación extraña es la de una

de ellas deslizándose por la parte posterior de mi pulgar, cuando todas deberían estar apretadas en la palma de mi mano.

Justo después, escucho el tintineo del metal cuando la moneda rebota en el asfalto, y me giro de inmediato, ya con los ojos buscando el suelo en su búsqueda.

Cuando la encuentro, girando como un trompo en el límite de la rejilla del alcantarillado, cuya existencia ni siquiera había notado hasta entonces, la opresión que domina mi estómago no se puede describir de otra manera que no sea desesperación.

No, por favor, no. Dios, por favor, no dejes que caiga. Es todo lo que tengo tiempo de pensar antes de que la moneda se lance dentro del agujero y cierre mis ojos, ahora no solo por cansancio físico, sino con un verdadero agotamiento mental.

—Suba, hija.

La voz fuerte me asusta y solo entonces me doy cuenta de que el autobús está detenido,

esperándome, y su conductor acaba de ser testigo de los últimos segundos miserables de mi día.

Miro al hombre calvo, de piel oscura, con cabello y bigote blanco, luego al alcantarillado y, por último, a las monedas que quedaron en mi mano.

Mi angustia debe estar clara en mi rostro, porque el conductor me da una sonrisa amable, con los labios cerrados, antes de hacer un gesto afirmativo, diciéndome que todo está bien.

Una lágrima silenciosa recorre mi rostro sin mi permiso, cuando le agradezco en voz baja, tan silenciosamente como él me ha sonreído, y subo al autobús. Un poco más y este día habrá terminado. *Solo un poco más, Milena, y este día acaba.*

***

Despierto en la parada anterior a la mía, como siempre. Muevo ligeramente el cuello, estirándolo antes de levantarme y echarme la mochila sobre el hombro menos dolorido.

Tiro de la cuerda y las luces de la próxima parada se encienden. Me agarro firmemente de la barra de apoyo hasta que el autobús empiece a reducir la velocidad y yo pueda relajar el agarre y caminar hasta la puerta de salida.

Las puertas se abren. Antes de bajar, miro hacia la parte delantera del autobús y, aunque no puedo ver al conductor, grito.

—¡Muchísimas gracias y buenas noches! ¡Usted me salvó la noche!

—Que Dios te acompañe, hija. —Sonrío con su respuesta y, en silencio, le deseo lo mismo.

Los cinco minutos de caminata entre la parada del autobús y mi casa los hago en modo automático. Cerca de casa, a diferencia de Jardins, las calles están mal iluminadas, pero llenas de vida.

Al igual que yo, decenas de personas están bajando del autobús y cerrando sus jornadas tras un largo día, solo para comenzarla nuevamente en unas horas.

Saludo a algunos vecinos, otros conocidos e incluso a personas que nunca he visto antes, pero que me desean buenas noches al pasar por mi lado.

El portón de hierro gris y oxidado aparece en mi vista y, como una maratonista en la última vuelta, mis fuerzas parecen renovarse repentinamente ante la perspectiva de que, en treinta minutos o menos, si logro ser rápida, estaré acostada en mi cama.

Sin embargo, al llegar al bajo muro de mi casa, que ya ha visto mejores días, noto una extraña luz a través de las cortinas cerradas.

El parpadeo característico de un televisor encendido me hace abrir y cerrar el portón con el ceño fruncido. Paso la mano por mi cabello, empujando hacia atrás los mechones que se soltaron de la coleta.

Pongo la llave en la cerradura y necesito respirar hondo, invocando toda la paciencia de lo más profundo de mi ser para lidiar con lo que encuentro.

Es solo un adolescente, Milena. Solo un adolescente. Ser un idiota es parte de su naturaleza. Repito en

silencio mi mantra cada vez que mi hermano hace algo estúpido.

Gabriel tiene quince años, y juro por Dios que todos los días encuentra una forma diferente de irritarme. Giro la muñeca para mirar el reloj: son la una y veintidós de la madrugada.

Debería levantarse a las seis para ir a la escuela. Una escuela muy, muy cara. La razón por la que necesito un segundo empleo, de hecho. Si hay algo que no debería estar haciendo, es jugando al maldito videojuego.

Tan distraído está que ni siquiera ha notado mi presencia. Cierro los ojos, decidiendo qué hacer. Enfrentarlo significará despedirme de al menos quince minutos de mis preciosas tres horas y cincuenta y ocho minutos de sueño.

Me llevo la mano a la frente, presiono los dedos pulgar, índice y medio sobre la sien, y una risa triste escapa de mis labios. No es como si tuviera opción, ¿verdad?

Dejo mi mochila colgada en el gancho junto a la puerta, cuento hasta diez e infló el pecho, reteniendo el aire durante cinco segundos antes de soltarlo. Camino decidida hacia el mueble donde está la televisión vieja, aún de tubo.

Con las luces apagadas y los ojos completamente clavados en el escenario postapocalíptico del juego de disparos, Gabriel no me nota hasta que ya es demasiado tarde y he desconectado el cable de la televisión de la toma de corriente.

En el segundo en que la sala queda sumida en la oscuridad, veo cómo sus pestañas largas parpadean y su boca se abre, confundido. Su cuerpo delgado y sin camisa está encorvado, con los hombros anchos hundidos por la postura.

—Deberías estar durmiendo —digo con calma. Aunque no puedo ver su rostro, estoy segura de que una expresión furiosa lo invade. *Aquí vamos de nuevo.*

—Y tú deberías ocuparte de tu vida —responde sin esfuerzo alguno. Oigo cómo se mueve,

probablemente recostándose en el viejo sofá marrón de cuero rajado.

Es solo un adolescente, Milena. Solo un adolescente. Ser un idiota es parte de su naturaleza. Respiro hondo y aprieto los dientes.

—Estoy ocupándome de mi vida, Gabriel. Porque, por si no te has dado cuenta, tú eres mi responsabilidad.

—¿Desde cuándo? —El tono es sarcástico, burlón.

Estoy cansada. Tan cansada. Mis ojos arden por milésima vez en las últimas dos horas.

—Desde que dependes de mí para comer, vestirte y estudiar en la maldita escuela que cuesta una fortuna, pero que puede garantizarte un futuro mejor que el mío.

—¿Y quién te pidió que hicieras eso, Milena? ¡Déjame en paz!

—Gabriel… —Intento, una vez más, ser racional—. Estoy cansada. Por favor… —le ruego, aunque no sé exactamente para qué.

—¡Entonces vete a dormir, carajo! —Levanta la voz y cierro los ojos, dejando que la primera lágrima se deslice por mi mejilla.

No es tristeza, solo agotamiento. Mi cuerpo y mi mente me están avisando que están llegando al límite, y pocas cosas duelen más que ignorar sus súplicas.

—¡Habla más bajo! —Mi susurro no concuerda con la intensidad de mis palabras. Miro hacia el final del pasillo oscuro, al otro lado de la sala, comprobando que su berrinche no haya despertado a mi madre.

Él gira el cuello en la misma dirección. Ahora, con mis ojos ya acostumbrados a la penumbra, alcanzo a ver una sombra de preocupación en su rostro, pero dura solo un instante antes de volver a mirarme.

—¡Tú no eres mi madre, Milena!

—¿Y tú crees que quiero serlo? —Un sonido que mezcla una risa seca, un llanto contenido y un suspiro sarcástico escapa de mi garganta. Me llevo las manos al rostro y lo froto con fuerza—. ¡Por el amor de Dios, Gabriel! Si no tienes respeto, al menos

ten lástima por mí. —Y allí se va mi enfoque calmado y comprensivo. Estoy agotada. Estoy completamente agotada—. ¡Tengo diecinueve años, Gabriel! ¡Diecinueve! —Levanto los brazos en el aire y dejo caer la cabeza hacia atrás en un intento por contener las lágrimas—. Son solo cuatro años más que tú. —Vuelvo a mirarlo, sin importarme si puede o no ver mi rostro—. Cuatro años, nada más. Todo lo que quería era que alguien se preocupara por mí como yo me preocupo por ti. Que alguien pagara mi universidad, como yo pago tu escuela. Que alguien me dijera que tengo una miserable oportunidad de tener una vida mejor que cuatro horas de sueño por noche —hago una pausa—, pero no te importa, ¿verdad?

Levanto las manos en señal de rendición, sacudo la cabeza y, sin esperar una respuesta, agarro mi mochila y salgo de la sala.

***

Cierro el cesto de ropa sucia y miro el reloj. Las dos y cinco. Está bien. Si me baño en cinco minutos, aún

tendré tres horas y veinte minutos de sueño. No es lo ideal, pero puedo vivir con eso.

La discusión con Gabriel me quitó más que quince minutos, pero tuvo algo de efecto. Después de que lo dejé en la sala, no volvió a encender la televisión.

Esperó el tiempo suficiente para que su retirada no pareciera una obediencia a mi pedido, sino algo que hizo por voluntad propia. Luego se levantó y fue a dormir al cuarto que compartimos.

Es siempre lo mismo. *Es solo un adolescente, Milena. Solo un adolescente. Ser un idiota es parte de su naturaleza.*

Exhalo por la boca, ruedo los hombros y el cuello, y me doy vuelta, lista para entrar al baño. Sin embargo, al salir del diminuto lavadero y entrar a la cocina, apenas más grande, encuentro a mi madre parada en la puerta.

Su cabello oscuro, igual que el mío, le cae hasta los hombros y está despeinado, como era de esperarse en alguien que acaba de despertarse.

Su piel blanca tiene las arrugas características de alguien que ha vivido cuarenta y dos años, los últimos diecinueve corriendo constantemente para darles a sus hijos algo mejor de lo que la vida le dio a ella.

—¿Tienes sed? —pregunto, ofreciéndole una sonrisa a pesar del cansancio.

Ella no responde. Se mueve con su cuerpo cubierto por una camisola floreada, pero, en lugar de ir hacia la nevera como supuse, se dirige a la cafetera y comienza a prepararla.

Un escalofrío recorre mi estómago ante el presentimiento de lo que viene. Cuando mi madre se gira hacia mí, la mirada en su rostro me deja claro que no estoy a punto de bañarme, y mucho menos de dormir como quisiera.

4.

BRUNO MAGALHÃES

—¿Vislumbrando tu futuro? —Héctor se detiene a mi lado, ofreciéndome un vaso de whisky. Lo acepto, aún sin poder desviar la mirada del grupo unos metros más adelante.

João Pedro Govêa y Marcos Valente están parados, colgados de sus esposas que probablemente les sujetan collares invisibles para los perritos que se han convertido. Si no lo viera con mis propios ojos, una y otra vez, no lo creería.

—Vete a la mierda. —Mi amigo ríe, atrayendo mi mirada. Sus ojos azules brillan con una diversión evidente y yo resoplo—. Esta es la única competencia que estaría feliz de perder frente a esos dos, Héctor. Puedo pasar tres horas, tres meses o tres décadas con la misma mujer y, aun así, ¿eso allí? —Inclino la cabeza hacia donde miraba antes y chasqueo la lengua—. Para nada.

—Eso ya lo veremos... —Desprecia mis palabras con ese comentario genérico y sus ojos castaños brillan con una diversión molesta—. Tu tiempo se está agotando —advierte, como si hubiera tenido la oportunidad de olvidarlo, y eso me hace reír.

—Pensé que habías venido aquí a dar un discurso, no a joderme con algo que ya estoy cansado de escuchar.

Sonríe de lado.

—Soy multitarea. Puedo hacer las dos cosas sin problema.

Me guiña un ojo y yo pongo los ojos en blanco.

Llevo el vaso a la boca, bebo un sorbo de la bebida ámbar y dejo que mis ojos recorran el salón finamente decorado.

Me gustan las fiestas, pero sin lugar a dudas, odio los eventos, incluso los que son una constante en mi vida, como el aniversario de Magallanes Capital.

Odiaba estar aquí cuando era niño, odiaba cuando mi padre presidía la empresa y sigo odiando ahora

que soy yo quien está al frente de los negocios.

—¿Por qué no eliges a alguien aquí? Yo seguro que lo voy a hacer.

Héctor barre el salón con la mirada, como un águila buscando su próxima presa, y yo paso la lengua por mis labios, pensando.

No sería una mala idea, y un trío lo mantendría lo suficientemente distraído de la misión de joderme la cabeza durante el resto de la noche.

—¿Por qué no elegimos juntos? —sugiero, como si la idea recién se me hubiera ocurrido.

—Hablaba de los próximos tres meses.

—No estamos en un mercado, Héctor. No puedo simplemente elegir una mujer, pasar por la caja y llevarla a casa, ¡por el amor de Dios! —gruño, fingiendo indignación con su sugerencia, y eso hace que finalmente interrumpa su búsqueda del "polvo" de la noche y me mire. Su rostro está lleno de burla.

—¡Ah, claro! —Hace un intento de arrepentimiento mal actuado—. Perdón, pero ¿acaso no has tenido

sexo ya con la mitad de las mujeres en esta fiesta? —Desvío la mirada, negándome a responder—. Ah, por favor, Bruno. Buena parte de la otra mitad saltaría de alegría si pudiera estar contigo los próximos tres meses solo para poder decir que lo logró. No sé por qué carajos te estás tardando tanto, de hecho. —Entreabre los ojos y yo suelto el aire con fuerza.

Llevo el vaso a la boca, buscando tiempo. Sé perfectamente que está a punto de descubrir el motivo, así que trato de desviar sus pensamientos antes de que sea demasiado tarde.

—Creo que... —empiezo a dar una excusa, pero me corta.

—¿No estarás tratando de encontrar una forma de librarte de esto? ¿O sí?

Lo estaba. No de librarme, pero sí de ganar incluso en la derrota, porque así de calculador soy.

—No —miento, después de unos segundos en silencio, con un movimiento facial calculado para no parecer ni ansioso ni desinteresado—. Solo que aún

no he encontrado a la persona adecuada... —La respuesta tiene el efecto que esperaba, lo distrae. Aunque no de la forma que me gustaría. Héctor suelta una carcajada ruidosa.

Resoplo por entre los dientes, negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco, rehusándome a ser testigo de su escándalo. Mi mirada recorre varias direcciones, pero no se detiene en nada antes de volver a fijarse en mi amigo. Se limpia unas lágrimas en los ojos.

—Cuidado, Bruno... Estás empezando a sonar como un excelente candidato a perrito.

—Vete a la mierda, Héctor. Última oportunidad. ¿Juntos o separados? —desafío, y él mueve la cabeza, negando. La diversión sigue en su rostro mientras levanta el vaso que tiene en la mano, haciendo un brindis que es una aprobación silenciosa.

—Ok. ¿Negra, rubia, morena, pelirroja o asiática?

5.

BRUNO MAGALHÃES

Tienen que estar jodiendo.

Eso es lo primero que pienso al poner un pie dentro de mi apartamento y encontrar a tres idiotas esparcidos por mis salas como si estuvieran en su propia casa.

Conrado está sentado en mi sofá, con el torso desnudo y la parte inferior del cuerpo envuelta en nada más que una toalla. ¡Una maldita toalla!

Y como si eso no fuera suficiente relajación, Buzz, mi bulldog inglés perezoso, está acostado con la cabeza sobre sus piernas y ni siquiera se molesta en levantarse para saludarme. Traidor.

—¿Ustedes entienden el concepto de emergencia, cierto? O necesito explicarles que la llave de emergencias solo debe usarse si realmente hay una emergencia, y no cuando a ustedes se les da la gana —les pregunto a todos y a ninguno en particular,

todavía parado en la puerta de mi propia casa como si yo fuera el intruso.

—Pero esto es una emergencia —dice Pedro, saliendo de la cocina con un bowl de doritos en una mano y un pack de long necks en la otra. Ya sabía que ese cabrón estaría por ahí—. Estamos haciendo una intervención.

La última frase me descongela y finalmente entro, cerrando la puerta tras de mí.

Eso hace que el bulldog gordo se despierte lo suficiente para levantar la cabeza y mover la cola, pero no para levantarse de su lugar.

Dejo las llaves sobre la consola y me paso la mano por la nuca, rascándome y pidiéndole a Dios que me dé paciencia. Alcanzo la parte lateral de mi cuello, subo los dedos por la barba, la froto y apoyo la mano libre en la cintura.

—¿Y puedo saber por qué carajos necesito una intervención?

Les pregunto, mirando el enorme sofá gris donde claramente habían planeado emboscarme en mi propia casa, ya que esa es la única razón por la que los cuatro están sentados de espaldas a la televisión y mirándome fijamente.

—Estás perdiendo el tiempo —responde Arthur.

—¡Perdiendo el tiempo de los carajos! —confirma Héctor y yo frunzo el ceño en su dirección—. ¿Qué? ¿Pensaste que un trío me iba a convertir en un idiota? Idiota sería si dijera que no solo porque sabía que intentabas distraerme. ¡Y eso ya tiene casi una semana, por el amor de Dios!

Dejo escapar un suspiro profundo y parpadeo, manteniendo los ojos cerrados por un momento. Bajo la cabeza, presiono un labio contra el otro y llevo la mano que estaba en mi cara también a la cintura antes de volver a mirar a mis amigos. Ellos me observan con diversión ansiosa en sus rostros.

Hago un gesto con la lengua contra la mejilla, hago un puchero, pero no importa cuánto tiempo gane, no encontraré una respuesta decente, porque

la situación es absurda en su totalidad. Camino hasta la mesita de centro frente a ellos.

—¿Puedo beber mi propia cerveza? —Hago un gesto hacia las dos botellas que sobraron sobre la mesa.

—¡Claro que puedes! Somos generosos —se burla Conrado y yo resoplo antes de tomar la botella, abrirla, dejar la tapa sobre la mesa y tirarme en el sillón frente al sofá.

Eso hace que el perro se mueva. Baja del sofá y se acuesta a mis pies. A pesar de estar molesto por su traición, me veo bajando para rascarle la oreja.

—¡Hola, amiguito! —Buzz levanta su enorme cabeza y su cara muestra lo que me gusta pensar que es una sonrisa. Sus pliegues están concentrados en su piel y su lengua gigante cuelga por un lado de la boca—. ¿Qué quieren? —pregunto, todavía mirando a mi perro.

—Garantías.

Resoplo y desvío la mirada hacia las ventanas que forman la pared lateral del apartamento, dejando ver la inmensidad que es São Paulo.

—¡Mi palabra es la maldita garantía!

Vuelvo a enfocarme en los idiotas.

—Mmm... —Arthur hace un gesto de desdén—. Pensamos que no. Queremos algo más sustancial... Más... ¡Táctil!

Frunzo el ceño mientras mi cerebro corre una maratón tratando de descifrar qué diablos quieren.

—No va a pasar —decreto, desistiendo rápidamente de intentar descifrar las intenciones ocultas de mis amigos, porque no me importan.

—No creo que seas tú quien deba decidir eso —opina Pedro, mientras dobla una pierna y la apoya sobre el muslo de la otra.

Toma un sorbo de cerveza y aparta los cabellos oscuros que caen sobre su frente, dejando al descubierto la cicatriz en forma de rayo, exactamente igual a la de Harry Potter.

—¿No te hemos recordado lo suficiente que perdiste la apuesta? —La sonrisita de Arthur me dan ganas de pegarle un puñetazo en la cara.

—Ah, claro que me lo han recordado. Claro que sí. —Me inclino y apoyo los codos sobre las rodillas—. Ahora es mi turno de refrescarles la memoria, hijos de puta. —Buzz interpreta mi nueva posición como una invitación y empieza a lamer mi pierna sobre el traje que ni siquiera tuve oportunidad de quitarme. ¡Por el amor de Dios! ¡Es jueves por la noche!—. No se cambian las reglas del juego después de que la pelota ya está en movimiento, y ustedes ya deberían estar cansados de saber esta mierda. —Dejo caer mi cuerpo sobre el sillón, harto de pensar y hablar sobre la maldita apuesta—. Ustedes eligieron la tarea y el plazo en el que debo comenzar. Según lo que yo sé, aún tengo diez días, y si quiero esperar hasta las 23:59 del maldito último día, lo voy a hacer, señores. Y tienen que lidiar con eso.

Los cuatro refunfuñan, sabiendo que tengo razón, pero incapaces de rendirse, Arthur siente la

necesidad de advertirme.

—Es bueno que sepas que ya nos contactamos con todas las agencias de acompañantes de Río y São Paulo. Cualquier contacto que hagas, nos avisarán.

Me levanto, rodando los ojos.

—Gracias por la información, ahora váyanse a la mierda. Me voy a bañar. —Salgo de la sala con Buzz siguiéndome, con la certeza de que, para mi frustración, cuando regrese, ellos seguirán ahí.

***

—¿Qué opinas de esta, amiguito?

Después de finalmente lograr librarme de los idiotas que llamo amigos, tirado sobre mi cama, vestido solo con shorts de dormir, pongo la pantalla del celular frente al rostro de Buzz mientras una película cualquiera pasa por la televisión.

El bulldog resopla en respuesta. Creo que eso es un "no". Deslizo la pantalla hacia la izquierda.

—¿Y esta? Está buena... —Le muestro la foto de una morena curvilínea, con pechos grandes y caderas anchas en Tinder, y Buzz gira la cabeza, negándose a opinar—. Está bien, está bien. Eres un público difícil, ¿eh, amigo? —Deslizo la pantalla hacia la izquierda un par de veces más y ninguna de las opciones parece ser la correcta, porque simplemente no quiero hacer esa elección—. Sí, te entiendo, Buzz. Dar "match" no va a resolver nuestros problemas. Lo sé... —continúo mi conversación con Buzz y él gira su cabeza en mi regazo, quedando con el vientre y las patas hacia arriba—. ¿Cómo es esto un problema tuyo? —Río y lo miro mientras me observa con esa pregunta silenciosa estampada en todos los pliegues de su rostro—. Bueno, serán tres largos meses, Buzz. Tres meses larguísimos de mierda. —Le rasco la oreja—. Ella vendrá aquí, ¿sabías? Tendrá que tratarte bien o perderé esta mierda en cinco segundos. —Paso mi mano por el vientre del perro gordo, él resopla por su corto hocico y luego cierra los ojos—. Vamos, Buzz. Me estoy quedando sin

tiempo. ¿No tienes alguna idea en esa cabeza grande que me pueda ayudar?

El bulldog ronca y, una vez más, me sorprende la rapidez con que se queda dormido. Siempre me pregunto si está fingiendo. Si lo está, Buzz es un actor excelente.

Miro el celular en la palma de mi mano, cierro la aplicación y bloqueo la pantalla. Me gusta Tinder. Es una excelente aplicación. El problema no es la aplicación, es la maldita razón de mi búsqueda.

Eso es lo que está mal. Suelto un largo suspiro y sacudo la cabeza. Ni pensarlo. De ninguna puta manera.

Voy a encontrar una solución. Aún no sé cuál, pero la encontraré.

6.

MILENA GARCÍA

—Lamentablemente no podemos ayudar —dice el gerente del banco, y cierro los ojos lentamente, dejando que las palabras ocupen el lugar de mi desesperación.

Ya las esperaba, pero eso no las hace menos dolorosas. No cuando solo yo sé lo que realmente significan.

—Señor Marcelo, por favor. Yo-yo… —tartamudeo, sin saber a qué aferrarme. Respiro hondo y fijo la mirada en el hombre calvo frente a mí. Su rostro ovalado sostiene unas gafas de armazón rectangular y un bigote ridículo, cuya "belleza" podría atestiguar eternamente si eso me garantizara el préstamo que acaba de rechazarme—. Necesito ese dinero, señor Marcelo. Sé que no tengo garantías, pero voy a pagar. Le juro que lo haré —intento una vez más, aunque sé que es en vano.

—Milena, esto no depende de mí. —Suspira y la lástima en su rostro ni siquiera me duele. En este momento, simplemente sé que soy digna de lástima —. Su nombre está en negativo y su puntaje de crédito está por el suelo. El banco no liberó ninguna alternativa de crédito para usted. Podemos intentar una renegociación de la deuda que tiene con nosotros. Usted paga las primeras dos o tres cuotas, y luego, en dos o tres meses, volvemos a analizar su crédito —sugiere, y quiero reírme de amargura.

Si tuviera el dinero o el tiempo necesarios para hacer lo que él dice, no habría perdido mi única tarde libre de la semana, sentada en una sala de espera de banco, sabiendo ya cuál sería la respuesta a la solicitud que tenía.

Las últimas 48 horas de mi vida las viví en piloto automático. Levantar, trabajar, pensar, dormir. Levantar, trabajar, pensar, dormir.

Comer y dormir no formaron parte de ellas, ni cualquier otra cosa que consumiera el tiempo o la energía que podría haber usado para intentar

encontrar una solución a la noticia que mi madre me dejó en el regazo cuando llegué a casa el lunes.

Sabía que nunca debí recurrir a un prestamista, pero la desesperación nos lleva a tomar decisiones estúpidas, y ninguna palabra describe mejor mi estado hace tres meses que "desesperación".

La enfermedad de lupus estaba ganando la batalla que veníamos librando desde hacía dos años, desde que mi madre descubrió que la padecía.

Cuando el médico dijo que si no la internábamos dentro de 24 horas, sus riñones llegarían a un estado irrecuperable y moriría, pero que no podía hacer nada porque no había camas disponibles en ese hospital, ni en ningún otro hospital público de São Paulo, para que ella fuera transferida, me morí un poco.

Y ese poco fue suficiente para estar completamente segura de que no podía perder a mi madre. No aún. Ella era mi mejor amiga y todavía era demasiado pronto. Demasiado pronto, si podía evitarlo. Ella era fuerte y resistiría. Yo resistiría.

No era la primera vez y, siendo pobres, seguramente no sería la última que los recursos públicos nos dejarían a mi madre, a mi hermano o a mí en la calle. Daise García crió a dos hijos sola.

Después de ser abandonada con dos niños por un marido que dijo que iba a comprar cigarros y nunca más volvió, se reinventó, día tras día, y ganó la mayoría de esos días.

Yo tenía cuatro años y mi hermano era un recién nacido. Si mi madre no se dejó abatir después de eso, definitivamente, yo no me dejaría abatir por un "no". Salimos de ese hospital en una ambulancia rumbo a uno privado.

No teníamos seguro médico ni dinero para pagar la internación, pero yo lo conseguiría. Podría conseguirlo. Después de asegurarme de que mi madre recibiera el tratamiento adecuado, podría hacer cualquier cosa.

No lo conseguí.

Mi nombre ya estaba manchado y, al igual que hoy, ningún banco quiso darme más crédito. Nadie

que conociéramos tenía dinero para prestarnos.

Necesitaba acompañar a mi madre al hospital y asegurarme de que Gabriel estuviera, al menos, mínimamente cuidado, ya que es menor de edad, así que llenarme de trabajo no era una opción.

El alivio de tener a mi madre recibiendo lo que necesitaba fue rápidamente reemplazado por la cruel agonía de darme cuenta de que no tendría cómo pagar por ello.

Fue en ese momento cuando una vecina dijo que conocía una opción. Sabía que la respuesta correcta era: "no, gracias. Yo me las arreglo".

Pero la verdad es que ser pobre significa no tener opciones y yo no las tenía. O tomaba dinero prestado a tasas absurdas, o mi madre tendría que salir del único lugar capaz de darle el tratamiento que necesitaba para mantenerse viva.

Y en ese entonces ni siquiera imaginaba que los intereses absurdos serían los menores de mis problemas.

—Señor Marcelo, mi madre está muy enferma. No puedo esperar tres meses. —Mi voz es una mezcla temblorosa, baja y desesperada. El hielo en mi estómago parece querer extenderse por todos mis órganos.

—¿No puede retirar el FGTS[5] anticipadamente? En casos de enfermedades graves, existe esa opción.

—No. —Muevo la cabeza, sintiéndome mal solo por tener que recordar que la solución a nuestros problemas es solo otra de las veces en que los servicios públicos nos fallan—. Mi madre ha sido autónoma durante varios años y, aunque no lo fuera, su enfermedad no está incluida en esa ley. Se necesita un proceso, los procesos llevan tiempo y eso es todo lo que no tenemos, señor Marcelo. —Su mirada se torna aún más penosa y sé que mis próximas palabras serán tan inútiles como las anteriores, pero intento, aún así. Una semana es todo lo que me separa del día en que "Patrón", el prestamista, exige que le pague—. Por favor —

susurro, y el gerente traga saliva antes de responderme.

—Lo siento mucho.

***

—¿Qué dijo usted? —pregunto, por segunda vez en menos de dos horas, sintiendo que el suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Está bien? —pregunta la mujer de unos cuarenta y tantos años, con el cabello recogido en un moño firme y vestida con un traje elegante.

Parpadeo y me toma un momento procesar que ella respondió a mi pregunta con otra pregunta.

—Perdón. ¿Puede repetir? ¿Qué dijo usted sobre Gabriel? —repito la pregunta a la directora del colegio donde estudia mi hermano.

Esa fue la segunda noticia que mi madre me dio el lunes, mientras estábamos sentadas en la cocina de casa a las dos de la mañana.

Y, porque todo castigo es poco, pero principalmente porque no tenía otra opción, le pedí

que fijara la reunión solicitada por la escuela para el mismo día en que sabía que tendría que ir al banco, mi día libre.

No esperaba que la derrota en la segunda parada fuera aún más grande que la de la primera. Me froto las manos en la cara, tratando de limpiar la confusión y alejar el cansancio, y fracaso miserablemente en ambas.

Cuando vuelvo a mirar a la mujer de ojos verdes oscuros, sentada frente a mí, encuentro, repitiendo la escena que viví más temprano, aún en el banco, sus ojos llenos de pena.

—Le dije que hace dos semanas que su hermano no asiste a clases y de esta forma va a ser imposible mantener la beca del cincuenta por ciento de descuento. —Quiero abrir la boca y decir algo. Juro que quiero, pero me siento completamente incapaz. ¿Qué podría decir si no tengo idea de lo que Gabriel piensa que está haciendo?—. Considerando el panorama general de Gabriel en la escuela en los últimos dos años, el protocolo sería retirar la beca de

inmediato, pero sabiendo por lo que está pasando su familia, pensé que deberíamos hablar antes de tomar una decisión de esa magnitud. —Aún en silencio, trago en seco y asiento—. ¿Cómo está su madre?

—Estable —es lo único que soy capaz de decir.

¿Y qué más podría decir? ¿Que el dinero que pedí prestado a un prestamista que ahora me está amenazando pagó los medicamentos de mi madre para los próximos dos meses? No creo.

—Bien. Muy bien. —Suspira y cierra los ojos. Cuando los abre, los desvía, como si no pudiera mantenerlos sobre mí por más tiempo del necesario —. Odio tener que poner esta responsabilidad sobre tus hombros, Milena. De verdad lo siento, estoy haciendo todo lo posible para mantener la beca de tu hermano, pero él necesita ayudarme. Primero la actitud agresiva con los profesores y compañeros, luego el pésimo desempeño académico, y ahora las faltas. ¿En secuencia y sin una justificación válida? — Mis ojos arden y siento que las lágrimas, ansiosas, se acumulan y quieren caer, pero resisto y asiento con

la cabeza—. Él tiene que cambiar, Milena. O, incluso lo mejor de mí, no será suficiente.

—Lo hará —respondo con la garganta seca, la promesa que no sé si podré cumplir.

Después de todo, no depende de mí. Pareciendo entender la situación deplorable en la que me encuentro, Zoé asiente con la cabeza en señal de acuerdo.

—Siempre es un placer verte, Milena, incluso en estas circunstancias.

Agradezco la liberación y, con una despedida silenciosa, salgo de la sala y de la escuela, casi sin ver dos pasos adelante.

Todo lo que logro pensar es que este día no puede ponerse peor y que no tengo forma de sentirme más agotada.

Cuando me siento en el metro de vuelta a casa, la represa dentro de mí explota y la primera lágrima que resbala por mi mejilla deja claro que no estoy en

condiciones de regresar a casa ahora. Todo lo que mi madre no necesita es verme en este estado.

Me quedo sentada, sola, acurrucada en una esquina del último vagón del metro, llorando tan silenciosamente como puedo, porque, al menos eso, todavía me está irrestrictamente permitido.

El tren recorre una y otra vez su línea de principio a fin, y en algún momento me empiezo a preguntar si la vida es tan difícil para todos o solo para mí.

Me pregunto, mientras paso por mi estación de destino por octava vez antes de sentirme realmente lista para bajar, si alguna vez todos han tenido ganas de simplemente no reaccionar y qué hicieron esas personas cuando se dieron cuenta de que esa no era una opción.

7.

MILENA GARCÍA

—¡Vas a quemar su piel si sigues mirándolo así! —se burla Clarissa, y yo revuelvo los ojos, apartándolos de la nuca del cliente de las siete y quince.

—¿Será que pasó algo? —pregunto en voz baja—. Nunca entra y se sienta tan solo. ¡Nunca!

—Ah, no. —Ella desestima mi preocupación con un gesto indiferente—. Probablemente solo está usando el Wi-Fi gratis.

—¡Por el amor de Dios, Clarissa! ¿Este hombre tiene cara de que necesita algo gratis en la vida?

Miro el cuerpo alto y musculoso, vestido con un traje perfecto, de espaldas a mí, otra vez. Definitivamente, no. Probablemente solo ese traje resolvería todos mis problemas.

Pensar en eso hace que la nube que siempre trato de mantener fuera del trabajo empiece a asomarse por los rincones de mi mente, amenazando con

apoderarse de mí, y sacudo la cabeza, ahuyentándola. Pero Clarissa parece estar intentando atraerla.

—Y todavía no me has dicho cómo estuvo tu día libre. ¿Conseguiste algo en el banco? —inquiere, y el frío se apodera de mi estómago. No lo conseguí, y ahora solo faltan cinco días para que se acabe mi plazo.

—No. —Trago en seco.

—Mile. —La voz de Clarissa baja varios tonos y se vuelve preocupada—. Esas personas, ellas... Ellas son peligrosas. —Sus intenciones son buenas, pero es imposible sentir otra cosa que no sea desdén por sus palabras. Sé que son peligrosas. De verdad lo sé.

—Lo sé, Clarissa. Lo sé, y realmente no quiero hablar de eso ahora. No aquí.

Mi amiga parpadea y, después de un momento, entendiendo o simplemente aceptando mi necesidad, no lo sé, asiente.

—Está bien. —Une las palmas de las manos en un gesto extrañamente animado, y yo entrecierro los ojos, desconfiada—. ¡Sé qué te puede animar!

Una sonrisa nada confiable aparece en la comisura de su boca, y yo sacudo la cabeza, negando cualquier idea que esté pasando por su cabecita. Inmediatamente, ella hace lo contrario.

Mueve la cabeza de arriba a abajo, como diciendo que sí voy a hacer lo que ella dice. Clarissa toma de encima del mostrador un bloc cualquiera y me lo extiende junto con un bolígrafo.

—¿Para qué esto?

—¡Vas a preguntarle si necesita algo!

—¿Qué? ¡Claro que no! Aquí no atendemos mesas.

Mi voz sale casi como un chillido solo con la expectativa de acercarme y abordar, por mi propia y espontánea voluntad, al cliente de las siete y quince.

—¡Hoy tú sí atiendes! Y solo una, la de él. ¡Vamos!

—¡No!

Sacudo la cabeza, usando el movimiento para poner en negativo todo el énfasis que mi tono susurrado y mi voz semi-histérica no permiten.

—No te voy a dejar en paz si no vas —me amenaza, y yo abro la boca, pero la cierro sin decir nada.

—¡Clarissa! ¡Deja de hacerte la loca! —ordeno, en vano.

—¡Nunca! Tu vida sería un aburrimiento si fuera tan cuerda como tú. Yo soy la dosis de locura que necesitas en tus días. ¡Ahora ve!

Ella abre mis dedos y coloca el bloc y el bolígrafo entre ellos. Muero de ansiedad, sabiendo exactamente lo que quiero hacer y también sabiendo que no quiero hacerlo.

El frío se extiende por mi barriga cuando me doy cuenta de que Clarissa no está mintiendo. No me va a dejar tranquila hasta que haga lo que me dice. Cierro los dedos alrededor del bloc de papel, respiro hondo y corto, me doy la vuelta y, conteniéndome para no temblar de pies a cabeza, doy media vuelta,

paso por el mostrador y camino en dirección a la mesa en la que el cliente de las siete y quince está sentado.

8.

BRUNO MAGALHÃES

—¡Hola, buenos días! ¿Puedo ayudarte en algo?

Levanto la vista del celular que tengo en las manos cuando la camarera de la cafetería donde tomo café todos los días se detiene a mi lado y me pregunta.

Hoy, mi incapacidad para resolver mi problema me ha robado el maldito apetito, así que simplemente me senté aquí y me quedé, incapaz de irme antes del horario habitual por pura costumbre. Y es también por costumbre que digo mis siguientes palabras.

Después de todo, intercambiar una broma con la camarera que, según la placa en su blusa azul de cuello redondeado blanco, se llama Milena, es uno de mis rituales diarios.

—No, a menos que conozcas a alguna mujer desesperada por dinero como para aceptar fingir ser mi novia por tres meses.

Sus ojos se abren por un segundo antes de soltar una risita baja, tomando lo que dije como una broma. Bueno, debe ser, después de todo, estoy sonriéndole. Milena ni idea tiene.

—Bueno, acabas de describirme. —Me sorprende con su respuesta, usando el mismo tono que yo, antes de reír otra vez, pero de forma suave. Entrecierro los ojos, intrigado—. ¿No quieres café hoy? —pregunta por confirmación y, perdido en la sorpresa de su respuesta, me tardo un momento en confirmar.

Las cejas de la mujer de ojos azules y cabello oscuro, atado en una alta coleta, se fruncen y ella inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Qué dijiste? —pregunto, y sus mejillas se tiñen de un rojo intenso. Eso, a diferencia de su respuesta, no me sorprende.

Sé reconocer a una mujer que no es indiferente a mí y Milena, definitivamente, no lo es. Desde que la recuerdo, siempre se pone nerviosa cuando me ve, su rostro se calienta y su voz solía desvanecerse o

volverse aguda. Por eso comencé a hacer bromas tontas, para intentar que se sintiera más cómoda al atenderme. Funcionó.

Sin embargo, no sabía que había funcionado tan bien como para que ella me dijera lo que dijo. Así que, o estuve muy distraído en los últimos meses, o fue una respuesta impulsiva.

Por el color de su cuello, mejillas y orejas al darse cuenta de que ha captado mi atención, está claro que se trata de la segunda opción.

Mi impulso inmediato es bajar la vista y echar un vistazo a su cuerpo. Pero, así como sé que la camarera se siente afectada por mí, también sé que eso es todo.

Ella nunca me ha dado señales de que quiera ir más allá de nuestras breves y coquetas conversaciones, y ese es precisamente el tipo de mujer de la que quiero mantener distancia. Aquella que sabe lo que es bueno para mirar y lo que es bueno para mantener.

Mi tipo de mujer es aquella que ni siquiera piensa en lo que sería bueno mantener, porque no tiene la más mínima intención de hacerlo. Ese es el hombre que soy y los iguales se reconocen.

Por eso, ignoro mi primer impulso y mantengo los ojos en las esferas azules que me observan casi sin parpadear.

—Es... —comienza, pero se detiene y traga saliva —. Es... Yo-yo... Yo... —balbucea, y no puedo evitar sonreír. Apoyo uno de los codos sobre la mesa y cubro mi rostro con la mano—. Te preguntaba si no vas a querer tu café moca hoy. —Desvía la conversación, sabiendo perfectamente que no era esa mi pregunta.

Levanto una ceja, dejándole claro eso, y la mujer desvía la mirada. Milena humedece sus labios y, por alguna razón, me gusta verla desconcertada. Extraño, pero interesante.

—Sin café para mí hoy. Gracias.

Y, como si mis palabras fueran el combustible de sus largas piernas, increíblemente largas, por cierto,

ni bien termino de hablar, la camarera ya está volando lejos de mí como un cohete.

Giro la cabeza para disimular mi risa, pero con la cafetería vacía, es imposible que mi atención se desvíe de Milena, aunque ya no la esté mirando.

—¿Qué pasó? ¡Estás pálida! —murmura la otra camarera a la fugitiva en el momento en que imagino que ha cruzado el mostrador.

—Nada —responde demasiado rápido.

Milena es una amateur y su colega percibe su mentira al instante.

—¡Ajá! ¡Claro! Y yo, en realidad, soy la heredera de una familia riquísima que trabaja aquí solo por rebeldía. ¡Suéltalo, Milena! —susurra.

—Él... Él... Quiero decir... Y-yo... Yo...

—¿Él qué? ¿Tú qué? —Hace las dos preguntas seguidas, olvidando susurrar, y luego oigo un susurro de Milena, pidiéndole discreción a su amiga—. ¡Por el amor de Dios! ¿Te invitó a salir? ¿Al fin?

Esta vez, la mujer habla en voz baja, pero es tan efusiva que habría dado lo mismo si hubiera gritado.

—¡Claro que no! ¿Te volviste loca, Clarissa? Solo me avergoncé diciendo tonterías. Él dijo algo y yo respondí sin pensar.

—¿Te trató mal? —El tono de la mujer cambia, pasando de entusiasta a sumamente contrariada.

—¡No, Clarissa! ¡Dios! No. ¿Podemos cambiar de tema? ¿Ya hiciste los rollitos de canela?

—¿En serio? ¿Rollitos de canela, Milena? ¿Quieres hablar de rollos de canela?

—¡Sí! ¡Sí quiero!

—Entonces, tal vez deba ir yo a la mesa del chico sexy de las siete y quince y preguntarle qué fue lo que pasó...

¿Chico sexy de las siete y quince? Doblo los labios hacia adentro, tragándome la risa.

—¡No harías eso!

La intención era que sonara como un reto, pero Milena no consigue sonar más que desesperada.

—¿Quieres probarme?

La mujer cuyo rostro ni siquiera logro recordar me pregunta, y decido que me gusta, porque realmente tengo curiosidad por saber cómo va a describir lo que le pasó a su amiga, ya que cuando le pregunté, salió corriendo.

Milena suspira derrotada, y unos segundos de silencio pasan antes de que ceda.

—Él dijo que quería conocer a alguien lo suficientemente desesperada por dinero como para aceptar fingir ser su novia durante tres meses, y yo le respondí que acababa de describirme —habla demasiado rápido, atropellando las palabras, como si estuviera ansiosa por quitarse el tema de encima.

—¿Qué?

Si antes la amiga de Milena se olvidó de susurrar, ahora rompe cualquier intento de discreción, porque prácticamente grita.

—¡Habla bajo! ¡Por el amor de Dios! —implora Milena, y casi puedo sentir sus ojos quemando mi

nuca—. ¡Era una broma, Clarissa! ¡Una broma! ¡Por el amor de Dios!

—¿O fue su manera de romper el hielo y tal vez tu historia de "Cenicienta" estaba a punto de ocurrir? Porque, curiosamente, realmente estás desesperada por dinero a ese nivel.

Espera, ¿qué? Frunzo el ceño, confundido por la dirección que está tomando la conversación entre las dos.

—¿Y tú qué piensas? ¿Que un tipo como ese realmente necesita que alguien finja ser su novia? ¡Déjame en paz, ahórrate el esfuerzo, ahórranos a todos, Clarissa!

Parpadeo un par de veces y paso la lengua por mis labios, sintiendo como mis neuronas empiezan una carrera imparable en mi cabeza.

—Él dijo que lo necesitaba —argumenta Clarissa.

—¡Era una broma, Clarissa! ¡Una broma!

—¿Y por qué haría una broma así? ¡Eso no tiene ningún sentido!

—No sé, Clarissa. No tengo la menor idea. Pero si hay algo que tiene menos sentido que cualquier otra cosa, es lo que estás diciendo. ¡Por favor! Este tipo de cosas no pasan en la vida real. ¡Deja de estar tan loca! —Finalmente, Milena deja de hablar y respira hondo antes de dar por cerrado el tema—. ¡Basta! Voy a hornear los panecillos. Si logras volverme loca y pensar al mismo tiempo, puedes atender el mostrador y la caja por si alguien llega.

Poco después, el sonido de las puertas moviéndose resuena, pero yo casi puedo sentir los engranajes de mi cerebro girando.

Porque de repente, comienzo a pensar que todo este tiempo he estado viendo mi problema desde la perspectiva equivocada. ¿Y si Milena está equivocada?

Definitivamente, hombres como yo solo se enamoran inesperadamente en la ficción, pero tal vez podamos fingir estar saliendo con una camarera en la vida real.

***

El sudor que recorre mi cuerpo es bienvenido, y cada golpe que doy al saco de arena parece descargar una tonelada del peso que he estado cargando sobre mis hombros.

—¿Qué fue lo que te hizo?

Alex se apoya en el costado del ring frente a mí y cruza los brazos sobre su pecho, observándome. Me río, pero no interrumpo mis movimientos.

—Me dio algo de silencio en mi propia cabeza —respondo, alternando una secuencia de golpes con una de patadas al costado del saco.

Mi entrenador mueve la cabeza, sabiendo exactamente a qué sensación me refiero.

El olor a sudor domina el ambiente a mi alrededor, dándole la atmósfera perfecta para olvidarme de todo lo que no sea la actividad física en la que estoy involucrado.

—¿Por eso ya llevas dos horas más allá del tiempo de entrenamiento normal?

—Y aún así, solo apareciste ahora... —desestimo su comentario con un gesto de la mano.

—No querías entrenar, querías descargar. Y para eso no me necesitas, el saco de boxeo se encarga de todo —afirma, y meneo la cabeza, obligado a darle la razón—. ¿Qué te está llenando la cabeza? ¿Negocios o mujeres? —pregunta, con tono bromista.

Aunque sé perfectamente que la respuesta correcta a esa pregunta sería "negocios", es el rostro de Milena el que llena mis pensamientos con tal intensidad que parpadeo varias veces, como para asegurarme de que, de repente, ella no se haya materializado frente a mí.

Desde que salí de la cafetería esta mañana, no he podido dejar de pensar en la idea que se formó allí. Al menos, hasta hace unas horas, cuando llegué al gimnasio y dejé que mi cuerpo exorcizara todo el estrés con golpes y patadas bien dados.

Sin embargo, recordarla hace que mis músculos recién aliviados empiecen a tensarse de nuevo, lo cual es, al menos, curioso, dado que hasta esta

mañana, nunca le había dado una segunda mirada. Ahora, es lo único en lo que puedo pensar.

No exactamente en ella, sino en la primera idea útil que he tenido en días, aunque suene absurda incluso para mis propios pensamientos. El punto es que esa idea tiene un rostro, y es el rostro de la camarera.

Bajo las manos y me incorporo, manteniendo las piernas ligeramente separadas. Respiro profundamente varias veces antes de mirar a Alex.

—Negocios. Siempre negocios.

Él hace un puchero con los labios y entrecierra los ojos, como si supiera que estoy mintiendo, pero no me contradice. Después de un gesto, comienza a alejarse, dejándome solo una vez más.

De camino al vestuario, empiezo a desenrollar las vendas empapadas de sudor de mis manos. Desearía poder hacer lo mismo con los pensamientos que me rondan la cabeza. Algo como un "laboratorio de ideas" sería realmente útil ahora, cuando los "¿y si?" se atropellan en mi mente.

Es decir, ¿y si funcionara? Después de semanas buscando una manera de ganar esa maldita apuesta, incluso en la derrota, finalmente encontrar una solución sería una gran ventaja.

Las cuatro chismosas que llamo amigos fueron claras al decir que no podía contratar a una prostituta, pero nunca se mencionó nada acerca de contratar a una mujer común.

Por supuesto que no. ¿Quién en su sano juicio creería que yo pensaría algo así? O, ¿quién en su sano juicio aceptaría una propuesta como esa? Alguien lo suficientemente desesperado por dinero.

Sin embargo, ¿dónde encontrar a alguien en esas condiciones y, aún así, que fuera lo suficientemente confiable para que me arriesgara y creíble suficiente para que los cuatro imbéciles no se dieran cuenta de lo que estoy haciendo? Aparentemente, en Garden Gourmet.

Me quito la ropa, me baño y salgo del gimnasio de Muay Thai igual que hice con todo lo demás durante el día, sin prestar atención a nada más que al

verdadero espectáculo que se despliega frente a mis ojos.

Camino distraído por la noche paulista, siguiendo el trayecto del centro de entrenamiento hasta mi edificio de manera automática. Andar, parar, revisar el semáforo, cruzar y seguir caminando.

Milena. ¿Cuál será su apellido? Tal vez debería investigarla. O seguirla. ¡Mierda! Estoy sonando como un acosador de mierda, y al mirar al lado me doy cuenta de que la estoy viendo en todas partes. Me río de mí mismo. Esta apuesta va a volverme loco.

Desacelero mis pasos y miro una segunda y última vez a la camarera, a juzgar por el uniforme, de espaldas a mí, dentro del restaurante mexicano por donde estoy pasando.

Sin embargo, la mujer se gira y paro en seco. No estoy imaginando cosas, esa es, de hecho, Milena.

Frunzo el ceño y miro el reloj. Las once y veinte de la noche. ¿Pero qué mierda? Sin pensarlo dos

veces, entro al restaurante y me siento en una mesa cerca de donde ella está atendiendo.

El cabello oscuro sigue recogido exactamente igual que esta mañana. Ella termina de tomar los pedidos en el dispositivo electrónico que tiene en las manos, sonríe al par de clientes que estaba atendiendo y, sin prestarme mucha atención, se da la vuelta hacia mi mesa. Probablemente me vio con la vista periférica.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunta, aún distraída con la pantalla del dispositivo.

—No, a menos que conozcas a una mujer desesperada por dinero que quiera fingir ser mi novia por tres meses —bromeo, repitiendo la respuesta que le di antes, ya que ella me hizo, inconscientemente, la misma pregunta por segunda vez en el día. En cuanto la primera palabra sale de mi boca, sus ojos se abren como platos y me enfocan—. Hola, Milena —la saludo y parece tan sorprendida que no puede responderme, lo que me

hace sonreír. Su lengua pasa lentamente por su labio superior y luego por el inferior.

Ahora, después de haber pasado todo el día con su rostro en mi cabeza, no puedo evitar el impulso de bajar los ojos hacia su cuerpo. Desde su rostro hasta sus muslos, la analizo y ¡diablos! Quiero darme una palmada mental por no haber hecho esto antes.

De lo contrario, estoy seguro de que Milena ya habría pasado un buen rato en mis pensamientos mucho antes de que cualquier idea sobre un falso noviazgo con ella se sembrara en mi cabeza.

Sus curvas suaves no son la única razón para esto, porque no son todo lo que veo. Veo hombros caídos que gritan agotamiento, manos y pies inquietos, y piernas que alternan el peso de su propio cuerpo constantemente.

Veo ojos enrojecidos y labios que se humedecen de manera constante. Veo una arruga en el centro de su frente que no se ha deshecho en los últimos dos minutos, lo que es más que suficiente indicio de que ha estado haciendo de este lugar su hogar.

—H-hola —tartamudea, respondiendo de manera corta.

—¿Debo denunciar a don José? —Sus cejas se fruncen con confusión al escuchar mi pregunta, así que explico—: La legislación laboral brasileña solo permite ocho horas de trabajo al día y un máximo de dos horas extras. Según mis cálculos, aunque hubieras comenzado a trabajar en cuanto me atendiste en la cafetería esta mañana, igual habrías estado trabajando dieciséis horas. ¿Ese portugués tacaño te está obligando a trabajar más de lo que debes para ahorrar en impuestos laborales?

Aunque lo pregunto con una sonrisa en la esquina de la boca, quiero decir exactamente lo que acabo de decir, y Milena parpadea lentamente mientras procesa mis palabras. Su rostro pasa rápidamente de la confusión a la comprensión y se detiene en lo que puedo leer fácilmente como miedo.

—¡No! ¡Por favor, no! Don José no tiene nada que ver con esto. Quiero decir, él me consiguió este trabajo, pero fue porque yo se lo pedí y no es el

dueño de aquí. Es un amigo de él y... y... —comienza a balbucear.

—Respira —le pido cuando ella se enreda con las palabras, soltándolas a toda prisa como si fuera una ametralladora.

Milena traga saliva y muerde su labio inferior, atrayendo mi mirada hacia él y haciendo que desee soltarlo de entre sus dientes.

9.

MILENA GARCÍA

Él está mirando mi boca. ¿Por qué está mirando mi boca? Parpadeo cuando mis ojos comienzan a arder por haber estado abiertos tanto tiempo.

Mi lengua se siente como una esponja completamente seca y mi corazón late acelerado en el pecho, justo como todas las veces que me toca hablar con el hombre cuyo nombre solo sé porque lo leí en su tarjeta del banco.

¿Por qué está aquí, sentado frente a mí, por segunda vez en el día, cuando en los últimos dos años nunca lo había tenido frente a mis ojos por más de los quince minutos que solía tomarle para pedir su café moca y sus panes de queso?

Respiro profundamente al menos cinco veces antes de poder volver a hablar.

—Tengo dos trabajos y don José no tiene nada que ver con esto.

Genial. Fui perfectamente clara, ¡felicidades, Milena! ¿Quieres una estrella? ¡Mierda! ¡Quiero darme un golpe en la cabeza!

—¿Y por qué tienes dos trabajos? —pregunta, como si la respuesta no fuera obvia, pero tal vez para él no lo sea.

¿Y por qué le importa, al final? Fingiendo una calma que no siento, aunque a estas alturas probablemente no vaya a convencer a nadie, solo sonrío y me niego a darle más que eso como respuesta.

—¿Conoces nuestro menú? ¿Ya sabes lo que vas a pedir o necesitas más tiempo?

Sus ojos se entrecierran cuando me niego a decirle las palabras que espera escuchar. Tengo la impresión de que Bruno no es un hombre acostumbrado a que le nieguen sus deseos. Bueno, lo siento mucho por él. De hecho, me da un poco de envidia.

—¿A qué hora sales?

—¿Perdón?

La palabra sale de mi boca sin pensarlo, al escuchar su pregunta, y recuerdo lo que Clarissa dijo más temprano. El temblor en mi pecho no es expectativa, es autorrecriminación, te lo juro.

—¿A qué hora empezaste a trabajar hoy?

Hace otra pregunta sin preocuparse por aclarar la primera. La campanita irritante es aplastada por los dedos gordos de Alexandre, el ayudante de cocina, lo que solo empeora todo.

¡Dios mío! ¡Cómo odio el sonido de esa cosa! Y lo último que necesitaba era escucharla resonando en mi cerebro mientras estoy parada aquí, mirando al hombre por el cual, tengo que admitir, al menos para mí misma, no tengo solo una atracción, sino un maldito precipicio entero, mientras trato de no hiperventilar durante mi fuga de sus preguntas invasivas.

—¿Qué piensas de las tortillas? —sugiero, intentando desviar su atención de mi vida, y él sonríe.

—No soy un hombre fácil de distraer, Milena.

—Entonces no me hagas tener que distraerte —le pido, sintiéndome mal por decirlo y sin entender por qué. Él me mira fijamente por unos segundos antes de asentir con la cabeza en señal de acuerdo.

—No vas a poder decirme que no te pregunté primero —dice, como si fuera una advertencia, y se levanta.

Es entonces cuando me doy cuenta de su ropa y noto que es la primera vez que no lo veo con uno de sus trajes elegantes. Desvío la mirada, tragando la risa.

El hombre es guapo incluso con pantalones cortos y camiseta de entrenamiento. Cuando creo que puedo mirarlo sin devorarlo con la mirada, le pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Solo recuérdalo. Gracias, Milena.

—¿No vas a pedir nada?

—No. Ya tengo lo que vine a buscar.

Y, con un gesto, se da la vuelta y se va, dejándome plantada en el suelo mientras observo, hipnotizada, el movimiento de su hermoso culo y sus muslos musculosos, hasta que el sonido constante de la maldita campanita me despierta.

¡Despierta, Milena! ¡Las historias de Cenicienta no ocurren en la vida real! ¡Despierta!

***

Bajo del autobús y miro el reloj en mi muñeca por enésima vez para confirmar la hora. Dios bendiga a todos los involucrados en el milagro de que hoy llegue a casa antes de la una de la mañana.

A mi jefe, que se sintió generoso y me dejó ir antes del cierre del restaurante; al inspector de tránsito, que permitió que el autobús saliera del último punto más temprano de lo normal, y al conductor, sí.

Definitivamente al conductor, que voló por las semidesiertas calles de la noche paulista como si quisiera matarme o darme unas horas más de sueño. Afortunadamente, elegimos la segunda opción.

La brisa cálida del verano golpea mi rostro y ni siquiera me importa que la piel se me esté pegando por el sudor. En media hora más estaré bañada y en mi cama.

¡Seis horas de sueño! ¡Dios mío! Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve ese lujo sin estar libre al día siguiente. Sonrío cuando llego al semáforo y veo que está en verde para los peatones.

Hoy es un gran día para estar viva. Suspiro y cruzo la calle, ignorando esa pequeña parte de mi mente que me sugiere que todas las buenas coincidencias que me van a dar dos horas de sueño extra son algunas de las razones de mi buen ánimo, pero no todas ellas.

Bruno. La conversación rara de esta mañana, el segundo encuentro del día e incluso sus preguntas fuera de lugar. ¿Por qué y para qué quería saber a qué hora empiezo o termino de trabajar?

—Buenas noches... —Su voz me toma por sorpresa y grito antes incluso de reconocer de dónde viene. Una risa corta y seca se mezcla con el sonido

que salió de mi garganta y me obligo a ignorar los latidos descontrolados de mi corazón para tratar de entender qué está pasando a mi alrededor—. Tranquila, princesa. Solo queremos hablar.

—Patrón —susurro, reconociendo la voz finalmente.

Un temblor recorre todo mi cuerpo. Miro a los lados y lo único que veo es una calle vacía y oscura. Trago en seco.

—Así que la princesita aún recuerda mi nombre. Pensé que lo habías olvidado. —El sonido arrastrado y ronco de su voz me hace saber que el cigarro en sus manos es un hábito de años—. Te he estado esperando por un mes.

—Y-yo... Y-yo... —El miedo me hace tartamudear y respiro profundamente antes de continuar, ahora tratando de mantener el pavor alejado, al menos de mi voz, ya que no puedo hacer lo mismo con mi corazón—. Aún no conseguí el dinero, Patrón. Por eso no fui. Y usted dijo que tenía hasta mediados de abril. Aún faltan unos días —justifico.

Me siento tan aterrada que todo mi cuerpo parece a punto de convulsionar y romperse en mil pedazos.

—Sí, pero en ese caso, habría sido educado que me hubieras hecho una visita de cortesía. —Hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras correctas, aunque sé que no hay duda en él sobre qué decir. Las visitas de cobro de los prestamistas son conocidas—. Para avisarme, ¿sabes? —Se acerca a mí, permitiéndome ver sus pantalones cortos marrones y su camiseta azul.

El Patrón, como todos lo llaman por aquí, está en los cuarenta, es gordo, barrigón, calvo y tiene un bigote ridículo, pero nada de eso lo hace menos intimidante cuando uno sabe qué tipo de cosas ha hecho con las personas que le deben dinero.

Los dos hombres que lo acompañan también contribuyen a esa intimidación. A diferencia del prestamista, ellos no son gordos. Son altos, fuertes y muy, muy aterradores.

—Perdón —le pido, fallando en mi intento de mantener el miedo fuera de mi voz, que suena

temblorosa y baja. Me encojo de hombros involuntariamente.

—Bueno... —Parece satisfecho. Si por mis palabras o por el miedo que irradia de mis poros, no sé—. Está bien. Ya visité a tu madre hace unos días. —Asiento en silencio. Todo en mí quiere que esto termine lo más rápido posible. Desde la piel erizada hasta el estómago revuelto, a punto de expulsar toda la comida que comí hoy—. Pero quería asegurarme de que el mensaje te llegara. Al fin y al cabo, fue contigo con quien hice el trato, ¿verdad?

—S-sí —murmuro, y mi boca solo no está más seca que mis ojos. No puedo siquiera parpadear.

—Sí... Entonces, pensé: bueno, ¿por qué no esperar a Milena en la Borges? A todo el mundo le gusta esa calle, ¿no? Desierta, oscura... Perfecta para una conversación privada. Nadie podría escuchar nada de lo que pase aquí. ¿Lo crees? —La amenaza está entre líneas. El hombre parece estar disfrutando, alimentándose de mi desesperación.

La sonrisa horrible en su rostro podría ser utilizada en mil y una situaciones. Situaciones que nada tienen que ver con intimidación.

—C-creo. —Bajo la cabeza, derrotada.

Hace una pausa larga y me mira de arriba a abajo. La sensación no es nada parecida a la que sentí hace unas horas cuando Bruno hizo exactamente lo mismo.

En ese momento, me sentí avergonzada, pero también sentí calor. Ahora, no hay nada bajo mi piel que no sea repulsión.

—Está bien. Ya puedes irte. ¡Fue un placer hablar contigo!

No necesito que lo repita. Las palabras casi no han salido de su boca y ya estoy corriendo lejos de él y sus buitres. Sin embargo, después de unos pasos, me llama.

—¿Milena?

—Sí —respondo, sin mirar atrás, porque no quiero que vea las lágrimas cayendo por mi mejilla, aunque

esté oscuro.

—Si no consigues el dinero, no me molestaría si quisieras pagármelo de otra manera. —La náusea que me causa esa sugerencia es real. Solo muevo la cabeza arriba y abajo, diciendo que lo entendí, porque tengo miedo de que, si abro la boca, termine vomitando—. Piensa en ello —declara, y yo sigo caminando.

Cuando estoy lo suficientemente lejos de sus ojos, corro y lloro. No sé por qué sigo creyendo. Los buenos días y las buenas coincidencias parecen no estar permitidos para mí desde hace mucho.

10.
BRUNO MAGALHÃES

—¡Es una oportunidad que no se puede dejar pasar! —defiende Camilo.

—Necesitamos vender antes de que caiga —es el turno de Marcia.

—Bruno, necesito que autorices la negociación de las acciones de la Sayo antes de que abra el mercado japonés —dice Jonas, por último.

Las peticiones empiezan a ser lanzadas hacia mí en el momento en que piso el pasillo más allá de mi oficina, y con cada paso que doy, un nuevo par de piernas se une a la nube de personas a mi alrededor y una nueva pantalla aparece frente a mis ojos.

El mercado de acciones no es para aficionados, y si no eres capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo, de hablar sobre varios temas al mismo tiempo, nunca podrás ser un corredor de bolsa, y mucho menos el CIO[6] de la mayor empresa de

inversiones de América Latina. Afortunadamente, yo puedo hacer todo eso y mucho más.

—Quiero ver la investigación sobre la oportunidad que no se puede dejar pasar —le digo al hombre a mi derecha, dejándolo ir—. Vende y sigue la baja, quiero un informe de cuánto ganamos con la venta anticipada para el final del día. —Despido a la mujer a mi izquierda—. Y pide los documentos de la Sayo a Neli. Los firmé esta mañana —respondo a la última solicitud que me hicieron y me giro hacia los demás cuando paro frente a la pared de vidrio que separa el pasillo de mi oficina—. Ahora, señores, tengo una reunión. Busquen a su gerente si necesitan algo.

Todos asienten y se dispersan, sabiendo que el momento de presentar ideas ha terminado. Quien no consiguió exponerlas tendrá que esperar la próxima oportunidad.

Ansioso por finalmente descubrir aquello por lo que estoy esperando desde la noche anterior, entro a mi oficina y cierro la puerta. Gracias al vidrio

transparente por todos lados, no ofrece aislamiento visual, pero sí acústico, lo cual es más que suficiente.

Sentado frente a mi escritorio, hay un hombre con la mirada fija en el dispositivo que tiene en las manos. Tiene la piel negra, es alto, musculoso, calvo y está perfectamente vestido con un traje impecable.

Cuando me acerco, se levanta y se gira hacia mí. Hudson, mi versión personal de Jason Statham, extiende la mano y yo la estrecho antes de sentarme detrás de mi escritorio.

—Bruno —saluda.

—Ya empezaba a pensar que te estabas ablandando. —Presiono mi espalda contra el respaldo de la silla, haciendo que se recline, y muevo los pies sobre el suelo, girándola sobre las ruedas, demostrando claramente mi ansiedad. Hudson se ríe de mi provocación sin prestarle mucha atención.

—Hace menos de doce horas que me llamaste —responde, volviendo a sentarse de forma relajada.

—Y todo lo que necesitabas era un celular, que estoy seguro de que tenías, ya que fue a través de uno que logré comunicarme contigo. Así que realmente no entiendo por qué tanto retraso.

—Fácil. No era prioridad —explica con simplicidad, sin siquiera parpadear, y yo revuelvo los ojos.

—¿Qué descubriste? —Dejo la conversación inútil de lado y apoyo los antebrazos sobre el escritorio.

—Que la chica tiene una vida de mierda. Por cierto, ¿quién es ella?

—No te interesa. ¿Qué exactamente significa "de mierda"?

—Cuentas vacías, deudas con varios bancos, nombre negativo en todos los servicios de protección al crédito y en el registro de cheques sin fondos...

—¿Cuántos años tiene? —interrumpo, frunciendo el ceño. Ella no estaba bromeando sobre estar desesperada por dinero, después de todo.

—Diecinueve.

—¡Mierda!

Paso la mano por mi cabello, echando los mechones hacia atrás, y dejo escapar un silbido. Esto es inesperado. Sin mucho esfuerzo, visualizo en mi mente el rostro que se fijó en mis pensamientos como un cartel pegado en las paredes del viaducto del té.

Una nariz pequeña y respingada, ojos azules grandes, un mentón bien definido, pómulos altos, cejas oscuras y arqueadas, y una boca carnosa y rosada se dibujan sobre la piel clara y ligeramente pecosa. Por primera vez, me permito admitir que Milena es hermosa. Muy joven, es cierto, pero increíblemente hermosa.

Diecinueve años. No es difícil de creer si se observa su rostro, aunque como parte de su belleza innegable, hay algunas marcas que no deberían estar ahí, como ojeras mal cubiertas con maquillaje, el cansancio evidente por demasiadas horas de trabajo, y una arruga de preocupación que noté solo anoche, pero que la última información me ha dado toda la certeza de que es una constante.

Aprieto los labios y muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, lentamente.

—Exactamente, y como iba diciendo —Hudson inclina la cabeza hacia abajo, fingiendo incomodidad por haber sido interrumpido—, esa ni siquiera es la peor parte. —Abro la boca para preguntar, pero la expresión de Hudson deja claro que no debo—. Según sus conversaciones en WhatsApp, está endeudada con un prestamista en el barrio donde vive. El tipo es conocido como "Patrón".

—¡La puta que lo parió! —Suelto, indeciso sobre cuál de las noticias es más increíble.

—Y sus finanzas no son lo único que está en estado crítico.

Esas palabras me hacen fruncir el ceño y me inclino sobre la mesa inmediatamente.

—¿Está enferma?

—Ella no, su madre. Lupus.

—¡La puta que lo parió! ¡Mierda! No me digas que se pone peor, ¿verdad?

—La deuda con el prestamista vence la próxima semana y no tiene ni idea de cómo va a pagar.

—¿Cuánto?

—Doce mil. Los tomó para poder cubrir la internación de la madre, hace tres meses. —Se rasca la ceja mientras su mente trabaja a toda velocidad—. Es una buena chica, Bruno. Nunca se metió en problemas, trabaja en dos empleos desde que la madre fue diagnosticada. Eso sucedió cuando ella tenía diecisiete años.

Hudson hace una pausa y suspira, lo cual ya dice mucho por sí solo. El hombre es un hacker especializado en investigaciones privadas.

Eso significa que está acostumbrado a descubrir todo tipo de cosas, desde los factores que desencadenarán la caída de las acciones de multinacionales debido a la última guerra en el este de Europa, hasta casos extramaritales de figuras públicas.

Si de todas las personas, él siente lástima por la situación de Milena, es porque, definitivamente, ella

merece atención.

—¿Qué más? —pregunto, sintiendo la necesidad de saber más.

—La chica paga la escuela privada de su hermano menor, que, por cierto, es un problema educarlo. Me dio lástima. Casi hice una donación anónima, pero como no sabía lo que querías, pensé que era mejor esperar. —Asiento con la cabeza, de acuerdo—. ¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Cuáles son tus planes? —Levanto las cejas, pero la verdad es que en algún momento ya tomé la decisión sin necesidad de esforzarme.

—La voy a contratar.

¡Marca la fecha!

El **23 de junio de 2025**, *Contrato de Perdicion* estará disponible en Amazon.

AGRADECIMIENTOS

¡Esta siempre es la parte más increíble de todas y también la que me vuelve más loca! Pero también estoy muy agradecida, porque cada agradecimiento que escribo hace que mi lista de personas a las que debo agradecer crezca, y eso por sí solo es algo fantástico. Como siempre, en primer lugar, agradezco a papá Dios por cada paso que me ha traído hasta aquí.

Después, necesito agradecer a mi maravillosa beta, que nunca me falla. Si amas esta historia tanto como yo, también debes agradecerle, aunque ella no leerá estos agradecimientos porque es una ogra disfrazada de autora. Su nombre es Jenniffer Fógos, señoras y señores.

Quiero agradecer a mi equipo de producción, que está creciendo, y eso es hermoso. Porque significa que el trabajo también está creciendo. ¡Pennélope e Ingrid, ustedes son todo para mí! Mis queridas compañeras bookgrans, sin ustedes nada de esto sería posible.

Agradezco a mi esposo y al iFood por haber sostenido esta aventura junto a mí.

A mi grupo en WhatsApp, que es todo el soporte y apoyo que necesito. Si no tengo las mejores Lolitas del mundo, no sé quién las tiene.

Y por último, pero tan importante como todos los demás agradecimientos, está el que dedico a ti, lector, que llegaste hasta aquí. ¡Que esperaste, vibraste y ansiabas conmigo desde la primera fecha hasta el último retraso! Este momento es nuestro. ¡Gracias, muchas, muchísimas gracias!

Espero verte en mi próximo lanzamiento, hay rumores de que será la historia de un príncipe, una princesa y un matrimonio arreglado.

¡No dejes de seguirme en Instagram!

@lola.belluci.autora

---

[1]Referencia al personaje Clara Tavares de la telenovela "O outro lado do paraíso" (El otro lado del paraíso), emitida por la red de televisión Globo entre 2017 y 2018.

*[2]*Referencia a la película El Mago de Oz, discurso de Dorothy.

[3] Situado en el centro comercial SP Market, en el sur de São Paulo, el Parque da Mônica es el mayor parque cubierto de América Latina, con 12.000 m² y superatracciones que entretienen a padres e hijos de forma lúdica, educativa e interactiva, dentro del universo más encantador de los cómics creados por el dibujante Mauricio de Sousa.

[4] Unidad de Cuidados Intensivos.

[5] En Brasil, **FGTS** significa **Fundo de Garantia por Tempo de Servicio**. Es un fondo creado para proteger al trabajador en caso de despido sin justa causa.

[6] CIO es una sigla en inglés que significa Chief Information Officer, que en español se traduce como Director de Información de la Empresa.